

SINCLAIR LEWIS

Elmer Gantry

Traducción de Carlos de Onís

Cenit

Traductor: Carlos de Onís

Autor: Sinclair Lewis

©1927, Cenit

ISBN: 9780451530752

Generado con: QualityEbook v0.60

ELMER

GANTRY

LA RELIGIÓN INDUSTRIALIZADA EN LOS ESTADOS UNIDOS

SINCLAIR LEWIS

Traducción de Carlos de Onís

Editorial Cenit.

Madrid, 1935

*Ninguno de los personajes que aparecen
en esta obra representa una persona real.*

CAPITULO

I

I

ELMER Gantry estaba embriagado. Una embriaguez impetuosa que le hacía sentirse elocuente y generoso. Se apoyó en el mostrador del «Old Home Sample Room» el bar más flamante y moderno de la ciudad de Cato, en el Estado de Missouri, e invitó al dueño a que cantase en su compañía el vals más en boga por entonces.

Soplando sobre un vaso para limpiarlo y mirando a Elmer a través de la reluciente redondez del vaso, el dueño le hizo observar que él no entendía gran cosa de cánticos. Pero, al decirlo, no pudo menos de sonreír. Ningún «barman» hubiera podido hacer otra cosa que sonreír al ver a Elmer tan exaltado, tan lleno de audacia y de simpática desenvoltura, con su sonrisa reveladora de una sana animalidad.

—Está bien, amigo— condescendió Elmer—. Pero yo y mi compañero de casa vamos a enseñarte cómo se canta. Te presento a mi compañero Jim Lefferts. ¡Un amigo como no lo hay mejor en el mundo! Si no fuera así no viviría con él. Es el mejor zagüero del Oeste central. Saluda a mi compañero.

El dueño del bar se dejó presentar una vez más a Mr. Lefferts, deshaciéndose en protestas del placer que sentía al conocerle.

Después, Elmer y Jim Lefferts se retiraron a una mesa para entonar una de esas canciones largas y tristonas que tan bien encajan con la embriaguez. Realmente, cantaban muy bien. Jim tenía una voz resuelta de tenor; y en cuanto a Elmer, más aún que su corpulencia, más que sus negros y espesos cabellos y que sus ojos, negros también y de expresión decidida, impresionaba su espléndida voz de barítono. Parecía nacido para hacer un magnífico senador. Nunca decía nada importante, pero todo lo decía siempre con voz rotunda y sonora. Un simple «Buenos días» adquiría en sus labios la profundidad de Kant, el tono cordial y acogedor de una banda de música de viento, y el acento noble y estimulante de un órgano catedralicio. Su voz era un violoncello; y fascinaba de tal modo que hacía que nadie fijase la atención en la jerga que constituía el lenguaje de Elmer, en sus fanfarronadas, en sus expresiones indecentes, y en las terribles violencias con que en aquel momento abrumaba a los singulares y a los plurales.

Lentamente, deleitándose en ellas como el viajero que saborea la cerveza fresca al final de la jornada, acariciaban las frases dulzarronas, lánguidamente enlazadas de la canción.

—Vámonos de aquí a armar camorra con alguno— gruñó Elmer, dejando de cantar. — Tú eres un infeliz, Jim. Al primero que se meta contigo le parto la cabeza. ¡Van a ver quien soy yo!

Su voz había subido de tono. Estaba furioso, pensando en la ofensa de que iba a ser objeto. Apretó los puños, ansiando tener ya frente a sí al imaginario ofensor.

—¡Ira de Dios! Al que se atreva a tocar a mi compañero le quito de en medio! ¿No me conocéis? ¡Soy Elmer Gantry! ¡Van a ver de lo que yo soy capaz!

El dueño del bar se dirigió hacia ellos con paso tardo, amablemente dispuesto al homicidio.

—¡Deja de decir tonterías, Chacal! A ti lo que te hace falta es tomar otro vaso, dijo Jim para apaciguar los ánimos, y Elmer prorrumpió en copioso llanto al pensar en las terribles desventuras de un antiguo amigo suyo cuyo nombre— creía recordar— era el de Jim Lefferts.

De pronto, aparecieron ante él como por arte de magia dos vasos colmado. Se llevó uno a los labios y murmuró con aire estúpido:

—¡Perdón!

El vaso estaba lleno de agua. Pero, ¿quién iba a ser capaz de burlarse de él? Con toda seguridad que el whisky estaba en el otro vaso. Y así era, en efecto. Había acertado, como siempre. Con una sonrisa de suficiencia se bebió el whisky puro. El cosquilleo que le produjo en la garganta le hizo sentirse fuerte y en paz con todo el mundo, menos con aquel individuo a quien no podía recordar con precisión, pero a quien no tardaría en imponer el castigo que se merecía, para después remontarse a un Paraíso de bondad y dulzura.

El ambiente del bar le producía una deliciosa calma. El olor agrio y fortalecedor de la cerveza le reconfortaba. El mostrador era un derroche de belleza, con su caja de caoba resplandeciente, su tablero de mármol, los vasos de cristal brillante, las botellas de licores raros colocadas en los anaqueles con una destreza que le hacía feliz. La luz era tenue, aplaciente, filtrada, a través de vidrieras fantásticas como las que se encuentran en las iglesias, los cabarets, las joyerías y otros refugios contra la realidad. Sobre el yeso amarillo de las paredes había esbeltos desnudos de mujer.

Elmer apartó la vista de los desnudos. En aquel momento estaba vacío de todo deseo carnal.

—¡Esa maldita Juanita! — murmuró—. No quiere más que sacarme todo lo que puede. Eso es todo.

Pero algo muy interesante había ocurrido a su lado. Un trozo de periódico había aparecido en el suelo sin que al parecer nadie lo hubiese arrojado. Aquello tenía mucha gracia y Elmer se rió a carcajadas.

Le pareció oír una voz cuyo acento había percibido durante siglos enteros, una voz que procedía de un punto lejano y luminoso y que se abría paso por los corredores cada vez más anchos del sueño.

—Nos van a echar de aquí, «Chacal». ¡Vámonos!

Elmer tuvo la sensación exquisita de flotar. Sus piernas se movían solas sin que él tuviese que hacer nada para imprimirles movimiento. Una vez hicieron una cosa muy graciosa: se enredaron y la pierna derecha salió delante de la izquierda, cuando, de haber observado el orden de la marcha, debía haberse quedado detrás. Elmer se echó a reír y se apoyó en el brazo de alguien, un brazo que no estaba adherido a ningún cuerpo y que, sin duda, le había sido enviado por los Cielos en su ayuda.

Después de recorrer unas calles larguísimas y desconocidas, Elmer sintió aclarársele el cerebro y, deteniéndose, anunció gravemente a Jim Lefferts, que había surgido de pronto a su lado:

—Tengo que sacudirle unos trompazos al punto ese.

—Muy bien. Es lo mejor que puedes hacer: buscar camorra por ahí. Eso te sentará muy bien.

Elmer se quedó sorprendido. Estaba verdaderamente afligido. Se había quedado con la boca abierta en una mueca de pesadumbre. Pero, ¡qué demonio! Pronto se enzarzaría en una riña divertidísima. Esta idea le reanimó y siguió andando con paso vacilante.

¡Qué gran juerga se estaba corriendo! Por primera vez desde hacía muchas semanas había logrado matar el tedio que le abrumaba en la Universidad de Terwillinger.

II

Elmer Gantry, mejor conocido entre sus compañeros de curso por el apodo de «Chacal», había sido aquel otoño de 1902 capitán del mejor equipo de fútbol que se había alineado en el Colegio de Terwillinger desde hacía diez años. Este equipo había triunfado en el campeonato del Oeste Central de Kansas que se jugaba entre diez centros de enseñanza confesionales, todos los cuales tenían magníficos edificios, directores respetables, cultos en capilla propia, vítores y banderas y un nivel de estudios no superado por ningún centro oficial de enseñanza. Pero, desde la última jornada de la temporada de fútbol en la que los miembros del equipo habían encendido una hoguera para quemar en ella nueve barricas de brea, la muestra de la tienda de un sastre judío y el gato favorito del director, Elmer había sufrido las torturas del aburrimiento.

Miraba con desprecio y como algo indigno de un gladiador del fútbol, el basketball y los ejercicios ridículos del gimnasio. Había ingresado en el colegio dispuesto a aprender unas cuantas cosas que le ayudasen a ganar dinero en la profesión de médico, de abogado o de agente de seguros. No sabía aún qué rumbo tomaría y, a los veintidós años, a punto ya de concluir sus estudios en el colegio, todavía estaba indeciso. Y, sobre todo, estaba decepcionado. ¿De qué le iba a servir en el foro o ante una mesa de operaciones saber Trigonometría o recordar (como había recordado en los últimos exámenes de Historia de Europa) la fecha del reinado de Carlomagno? ¿Cuánto dinero le iba a meter en el bolsillo repetir de memoria garrambinas en verso como aquello del mamarracho de Wordsworth...? ¿Cómo era? ¡Ah, sí! Aquello de... «El mundo está demasiado cerca de nosotros a todas horas».

Todo esto no eran más que sandeces. Lo mejor era decidirse a los negocios. Sin embargo, mientras su madre siguiese ganando dinero con su establecimiento de modas y se empeñase en que obtuviese un título, él seguiría adelante con sus estudios. Al fin y al cabo, estudiar era bastante más cómodo que cargar heno o acarrear maderos.

A pesar de su hermosa voz, Elmer no había intervenido en los debates oratorios del colegio por evitarse la penosa labor de investigar datos y temas en la biblioteca. Tampoco había tomado parte en las oraciones y peroratas morales de la Asociación de Jóvenes Cristianos, porque, a despecho de su natural sencillo y animoso; miraba con horror las prácticas piadosas y admiraba la embriaguez y los goces impíos.

Una o dos veces en la clase de Oratoria, tras haber repetido las hermosas palabras de grandes pensadores como Daniel Webster, Henry Ward Beecher y Chauncey M. Depew, había gozado Elmer del placer embriagador de tener pendiente de sus labios a un auditorio; elevándolo y agitándolo como si lo tuviese dentro de su mano. Los que componían el círculo de los debates oratorios le instaron a que participase en ellos con frecuencia. Pero aquellos jóvenes con lentes y caras de conejo le desagradaban sobremanera, y la perspectiva de tener que consultar en los libretos polvorientos de la polvorienta biblioteca datos sobre la inmigración y los productos naturales de Santo Domingo, le horrorizaba.

Si no llegó a abandonar los estudios fue porque Jim Lefferts le obligó a trabajar.

A Jim le aburría menos el colegio. Tenía cierto interés por la cultura. Le gustaba saber cosas de los hombres de la antigüedad y realizar «milagros en conserva», en la clase de Química. A Elmer no le cabía en la cabeza que un bebedor tan experimentado, un hombre tan diestro en el arte de atraerse a las mujeres y sacar partido de ellas como Jim, pudiese sentir el menor interés por los carros romanos o por los amores insulsos de los guisantes de olor. El, por su parte, no malgastaría el tiempo en tales cosas. Estudiaría Derecho y, una vez concluida la carrera, no volvería a abrir un libro. Lo importante era engatusar a los jurados; los informes se los haría cualquier abogado viejo a quien se los

encargase.

El placer de fumar, faltando al reglamento universitario, y las salidas frecuentes en compañía de Jim le ayudaban a sobrellevar la terrible carga de tener que escuchar las monsergas de los profesores. Además le servían de alivio las indagaciones que hacía sobre las aptitudes amorosas de sus compañeras de curso o de la hija del panadero. Lo que más le atraía, sin embargo, era beber hasta la embriaguez. Pero, muchas veces, no disponía de dinero para beber en abundancia y, por otra parte, sus compañeras de curso eran, por lo general, feas y honestas.

Era lastimoso ver a aquel muchachote de anchas espaldas, que tan feliz hubiese sido en el «ring», o en un mercado, o en la Bolsa, vagar por los corredores sombríos del colegio de Terwillinger.

III

La Universidad de Terwillinger, fundada y dirigida por baptistas de los más estrictos, está situada en las afueras de Fuentes de Gritzmacher, en el Estado de Kansas. (Las fuentes se han secado ya y los Gritzmachers se han marchado a Los Ángeles a vender hotelitos y embutidos.) Se alza en medio de la pradera barrida por las tormentas de nieve del invierno, y cubierta, en el verano, de ardiente polvo, y agradable tan sólo en la primavera, cuando la yerba crece, o en el tibio y sereno Otoño.

De no existir en medio de los jardines del Colegio Terwillinger una piedra en la que están inscritas las fechas de las promociones de los cursos, no sería difícil confundirlo con un asilo de ancianos.

La mayoría del profesorado está formada por ex sacerdotes.

Hay una residencia para los alumnos, pero Elmer Gantry y Jim Lefferts vivían juntos en la ciudad, en una casa de ladrillos con una hermosa cúpula blanca, que, en otro tiempo, constituyó el orgullo de la propia familia Gritzmacher. El cuarto que ambos amigos ocupaban estaba en el mismo estado que en tiempos de Augusto Gritzmacher, el fundador de la familia. Era una habitación enorme, con un inmenso lecho de nogal negro tallado, pesadas cortinas de brocado eternamente polvorientas, y sillas también de nogal adornadas con bandas en el respaldo, del que pendían borlas doradas. Costaba gran trabajo abrir las pesadas ventanas. Dominaba en la estancia ese ambiente indeciso y melancólico de esperanzas muertas de las tiendas de muebles de ocasión.

En aquel museo, Jim resaltaba con una sorprendente y vigorosa juventud. Elmer mostraba tendencia a la obesidad, mientras Jim Lefferts, por el contrario, era enjuto, bastante más bajo que Elmer, y duro como el acero. Aunque se había criado en una población de la pradera, Jim vestía con una elegancia natural, preocupándose mucho del aliño de su persona. Todas las prendas de su guardarropa, el traje de diario, lustroso en los codos, y el de los días de fiesta, color marrón, los había comprado hechos, con los bolsillos mal cosidos y costuras imperfectas; pero, a pesar de todo, le sentaban bien. Producía la impresión de que se adaptaría con facilidad a cualquier medio social, pues amaba la vida sin reservas. El cuello subido del abrigo le daba cierto aire romántico; la parte inferior, recosida, de los pantalones no denotaba pobreza, sino un cómico descuido. Y sus corbatas, vulgarísimas, hacían pensar en el club o el regimiento.

Su rostro enjuto expresaba resolución. A primera vista, sólo se apreciaba en él la fresca energía de la juventud; pero, detrás de esta frescura, había algo en sus ojos oscuros que denotaba dureza y decisión, no exenta de desprecio.

Jim Lefferts era el único amigo de Elmer, el único amigo verdadero que había tenido jamás.

A pesar de ser Elmer el ídolo deportivo del colegio; a pesar de su oculta sensualidad y de su hermosa presencia que hacía latir con violencia los corazones de las jóvenes colegialas; a pesar de que su risa varonil era tan atrayente como su sonoro lenguaje, Elmer no había logrado nunca suscitar verdaderas simpatías y afectos. Pasaba por ser el más popular de los alumnos del colegio; todo el mundo creía que todos le adoraban; pero nadie quería estar con él. Todos le tenían algo de miedo, y, a su lado, se sentían ligeramente incómodos, y algo más que ligeramente lastimados en su amor propio.

Esta actitud no tenía por causa solamente sus explosiones de voz, su costumbre de dar fuertes palmadas en la espalda ni, en suma, su desbordante y arrolladora personalidad que no dejaba resquicio posible a la intimidad con él. Se debía, sobre todo, a sus exigencias constantes. Excepto ante su madre viuda, a quien rendía un vago culto, y ante Jim Lefferts, Elmer se consideraba como el centro del universo y el resto del mundo no tenía valor a sus ojos más que en tanto le proporcionaba ayuda o placer.

Lo quería todo para sí.

Durante el primer año de sus estudios, por ser el único alumno de primer curso que formaba parte del equipo de football del colegio, y en atención, también, a su estatura y dotes que le anunciaban como un favorito, fue elegido presidente: En este cargo no se atrajo muchas simpatías. En las reuniones de sus compañeros de curso, interrumpía bruscamente a los oradores, no concedía la palabra más que a las muchachas bonitas y a los muchachos que le adulaban y, en el fragor de los debates, dejaba oír su vozarrón para decir: «¡Basta de palabrería! ¡Al grano, al grano!» Nutría los fondos de la asociación del curso organizando suscripciones tan arbitrarias como las que impone un cura católico a sus feligreses para la construcción de una iglesia.

—No volverá a sentarse en la presidencia, como yo pueda evitarlo!— murmuró un tal Eddie Fislinger, un muchacho extremadamente delgado, de pelo rojizo y risa nerviosa, que se había destacado entre sus compañeros de curso por su asiduidad en la asistencia a todas las reuniones, y el fervor con que rezaba sus oraciones en la Y.M.C.A.

Existía la costumbre de que el director de la Asociación Atlética no formase parte de ningún equipo. Elmer se hizo elegir director a la fuerza en el segundo curso, amenazando con no tocar el balón si no resultaba elegido. Nombró a Jim Lefferts presidente del comité de billeteaje y, entre los dos, mediante un pequeño truco en los libros de cuentas, se encontraron en posesión de cuarenta dólares, a los que pronto dieron el mejor de los empleos.

Al comienzo del tercer curso, Elmer anunció que quería ser elegido presidente de nuevo. Elegir a cualquiera presidente de la asociación del curso dos veces era «tabú» entre los estudiantes. El fervoroso Eddie. Fislinger, presidente entonces de la Y.M.C.A., que se preparaba a consagrar sus raros talentos al pastorado baptista, declaró, después de haber celebrado una devota reunión en su cuarto, que iba a hacer frente a Elmer y a impedirle que se presentase.

—¡Vamos! ¡A que no te atreves!— observó un Judas que tres minutos antes había estado esforzándose por comprender a Dios, bajo la dirección de Eddie.

—¿Que no me atreveré eh? ¡Vais a verlo! ¡Todo el mundo le odia a ese cerdo!— chilló Eddie.

Ocultándose entre árbol y árbol se las arregló para llegar ante Elmer en los jardines del colegio, y comenzó a hablarle de fútbol, de química cuantitativa y de la solterona de

Arkansas que enseñaba alemán.

Elmer gruñó impaciente.

Y, a la desesperada, Eddie balbució con su voz chillona:

—Oye, Chacal, no debías presentarte para presidente otra vez. ¡Ninguno ha sido presidente dos veces!

—Pues alguno va a serlo ahora.

—Hazme caso, Elmer. No te presentes. Claro que tienes muchas simpatías entre los compañeros, pero... Ninguno ha sido presidente dos veces. Votarán contra ti.

—¡Ya veremos si se atreven!

—¿Cómo vas a evitarlo? Francamente, Elm— Chacal—, te lo digo por tu bien. La votación es secreta. No se puede saber...

—¡Bah! Los nombramientos no son secretos. Anda, vete a rodar el aro, amigo Fissy, y diles a todos esos sucios coyotes que el primero que se atreva a votar a otro que no sea el Chacal se encontrará con lo que no se espera. ¿Comprendes? Y si me vienen después con que no sabían nada de esto, te la ganarás tú por no decírselo. ¿Está claro? ¡Si no me eligen por unanimidad me parece que no vas a rezar tú en lo que queda del año!

Eddie se acordó de cómo, para enseñar a vivir a un novato, Elmer y Jim le habían despojado de sus vestidos y le habían dejado desnudo en medio del campo a cinco millas de la ciudad.

Elmer fue elegido presidente del curso... por unanimidad.

No sabía que era impopular. Había creído siempre que los compañeros que le trataban con frialdad le tenían miedo o envidia, y esto le daba una sensación de superioridad.

He aquí la causa de que no tuviese más amigos que Jim Lefferts.

Sólo Jim tenía la suficiente voluntad para imponerle un respeto admirativo. Elmer se tragaba las ideas en bloque; tenía en la cabeza un torbellino de prejuicios. Jim, en cambio, sopesaba cuidadosamente todos los conceptos que se le presentaban. Jim era bastante egoísta; pero su egoísmo era el del hombre que piensa por cuenta propia y que no le asustan los vericuetos a que le puedan conducir sus pensamientos. Este hombrecillo trataba a Elmer como a un gran perro mojado, y Elmer le lamía los zapatos y le seguía.

Sabía también que Jim, en su puesto de zaguero, influía más que él, con ser capitán, en el resultado de los partidos, y era el alma del equipo.

Magnífico muchacho, Elmer Gantry! Alto, corpulento, de anchas espaldas y manos grandotas, de rostro ancho y profusa y enmarañada cabellera, tenía la hermosura de un gran perro danés. Sus ojos tenían una expresión cordial, su sonrisa era cordial, como su actitud habitual. Le producía mero asombro el hecho de que alguien no percibiese la importancia de su persona y se resistiese a satisfacer sus deseos. Era un solo de barítono hecho carne majestuosa, un gladiador riente ante las contorsiones cómicas de su adversario herido.

No podía comprender a los hombres que se estremecían ante la sangre, o a quienes les gustase la poesía o las flores, o a los que no pretendiesen en cualquier ocasión seducir a todas las mujeres susceptibles de ser seducidas. En ruidosas discusiones con Jim, afirmaba «que todos esos individuos que se pasan el tiempo estudiando y queriendo presumir de sabios no buscan más que hacerles la pelotilla a los profesores, que no tienen más que sangre de horchata en las venas».

IV

El principal ornamento de su cuarto era el escritorio-armario de Gritzmacher, que les servía de librería. Elmer poseía dos volúmenes de Conan Doyle, uno de E. P. Roe y un precioso ejemplar de «Nada más que un muchacho». Jim había empleado su dinero en una enciclopedia que explicaba en diez líneas todo lo conocido, y en un ejemplar de «Mr. Pickwick». Por conductos desconocidos había llegado también a sus manos una edición de las obras completas de Swinburne, en cuyas páginas nunca había posado la mirada.

Pero su orgullo estaba en poseer «Algunos errores de Moisés», por Ingersoll y «La Edad de la Razón», de Paine. Porque es de saber que Jim Lefferts era el librepensador del colegio, el único que en Terwillinger dudaba de que la mujer de Lot se hubiese convertido efectivamente en estatua de sal por volver la cabeza una sola vez hacia la ciudad donde tan bien lo había pasado entre los matrimonios jóvenes. Y no menos dudaba que Matusalén hubiese vivido novecientos sesenta y nueve años.

En todos los píos rincones de Terwillinger se murmuraba de Jim. El mismo Elmer estaba asustado, porque tras haberse entregado durante largos minutos a profundas meditaciones teológicas, había llegado a la conclusión de que «algo debía haber de cierto en toda esta monserga de la religión cuando tantos sabios pajarracos creen en ella y, más tarde o más temprano, había que dejarse de impiedades y tener fe». Probablemente Jim hubiese sido expulsado del colegio por los profesores sacerdotes de no haberse mostrado tan reverente en sus preguntas cuando se esforzaban por sacarle de la impiedad, concluyendo por abandonarle en medio de nerviosa confusión.

El mismo presidente, el Reverendo Doctor Willoughby Quarles, antiguo pastor de la iglesia baptista de Moline, Estado de Illinois, autor de innumerables tratados sobre la necesidad del bautismo por inmersión y hombre incomparable en todos los aspectos; el mismo Doctor Quarles, cuando echó la vista encima a Jim y le preguntó:

—¿Obtiene usted el debido provecho de nuestras enseñanzas, hijo mío? ¿Cree usted, como nosotros, no sólo en la inspiración plena de la Biblia, sino en su inspiración literal, única regla divina de fe y de conducta?», tuvo que escuchar a Jim responderle con tono suave y expresión dócil:

—¡Oh, sí, doctor! Sólo hay una o dos cosas que han estado preocupándome, doctor. Las he sometido al Señor en mis oraciones, pero no parece que me preste mucha ayuda. Estoy seguro de que usted podrá ayudarme. ¿Para qué hizo Josué detenerse al Sol? Desde luego, el hecho es cierto, porque la Escritura lo dice. Pero ¿por qué lo hizo, siendo así que el Señor ayudaba siempre a aquellos judíos y a Josué le bastaba mandar a sus gentes gritar y tocar las trompetas para que se viniesen abajo, enormes murallas? Y, si los diablos eran la causa de tantas enfermedades y tenían que perseguirlos y expulsarlos, ¿por qué los buenos doctores baptistas de hoy no siguen diagnosticando la posesión demoníaca en lugar de la tuberculosis o cosas parecidas? ¿Hay realmente procesos?

—Hijo mío, voy a darte una regla infalible. ¡No pongas nunca en tela de juicio los designios del Señor!

—Pero ¿por qué los médicos no hablan ya de tener los demonios en el cuerpo?

—No puedo perder el tiempo en vanas discusiones que no conducen a nada. Si pensaras un poco menos en tus maravillosas facultades de raciocinio, y te acercaras humildemente a Dios en la oración y te remitieras a El, comprenderías el verdadero sentido espiritual de todo esto.

—Pero, ¿dónde pudo encontrar Caín a su esposa...?

Jim hizo esta pregunta con el más profundo respeto, pero el Doctor Quarles (perilla y pechera almidonada) repuso con la violencia de un latigazo:

—¡No puedo dedicarte más tiempo! ¡Ya te he dicho lo que tienes que hacer!
¡Buenos días!

Aquella noche, la señora de Quarles le dijo a su esposo, suspirando:

—Oh, Willouhgby! ¿Te has ocupado de ese perverso estudiante, ese Lefferts que en todas partes procura sembrar la duda? ¿Le has expulsado por fin?

—No— respondió el Presidente Quarles, envanecido..., No, ciertamente. No ha sido necesario. Le he indicado lo que tiene que hacer para lograr la guía divina y... Otra cosa: ¿Ha venido aquel estudiante de primer año a segar la yerba del jardín? ¡Vaya una ocurrencia la suya, pedir quince centavos a la hora por ese trabajo!

Jim estaba suspendido de un pelo sobre los abismos infernales y, al parecer, gozaba mucho en tal situación. Su impiedad fascinaba y asustaba a Elmer Gantry.

V

Aquel día de noviembre de 1902, cuarto año de sus estudios, era un día plomizo. El fango cubría las aceras de las calles de Gritzmacher Springs. La ciudad no ofrecía ninguna distracción, y la atmósfera del cuarto estaba cargada con el humo de la estufa, encendida ahora por primera vez desde la primavera anterior.

Jim estaba estudiando alemán cómodamente repantigado en su butaca, con los pies apoyados en el borde del escritorio. Elmer estaba tendido de través en su cama, para ver si la sangre se le subía a la cabeza dejándola caer hacia un lado. Siempre ocurría esto.

—Vamos a salir, a hacer algo— gruñó al cabo de un rato.

—No podemos hacer nada— dijo Jim.

—Vamos a Cato a ver a las chicas y a emborracharnos.

Como en Kansas imperaba la prohibición, el paraíso más cercano era Cato, en el Estado de Missouri, a diecisiete millas de distancia.

Jim se rascó la cabeza con el borde de su libro y asintió, diciendo:

—Me parece una idea magnífica. ¿Tienes dinero?

—¿Estando a veintiocho? ¿De dónde voy a sacar yo el dinero antes del día primero?

—Chacal, posees una de las inteligencias más profundas que yo conozco. Darías el golpe, si te dedicaras a la abogacía. Fuera de que ninguno de los dos tenemos dinero y de que mi lección de alemán de mañana es un «hueso», tu proyecto es espléndido.

—Hombre, la verdad es que...— suspiró el corpulento Elmer con una voz tan apagada como la de un gato enfermo, impotente para resolver el tremendo problema.

—Fue Jim el que logró disipar las brumas del tedio que comenzaban a envolverlos. Había vuelto a fijar la atención en su libro, pero, al cabo de un momento, lo colocó con suavidad y precisión sobre la mesa y se levantó.

—Tengo ganas de ver a Nellie— suspiró—. ¡Ay, amigo mío, qué buen rato la haría pasar! Es un diablillo. Estas compañeras de aquí no sirven para nada. Las pocas que se dejan hacer el amor te persiguen por todas partes tratando de cazarte para ver si te casas con ellas.

—¡Y yo quiero ver a Juanita!— gruñó Elmer—. No hablemos más de ellas. ¡Me palpita el corazón sólo de pensar en Juanny!

—Chacal, ya está resuelto. Vete a pedir prestados diez dólares al nuevo repetidor de química y física. A mí me queda un dólar y sesenta centavos, y con eso tenemos bastante.

—Pero, si no le conozco...

—Ya lo sé, tonto. Precisamente por eso te lo digo. Le colocas el cuento del cheque

que no ha llegado. Yo voy a estudiar alemán un rato mientras tú le sacas los diez dólares...

—No debías hablar así— dijo con aire lúgubre Elmer.

—Si te das las mañas que tú sabes, tomamos el tren de las cinco y dieciséis para Cato.

A esa hora estaban en el tren.

Este estaba formado por un vagón de viajeros, un coche mixto de fumadores y furgón, y una vieja locomotora con su tender. Avanzaba a través de la noche naciente dando tales vaivenes que Elmer y Jim tenían que agarrarse fuertemente a los brazos de sus asientos para no caer el uno sobre el otro. El vagón traqueteaba como un mercancías atravesando un vendaval. Constantemente cruzaban el pasillo campesinos altos y rudos en dirección al depósito de agua para beber, instalado a un extremo del coche, y, al pasar junto a Jim, le descargaban un fuerte encontronazo o se apoyaban con una mano sobre su hombro para mantenerse derechos.

De todas partes, de los cristales, cubiertos de suciedad, de los herrajes despintados, del piso lleno de fango, partía el olor agrio, nauseabundo de tabaco barato; las manos imprimían su huella sobre el polvo que cubría la felpa encarnada de los asientos. El coche estaba atestado y los viajeros hablaban a voces entre sí de un lado a otro del pasillo.

Pero, Elmer y Jim no paraban mientes en la suciedad, ni en el olor, ni en la gente. Permanecían silenciosos, ligeramente excitados y anhelantes, con los labios entreabiertos y los ojos velados, pensando en Juanita y en Nellie.

Estas dos muchachas, Juanita Klauzel y Nellie Benton, no eran en modo alguno profesionales del placer. Juanita era cajera del restaurante «Cato»—»Comidas al Minuto»— ; y Nellie trabajaba en un taller de costura. Eran dos buenas muchachas, amigas de divertirse, que sólo procuraban obtener un poco de dinero para comprarse zapatillas encarnadas y chocolate relleno de nueces.

—¡Qué simpática es Juanita! ¡Qué bien le comprende a uno!— dijo Elmer mientras descendían los escalones de piedra cubiertos de fango de la estación de Cato.

Cuando Elmer, recién salido del Instituto y de las salas de billar de la pequeña ciudad de París, en el Estado de Kansas, llegó a Terwillinger para estudiar e) primer año y comenzó a iniciarse en las lides amorosas, era un muchachote inexperto a quien intimidaba la presencia de las mujeres de vida alegre. Se tropezaba con las mesas, gritaba con exceso y procuraba que todo el mundo se enterase de su despreocupación y su audacia en el vicio. Todavía seguía siendo turbulento y orgulloso de sus vicios cuando se encontraba bajo los efectos del alcohol; pero, al cabo de tres años y unos meses de universidad había aprendido el modo de tratar a las mujeres. Obraba con aplomo y seguridad, y casi sin estridencias. Sabía mirarlas a los ojos con ardor y complacencia.

Juanita y Nellie vivían con la tía de esta última— una virtuosa viuda que sabía ser discreta y no estorbar— en un pequeño piso de tres habitaciones, sobre una tienda de comestibles. Acababan de regresar del trabajo cuando Elmer y Jim hicieron resonar con firmes pasos los vacilantes escalones de madera de la entrada. Juanita estaba perezosamente tendida en un diván al cual una cubierta oriental de seda amarilla y encarnada, con bordados que representaban un visir de luengas barbas, tres bailarinas con pantalones de gasa, un narguile y una mezquita tan sólo un poco mayor que el narguile, no lograba darle otra apariencia que la de una cama vulgar. Juanita estaba encogida, pellizcándose con nerviosismo una pantorrilla, mientras leía un emocionante capítulo de una obra de Laura Jean Libbey. Tenía el vestido entreabierto en el pecho, y una de sus finas medias de seda mostraba una deshilachadura a lo largo de la pierna. El nombre de Juanita le era poco

apropiado, con sus cabellos cenicientos, su rostro pálido y suave, sus lánguidos ojos azules que expresaban una pasión mal contenida.

Nellie, robusta y alegre, morena como una hebrea, tenía puesta una sucia bata casera. Estaba haciendo café y exponiendo a Juanita, que apenas la escuchaba, una serie de quejas contra la «maestra» del taller donde trabajaba.

Los dos jóvenes entraron en el cuarto sin dar con los nudillos en la puerta.

—¡Qué frescos!— chilló Nellie—. ¡Colarse de esta manera cuando no estamos vestidas!

Jim se acercó a ella, cogió su mano gordezuela, separándola del mango de la cafetera de porcelana y dijo riendo:

—Pero, ¿no te alegras de vernos?

—No sé si me alegro o no. Bueno, ¡déjame! A ver si tienes un poco de formalidad.

Rara vez mostraba Elmer más habilidad que Jim Lefferts. Pero en aquel momento sentía su poder sobre las mujeres —sobre cierta clase de mujeres—. Silencioso, poseído del deseo de Juanita, sobre la cual fijaba sus ojos cálidos y dominadores, se dejó caer sobre lo que era momentáneamente una cama turca, y tocando con sus grandes dedos la pálida mano de la muchacha, murmuró:

—¡Chiquilla, qué cansada parece estar!

—Lo estoy, y... No debías haber venido esta tarde. A la tía de Nellie le dio una rabieta la última vez que estuvisteis aquí.

—¡Hurra por la tía de Nellie! ¿Pero no te alegras tú de verme?

Ella no respondió.

—¿No te alegras?

Bajo la mirada atrevida de él la muchacha, desasosegada, hurtó la vista, después volvió a mirarle, y por último refugió su mirada en el techo.

—¿No te alegras?

Tampoco hubo respuesta.

—¡Juanita! Si vieras cuánto te he echado de menos, cuánto me he acordado de ti! (Elmer deslizó suavemente sus dedos por el cuello de la muchacha.) ¿No te alegras un poquito de verme?

Ella volvió el rostro hacia él y, por un momento, sus ojos sumisos le expresaron la verdad. Después, dijo vivamente:

—¡No! ¡Cállate!

Pero él le cogió la mano y se acercó más a ella, hasta reclinarse en su hombro.

—¡Eres tan grande y tan fuerte!— suspiró ella.

—No; no sabes cómo necesito de ti. El presidente, el viejo Quarles —¿recuerdas que te hablé de él?— la ha cogido conmigo porque cree que Jim y yo fuimos los que soltamos los murciélagos en la capilla.

Y estoy tan harto de las conferencias semanales sobre la Biblia y de todos esos fantasmones de la antigüedad...! Y entonces me acuerdo de ti y pienso en lo feliz que sería si estuvieras allí en mi cuarto sentada junta a la estufa, con tus piececitos metidos en esas zapatillas encarnadas tan monas y colocadas en la barra de níquel! ¿No crearás que son tonterías, verdad?

Nellie y Jim estaban en aquel momento dándose empujones y diciéndose cosas gruesas mientras se preparaba el café.

—Vamos, chicas, poneos otros trapos! Os convidamos a cenar y luego los llevaremos a bailar un poco— gritó Jim.

—No podemos ir— dijo Nellie—. Mi tía está furiosa porque anoche volvimos a casa muy tarde de un baile. Tenemos que estar en casita, y vosotros tenéis que largaros antes de que ella aparezca.

—¡Vamos, dejaos de bobadas!

—No. Es imposible.

—¡Como que vosotras os vais a quedar en casa haciendo punto! Lo que queréis es que nosotros nos vayamos, porque estáis esperando a algunos puntos. Eso es lo que pasa.

—Eso no es verdad, señor Jim Lefferts, y, aunque lo fuera, no es cosa que a usted le deba importar.

Mientras Jim y Nellie regañaban, Elmer había deslizado la mano por detrás de la espalda de Juanita y la apretaba suavemente contra sí. Estaba convencido, terriblemente convencido de que era hermosa, de que era espléndida, de que era la vida misma. Veía el cielo en, el dulce contorno de sus espaldas, y su carne pálida le parecía seda viviente.

—Vamos al otro cuarto— suplicó.

—No... no, ahora no.

El la oprimió el brazo.

—Bueno; no entres hasta que pase un minuto— le dijo al oído—. Y añadió más alto a los otros: — Voy a peinarme. Parezco una bruja con estos pelos!

Entró en la habitación contigua. La sangre fría de Elmer había desaparecido. Parecía ahora un niño grandote de cara redonda y asustada. Para ocultar su emoción y aparecer tranquilo, se puso a dar vueltas por la estancia deteniéndose a quitar el polvo con su pañuelo a un jarrón color de rosa y oro. Estaba junto a la puerta del cuarto interior.

Miró de reojo a Jim y a Nellie. Estaban con las manos enlazadas, mientras el agua de la cafetera hervía alegremente y se vertía. El corazón le latió con violencia. Se deslizó con rapidez en el otro cuarto y, una vez dentro, cerró la puerta, murmurando con fingido terror:

—Oh, Juanita...!

VI

Elmer y Jim se marcharon antes del regreso de la tía de Nellie. Como no tenían invitadas se dirigieron al «Maginnis Lunch» donde cenaron chuletas de cerdo, café y pastel de manzanas.

Ya ha sido relatado que, más tarde, en el bar de Cato, Elmer se había puesto filosófico y misógino, reflexionando que Juanita era indigna de sus atenciones. También hemos hecho notar que su borrachera era agresiva.

Iba tambaleándose por la acera fangosa cogido del brazo de Jim y, a medida que sus ideas se aclaraban, aumentaba su furor contra el miserable que se atreviera a provocar a su mejor amigo y compañero. Sacaba el pecho hacia adelante, cerraba los puños y buscaba con la mirada al canalla imaginario entre la multitud de mineros y obreros que deambulaban por la calle a aquella hora.

Habían llegado al centro de la ciudad. Hacia la mitad de la calle, junto a las paredes de ladrillo encarnado del Hotel del Congreso, alguien estaba discursando, subido en un cajón y rodeado de un grupo que hacía mofa de él.

—¿Por qué hacen burla de ese que está hablando? Más valiera que lo dejaran en paz — dijo Elmer soltándose del brazo de Jim y lanzándose como una flecha por entre los grupos. Se hallaba en la situación más dichosa que un hombre joven y forzado puede

apetecer: la de emplear la violencia injusta en favor de una causa justa. Se abrió camino entre el auditorio, metió el codo en el estómago de un hombrecillo débil, y se rió a carcajadas al oír su lamentable quejido. Después se detuvo, súbitamente desazonado y vacilante.

El orador que estaba siendo objeto de mofa no era otro que el hombre a quien más detestaba, Eddie Fislinger, el presidente de la Y.M.C.A. de la Universidad de Terwillinger, la sabandija que se había opuesto bellacamente a que Elmer fuese elegido presidente.

En compañía de otros dos estudiantes de cuarto año que estaban también preparándose para ejercer el ministerio baptista, Eddie había venido a Cato a salvar unas cuantas almas. Por lo menos, si no salvaban almas (y no habían salvado ninguna en los diecisiete sermones callejeros que habían pronunciado) se ejercitaban en la práctica de sus futuras actividades.

Eddie era un orador de una machaconería irritante, que lograba algunos resultados insistiendo tozudamente sobre un tema; pero no tenía gran decisión y en aquel momento era evidente que temía a su principal contradictor, un joven panadero grande y rubio, con la cabeza enharinada a la Pompadour, que plantado frente a Eddie, le disparaba preguntas sin cesar. Mientras Elmer escuchaba, el panadero preguntó:

—¿Y por qué se figura usted que sabe todo lo referente a la religión?

—Yo no pretendo saber todo lo referente a la religión, amigo mío— le respondió Eddie—; pero sé cuán poderoso es su influjo para llevar una vida limpia y digna, y si usted me permite decir a estos señores cuál ha sido mi experiencia sobre las respuestas de Dios a mis oraciones...

—¡Valiente cara tiene usted de tener experiencia de nada!

—Mire usted, hay otros que pueden querer escuchar...

Elmer detestaba las sensiblerías de Eddie. Hubiera preferido irse a beber en compañía del panadero, que le parecía un hombre simpático, pero no se le ofrecía en realidad otra ocasión de ejercer la violencia que haciéndose campeón de la religión. La multitud apiñada le excitaba y el contacto con cuerpos rudos, el olor a gabanes mojados y el ruido de las voces dispersas, le recordaban una alineación de fútbol.

—¡Oiga usted!— gritó al panadero.— Deje usted hablar a ese individuo. Déjele decir lo que quiera. ¿Por qué no se mete usted con alguno que sea de su tamaño, gigantón?

Jim Lefferts le agarró de un brazo diciéndole:

—Vámonos de aquí Chacal. No te metas en líos. ¿A quién se le ocurre venir en ayuda de un buhonero del evangelio?

Elmer se desprendió de él de un empujón, y, echando el pecho hacia adelante, se encaró de nuevo con el panadero, que estaba mascullando:

—¡Hola! Usted será también un evangelista.

—Lo sería, si fuese digno de serlo (Elmer lo creía así firmemente en aquel delicioso momento). Estos muchachos son compañeros míos, y nadie puede impedirles decir lo que quieran.

Eddie Fislinger dijo a sus compañeros con voz dulcísima que parecía un balido:

—¡Oh, amigos míos! ¡Es Elmer! ¡Está salvado!

Ni siquiera esta interpretación alarmante de las causas que impulsaban a Elmer a intervenir, fue capaz de apagar su ardor bélico. Apartó bruscamente a un lado a un anciano que se interponía entre él y el panadero, y apretó los puños aprestándose a la lucha.

—Si tiene usted ganas de gresca... — insinuó el panadero, blandiendo torpemente sus enormes puños blancos de la harina.

—Yo no— observó Elmer al tiempo que descargaba el puño con suma habilidad y precisión sobre el ángulo de la mandíbula.

El panadero se bamboleó como un rascacielos en un terremoto, y vino a tierra todo lo largo que era.

Uno de los camaradas del panadero rugió:

—¡Vamos a ellos! ¡Matarlos!

Elmer le agarró de la oreja izquierda. La oreja estaba muy fría y el individuo se estremeció bajo un dolor agudísimo. Elmer parecía estarse divirtiendo mucho, pero no era así, en realidad. Su embriaguez se había disipado casi por completo y se daba cuenta de que seis o siete obreros jóvenes y fuertes estaban a punto de caer sobre él. Aunque tenía una excelente opinión de sí mismo había presenciado demasiados partidos de football, jugados por equipos interuniversitarios, con acompañamiento de zancadillas y rodillazos, para poder imaginarse que iba a ser capaz de entenderlas él solo con media docena de obreros a la vez.

Es dudoso que hubiese continuado exponiéndose por el Señor y Eddie Fislinger, de no haber intervenido la Providencia de la manera misteriosa que la caracteriza. El más próximo de sus atacantes estaba ya junto a Elmer, cuando partieron voces del grupo que gritaban:

—¡Los guardias! ¡Que vienen los guardias!

Los tres guardias que constituían la fuerza policíaca de Cato se abrieron paso a toda prisa entre la multitud. Eran tres hombres larguiruchos, de largos bigotes y mirada fría.

—¿Cuál es la causa de este alboroto?— preguntó el jefe, dirigiéndose a Elmer, que era tres pulgadas más alto que cualquiera otro de los presentes.

—Unos cuantos de estos individuos pretendían interrumpir una pacífica reunión religiosa, e incluso llegaron a insultar al reverendo, y yo le he protegido— respondió Elmer.

—Es verdad, jefe. Un verdadero escándalo— dijo Jim.

—Así ha sido, jefe— chilló Eddie desde lo alto de su cajón.

—Está bien. ¡Que nadie vuelva a interrumpir! ¡Debía daros vergüenza faltar al respeto a un reverendo! ¡Siga usted, reverendo!

El panadero, en tanto, había recobrado el sentido y, con la ayuda de alguien, se había puesto en pie. Se veía en su semblante que se sentía ultrajado ‘y que estaba decidido a que aquello no quedara así, si lograba averiguar qué había pasado exactamente. Sus ojos ‘tenían una expresión salvaje, sus cabellos eran una maraña envuelta en lodo y en su mejilla enharinada se apreciaba la huella del puñetazo. Estaba demasiado aturdido para darse cuenta de que el jefe de policía se encontraba a su lado y entre las nieblas de su mente se aferraba a la idea de que iba a destruir todo lo que oliera a religión.

—De modo que usted también es uno de esos peleles que andan predicando...!— gritó dirigiéndose a Elmer en el preciso momento en que uno de los larguiruchos guardias le atrapaba con su brazo de increíble longitud.

La atención admirativa de la multitud enardeció a Elmer, envaneciéndole y colmándole de entusiasmo.

—¡Quizá yo no sea nunca un predicador!— gritó—. ¡Quizá no sea ni siquiera un buen cristiano! ¡Acaso haya hecho muchas cosas que no debiera haber hecho. Pero dejadme que os diga que yo respeto la religión...

—Amén. Dios sea loado, hermano— fue la respuesta de Eddie Fislinger.

—...y nunca permitiré que nadie la ataque. De dónde si no es de la religión, nos viene la esperanza de...

—¡Dios sea loado! ¡Bendito sea el su nombre!

—...la esperanza de vivir siempre honestamente, como... ¿cómo... queréis decirme...?

Elmer estaba espetando su perorata al jefe de policía, quien hubo de reconocer:

—Sí. Tiene usted razón. Ahora, que prosiga la reunión, y si alguno se atreve a interrumpir...

Esto condensó todas las ideas que por el momento tenía el jefe de policía sobre la religión y el orden público. Miró severamente a todo el que estaba al alcance de su vista y cruzó, erguido, por entre los grupos para regresar al puesto de policía, donde le esperaba la interrumpida partida de juego.

Eddie se remontaba a una elocuencia cargada de unción:

—Oh, hermanos míos! Ahora veis cuál es el poder del espíritu de Cristo para remover lo más noble y elevado que hay en nosotros! ¡Ya habéis escuchado lo que nuestro hermano Gantry ha dicho sobre el único y verdadero camino que conduce a la salvación! Cuando regreséis a vuestras casas, deseo que todos y cada uno de vosotros abráis vuestra Biblia por las páginas del Cantar de los Cantares, de Salomón, donde habla del amor del Salvador por la Iglesia— Cantar de los Cantares, capítulo cuarto, versículo décimo, donde dice... donde Cristo habla de la Iglesia y dice... — capítulo cuarto, versículo décimo —» ¡Cuán hermosos son tus amores, hermana, esposa mía! ¡Cuánto mejores que el vino tus amores!»

—¡Oh, la inefable alegría de hallar los goces de la salvación! Ya habéis escuchado el testimonio de nuestro hermano. Sabemos que es un hombre fuerte, hermano de todos los oprimidos y ahora que sus ojos se han abierto a la luz y sus oídos están libres de estorbos, ha comprendido que es preciso practicar la confesión y prosternarse humildemente a los pies del trono... ¡Oh, este es un momento histórico en la vida de Chac... de Elmer Gantry! ¡Hermano mío, no sientas temor! ¡Ven! ¡Sube aquí a mi lado y ofrece el testimonio de...

—¡Por Cristo vivo, vámonos de aquí a toda prisa!— murmuró con ansiedad Jim.

—¡A escape!— gruñó Elmer.

Y se abrieron paso por entre la multitud, perseguidos por la voz de Eddie Fislinger que caía sobre ellos como una lluvia helada y penetrante.

—¡No temáis reconocer a Jesús por vuestro Jefe! ¿Vais a ser tan cobardes que no os atreváis a exponeros a la mofa de los impíos?

Pero ya estaban a salvo, lejos de la gente, y se dirigían a buen paso y con grave compostura al «Old Home Sample Room».

—Ese Eddie nos ha hecho una mala faena— dijo Jim. — ¡Ya lo creo! ¡Tratar de convertirme a mí, y en presencia de aquella gentuza! ¡Si vuelvo a oírle algo por el estilo le retuerzo el pescuezo! ¡Hace falta valor para querer llevarme a mí al banco de los penitentes! Pero ¡está fresco! ¡Ya le arreglaré yo! Vamos. Aprieta el paso— exclamó el hermano de todos los oprimidos.

Cuando llegó la hora de tomar el tren, las sólidas cualidades de conversador del barman y las no menos sólidas del whisky les habían hecho olvidarse de Eddie Fislinger y de los horrores de desnudar la religión en público. Su asombro, pues, fue mayor cuando al volverse en su asiento del vagón de fumadores vieron a Eddie ante ellos, con la Biblia en la mano, escoltado por sus dos compañeros de tareas evangelizadoras, que estaban radiantes.

Eddie enseñó los dientes sonriéndose y con los ojos húmedos de emoción, declaró:

—¡Oh, amigos míos! ¡No sabéis lo admirable que ha sido vuestro proceder de esta noche! Pero ahora que habéis dado el primer paso, ¿por qué no seguís el camino

emprendido, por qué vaciláis, por qué hacer sufrir al Salvador que os espera, que suspira por vosotros? El os necesita, muchachos, con vuestras dotes espléndidas de inteligencia que tanto admiramos...

—Este aire está muy viciado para mí — observó Jim Lefferts—. Noto un olor extraño a pescado.

Y se levantó de su asiento, dirigiéndose al coche anterior.

Elmer intentó seguirle; pero Eddie se había apresurado a ocupar el asiento de Jim y a reanudar alegremente la cháchara, mientras los otros dos, en pie, les prodigaban sus sonrisas más características de la Y.M.C.A., sonrisas que alteraban el estómago de Elmer, ya bastante agitado por los traqueteos del tren.

A pesar de todas sus bravatas, Elmer no sentía nada del desprecio que Jim manifestaba resueltamente por la Iglesia. Más bien le inspiraba miedo. Le recordaba su niñez: su madre, agobiada por una viudez prematura Y Por el exceso de trabajo, no encontraba emoción más que en los himnos de la Biblia y lloraba cuando él no estudiaba la lección de la escuela dominical. La iglesia, de bóvedas elevadísimas, con sus diez metros de altura hasta las curiosas esculturas de su remate, y los predicadores, con sus voces atronadoras describiendo cuadros terroríficos de muchachos que robaban melones o que se entregaban a experiencias de orden biológico detrás de los graneros. El momento impresionante de su segunda conversión, a la edad de once años, cuando, llorando de azoramiento y ante la perspectiva de renunciar a tantos goces, rodeado de rostros solemnes y de barbas de personas mayores, hubo de firmar la promesa de renunciar para siempre a los placeres impíos, al alcohol, a las cartas, a los bailes y al teatro.

A pesar de toda su audacia, estas nubes pesaban todavía sobre él.

En Eddie Fislinger, detestaba al ser humano. Le miraba como a un saltamontes y le agradaba la idea de ponerle el pie encima. Pero Eddie Fislinger, el mensajero del evangelio, apoyado sobre su Biblia, encuadrada en cuero grabado al fuego (con registros de seda con flequillos y de celuloide asomando por entre las hojas), tal como la blandían sus profesores de la escuela dominical, cuando le aseguraban que Dios estaba siempre merodeando para sorprender los pensamientos secretos de los niños; este Eddie, pertrechado de todas las armas, era un funcionario y Elmer le escuchaba con inquietud, sin estar nunca completamente seguro de que no pudiese él también llegar a convertirse en un personaje imponente, vestido de chaquet impecable y teniendo costumbres honorables y tediosas.

—...y no olvides— le decía Eddie con voz quejumbrosa— que corres un peligro grandísimo posponiendo la hora de la salvación. «Estad siempre en vela, pues no sabéis a qué hora vendrá vuestro Señor», está dicho. ¡Imagínate que este tren descarrilase esta noche!

El tren tuvo en aquel momento la ocurrencia de dar una sacudida tremenda al tomar una curva.

—¿Lo ves? ¡Dónde irías a pasar la eternidad, Chacal? ¿Piensas tú que cualquiera de tus diversiones vale la pena de arder en el infierno?

—¡Déjame en paz! Ya conozco todas esas monsergas. Hay mucho que discutir... Espérate que vaya a buscar a Jim para que te diga lo que Bob Ingersoll ha dicho sobre el infierno.

—¡Sí! ¡Lo sé muy bien! Y recordarás que, en su lecho de muerte, Ingersoll llamó a su hijo y se arrepintió y le pidió que se apresurase a salvarle quemando todos sus escritos impíos!

—Bueno... ¡qué demonio!... No tengo gana de hablar de religión esta noche. ¡Déjame en paz!

Pero Eddie sí tenía ganas de hablar de religión, y muchas. Blandió su Biblia con entusiasmo y citó muchos pasajes inquietantes. Elmer le escuchaba lo menos posible, pero no se sentía con fuerzas para esgrimir argumentos en contrario.

Tuvo una deliciosa sensación de alivio cuando el tren paró por fin, bruscamente, en Gritzmacher Springs. La estación era un armatoste de madera mugrienta, y el andén, iluminado con lámparas de petróleo, estaba cubierto de fango. Pero Jim— su refugio contra los confusos problemas teológicos— le estaba esperando. Lanzó a Eddie un «Buenas noches» furibundo, y echó a andar con paso tardo.

—¿Por qué no le hiciste cerrar el pico?

—¡Pues claro que se lo hice cerrar! ¿Por quién me tomas? Le dije que se callase y se calló, y he venido roncando todo el camino y... ¡Oh, cómo me duele la cabeza! ¡No vayas tan deprisa!

CAPITULO

II

I

DURANTE varios años el estado de pecado en que vivían Elmer Gantry y Jim Lefferts había colmado de desesperación los corazones cristianos del colegio de Terwillinger. Ningún gran momento de fervor religioso había pasado sin que se aprovechara para lanzarles flechas aceradas... por lo general en ausencia suya. También en los rezos de la Y.M.C.A. se les había tenido presentes para lamentar su asombrosa locura.

Se había visto a Elmer flaquear cuando, en los cultos matutinos de la capilla, el rector, el reverendo Willoughby Quarles, se había mostrado particularmente inspirado en sus exhortaciones; pero Jim había confirmado a Elmer en su fe de incrédulo.

Mas ahora, Eddie Fislinger, como un serafín de la pradera, esparció de cuarto en cuarto, entre los elegidos, el rumor extraordinario de que Elmer había hecho profesión de fe en público, después de haber sufrido treinta y nueve minutos de adjuración privada en el tren. Inmediatamente se urdió un pío complot contra la miserable víctima expiatoria. En todo Gritzmacher Springs, en los despachos de los profesores dedicados al sagrado ministerio, en los cuartos de los estudiantes, en la pequeña sala de rezos detrás del auditorio, almas gozosas conspiraban con el Señor contra la impiedad serena y celosa de Elmer. En todas partes, a través de la tormenta de nieve, se podía oír murmurar: «Hay más regocijo en el Cielo por un pecador que se arrepiente que...»

Hasta aquellos estudiantes que no eran especialmente estimados por su fervor, y de quienes se sospechaba que fumaban y jugaban a las cartas, se sintieron conmovidos y cayeron en éxtasis, aunque quizá se tratase de bromas inocentes. El «centro» de «football», compañero de Elmer y de Jim antes de su conversión, y ahora prometido de una rolliza y fervorosa estudiante sueca, se levantó espontáneamente en una reunión de la Y. M. C. A. e hizo la promesa a Dios de ayudarle a ganar el ánimo de Elmer.

Pero el espíritu más ardiente era el de Eddie Fislinger, quien fue reconocido como un futuro profeta que algún día tendría bajo su inspiración alguna de las iglesias baptistas más grandes de Wichita, y quizá hasta di Kansas City.

Eddie organizó una sesión de veinticuatro horas seguidas de rezos en pro de la salvación de Elmer, a la cual asistieron los estudiantes más devotos, aun a riesgo de que se les anotara una falta en clase y al día siguiente tuvieran que escuchar las duras reprimendas de los profesores. Sobre el suelo desnudo del cuarto de Eddie, encima del almacén de pinturas de Knute Halvostred, de tres a dieciséis jóvenes se arrodillaron a la vez, y no había habido en la historia de la religión ninguna batalla librada con Satán que terminase de modo más afortunado que aquélla. Uno de los asistentes, sospechoso de simpatías con la secta de Holly Rollers¹, se las arregló para ser presa de convulsiones. A la concurrencia le pareció que esto era llevar las cosas un poco más lejos de lo que el Señor y la Iglesia Baptista hubieran deseado. Pero, a las tres de la mañana, después de mucho café y mucha elocuencia, les sirvió de estimulante.

Por la mañana estaban seguros de haber persuadido al Señor a acudir en ayuda de Elmer, y si bien es cierto que el propio Elmer había dormido tranquilamente toda la noche, completamente ajeno a los rezos y a la influencia divina, esto sirvió para poner de manifiesto una vez más la inagotable paciencia de los poderes celestiales. E inmediatamente después estos poderes comenzaron a actuar.

Para tortura de Elmer (Jim, por su parte, se encerró en una furia silenciosa) la intimidad sagrada de su cuarto fue invadida por una horda de hombres despeinados, rostros extáticos y una Biblia bajo el brazo. Elmer no encontraba refugio seguro. No bien había rechazado a uno de los asaltantes con la ayuda de argumentos audaces y blasfemos, en los que había sido instruido pacientemente por Jim, cuando otro surgía inesperadamente y caía sobre él con más energía.

En la casa de huéspedes donde comía —regida por la señora Metzger en Beech Street— un derviche de la Y. M. C. A. graznó al pasarle el pan:

—¿Has examinado alguna vez un grano de trigo? ¡Es maravilloso! Y ¿crees que una cosa como ésa se ha creado a sí misma? Alguien tiene que haberla creado. ¿Y quién? ¡Dios! Todo aquel que no reconozca a Dios en la Naturaleza — y lo reconozca con contrición— es un imbécil. ¡Eso es lo que es!

Los profesores, que hasta entonces habían mirado torvamente a Elmer cuando llegaba tarde a clase, le dirigían ahora sus más amables sonrisas y acogían con indulgencia las excusas que presentaba para no dar la lección. El propio rector le paró en la calle, llamándole «hijo mío» y estrechándole la mano con un afecto que Elmer hubo de reconocer, íntimamente afligido, que no había hecho nada por merecer.

Aseguraba a Jim que no había nada que temer; pero Jim estaba alarmado, y Elmer lo estuvo más todavía cuando, a cada paso, le saludaban diciéndole: «Tenemos necesidad de ti, querido Elmer. ¡El mundo te necesita!»

Jim tenía razón para abrigar temores. Elmer había estado siempre inclinado a renunciar a sus placeres favoritos, o más bien que a renunciar a ellos, a sufrir angustiosos remordimientos después de experimentado el goce. De no haber sido por Jim y por sus comentarios sobre las compañeras de estudios que rezaban en público y se echaban el pelo severamente hacia atrás para exhibir la frente ovoide, una de estas sirenas de la moralidad hubiera atrapado, en la promiscuidad del trato, a un buen chico inflamable y adorador del sexo como era Elmer.

Había una mujer temible, procedente de México (Missouri), que solía tirar puntadas a Jim para que le expusiese «aquellas ideas tan graciosas que tenía sobre la religión». A las que ella respondía con explosiones de risa piadosa, diciendo: «Eres demasiado ingenioso. No crees ni una sola palabra de lo que dices. ¡Sólo quieres aparentar!» Tenía una manera de

mirar harto falaz, pues aunque parecía prometerlo todo, en realidad no prometía nada... antes del altar. Y, de no haberse impuesto Jim, no le hubiera sido difícil arrastrar a Elmer al matrimonio.

La iglesia y la escuela dominical de París (Kansas), pueblo natal de Elmer, de novecientos habitantes, procedentes en su mayoría de Alemania y de Vermont, practicantes del culto evangélico, habían desarrollado en Elmer el miedo al aparato religioso, que nunca había podido desechar, y que era lo que le impedía llevar a cabo actos razonables, como el de hacer picadillo a Eddie Fislinger. Aquella iglesia blanca, baptista, había sido el centro de todas sus emociones, fuera de las travesuras escolares, del hambre, del sueño y del amor. Y aun estas emociones, también figuraban en la casa del Señor representadas por tachuelas clavadas en los almohadones de los bancos, por cenas misionales con pastel de pollo y cabello de ángel, por sermones soporíferos y por la vecindad de muchachitas cimbreñas vestidas de muselina blanca. Todas sus nociones de arte, todos sus sentimientos y, en suma, toda su vida sentimental, eran para Elmer cosas inseparables de la Iglesia.

Salvo la música de circo, los desfiles del Cuatro de Julio, el canto de «Columbia, Perla del Océano» y «Repicad, campanas», en la escuela, toda la música que Elmer había oído en su infancia era la música de iglesia.

Aparte de los discursos pronunciados por los políticos en las campañas electorales, con frecuentes y ardorosas menciones de Jefferson y del precio de los cordeles, toda la oratoria que Elmer había escuchado había sido oratoria sagrada. Lo mismo le acontecía con la pintura y escultura; si exceptuamos los retratos de Lincoln, Longfellow y Emerson que había en la escuela y las dos estatuitas de china representando dos damiselas de color de rosa portadoras de sendos cestos de flores que estaban colocadas sobre la cómoda de su madre. De la iglesia procedían sus ideas filosóficas más profundas, si dejamos a un lado las admoniciones de los maestros, cuando le advertían que los niños que sueltan culebras en la escuela se exponen sin remisión a ser azotados en el acto y a ser colgados en el futuro; admoniciones a las que es preciso añadir las de su madre sobre la necesidad de dejar el gabán en el perchero, limpiarse los zapatos al entrar en casa, no comer patatas fritas con los dedos y no decir el nombre de Dios en vano.

Es cierto que había descubierto fuera de la iglesia fuentes de inspiración literaria. En su libro de lecturas había entablado conocimiento con el grumete que se había mantenido firme sobre la cubierta de un barco ardiendo; conocía muy bien la serie novelesca de Nick Carter, las aventuras de Cole Younger y de los James Boys. Pero aquí también la Iglesia le había servido de guía. Los relatos de la Biblia, los himnos célebres, las anécdotas contadas por los predicadores, eran para él la verdadera literatura...

La historia de Tom, el niño cojo que había confundido al malvado y rico propietario del hermoso tronco de caballos tordos, tocado siempre de chistera, y que le había llevado a Jesús. El capitán del barco que, en medio de la tormenta, había seguido los consejos del huerfanito virtuoso, hijo de los misioneros de Zomballa. El Perro Fiel, que había salvado a su amo en una terrible conflagración, que unas veces era una tormenta de nieve y otras un ataque de los indios y le había inducido a renunciar a las carreras de caballos, al ron y a tocar la armónica.

¡Qué familiar y emocionante era todo esto para Elmer! ¡Con qué claridad le revelaba el sentido de la vida y le preparaba para hacerse útil y agradable!

La iglesia, la escuela dominical, los placeres del evangelismo, los cánticos del coro, las colectas, el encanto de los funerales, las travesuras en los bancos de atrás o en la capilla de matrimonios, todo esto era tan natural para Elmer, tan ineludible en la formación de su

carácter, como lo son las procesiones católicas para un chicuelo de Nápoles.

¡La iglesia baptista de su infancia! Mil visiones confusas, pero indestructibles!

¡Los himnos! La voz de Elmer estaba hecha para los himnos. Hacía rodar las consonantes como los negros. En el órgano retumbaba el credo de Nicea:

¡Santo, santo, santo! Todos los santos te adoran, arrojando sus coronas de oro al cristalino mar.

¡El rumor sordo y prolongado del «gloria patri»! «¡Tirad la Cuerda de Salvamento!»), era el título de un cuadro en que se veían los restos de un naufragio agitados en la noche por el oleaje, que el niño criado en la pradera se imaginaba a cien pies de altura. Y el grito de «¡Adelante, soldados de Cristo!»), al son del cual era imposible no marcar el paso.

¡Las excursiones organizadas por la escuela dominical! La limonada, las carreras a cuatro manos y el viaje en la carreta de heno, cantando «Llevemos a su casa a Nellie».

¡Las cartas con lemas piadosos de la escuela dominical! Es cierto que servían principalmente para jugar, pero como Elmer ganaba generalmente (fue el primer muchacho de París que tuvo unos dados legítimos), tenía una colección completa en la galería de su casa, que había influido en su gusto por las vestiduras suntuosas, las columnas de mármol, los palacios reales ornados de púrpura... Cosas que, más tarde, habían de serle útiles, habituándole rápidamente a los esplendores de los hogares del vicio... Los tres reyes magos, portadores de cofres de rubíes y sardónice. El rey Zedequías, en oro y púrpura, arrodillado sobre un tapiz azul de zafiro, mientras sus hombres de armas corrían hacia él cubiertos de sangre, de sangre roja sobre el bruñido acero, anunciando la proximidad de los estandartes y de las huestes de Nabucodonosor, el gran rey de Babilonia. Elmer recordaría siempre, a lo largo de toda su vida, en sus momentos de fervor, durante los oratorios en iglesias inmensas, ante una puesta de sol sobre el mar, a aquel David de barba negra destacándose sobre las rocas de un rojo violento; silueta heroica que denotaba ambición, poderío, dominio.

¡La víspera de Navidad en la escuela dominical! El alborozo de estar levantado, y a sabiendas de todos, hasta las nueve y media de la noche! El árbol de Navidad, prodigiosamente alto y luminoso, de apariencia deslumbradora, con sus guirnaldas y estrellas de plata y sus copos de nieve de algodón. Las dos estufas redondas, calentadas al rojo. Luces, luces y luces. Cantidades enormes de caramelos y, para cada niño, un regalo, que generalmente era un libro muy bonito, con láminas de ovejas y volcanes. ¡Y Santa Claus! No era posible que fuese Lorenzo Nickerson, el pintor de edificios, con aquellas luengas barbas y los pómulos encarnados. Para cada niño tenía una frase amable e ingeniosa al acercarse a él para recoger el regalo. Y el encanto, la pura magia, del cuarteto de señoritas, cantando el milagro de los pastores que guardaban sus rebaños en la noche, sobre cimas sombrías y misteriosas, bajo una enorme estrella solitaria.

Y aquella mañana catastrófica, cuando el reverendo en persona había sorprendido a Elmer jugándose las monedas destinadas a la colecta de la escuela dominical en las gradas de la iglesia y le había cogido de una oreja con ademán poco sacerdotal, entre las risas de todos.

Y los predicadores de paso: el Hermano Organdy, que se llevaba a los muchachos para que le serrasen la leña gratis; el Hermano Blunt, que se ocultaba detrás de los graneros para sorprender a alguien la víspera de Todos los Santos; el Hermano Ingle, que era un hombre estricto, pero lo bastante humano para entretenerse en hacer silbatos a los muchachos con las ramas de los árboles.

Y la mañana en que Elmer escondió un despertador detrás del órgano y empezó a sonar magníficamente en el preciso momento en que el Superintendente (el Dr. Prouty, el dentista) decía: «Ahora, extrememos el recogimiento. La hermana Holbrick va a dirigirnos en la oración.»

Y las tres sillas, perennemente colocadas detrás del púlpito, tres sillas raídas, imponentes, con respaldo de madera tallada, que Elmer creía, muy preocupado, que estaban destinadas al Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

De la iglesia y de la escuela dominical había Elmer obtenido todo, salvo, quizá, el anhelo del decoro, de la bondad y de la razón.

II

Aun cuando Elmer no hubiese conocido la iglesia por hábito, su madre le habría llevado a ella. Fuera de su amistad con Jim Lefferts, el único afecto verdadero que Elmer sentía era por su madre, y ésta estaba poseída por la iglesia.

Era una mujer pequeña, enérgica, quisquillosa, pero buena en el fondo. Pasaba sin transición de las caricias apasionadas a los rezos no menos apasionados. Tenía una decisión en el obrar poco común. Se había quedado viuda prematuramente de Logan Gantry, traficante en forraje, harina, madera y maquinaria agrícola; un hombre corpulento, jovial, inclinado a las deudas y al whisky. A su muerte la mujer había atendido a sus necesidades y a las de Elmer, dedicándose a la costura, al arreglo de sombreros y a la venta de pan y de leche. En la actualidad poseía un taller de costura y sombrerería, pequeño y oscuro; pero ella tenía el orgullo de que estuviese enclavado en plena calle Mayor. Le producía lo bastante para permitirle enviar a Elmer trescientos dólares al año, que, con lo que él ganaba durante el verano en las faenas de la recolección y en las cortas de madera, resultaba lo suficiente para cursar los estudios de Terwillinger... en 1902.

Su ambición había sido siempre la de ver a Elmer convertido en predicador. Era una mujer de carácter alegre, y no se equivocaba nunca ni en un céntimo al dar cambio en su tienda; pero un predicador vestido de chaquet y subido sobre un estrado era cosa que la sacaba de quicio.

Desde la edad de dieciséis años Elmer había sido un buen feligrés de la iglesia baptista. Con arreglo a lo preceptuado, había sido bautizado por inmersión en las aguas del río Kayooska, a pesar de su alta estatura, pues el evangelista, que era un hombre forzudo, no sólo le había chapuzado, sino que, en su sagrado entusiasmo, le había tenido un rato debajo del agua, de donde salió Elmer en estado de gracia y cubierto de lodo. Además, había sido salvado varias veces, y una de ellas cuando tuvo una pulmonía, el pastor y las damas devotas que le habían visitado apreciaron en él señales de gracia creciente.

Pero hasta entonces había resistido al deseo de su madre de verle dedicado al sagrado ministerio. Le hubiera sido preciso renunciar a sus gratos vicios, y el hecho es que cada año, con asombro e íntima satisfacción, descubría más vicios. E igualmente se sentía abrumado y avergonzado cuando quería aparecer devoto ante la pandilla de amigos burlones con quienes se reunía en el pueblo.

Resistir a su madre le fue difícil, aun en los días estudiantiles. Aunque no le llegaba ni a los hombros, era tal su energía desbordadora, la agilidad maliciosa de su lenguaje y la autoridad que le daba todo lo que había hecho por Elmer, que éste la temía tanto como a las burlas de Jim Lefferts. No se atrevió nunca a confesarle su incredulidad, y se contentaba con murmurar entre dientes: «No sé, mamá, no sé. Lo malo es que un predicador gana poco

dinero. Además, no hay prisa. Nos queda mucho tiempo para decidir.»

Y un día ella supo que quería hacerse abogado. No le pareció del todo mal. Algún día llegaría a ser diputado y podía la reformar toda la nación, tomando por modelo al Estado de Kansas. Y, sin embargo, si hubiese podido participar de los misterios que flotan sobre la mesa de comunión...!

Ella había hablado de su hijo con Eddie Fislinger. Eddie había nacido en una población situada a doce millas de París. Aun cuando todavía tardaría algunos años en ordenarse, Eddie había obtenido de la congregación de su pueblo natal una licencia para predicar cuando estudiaba el segundo año en Terwillinger. Durante un mes, en un verano (mientras Elmer trabajaba en la recolección o se dedicaba a nadar o a robar fruta en las huertas), Eddie había desempeñado interinamente y con toda gravedad las funciones de pastor de la iglesia baptista de París.

La señora Gantry le consultó, y Eddie la aconsejó con la gravedad de sus diecinueve años:

—Sí... El Hermano Gantry era un muchacho excelente... ¡Tan fuerte! Todos le admiraban. Un poco demasiado atraído por las pompas y vanidades de este mundo; pero esto se debía a que era muy joven. Sí; algún día Elmer se encarrilaría y sería un esposo cristiano, un buen padre y un buen hombre de negocios. En cuanto al sagrado ministerio... ¡Oh, no! La señora Gantry no debía inmiscuirse en estos misterios. Dios sólo podía decidir. Era preciso oír la llamada divina antes de sentir la vocación. Una llamada irresistible y misteriosa, tal como el propio Eddie había escuchado extáticamente una tarde, en un campo de coles. No; no había que pensar en eso. La tarea que entonces tenían que realizar era la de llevar a Elmer al estado de gracia, y esto, le aseguró Eddie, representaba ya un esfuerzo considerable.

—Indudablemente — explicó Eddie—, cuando Elmer había sido bautizado a los dieciséis años había sentido una convicción y había sido aligerado del peso de sus pecados. Pero Eddie dudaba que hubiese sido salvado totalmente. No, no se hallaba realmente en estado de gracia. Casi podría decirse que no había sido «regenerado».

Eddie diagnosticó el caso concienzudamente, empleando los términos patológicos adecuados. Cualesquiera que fuesen las dificultades con que tropezase en la filosofía, el latín o las matemáticas, jamás Eddie, desde la edad de doce años, había experimentado la menor dificultad en comprender los designios del Todopoderoso y las causas que le habían movido a obrar en un sentido determinado en cualquier época de la Historia.

—Nada más lejos de mi ánimo que condenar la práctica de los deportes — decía Eddie—. Necesitamos cuerpos robustos para sufrir las penalidades que origina llevar las verdades del Evangelio al mundo. Pero me parece que el «football» va en detrimento de la religión. Me temo mucho que Elmer, por el momento al menos, no esté en estado de gracia. Pero no importa, hermana mía. Trabajemos y tengamos confianza en el Señor. Yo misma iré a ver a Elmer y veré lo que puedo hacer.

Esto debió acontecer durante las vacaciones, entre el segundo y tercer año, y el hecho fue que Eddie se dirigió a la granja donde Elmer estaba trabajando con aspecto atlético, en camiseta y cubierto de heno, y tras hablarle prudentemente del tiempo, se volvió por donde había venido.

Cuando Elmer estaba en casa de su madre trataba afectuosamente de poner en práctica el programa que ella le marcaba, acostándose, sin demasiadas protestas, a las nueve y media; blanqueando el gallinero y acompañándole a la iglesia. Y, sin embargo, la señora de Gantry no podía menos de sospechar que algunas veces bebía cerveza y que ponía en

duda la historia de Jonás y la ballena. Elmer, muy inquieto, la oía sollozar cuando se arrodillaba junto a su cama, alta y anticuada, rodeada de cortinas blancas.

III

Por su parte, Jim Lefferts también se había alarmado y había dedicado todos sus esfuerzos a lograr que Elmer se mantuviese fiel a sus principios, después del riesgo corrido al defender a Eddie y a la religión en Cato. En conjunto, era más celoso y tenaz que Eddie.

Por las noches, cuando Elmer se caía de sueño, Jim le exponía sus argumentos; por la mañana, cuando Elmer debía estar preparando su lección de Historia, Jim le leía en alta voz trozos de Ingersoll y de Tomás Payne.

—¿Cómo me explicarías tú esto? ¿Cómo podrías explicármelo? — le instaba Jim—. Aquí dice en el Deuteronomio que Dios hizo andar por el desierto a los israelitas durante cuarenta años sin que se les rompieran siquiera los zapatos. Esto es lo que dice claramente la Biblia. ¿Puedes creer una cosa como ésta? Y ¿crees que Sansón perdió toda su fuerza porque una mujer le cortó los cabellos? ¿Qué te parece? ¿Crees que el pelo tiene nada que ver con la fuerza?

Jim iba y venía por la estancia sofocante, golpeando las sillas con los pies, enfrecidos los ojos habitualmente apacibles, amenazando con el dedo, mientras Elmer, encorvado sobre el lecho, con la cabeza entre las manos, experimentaba cierto placer al ver su propia alma en litigio.

Las preocupaciones de Elmer desaparecieron casi por completo a raíz de lo sucedido entre Eddie y el Dr. Lefferts.

El padre de Jim era un médico rural que ejercía su profesión en un pueblo cercano. Era un hombre gordo, barbudo, libresco y jovial, muy orgulloso de su ateísmo. Era él quien había aleccionado a Jim en sus creencias y en su afición a la bebida. Si había enviado a su hijo a aquel Colegio confesional era, en parte, por ser barato, y además, porque le divertía ver a su hijo abusar de la forzada benevolencia de los santurrones. Un buen día fue a Gritzmacher Springs y encontró a Jim y a Elmer muy agitados, esperando la llegada de Eddie.

—Eddie ha dicho — gimió Elmer— que vendría a verme para abrumarme con pruebas terminantes de que iré derecho al infierno. Doctor, no sé qué es lo que tengo. Debía usted reconocerme. Me parece que tengo anemia o alguna cosa. Si a ese imbécil de Eddie Fislinger se le hubiese ocurrido, hace tiempo, nada más que sonreírme —¡sonreírme él a mí — o decirme que iba a venir a mi cuarto, le hubiera mandado a paseo y, en caso preciso, le hubiera echado a puntapiés. Pero ahora...

El doctor Lefferts runroneó tras sus barbas. Sus ojos brillaban.

—Yo haré que vuestro amigo Fislinger salga de aquí bien servido. En el nombre, sin importancia, del cielo que no existe, te pido, Jim, que no te sorprendas de ver a tu respetable padre aparecer como un hombre devoto.

Cuando Eddie llegó fue presentado a un Dr. Lefferts, todo unción y cordialidad, que le estrechó la mano ruda y concienzudamente, como acostumbra a hacerlo los políticos, los viajantes de comercio y los hombres piadosos.

—Hermano Fislinger — le dijo el Dr. Lefferts con efusión—, mi hijo y Elmer me dicen que usted ha intentado revelarles la verdadera religión según la Biblia.

—Eso he pretendido hacer, sí, señor.

—¡Me colma de dicha oírle decir eso, Hermano Fislinger! No sabe usted qué dolor

representa para un pobre viejo que se aproxima a la tumba, y cuyo único consuelo está en la oración y en la Biblia... (el Dr. Lefferts había estado levantado hasta las cuatro de la mañana, tres días antes, jugando al póker con sus amigos, el juez y un ganadero inglés)... qué dolor le produce ver que su único hijo, James Blaine Lefferts, no es un creyente. Pero quizá pueda usted hacer más que yo en su ayuda, Hermano Fislinger. A mí me toman por un viejo raro y un fanático. Veamos... ¿Cree usted verdaderamente en la Biblia?

—¡Oh, sí! — respondió Eddie, mirando con aire de triunfo a Jim, que estaba apoyado en la mesa, con las manos en los bolsillos y el rostro tan inexpresivo como si fuera de madera. Elmer estaba sentado en una butaca con las manos junto a la boca y, a influjo de la curiosidad, echaba el cuerpo hacia adelante.

El doctor dijo con tono aprobatorio:

—¡Magnífico! Y ¿creerá usted, supongo, en todas sus palabras, desde el principio al fin?

—¡Desde luego! Es lo que digo yo siempre: «Mejor es tener una Biblia completa que llena de agujeros.»

—¡Profundo pensamiento, Hermano Fislinger! Tengo que recordar esa frase para soltársela a uno de esos críticos de altos vuelos, si alguna vez me tropiezo con uno. «Mejor es tener una Biblia completa que llena de agujeros.» Está bien pensado y dicho con mucho ingenio. ¿Se le ocurrió a usted mismo?

—No..., no precisamente.

—Ya. Está muy bien. Naturalmente, ¿usted cree en el advenimiento premilenario; quiero decir en el real, auténtico, inmediato, corporóneo, de Jesucristo?

—¡Desde luego!

—¿Y en la Inmaculada Concepción?

—¡Sin duda alguna!

—¡Espléndido! Claro que hay médicos que plantean el problema de si está de acuerdo la Inmaculada Concepción con sus nociones de obstetricia. A éstos les digo yo: «¡Cuidado! ¿Por qué lo tengo yo por verdadero? Porque lo dice la Biblia.

Y si no fuese verdadero, ¿lo diría la Biblia?» Esto basta para cerrarles la boca. ¡No tienen nada que decir!

Entre Eddie y el doctor se iba estableciendo una amistad generosa, y ambos miraban con lástima a los rostros turbados de los dos herejes, excluidos de aquel fervoroso diálogo. El Dr. Lefferts se acarició la barba y dijo con su tono de voz más melodioso:

—Y, naturalmente, Hermano Fislinger, ¿usted creerá en la condenación de los niños?

Eddie explicó:

—No; ésa no es una doctrina baptista.

—¿Cómo? ¿Qué dice usted?

El buen doctor se atragantaba y casi no acertaba a pronunciar palabra. Se aflojó el cuello y gimió:

—¿No es una doctrina baptista? ¿Usted no cree que los niños se condenan?

—No... Yo, no...

—Entonces, ¡que Dios asista a la Iglesia baptista y a la doctrina baptista! ¡Que Dios nos asista a todos en estos tiempos impíos y nos libre de semejante descreimiento!

Eddie estaba sudando, y el doctor siguió con acento angustiado:

—Mire usted, hermano mío, la cosa es muy simple. ¿No es cierto que nos salvamos al ser bañados en la sangre del Cordero y sola y únicamente por eso, por su bendito

sacrificio?

—Claro... Sí... Pero...

—¡Pues entonces, o somos lavados y salvados o, de lo contrario, ni somos lavados ni somos salvados! ¡ata es la verdad simple y pura, y todas las vueltas y revueltas y exclamaciones y comentarios a esta hermosa y diáfana verdad no son otra cosa que artificios de Satán, hermano mío. ¿Y en qué momento un ser humano, fatalmente manchado por el pecado, es digno del bautismo y de la salvación? ¿A los dos meses? ¿A los nueve años? ¿A los dieciséis? ¿A los cuarenta y siete? ¿A los noventa y nueve? ¡No! ¡En el momento de nacer! Y así el que no sea bautizado en ese momento deberá arder en los infiernos eternamente. ¿Qué dice la Escritura? «No hay bajo el cielo otro nombre por el que podamos ser salvados.» Puede parecer un poco duro por parte de Dios freír en el infierno hermosas criaturitas, pero piense usted en las bellas mujeres a quienes él ama y hace asar allí para edificación de los santos! ¡Ah, hermano! ¡Ahora comprendo por qué Jim y el pobre Elmer han perdido la fe! ¡Es porque cristianos practicantes como usted les presentan una religión mutilada! ¡Sí, son personas como usted las que destruyen la verdadera fe y dan lugar a la alta crítica, al sabelianismo, a la ninfomanía, al agnosticismo, a la herejía, al Catolicismo, al Adventismo del Séptimo Día y a todas esas horribles invenciones alemanas! ¡Una vez que se empieza a dudar, el mal es ya irremediable! Escuchadme, Jim y Elmer: os dije que escucharais a nuestro amigo, aquí presente, pero ahora me parece que es todo un librepensador...

El doctor se dejó caer pesadamente sobre una silla. Eddie permanecía en pie, estupefacto.

Era la primera vez en la vida que alguien le acusaba de debilidad o de relajamiento en la fe. Se había acostumbrado, con íntima satisfacción, a que le reprocharan el ser demasiado riguroso. Experimentaba tanto placer en censurar la afición a la bebida, como algunos de sus compañeros en beber. Tenía siempre a mano — aprendidas de los profesores o inventadas por él— un gran número de respuestas preparadas para utilizarlas cuando sus compañeros le encontraban anticuado porque atacaba el dominó, la comunión pública, la audición de vales, los paseos en domingo, la lectura de novelas, la transubstanciación y ese nuevo artificio diabólico llamado el cine. Era capaz de atemorizar a cualquier laodicense. Pero ser acusado él mismo de tibieza, ser llamado hereje e indiferente, eran cosas inconcebibles para las que no tenía respuesta de ningún género.

Miró al afligido doctor, miró a Jim y a Elmer, que parecían estar desolados al contemplar la caída del que pretendía ser su director, espiritual, y huyó a refugiarse en secreta oración.

Después fue a comunicar sus tribulaciones al Presidente Quarles, el cual le explicó todo perfectamente.

—Pero ese doctor citó la Sagrada Escritura en apoyo de su tesis! — gimió Eddie.

—No olvide, Hermano Fislinger, que el diablo puede también citar la Escritura para sus fines.

Eddie halló que esto estaba bien pensado y bien dicho, y aunque no estaba seguro de su origen bíblico, tomó buena nota de esta frase para utilizarla en sus futuros sermones. Pero antes de que estuviese suficientemente repuesto del golpe sufrido para volver al ataque contra Elmer, dieron comienzo las vacaciones de Navidad.

Cuando Eddie hubo salido, Elmer se echó a reír de mejor gana aún que Jim y su padre. Es cierto que no había comprendido bien del todo lo que se había discutido. Pero estaba claro que Eddie había dicho que la condenación de los inocentes no era una doctrina

baptista. Y había dicho bien. Pertenecía a los presbiterianos, y, como todo el mundo sabe, estos presbiterianos tenían unas creencias muy raras. Pero indudablemente el doctor había hecho algo para aplastar a Eddie, y Elmer se sintió más seguro que lo había estado en mucho tiempo.

Su tranquilidad no se alteró hasta las vacaciones de Navidad. Entonces...

Alguien — Eddie, probablemente— había informado a la madre de Elmer del retorno venturoso de su hijo a la fe cristiana. El había tenido buen cuidado de no decir palabra de estos rumores comprometedores en las cartas semanales que le escribía. Pero durante las vacaciones percibió claramente que su madre penetraba en su intimidad más que de costumbre y que estaba dispuesta a caer sobre su alma al primer signo de debilidad. El pastor de su iglesia, el reverendo Mr. Aker — conocido en París por el reverendo Aker —, le estrechó la mano a la puerta de la iglesia con una efusión tan amenazadora como las afectuosidades que últimamente le habían dedicado los profesores de Terwillinger.

Privado del apoyo de Jim, sabiendo que en cualquier momento podía presentarse Eddie desde su pueblo, situado en las proximidades, y constituirse en aliado de la señora de Gantry, Elmer pasó unas vacaciones bastante inquietas. Para mantener su moral elevada dedicó toda su atención al juego de la botella y a la hija de un granjero de las cercanías. Pero no podía desechar el temor de que aquéllos fuesen los últimos y sombríos días en que le fuese posible obra/ con naturalidad e independencia.

Se encontró a Eddie en el tren que los llevaba de regreso a la Universidad, y esto mismo le pareció de mal agüero. Iba en compañía de otro defensor de la fe. No dijo nada a Elmer de las delicias del infierno; pero él y su compañero hablaron en secreto, riéndose entre dientes con una audacia desconcertante.

Jim Lefferts no encontró en el semblante de Elmer la entereza y la tenacidad que esperaba.

CAPITULO

III

I

A principios de enero se celebraba la Semana Universitaria de la Oración, organizada por la Y.M.C.A. Era un acontecimiento de importancia nacional, y aquel año, en Terwillinger, la tenía más aún porque iban a disfrutar del privilegio de contar en su seno durante tres días nada menos que con Judson Roberts, Secretario de la Y.M.C.A. para todo el Estado, y personaje relevante desde el punto de vista individual y oficial.

Mr. Roberts era un hombre joven, pues sólo tenía treinta y cuatro años, y ya era célebre en todo el país. En realidad, siempre había sido célebre. Había pertenecido a uno de los mejores equipos de «football» de la Universidad de Chicago. También había jugado en el equipo de «baseball». Había sido capitán del equipo de debates oratorios, y al mismo tiempo había dirigido la Y.M.C.A. Se le conocía por el sobrenombre de «zaguero de la oración». Seguía practicando los deportes (se decía que había boxeado en privado con Jim Jeffries), y en cuanto a sus oraciones, las había aumentado considerablemente. Era un «leader» cordial y muy servicial. Centenares de universitarios le llamaban familiarmente «el amigo Jud», de un extremo al otro de Kansas.

En el intermedio de las oraciones, en Terwillinger, Judson Roberts se sentaba en la

clase de Historia bíblica ante una larga mesa sobre la que extendía un mapa verdoso de Tierra Santa. Allí celebraba conferencias privadas con los estudiantes. Acudían a ellas un número sorprendente de estudiantes, que se presentaban ante él temblorosos y con los ojos bajos a pedir consejo sobre cierto hábito secreto. El «amigo Jud» demostraba poseer unas dotes extraordinarias de penetración al adivinar el mal antes de que se lo confiasen.

Adoptaba ante el problema una actitud viril y cordial:

—Bueno, muchacho; yo te explicaré. Es algo terrible, pero conozco una porción de casos como el tuyo, y lo que necesitas es tener arrestos y confiarte al Señor en la oración. Recuerda que puede ayudarnos en los problemas más arduos. Lo primero que tienes que hacer es dejar a un lado... ¿No tendrás escondidos en algún sitio grabados obscenos y quizá libros escabrosos? ¿Eh? ¿A que no me equivoco?

¿Cómo habría podido adivinarlo el amigo Jud? ¡Era asombroso!

—Bueno, bueno. Tengo un plan magnífico para ti, amigo mío. Estudia las misiones y considera lo limpio, puro y varonil que tendrías que ser si fueras a llevar los goces del Cristianismo a tantos pobres salvajes que gimen bajo el maleficio del budismo y las religiones paganas. ¿no querías ser capaz entonces de mirarlos cara a cara y avergonzarlos? Después, necesitas hacer mucho ejercicio. Sal al campo y corre sin cesar. Toma baños fríos. Helados. Ahora mismo. Ahora, márchate— añadía, levantándose y estrechándole la mano con terrible energía—; y no olvides que tienes que correr hasta caer rendido.

La última frase iba acompañada de una risa viril que acababa de convencer al oyente.

Jim y Elmer fueron a escuchar al amigo Jud a la capilla. Estuvo imponente. Contó una anécdota muy divertida sobre un hombre que había besado a una hermosa muchacha; lo que no le impidió elevarse a las alturas para describir los goces de la oración, de la oración fervorosa, sin reservas, en el curso de la cual un hombre podía llegar a ser tan grande que se asemejase a un niño. Hizo derramar lágrimas a sus oyentes por la ternura con que describió a Cristo niño vagando sin rumbo por haber perdido a sus padres. Y a renglón seguido, los llenó de admiración, haciendo salir los gruesos músculos de sus omoplatos, al tiempo que decía que se «cargaría» al primer sinvergüenza, mentiroso y borracho que se atreviera a venir a burlarse de él en una reunión pretendiendo echarle la zancadilla con argucias y marrullerías despreciables, propias de ateos y farsantes.

Los jóvenes repetían muy alborozados que realmente había empleado los términos «cargarse» y «echar la zancadilla». ¡Era un «tío de una vez» el amigo Jud. ¡Un hombre de pelo en pecho!

Jim se hallaba atacado de la gripe. No pudo ni siquiera hacer una broma sarcástica. Permaneció quieto y callado, el cuerpo encogido con el mentón casi tocando las rodillas, y Elmer pudo libremente sentir su alma inundarse de admiración por el héroe. ¡Qué hombre! El se había considerado bastante forzado pero aquel Judson Roberts era muy capaz de tenderle sobre el tapiz siete veces de cinco. Que gran jugador de football debía haber sido!

De vuelta en su cuarto trató de hacer comprender a Jim su admiración por el héroe, pero Jim estornudó y se metió en la cama. El rudo juglar se quedó sin auditorio, y casi se alegró de veras cuando Eddie Fislinger llamó a la puerta y se introdujo en el cuarto.

—No quisiera molestaros, amigos míos, pero he observado que habéis asistido a la reunión de Judson de esta noche y venía a deciros que no dejéis de ir a escucharle mañana por la noche. ¡La reunión magna de la semana! Y, dime con franqueza, Chacal, ¿no te parece que Jud es un hombre extraordinario?

—Sí, tengo que reconocer que vale mucho.

—¡Ya lo creo que vale! Es un hombre como hay pocos.

—Sí; como hay pocos... entre los chiflados de la religión.

—No digas eso, Chacal. Reconocerás que en el football tiene que haber sido un as.

—Sí; en eso me parece que tienes razón. Me gustaría haber jugado con él.

—¿Quieres que te presente a él?

—Hombre...

En este momento crítico Jim levantó su dolorida cabeza para protestar:

—¡Es un gañán de la fe! Un gigantón que, por haber nacido forzado quiere hacernos creer que debe su fuerza a la oración y al ayuno. No daría yo un céntimo por un vaso de whisky que cayera delante de las narices de Judson. Si. ¡Muchos golpes de pecho!

«¡Ratonzuelos— dirá él—, mirad a ver si podéis ser un cristiano de cuerpo entero como yo!»

Eddie y Elmer protestaron contra esta caricatura de su héroe, y Eddie manifestó que se había atrevido a hacer el elogio de Elmer en presencia de Jud. Añadió que Jud había quedado encantado y que, probablemente— tanta era la bondad del grande hombre—, vendría a ver a Elmer aquella noche.

Antes de que Elmer tuviera tiempo de decidir si le agradaba o no la visita, y antes de que Jim hubiese podido reunir sus escasas fuerzas para decidir por él, sonó un golpe rotundo y heroico en la puerta y apareció Judson Roberts, grande como un oso, simpático como un perro de aguas, y radiante como diez soles.

Se encaró con Elmer inmediatamente. Tenía que despachar antes de las seis a otra media docena de escépticos y fumadores clandestinos.

Era un hermoso gigante rubio, de pelo rizado, amplia sonrisa y voz parecida a la de los toros de Bassan, a los que la estrategia exigía que se criasen fuertes. Pero, con las hermanas descarriadas, a menos que estuviesen demasiado descarriadas, Jud sabía ser tan dulce como las violetas del bosque que tiemblan bajo la brisa perfumada.

—Hola, Chacal!— dijo con efusión—. ¡Choca esos cinco!

A Elmer le había divertido siempre estrujar las manos de las personas hasta que sonaban. Y, por primera vez en su vida, fue su mano la que se quedó encogida y ardiendo. Se la frotó con aire inocente.

—He oído hablar mucho de usted, Chacal, y de usted, Jim. ¿En cama? ¿Quiere que vaya en un momento a buscar al médico?

El amigo Jud se había sentado tranquilamente en el borde de la cama de Jim, y su expresión era tan franca y sonriente que el mismo Jim Lefferts no pudo poner mucha acritud en el tono irónico con que le dijo: «No, gracias».

Roberts se volvió en seguida a Elmer y le dijo:

—Pues sí, amigo mío, me han contado muchas cosas de usted. ¡Formidable juego el que desarrolló usted contra el equipo del colegio de Thorvilsen! Me han dicho que cuando atacaba usted, la línea contraria se encogía como una esponja, y que, cuando atajó usted a ese sueco grandote, se vino a tierra como si le hubiese caído un rayo.

—Sí... Fue un buen partido.

—Claro que ya lo leí en los periódicos.

—¿De veras lo leyó usted?

—Y, naturalmente, quería saber más detalles y conocerle, Chacal. Por eso he preguntado en seguida a los muchachos por usted y, la verdad es que no he oído más que elogios. ¡Ojalá hubiera usted jugado conmigo en mi equipo de la Universidad de Chicago!

Que buen servicio nos hubiera hecho un delantero como usted!

Elmer estaba radiante.

—Si, señor. Todos los amigos me han dicho que es usted un hombre cabal, un deportista de primera, un «gentleman» de primera clase. Según ellos solo hay un punto negro en usted, amigo Elmer.

—¿Cómo?

—Dicen que es usted cobarde.

—¿Eh? ¿Quién dice que yo soy cobarde?

Judson Roberts se levantó y puso la mano sobre el hombro de Elmer.

—Todo el mundo, Chacal. Es que hace falta ser valiente de veras para reconocer una derrota, cuando se ha tenido la osadía de atacar a Dios. Hace falta tener corazón para arrodillarse y reconocer humildemente la propia insignificancia, mientras todo el mundo se mofa. Y usted no tiene esa clase de valor, Elmer. Usted se cree tan grande y tan fuerte ...

El amigo Jud le zarandó; el hombro crujió bajo su mano.

—Usted se cree demasiado fuerte, demasiado bueno para unirse a estos infelices evangelistas, ¿no es verdad? Podría dejar «knock out» a cualquiera de ellos. Pues bien: ¡yo soy uno de ellos! ¿Quiere usted dejarme knock out?

Con rápido movimiento, Roberts se quitó la americana, quedando en mangas de camisa. Su camisa era de seda listada, y revelaba un torso atlético.

—Vamos, Chacal. Estoy dispuesto a luchar por la gloria de Dios. Dios lo necesita. ¿Cree usted que habría algo más hermoso para un hombrón como usted que dedicar su vida entera a llevar un poco de felicidad a los pobres, los débiles, los enfermos, los desamparados? ¿No ve usted, majadero, que todos los niños, los pobrecitos niños, le seguirían, se desharían en alabanzas y le admirarían? ¿Soy yo, acaso, un beato enclenque? ¿Quiere que probemos las fuerzas?

—No, Mr. Roberts. De ninguna manera...

—Llámeme, Judson, majadero. O, Jud.

—No, Judson. Creo que no puedo competir con usted. Sé algunos golpes, buenos, pero con usted no me servirían de nada.

—Está bien, amigo mío. ¿Sigue usted creyendo que todos los hombres de sentimientos religiosos son unos peleles?

—No.

—¿Y afeminados?

—No.

—¿Y farsantes?

—No.

—Muy bien, muchacho. ¿Me permitirá que sea su amigo, sin meterme en sus cosas?

—Sin duda alguna.

—En ese caso, deseo pedirle solamente un favor: Que asista usted mañana por la noche a nuestra asamblea magna. No tiene usted que intervenir en nada. Si cree que somos unos farsantes, queda en libertad de hacer lo que quiera. Pero no debe decidir, a priori, que somos malos. Acuda allí y emplee sus magníficas dotes de inteligencia en estudiarnos y ver como somos. ¿Vendrá usted?

—Si, señor. No faltaré.

—Está bien, muchacho. Estoy orgulloso de que me haya permitido usted hablarle con tanta familiaridad. Y tenga presente que, si usted cree que abuso de mi influjo, no debe vacilar en decírmelo con franqueza, que yo sabré agradecerle la reprimenda. Adiós Jim.

¡Dios os bendiga!

Se marchó como un torbellino, arrastrando tras sí, como el viento una brizna de paja, al insignificante Eddie Fislinger.

Y, entonces, Jim se decidió a hablar.

Durante unos instantes, después de la salida teatral de Judson Roberts, Elmer permaneció callado saboreando con entusiasmo los elogios recibidos. Sentía los ojos de Jim clavados sobre él y se volvió furioso, desafiante, hacia el lecho.

Se miraron con expresión belicosa, y fue Elmer quien inició el combate diciendo airadamente:

—Me gustaría saber por qué no has dicho nada mientras estaba él aquí.

—¿Hablarle yo a él? ¿Hablar a un lobo que está olfateando carne? Además, ese individuo es inteligente.

—Me alegro que lo reconozcas, porque... vamos... yo quisiera explicarte lo que siento.

—¡Oh, no, prenda! No pretendas explicarme nada. ¡No has llegado todavía al período de poder hacer milagros. Claro que es inteligente. En la vida he visto farsa mejor representada. Y, ahora, está loco esperando que vayas a tirarle de las orejas y a decirle que no puedes dar tu «imprimatur».

—¿Mi qué?

—Tu «imprimatur» a su farsa, y con seguridad que dimite y se vuelve a dedicar a peón de albañil. Ha leído con todo detalle la reseña del gran partido que jugaste contra los de Thorvilsen. Mandó a pedir a Nueva York la «Review of Reviews» para tener una información más completa. Eddie Fislinger no le ha dicho ni una palabra del partido. Sabe que eres un atajador formidable porque lo ha leído en el «Times» de Londres. No te quepa la menor duda. ¿No te lo dijo él así? Es un santo y no puede mentir. Y no podía vivir sin hacerse amigo tuyo. No son más que dos mil los estudiantes que conoce y a todos coloca el mismo «disco». ¡No dudo ni un momento de la existencia del viejo Dios barbudo de los judíos! ¡Nadie, sinó él, puede haber creado el sinnúmero de idiotas que hay en el mundo!

—Francamente, Jim, creo que no entiendes a Jud.

—No, yo no le comprendo. ¡Y pensar que podía ser un buen boxeador y no tener que andar siempre rodeado de lombrices como Eddie Fislinger!

La conversación siguió en este tono hasta media noche, a pesar de la fiebre que tenía Jim.

Lo cual no impidió que Elmer, a la noche siguiente, asistiese a la reunión presidida por Judson Roberts. Jim se quedó en su cuarto de un humor tan desastroso que Elmer salió a buscar a un médico y no volvió por el cuarto en toda la tarde.

II

Fue Eddie, indudablemente, quien escribió o telegrafió a la señora Gantry aconsejándole que asistiese a la asamblea. París distaba solo cuarenta millas de Gritzmacher Springs.

A las seis regresó Elmer a su cuarto, bastante preocupado, esperando obtener la aprobación de Jim y decidido a convencerle de que, aunque fuese a la asamblea, no correría peligro de convertirse. Había hecho una larga caminata por caminos enfangados, con el espíritu torturado. Y volvía decidido a no acudir a la reunión y a renunciar a la amistad de Judson, si Jim insistía.

Al entrar, vio con sorpresa a su madre que estaba en pie, junto al lecho de Jim.

—Mamá. ¿Qué haces aquí? ¿Ocurre algo?— preguntó Elmer con ansiedad.

No podía imaginarse que hubiese hecho aquel viaje para algo menos importante que unos funerales.

—¿Es que no puedo tener el placer de venir a ver a mis dos muchachos cuando quiera, Elmy?— dijo ella dulcemente—. Y, la verdad, creo que hubieras asfixiado al pobre Jim con este horrible humo de tabaco, si no llego a venir, y abro la ventana. Yo suponía, Elmer Gantry, que estaba prohibido fumar en Terwillinger. ¡Que era un acto contra el reglamento! Yo creía, hijo mío, que cumplías el reglamento. Pero, ¡qué le vamos a hacer!

Elmer estaba desasosegado. Jim no le había visto nunca convertido en un niño, como le pasaba siempre en presencia de su madre.

—Pero, francamente, mamá, ¿por qué has venido?

—Por nada grave. He leído que ibais a tener una gran semana de oración y he pensado que me gustaría oír a un buen predicador de ciudad. Además, tengo unas vacaciones en perspectiva. Pero no te preocupes por mi lo más mínimo. Me parece que puedo andar sola por el mundo después de todos estos años. El primer viaje que hice contigo, cuando la boda de la prima Adelina, tuve que llevarte en brazos. ¡Qué manera de chillar todo el camino! ¡Te gustaba oír el sonido de tu voz tanto como ahora! Con una mano llevaba mi vieja maleta y con la otra a ti. No te preocupes por mi. Voy a estar aquí solo hasta mañana. Me iré en el tren número 7. Voy a empezar una venta de saldos. Dejé la maleta en el hotel que hay frente a la estación. Solo quiero pedirte una cosa, si no te molesta mucho, Elmer. Ya sabes que no he venido más que una vez a la Universidad, y me asusta un poco, ir sola a esa asamblea tan solemne, donde habrá tantos profesores ilustres y tanta gente importante, y querría que me acompañases.

—Naturalmente que le acompañaré, señora Gantry— dijo Jim.

Pero, antes de que Elmer se dejase llevar, Jim tuvo ocasión de decirle en voz baja:

—¡Por Dios, ten mucho cuidado! Recuerda que yo no estaré allí para protegerte. ¡No te dejes atrapar! No te prestes a ninguna de sus maniobras, y quizá no te ocurra nada.

Al salir, Elmer volvió la cabeza para mirar a Jim. Este se había sentado en la cama y le seguía con la mirada implorante.

III

La asamblea magna de la Semana Anual de la Oración, en el curso de la cual iban a hacer uso de la palabra el Presidente Quarles, cuatro ministros del Señor y un rico fabricante de botones, patrono de la Universidad, con Judson Roberts de solista principal, no iba a celebrarse en el local de la Y.M.C.A., sinó en el auditorio más amplio de la ciudad, en la iglesia baptista, donde centenares de vecinos irían a mezclarse con los estudiantes.

La iglesia era un montón informe de piedra oscura, con arcos moriscos y una inmensa ventana en forma de estrella, cuyas vidrierías pintadas no habían sido colocadas todavía.

Elmer tenía la esperanza de llegar tarde para poder entrar inadvertido, pero cuando su madre y él atravesaron el pórtico románico, todavía estaban fuera grupos de estudiantes charlando. Al pasar, tuvo la seguridad de oírlos murmurar: «Ahí va el Chacal. ¿Será verdad que está arrepentido? Yo creía que detestaba a la iglesia más que ninguno en la Universidad».

No obstante la humildad con que Elmer había escuchado los consejos de Jim, o la

amenazas de Eddie o los ruegos de su madre, no era esa cualidad habitual en él y, así, miró a los murmuradores con aire de reto. «Ya verán éstos lo que yo hago— pensó—. ¡Si se figuran que me voy a dejar atrapar...!»

Avanzó hasta los bancos de las primeras filas, con gran alegría de su madre que temía que, como de costumbre, se quedase en los bancos de atrás y cerca de la puerta para poder salir rápidamente si al predicador se le ocurría hacer alusiones personales.

La iglesia estaba decorada con exceso, gracias a la munificencia de un antiguo alumno, muy devoto, que había hecho fortuna en los hoteles de Alaska durante la fiebre del oro. Había columnas egipcias con capiteles dorados; en el techo, había estrellas doradas y nubes blanquecinas; las paredes estaban pintadas en tres colores superpuestos: verde, azul marino, y amarillo oscuro. Era una iglesia inmensa y resonante. Poco a poco fue llenándose, hasta estar todas sus naves ocupadas. Se veían profesores de largos bigotes con biblias mugrientas bajo el brazo; estudiantes con chalecos de punto o camisas de franela; alumnas de grave continente, vestidas con suma sencillez; solteronas de la ciudad excesivamente sonrientes; venerables patriarcas del campo cuya barba disimulaba mal su falta de corbata; ancianas de espaldas encorvadas; matrimonios jóvenes malhumorados rodeados de chiquillos que corrían de un lado a otro, se arrastraban por el suelo, berreaban y miraban con asombro embarazoso a los señores respetables.

Cinco minutos más tarde, Elmer no hubiera podido encontrar un sitio en los bancos de primera fila. Ahora, le era imposible escapar. Estaba sentado entre su madre y un hombre gordo y asmático. En las naves laterales, de pie, se veían sastres devotos, y piadosos maestros de escuela.

La asamblea entonó: «Cuando se oye la llamada a lo lejos», y Elmer renunció a sus violentas e inútiles tentativas de evasión. Su madre se acurrucaba junto a él sintiéndose feliz y tocándole con orgullo en la manga. El himno guerrero le hizo vibrar:

«Cuando la trompeta del Señor suene y no haya tiempo ya,

Y luzca la mañana, radiante, hermosa y eterna...»

Todos se levantaron para cantar:

«¿Nos reuniremos junto al río?».

Elmer comenzó a sentir vagamente los lazos que le unían a aquellas gentes humildes, llenas de fervor, compatriotas suyos, todos de la pradera: aquel carpintero, un hombre flaco de excelente carácter, tan amable siempre, al saludar; aquella granjera, tan valerosa, con el rostro curtido y surcado de arrugas, una de las primeras pobladoras de la pradera; aquel compañero de curso, admirable jugador de basketball que cantaba ahora beatíficamente el himno con la cabeza erguida, los ojos entornados y la voz sonora. Eran los suyos. ¿Podía él traicionarlos? ¿Podía resistir a la corriente unánime de su fe y sus anhelos?

«Si, nos juntaremos en el río

En el bello y sosegado río

Nos reuniremos con los santos en el río

Que fluye junto al trono del Señor».

¿Podría permanecer lejos de ellos en el vacío helado del racionalismo de Jim Lefferts cuando llegase el día en que todos se reuniesen alborozados, en una mañana soleada, junto al río que corre hacia el Trono imperecedero?

Y, su voz (solo había mascullado las palabras del primer himno) resonó potente:

«Pronto acabará nuestra peregrinación Pronto palpitarán felices nuestros corazones
Con la melodía de la paz.

Su madre le dio un golpecito cariñoso en el brazo. El recordó haberle oído decir que no había oído cantar a nadie mejor que él, a lo que Jim Lefferts había asentido, diciendo:

—La verdad es que oyéndote cantar a ti, el sonsonete de los himnos parece algo bueno.

Elmer observó que los que estaban cerca de él le miraron con placer cuando su voz bien timbrada dominó el desafinamiento general.

Todo aquello no eran sinó preliminares para caldear al auditorio de Judson Roberts. El amigo Jud estaba «en forma». Rió, gritó, se arrodilló, vertió lágrimas auténticas, expresó su amor por todos los presentes, corrió por entre las filas de bancos, dando a unos y otros golpecitos en las espaldas, y cada cual sintió que tenía junto a sí un amigo más íntimo que los más íntimos.

«Regocíjate como un hombre fuerte que va a correr una carrera»— era su lema.

Roberts era realmente un atleta, y tenía positivo talento para describir escenas. Describió el encuentro entre Chicago y Michigan y Elmer le escuchó con la boca abierta viviendo con él las fases de la lucha, la larga carrera con el balón, y las ovaciones que tributaba en pie el público de las gradas.

Después, la voz de Roberts se dulcificó. Su acento se hizo implorante. No hablaba — dijo— a hombres débiles que necesitasen mimos y halagos para entrar en el Reino, sinó a hombres fuertes y alegres, bien pertrechados de todas las armas. Había otra especie de carrera más apasionante que ningún partido, una carrera cuya meta no era simplemente una marca determinada inscrita en un gran tablero, sinó la creación de un mundo nuevo; una carrera con la que no se lograban párrafos encomiásticos en los periódicos, pero sí la gloria eterna. ¡Carrera peligrosa en la que solo podían tomar parte los hombres fuertes! ¡Carrera extática, llena de emociones! ¡El equipo capitaneado por Cristo! El Jesús que él predicaba no era el Jesús tímido, sinó el Jesús aventurero a quien agradaba la compañía de hombres sencillos, pescadores temerarios, capitanes y hombres de acción que se habían atrevido a hacer frente a los soldados del jardín, a los esbirros de Roma, y a la muerte misma. ¡Adelante! ¿Quién era valiente? ¿Quién era hombre de coraje? ¿Quién quería vivir intensamente? ¡Adelante todos!

Que confesasen todos sus pecados, que se arrepintiesen, que reconociesen su debilidad, en tanto no renaciesen en Cristo, Pero, que se confesasen, no como los débiles que roban el reino de Dios, sinó como soldados que se entrenan para la batalla bajo las banderas del Capitán Todopoderoso, desgarradas por el viento. ¿Quién daba un paso al frente? ¿Quién quería tomar parte en la gran aventura?

Judson Roberts había descendido del estrado y estaba entre sus oyentes con los brazos extendidos y la voz de trueno. Muchos hombres jóvenes sollozaban y se arrodillaban; una mujer lanzaba gritos penetrantes; todos se empujaban unos a otros para hacer sitio y poder arrodillarse en un paroxismo de felicidad. Y, de pronto, Elmer Gantry, aturdido, olvidado de sí mismo en su anhelo de ser uno más al lado de Judson Roberts, se sintió empujado hacia adelante.

Su madre le había cogido una mano y le decía con acento implorante:

—¿No vienes, hijo mío? ¿No quieres hacer feliz a tu anciana madre? Deja que te invada el goce de rendirte a Jesús.

Estaba llorando con sus ojos tristes y cansados de vieja, y sus lágrimas trajeron a Elmer el recuerdo de las mañanas de invierno en que ella le consentía quedarse en la cama y le traía el desayuno a través de las habitaciones heladas; las noches de invierno en que él se despertaba y la encontraba todavía cosiendo; y aquella hora confusa y terrible, hundida en el abismo de sus primeros recuerdos, en que él había visto a su madre, sacudida por los sollozos, junto a un féretro que contenía algo frío y monstruoso que era su padre.

El jugador de basketball le había cogido el otro brazo y le suplicaba:

—Vamos, Chacal. No has querido nunca ser feliz. Has estado muy solo. ¡Ven a ser feliz con nosotros! Tú sabes muy bien que yo no soy un «gallina». ¿No quieres conocer con nosotros los goces de la salvación?

Un viejo muy delgado y muy digno, de ojos profundos, que había conocido batallas y valles vírgenes, tendía sus manos hacia Elmer suplicándole con una humildad desconcertante:

—Ven, ven con nosotros. No te quedes ahí haciendo sufrir a Jesús! No dejes a Cristo, que murió por nosotros, esperar fuera con este frío, implorándote.

Y, de pronto pasando por entre la gente como un relámpago, Judson Roberts llegó junto a Elmer, honrándole más que a ninguno otro de los presentes y apelando a su amistad:

—¿Vas a hacerme sufrir, Elmer?— le dijo el grande hombre—. ¿Quieres que me vaya de aquí apenado y vencido? ¿Vas a traicionarme, como Judas, cuando yo te ofrezco a mi Jesús como el presente más preciado que puedo traerte? ¿Vas a afrentarme, a escarnecerme, a herirme? ¡Ven, Elmer! Piensa en la alegría que sentirás al verte libre de esos sucios pecadillas de que tanto te has avergonzado. ¿No quieres venir a arrodillarte conmigo?

Su madre gritaba:

—¿No quieres venir, Elmer? ¿Con él y conmigo? ¿No quieres hacernos felices? ¿No quieres ser lo bastante grande para no sentir temor? ¡Mira cómo te llamamos, cómo rezamos por ti!

—¡Sí!— murmuraron en torno suyo—. ¡Ayúdame a seguirte, Hermano! ¡Yo iré contigo, si tu vas!

Voces entrecruzadas, densas, voces blancas como la paloma y negras, terriblemente negras, como el luto; voces como el relámpago que le envolvían y le ataban... Los ruegos de su madre, el homenaje de Judson Roberts...

Por un instante vio a Jim Lefferts y le oyó insistir:

—Si. Claro que ellos lo creen. Se autosugestionan. ¡Pero no te dejes sugestionar por ellos!

Viró los ojos de Jim, que solo para él velaban sus duros destellos, ojos tristes que imploraban su amistad. Luchó. Confuso, balbuciente, como un niño a quien coaccionan personas mayores, asustado, abrumado. ¡Cómo ansiaba ser honrado, fiel a Jim, fiel a sí

mismo y a sus pecados sinceros y al castigo que pudiera merecer! Pero las voces alejaron estas visiones, las voces que le rodeaban y le cubrían como el oleaje a un nadador exhausto. Sin voluntad, admirado de verse convertido en un gigante encadenado, se sentía empujado por su madre de un lado y por Judson del otro, seguido de una multitud jubilosa.

—¡Aturdido... indigno... desleal con Jim!

Pero, al llegar al reclinatorio, delante del primer banco, tuvo un pensamiento que lo resolvió todo. ¡Sí! Las dos cosas eran posibles. Podía conservar el amor de su madre y de Judson, sin perder el respeto de Jim. Todo lo que tenía que hacer era traer también a Jim junto a Jesús, y entonces todos estarían juntos y colmados de felicidad.

Tranquilizado por esta revelación, se arrodilló y, súbitamente, su voz resonó en pública confesión, mientras el clamor del auditorio, las jaculatorias de Judson y de su madre, provocaban en él una especie de profunda satisfacción del deber cumplido, y le hacían juzgar maravilloso y bueno el hecho de ceder al fervor místico.

Apenas sabía lo que decía. Su voluntad estaba regida por la de la multitud. Repetía las frases que había oído desde la niñez a los predicadores melodramáticos y a los fieles histéricos.

—Oh, Dios mío, he pecado! ¡Mis pecados me abruma! ¡No soy digno de vuestra misericordia! ¡Oh, Jesús, intercede por mí! ¡Que la sangre que derramaste por mí sea mi salvación! ¡Dios mío, me arrepiento sinceramente de mis numerosos pecados y ansío hallar la paz eterna en tu seno!

—¡Dios sea loado!— clamaba la multitud—. ¡Alabado sea el su nombre! Gracias, Señor. Aleluya, hermano, y da gracias al Señor misericordioso.

Elmer estaba convencido de que jamás volvería a embriagarse ni a tener contacto con mujeres impuras, ni a blasfemar. Conocía ya los goces de la salvación... y también el placer de ser el centro de interés de una multitud.

En torno suyo, muchos se golpeaban la frente; otros gritaban:

—¡Señor, ten piedad de nosotros!

Una mujer a quien el recordaba haber visto en la Universidad, una alumna de carácter extraño y ojos de loca que no se relacionaba con nadie, se había tendido en 4 suelo boca abajo, enajenada de la multitud, con las manos agarrotadas, entre convulsiones, y el pecho agitado por un jadeo rítmico.

Mas era Elmer el más grande de los conversos, tan alto como Judson Roberts, el que se destacaba como el más importante a los ojos de todos los presentes y, desde luego, a los suyos propios.

Su madre decía llorando:

—¡Hijo mío, esta es la hora más feliz de mi vida! ¡Esto me hace olvidar todo lo pasado!

¡Poder proporcionar a su madre una alegría tan grande...!

Judson apretaba fuertemente una mano de Elmer, y gritaba:

—Me hubiera gustado tenerte en mi equipo del Chicago, pero me alegro muchísimo más de contar contigo en el equipo de Cristo. ¡Si supieras lo orgulloso que estoy!

—¡Estar ligado a Judson para siempre, de aquella manera!

La mortificación de Elmer se había transformado en una serena e intensa satisfacción.

Muchos se acercaban a él para estrecharle la mano y felicitarle. El ‘centro’ del equipo de football, el profesor de latín, el dueño de una tienda de comestibles. El presidente Quarles, con la barbilla temblorosa y el labio superior, que lo llevaba siempre afeitado,

contraído por movimientos nerviosos de lado a lado, repetía sin cesar:

—Ven, Hermano Elmer, sube al estrado y dirígenos la palabra. ¡Es preciso! Tenemos necesidad de oírte. ¡Estamos emocionados ante el magnífico ejemplo que acabas de darnos!

Elmer subió, sin saber a punto fijo cómo, las gradas del estrado, a través del grupo de conversos. Sospechó más tarde que Judson Roberts había puesto a contribución para el caso su experiencia deportiva.

Una vez arriba, tendió la vista sobre la multitud y sintió renacer sus temores. Pero todos le miraban con afecto y lloraban enternecidos. El Elmer Gantry que durante años enteros había parecido disfrutar desafiando al colegio en pleno, era el mismo Elmer que durante todo aquel tiempo había soñado con la popularidad. Y ahora, la tenía: popularidad, amor y respeto, quizá; vivía en toda su plenitud su papel de primera figura.

Se sintió acuciado a hacer una confesión más impresionante todavía:

—¡Por vez primera conozco la paz de Dios!— dijo—. Nada bueno he hecho hasta ahora porque nada me conducía por la senda de la verdad y del bien. Me creía un buen cristiano y no había visto nunca la verdadera luz. Nunca estaba dispuesto a arrodillarme y reconocerme como un miserable pecador. Pero ahora me arrodillo y digo: ¡Bendita sea la humildad!

A decir verdad, Elmer no se arrodilló. Siguió en pie, grande y corpulento, agitando los brazos, y aun cuando estuviese experimentando los dulces goces de la humildad, más parecía dar a entender por su actitud que estaba dispuesto a romper la cara al primero que se echara a la calle con él. Ardientes aleluyas le respondieron y él siguió gritando en el colmo de la excitación y bañado en sudor:

—Venid, venid a El! Parece extraño que yo que he sido tan gran pecador me atreva a dirigiros esta invitación, pero El es topodoreso y prevalecerá. El dio sus dulces mensajes por boca de las criaturas y de los hombres más indignos, ¡y he aquí que los fuertes serán confundidos y los débiles ensalzados a su vista!

Todo este discurso era tan familiar al auditorio como un «¡Buenos días!» o un «¿Cómo está usted?» Era preciso que Elmer hubiese puesto una fuerza nueva en sus palabras, porque, en lugar de sonreír ante la novedad de su fervor, todos le miraron gravemente y, de pronto, se verificó un milagro.

Diez minutos después de haber pasado por un trance parecido, Elmer hizo su primera conversión.

Un jovencuelo escrofuloso conocido de todos como un «punto» asiduo de salas de billar saltó súbitamente con el rostro grasiento contraído, gritando: «¡Dios mío, perdóname!» Se lanzó como un loco a través de la multitud, corrió a los bancos de los penitentes y se arrodilló, convulso, y echando espuma por la boca.

Entonces, los aleluyas se elevaron hasta ahogar los llamamientos acelerados de Elmer. Judson Roberts estaba en pie y pasaba su brazo por la espalda de Elmer. Su madre seguía de rodillas, con el rostro iluminado por una luz paradisiaca, y la asamblea terminó repitiendo todos como maniáticos:

¡Llévame junto a ti, Señor!

A tu costado precioso y sangrante.

Elmer saboreaba su triunfo, sintiéndose dueño de la vida y señor de la rectitud.

Pero, en medio de sus transportes, no se había fijado más que en los devotos, en los que habían llegado a primera hora y habían ocupado las primeras filas de bancos. Sus compañeros, los estudiantes que se habían quedado al fondo de la iglesia, charlaban ahora

en grupos a la puerta, parados unos y otros paseando Cuando Elmer y su madre salieron, todas las miradas se clavaron en ellos y se oyeron risitas ahogadas que le dejaron de hielo...

Le costó mucho trabajo mantenerse a tono con el alborozo de su madre en el camino de regreso a su hotel.

—No se te ocurra levantarte temprano para ir a despedirme a la estación— insistió ella—. No tengo más que una maleta pequeña y solo tengo que atravesar la calle para llegar a la estación. Tu tendrás necesidad de dormir después de las emociones de esta noche. ¡Que orgullosa estoy de ti! No he visto nunca a nadie poner más fervor que tú al acercarte a Dios. Hijo mío, ¿perseverarás en ese camino? ¡Has hecho tan dichosa a tu anciana madre! Me he pasado la vida torturada, esperando, rezando y ahora no debo sufrir más. ¿No es cierto que seguirás por el camino emprendido, Elmer?

Tuvo que echar mano de los últimos restos de sus reservas de emotividad, para poder responder:

—Sí. ¡No lo dudes, mamá!

Y se despidió de ella dándole un beso.

No le quedaba ya emoción suficiente para pasear sólo en aquella noche fría, llena de realidades, a lo largo de una calle bordeada, no de brillantes columnatas, sino de casitas humildes, hundidas tristemente en la nieve, bajo un cielo hostil en el que apenas brillaban unas estrellas mortecinas.

Sus planes de salvar a Jim se desvanecieron. Su visión de un Jim con ojos reverentes y beatíficos se transformó en la visión de un Jim iracunda que tenía muchas cosas que decirle. Al desaparecer este sueño, se desvanecieron también los sueños de gloria de Elmer.

—¿Habré sido— se preguntó— un imbécil de pies a cabeza?

Jim me advirtió que si perdía la cabeza ellos me atraparían.

Supongo que ahora no podré ni siquiera fumar, sin ir al infierno.

Pero quería fumar, fumar en el acto.

Y encendió un cigarrillo que apenas le sirvió de distracción, pues siguió el curso amargo de sus pensamientos

—No. No ha habido nada de farsa en lo que yo hice. Me arrepentí sinceramente de todos esos pecados estúpidos. Hasta de fumar... Voy a dejar de fumar. Sí; sentí bien claramente la... la paz de Dios.

«Pero, ¿podré perseverar? ¡Cristo! ¡Es imposible! No volver a beber, ni a hacer nada...

«¿Estaría realmente allí, a mi lado, el Espíritu Santo? La verdad es que me sentí un hombre distinto. Pero, ¿no sería a causa del vocerío y las exclamaciones de mamá, de Judson y de toda aquella gente...?»

«Jud Roberts fue el que me metió en el lío, con toda su palabrería de hermano mayor. Probablemente, saca a relucir la misma historia en todas partes donde vaya. Jim dirá que yo... ¡Que se vaya a paseo también Jim! ¡Tengo derecho a hacer lo que me parezca! ¿Qué le importa a él que yo hiciera lo que dignamente debía hacer? ¡Cómo me miraron cuando les hice el llamamiento! Me salió muy bien aquello. Y el muchacho que subió a convertirse... Pocos habrán sido los que hayan hecho una conversión inmediatamente después de convertirse, como yo la hice. ¡Seguramente que he batido el record! Sí; puede que tengan razón. Quizá Dios me tenga reservado un gran papel... aunque yo no haya obrado siempre bien... en algunas cosas. Pero no he cometido nunca ningún acto ruin, ninguna mala acción... Solo he procurado divertirme un poco...

«Jim... ¿qué derecho tiene a meterse en mis asuntos? Lo que le pasa es que cree que se lo sabe todo. Y me parece a mí que los grandes hombres que han escrito tanto sobre la Biblia deben saber bastante más que un escéptico presuntuoso de Kansas.

«Sí, señor. ¡Todo el mundo me escuchaba como si yo fuese el mejor predicador de los Estados Unidos!

«No estaría mal eso de ser predicador y pastor de una iglesia de importancia... Bastante más fácil que estudiar casos en la abogacía, y tener que exponerlos ante un jurado, y frente a otro abogado que, a lo mejor es más listo, y...

«Cuando se habla desde un púlpito, el auditorio tiene que tragarse lo que se le dice y no se permiten observaciones ni interrogatorios.

Por un momento, se sonrió irónicamente. Después, siguió diciéndose:

—No está bien hablar así. Si un hombre no obra como es debido, no tiene excusa que se burle de los que obran bien, como los predicadores. En eso es en lo que se equivoca Jim.

«No soy digno de ser un predicador. Pero, si Jim Lefferts se figura un solo instante que no me atrevo a hacerme predicador por miedo a lo que él pueda decirme... Sé muy bien lo que pasó por mí cuando estaba en el estrado y todo el mundo gritaba y lanzaba exclamaciones de alegría. ¿Es que no voy a saber yo si he experimentado la salvación o no? A mi no me hace falta que venga ningún Jim Lefferts a decírmelo.

Y, así, durante más de una hora de paseo sin rumbo. La duda, más que el viento de la pradera, había enfriado a Elmer. A veces, sentía renacer dentro de sí la exaltación producida por su aventura espiritual, pero no se le ocultaba ni un instante que se vería obligado a hacer confesión ante el inexorable Jim.

IV

Era más de la una de la madrugada. Jim, con seguridad, estaría durmiendo y al día siguiente quizá se produjera un milagro. La mañana siempre promete milagros.

Abrió la puerta suavemente y, sin quitar la mano del picaporte, miró hacia dentro. Había luz junto a la cama de Jim, pero procedía de una estufa de petróleo medio apagada. Entró de puntillas, haciendo crujir el piso con sus pies enormes.

De pronto, Jim se sentó en la cama y encendió la luz. Tenía la nariz y los ojos enrojecidos y tosía. Miró con fijeza a Elmer que, inmóvil junto a la mesa, le devolvió la mirada.

Jim fue el primero que habló, a quemarropa:

—¡Imbécil! ¡Fuiste y caíste en el cepo! ¡Te han «salvado»! ¡Has consentido que te hagan doctor en brujerías baptistas. Está bien. Por mi parte, puedes irte... al cielo!

—¡Un momento, Jim! Escúchame...

—Bastante te he escuchado! Fíjate bien en lo que voy a decirte.

Y, durante tres minutos, Jim habló sin interrupción.

Durante casi toda la noche se libró una batalla en torno a la libertad del alma de Elmer. Jim no salía derrotado, pero tampoco quedaba triunfante. En la asamblea evangelista, el rostro de Jim había venido a flotar entre Elmer y Judson ocultando por completo la visión de la cruz. Ahora, eran los rostros tristes y confusos de su madre y de Judson los que se le aparecían, extendiendo un velo sobre las exhortaciones de Jim.

Elmer durmió cuatro horas, al cabo de las cuales se levantó y salió a la calle rendido de fatiga a comprar unos pasteles de canela, un sándwich y una taza de café para que

desayunase Jim. Comenzaban ya los dos amigos a entablar la discusión con nuevos argumentos, Jim, cada vez más tozudo, y Elmer, cada vez más irritado, cuando nada menos que el Presidente el Reverendo Doctor Willoughby Quarles, con su barbita, su camisa de pechera glacial, y su chaleco abombado, apareció pegado a las faldas volanderas y grasientas de la patrona.

El presidente estrechó varias veces la mano de los dos estudiantes, envió a la patrona fuera del cuarto con una mirada severa y un fruncimiento de cejas, y abrió el surtidor de su voz gutural de predicador, profunda, bien timbrada, especialmente sonora en las erres y en las eles, capaz por sí sola de llenar todo un templo y de saturar el ambiente de santidad y solemnidad. ¡Que bofetón a las irrespetuosidades, a los sarcasmos, al pueril escepticismo de seres como Jim Lefferts, parecía dar aquella voz cuyo sonido recordaba unas veces el toque de ángelus y otras el rebuzno matinal de un asno!

—¡Ah, Hermano Elmer, qué acto más hermoso el suyo de anoche! ¡Jamás he visto nada que refleje más valor! ¡Que un hombre como usted, un verdadero gladiador no vacile en humillarse! Su ejemplo será muy saludable para muchos. Tenemos que aprovecharlo por entero. Esta noche ocupará usted la tribuna de la Y.M.C.A. en una reunión especial con la que pretendemos reforzar los resultados obtenidos en nuestra magnífica Semana de la Oración.

—Pero, señor Presidente, si yo no puedo...— gruñó Elmer.

—Si, Hermano. ¡Es preciso! ¡Es preciso! Ya está anunciado. Si sale usted a la calle dentro de una hora, podrá tener el placer de ver los carteles fijados en distintos puntos de toda la ciudad.

—Pero, yo no se hacer un discurso...

—El Señor se encargará de poner las palabras si usted pone su buena voluntad. Yo mismo vendré a buscarle a las siete menos cuarto. ¡Dios le bendiga!

Y se marchó.

Elmer estaba completamente asustado; no tenía el menor deseo de pronunciar un discurso; pero le rebotaba el contento pensando que, después de aquellas horas amargas en que Jim, un simple estudiante, le había hablado desdeñosamente menospreciando su inteligencia, el presidente de Terwillinger le hubiese acogido en el seno de su pechera almidonada, considerándole como un colega de apostolado.

Mientras Elmer daba vueltas a una decisión ya tomada, Jim volvió a meterse en la cama dirigiendo una plegaria al Señor en un tono bajo y venenoso.

Elmer salió a la calle a ver los carteles. Su nombre se destacaba en hermosos caracteres de gran tamaño.

Por la tarde, después de asistir a varias clases en las que los compañeros le miraron con respeto, Elmer se dedicó a preparar su discurso. Jim, en tanto, dormía lanzando unos ronquidos parecidos a los de un leopardo.

En la clase de oratoria, cuya finalidad era contribuir a la formación de futuros parlamentarios, obispos y jefes de ventas de casas mercantiles, Elmer había tenido que pronunciar discursos sobre temas tan diversos como «Los Impuestos», «Los Designios de Dios en la Historia», «Nuestro Amigo el Perro» y «La Grandeza de la Constitución Norteamericana». Pero sus discursos mensuales de clase no le habían dado mucho que hacer; a nadie le había parecido mal que hurtase las ideas y aun la mayoría le las frases de la enciclopedia. La parte más ardua de a preparación había sido la de lubricar su hermosa voz con la ayuda de pastillas de goma, previa una abstinencia total de fumar. No había aprendido nada, excepto la modulación de la voz. Nunca le había preocupado hacer buena

impresión sobre sus diecinueve compañeros y el profesor, un predicador con licencia, pero sin ordenar. que había sido antes recaudador de contribuciones en Oklahoma. No había fracasado, pues, en la clase de oratoria, pero tampoco había hecho en ella nada interesante.

Y, ahora, con la frente sudorosa, consideraba que tenía ante sí la tarea de pensar y dar forma articulada a las causas por las cuales Elmer Gantry era un ser ligeramente distinto de los demás; era preciso exponer ordenadamente todo aquello que no estuviese perdido en un torrente de aleyuvas.

Trató de recordar los sermones que había oído. Pero, los predicadores habían estado tan poseídos de su autoridad. tan convencidos de la importancia del mensaje que tenían la misión de propagar... Mientras que él no estaba seguro en aquel momento si era un misionero encargado de llevar la luz, a las multitudes o, simplemente, un pecador que...

¡Solo un pecador! ¡Ni más ni menos! ¿Iba él a renegar de su amigo Jim? ¡No, señor! O de Juanita, que siempre le había sido leal, contentándose con pincharle un poco, aunque hubiese sido con ella un poco rudo y pegajoso a veces. ¡Cómo abrazaba! ¡Con qué habilidad se desembarazaba de la tía de Nellie, enviándola a un recado, mientras le guiñaba a él el ojo!

¡Si estuviera allí Juanita, a su lado! Ella sabría sacarle del apuro. Ella le aconsejaría qué era lo mejor: si mandar a paseo al Presidente y a la Y. M. C. A., o si aprovechar la ocasión para demostrar a Eddie Fislinger y a todos los sabihondos de la Y. M. que él no era ningún tonto...

¡No! El Presidente había dicho allí mismo que él era la primera figura. Había organizado un acto importante, solo para que hablase él. ¡El Presidente Quarles y Juanita! No. No habían nacido para verse juntos. Y el Presidente había venido a verle...

¿Y si los periódicos hablasen de él? Que relatasen cómo había convertido a un jovencuelo de mala conducta, lo mismo que pudiera haberlo hecho Judson Roberts. Juanita... Muchachas como ella se encontraban en cualquier parte; pero, ¿dónde se encontraban hombres capaces de salvar un alma en un dos por tres?

¡Basta de pensar estupideces! Ahora que estaba dormido Jim, había que aprovechar el tiempo para preparar la «comedia». ¿Qué era aquello de sudar en la viña? «Algo había de eso en la Biblia... Por mucho que le mareasen— y nadie lo había pasado peor que él, con el hipócrita de Eddie hurgándole por un lado, y Jim pinchándole por el otro—; por muchas cosas que ocurriesen, era preciso enseñar a aquellos bestias que él era muy capaz de hacer las cosas tan bien como cualquiera de ellos.

¡Demonio! Aquello no era cosa de chiquillos; había que preparar el discurso en serio. Pero...

¿De qué diablos iba a hablar?

Veamos. ¡Magnífica idea! Hablarles de un mocetón forzado que hubo de necesitar de toda su energía y valor para reconocer que el poder del Espíritu Santo le había dejado yerto...

¡No! ¡Demonio! Aquello era lo mismo que había dicho el amigo Jud. Había que inventar algo nuevo, o que lo pareciese, al menos.

No debía volver a mencionar el nombre del demonio. Tenía que acabar con aquella mala costumbre, y seguir la senda de los conversos, por muy espinosa que fuese. El no tenía miedo de... El y el amigo Jud era bien templados para...

¡No, señor! No era el amigo Jud; era su madre. ¿Qué pensaría ella si le viese alguna vez con Juanita? ¡Juanita! ¡Impúdica! ¡Sucia!

Pero había que trabajar, ¡y en el acto!

Cogió con las dos manos el borde de la mesa y la madera crujió. Esta prueba de su fuerza le complació. Se subió las mangas de su «sweater» encarnado, se acarició los enormes bíceps y, una vez más, volvió a su tarea apostólica.

Veamos: los de la Y.M.C.A. esperaban que él dijese...

¡Ya estaba! «No somos nada ni significamos nada, salvo... salvo... ¡ah, sí! salvo aquello que los inescrutables designios de la Providencia quieren que seamos».

Elmer comenzó afanosamente a tomar notas desordenadas en un cuaderno de diez centavos, destinado hasta entonces a la clase de alemán. De pronto, se levantó y con aire de sabio colocó sobre la mesa toda su biblioteca: la Biblia, regalo de su madre; un ejemplar del Nuevo Testamento, regalo de un maestro de la escuela dominical; los textos de Historia de la Iglesia; uno de los catorce volúmenes de los Grandes Sermones del Mundo, que había comprado en Cato por diecisiete centavos en un acceso de bibliomanía y de alcohol. Los colocó unos encima de otros, los volvió a colocar, los golpeó con la pluma estilográfica...

Su entusiasmo inicial había desaparecido por completo.

Bien. La Biblia le ayudaría. Era una fuente inagotable de inspiración. Toda ella, hasta las palabras más insignificantes eran producto de la revelación, con todo lo que pudieran decir los eternos burlones, como Jim. La abriría al azar y hablaría sobre el primer texto con que tropezase.

La abrió. Y leyó: «Por eso tu, Tatnai, que gobiernas más allá del río Setarboznai y tus compañeros, los Afarsaquitás, que están más allá del río, alejaos de allí».

Una alocución briosa, pero que para el caso no le servía.

Elmer se pasó la mano por el pelo abundante y se arrascó en las sienes.

¡Tenía que encontrar algo!

«La única manera de comprender la existencia era entendiendo esas fuerzas que los sabios con sus laboratorios y medios científicos, no son capaces de explicar, pero que para un verdadero cristiano son tan fáciles de descubrir como rodar un madero...»

No. No había estudiado nada que tuviera relación con los laboratorios, excepto un curso de Química elemental, y esto no le bastaba para poder ridiculizar a los físicos y a los biólogos.

Elmer, descorazonado, se puso a tachar los hermosos garabatos que había hecho en su cuaderno.

Para colmo de su irritación, Jim se despertó y le dijo con acento burlón:

—¿Qué hay, Chacal? ¡Cómo la gozas con tus sagradas, y eruditas ocupaciones! ¿Por qué no sacas tu primer sermón de los paganos? ¿No serías tú el primer mesías de tres al cuarto que lo hiciese.

Jim le arrojó sobre la mesa un librito y volvió a sumirse en el sueño de la infidelidad. Elmer tomó el libro. Era una selección de las obras de Ingersoll.

Elmer estaba furioso.

¡Pensar que iba él a preparar su discurso a base de las ideas de un indigno ateo que criticaba la Biblia, que lo criticaba todo! Lo menos que podía hacer quien no creía en la Biblia era no atacar la fe de los demás. ¡Era una indignidad! ¡Hacía falta ser un cínico como Jim para proponerle que utilizase nada de Ingersoll para su discurso! ¡Arrojaría el libro al fuego!

Pero... cualquier cosa era mejor que torturarse el cerebro inútilmente. Y, olvidando sus prejuicios, se sumió en la lectura atenta del libro. Se tragó, página tras página, toda la retórica sarcástica de Ingersoll. De pronto, levantó la cabeza, miró con desconfianza a Jim que no decía palabra, miró con perplejidad al techo, vaciló, lanzó un gruñido y, por último,

tomó una decisión y comenzó a copiar rápidamente en su cuaderno de alemán un extracto de Ingersoll:

«El amor es el único arco iris en el cielo oscuro de la vida. El es la Estrella matutina y la Estrella vespertina. Brilla sobre la cuna del niño y lanza sus rayos sobre la silenciosa tumba. Es el padre del Arte, la inspiración del poeta, del patriota y del filósofo. Es el aire y la luz de los corazones, el fundamento de todo hogar cuya lumbre él mantiene encendida. Fue el primero en soñar con la inmortalidad. Llena el mundo de melodía, pues la Música es la voz del Amor. El Amor es el mago, el encantador que transforma en goce las cosas más triviales y que, de la arcilla común hace reinas y reyes. Es el perfume de la flor maravillosa — el corazón— y sin esta pasión sagrada, sin este divino desmayo, somos menos que las bestias; con él la tierra es un paraíso y nosotros somos dioses.»

Sólo un momento, mientras copiaba, pareció vacilar; después siguió, al tiempo que murmuraba:

—¡Qué demonio! Lo más probable es que ninguno de los que asistan esta noche haya leído en su vida a Ingersoll. Además, yo lo cambiaré un poco.

V

Cuando el Presidente Quarles vino a buscarle, Elmer había terminado el esquema de su discurso. Se había puesto su mejor traje azul de los días de fiesta, con americana cruzada de doble botonadura, y se había peinado y alisado cuidadosamente el pelo.

Cuando salieron, Jim hizo volver a Elmer desde el pasillo para decirle al oído:

—Chacal, no te olvidarás en tu discurso de reconocer lo que nos debes a Ingersoll y a mí, eh?

—Vete a paseo!— respondió Elmer.

VI

Una multitud bastante numerosa y llena de curiosidad se había congregado en el salón de actos de la Y.M.C.A. Durante todo el día los estudiantes habían discutido ampliamente el tema siguiente: «¿Se había salvado y convertido efectivamente el Chacal? ¿Abandonaría para siempre su vida desordenada?»

Todos los que conocían a Elmer estaban allí, deseosos de hacer preguntas, burlones o escépticos. Sus aclamaciones le turbaron un poco y le molestó bastante que fuese Eddie Fislinger el encargado de hacer su presentación, como presidente de la Y.M.C.A.

Comenzó a hablar con frialdad y vacilación. Pero Ingersoll le había suministrado su exordio y fue caldeándose al fuego de su hermosa voz. Veía a su auditorio en el hemiciclo de la Y.M.C.A. como envuelto en una nube luminosa. Poco a poco fue adquiriendo firmeza de expresión y comenzó a intercalar frases e ideas muy notables que eran enteramente de su cosecha, salvo, quizá, que las había oído treinta o cuarenta veces en distintos sermones.

La cosa no iba mal, realmente, sobre todo si se la comparaba con las rapsodias místicas corrientes cantadas desde el púlpito.

A pesar de sus vulgarismos, de sus juramentos, de su empleo arbitrario de plurales y singulares, Elmer no había tenido más remedio que leer ciertos libros en el colegio, y se había visto obligado a asistir a un número de conferencias. Estos libros y estas conferencias estaban plagados de polisílabos floridos y retórica sentimental en torno a Dios, el crepúsculo vespertino, la perfección moral que inspira la contemplación cotidiana de las

montañas, los ángeles pescando almas o pescando peces; ideales como el patriotismo, la democracia, la pureza, etc.; el error de la Providencia al crear la pierna de la mujer; la humildad, la justicia, la agricultura en Palestina hacia el año 4 de la era cristiana; el encanto de la vida doméstica y los emolumentos de los sacerdotes. Toda esta floración de palabras, estas frases rimbombantes como el sonido de un órgano, estos pensamientos profundos le habían sido incrustadas en el cerebro, de donde iban saliendo en el momento preciso.

Pero los mismos profesores que habían realizado concienzudamente esta labor de apisonadoras y que hubieran debido reconocer el origen de toda aquella fraseología, se quedaron asombrados al ver que Elmer, después de cuatro años de estudiante mediano que emplea un lenguaje torpe y desmañado, les regalaba los oídos con un lenguaje florido que ellos tomaban completamente en serio porque, al igual que él, habían sido formados en minúsculas universidades baptistas o campbellistas.

Ninguno de ellos vio nada de grotesco en el espectáculo de un hombre joven y corpulento, magníficamente dotado para ser un cargador de carbón, perorando penosamente sobre el Amor y sobre el Alma. Allí estaban los jóvenes repetidores que hasta hacía no mucho tiempo habían estado entregados a las faenas agrícolas; y los viejos profesores pálidos, cansados de dormir en despachos mal ventilados. Todos estaban allí y miraban a Elmer respetuosamente mientras éste decía con voz trémula:

—Es muy difícil para uno que sólo está acostumbrado a alinearse en los partidos de fútbol venir aquí a hablar en público para expresar sus pensamientos; pero me parece que vosotros también pensaréis muchas cosas que luego no acertáis a expresar exactamente, y yo quiero... yo quiero decir que si un individuo considera seriamente el fondo de las cosas y es verdaderamente leal con Dios y le deja que llene su corazón de aspiraciones más elevadas, entonces ve que... ve que el Amor es lo único que puede realmente iluminar por completo todas las nubes sombrías de la existencia.

«¡Sí, señores, sólo el Amor! El Amor, que es la estrella matutina y vespertina. Que... hasta en la paz de los sepulcros— entre los que están alrededor de los sepulcros, quiero decir— se encuentra siempre. Qué fuerza es la que inspira a todos los grandes hombres, a todos los poetas, los filósofos y los patriotas? ¡El Amor! ¿Qué fue lo que dio a los humanos las primeras pruebas de la inmortalidad? ¡El Amor! El llena el mundo de melodía, porque ¿qué es la música? ¿Qué es la música? ¡Ah, la «música es la voz del Amor!»

El gran Presidente Quarles se arrellanó en su sillón y se puso los lentes que prestaban cierto aire académico a su rostro barbado, que sin ellos recordaba al de un banquero provinciano de 1850. Ocupaba el centro de una fila de una docena de iniciados en el estrado, una plataforma frágil bajo una cúpula o dosel de yeso. La pared, detrás de ellos, estaba cubierta de diagramas, que parecían más bien estampas anatómicas, que representaban los progresos de la conversión de almas en Egipto, las tablas comparativas de lo que se gastaba anualmente en whisky y en libros de himnos religiosos, y la historia ilustrada de un pecador que pasaba del empleo de palabras malsonantes al consumo del tabaco y al hábito de frecuentar las tabernas para concluir en un animado cuadro en el que aparecía pegando una paliza a su mujer con evidente desagrado de la víctima. Encima, campeaba en gruesos caracteres una sugestiva divisa: «No te dejes vencer por el Mal. Vence al Mal con el Bien».

De todos los rincones del local emanaba ese olor a paja húmeda característico de todos los lugares destinados al culto; pero al Presidente Quarles no parecía molestarle lo más mínimo. Se había pasado la vida en los tabernáculos y en los salones de estudio, llenos de minúsculas revistas eclesiásticas y enormes volúmenes de oratoria sagrada. Respiraba

con dificultad por la nariz, pero parecía haberse habituado ya a vivir sin aire. Estaba radiante, se frotaba las manos y miraba con devota alegría a Elmer, que seguía hablando cada vez más seguro de sí mismo:

—¿Qué es lo que nos distingue de los animales? ¡La pasión del Amor! Sin él no somos... no somos realmente nada; con él la tierra es un paraíso y nosotros somos — hasta cierto punto— semejantes a Dios! Y esto es lo que quería explicaros acerca del amor, y he aquí a lo que se refiere. Probablemente habrá muchos entre vosotros que, lo mismo que yo...— ¡oh, yo lo he estado haciendo; no voy a echarme afuera ahora!— yo he vivido mucho tiempo en la creencia de que yo era demasiado bueno, demasiado grande, demasiado listo para el amor divino del Salvador. ¡Decidme! ¿Alguno de vosotros se ha parado a pensar en la audacia que supone creer que puede uno pasarse sin la intercesión divina? ¡Decídmelo francamente! Habría que creer que sois más grandes que Moisés, más grandes que San Pablo, más grandes que Pasteur, el gran hombre de ciencia...

El Presidente Quarles no cabía en sí de gozo. ¡Era una conversión extraordinaria! ¡Más aun! Era un descubrimiento que él había, hecho. Elmer era un predicador de cuerpo entero. No le hacía falta más que dejarse llevar y él le conduciría.

—¡Oh, Señor!— decía entre dientes—. ¡Qué misteriosos son los caminos que elijes! ¡Tú has querido entrenar a nuestro hermano, no tanto en la oración como en las luchas violentas de los campos olímpicos! Yo... tú, Señor, has creado un predicador nato. ¡Algún día será uno de nuestros principales profetas!

El auditorio aplaudió con entusiasmo cuando Elmer concluyó diciendo:

—... y vosotros, alumnos del primer año, ganaréis mucho tiempo, que yo he despilfarrado, si comprendéis desde este mismo momento que hasta que conozcáis a Dios no conoceréis... nada!

Todos aplaudían, todos le miraban sonrientes. Eddie Fislinger se ganó la simpatía de Elmer al decirle suspirando:

—¡Amigo mío, me has ganado en mi propio juego lo mismo que me ganas en el tuyo!

Hubo un diluvio de apretones de manos. Y ninguno más caluroso que el del profesor de latín, que hasta hacía poco había sido su enemigo.

—De dónde ha sacado usted— le preguntó— esos pensamientos tan delicados y esas metáforas tan elegantes sobre el amor divino, Gantry?

—¡Oh!— respondió Elmer con modestia—. Apenas puedo decir que sean míos, profesor. Creo haberlos encontrado en la oración.

VII

Judson Roberts, ex jugador de fútbol de primera categoría, secretario provincial de la Y.M.C.A., acababa de subir al tren que le llevaría a Concordia, Kansas. En el pasillo había dado dos o tres chupadas a un cigarrillo antirreglamentario que tiró en seguida.

—No. La verdad es que no le habrá venido mal a ese Elmer no sé cuántos el haberse convertido. Después de todo, aunque luego no haya nada, le convendrá dejar sus malos hábitos por una temporada. Y ¿quién sabe? Acaso sea verdad que el Espíritu Santo descende. No es más imposible que la electricidad. ¡Cuándo podré dejar estas dudas! Me olvido de ellas cuando estoy en una asamblea evangélica, pero cuando veo a un animalote como ese, con su sonrisa de idiota... me dan ganas de hacerme vendedor de fincas. No creo que esté haciendo ningún engaño a estos jóvenes, pero quisiera poder obrar honradamente.

¡Oh, Dios, Dios! ¡Qué bien me vendría un buen empleo de vendedor de fincas!

VIII

Elmer regresó a su casa con paso firme.

—¿Qué derecho tiene Mr. James B. Lefferts a impedirme que use mis facultades e influya sobre la gente? Y, la verdad es que esta noche he influido visiblemente. No sabía yo que era capaz de pronunciar discursos. ¡Es tan fácil como jugar al fútbol! ¡Y el Presidente diciéndome que yo era un predicador nato! ¡Oh!

Firme y erguido entró en el cuarto, arrojando con fuerza el sombrero sobre la mesa. Esto despertó a Jim.

—¿Qué tal ha salido la cosa?— le preguntó éste—. ¿Les soltaste el evangelio?

—¡Sí!— trompeteó Elmer—. Todo salió, como tú dices, de primera. ¿Tienes algo que objetar?

Encendió la lámpara mayor y volvió la espalda a Jim.

Este no dijo nada. Cuando Elmer volvió la cabeza parecía estar dormido.

A las siete de la mañana siguiente Elmer le dijo con tono casi protector:

—Voy a salir. Volveré a las diez y te traeré algo de desayuno.

Jim respondió: «No, gracias». Y estas fueron todas sus palabras aquella mañana.

Cuando Elmer volvió a las diez y media, Jim se había marchado llevándose todos los objetos de su propiedad. (La mudanza no era complicada: tres maletas con ropa y un brazado de libros.) Sobre la mesa había una nota que decía:

«Me voy a vivir al «College Inn» lo que queda de curso. Probablemente conseguiremos que Eddie Fislinger se vaya a vivir contigo. Disfrutarías mucho con su compañía. Me ha divertido bastante ver cómo ibas haciéndote un honrado animalote, pero creo que sería casi demasiado divertido ver cómo te transformabas en un «leader» espiritual.

J. B. L.»

La ira que se apoderó de Elmer no hizo que el cuarto le pareciese menos solitario.

CAPITULO

IV

I

EL Presidente Quarles le apremiaba.

Si Elmer se hacía sacerdote ejercería su influjo sobre el mundo entero. ¡Qué gloria para la vieja Universidad de Terwillinger y todos los santuarios de Gritzmacher Springs!

Eddie Fislinger también le apremiaba:

—¡Tú llegarás a donde yo no podré llegar! Te veo ya presidente de la convención baptista!

A Elmer no acababa de agraderle Eddie, pero ahora procuraba hacer caso omiso de Jim Lefferts, con quien sólo cambiaba saludos feroces en la calle. Necesitaba alguien que le colmase de elogios.

El decano de la universidad— antiguo pastor baptista le aconsejaba a su vez.

¿Dónde encontraría Elmer una profesión que le situase mejor socialmente que el ministerio sagrado, con millares de personas ávidas de escucharle, solicitado a diario para

asistir, invitado, a banquetes y demás fiestas? Era muchísimo más fácil que... Bueno, no era precisamente más fácil; todos los pastores trabajaban intensamente, imponiéndose grandes sacrificios, ayudando a todos con sus sentimientos compasivos, luchando heroicamente contra el vicio; pero, al mismo tiempo, una hermosa labor, una ocupación distinguida y superior entre libros, pensamientos elevados, rodeado casi siempre de las señoras de más relieve de la ciudad o del campo, según los casos. Una carrera, por otra parte, menos costosa que la de leyes. Con la ayuda de una beca y los emolumentos de los sermones, Elmer podía estudiar tres años en el Seminario Teológico de Mizpah, sin gastar apenas nada de su bolsillo. ¿Cuáles eran sus otros planes de carrera? ¿Ninguno determinado? ¡Ah! Parecía verse la intervención divina. Y, seguramente, así era. Todo estaba decidido. Quizá él pudiese conseguir una beca a Elmer para el primer curso...

Su madre también le apremiaba.

Le escribía todos los días diciéndole que no cesaba de rezar, de suplicar, de llorar...

Y Elmer se acuciaba a sí mismo.

Entre sus planes lo único que se delineaba era la probabilidad de practicar la abogacía en el sórdido despacho de un primo suyo en Toluca, Kansas. Lo único que tenía que oponer al ejercicio del sagrado ministerio, ahora que se había librado de la influencia de Jim, era la modicidad de los sueldos y el hecho de que si un pastor era sorprendido bebiendo o flirteando, la sanción era, con frecuencia, muy dura. Pero los sueldos no eran tan bajos, después de todo; él llegaría pronto a la cúspide, donde se ganan ocho o diez mil dólares. Pero las diversiones... Tanto pensó en ellas que hizo un viaje precipitado a Cato y volvió de él temporalmente curado de toda concupiscencia.

Lo que más le espoleaba era el recuerdo de su éxito como orador, el recuerdo del placer que experimentó al ver que era capaz de jugar materialmente con su auditorio) Conmover a la gente... ¡Hubiera deseado en aquel momento dirigirse a alguien y conseguir aplausos!

Se había acostumbrado tan bien a su papel de candidato a la virtud, que no le costaba trabajo (siempre que no estuviese presente un burlón como Jim) emplear los términos teológicos y morales más enrevesados, aun en presencia de Eddie o el presidente. Disertó ampliamente, sin provocar una sola sonrisa, sobre temas como «el deber que incumbe a todo hombre de conducir hacia Cristo a sus semejantes» y «la posición histórica de los baptistas, única Iglesia verdadera, conforme a la Escritura, que practica la inmersión, establecida por el mismo Cristo».

Estaba enteramente decidido. Se veía ya convertido en un joven evangelista de frente pálida, ojos iluminados, vestido de levita, subido en un púlpito haciendo verter lágrimas o batir palmas a centenares de mujeres hermosas.

Sólo había un obstáculo, y de los más serios. Todos le habían informado que, aun cuando él podía considerarse como uno de los elegidos en el terreno sagrado, era preciso, antes de tomar una decisión definitiva, que pasase por una prueba mística, conocida con el nombre de Vocación. Dios mismo tenía que aparecérselo y llamarle a su servicio, y aunque Elmer ya estaba muy convencido de sus propias facultades y de las excelencias de la Iglesia, no vio más trazas de Dios en torno suyo que en sus días peores de impiedad.

Preguntó al Decano y al Presidente si habían escuchado la Llamada divina. Ciertamente que sí; pero no dijeron nada en concreto sobre los procedimientos a seguir para lograr escuchar una Llamada y reconocerla cuando llegase. No quería interrogar a Eddie sobre este punto, porque Eddie sería seguramente demasiado prolijo en sus explicaciones y le diría que era preciso que se arrodillase a su lado y rezase con él. Eddie se haría molesto

con su exaltación empalagosa.

Pasaron los días y las semanas y la Llamada no llegó. Y pasaron las Pascuas sin que Elmer hubiese tomado ninguna decisión sobre lo que iba a hacer al año siguiente.

II

Primavera en la pradera, primavera en todo su esplendor. Las lilas cubrían los ladrillos y el estuco de los edificios universitarios, la espirea construía su valladar resplandeciente y, de los campos de Kansas venía, con la brisa, el canto de las alondras.

Los estudiantes holgazaneaban asomados constantemente a las ventanas, llamando a voces a los amigos que pasaban; jugaban a las cuatro esquinas en el «campus»; iban de un lado a otro con la cabeza descubierta y escribían cantidades considerables de materia poética; en fin, el equipo de baseball de Terwillinger derrotó al de Fogelquist.

Y Elmer seguía sin oír la L lamada.

Durante el día jugaba a las cuatro esquinas, saltaba, bromeaba con sus compañeros, entonaba canciones universitarias como la titulada: «Los días más felices de nuestra vida los pasamos en Terwillinger». O bien, paseaba solo por el bosquecillo de algodouneros y sauces a orillas del Tunker, sintiéndose invadido de felicidad a influjo de la primavera desbordante.

Pero sus noches eran un verdadero infierno.

Se acusaba de ser el culpable de no oír la Llamada, y hacia mediados de mayo fue a consultar con el Presidente.

El doctor Quarles se quedó pensativo, y al cabo le dijo:

—Hermano Elmer, por respeto a mi sagrado ministerio nada me repugnaría tanto como provocar la ilusión engañosa de una Llamada allí donde no existe. Esto equivaldría a imitar las alucinaciones paganas que el catolicismo romano provoca en sus desdichados fieles. Ante todo, un predicador baptista tiene que estar libre de toda ilusión engañosa; debe fundamentar su labor en sólidos hechos científicos, hechos demostrados por la Biblia y por los sufrimientos de Cristo que, incluso de un modo pragmático, sabemos que son verdaderos por los efectos que producen. Pero, aparte de esto, estoy seguro de que la voz de Dios te llama, faltando tan sólo que puedas escucharla. Yo quiero ayudarte a descorrer el velo profano que, sin duda, obstruye todavía el oído interior. Quieres venir a mi casa mañana por la tarde? Llevaremos este asunto al Señor en la oración.

La cosa iba a ser terrible.

Era una deliciosa tarde de primavera. Una brisa fresca agitaba las ramas de los sicomoros. El presidente Quarles había cerrado las ventanas y corrido las cortinas de su despacho, un salón lleno de retratos al lápiz de notabilidades baptistas, de sillones tapizados de felpa encarnada, de pequeños armarios con puertas de cristales conteniendo las obras profanas de los más poéticos autores eclesiásticos. El presidente había reunido, para ayuda de sus oraciones, a los ex pastores más ancianos y más ortodoxos, miembros de la Facultad, así como a los dirigentes más melosos y elocuentes de la Y.M.C.A., acaudillados por Eddie Fislinger.

Cuando Elmer entró, estaban todos de rodillas, con los brazos apoyados en el respaldo de su silla, la cabeza inclinada, rezando a coro en alta voz. Le miraron como viejas que examinan una recién casada. Elmer hubiera querido que se abriese la tierra a sus pies. Pero ya el presidente le había echado mano, obligándole a arrodillarse, y Elmer, furioso y azorado, se preguntaba qué diablos era lo que iría a rezar.

Uno tras otro fueron diciéndole a Dios lo que tenía que hacer en el caso de «nuestro hermano Gantry, que con tanto fervor y decisión le buscaba».

—¿Quieres elevar tu voz en oración, hermano Elmer? Déjate llevar de tus impulsos. Recuerda que todos estamos a tu lado, que todos te amamos y sólo deseamos ayudarte— dijo el presidente con voz meliflua.

Todos se agruparon en torno suyo. El presidente rodeó con su brazo, largo y seco, el cuello de Elmer. Se hubiera dicho que era un hueso de un esqueleto y Elmer creyó percibir cierto olor a petróleo que emanaba del traje del presidente. Eddie Fislinger se situó al otro lado y comenzó a husmearle. Los demás fueron deslizándose hasta estar a su lado y le dieron golpecitos amistosos en la espalda. Hacía un calor horrible en el salón, estando todos tan juntos. Le pareció estar hundido en el camastro de un hospital. Levantó los ojos y vio la figura alargada y rasurada de un pastor de labios delgados y apretados... a quien se veía obligado a imitar.

Se estremeció de horror, pero, no obstante, intentó rezar.

—¡Dios mío, ayúdame a...— gimió.

De pronto se le ocurrió una idea soberbia. Se levantó de un salto y gritó:

—¡Escuchadme! Creo que mi espíritu comienza a agitarse y quizá, si saliese a dar un paseo y rezar a solas mientras ustedes se quedan aquí rezando, lograría algo útil.

—No creo que sea ese el mejor camino— comenzó a decir el presidente—. Pero uno de los profesores más ancianos observó:

—Acaso sea la voluntad del Señor. No debemos oponernos a ella, Hermano Quarles.

—Es verdad, es verdad— dijo el presidente—. Sal a dar tu paseo, Hermano Elmer, y reza con constancia, que nosotros nos quedaremos aquí poniendo sitio, en beneficio tuyo, al trono de la gracia.

Elmer salió precipitadamente en busca del aire fresca y limpio del exterior.

—¡Ocurriese lo que ocurriese, él no volvería! ¡Qué odiosa gente, con sus manos fofas y pegajosas!

Le dieron ganas de tomar el primer tren para Cato y buscar solaz en la embriaguez. Pero era imposible. Perdería la oportunidad de conseguir su título, ahora que sólo faltaba un mes para acabar el curso y no podría después de envanecerse en ser un verdadero abogado, con todos sus títulos en regla y su elevada formación universitaria.

Pues bien, ¡él lo perdería! Todo, antes que volver a caer en sus garras y sentir en el rostro el aliento de sus bocas envejecidas...

Buscaría algún compañero, le diría que se sentía enfermo, le rogaría que fuese a comunicárselo al presidente y se metería en la cama. ¡Bah! Todo se reduciría a que no escucharía la Llamada, pasaría el tiempo y no liaría la carrera eclesiástica.

¡Pero tener que renunciar a pronunciar sermones ante millares de oyentes y conmoverlos hablándoles del amor divino y de la estrella matutina y la vespertina...! Si pudiera resistir hasta concluir los estudios del Seminario teológico y comenzar a ejercer! Entonces, si algún tipo como Eddie Fislinger venía a meter las narices en su casa no tendría más que cogerle del pescuezo y echarle a puntapiés. ¡Ya lo creo!

Se dio cuenta de pronto de que estaba estribado en un árbol, cortando ramitas nuevas y que frente a él, bajo un farol de la calle, le estaba mirando Jim Lefferts.

—¿Te encuentras mal, Chacal?

Elmer se irguió para adoptar una postura digna, pero respondió en tono quejumbroso:

—Sí, estoy mal. ¿Quién me mandaría a mí meterme en este barullo religioso?

—¿Qué te están haciendo ahora? Bueno; mejor es que no me lo digas. Lo que te hace falta es beber algo.

—¡Ya lo creo que me hace falta!

—Tengo en casa una botella de whisky superior, de contrabando. Vivo aquí cerca. Ven conmigo.

A los primeros tragos, Elmer permaneció callado, un poco aturdido, anhelando vagamente que Jim le sacase de aquella horrible situación.

Pero estaba desenfrenado, y el whisky pronto le hizo su efecto. Cuando llegaba a la mitad del segundo vaso comenzó a vanagloriarse de su elocuencia e hizo saber a Jim que jamás en Terwillinger Colleja había surgido un orador que prometiese más que él, y que en aquellos mismos momentos el presidente y todos los personajes más conspicuos de la Universidad estaban esperándole y rezando por él.

—Pero— añadió con un ligero tono de disculpa— quizá a ti te parezca que yo no debo volver a donde me están esperando.

Jim estaba en pie junto a la ventana abierta y le dijo lentamente:

—No. Me parece que... Ahora debes volver. Tengo unos caramelos de menta y podrás disimular el aliento. Adiós, Chacal.

¡Hasta Jim se rendía ante él!

El mundo, era suyo, y sólo sentía una ligera embriaguez.

Salió a la calle erguido y contento. Todo era muy hermoso. ¡Qué altos los árboles! ¡Qué maravilloso el escaparate de una droguería, con las portadas de las revistas de brillantes colores! El piano que se oía a lo lejos era sencillamente mágico. ¡Qué exquisitas las muchachas, compañeras de estudios! Y los compañeros, ¡qué arrogantes y qué afectuosos! Y él mismo, ¡qué gran persona era! Ya no se sentía mezquino. ¡Cuánta bondad había puesto en su conversación con aquel pobre pecador solitario de Jim Lefferts! Otros podrían, acaso, desesperar de la salvación del alma de Jim, ¡pero él no!

¡Pobre Jim! ¡Terrible aspecto el de su cuarto! Un cuartucho estrecho, con un camastro desvencijado y deshecho, todo en desorden, con los zapatos y una pipa de maíz sobre un montón de libros. ¡Pobre Jim! Le perdonaría e incluso iría a arreglarle el cuarto, a ponérselo todo en orden.

(¡Y Elmer no había limpiado una sola vez el cuarto en que vivieron juntos!)

¡Oh, qué deliciosa noche de primavera! ¡Qué amabilidad la del presidente y todos los demás, dedicando una tarde entera a rezar por él!

¿Por qué se sentía tan fuerte y tan contento? ¡Ah! Naturalmente. Era bien claro. ¡La Llamada había llegado por fin! Dios había venido a él, aunque en lo que se le alcanzaba, sólo espiritualmente. ¡Había venido! ¡Podía seguir adelante y regir el mundo!

Entró como una flecha en la casa del presidente, y desde la puerta del salón gritó, erguido, mientras todos se arrodillaban y le miraban con ojos ratoniles:

—¡Ha venido! ¡La siento en todo mi ser! Dios acaba de abrirme los ojos y me ha hecho sentir cuán admirable es el mundo creado por él, y me pareció oír su voz que me decía: «¿No quieres amar a todos tus semejantes y ayudarles a ser felices? ¿Quieres seguir siendo un egoísta, o anhelas ayudar a... a todos tus semejantes?»

Se detuvo. Todos le habían escuchado atentamente con sordos murmullos aprobatorios.

—Amén, Hermano— dijeron a una.

—Les aseguro que ha sido muy impresionante. Algo que no sé explicar me ha hecho

sentirme mucho mejor que cuando salí de aquí. Estoy seguro de que ha sido una verdadera Llamada. ¿No lo cree usted así, señor Presidente?

—¡No lo dudo un momento!— declaró el presidente, levantándose apresuradamente y frotándose las rodillas.

—Creo que nuestro hermano marcha ahora por el mejor de los caminos. Creo que en este sagrado momento ha escuchado la voz de Dios y siente la vocación suprema bajo la mirada divina— observó el presidente dirigiéndose al decano—. ¿No le parece a usted?

—Dios sea loado— respondió el decano mirando su reloj.

III

En el camino de casa, ya solos, el más anciano de los profesores le dijo al decano:

—Sí; ha sido un momento muy grato y... ¡hum! un poco sorprendente. Nunca hubiera creído que el joven Gantry pudiese hallar tanto contento en los goces moderados de la salvación. ¡Hum! ¡Extraño olor a menta se notaba a su lado!

—Probablemente entraría en alguna droguería a beber un refresco— respondió el decano—. No es que yo apruebe el consumo de bebidas no alcohólicas. Aunque parezcan inofensivas por sí mismas, pueden, sin embargo, conducir al consumo de bebidas de otra clase. A un hombre que bebe cerveza de jengibre, ¿CÓMO se le puede convencer del terrible peligro en que está de beber cerveza verdadera?

—Sí, sí— dijo el otro. (Era el miembro más antiguo de la Facultad; tenía sesenta y ocho años, mientras el joven decano sólo tenía sesenta.) — Y dígame, Hermano, ¿qué opinión le merece el joven Gantry y sus propósitos de dedicarse al ministerio sagrado? Ya sé que usted hizo un buen papel en el púlpito antes de venir aquí, como lo hice yo, poco más o menos; pero si tuviera usted ahora veintiuno o veintidós años, ¿se decidiría a hacerse predicador, tal como están las cosas hoy día?

—¿Cómo, Hermano— dijo dolido el decano—. ¡Naturalmente que sí! ¡Qué pregunta! ¿Qué sería de toda nuestra labor en Terwillinger, de todos nuestros ideales en pugna con los que sustentan las grandes universidades, infestadas de paganismo, si el ministerio sagrado no fuese el más alto ideal...?

—Ya lo sé. Ya lo sé. Sólo me pregunto a veces... ¡Cuántas vocaciones nuevas están surgiendo! Medicina. Publicidad. El mundo marcha en ese sentido. Yo le aseguro, decano, que dentro de cuarenta años, para 1943, los hombres cruzarán el aire en máquinas voladoras, marchando quizá a una velocidad de cien millas a la hora;

—Mi querido colega, si el Señor hubiese pretendido que el hombre volase le habría dotado de alas!

—Pero hay profecías en la Biblia...

—Esas profecías se refieren tan sólo a vuelos simbólicos y espirituales. ¡No, no! Nada está en contradicción con los claros designios de la Biblia, y yo podría citarle a usted centenares de textos para demostrarle de un modo incuestionable que las intenciones de Dios son que permanezcamos aquí en la tierra hasta el día de nuestra ascensión corporal hacia El.

—¡Hum! Puede ser. Bueno, aquí está mi casa. Buenas noches, Hermano!

Y el decano entró en su modesta vivienda.

—¿Qué tal ha salido todo?— le preguntó su esposa.

—Magníficamente. El joven Gantry pareció sentir de un modo inequívoco la llamada divina. Algo le impresionó extraordinariamente, elevando su espíritu. Tiene dotes

muy relevantes. Pero...

El decano se sentó de muy mal humor en una mecedora de paja, se quitó de golpe los zapatos, gruñó y se puso las zapatillas.

—Pero, la verdad, a mí ese muchacho no me acaba de agradar. Dime, Emma: si yo tuviese hoy su edad ¿crees que seguiría la carrera eclesiástica, tal como están las cosas?

—¡Henry! ¿Por qué se te ocurre decir una cosa como esa? ¡Naturalmente que sí! De no ser así, ¿qué significarían nuestras vidas, nuestro renunciamiento a tantas cosas?

—Sí. Ya lo sé. No es más que una idea. Algunas veces, me pregunto si realmente hemos hecho tantos sacrificios. ¡Un predicador también puede enfrentarse consigo mismo! Después de todo, aquellos dos años que me dediqué a la venta de alfombras antes de entrar en el seminario, no lo pasé nada bien. ¡Quizá no hubiese estado más próspero hoy. ¡Pero, si yo pudiera...! Suponte que hubiese sido un gran químico. No hubiera sido eso mejor... (te advierto que sólo estoy haciendo hipótesis basadas en la psicología) no hubiera sido probablemente mejor que estar año tras año trabajando con los alumnos sobre los mismos problemas, una y otra vez— y siempre mostrándose uno tan complacido, tan sorprendido y tan trascendental sobre las mismas cosas I— ¡Y tantos años de predicación en el púlpito, con la certidumbre de que los fieles no se acuerdan nunca de lo que se les ha dicho cinco minutos antes!

—¡Ay, Henry! Algo te pasa a ti. ¡Creo que necesitas entregarte a la oración en lugar de estar pinchando a ese pobre Gantry! Ni tú ni yo podríamos nunca haber sido felices fuera de la Iglesia baptista o de un colegio baptista de pies a cabeza.

La mujer del decano concluyó los zurcidos a las toallas y subió a dar las buenas noches a sus padres.

Habían vivido con ella desde que, a los setenta y cinco años, fue jubilado su padre de su pastorado rural. Antes de la Guerra Civil había sido misionero en Missouri.

Mientras había estado cosiendo las toallas no había dejado de mover los labios y el entrecejo. Todavía lo tenía arrugado cuando entró en el cuarto gritando a causa de la sordera de su padre:

—Ya es hora de irse a la cama, papá.

Y tú también, mamá.

Ambos estaban dando cabezadas junto a un radiador que no se había calentado en muchos meses.

—Bien, bien, Emma— respondió el anciano con voz aflautada.

—Oye, papá... Dime una cosa... He estado pensando que... Si fueras un joven hoy ¿seguirías el sagrado ministerio?

—¡Ya lo creo! ¡Vaya una ocurrencia! ¡La vocación más hermosa que puede tener un joven! ¡Qué cosas se te ocurren! ¡Buenas noches, Emmy!

Pero, al quedarse solos, mientras la anciana esposa se quitaba el corsé entre suspiros, observó:

—No sé lo que hubieras hecho. Si yo fuese tu esposa— y es difícil que lo fuera por segunda vez— y se hiciera lo que yo dijese...

—No lo dudes. ¡No seas tonta! Volvería a hacer lo mismo que he hecho.

—No lo sé. Cincuenta años llevaba ya de esta existencia y no podía menos de enfurecerme cuando las señoras del pueblo venían a husmear a la iglesia, censurándome porque ponía algún adorno sencillo en las butacas, y poniéndome verde porque me ponía un sombrero y un chal. «Eso no está bien en la esposa de un pastor!» ¡Las muy ruines! ¡Y a mí que siempre me ha gustado llevar un sombrero de colores bonitos y alegres! He pensado en

esto muchas veces. Sí. Tú has sido un gran predicador, pero como ya te he dicho...

—¡Que tú me das dicho...!

—Sí. Nunca pude comprender por qué razón si cuando hablabas desde el púlpito penetrabas en los misterios más sagrados y sublimes, luego, en casa, no podías ni encontrar el martillo, ni eras capaz de hacer una buena torta de maíz, ni de hacer una suma doble, ni de encontrar Oberamergau en el mapa de Austria...

—¡De Alemania, mujer! ¡Qué sueño tengo!

—Y tantos años de vernos obligados a simular que somos tan buenos, cuando somos personas corrientes, como los demás. ¿No te alegras de poder ser ahora un hombre sencillo y ordinario?

—Sí. Quizá sea un descanso. Pero esto no quiere decir que no hubiese vuelto a hacer lo mismo.

El anciano se calló y pareció estar rumiando sus pensamientos. Al cabo de un largo rato, añadió:

—Creo que hubiese vuelto a hacer lo mismo. De todos modos no sé por qué vamos a desanimar a los jóvenes que quieren hacer la carrera eclesiástica. Alguien tiene que explicar los evangelios, ¿no es verdad?

—Supongo que sí. Pero... ¡Ay! ¡Cincuenta años casada con un predicador! ¡Y si al menos pudiera estar segura sobre la inmaculada concepción...! ¡No me expliques nada, por Dios! ¡La de veces que me lo habrás explicado...! Sé que es verdad... Está en la Biblia... ¡Si pudiera «creerlo»...! Pero...

Me hubiera gustado que hubieses intervenido en política. Sólo una vez, al menos, hubiese querido poder asistir a un banquete o alguna fiesta en el palacio de un senador, nada más que una vez, con un vestido muy elegante, encarnado, y unos zapatos dorados. Después, hubiese vuelto con gusto a vestirme de estameña y a fregar el piso y a escuchar tus sermones cuando los ensayabas en la cuadra frente a aquella yegua que tuvimos tantos años. ¡Oh Dios mío! ¿Cuántos años hará que murió? Tiene que hacer lo menos veintisiete años.

«¿Por qué será que todo en la religión está en contraste con la realidad? ¡No vuelvas a repetirme, por lo que, más quieras, aquello de «Lo creo porque es, imposible»! ¡Creerlo porque es imposible! ¡Bah! Eso sólo se le ocurre a un predicador!

«Sólo pido a Dios que no me deje vivir tanto tiempo que pierda por completo la fe. Cuanto más vieja soy, menos impresión me hacen esos predicadores que hablan del infierno y no lo han visto ni por el forro.

«¡Veintisiete arios! Y tuvimos aquella yegua muchos años... ¡Cómo respingaba! Una vez hizo volcar el cochecillo...

Y los dos ancianos se quedaron dormidos.

CAPÍTULO

V

I

EN el bosque de algoneros que crecían en una ribera fangosa, a tres millas al oeste de París, Kansas, se habían reunido los devotos con cestas repletas de vituallas, y rodeados de niños llorones, para celebrar durante todo el día una jira campestre y religiosa.

Los hermanos Elmer Gantry y Edward Fislinger habían recibido sus licencias de predicadores con anterioridad, e iban a ser ordenados de predicadores y ministros baptistas.

Habían venido de muy lejos, del Seminario teológico de Mizpah, para ser ordenados por el Sínodo de su Iglesia, la Asociación baptista del río Kayooska. Ambos tenían que cursar todavía el tercer, año en el seminario, pero las Hermandades rurales más devotas juzgan conveniente ordenar pronto a sus clérigos. Así, aun antes de que hayan adquirido la sabiduría infalible, pueden ocupar la cátedra sagrada en pueblecillos escondidos en los bosques y realizar los sábados y domingos labor provechosa con autoridad divina.

Después de su salida de la Universidad Elmer había pasado las vacaciones en una granja. Al concluir el primer año de seminario había sido inspector en un campamento escolar veraniego. Ahora, tras recibir las órdenes, iba a hacer sustituciones en pequeñas iglesias de aquel rincón de Kansas.

Durante el segundo curso del seminario, que entonces acababa, había sufrido un tedio más espantoso todavía que en Terwillinger. Constantemente había sentido impulsos de abandonar la carrera eclesiástica, mas después de unos cuantos viajes a la ciudad de Monarch, donde, con menosprecio de su sagrada condición, había entablado relaciones con muchachas alegres y dueños de bares, se había decidido de nuevo a llevar una vida pura y había resuelto avanzar por este camino de perfección, cuya meta estaba en el título de bachiller en Teología.

Pero si se había aburrido, al menos había adquirido experiencia profesional.

Tenía ya pleno dominio para dirigir la palabra a cualquier auditorio y discursar con autoridad sobre todo lo humano y lo divino durante un período de tiempo cualquiera medido hasta el segundo, sin temblar y sin cometer dislates gramaticales de bulto. Su vocabulario era escogido. Conocía dieciocho sinónimos de la palabra «pecado», la mitad de los cuales era de una longitud impresionante, y la otra mitad de una brevedad explosiva y conminatoria. Las palabras amenazadoras eran sus predilectas, y las usaba constantemente para atemorizar a la muchedumbre imaginaria de pecadores reunida ante él.

No experimentaba ya la menor vacilación ni embarazo en emplear los términos más familiares para referirse a Dios. Con la mayor naturalidad podía preguntar severamente a un muchacho de diecisiete años: «¿No quieres dejar tus vicios?» Y con no menos severidad era capaz de preguntar a un vendedor de tabaco, mirándole con fijeza: «¿Se ha arrodillado usted alguna vez ante el trono de la gracia?»

«Sub rosa», y en sus conversaciones con los estudiantes de Teología menos fervientes, volvía a emplear expresiones mundanas. Tal le ocurría con Harry Zenz, que era el ateo más empedernido del seminario. Pero, en público, usaba a cada paso y con suma habilidad cierto número de frases, tales como: «Hermano, yo sólo ansío ayudarle a encontrar la fe.» «Mi vida es testimonio de mi fe.» «Para el ojo interior no hay dificultad en comprender la triple naturaleza de Dios.» «Nosotros no queremos cristianos melancólicos en esta iglesia; el que ha sido lavado con la sangre del Cordero es tan feliz que va a todas partes cantando y gritando alaluya el día entero.» Y también: «¡Venid y vamos todos! ¡Esta colecta tiene que ser la más grande que se haya registrado en esta iglesia!» Sabía explicar a fondo la predestinación y empleaba palabras como «baptizo» y «atanasiano».

¿Seguiría siendo tan grandilocuente, tan firme en sus convicciones, un año o dos después de su salida del seminario, cuando descubriese todo lo que hay de vil en los corazones de los hombres, en sus hábitos y la resistencia que oponen a entregar la dirección de estos hábitos al pastor? En todo caso, él sabría rehacerse, y constituía ya una promesa de lo que sería al cabo de veinte arios: un profeta de diez mil dólares al año.

Había aumentado en corpulencia; sus cabellos relucientes, más largos que cuando estaba en Terwillinger, cuidadosamente peinados hacia atrás, dejaban libre la espaciosa frente, de una blancura nívea; sus uñas estaban mejor cuidadas y su voz era más cálida y sonora, más mesurada y pontifical. Simplemente con el tono de voz revelaba a cualquiera que conocía muy bien y le interesaba su diabetes moral, al preguntarle: «Cómo está usted hoy, Hermano?»

Y aunque casi no había podido con el griego, su tesis sobre «Las dieciséis maneras de pagar una deuda a la Iglesia» había merecido el premio de diez dólares en Teología práctica.

II

Elmer se paseaba entre los fieles del valle de Kayooska, al lado de su madre. Esta tenía todo el tipo de una dueña de una tienda de pueblo. Llevaba un pequeño sombrero negro y un vestido nuevo de seda color marrón, con una larga cadena de oro. Pero al lado de su hijo, corpulento, arrogante, aplomado, pasaba completamente inadvertida.

Se había puesto para la ceremonia un traje nuevo, negro, de doble botonadura, y unos zapatos nuevos, también negros. Lo mismo iba vestido Eddie Fislinger, quien, con una corbata fúnebre y un inmenso sombrero negro de fieltro, parecía un diputado por Texas. Pero Elmer era más audaz. Era preciso aparentar seriedad; de lo contrario habría incurrido en excesivos detalles de ostentación, para lo cual tenía verdadero talento. Pero no había podido resistir la tentación de comprarse en Chicago un sombrero gris claro de fieltro y un pañuelo de seda, también gris, con ribetes encarnados, que ponía una grata nota de color en su americana oscura.

Había renunciado a sacar aquel día su grueso anillo, adornado de un ópalo, rodeado de serpientes de similar, cuya posesión había anhelado durante largo tiempo, hasta que un día, en Monarch, a influjos del alcohol, se había decidido a adquirirlo.

Fue de un lado a otro como un ejército con banderas, habló como un trombón, hizo todo género de ademanes con sus manos blancas y gruesas, y su madre estuvo en constante éxtasis cogida de su brazo. La arrastró por entre la multitud, afable como un candidato al cargo de juez de paz, cubriéndola con las franjas de su gloria.

Unos doscientos baptistas de ambos sexos, más doscientos niños, por lo menos, habían venido de los lugares próximos en carretas y cochecillos. (Era en 1905 y todavía no se encontraba ningún Ford más acá de Fort Scott.) Eran gente sana, honrada, de buenas costumbres; labradores, herreros y zapateros; hombres de rostros curtidos, surcados de profundas arrugas, vestidos con el traje de los días de fiesta; mujeres de pecho hundido, agotadas por el trabajo, vestidas de colores claros. Había un banquero de pueblo muy parlanchín y democrático, que llevaba un traje nuevo de paño burdo. Pisaban el suelo como el ganado, levantando nubes de polvo en medio de un calor denso, bajo las ramas polvorientas de los algodoneros, de las que cortaban los tallos jóvenes para adornarse.

Seis pastores se habían congregado para ayudar al párroco de París en la ceremonia. Uno de ellos era nada menos que el Rev. Dr. Ingle, que había venido desde muy lejos, desde St. Joe, donde, según decían, dirigía una escuela dominical de seiscientos alumnos. En su juventud, cuando era un hombre delgado, muy elocuente, vestido de levita, el Dr. Ingle había predicado durante seis meses en París, y la señora Gantry le recordaba como su pastor favorito. ¡Había sido tan bondadoso con ella en una ocasión en que estuvo enferma! Había ido a su casa a leerle «Ben Hur» en alta voz y a contar cuentos al pequeño Elmer,

que entonces era un chicuelo travieso, aficionado a ocultarse detrás de los muebles para tirar troncos de verduras a los visitantes.

—¡Bien, bien, Hermano! Así que tú eres el rapaz que yo conocí hace tantos años! Siempre fuiste un hombrecito que prometía, y ahora me dicen que vas a consagrarte al servicio del Señor y que estás destinado a hacer grandes cosas — dijo el Dr. Ingle al saludar a Elmer.

—Gracias, doctor. Rece usted por mí. Es un honor que haya usted dejado por nosotros su gran iglesia — dijo Elmer.

—No me ocasiona ninguna molestia. Me dirijo a Colorado, donde he alquilado una casita en medio de un paisaje maravilloso, con admirables puestas de sol pintadas por el propio Creador. Mi Congregación ha tenido la bondad de concederme dos meses de vacaciones. Vete a verme por allí alguna vez, Hermano Elmer.

—De buena gana iría, si pudiera; pero estoy obligado, dentro de mis humildes fuerzas, a mantener aquí el fuego sagrado.

La señora de Gantry los escuchaba emocionada. ¡Ver a su hijo hablando con el Dr. Ingle como de igual a igual! ¡Oírle hablar como un predicador y con entera naturalidad! Algún día Elmer regiría una hermosa iglesia y tendría una casita de verano en Colorado, y se casaría con una mujercita honesta y devota, y tendría unos hijitos muy hermosos, y la invitaría a ella a pasar el verano con ellos, y se arrodillarían todos juntos a rezar en familia, dirigidos por Elmer..., aunque la verdad era que Elmer no había querido todavía rezar en familia, porque decía que bastante había rezado en el Seminario todo el año. Eso no estaba bien; pero ella tendría paciencia y seguiría exhortándole hasta convencerle. ¡Y si al menos dejara de fumar, como ella le suplicaba a cada momento! De todos modos, si no le quedasen algunos pequeños vicios, dejaría de ser su hijito quizá... ¡Cómo tenía que reñirle, cuando era niño, para lograr que se lavase las manos y se dejase poner los mitones encarnados de lana, tan bonitos, que ella le hacía!

No menos le satisfizo la buena impresión que Elmer hizo en todos sus vecinos. Charley Watley, el pintor de brocha gorda, jefe del Gran Ejército de la República de París. que siempre se había atusado el bigote y había gruñido con desconfianza cuando ella le había hablado de las dotes piadosas de Elmer, la llamó aparte para decirle:

—Tenías razón, Hermana. Tu hijo es un joven que hará un gran papel al servicio del Señor.

Allí encontraron al hombre más esquinado del pueblo, Hank Mac Vittle, el droguero. Elmer y él habían sido camaradas en la infancia; juntos habían robado azúcar de maíz, habían bebido sidra y habían realizado prácticas secretas en los heniles. Hank era un hombrecillo de pelo rojo y ojos lascivos y maliciosos, Era seguro que había acudido con el propósito de reírse de Elmer.

—Buenos días, señora de Gantry — le dijo cuando se cruzó con ellos—, ¿Elmy va a ser un predicador, por lo que veo?

—Sí, voy a serlo, Hank.

—¿Te gusta el oficio?

Hank se sonreía burlonamente, rascándose la mejilla con su mano cubierta de pecas. Un grupo de vecinos de París, nada devotos, escuchaba atentamente.

—Me gusta muchísimo — respondió Elmer irguiéndose—. ¡Me encanta! Los caminos del Señor son para mí los más queridos y jamás pienso poner mis plantas en otros. Yo he probado la fruta del mal— tú lo sabes, Hank—, y esa fruta no tiene buen sabor para mí. Todas nuestras diversiones, Hank, no son nada en comparación con la paz y la alegría

que ahora siento, Te compadezco en cierto modo, amigo mío.

Se inclinó sobre Hank y, poniéndole la mano sobre el hombro pesadamente, añadió:

—¿Por qué no intentas ponerte a bien con Dios? ¿Es que te figuras ser más listo que El?

—¡Nunca se me ha ocurrido pensar semejante cosa! — respondió Hank secamente. Y en aquella acritud Elmer notó que había triunfado, y su madre se llenó de gozo.

La señora de Gantry lamentaba que fuesen muy pocos los que felicitaban á Eddie Fislinger, que estaba sólo, sin una madre que le acompañase, y pasaba inadvertido al lado de los altos dignatarios de la Iglesia.

El anciano Jewkins, un labrador humilde y afable, se acercó a Elmer y le dijo tímidamente:

—Me alegro mucho de estrechar su mano, Hermano Elmer, ¡Tiene mucho mérito que se aparte usted del mundo para dedicarse por entero a Dios! ¡Ay! Me acuerdo cuando no levantaba usted del suelo ni lo que un saltamontes. ¡Y ahora habrá usted leído todos esos librotos, donde está toda la sabiduría!

—Con esos libros he tenido que trabajar de firme, Hermano Jewkins. Encierran cosas muy profundas, como la hermenéutica, la crestomatía, la exégesis, la homilética, la liturgia, la isagógica, el griego, el hebreo, el arameo, la himnología, la apologética... ¡Oh! ¡Un montón de cosas!

—¡Vaya! ¡Ya lo creo! — murmuró, abrumado, el anciano Jewkins, mientras la señora de Gantry se maravillaba de ver que Elmer sabía más de lo que ella se había imaginado. Elmer, por su parte, pensaba envanecido que, excepto dos de ellas, sabía todo lo que significaban aquellas palabras.

—¡Dios mío! — suspiró su madre—. Te estás haciendo tan culto, que dentro de poco no sé si me atreveré a hablar contigo.

—Nada de eso. Nunca llegará un día en que tú y yo no seamos los mejores camaradas del mundo y en que yo no necesite la inspiración de tus oraciones —dijo Elmer con dulzura, riendo a la vez con risa suave y varonil.

III

El momento de la ceremonia se acercaba. Todos fueron sentándose en bancos y en asientos sacados de las carretas o de los coches.

El púlpito consistía en una mesa de madera, sobre la que había una Biblia enorme y un jarro de limonada. Detrás estaban colocadas siete sillas para los ministros del Señor, y delante, dos sillas para los candidatos.

El pastor de la localidad, el Hermano Dinger, era mí hombre enjuto, de palabra lenta, muy dado a los rezos inacabables. Dio unos golpecitos sobre la mesa y anunció:

—Vamos... Vamos a comenzar.

Elmer, apuesto y erguido, se sentó en una silla de cocina, frente a varias filas de rostros enrojecidos por el calor, Cesó de atormentarle el hecho de que sus zapatos nuevos estuviesen cubiertos de polvo. El corazón comenzó a latirle con violencia. ¡Se acercaba el momento solemne! ¡No había ya escape posible! ¡Iba a ser ordenado de pastor! ¡Adiós la última esperanza de Jim Lefferts!... ¡Dios sabe dónde estaría ahora!... No era posible que... Los músculos de sus espaldas estaban tensos. Después se aflojaron de cansancio, como si hubiera luchado hasta agotarse, y el Hermano Dinger siguió diciendo:

—Daremos principio con..., ¡hum!, con el examen de nuestros jóvenes Hermanos, y

nuestros Hermanos..., ¡hum!, han sido tan amables que..., ¡hum!,,, que me han encargado que,,, ¡hum!, uno de estos Hermanos en cuyo hogar ha vivido siempre, ¡hum!, me han encargado que yo haga las preguntas. Veamos, Hermano Gantry. ¿Crees firmemente y de todo corazón en el bautismo por inmersión?

Elmer pensó: «¡Qué voz más desastrosa tiene para el púlpito este pajarraco!» Pero contestó en alta voz:

—Sí creo, Hermano. Y me han enseñado que es posible que un hombre se salve cuando ha sido bautizado por aspersión, pero sólo en el caso de que ignorase la verdad. Desde luego, la inmersión es el único procedimiento admitido por la Sagrada Escritura, y si queremos imitar a Cristo tenemos que sumergirnos con él en el bautismo...

—Está muy bien, Hermano Gantry. ¡Dios sea loado! Veamos, Hermano Fislinger. ¿Crees en la perseverancia final de los Santos?

Y la voz de Eddie, ardiente, pero débil, se perdió en largas explicaciones, tan soporíferas como las cigarras que cantaban en los campos abrasados al otro lado del río Kayooska. Como quiera que en la Iglesia Baptista no existen jerarquías, sino que está constituida solamente por la asociación libre de iglesias regionales, coincidentes sobre los mismos puntos, no existen tampoco ritos formales determinados. Los baptistas no tienen más que costumbres. La ceremonia de la ordenación no es un rito determinado; puede variar de unas a otras asociaciones regionales, y las órdenes no las confiere un obispo, sino la aprobación general de las iglesias asociadas.

Las preguntas fueron seguidas por el «exordio a los candidatos», desarrollado por el Dr. Ingle en un tremendo discurso, en el que les recomendó el estudio, la frugalidad y la asistencia a los enfermos por medio de visitas y lecturas en alta voz. Después, todo el mundo se lanzó sobre una formidable merienda colocada sobre unos tablones que servían de mesa, junto al fresco río... Pollo frito, patatas, tomates en conserva, tarta de plátanos, tarta de chocolate, buñuelos, rosquillas, pasteles de coco... Los platos corrían de mano en mano. El café era vertido en tazas sin plato, escaldando siempre a un chiquillo, por lo menos, que comenzaba a gritar desafortadamente. Todos hablaban con entusiasmo: «Pásame el pastel, Hermana Skiff.» «¡Qué magnífico discurso el del Hermano Ingle!» «¡Ay! Se me ha caído la cuchara y se ha metido un hormiga. Bueno; la limpiaré con el mandil.» «¡Qué bien ha explicado el Hermano Gantry que la Iglesia Baptista ha existido siempre, desde los tiempos de la Biblia!»

Los chiquillos se bañaban, gritaban, se tiraban agua unos a otros, se metían entre la yedra venenosa y muchos de ellos se infectarían y estarían hinchados al cabo de algunas horas... El Dr. Ingle contaba con entusiasmo a los otros eclesiásticos su viaje a Tierra Santa. Elmer mentía sin rubor, hablando del cariño que sentía por los profesores del Seminario.

Reunidos de nuevo, después de la comida, el Hermano Tusker, pastor de la Congregación más numerosa de la Asociación, pronunció un discurso dirigido a las iglesias. Esta era siempre la parte más sabrosa, más escandalosa y más divertida de la ceremonia de la ordenación. Era la ocasión que se les ofrecía a los pastores de tomar la revancha sobre aquellos fieles que, en concepto de devotos conspicuos y donantes generosos, se habían pasado el año entero molestándoles con tiquis miquis.

«He aquí a estos jóvenes que iban a dedicarse al sagrado ministerio — dijo el Hermano Tusker—. La ayuda tenía que venir de ellos. El Hermano Gantry y el Hermano Fislinger saltaban de alegría ante la perspectiva de una vida de sacrificio y de sabiduría. ¡Que las iglesias les ayudasen y no les obligasen a ir de un lado para otro perdiendo el tiempo, como algunos pastores viejos tenían que hacer, en la tarea de cobrar sus merecidos

emolumentos! ¡Que todos cesasen en sus críticas! ¡Que todos estimasen en lo que vale una vida piadosa y ejemplar, en lugar de estar machacando un día tras otro contra los predicadores!

«Y esas gentes que reprochan su ociosidad a las esposas de los pastores, debían disponer, sin duda, de mucho tiempo para ir de un lado a otro figiéndolo todo, para esparcir después el escándalo y la murmuración.! No era solamente en los hombres en quienes pensaba el Salvador cuando dijo aquello de que los que estuviesen sin pecado que arrojasen la primera piedra!»

Los otros pastores se echaban para atrás en sus sillas y pretendían aparecer indiferentes, y deseaban que el Hermano Tusker insistiese un poquito más en la cuestión del aumento de emolumentos.

En su sermón y en la oración que puso fin a las ceremonias de la ordenación, el Hermano Knoblaugh (de Barkinsville) resumió, en beneficio de Elmer Gantry, de Eddie Fislinger y de Dios, la historia de los baptistas, la importancia de las misiones y los peligros que trae aparejado no leer la Biblia todas las mañanas antes del desayuno.

Durante la interminable oración los pastores forasteros estuvieron todo el tiempo con las manos colocadas sobre las cabezas de Elmer y Eddie.

Al principio hubo un tropiezo cómico. La mayor parte de los pastores eran hombres de escasa estatura, que no alcanzaban apenas a la altura de la cabeza de Elmer. Y aquellos pobres hombres desaliñados tuvieron que adoptar una postura incómoda y nada eclesiástica, ante el inquieto auditorio. Se oyeron risitas ahogadas. Elmer tuvo un arranque teatral. Se arrodilló bruscamente, y Eddie, que le miraba de reojo azorado, le imitó en el acto.

Elmer se arrodilló sin parar mientes en la tierra polvorienta. Sobre su cabeza reposaban las manos cansadas de tres pastores veteranos, y súbitamente le invadió un sentimiento de humildad, y por un momento fue verdaderamente ordenado para el servicio sacerdotal de Dios.

Hasta aquel momento sólo había sentido impaciencia. En las capillas de Mizpah y de Terwillinger había oído a demasiados predicadores famosos para que pudiera impresionarle la rústica elocuencia de la Asociación del Kayooska. Mas ahora sentía su tímida ternura, su fervor sin pretensiones. ¡Aquellos pobres pastores, abrumados por las pesadumbres de cada día, pacientes en sus tabernáculos tórridos y desnudos, creyendo de buena fe que estaban salvando al mundo y que acogían con ansiedad a aquellos jóvenes que les traían el recuerdo de su propia juventud perdida!

Por primera vez en muchas semanas Elmer rezó con sinceridad, sin ostentación, apasionadamente, como si saborease los goces de la rectitud:

—¡Dios mío, a Ti me entrego!... ¡No quiero fingir nada; sólo pienso en Ti!... ¡Quiero hacer el bien!... ¡Dios mío, ayúdame!

Un aire frío agitó las hojas cargadas de polvo, y mientras la multitud se levantaba de los bancos, que crujían a sus movimientos, Elmer Gantry permaneció en pie, silencioso y sereno..., ordenado ya de ministro del Evangelio.

CAPITULO

VI

I

EL Estado de Winnemac se extiende entre Pittsburgh y Chicago, y en este Estado, a unas cien millas al sur de Zenith, se encuentra Babylon, una ciudad que se parece más a las de Nueva Inglaterra que a las del Oeste Central. Corpulentos olmos sombrean sus calles, se ven blancas columnas tras los jardines plantados de lilares, y en toda la ciudad se respira un ambiente de serenidad desconocido en la pradera barrida por las tormentas.

Allí se encuentra el Seminario Teológico de Mizpah, perteneciente a los baptistas del Norte. (Esta distinguida secta se divide en convención del Norte y convención del Sur, a causa de que antes de la guerra de Secesión los baptistas del Norte demostraban de un modo irrefutable, con la Biblia en la mano, que la esclavitud era condenable; en tanto que los baptistas del Sur demostraban de un modo no menos irrefutable y basándose también en la Biblia que la esclavitud era la voluntad de Dios.)

Los tres edificios del Seminario eran de agradable aspecto: muros de ladrillo, con cúpulas blancas, y grandes ventanas con persianas verdes. Pero, en el interior, las paredes estaban desnudas, mostrando huellas de manos sobre el yeso; sólo de trecho en trecho se veía algún retrato de un misionero y algunos volúmenes deteriorados conteniendo sermones.

El edificio mayor está ocupado por la residencia y es conocido por el nombre de Elizabeth J. Schmuth Hall, o por el menos reverente, de Smut Hall².

Allí vivía Elmer Gantry, ordenado ya, pero finalizando el último año de sus estudios para conseguir el título de Bachiller en Teología, artículo de valor cuando llegase el momento de tratar con iglesias de importancia.

De su curso, que al principio había estado compuesto por treinta y cinco alumnos, sólo quedaban dieciséis. Los demás habían ido abandonando los estudios, unos para regir iglesias rurales, otros para dedicarse a hacer seguros y otros para volver a coger con tristeza el arado. No había querido compartir su cuarto con ningún compañero, y vivía solo y malhumorado en un cuarto ocupado por una cama, una Biblia, un retrato de su madre y un ejemplar de la obra «Lo que debe saber todo hombre joven», oculto bajo una de sus camisas almidonadas de predicador.

La mayor parte de sus compañeros de curso le inspiraban antipatía. Todos eran demasiado incultos o demasiado piadosos, demasiado curiosos de saber los detalles de sus escapadas mensuales a Monarch o, simplemente, demasiado insignificantes. A Elmer le agradaba la compañía de los que él consideraba como intelectuales. Nunca entendía lo que estaban hablando, pero el hecho de escucharles le hacía sentir su propia superioridad.

El grupo cuyo trato frecuentaba más solía reunirse en el cuarto ocupado por Frank Shallard y Don Pickens; un cuarto bastante amplio situado en el ángulo del segundo piso del Smut Hall.

No era una estancia artística precisamente. A pesar de que a Frank Shallard le atraían los cuadros, la buena música y los muebles de buen gusto, se le había enseñado a considerar todas estas cosas como vanidades mundanas y a contentarse con el arte «que encierra un mensaje». Si «Los miserables» era una obra de mérito se debía a que el obispo era un hombre de bien. Si «La Letra Escarlata» era un libro sin mérito alguno era porque la heroína era una pecadora y al autor no parecía preocuparle tal cosa.

Las paredes de yeso estaban llenas de grietas, se habían vuelto de un color gris fúnebre con el tiempo y estaban moteadas por las huellas sangrientas de mosquitos y chinches, asesinados hacía largo tiempo en cruentas batallas por teólogos que, después, habían salido al mundo a comunicar sus elevadas concepciones a muchedumbres materialistas. La cama era un esqueleto de barras de hierro orientas, con un hoyo en el

centro, y una colcha que no resaltaba por su limpieza. En los rincones de la habitación había varias maletas y baúles, y el guardarropa consistía en una serie de ganchos clavados en la pared detrás de una cortina de indiana. La alfombra, de paja, estaba a punto de partirse en dos, y bajo la mesa, un ancho roto dejaba ver el misero entarimado de pino.

Los únicos cuadros que adornaban las paredes eran un retrato de Roger Williams, propiedad de Frank, y el grabado favorito de Don Pickens, una iglesia campestre a la luz de la luna, con nieve representada por brillante mica, que producía un efecto deslumbrador. Los únicos libros profanos eran los de los poetas que más admiraba Frank: Wordsworth, Longfellow, Tennyson, Browning, en ediciones populares, de caracteres minúsculos y descuidada impresión, y un documento papista verdaderamente peligroso: la «Imitación de Cristo», sobre el cual se entablaban discusiones una vez a la semana, por lo menos.

En este cuarto, sentados donde podían, unos en sillas, otros en los baúles, otros en la cama, estaban una tarde del mes de noviembre de 1905 cinco jóvenes, sin contar a Elmer y a Eddie Fislinger. Eddie no formaba parte habitual del grupo, pero seguía tenazmente a Elmer a todas partes, como si abrigase el temor de que el alma del Hermano Elmer no estaba enteramente a salvo todavía.

—Un predicador tiene que estar siempre alerta y ser tan decidido en el ataque como un boxeador — afirmó Wallace Umstead—. Tiene que ser capaz de poner a la puerta de la calle a cualquier desvergonzado que se atreva a interrumpir una reunión religiosa. Sin olvidar que esta energía produce muy buen efecto en las mujeres de la Congregación... Claro que no lo quiero decir en el mal sentido...

Wallace era un estudiante que hacía ya oficios de repetidor y estaba al frente del minúsculo gimnasio del Seminario, ostentando el título de «director de cultura física». Tenía un bigote militar Y maniobraba con mucha agilidad en la barra fija. Era bachiller por la Universidad del Estado y había obtenido un diploma en una escuela de educación física. Pensaba laborar dentro de la Y.M.C.A. cuando concluyese sus estudios en el seminario, y solía decir con frecuencia: «¡Ah! Yo sigo siendo un estudiante más, aunque sea ya profesor.»

—Tienes razón — afirmó Elmer Gantry— Escuchad. El verano pasado estaba yo predicando en Grauten, en el Estado de Kansas, y un majadero no hacía más que interrumpirme. Cansado de sus impertinencias, descendí del estrado, me dirigí hacia él y me dice: «Oiga, pastor, ¿puede usted decirnos qué es lo que el Todopoderoso quiere que hagamos con la prohibición, siendo así que aconsejó a Pablo que bebiese vino porque le sentaría bien al estómago?» «No sé si podría responderle — le dije yo—; pero recordará usted que también nos ordenó que arrojáramos de nuestro lado a los demonios.» Y cogiendo a aquel patán por una oreja lo saqué del templo a viva fuerza. Todos los que estaban allí — bueno, no eran muchos— se rieron de lo lindo. ¡Eso es lo que hay que hacer! Cuando se es enérgico y varonil, lo mismo los hombres que las mujeres le admiran a uno. No os quepa duda que más de un pastor atrapa una buena iglesia porque los diáconos le tienen miedo y saben que les puede poner la mano encima. Claro que los rezos y todo eso están muy bien, pero hay que tener sentido práctico. Nosotros estamos para hacer el bien ¡pero primero hay que colocarse en un sitio que pueda uno hacerlo!

—¡Eres demasiado mercantilista! — protestó Eddie. Y Frank Shallard añadió:

—¡Por Dios santo, Gantry! ¿Es eso lo que entiendes tú por religión?

—Sin contar que ves las cosas desde un punto de vista equivocado — intervino Horace Carp—. No es la fuerza bruta lo que atrae a las mujeres... a las congregaciones, quiero decir. Lo que más les atrae es una voz bien timbrada. Yo no te envidio tu

corpulencia, Elmer. Además, me parece que vas a engordar mucho...

—¿Que voy a engordar yo? ¡Vete a paseo!

—Lo que haría yo con una voz como la tuya! Las emocionaría hasta hacerlas llorar. ¡Leería poesías desde el púlpito!

Horace Carp representaba a la alta Iglesia en el Seminario. Se parecía a un sabueso. Guardaba en su cuarto imágenes de santos, incienso y una larga pieza de brocado escarlata; para estar en casa se ponía una americana de terciopelo color púrpura. Estaba furioso porque su padre, dueño de un establecimiento importante de fontanería y hombre piadoso, le había amenazado con abandonarle a su suerte si pretendía estudiar en un Seminario episcopal, en lugar de permanecer en una fortaleza baptista.

—¡Ya lo creo que se te ocurrirá leerles poesías! — dijo Elmer—. Esos son los errores que cometéis los idealistas. Creéis que podéis atraer a la gente con poesías y sandeces por el estilo. Lo que los atrae, lo que los sostiene y los afirma y los obliga a sentarse en los bancos de la iglesia todos los domingos es sencillamente el Evangelio, sin que tampoco les venga mal asustarlos un poco con el infierno, que puede ser todo lo anticuado que queráis, pero les impulsa a obrar bien!

—Es verdad; pero no hay que olvidar que se les debe, aconsejar que conserven el cuerpo sano — dijo Wallace Umstead en tono condescendiente—. No, no quiero hablaros como profesor — después de todo me alegro de poder seguir siendo un alumno más —, pero tengo que deciros que pocos caballos de fuerza van a tener vuestras oraciones de mañana como no os vayáis pronto a acostar. Yo me voy al dulce lecho. ¡Hasta mañana!

Cuando hubo salido y cerrado la puerta tras sí, Harry Zenz, el inococlasta del Seminario, murmuró:

—Wallace es probablemente el tipo más odioso que he conocido en mis largos años de vida clerical. ¡Gracias a Dios que se ha marchado! Ahora podremos hablar en libertad y decir todas las indecencias que nos venga en gana!

—¡Y, sin embargo — observó Frank Shallard—, le ruegas que se quede y nos hable de sus métodos favoritos de hacer ejercicio! ¿Nunca vas a decir verdad, Harry?

—Cuando decirla es una imprudencia, no. ¿No comprendes, tonto, que lo que yo quiero es que Wallace corra a decirle al decano que yo soy un buen trabajador en la viña del Señor? Amigo Frank, eres muy inocente. Sospecho que tomas en serio todas las sandeces que aquí nos enseñan. Y, sin embargo, tú eres un hombre que ha leído mucho. Tú eres la única persona en Mizpah, sin contarme a mí, capaz de entender un párrafo de Huxley. ¡Cuanto lamento que ingreses en el sagrado ministerio! Porque los demás aquí presentes... Fislinger es un dependiente de ultramarinos; Elmer un polticaastro de barrio; Horace un profesor de baile...

Las protestas de los aludidos, no muy amistosas ni jocosas, le impidieron seguir.

Harry Zenz era mayor que sus compañeros; contaba treinta y dos años, por lo menos. Era gordinflón, estaba completamente calvo, y solía permanecer sentado, inmóvil y callado, con una expresión perfectamente estúpida. No obstante era un hombre de vastos, aunque mal seleccionados, conocimientos. En la iglesia donde practicaba, situada a diez millas de Mizpah, se le consideraba como un hombre austero, de gran sabiduría y rígida piedad. Era un ateo radical y optimista, pero sólo confesaba su ateísmo a Elmer Gantry y a Horace Carp. Elmer le tenía por una especie de Jim Lefferts, pero el hecho era que se parecía tanto a este como un huevo a una castaña. Harry ocultaba su burlón ateísmo; Jim hacía ostentación de él; el uno despreciaba a las mujeres; el otro se sentía atraído, sin demasiada ilusión, por todas las Juanitas Klauzel de la tierra; Harry tenía inteligencia; Jim

únicamente suposiciones cínicas.

Harry Zenz interrumpió sus protestas:

—¡De modo que todos sois unos Erasmos! Debíais saber una cosa. Y es que no hay hipocresía en lo que enseñamos ni en lo que predicamos. Nosotros somos un grupo escogido de Parsifales de hermosa apariencia y cálida palabra que nos sabemos de pe a pa todo lo que le dijo Dios, a solas, al Espíritu Santo, el miércoles pasado a las nueve y cuarto de la mañana. Estamos rabiando por salir a predicar la hermosa doctrina baptista que dice: «Zambúllete en el agua o zambulle a los demás». Somos seres maravillosos. Lo reconocemos. Y la gente se sienta a escucharnos con todo respeto, sin hacer una mueca. Yo creo que nuestro aplomo los deja paralizados. Porque para subir a un púlpito, hace falta tener tupé. Si no lo tuviéramos, dejaríamos el oficio y nos dedicaríamos a rezar y a pedir a Dios que nos perdonase por haber subido a un púlpito y haber pretendido representarle y habernos creído capaces de explicar aquello que nosotros decimos que son misterios inexplicables. Pero yo sigo sosteniendo que hay predicadores menos santos que nosotros. ¿Cuál será la causa de que los clérigos sean tan inclinados a cometer delitos de carácter sexual?

—¡Eso no es verdad! — protestó Eddie Fislinger.

—No digas esas cosas — suplicó Don Pickens.

Don era el compañero de cuarto de Frank. Era un joven tan delgaducho, tan sensible, tan afectivo que hasta aquel león rugiente de la rectitud que era el decano Trosper, se conmovía ante su presencia y le disculpaba las faltas. Harry Zenz le dio unos golpecitos en el brazo.

—¡Ay, Don! ¡Tú siempre serás un monje! Si no lo crees, Fislinger, lee las estadísticas y verás que de los cinco mil y pico delitos cometidos por eclesiásticos— descubiertos, se entiende— desde 1880, un porcentaje considerable corresponde a ataques a la moral y a las buenas costumbres: raptos, incesto, bigamia, estupro, etc. ¡Un hermoso record!

Elmer bostezaba.

—Estoy harto de oírlos discutir y argumentar sin tino. La cosa es bien clara: nosotros los predicadores, no seremos perfectos, ni tampoco pretendemos serlo; pero hacemos mucho bien.

—Es verdad — dijo Eddie—. Pero, acaso sea cierto que... Las acechanzas de la concupiscencia son tan terribles que hasta los ministros del evangelio son sus víctimas. Y la solución es bien sencilla: continencia, rezos y mucho ejercicio.

—Tienes razón, Eddie. ¡Qué bien vas a ayudar a los jóvenes en tu iglesia dijo Harry Zenz, irónicamente. Frank Shallard meditaba melancólicamente.

—Pero, ¿por qué vamos a ser ministros del Señor? — dijo al fin—. ¿Por qué lo eres tú, Harry, si crees que somos unos farsantes?

—¡Oh! ¡Farsantes precisamente, no! Sólo prácticos, como Elmer ha dicho. La explicación de que yo lo sea es muy sencilla. Yo no soy ambicioso. El dinero no me atrae lo suficiente para esforzarme en ganarlo. Me gusta estar solo y leer. Prefiero las acrobacias intelectuales al trabajo. Y esto se logra muy bien en el ministerio eclesiástico... a menos que se le ocurra a uno ser uno de esos tontos que se dedican a crear instituciones y se matan porque la gente hable de ellos.

—¡La verdad es que tienes una idea muy elevada del sacerdocio! — gruñó Elmer.

—Está bien. Vamos a ver: ¿qué elevados propósitos son los tuyos al hacerte un pastor de almas, Hermano Gantry?

—Pues bien, yo... ¡Hombre, la cosa es bien clara! Un pastor puede hacer mucho bien... Puede ayudar a... Sobre todo, puede explicar la religión.

—¡Quisiera que me explicaras a mí! Tengo particular interés por saber hasta qué punto los símbolos cristianos se originan en símbolos bárbaros, indecorosos.

—¡Da grima oírte!

Horace Carp dijo con volubilidad:

—Claro que ninguno de vosotros— que sois unos charlatanes consagrados— tiene la menor idea de que la única «raison d'être» de la Iglesia es poner un poco de belleza en la desolada existencia de la pobre gente!

—¡Sí! ¡Seguramente que el vulgo se sentirá enormemente vulgar oyendo al Hermano Gantry hablar de los errores del supralapsarianismo!

—¡Nunca he tenido como tema de mis predicaciones semejantes estupideces! — protestó Elmer—. Mis sermones son sencillamente educativos, con algunos chistes que los hagan interesantes, y algunas alusiones al teatro o cosas por el estilo que los estimulen un poco y les induzcan a vivir con decoro la existencia de cada día.

—¡Ay, amigo mío! Yo estaba en un error. Yo creía que tú les largarías un montón de citas útiles sobre el atributo de la «innascibilitas» y la «res sacramenti». Veamos, Frank: ¿por qué te has hecho teólogo?

—Si me lo preguntas irónicamente no he de contestarte. Creo que hay caminos místicos que sólo pueden seguirse cuando se es llamado a ello.

—¡Yo sí que sé por qué vine aquí! — interrumpió Don Pickens—. ¡Porque me mandó mi padre!

—Lo mismo me ocurrió a mí — dijo en son de queja Horace Carp—. Pero lo que yo no entiendo es esto: ¿Por qué estamos todos nosotros en una antigua escuela baptista? Es una secta horrible. Graneros que sirven de iglesias, analfabetos recitando himnos y pastores sabihondos que siempre tienen ocurrencias trascendentales como la de «lo que el mundo necesita para resolver sus problemas es volver al evangelio de Jesucristo» ¡La única iglesia es la Episcopal! ¡Música! ¡Magníficas vestiduras! Oraciones solemnes! ¡Arquitectura soberbia! ¡Dignidad! ¡Autoridad! Creedme: en cuanto pueda rompo con esto y me largo a los protestantes episcopales. Y, entonces, tendré una buena posición social y podré casarme con una chica rica y guapa.

—Estás equivocado— dijo Zenz—. La Iglesia baptista es la única que vale realmente, y acaso, también, la metodista.

—Me alegro oírte decir eso — dijo Eddie, maravillado.

—Sí; todos los imbéciles son baptistas y metodistas, con excepción de los que pertenecen a la Iglesia Católica o a sectas que no cuentan más que un gallinero. Por eso tú mismo, Horace, puedes salirte con la tuya de ser un profeta. Hay «algunas» personas inteligentes en la Iglesia Protestante Episcopal y en la Congregacional, y no faltan tampoco en los rebaños Campellistas. Pero éstos siempre saben atarte los cabos. Es sabido que todos los Presbiterianos son deficientes mentales, pero tienen doctrinas fijas y pueden atraparte en un juicio por herejía. Pero en la Iglesia Baptista o en la Metodista. ¡De esas, ni hablar! son el refugio de los filósofos como yo y de los búhos como Eddie. Todo lo que hay que hacer con las baptistas y metodistas, como dice el padre Carp...

—Si coincides conmigo en algo, lo retiro — dijo Horace.

—Todo lo que hay que hacer— siguió diciendo Zenz— es fabricar una doctrina sana que no signifique absolutamente nada y repetirla constantemente. No aburriréis a los oyentes. De hecho, lo único que les molesta es lo algo que sea nuevo y les obligue a utilizar

el cerebro. No, padre Carp. El púlpito episcopal, para los actores que no han sabido triunfar en el teatro; el amado redil baptista, para los realistas.

—Me disgusta oírte hablar así, Harry — dijo en son de queja Eddie—. No dices lo que sientes; eso es todo. Eres baptista y un cristiano bastante mejor de lo que quieres dar a entender, y yo puedo probarlo. Las gentes no seguirían yendo a oír tus sermones si estos no tuvieran el acento de la convicción. ¡No, señor! Se puede engañar a la gente, una o dos veces, con frases rimbombantes, pero, a la larga, lo que piden es sinceridad. Y una cosa que me demuestra que estás en buen camino es que no frecuentas la comunión pública. A mí me parece que nuestras posiciones más firmes están amenazadas por esos liberales, o pseudo-liberales, que comienzan a practicar la comunión pública.

—¡Tonterías! —gruñó Harry—. De todos los necios egoísmos baptistas, la comunión privada me parece el peor. ¡No admitir más que a aquellos que consideramos «salvados» a tomar comunión con nosotros! Nadie puede conocer a Dios si no se lo presentamos nosotros. ¡Guardianes espontáneos de la sangre y del cuerpo de Jesucristo! ¡Puaf!

—Tienes razón — dijo Horace—. No hay en la escritura base alguna para la comunión privada.

—¡Sí, la hay!— gritó Eddie—. Frank, ¿dónde está tu Biblia?

—Me la he dejado en clase. ¿Dónde está la tuya Don?

—La tenía aquí esta tarde —dijo Don Pickens después de una búsqueda inútil.

—Ya recuerdo donde está. Estuve matando una cucaracha con ella. Está encima de tu guardarropa, dijo Elmer.

—¡Hombre no debías matar cucarachas con una Biblia! —gimió Eddie—. Bien. Aquí está la Biblia que se declara abiertamente por la comunión cerrada, Harry. Dice en la Primera a los Corintios, capítulo XI, versículos 27 y 29: «De manera que, cualquiera que comiere este pan o bebiere esta copa del Señor indignamente, será culpado del cuerpo y de la sangre del Señor. Porque el que come y bebe indignamente, juicio come y bebe para sí, no discerniendo el cuerpo del Señor». ¿Y cómo puede un cristiano ser digno, si no ha sido bautizado por inmersión?

—A veces me pregunto— murmuró Frank—, si no somos algo impíos, nosotros los baptistas, que nos erigimos en guardianes de las puertas de Dios, y pretendemos decidir quien es digno o indigno de comulgar.

—Pero no podemos hacer otra cosa — explicó Eddie—. La Iglesia Baptista, por ser la única iglesia, según la Escritura, es la única y verdadera iglesia de Dios; nosotros no establecemos nada; no hacemos más que seguir las ordenanzas divinas.

Horace Carp también se había entregado al deporte, tan popular en Mizpah, de buscar textos bíblicos para demostrar opiniones preconcebidas.

—Yo no encuentro aquí nada referente a los baptistas — dijo.

—Ni tampoco referente a tus endiablados protestantes episcopales. ¡Farsantes! ¡Predicadores que se ponen una camisa encima del traje! — replicó Eddie.

—Te apuesto lo que quieras a que encuentras algo. Habla de obispos y quiere decir obispos episcopalianos. Los papas y los obispos metodistas no son canónigos— repuso Horace—. Te apuesto dos dólares y sesenta y siete centavos a que yo llego a ser obispo episcopaliano y, entonces, como perteneceré a la Alta Iglesia, ¡qué de cirios voy a poner en el altar!

Harry Zenz razonaba de este modo:

—Bien sé que es absurdo pensar que, porque da la casualidad de que yo soy un

pastor baptista y estoy al tanto de que los altos dirigentes baptistas son unos hombres mediocres de espíritu medieval que hablan mal, confunden los textos, y andan a caza de cargos y de aplausos, haya de ser, por ende, la Iglesia Baptista la peor de todas. No creo que sea realmente peor que la Presbiteriana; o la Congregacionista o la de los discípulos, o la Luterana, o cualquiera otra. Pero... Dime, Fislinger: ¿se te ha ocurrido a ti alguna vez pensar en lo peligroso que es este culto a la Biblia? Tú y yo quizá tengamos algún día que dejar la predicación y ponernos a trabajar. Tú les dirás a todos los tontos que quieren oírte que la Biblia contiene absolutamente todo lo necesario para la salvación, ¿no es verdad?

—Naturalmente.

—Entonces, ¿para qué sirven los predicadores? ¿Para qué sirven las iglesias? ¡Que se quede la gente en casa a leer la Biblia!

—Bueno... Allí dice que...

La puerta se abrió de pronto y entró el Hermano Karkis.

El Hermano Karkis no era ya joven. Tenía cuarenta y tres años, manos gruesas, pies grandes y una voz fuerte de perro danés. Se había criado en el campo, había sido ordenado predicador baptista hacía ya veinte años, y había recorrido de punta a punta las Dakotas, Nebraska y Arkansas, dejando oír su vozarrón en los tabernáculos más apartados.

No había recibido otra instrucción que la de la escuela rural; y no habían pasado por sus manos más libros que la Biblia, los himnarios, una antología de sermones y un manual de avicultura. Jamás había conocido una mujer del mundo, ni había bebido un vaso de vino, ni había oído buena música; en su cuello quedaban todavía las huellas del polvo de los maizales.

Pero, compadecerse de él tomándole por un estudiante pobre y trabajador, hubiera sido un derroche inútil de piedad. No ansiaba adquirir más conocimientos: estaba seguro de saberlo ya todo. Miraba con desprecio a los profesores por considerarlos hombres de fe vacilante y adulterada por la lectura de muchos libros. El se sentía capaz de rezar más, de salvar más almas y de resistir más que todos ellos juntos. Si quería poseer un título de Mizpah era únicamente para obtener un sueldo más elevado, o, como decía él con frase de 1850, que le parecía adecuada para 1905, «para poder prestar sus servicios en un campo más amplio».

—¡Eh, amigos! — entró diciendo—. ¿No sabéis hacer otra cosa que perder el tiempo discutiendo cosas inútiles levántandoos dolor de cabeza? ¡Qué gente! ¡Se oye vuestra algarabía al otro extremo del edificio! ¡Más os valdría dejar vuestras discusiones de sabihondos y ponerlos de rodillas a rezar! Os creéis muy listos y muy cultos, pero ya veréis a dónde va a dar eso cuando tengáis que salir al mundo a disputar almas a Satanás! ¿De qué estabais hablando, vamos a ver?

—Harry dice— contestó Eddie Fislinger con su voz quejumbrosa— que en la Biblia no dice que los cristianos hayan de tener una Iglesia y sacerdotes.

—¡Puaf! ¡Y el que dice eso se cree que es muy culto! ¿Dónde está una Biblia?

La Biblia se hallaba en aquel momento en manos de Elmer, que había estado leyendo su pasaje favorito: el «Cantar de los Cantares», de Salomón.

—Bien, Hermano Gantry. Me alegro ver que hay aquí un hombre que es lo bastante sensato para permanecer fiel a nuestro Viejo Libro, y estar a bien con Dios, en lugar de apostrofar como un pseudo-baptista. Escucha, Hermano Zenz: En la Epístola a los Hebreos dice: «No dejéis de reuniros todos juntos». Esto te convencerá.

—Mi querido hermano en el Señor— dijo Harry—, a lo único que ahí se refiere es a una asamblea como la Hermandad de Plymouth, sin sacerdotes pagados regularmente. Yo le

estaba diciendo al Hermano Fislinger que, personalmente, soy un admirador tan ferviente de la Biblia que tengo intención de fundar una secta en la que no hagamos otra cosa que cantar himnos a coro y leer la Biblia durante todo el día, sin sacerdotes que vengan a interponerse entre nosotros y la Palabra Divina, que nos basta a todos. Espero que te unas a nosotros, Hermano Karkis, a menos que seas uno de esos críticos impíos e indecentes que quieren echar abajo la Biblia.

—Estoy harto de oírte— dijo Eddie.

—Yo también. ¡Siempre tergiversando los sencillos mandamientos de la Biblia!— afirmó el Hermano Karkis abriendo la puerta y marchándose.

—La verdad es que da grima oírlos a todos. No hacéis más que discutir— dijo Elmer — dando una chupada a su cigarro.

La atmósfera del cuarto estaba cargada de humo de tabaco. Aunque el hábito de fumar estaba muy mal visto en el Seminario de Mizpah, hasta el punto de estar prohibido por la costumbre. Todos los que integraban aquel grupo de amigos, a excepción de Eddie Fislinger, eran fumadores empedernidos.

—Aquí hay una atmósfera irrespirable— dijo Eddie sofocado—. ¡No sé como podéis tocar esa planta inmunda! Los gusanos y los hombres son los únicos animales que la consumen. ¡Me voy!

Ninguno le instó a quedarse.

Libres ya de la presencia de Eddie, la conversación recayó inmediatamente sobre un tema que les atraía invariablemente, lo que ellos llamaban «el sexo».

Frank Shallard y Don Pickens se hallaban, en cuanto a relaciones sexuales, en estado virginal, y este punto oscuro los fascinaba, les inspiraba respeto, los llenaba de timidez y de anhelo. Horace Carp no había tenido más que una pequeña experiencia anodina y los tres escuchaban con nerviosa agitación los relatos y descripciones de Elmer y de Harry Zenz. Aquella tarde Elmer estaba saturado de deseo, y él, que había estado casi silencioso durante la controversia eclesiástica, comenzó a hablar ahora con volubilidad. Sus compañeros escuchaban con la boca abierta el relato que hacía de sus entrevistas con una complaciente corista el verano anterior.

—Y dime, dime— le suplicaba Don—, ¿las muchachas... las muchachas decentes... se deciden de veras a... a salir con un pastor? ¿Y no siente uno vergüenza al verlas, después, en la Iglesia?

—¡Bah!— dijo Zenz. — Nada de vergüenzas. Después le adoran a uno en la iglesia. Y son más adictas que la mujer propia, si se enamoran de uno, claro está. Esa chica que os digo... ¡Cantaba unas cosas!...

Y se perdió en vagas reminiscencias. Había sentido de pronto hastío de descubrir los misterios del sexo a aquellos imbéciles. Se levantó.

—¿Te vas ya acostar?— le preguntó Frank.

Elmer se detuvo junto a la puerta, sonriendo, con las manos a la cintura.

—No. Todavía no.

Miró su reloj. Un reloj que recordaba al propio Elmer: grande, grueso, reluciente, chapado de oro.

—Tengo una cita con una chica. Eso es todo.

Mentía a influjos del efecto que le había producido su propio relato, y hubiera dado un año de vida porque aquella mentira jactanciosa hubiera sido verdad. Se fue a su cuarto solitario en estado febril.

—¡Oh, Dios! ¡Si estuviese aquí Juanita! ¡O Agatha! ¡O aunque fuese aquella

criadita de Solomon Junction...! ¿Cómo diablos se llamaba?

Se sentó al borde de la cama y apretó los puños. Suspiró y se golpeó las rodillas. Súbitamente, se levantó y comenzó a recorrer el cuarto de uno a otro extremo. Al cabo de un rato, volvió a sentarse, triste y pensativo.

—¡Oh, Dios! ¡Esto es insoportable! — gimió.

La soledad le abrumaba.

No tenía amigos. No había vuelto a tener ningún amigo, desde que se separó de Jim Lefferts. Harry Zenz menospreciaba su inteligencia; Frank Shallard menospreciaba sus maneras, y él, por su parte, despreciaba a todos los demás. Los soporíferos profesores del seminario le aburrían durante el día; los compañeros le llenaban de tedio con sus discusiones pueriles, por la noche. Y en cuanto a las oraciones, las reuniones en la capilla, las acciones de gracias, no le suscitaban el menor interés porque siempre daban lugar a los mismos accesos de entusiasmo, acompañados de las mismas jaculatorias bíblicas.

—Sí; yo quiero ser un predicador. Ya no podría volver a trabajar en los negocios o en la agricultura. Echaría de menos los himnos y la autoridad. Pero, ¡no puedo más! ¡Qué solo me encuentro, Dios mío! ¡Si estuviera aquí Juanita...!

CAPITULO

VII

I

EL Reverendo Jacob Trooper, doctor en Teología y en Filosofía y Letras, rector del Seminario teológico de Mizpah, profesor de teología y oratoria sagrada, era un hombre activo, de facciones duras y voz llena y de tono perentorio. Sus mejillas estaban cruzadas por dos arrugas profundas y sus cejas estaban muy pobladas. El pelo, ahora gris y erizado, debía haber sido en otro tiempo rojizo como el de Eddie Fislinger. Hubiera hecho un excelente suboficial. Vigilaba a los estudiantes y sabía darles a entender que conocía muy bien su ociosidad y sus pecados antes de que se los confesasen.

Elmer temía al Decano Trooper. Cuando recibió el aviso de que se presentase al despacho del Decano, al día siguiente de la conferencia espiritual celebrada en el cuarto de Frank Shallard, sintió cierta inquietud.

Encontró a Frank con el Decano.

—Este Frank debe haberle contado mis líos de mujeres!— pensó.

—Hermano Gantry— le dijo el Decano—.

Le he llamado para ofrecerle un cargo que le proporcionará experiencia y algún dinero. Se trata de la iglesia rural de Schoenheim, a once millas de aquí, en un empalme de la línea Ontario, Omaha, Pittsburgh. Estará usted encargado de los cultos dominicales acostumbrados y de la escuela dominical, y si puede usted añadir algún servicio y rezos por la tarde, tanto mejor. Los honorarios serán de diez dólares cada domingo. Si hubiere algún trabajo extraordinario que merezca más remuneración, lo arreglará usted como mejor le parezca con sus feligreses. Le aconsejo que utilice para trasladarse allí una vagoneta del ferrocarril. Estoy seguro de que le será fácil conseguir que el capataz se la deje, por tratarse del servicio del Señor y, además, porque el hermano del capataz trabaja muy a menudo en nuestra huerta. El Hermano Shallard le acompañará para dirigir la escuela dominical y adquirir, de paso, alguna experiencia. Tiene un carácter muy serio— que no le vendrá mal

imitar, Hermano Gantry—; pero experimenta cierta timidez al contacto de pecadores endurecidos.

«Se trata de una iglesia pequeña, pero no olviden que es un tesoro de almas lo que les entrego para su custodia. Y, ¿quién sabe? si no encenderán ustedes un fuego capaz de iluminar al mundo entero... siempre que usted, Hermano Gantry, abandone ciertos hábitos mundanos a los que sospecho se entrega!

Elmer estaba encantado. Era el primer puesto que desempeñaba. El verano anterior, en Kansas, había hecho varias sustituciones de dos o tres semanas a lo sumo.

Ya verían de lo que era capaz los que se imaginaban que no era más que un palabrero! Les haría ver que sabía organizar una parroquia, hacer buenas colectas y poner todo en marcha, en virtud de su elocuencia, sin olvidar, naturalmente, la salvación de las almas doloridas que le fueren confiadas.

Diez dólares más a la semana eran muy de tener en cuenta... si es que no lograba sacar más a los diáconos de Schoenheim apretándoles bien las clavijas...

¡Su primera iglesia! ¡Suya propia! ¡Y Frank sometido a sus órdenes!

II

En los días todavía vírgenes de 1905, las cuadrillas de obreros salían a trabajar a la vía férrea en vagonetas que no tenían motores, sino que eran accionadas a mano. Consistía en una plataforma con dos barras horizontales que eran maniobradas de arriba a abajo como la palanca de una bomba.

En una de estas vagonetas emprendieron el viaje hacia su nuevo destino Elmer y Frank Shallard. No tenían un aspecto muy eclesiástico al manejar las palancas. Era una fría mañana de domingo, en noviembre, y sus abrigos estaban bastante deteriorados. Elmer se había puesto una gorra de terciopelo apolillada, y Frank exhibía unas ridículas orejeras bajo un sombrero hongo más ridículo todavía. Los dos llevaban puestos mitones de franela encarnada que les habían prestado los obreros de la línea.

La mañana era clara y glacial. La escarcha brillaba en los manzanos, y en los rastrojos cercados cantaban las codornices.

Al manejar la palanca con todas sus fuerzas, Elmer sentía que sus pulmones se limpiaban del polvo de las bibliotecas. Se le expandía el pecho, se cubría su piel de grato sudor; sentía que su misión entre los hombres y su verdadera vida comenzaban. Frank, pálido y más débil, le inspiraba cierta piedad y Elmer daba más de prisa a la palanca... obligando a Frank a seguirle, sin poder parar, de arriba a abajo, de arriba a abajo. En las cuestas arriba y en las curvas, donde los raíles brillaban en el fondo de las trincheras, el esfuerzo le agotaba. Pero en, los descensos, lanzados a través de praderas cubiertas de escarcha donde se oían los cencerros de las vacas pastando bajo el claro sol de la mañana, Elmer lanzaba un grito de alegría y cantaba a plena voz:

«Hay, fuerza, fuerza, maravillosa fuerza En la sangre Del Cordero...

La iglesia del Schoenheim era un edificio minúsculo de madera ennegrecida, con un campanario de juguete. El pueblo se componía de la iglesia, la estación, la herrería, dos tiendas y media docena de casas. Pero había más de treinta carricoches parados en medio de la calle surcada de roderas o guarecidos bajo un cobertizo detrás de la iglesia. Unas setenta personas habían venido a ver qué cara tenía su nuevo pastor. Formaban varios grupos que les miraban con la boca abierta tras las bufandas empapadas de escarcha.

—Estoy temblando de miedo! — murmuró Frank mientras subían la calle de la

estación. Elmer, por el contrario, se sentía fuerte, orgulloso, expansivo. ¡Allí estaba su iglesia! Era pequeña, pero en cierto modo se diferenciaba de las iglesias rurales corrientes. ¡No era uno de esos barracones que ni siquiera tienen campanario! Y allí estaba su rebaño, esperándole con un interés y una curiosidad que le henchía de satisfacción.

Se desabrochó completamente el abrigo, se lo echó para atrás, poniendo la mano en actitud imperial en la cadera, para dar lugar a que admirasen no sólo el elegante traje negro que se había comprado el verano anterior con motivo de su ordenación, sino también algo muy distinguido que había añadido después: un elegante reborde blanco que marcaba la abertura del chaleco.

Un hombre de tez rojiza y poblado bigote se adelantó con paso tardo a saludarlos.

—¿El Hermano Gantry? ¿El Hermano Shallard? Yo soy Barney Bains, uno de los diáconos. Me alegro mucho conocerlos. El Señor quiera dar fuerza a su mensaje. Hace bastante tiempo que no hemos oído ningún sermón y me parece que todos estamos muy necesitados de alimento espiritual y del verdadero evangelio. Siendo ustedes de Mizpah, supongo que no habrá peligro de que dos jóvenes como ustedes crean en la comunión pública.

Frank, algo inquieto, había comenzado a decir:

—A decir verdad, yo creo que...

Pero Elmer le interrumpió con un doloroso golpe de codo en el costado y exclamó con santo fervor:

Mucho me complace conocerle, Hermano Bains. Puede usted estar seguro de que tanto el Hermano Shallard como yo abrigamos firmes creencias en cuanto a la inmersión y a la comunión privada. Esperamos que rece usted por nosotros, Hermano, a fin de que el Espíritu Santo nos asista en nuestra tarea de hoy y todos nuestros hermanos puedan beneficiarse de una gran renovación de la fe y de una abundante cosecha)

El diácono Bains y todos los que le escucharon se dijeron santamente unos a otros:

—Es muy joven todavía, pero tiene una idea clara de las cosas. Seguramente vamos a oír sermones que nos servirán de estímulo. El Hermano Shallard, en cambio, parece valer poco. Tiene aspecto de buena persona, pero debe tener pocas cosas en la cabeza. Se está ahí parado» como un poste, sin decir nada. De todos modos, sí valdrá para enseñar a los chicos de la escuela dominical.

Elmer Gantry repartió apretones de manos por todos lados. Las órdenes sagradas que había recibido o, más bien, acaso, la experiencia adquirida durante el verano saltando de púlpito en púlpito, habían elevado tanto su espíritu que sabía acoger a las gentes con la misma simpatía y familiaridad que un representante de máquinas de coser. Estrechaba con fuerza la mano de los hombres; miraba a las «hermanas» de cierta edad como si fuese a darles un honesto beso; decía las cosas oportunas sobre el tiempo, y tuvo la suerte o la intuición de citar un texto homicida de Malaquías al hombre más rígidamente devoto del condado de Boone.

Al desfilar por el centro de la iglesia a la cabeza de su rebaño, pensó jubiloso:

—¡Ya los tengo en mis manos! Yo sé lo que hay que hacer para despertar a estos patanes, mientras que unos visionarios como Frank o Carp tendrían que morder el polvo. ¿Por qué estaría yo tan desmoralizado y tan... tan carnal la semana pasada? ¡Arriba! ¡Al púlpito!

Estaban todos ante él, sentados en los bancos de respaldo rígido, con las cabezas despeinadas destacándose sobre las paredes oscuras y las puertas de pino imitando roble. Era un placer verlos llenar la nave de la iglesia, al fondo de la cual se apretujaban los

mozos que no querían aparecer en primera fila. Estaban sin afeitarse y llevaban corbatas de color azul pálido.

Elmer sintió el ascendiente que tenía sobre ellos cuando dirigió el coro al cantar «La Iglesia en el bosque virgen».

Hizo su plática sobre un texto del libro de los Proverbios. «El odio provoca las luchas, pero el amor cubre todos los pecados».

Se apoyó fuertemente con sus manos vigorosas en el púlpito, miró torvamente a sus feligreses, sólo para transformar su expresión en benévola al cabo de unos instantes, y comenzó diciendo:

—En el tráfico y torbellino de la vida cotidiana me paro a veces a preguntarme cuántos somos los que consideramos que todo aquello que hay de más noble y elevado en nosotros no se debe a nuestros esfuerzos, por muy constantes y tenaces que sean, sino al Amor. ¿Qué es el Amor, el Amor divino del cual el... el gran poeta nos habla en los Proverbios? El Amor es el arco iris que aparece tras la nube sombría. Es la estrella matutina y también la vespertina, que son, como todos sabéis muy bien, las estrellas más brillantes que se conocen. El Amor ilumina la cuna del recién nacido, y cuando la vida ¡ay! concluye para siempre, se le encuentra junto a la silenciosa tumba. ¿Qué es lo que inspira a los grandes hombres, bien sean predicadores o patriotas o eminentes hombres de negocios? ¿Qué es lo que los inspira, mis queridos hermanos, sino el Amor? ¡Ah! El Amor llena el mundo de melodías, de melodías sagradas como las que acabamos de entonar juntos; pues ¿qué es la música? ¿Qué es la música, amigos míos? ¡Ah! La música no es otra cosa que la voz del Amor!

Explicó a continuación que el odio era una pasión mezquina.

Sin embargo, para agradar a los diáconos más estrictos e intolerantes de la primera fila, reconoció que era lícito odiar a los católicos y a todos los que no creyesen en el infierno y en la inmersión y a todos los ricos que hacían préstamos sobre hipotecas, que pasan el tiempo licenciosamente rodeados de mujeres perdidas, vestidas invariablemente de seda, que sostienen en sus manos enojadas vasos de rubí que contienen pérfidos licores.

Terminó en voz baja, como un murmullo maternal, haciendo un relato imaginario pero muy edificante, de un anciano pecador que en el lecho del dolor había reconocido, a instancias de Elmer, que tenía que arrepentirse inmediatamente, pero que lo dejó para más adelante y murió rodeado de sus virtuosas y apesadumbradas hijas, yendo seguramente al infierno derecho.

Elmer descendió del púlpito y se dirigió a la puerta para despedir con un apretón de manos a los que no se quedasen a la escuela dominical. Y fueron muchos los oyentes que le dijeron:

—Hermano, nos ha gustado mucho su sermón. Ha dicho usted cosas muy hermosas y muy saludables.

Elmer les estrechó la mano con una gratitud juvenil que le hizo simpático a sus ojos.

El diácono Bains le dio unas palmaditas en la espalda.

—Nunca he oído a un predicador tan joven que expusiese una doctrina más sana, Hermano. Le presento a mi hija Lulú.

Frente a él estaba la muchacha con quien había soñado desde que llegó a Mizpah.

Lulú Bains era una gatita vestida de gris y blanca con una cinta de color de rosa. Había permanecido al fondo de la iglesia, junto a la estufa, y Elmer no la había visto. La dirigió una mirada cargada de deseo. La emoción que le había producido el triunfo logrado con su sermón no era nada en comparación con la que le produjo pensar que en sus futuras

tareas eclesiásticas tendría cerca de sí a Lulú. La vida le pareció hermosa y llena de promesas mientras alargaba la mano a la muchacha procurando no aparecer demasiado afectuoso.

—Me alegro mucho de conocerla, Hermana Lulú.

Lulú tendría diecinueve o veinte años. Tenía a su cargo un pequeño grupo de niños de doce años en la escuela dominical. Elmer había pensado escabullirse en busca de un sitio apartado donde poder fumar un cigarro, dejando a Frank Shallard todo el trabajo de la escuela dominical; pero en vista de aquella revelación espiritual que acababa de tener decidió quedarse, deshaciéndose en frases untuosas aprobatorias sobre la labor realizada en la escuela y hablando en tono varonil y amistoso a los niños de la clase de Lulú.

—Si queréis haceros hombres de provecho, honrados y trabajadores, escuchad lo que tiene que decirnos la señorita Bains sobre la construcción del antiguo y maravilloso templo de Salomón— les dijo.

Los niños le sonreían tímidamente, pero Lulú le sonreía con ternura, mirándole con sus dulces ojos y diciendo con voz cantarina:

—¡Por Dios, Hermano Gantry! Estoy tan asustada que no sé qué enseñarles a los niños... Aquellos ojos grandes de Lulú le atraían a su profundidad y aquella voz ceceante como la voz de los ángeles, como el cántico de las alondras, suave y armoniosa...

No la dejaría marchar al final de la escuela dominical. Tenía que retenerla con algún pretexto...

—Hermana Lulú, venga a ver la vagoneta en que hemos venido Frank... el Hermano Shallard y yo. ¡La cosa más graciosa del mundo! ¡Se va usted a reír de veras!

Como las brigadas de obreros pasaban por Schoenheim diez veces por semana cuando menos, una vagoneta no debía tener nada de nuevo para Lulú; sin embargo, siguió a Elmer con pasitos menudos y al llegar frente a la vagoneta se mostró alborozada y exclamó con volubilidad:

—Pero ¿es posible? ¿Han venido ustedes en eso? ¡Qué ocurrencia!

Se despidió cordialmente de ambos con un apretón de manos. Elmer sintió celos, figurándosele que había sido tan cordial con Frank como con él.

—¡Que tenga cuidado y no se le ocurra andar alrededor de «mi» chica!— pensó Elmer mientras movía la palanca camino de Babylon.

No felicitó a Frank por haber vencido el temor que le inspiraban los auditorios de rudos campesinos (Frank había vivido siempre en ciudades) ni por haber hecho del templo de Salomón un verdadero santuario habitado por un dios vivo y terrible.

III

Dos domingos llevaba Elmer tratando de impresionar a Lulú no sólo como joven y eficiente profeta, sino también como un hombre deseable. Tenían siempre mucha gente alrededor. Sólo una vez logró estar a solas con ella. Fue con ocasión de una visita que hubo de hacer a una anciana enferma. Lulú le acompañó y en el camino la muchacha le hizo vibrar con su aire de gatita gris y blanca y su sombrerito de terciopelo gris que él hubiera querido tocar.

—Supongo que le aburrirán a usted muchísimo mis sermones— dijo Elmer procurando sonsacarla.

—¡Nada de eso! Me gustan mucho.

—¿De veras?

—¡Se lo aseguro!

Le miró al rostro infantil hasta que ella le devolvió la mirada y entonces la dijo en tono jocosos:

—¡Cómo se le enrojecen las mejillas y los labios con el viento! ¿O es que le ha estado besando alguno antes de ir a la iglesia?

—¡Oh, no...!

La muchacha se había turbado hasta parecer casi asustada.

—¡Alto! — se advirtió mentalmente Elmer—. He escogido mal el camino. Esta chica no resulta tan alegrilla como yo me había figurado. Realmente es una inocente. ¡Pobre chica! No hay que azorarla. ¡De todas maneras no le vendría mal recibir unas cuantas lecciones amorosas!

Se apresuró a disipar cualquier sospecha que pudiera comprometer su reputación de eclesiástico.

—Lo he dicho en broma. Me refería tan sólo a que sería una pena que una muchacha tan bonita como usted no tuviera novio. ¿Lo tendrá usted, verdad?

—No. Me gustaba mucho un muchacho de aquí, pero se fue a trabajar a Cleveland y me parece que se ha olvidado de mí.

—Eso está muy mal.

Nada podía ser más fuerte, más cordial, más confortador que la manera con que él la llevaba cogida del brazo. Ella le miraba de cuando en cuando, agradecida.

Y cuando llegaron a la casa de la enferma y oyó a Elmer rezar con fervor largas oraciones y consolar a la mujer diciéndole con frases escogidas que la muerte no importaba realmente nada (la pobre vieja tenía un cáncer), Lulú se contagió de la emoción del momento.

En el camino, de regreso, Elmer hizo una última tentativa:

—Pero, aunque no tenga usted novio, Hermana Lulú, apuesto cualquier cosa a que habrá aquí muchos muchachos que estén locos por usted.

—No. Le aseguro que no, Algunas veces salgo con un primo segundo mío— Floyd Naylor se llama—, pero es tan soso que me aburro mucho con él.

El Reverendo Elmer Gantry se propuso buscarle diversiones.

IV

Elmer y Frank habían ido a Schoenheim el sábado por la tarde con el propósito de preparar la iglesia y decorarla con motivo de la fiesta del Día de la Acción de Gracias. Para evitar el viaje de vuelta a Babylon y regreso se quedarían a dormir la noche del sábado en la amplia casa de la granja del diácono Bains. Lulú Bains y una prima suya solterona, la señorita Baldwin, les ayudaban en sus tareas decorativas o, mejor dicho, estaban haciéndolo por sí solas. Estaban colocando en el vestíbulo guirnaldas de ramas de pino, y el púlpito lo adornaban con profusión de calabazas, panochas de maíz dorado y zumaque aterciopelado. Mientras Frank y la solterona discutían el valor artístico de las calabazas, Elmer dijo a Lulú:

—Quisiera que me aconsejara usted una cosa, Lulú... Hermana Lulú. ¿No le parece a usted que en mi sermón de mañana sería conveniente que explicase...

(Estaban el uno al lado del otro. ¡Qué suaves eran sus espaldas, qué frescas sus mejillas! Tenía que besarlas. Se acercó más a ella. Al diablo Frank y la solterona! ¿Por qué no se irían de allí?)

—...que explicase que todas las riquezas de la cosecha, con ser inapreciables e imprescindibles para nuestro sustento, no son, sin embargo, más que símbolos y señales de... Siéntese usted, Lulú; parece estar un poco cansada... No son en realidad más que símbolos de los beneficios espirituales más trascendentales que Dios derrama sobre nosotros, y no sólo en la época de la recolección— y este es un punto muy importante...

(La mano de Lulú estaba junto a la rodilla de Elmer, destacándose su blancura sobre el fondo gris del banco. Sus senos eran jóvenes y virginales, bajo su blusa a cuadros. Tenía que tocarle la mano. Sus dedos se deslizaron hacia ella y la tocó como al azar, mientras ella seguía en actitud devota y él seguía diciendo con unción:)

—Es un punto muy importante. Durante todo el año, recibimos estas bendiciones interiores, y es por ellas, más que por todos los bienes materiales, por lo que nosotros debemos elevar nuestra voz en acción de gracias. ¿No cree usted que estos pensamientos les serán provechosos a todos?

—Sí. ¡Ya lo creo! ¡Son pensamientos admirables!

(Elmer sentía comezón en los brazos. Anhelaba rodear con ellos la cintura de Lulú.)

Frank y la señorita Baldwin se habían sentado y estaban enfrascados en una interminable discusión sobre lo que debía hacerse con un muchacho indómito llamado Cutler que no quería creer que los cuervos traían el pan y la carne al profeta Elías, porque él sabía muy bien cómo las gastaban los grajos! Frank manifestó que él no era partidario de atacar las dudas sinceras; pero cuando este muchacho se dedicase a poner peros y a hacer preguntas tontas...

—¡Lulú!— dijo Elmer con acento apremiante—. Venga usted a la otra estancia conmigo un momento. Tengo que preguntarle una cosa referente al servicio de la iglesia y no quiero que esos lo oigan.

Había dos estancias en la iglesia de Sehoenheim: el auditorio y una espaciosa sala para guardar los libros de himnos, las escobas y demás instrumentos de limpieza, las sillas plegables y las copas de comunión. La luz entraba por una polvorienta ventana.

—Hermana Bains, vamos a examinar las lecciones de la escuela dominical— dijo Elmer en voz alta y firme.

El hecho de que ella asintiese al engaño, creaba un lazo secreto entre los dos. Elmer se sentó en un cubo puesto boca abajo; ella en un tramo de la escalera, de suerte que estaba más alta que él. A Elmer le agradó parecer más pequeño ante ella y tener que mirar hacia arriba, a su rostro.

No tenía la menor idea sobre qué asunto de la iglesia iba a consultarla, pero Elmer sabía repentizar muy bien con las mujeres. Se lanzó a decir:

—Necesito que me aconseje. No he conocido a nadie que posea tanto sentido común, unido a una gran finura espiritual, como usted.

—¡Por Dios! ¡Me alaba usted demasiado, Hermano Gantry!

—Nada de eso. No hago más que decir la verdad. Usted no sabe todo lo que vale, porque siempre ha vivido en este pueblecito. Si fuera usted a Chicago o a una gran ciudad por el estilo, ya vería usted cuánto apreciaba todo el mundo su penetración espiritual y... tantas otras cualidades que le adornan.

—¡Huy! ¡Chicago! ¡Me moriría de miedo allí!

—¡Bah! Algún día irá usted allí conmigo y le enseñaré todo lo que hay que ver. ¡Me parece que entonces iba la gente a murmurar mucho de su pastor!

Los dos rieron de buena gana.

—Hablando en serio, Lulú, yo deseo saber si... Quería preguntarle lo siguiente:

¿Cree usted que debo venir el miércoles a celebrar rezos en común?

—Creo que haría usted muy bien en venir.

—Pero, ¡tener que hacer el viaje en esa vagoneta...!

—Es verdad.

Y no puede usted imaginarse lo que tengo que estudiar en el seminario.

—Sí. Ya me lo figuro.

Suspiraron ambos a la vez y Elmer posó su mano sobre la de ella. Volvieron a suspirar y él retiró la mano prudentemente.

—Aunque, naturalmente, yo no quiero ahorrarme ningún trabajo. Los pastores disfrutamos del privilegio de entregarnos de lleno a nuestra congregación.

—Sí. Es verdad.

—Pero, por otra parte, con lo malos que están los caminos por aquí, especialmente en invierno, y viviendo la mayor parte de las familias de la congregación en granjas alejadas unas de otras, les será bastante difícil venir aquí.

—Es cierto. Los caminos se ponen intransitables. Creo que tiene usted razón, Hermano Gantry.

—¡Oh, Lulú! ¡Anda! ¡La he llamado por su nombre! ¡Me va usted a hacer creer que he cometido una incorrección terrible si no me llama Elmer a mí!

—Pero usted es el predicador y yo soy una muchacha insignificante.

—¡Nada de eso!

—¡Sí, sí!

Los dos rieron alborozados.

—Escúcheme, Lulú. Tenga presente que yo no soy más que un muchacho— he cumplido los veinticinco este mes— y sólo la llevo cinco o seis años.

Pruebe usted a llamarme Elmer, a ver cómo suena.

—¡No, no! ¡No me atrevo!

—¡Inténtelo!

—¡No puedo! ¡Qué ocurrencia!

—¡Es usted una gatita miedosa!

—¡No; no lo soy!

—Sí; sí lo es usted.

—No lo soy.

—Demuéstremelo.

—Bueno. Elmer. ¡Ya está!

Rieron con franca intimidad, y en su acceso de alegría él le cogió la mano, la apretó, la frotó contra su brazo. Sin soltarla, pero oprimiéndosela de un modo natural, amistoso, le dijo con voz insinuante:

—¿Verdad que no tiene usted miedo del pobre Elmer?

—Sí; le tengo un poquitín de miedo.

—Pero ¿por qué?

—Es usted tan grande, tan fuerte, tan serio como si tuviese muchos más años... ¡Y con esa voz tan grave...! Me gusta mucho oírle, pero me asusta a veces. Me parece que en cualquier momento va usted a volverse hacia mí a decirme: «Es usted una niña traviesa», y yo entonces tendría que confesar todas mis travesuras. Y además, ¡es usted tan culto! ¡Conoce usted tantas palabras largas y difíciles y sabe explicar todas esas cosas de la Biblia que yo no soy capaz de entender! Y, sobre todo, usted es un pastor baptista, ordenado ya.

—¡Hum! Pero eso no quita para que yo sea un hombre corriente.

—Sí. Es algo distinto...

Elmer dejó de hablar en broma para decir con voz agitada por un turbio anhelo:

—¿Entonces, usted no me imagina besándola? ¡Míreme! ¡Míreme, le digo! ¡Así! No; no aparte la vista todavía. ¿Por qué se ruboriza? ¡Pobre chiquilla! ¡Ya lo creo que se me imagina besándola...!

—No debía imaginármelo.

—¿Le da vergüenza?

—Sí.

—Escúcheme. Usted se cree que yo soy ya un hombre maduro y, naturalmente, yo tengo que dar esa impresión a la gente cuando estoy en el púlpito; pero usted puede comprender que yo no soy más que un muchachote tímido y que necesito su ayuda. ¿Sabe usted, Lulú, que me recuerda a mi madre...?

V

Frank Shallard se volvió hacia Elmer cuando estuvieron en su cuarto, lavándose para bajar a cenar. Era el primer momento en que estaban solos desde que Lulú y la señorita Baldwin les habían conducido a la granja Bains, donde debían pasar la noche víspera del Día de Acción de Gracias.

—Mira Gantry— Elmer— le dijo—. Me parece que no está bien lo que hiciste esta tarde llevándote a una estancia interior a la señorita Bains y quedándoos allí solos lo menos media hora. Cuando yo entré os levantasteis los dos asustados, como si hubieseis hecho algo malo.

—¡Vamos! ¡De modo que el amigo Frank es una vieja gazmoña!

La habitación que les había sido destinada para pasar la noche era una espaciosa y polvorienta caverna bajo un techo de vigas de madera desnudas. La palangana, colocada sobre un lavabo de nogal negro, estaba graneada de oro y esmaltada de innumerables flores de brillantes colores. Elmer, que acababa de lavarse, tenía los brazos remangados y se los sacudió con fuerza sobre la alfombra antes de coger la toalla. Miró torvamente a Frank, que dijo:

—No soy una vieja gazmoña, y eso lo sabes tú muy bien, Gantry. Pero aquí tú eres el predicador y tenemos el deber, por el ejemplo que podamos dar a los demás, de evitar hasta la misma apariencia del mal.

—Caiga el mal sobre quien mal piense. ¿No sabes tú eso?

—Sí, Elmer, Lo sé muy bien.

—Suspícaz. Puritano. Mal pensado. Eso es lo que tú eres. Ves el mal donde no hay ni sombra de él.

—La gente no odia a los puritanos porque sospechen de nadie injustamente, sino porque aciertan en sus sospechas con demasiada frecuencia. Mira, Elmer, no quiero ponerme pesado, pero...

—Ya te estás poniendo.

—...pero la señorita Bains parece un poco ligera y amiga de devaneos, aunque tengo la plena seguridad de que es una muchacha absolutamente decente, y no voy a quedarme callado y consentir que intentes ¡hum! hacerle el amor.

—Eres un águila. ¿Y si quisiera casarme con ella?

—¿Tú?

—Tantas cosas sabes, que bien podías saberlo sin necesidad de preguntármelo.

—¿Te casarías tú con esa muchacha?

—Yo no he dicho que no.

—Tu lenguaje es demasiado complicado para mí. Lo tomaré en su sentido literal. Me parece muy bien. Comunicaré tus propósitos al diácono Bains.

—¡Atrévete a hacerlo! ¡Mira, Shallard! No te tolero que te metas en mis asuntos ni ahora ni nunca. ¿Está claro?

—Sí; pero para eso sería preciso que tú fueras un seglar y yo no tuviera relación oficial con todo esto. A mí no me parece que sirva de nada ser moral en beneficio de los demás. Pero aquí tú eres el predicador, eres un pastor ordenado, y yo soy responsable, juntamente contigo, de todo lo concerniente a esta iglesia. Por lo tanto, no pienses que voy a consentirte que seduzcas a la primer muchacha sobre la que se te ocurra poner tus manos sudorosas... ¡Oh! No es preciso que aprietes los puños. Ya sé que tienes más fuerzas que yo y me pegarías. Pero no lo harás. No aquí, en casa del diácono. Daría al traste con tu sagrado ministerio... ¡Válgame Dios! ¡Y pensar que a hombres como tú los admitimos afablemente al ministerio baptista! Te lo repito: no te consentiré que pretendas seducir...

—¡Ira de Dios! Si te figuras que te voy a tolerar... ¡Tengo que decirte que tienes la mente más puerca que he conocido, Shallard! ¿Por qué has de figurarte que ni por un solo momento tengo el propósito de hacer nada con Lulú... , con la señorita Bains, fuera de las naturales atenciones, amistosas e inocentes? ¡Eres un tonto! Cuando estuvimos allí dentro me estuvo contando que tenía un novio y que se había marchado a Chicago, dejándola plantada. Eso es todo, y no hay motivo para que pienses...

—¡No seas candoroso, Gantry! Después de las veces que tanto tú como Zenz os habéis jactado en mi cuarto de vuestras conquistas, no voy a creer ahora que...

—¡Está bien! ¡No volveré a poner los pies en tu cuarto!

—¡Magnífico!

—Piensa lo que te dé la gana. ¡Y vete a paseo! ¡Ah! Y no dejes de ir a darle el soplo al Papá Prosper y a los demás profesores!

—No es mala idea, Gantry. Puede que lo haga. Pero esta noche me limitaré a vigilar a Lulú..., a la señorita Bains, quiero decir, y a ti. ¡Pobre muchacha! ¡Y qué ojos más hermosos tiene!

—Hola, hola, amigo Shallard! ¿También tú andas al olor?

—¡Eres un caso, Gantry!

VI

El diácono y la señora Bains — él era un hombre gruñón, generoso, enérgico, de aspecto equino y grandes y negros bigotes; ella una malva— se las arreglaron para tratar a Frank y a Elmer como profesores de los misterios sagrados y como muchachos de buen apetito que ayunaban demasiado en Mizpah, y que, por lo tanto, querrían aprovecharse aquella noche. Pollo asado, lonchas de vaca a la crema, salchichas caseras, pepinillos, pastel de picadillo y pasas, en el cual Elmer notó con agrado la presencia de un coñac «non sancto», no fueron sino una pequeña parte del succulento festín servido a nuestros jóvenes profetas. El Sr. Bains gritaba cada tres minutos, con su voz gruesa, a Frank, que estaba hinchado y no podía más:

—¡Vamos, Hermano, no sea usted tonto! ¡Si todavía no ha empezado usted a comer! ¿Qué es lo que le pasa? ¡Déme el plato, que le ponga más!

Estaban presentes la señorita Baldwin, la solterona, los otros dos diáconos con sus

esposas y un granjero joven de las cercanías llamado Floyd Naylor. Todos esperaban que los ministros del Señor hablasen de cosas instructivas. Tenían la creencia de que a los clérigos no les gusta hablar más que de Teología y de iglesias y pensaban que, en cierto modo, estas conversaciones no perjudicaban en nada al arte complicado de dormir bien, comer mejor, guiar el carricoche y prepararse para ir al paraíso.

—Dígame, Hermano Gantry — preguntó el Sr. Bains—, ¿qué periódico baptista le parece a usted mejor para leer en casa? Probé durante algún tiempo el «Vigilante Examinador), pero me parece que no «se mete» con los campbellistas lo bastante ni sacude la badana a los católicos, como debiera hacer un papel cristiano y serio. Hace poco me he suscrito a «La Palabra y la Senda» ¡y ése sí que es un periódico que dice las cosas por las claras y en estilo elegante! Lo encuentro muy acertado. Dice rotundamente que el que no crea en la Inmaculada Concepción y en la resurrección y en el bautismo por inmersión, aunque haga eso que llaman buenas obras y practique la caridad y todo eso, irá de patas al infierno, y no a un infierno cualquiera, sino a un infierno donde se achicharre bien en las calderas. ¡Sí, señor!

—¡Por Dios, Hermano Bains! — protestó Frank Shallard—. ¡No pretenderá usted creer que Dios no va a salvar ni una sola alma solitaria que no sea baptista ortodoxa!

—Bueno... Yo no sé mucho de esas cosas, porque no soy un gran predicador. Pero yo creo que sólo en el caso de una persona que no haya tenido ocasión de ver la luz de la verdad, porque haya nacido y se haya criado entre mormones o metodistas, por ejemplo, y no haya oído jamás explicar la verdad a un baptista de pies a cabeza, sólo en ese caso, digo, puede ser que Dios le perdone su ignorancia. Pero hay una cosa de la que estoy completamente seguro: ¡todos esos «pensadores avanzados» y esos «grandes críticos» van derechos a la caldera más grande del infierno! ¿Qué opina usted de esto, Hermano Gantry?

—Yo — dijo Elmer, muy gozoso de contradecir a Frank— me inclino mucho a creer lo que usted dice. En todo caso, abandonemos a la misericordia de Dios a todos esos farsantes y cobardes que pasan por librepensadores. Cuando ellos traidoramente debilitan nuestros esfuerzos encaminados a la salvación de las almas y se lanzan a discusiones vanas y necias especulaciones, que no conducen a ninguna parte ni prestan beneficio alguno a nadie en la tarea inmensa de llevar un poco de paz a las almas que sufren, yo declaro que tengo mucho que hacer para ocuparme de ellos, y no me importaría un comino que me oyesen y supiesen lo que pienso de ellos. Y éste es precisamente el único defecto del Hermano Shallard, aquí presente... Yo sé que su corazón está inundado de la gracia divina, pero malgasta el tiempo lastimosamente preocupándose de una serie de doctrinas hueras, cuando la tradición baptista ha fijado todo aquello que se requiere conocer. Te aconsejo que reflexiones sobre esto que te digo, Frank...

Elmer se había rehecho. Le divertía desafiar al rayo siempre que no fuese un rayo más dinámico que el de Frank Shallard. Miró a Frank cara a cara. Había transcurrido escasamente media hora desde su conversación en el cuarto.

Frank abrió la boca dos veces y volvió a cerrarla sin decir nada. Y luego, aunque hubiera querido hablar, hubiese sido demasiado tarde. El diácono Bains le abrumó con sus frases sobre la conversión y más raciones de pastel de picadillo.

VII

Lulú estaba al otro extremo de la mesa. Elmer casi se alegró de esto. Despreciaba a Frank por su debilidad; pero, lo mismo que con Eddie Fislinger, no estaba nunca seguro de

lo que iría a hacer o decir, y determinó ser cauto., Una o dos veces miró a Lulú de un modo insinuante; pero dedicó toda su conversación (que procuró fuese lo más profunda y viril posible, para provocar la admiración de Lulú) al Sr. Bains y a los otros diáconos.

—La cosa marcha bien — reflexionó—. Este imbécil de Shallard debe ver que yo no pretendo echar la uña a la chica... Si se le ocurre decir algo acerca de «mis intenciones» en relación con ella me quedará asombrado, y el Sr. Frank Shallard, con sus suspicacias y tortuosas maquinaciones, se encontrará metido en un aprieto.

Pero todos los tumultuosos seres oscuros de las capas más profundas de su mente dijeron: «¡Tiene que ser mía!» Y él les respondió mostrando solamente algún recelo: «¡Cuidado! ¡Hay que ser cautos! ¡El decano Prosper te pondría a la puerta del Seminario! El viejo Bains cogería su escopeta... ¡Cuidado! ¡Calma!»

Hasta una hora después de la cena, cuando todos estaban entretenidos comiendo palomitas de maíz, no tuvo ocasión de murmurar al oído de Lulú:

—¡No te fies de Shallard! ¡Finge ser mi amigo, pero no le fiaría ni cinco céntimos! Tengo que hablarte de él. ¡Es muy urgente! Oye: cuando todos se hayan acostado, baja aquí. Yo te esperaré. ¡No faltes!

—¡No puedo! Mi prima Adeline Baldwin duerme conmigo.

—No importa! Haz como que te vas a acostar y luego ponte a arreglar el pelo o cualquier cosa y bajas con el pretexto de ver si está encendida la chimenea. ¿Quieres?

—Quizá.

—No, no. Tienes que bajar. ¡Yo te lo ruego!

—Quizá baje, pero sólo por un momento.

—Desde luego — dijo Elmer con tono serio de hombre virtuoso y ministro del Señor.

Después de cenar todos habían pasado a la sala de estar. Los Bains estaban muy orgullosos de haber progresado tanto socialmente, que ya no pasaban las veladas en la cocina, que servía también de comedor; por lo menos, no todas las noches. La sala de estar tenía el encanto rústico de una granja de Nueva Inglaterra, con una alfombra deshilachada, una mecedora extraña adornada con clavos corintios y pies de dragón de cobre, ampliaciones de grabados al lápiz, una mesa, sobre la que estaban apilados números atrasados de las revistas «Farm and Fireside» y «Modern Priscilla», y un álbum enorme de vistas de la Exposición de Chicago. No había chimenea, pero sí una estufa de gran tamaño, resplandeciente de níquel y mica, terminada por una historiada corona de bronce y salpicada de cristales imitando zafiros, esmeraldas y rubíes, que formaban una cadena en torno a la resplandeciente panza.

Junto al fuego, que chisporroteaba alegremente, Elmer abrió el grifo de su espíritu, decidido a ser ameno.

—¡Bueno, amigos míos! ¡Que no se hable más esta noche de cosas de iglesia! Desde este momento no soy un predicador: soy un muchacho de buen humor, y quiero dar unas cuantas zapatetas después de la succulenta cena que se nos ha servido. Y si no supiera que la señora Bains es una respetable madre de familia, bailábamos juntos ahora mismo. ¡Me parece que sabe mover los pies con tanta gracia como cualquier bailarina de las que salen en los teatros!

Y, sin aguardar más, la cogió del talle, un talle fofo y undoso, y la hizo dar dos o tres vueltas, mientras ella, toda sofocada, decía riendo:

—¡Por Dios! ¡Qué ocurrencia!

Todos aplaudieron, dando grandes palmadas con las manos endurecidas por el

arado, atronando los tímidos oídos de Frank Shallard.

Frank había pasado siempre por ser un joven extraordinariamente amable, pero aquella noche estaba silencioso y hosco.

Elmer contó historias de Kansas en tiempos de los colonizadores, historias que él conocía por haberlas leído en los libros. Fue a él a quien se le ocurrió la idea de asar maíz en la estufa cuando notó que no se decidían a obrar con naturalidad por hallarse en presencia de dos ministros del Señor. Cuando la algazara había llegado a su colmo y el más serio de los diáconos decía entre risotadas a su vecino: «¡Eh, Barney! ¡A mí no me empujes!», Elmer pudo convenir su cita con Lulú sin que nadie se enterase.

Más alegre aún, después de haber logrado su propósito, con la boca reluciente de maíz y mantequilla, hizo que todos se reuniesen en torno al harmonium, que Lulú tocaba con inocente alegría, y escasa habilidad. En atención a sus hábitos cantaron primero «Bendita seguridad»; pero, a renglón seguido, acometieron todos con brío las canciones «Llevando a Nellie a casa» y «El negro Joe».

Durante todo este tiempo la esperanza de la dulce aventura prometida le hacía estremecerse de placer.

Observó que Floyd Naylor, el joven granjero de las cercanías — un hombre alto y de aspecto tímido, emparentado con la familia Bains—, dirigía a Lulú largas miradas cargadas de deseo. Esto sólo sirvió para aumentar el ardor y el entusiasmo de Elmer.

Comenzaron a cantar «El país de Beulah», acompañados al harmonium por Lulú, y la voz de Elmer se hizo más tierna y emotiva:

«¡Oh país de Beulah, dulce país de Beulah!

(¡Vida mía, qué hermosa estás!)

Yo estoy en tu más alta cima,

(¿Me tratará con cariño si me pongo tierno y sentimental?)

Miro a lo lejos, más allá del mar.

(Seré prudente; no pasaré de la raya.)

donde se alzan mansiones dispuestas para mí.

(¡Qué bonitas sus manos, al tocar! ¡Me gustaría besarlas!)

Contemplo sus orillas de ensueño.

(¡Esta noche la beso!)

mi cielo, mi hogar para siempre.

(¿Bajará en salto de cama?)

—¡Me gustaría saber — dijo la esposa de uno de los diáconos, una señora vivaz y sentimental— en qué estaba usted pensando mientras cantaba, Hermano Gantry!

—¡Oh!... Estaba pensando en lo felices que seremos cuando estemos purificados y descansemos en el país de Beulah.

—¡Ya sabía yo que tenía que ser algo religioso! ¡Cantaba usted con tanto arrobamiento! Bueno. Tenemos que marcharnos. Lo hemos pasado muy bien, Hermana Bains. No sabemos cómo darle las gracias a usted y al Hermano Bains y también al Hermano Gantry por el rato tan agradable que nos han proporcionado. ¡Ah! Y al Hermano Shallard también, naturalmente. Vamos, Charley.

Charley y los otros diáconos habían desaparecido en dirección a la cocina en pos del Hermano Bains. Se oyó un ruido sordo como el de una botella que se vacía, mientras las señoras y los clérigos hablaban todo lo alto que podían y adoptaban una expresión tolerante. Los hombres reaparecieron al cabo de un rato limpiándose la boca con el dorso de sus manos velludas.

VIII

Tras las despedidas largas y laboriosas, Elmer dijo a su huésped, que estaba bostezando:

—Si ustedes me lo permiten, voy a quedarme aquí un rato, junto al fuego, para acabar de tomar mis notas para el sermón de mañana. Así no tendré despierto al Hermano Shallard.

—¡Bien, bien! — dijo bostezando—. Perdóneme, pero me caigo de sueño. Está usted en su casa, hijo mío... Hermano, buenas noches.

—¡Buenas noches! Buenas noches, Hermano Bains. Buenas noches, Hermana Bains. Buenas noches Hermana Lulú... ¡Adiós, Frank!

La estancia, una vez que se quedó solo, resonaba más aún. Vibraban en ella los ecos de los ausentes. Elmer comenzó a pasear con agitación, mordiéndose la palma de la mano, parándose a escuchar anhelante a cada momento... El tiempo pasaba... Ya no vendría...

Oyó un rumor como de ratones corriendo por la escalera; luego pasos de alguien que va de puntillas en el vestíbulo.

Todo su torso se expandía de deseo. Echó los brazos hacia atrás, apretó los puños y adelantó el mentón. Recordaba la estatua de Nathan Hale. Cuando ella entró había asumido la actitud de un pastor serio y bondadoso, apoyando un codo en el ángulo del harmonium y jugueteando con expresión benévola y distraída con la gruesa cadena del reloj.

No. Lulú no había bajado en salto de cama. No se había quitado su vestido azul. Pero se había soltado el pelo, que se desparramaba en bucles sedosos, de un rubio pálido, en torno a su cuello. Miró a Elmer con aire implorante.

Instantáneamente él cambió de actitud y corrió hacia ella lanzando un grito infantil.

—¡Oh, Lulú! ¡No sabes cómo me ha herido Frank!

—¿Cómo? ¿Qué?

Con naturalidad, cómo si existiese entre ellos una intimidad indiscutible, rodeó con el brazo la espalda de la muchacha y deslizó los dedos entre su pelo.

—¡Es terrible! Frank debía conocerme; pero, sin duda, no es así. ¿Qué dirás que me ha dicho? Claro que no se ha atrevido a decírmelo directamente, pero ha querido insinuar de un modo velado que el otro día en la iglesia estábamos cometiendo actos impropios cuando estábamos hablando a solas. Recordarás que todo lo que hacíamos era hablar ¡de mi

madre! Y de lo bella y encantadora que era de joven y de cómo te pareces tú a ella. ¿No te indigna que haya sido tan mal pensado?

—¡Sí! ¡Es horrible! La verdad es que nunca me ha sido simpático.

Lulú, absorta por el tema de la conversación, se había olvidado de zafarse de su brazo.

—Ven. Siéntate a mi lado en el sofá —propuso Elmer.

—No, no— respondió ella avanzando hacia el sofá—. Tengo que subir a mi cuarto en seguida. Mi prima Adelina puede sospechar algo.

—Subimos los dos dentro de un momento. Esto de Frank me ha irritado mucho. No te imaginarías tú que un hombrón tan grande como yo podía ser tan sensible, ¿verdad?

La atrajo más hacia sí. Ella se acurrucó a su lado, rendida y suspirante.

—Lo comprendo perfectamente, Elmer, y me parece admirable que un hombre pueda ser muy fuerte y a la vez tener sentimientos delicados. Pero me voy. No tengo más remedio.

—Dime: «Tengo que irme, querido.»

—No.

—Sí. Si no lo dices no te dejo ir.

—Tengo que irme, querido.

Se había puesto en pie de un salto; pero él la tenía cogida la mano. Le besó la punta de los dedos al tiempo que la miraba con expresión suplicante.

—¿Me he portado bien?

Apartó ella su mano, le dio un beso fugaz en la frente y echó a correr. Elmer, lleno de agitación, golpeó el suelo con el pie, sublimado por el triunfo, pero ensombrecido por el deseo insatisfecho.

IX

Durante el viaje, de regreso a Babylon y al seminario,, Elmer y Frank apenas cruzaron la palabra.

—No seas un gruñón, Frank. Te aseguro que no pretendo divertirme a costa de la pequeña Lulú— murmuró Elmer anhelante por el esfuerzo realizado al mover la palanca de la vagoneta. Su aspecto, con la gorra de piel y la bufanda, era grotesco.

—Está bien. No volvamos a hablar de ello — dijo Frank.

Elmer tuvo paciencia hasta el miércoles Durante dos días se había torturado el cerebro forjando planes para seducir a Lulú. El hecho se le aparecía tan claro que le parecía estarlo viviendo mientras, sentado en el borde del lecho, apretaba los puños y miraba frente a sí sin ver... En sus sueños se gastaba la enorme suma de dos dólares y medio para alquilar un cochecillo, y aquella tarde emprendía el camino de Schoenheim. Al llegar a un cuarto de milla de distancia de la granja Bains ataba el caballo a un roble. Veía el grueso tronco del roble bañado por la luz de la luna. Se deslizaba en el granero, donde se almacenaba el maíz. Sentía frío, pero la emoción le embargaba. Veía venir a Lulú con un cubo de agua. La luz de la luna le daba de perfil; su vestido de percal moldeaba sus curvas desde la espalda al seno. Elmer silbaba; la muchacha se estremecía y echaba a andar hacia él, vacilante, dando un grito de alegría al reconocerle.

No podía estar con él hasta concluir sus tareas; pero insistía en que la esperase en el establo. El establo estaba caldeado por las vacas, de las que se desprendía un grato olor, que se mezclaba con el aroma del heno. Se sentaba al borde de un pesebre en la oscuridad,

trémulo de emoción y de ardor. La puerta del establo se abría, dando paso a una franja de luz lunar. Lulú se dirigía hacia él indecisa, pero fascinada. El no se movía. Ella se lanzaba, en éxtasis, en sus brazos; se sentaban juntos sobre un montón de heno, desbordantes de pasión, sin hablar, y él le acariciaba una pantorrilla. Otras veces, en sueños, era en la iglesia donde se le entregaba. Sin causa que lo motivase, Elmer se encontraba allí, un día de la semana, sin la compañía de Frank, y ella se sentaba a su lado en un banco. Escuchaba sus propios razonamientos, con los que pretendía convencerla de que debía fiarse de él, de que su amor estaba sancionado por Dios y era algo sagrado, y al mismo tiempo no cesaba de acariciarla.

Pero... ¿Y si era el diácono Bains el que acudía al silbido y se lo encontraba oculto en el granero? ¿Y si ella no se ponía romántica en el establo? Y, por último, ¿cómo se las iba a arreglar para pasar con ella una tarde en la iglesia?

A todas horas, sentado en la cama o metido en ella con las sábanas revueltas, medio adormilado, se entregaba a sus sueños, hasta llegar a un punto que no podía resistir más.

Hasta el miércoles por la mañana no se le ocurrió al reverendo Elmer Gantry que no tenía necesidad de rondar a Lulú ocultándose de nadie, pues nada le impedía visitarla abiertamente.

No se gastó dos dólares y medio en ningún carruaje. A despecho de su magnífica apariencia, Elmer era realmente un joven pobre. Marchó a pie a Schoenheim (no en sueños, sino en realidad), emprendiendo el camino a las cinco de la tarde, y llevando por toda cena un sándwich de jamón. Fue por la vía; las traviesas heladas rechinaban a su paso.

Llegó a las ocho. Estaba seguro de que llegando tan tarde los padres no le molestarían mucho, pues no tardarían más de una hora en irse a la cama. Probablemente le invitarían a pasar allí la noche, y la prima Adeline no estaría allí para espiarles.

El Sr. Bains salió a abrirle al oír sus llamadas.

—¡Hola, Hermano Gantry! ¿Qué le trae por aquí a estas horas? ¡Pase! ¡Pase!

—Tenía ganas de dar un paseo largo. Estos días he tenido mucho que estudiar, y pensé que usted me dejaría descansar aquí un rato y calentarme.

—¡Vaya, Hermano! ¡Si llega usted a pasar por aquí sin entrar no sé qué me hubiera parecido! Esta es su casa, y siempre tiene un plato dispuesto en nuestra mesa. ¡Sí, señor! ¿Ha cenado usted? ¡Un sándwich! ¡Bah! Eso no es nada. Voy a decir a las mujeres que le preparen algo en un momento. Mi mujer y Lulú están todavía en la cocina. ¡Lulú!

—¡No, por Dios! No puedo entretenerme. Estoy muy lejos de la ciudad y ya es muy tarde. No he debido venir tan lejos.

—¡De esta casa no se mueve usted esta noche, Hermano. ¡Se queda aquí, y nada más!

Cuando Lulú le vio, su mirada, llena de alegría, quiso decirle:

—¿Y has venido desde tan lejos por mí?

Estaba aún más apetecible de lo que él se había imaginado.

Reconfortado con dos huevos fritos, se sentó en la sala con la familia, relatándoles una serie de aventuras más o menos verosímiles, que le habían acontecido en sus campañas religiosas de Kansas. El Sr. Bains comenzó a bostezar:

—¡Las nueve y diez ya! No se cómo se ha hecho tan tarde. Mujer, ya va siendo hora de acostarse.

Elmer tuvo un golpe de audacia:

—Ustedes váyanse a la cama cuando quieran; pero nosotros, los jóvenes, vamos a quedarnos un rato a charlar. Los días que no son de fiesta yo no soy un predicador; no soy

más que un estudiante. ¡No faltaba más!

—Bueno... Si usted llama a esto un día no festivo... ¡Yo Creo que es una noche...!

Todos rieron.

Y antes de que hubiesen dejado de oírse los pasos y los bostezos del padre en la escalera, Lulú estaba en sus brazos, y en sus brazos seguía a media noche aturdida, dominada por una dulce laxitud. Después de un largo silencio en la estancia fría, la muchacha se levantó con rapidez y se puso a arreglar el pelo revuelto. Eran las dos.

—Estoy asustada — dijo con voz trémula.

El intentó animarla acariciándola suavemente; pero todo su ardor había ya desaparecido.

—No importa — dijo ella—., Cuándo vamos a casarnos? Y entonces no quedó en él ni rastro de pasión. Sólo punzadas de frío y de terror.

Una o dos veces, en sus sueños, había reflexionado en el peligro que existía de tener que casarse con ella. Había decidido que un matrimonio prematuro le perjudicaría en sus aspiraciones y entorpecería sus progresos en la carrera eclesiástica. Y, por otra parte, no sentía el menor deseo de casarse con aquella muchacha sosa y sin inteligencia, que no le ayudaría a causar buena impresión a los feligreses ricos. Pero, en el ardor de la pasión, había olvidado esta precaución, y la pregunta de Lulú le produjo verdadera sorpresa, desagradándole profundamente. Sin embargo pudo farfullar:

—Pues... ya veremos... No podemos decidir todavía., Tenemos que esperar a que yo termine mis estudios en el Seminario y encuentre algún pastorado bueno...

—Sí; eso es lo que tendremos que hacer — dijo ella mansamente a su hombre, al hombre mejor y más sabio y más fuerte que había conocido jamás.

—Así que no digas nada a nadie, Lulú. Ni a tus padres tampoco. Quizá no comprendiesen tan bien como tú lo difícil que es para un pastor encontrar una iglesia buena por primera vez.

—Sí, amor mío. Bésame.

Y Elmer tuvo que besarla innumerables veces en aquella estancia helada antes de que pudiese escapar a su cuarto.

Ya solo, se sentó en la cama con expresión taciturna.

—¡No he debido llegar tan lejos! — murmuró—. Creí que opondría más resistencia. ¡Oooh! No merece el riesgo que estoy corriendo. Es una pava. ¡Pobre chica!

Su propia ternura le hizo sentirse condescendiente.

—Lo siento por ella. Pero ¡es tan boba! Ella tiene la culpa, pero... ¡He sido un necio! En fin... No hay más remedio que hacer frente honradamente a las propias faltas. Yo no quiero disculparme. No temo reconocer mis culpas y arrepentirme.

Y con estas consideraciones pudo dormirse admirando sus propias virtudes y casi perdonando a Lulú.

CAPITULO

VIII

I

LOS ardores de Lulú, el orgullo de tener su iglesia en Schoenheim, el placer de ver sudar y resoplar a Frank Shallard durante los viajes, al mover la palanca de la vagoneta, no

compensaban a Elmer del tedio que le producían las clases del seminario desde el lunes al viernes. Tedio que todos los ministros del Señor han de tener que soportar durante toda su vida, excepto algunos pastores rurales amigos de la caza y las diversiones, y algunos directores de grandes iglesias industrializadas.

Con frecuencia pensaba en abandonar la carrera eclesiástica y dedicarse a los negocios. Teniendo en cuenta que las palabras untuosas y las maneras solemnes podían serle tan útiles en la vida de los negocios como en la iglesia, la clase a que dedicaba más atención era la de Literatura, Oratoria y Educación de la Voz, explicada por el profesor Ben T. Bohnsock. En ella aprendió Elmer a hablar en púlpito de un modo imponente y enérgico; aprendió a decir en público una serie de infinitivos sin equivocarse; y, por último, aprendió que hacer citas de Dickens, Víctor Hugo, James Whitcomb Riley, Josh Billings y Miguel Angel daba a un sermón un tono muy moderno estilo de Chicago.

La elocuencia de Elmer crecía como una calabaza en agosto. Se iba a practicar entre los árboles. Una vez tropezó inesperadamente con un muchacho en un claro del bosque y le saludó con las palabras siguientes: «Yo te acuso de entregarte a los pecados abominables de la lascivia y la voluptuosidad». El muchacho escapó despavorido, gritando, y ya no volvió a ser nunca el jovencuelo alegre y despreocupado de antes.

En las ocasiones en que estaba seguro de poder soportar la vida muelle, aunque tediosa, del pastorado, Elmer prestaba atención a las conferencias que pronunciaba el decano Trosper sobre Teología práctica v Oratoria sagrada. El doctor Trosper enseñaba a los aspirantes a clérigos lo que tenían que decir cuando fuesen llamados a la cabecera de un enfermo; lo que tenían que hacer para eludir complicaciones con las muchachas que iban a cantar al coro; cómo recordar y clasificar anécdotas edificantes e hilarantes; cómo improvisar sermones cuando no tuvieran nada que decir; en qué libros podían encontrar guiones de sermones y, lo que era más importante que todo lo demás, cómo ganar dinero.

El cuaderno de notas de Eddie Fislinger de la clase de teología práctica (cuaderno que Elmer se apropió antes de los exámenes) estaba atestado de notas de teología práctica por el estilo de las siguientes:

Visita pastoral:

No manifestar preferencias.

No descuidar a la servidumbre; ser cordial.

Mantener la conversación con maneras agradables y risas, contando algún cuento gracioso, pero sin referirse a nada que sea escandaloso o que envuelva censuras ni maledicencia.

No estar más de 15 a 30 minutos.

Preguntar si les gustaría rezar juntos, pero no insistir.

Aprovechar las ocasiones de enfermedades, duelos y bodas.

Preguntar en tono de broma por qué va el marido más a menudo a la iglesia.

Elmer hallaba soportable la clase de himnología. Las clases de interpretación del Nuevo Testamento, de Historia de la Iglesia, de Teología, de misiones y de religiones comparadas las soportaba de muy mala gana y las maldecía con toda su alma. ¿A quién diablos le importaba saber que Adoniram Judson se hizo baptista leyendo el Nuevo Testamento en griego? A qué venían todas aquellas monsergas de las profecías y de la Revelación? ¡Eran cosas demasiado elevadas para hablar de ellas en un sermón! Cómo iban a entender las gentes los argumentos teológicos en torno al «filioque»? ¡Necesades!

Los profesores del Nuevo Testamento y de historia de la Iglesia eran antiguos pastores a quienes sus congregaciones de una gran ciudad, admirándoles mucho pero

aburriéndose mucho con sus sermones, habían puesto de patitas en la calle. Lo mismo a uno que otro les habían dicho unos diáconos muy corteses:

—Nosotros creemos que usted tiene más de sabio que de pastor de almas, Hermano. Es usted un verdadero sabio. Estamos empleando nuestra influencia para conseguirle el alto puesto que se merece: una cátedra en un seminario baptista. Y aunque el sueldo sea algo menor que el que aquí disfruta, en cambio se le tributarán los honores que merece, y la labor le será más fácil y más grata.

Los sabios aceptaron con reconocimiento y pasaban el resto de sus vidas en asimilar ideas de séptima mano, dormir buenas siestas y aburrir a sus alumnos, que no dejaban de bostezar, con la palabrería anémica y libresca que ellos llamaban sabiduría.

Pero, el tormento de Elmer eran las clases que explicaba el Dr. Bruno Zechlin, profesor de Griego, Hebreo y Exégesis del Antiguo Testamento.

Bruno Zechlin era doctor en Filosofía por la Universidad de Bonn y S. T. D. por la de Edimburgo. Era uno de los diez o doce eruditos auténticos que se encuentran en las escuelas de teología de Norteamérica, lo cual no impedía que fuese un verdadero fracaso. Hablaba con excesiva torpeza, escribía oscuramente, no hablaba de Dios como si le conociese personalmente y, por último, no sabía ser amable con los tontos.

El seminario de Mizpah pertenecía al ala derecha del bautismo; representaba lo que veinte años más tarde iba a ser conocido con el nombre de «fundamentalismo».

Y en Mizpah el Dr. Zechlin era tenido en opinión de hereje.

Además, tenía una gran barba a la alemana, una barba leonada y pagana, y había nacido, no en Kansas o en Ohio, sino en una ciudad que tiene el ridículo nombre de Francfort.

Elmer le despreciaba a causa de su barba y a causa de su entusiasmo por la sintaxis hebrea; no le agradaba tampoco, porque no daba ningún consejo útil a profetas jóvenes y ambiciosos como él, y porque parecía haber tenido un placer perverso en atormentarle en el estudio del griego, asignatura en la que Elmer hubo de hacer esfuerzos agotadores que hubieran provocado la piedad de cualquiera.

Frank Shallard, por el contrario, sentía por el doctor Zechlin una veneración y un afecto que no le inspiraban ninguno otro de los profesores.

II

El padre de Frank Shallard era un pastor baptista, hombre afable, libresco, liberal, tibio que había logrado cierto éxito en su sagrado ministerio. Su madre pertenecía a una familia aristocrática algo venida a menos. Había nacido en Harrisburg y se había educado en Pittsburgh, siempre a la sombra de los campanarios, sombra de paz y de bondad, a pesar de los interminables rezos en familia y del amoroso cuidado con que su padre defendía a sus vástagos contra las impurezas mundanas tales como el baile, el teatro y las novelas libidinosas de Balzac.

La familia había hablado de enviar a Frank a la Universidad de Brown o a Pennsylvania, pero cuando iba a cumplir quince años el padre recibió el nombramiento de pastor de una iglesia importante en Cleveland, y fue el Colegio de Oberlin, en Ohio, el que enseñó a Frank los testimonios en favor del cristianismo contenidos en Plauto, Homero, el cálculo, el basketball y la historia de la Revolución Francesa.

Frank tenía algo de poeta nato y, lo que no es raro encontrar en los poetas, el don del raciocinio y el espíritu científico. Pero la imaginación y la razón habían sido sumergidas en

una religión en la cual la duda no sólo es pecaminosa, sino, lo que es peor, de mal gusto. Los impulsos que hubieran podido llevarle hacia las rosas, la alegría, las canciones, las banderas, las aventuras o la piedad por los oprimidos, habían sido absorbidos por la majestad terrible de Jehová, el Dios de los judíos, la misericordia inagotable de Nuestro Señor, los relatos de su nacimiento: los Reyes Magos cargados de joyas, las hogueras de los pastores, la estrella anunciadora, el niño en el pesebre... Mitos brillantes como esmaltes. Y así fue captado por los misterios de la Revelación, esa Alicia en el País de las Maravillas que lleva una máscara de dragón.

No solamente había crecido Frank en un ambiente rigurosamente religioso, sino que toda su experiencia la había adquirido en los libros y no en los hombres de la calle. En el colegio había sido un solitario, bondadoso pero susceptible, herido siempre por las groserías y las risotadas de sus compañeros.

Su razón había sido introvertida. Tenía que olvidar que los hombres eran unos mamíferos y afligirse porque las almas pecadoras pusieran tan poco celo en buscar refugio en procesos místicos, tales como la atrición, el arrepentimiento y la salvación que eran un remedio infalible para todos sus males; esto, al menos, es lo que le aseguraban los hombres más cultos y de sentimientos más elevados que había conocido. Su experiencia, sin embargo, no lo confirmaba por entero. Hasta después de los éxtasis de su conversión había experimentado accesos de furor reconcentrado ante las familiaridades de los adolescentes y había seguido mirando a hurtadillas a las curvas incitantes de las muchachas. Pero todo aquello, se decía a sí mismo, se debía a que «todavía no había alcanzado la perfección».

Además, tenía dudas. El Dios del Antiguo Testamento, sediento de la sangre de todos aquellos que no le adulaban, le parecía antisocial, y Frank se preguntaba si el Cantar de los Cantares con su salacidad podía referirse a la unión de Cristo con su Iglesia. Todo aquello se parecía bien poco a las reuniones de la capilla de Oberlin o de la Iglesia baptista de la Avenida de Miller, de Cleveland, Ohio. ¿No era, acaso, posible que el rey Salomón se refiriese a las relaciones de dos seres más frívolos y mundanos?

Toda su razón la empleaba Frank no en analizar los hechos que provocaban sus dudas, sino en examinar y desvanecer las mismas dudas. Tenía por axioma que la duda es maligna y desplegaba todas sus facultades de raciocinio para eliminarla. Entre las ambigüedades floridas de la religión, experimentaba una especie de placer y concebía una idea elevada de sí mismo.

Jamás había vacilado en ser ministro del Señor. La vocación terminante acompañada de éxtasis, como la de Elmer, no la había tenido nunca; pero estaba convencido de que se pasaría la vida teorizando sobre la Eucaristía y señalando a los hombres el camino que conduce a esas mesetas inexploradas que se llaman la Virtud, el Idealismo, la Honestidad, el Sacrificio, la Belleza y la Salvación.

Con su pelo rubio rizado, su tez blanca, su nariz correcta, sus grandes ojos caninos y su torso erguido, Frank era, a los veintitrés años, estudiando cuarto año en el seminario de Mizpah, un hermoso joven.

Era el alumno predilecto del Decano Trosper y del profesor de Interpretación del Nuevo Testamento. Sus notas eran excelentes, sus maneras, respetuosas y su aplicación al estudio, constante. Pero el que podía considerarse su maestro era Bruno Zechlin, el barbudo gramático hebreo, el hombre vacilante y de palabra torpe, supuesta víctima de la cerveza alemana y del racionalismo alemán. Frank era el único estudiante de su generación a quien el doctor Zechlin había escogido como confidente.

Durante el primer año del seminario, Zechlin y Frank se limitaron a guardarse

mutuas atenciones; se observaban, se respetaban, pero permanecían alejados el uno del otro. A Frank le intimidaba la sabiduría de Zechlin y fue éste, finalmente, quien dio el primer paso. Se sentía muy solo. Estaba soltero y despreciaba a todos aquellos de sus colegas a quienes no temía. Lo que más le desagradaba era oírse llamar «Hermano Zechlin» por predicadores gordiflones acostumbrados a rebuznar en los sermones de pueblo.

Un día, al comienzo del segundo año, en la clase de Exégesis del Antiguo Testamento, Frank tuvo dudas y dijo:

—Profesor Zechlin, yo quisiera que me explicase usted lo que, a mi parecer, es una contradicción de la Escritura. Dice en San Juan— creo que en el capítulo primero— que «ningún hombre ha visto jamás a Dios»; y Timoteo afirma claramente «que ningún hombre lo ha visto ni lo puede ver». Y, sin embargo, en el capítulo XXIV del Éxodo, Moisés y más de setenta personas más le han visto tocando el suelo con sus pies. Isaías y Amos dicen también que lo han visto y Dios hizo que Moisés pudiese verle parcialmente. Y, no obstante, Dios dijo a Moisés que nadie podría verle el rostro y seguir viviendo; pero Jacob se esforzó en verle y lo consiguió y no se murió. Le aseguro, Dr. Zechlin, que yo no quiero suscitar dudas; pero me parece que hay una contradicción en todo esto y quisiera conocer la explicación adecuada.

El doctor Zechlin le dirigió una mirada penetrante de curiosidad.

—¿Qué quiere usted decir con eso de «explicación adecuada», señor Shallard?

—Deseo conocerla para poder dar una explicación satisfactoria a los jóvenes a quienes pudiera inquietar alguna duda.

—Es muy complicado. Si quiere usted venir a mi casa esta noche después de comer, intentaré aclarárselo.

Cuando Frank se presentó tímidamente en su casa (que se reducía a un cuarto de trabajo atestado de libros y a una alcoba) el doctor Zechlin no intentó en absoluto aclararle nada. Sondeó a Frank para averiguar si fumaba y le ofreció un cigarro. Después arrellanó en su viejo sillón y le preguntó:

—¿De modo que experimenta usted dudas sobre la interpretación literal de nuestro Antiguo Testamento, Shallard?

Su tono de voz era amable y comprensivo.

—No sé... Me parece que sí. Pero yo no las llamaría dudas.

—¿Por qué no? Dudar es cosa muy saludable, especialmente en los jóvenes. ¿No comprende usted que de otro modo no haría usted más que tragarse las enseñanzas sin discernimiento? Además, no hay ningún profesor infalible, ¿no es verdad?

Aquello fue el comienzo de una conversación, prudente siempre, pero cada vez más franca, que duró hasta la medianoche. El doctor Zechlin le prestó (suplicándole que no se los enseñase a nadie) la «Vida de Jesús», de Renán; y la «Religión de un Espíritu Maduro», de Coe.

Frank volvió a visitarle en su cuarto en días sucesivos y, juntos también, pasearon sin rumbo entre manzanos de agradable olor, sin parar mientes en el veranillo de San Martín que resplandecía en los pastizales, absortos en el problema del destino del hombre y de la comprensión de los dioses.

Tres meses tardó el doctor Zechlin en confesar que era agnóstico y un mes más en reconocer que la palabra «ateo» le definiría con más exactitud.

Aun antes de haberse doctorado en Teología, ya estaba convencido el doctor Zechlin de que era tan imposible admitir literalmente los mitos del Cristianismo como los del Budismo. Durante muchos años, sin embargo, había razonado sus herejías. Se consolaba

pensando que estos mitos eran símbolos que personificaban la gloria de Dios y el genio de Cristo como conductor de hombres. Había forjado una parábola convincente. Los que lo toman todo al pie de la letra— decía—, afirman que una bandera es algo sagrado, una cosa por la cual vale la pena de morir, y no por lo que represente simbólicamente, sino por ella misma. El infiel, al otro extremo de la escala, sostiene que la bandera no es más que un pedazo de trapo de lana, de seda o de algodón, con inscripciones antiestéticas, que es infinitamente menos útil, menos romántica y menos sagrada que una camisa o una sábana, por ejemplo. Pero para el pensador sin prejuicios, como él, era un símbolo no menos sagrado porque sólo tuviera un valor representativo.

Transcurrieron veinte años y comprendió que se había engañado. No admiraba realmente a Jesús como el único espíritu director de la Humanidad. Vio que las enseñanzas de Jesús eran contradictorias y tomadas de rabinos anteriores a él. Si las enseñanzas del cristianismo podían servir de bandera, de símbolo y de filosofía a la mayoría de dos berreadores de sermones que le rodeaban y a quienes detestaba, entonces aquella bandera y aquellos símbolos eran los de sus enemigos.

Sin embargo, siguió siendo un clérigo baptista y siguió enseñando a los aprendices de pastores de almas.

Traté de explicárselo a Frank Shallard sin acusar excesiva vergüenza.

En primer lugar— le dijo— era difícil, sobre todo para un sexagenario, renegar de una filosofía que había enseñado toda su vida. Esto significaría haber perdido una vida lamentablemente.

Por otra parte, le agradaba perderse en los laberintos teológicos.

Y además— hubo de confesar a Frank una tarde de invierno, a la hora del crepúsculo, de regreso de un largo paseo— temía perder su puesto si decía la verdad.

Era un hombre de vastos conocimientos, pero tan mediano como predicador y tan desaliñado como escritor, que no podría agradar a una asociación religiosa liberal, ni publicar trabajos en las revistas. De suerte que, fuera del mundo del parasitismo religioso (como él decía) no veía medio de ganarse la vida. Si alguna vez le echaban de Mizpah, se moriría de hambre.

—¡Ahí tiene usted!— concluyó con aire sombrío—. Me duele pensar que pueda usted tener que pasar por todo esto, Frank.

—Pero, pero... Qué haré, doctor Zechlin? ¿Cree usted que debo abandonar la Iglesia? ¿Ahora que todavía es tiempo?

—La Iglesia es su vida. La echaría usted de menos. ¡Quizá deba usted quedarse en ella... para destruirla!

—¡Pero si usted no quiere que se destruya! Aunque haya dogmas falsos, aunque lo sean todos, ¡piense usted en el consuelo que representan la iglesia y la religión para la pobre humanidad!

—¿Es así, realmente? ¡No lo sé! ¿Es que los agnósticos que saben que cuando se mueran se mueren completamente no viven mas despreocupados que estos buenos baptistas, siempre atormentados pensando en si sus hijos, sus primos o sus novias alcanzaran el cielo baptista; o, lo que es peor aun, preguntándose si no se habrán equivocado y luego resulta que Dios, en lugar de ser baptista, es católico, o mormón, o adventista del séptimo día, en cuyo caso ellos irían al infierno derechos? ¿Un consuelo? ¡No! Pero... quédese en la iglesia, hasta que usted sienta la necesidad de marcharse.

Y Frank se quedó.

III

Hacia el segundo año de sus estudios ya había leído Frank buen número de libros clandestinos del doctor Zechlin: «Los caracteres primitivos en los Resurgimientos religiosos», de Davenport, donde se afirmaba que los gritos, la espuma en la boca y las convulsiones que provocaban en ciertas personas tales resurgimientos no eran más sagrados que los accesos de frenesí de las religiones bárbaras; había leído las obras de Dods y Sunderland sobre los orígenes de la Biblia, en las que se declaraba que la Biblia no era ni más santa ni más infalible que Homero; la vida revolucionaria de Jesús, por Nathaniel Schmidt, «El Profeta de Nazaret», la «Historia de la guerra entre la Ciencia y la Teología», de White, que representaba a la religión no como la causa, sino como el enemigo del progreso. Frank, nada menos que en un seminario baptista, era el tipo exacto del «joven corrompido por una educación sin Dios», que las revistas baptistas solían describir con delectación.

Pero siguió allí.

Se agarró a la iglesia. Era su tierra, su patria. De un modo confuso, ineficaz y mísero anhelaba dedicar su vida entera a la tarea de «liberalizar la iglesia desde dentro».

Fue un alivio, después de todos estos sofismas, tener una emoción tan clara, tan fuerte y tan grata como el odio que comenzó a sentir por el Hermano Elmer Gantry.

IV

Frank había detestado siempre a Elmer por su grosera plebeyez, por sus instintos crapulosos, por su incapacidad para entender la abstracción más elemental. Pero Frank no sabía odiar y, cuando salieron juntos a cuidar el rebaño de Schoenheim casi le agradó Elmer con su espléndido vigor animal de atleta.

Para Frank, Lulú era una muñeca de porcelana y la hubiera acariciado como a cualquiera de las niñas de diez años que asistían a la escuela dominical. Vio cómo todo el cuerpo de Elmer se ponía en tensión cuando miraba a Lulú, sin que él, Frank, pudiese hacer nada.

Temía que si hablaba al señor Bainso a la misma Lulú, Elmer se viese obligado a casarse con ella; y Frank, que siempre había sido partidario de «la santa institución del matrimonio», comprendió que una mozuela alegre como Lulú saldría siempre mejor librada en cualquier caso que unciéndose al pesado yugo de Elmer.

Los padres de Frank se fueron a California a pasar las Navidades y él pasó la fiesta con el Dr. Zechlin. Celebraron juntos la Nochebuena y la cosa resultó un «Weinnachtsabend» muy animado y completamente alemán. Zechlin adquirió un pato y logró que se lo asase la mujer del osteópata, rellenándolo de salchichas y acompañándolo de tarta de grosella. Zechlin preparó un ponche que no tenía nada de baptista, un ponche espumoso que esparcía un aroma divino y que hizo ver visiones a Frank.

Tomaron asiento en viejos sillones en torno a la estufa y moviendo alegremente sus vasos, cantarme:

«Stille Nacht, heilige Nacht,

Alles schlaft, einsam wacht,

Nur das traute hochheilige Paar,

Holder Knabe im lockigen Haar

Schlaf in himlischer Ruh,

*Schlaf in himmlischer Ruh.*³

—¡Ah, sí!— dijo el anciano con aire meditabundo—. Ese es el Cristo con quien yo sueño todavía... El niño de los cabellos dorados, el amado Cristo-Niño alemán... El de los hermosos cuentos de hadas... Y pensar que nuestro decano Trospen hace de Jesús un monstruo que odia la juventud y la alegría...! «Wein, Weib un Gesang. Der Arme!»⁴. ¡Qué mala suerte tuvo Cristo con que el decano Trospen no asistiera a las bodas de Canaan, porque le hubiera explicado por qué no debía convertir el agua en vino! ¡Ay! ¿No seré ya demasiado viejo para comprarme una granja que tenga un gran viñedo y, en la casa, media docena de libros?

V

A Elmer Gantry solían ocurrírsele cosas muy ingeniosas sobre la persona del Dr. Bruno Zechlin. Unas veces le llamaba «el viejo veloso». Otras veces decía: «No es de extrañar que ese pajarraco enseñe hebreo; su cara parece una página de «yidish». Elmer tenía el suficiente ingenio para decir cosas como esas. Los aplausos de Eddie Fislinger, que no se recataba de decir en los pasillos y en los lavabos que Zechlin no tenía espiritualidad, animaron a Elmer a producir su burla magistral.

Antes del comienzo de las clases de Exégesis escribió en el tablero con letra desfigurada:

«Yo soy Zechlin el Velloso, el tío que sabe más que Dios. Si Jacobo Trospen se enterara de lo que yo pienso realmente sobre la inspiración de las Escrituras, me cogería por mi sucio pescuezo de alemán y me echaría a puntapiés».

Los estudiantes se rieron a carcajadas, incluso el ponderado Hermano Karkis, el Calvino de las montañas.

El Dr. Zechlin entró con su paso menudo en la clase, sonriendo. Recayó su mirada sobre el tablero y leyó lo escrito en él. Volvió la vista a sus alumnos, como si no pudiera creer lo que acaba de ver. Después, su expresión fue de temor. Parecía un perro apedreado por una pandilla de golfos. Dio media vuelta y salió de la clase entre las risas del Hermano Gantry y del Hermano Karkis.

No se sabe como llegó la noticia del incidente a oídos del decano Trospen. Mandó llamar a Elmer.

—Sospecho que es usted quien escribió aquello en el tablero.

Elmer pensó en mentir, pero cambió de idea y dijo precipitadamente:

—Si. Yo lo hice, señor Decano. Es que es una vergüenza... Yo no pretendo haber alcanzado ningún grado de perfección cristiana, pero me esfuerzo en conseguirlo, y creo que es una vergüenza que un profesor quiera arrancarnos la fe con insinuaciones y sarcasmos. Eso es todo.

El decano Trospen habló en tono perentorio.

—Me parece, Hermano Gantry, que usted no necesita que nadie le induzca al pecado. Sin embargo, hay alguna justificación en lo que usted dice. Ahora, váyase y procure apartarse del pecado. Todavía abrigó la esperanza de que con el tiempo dedique usted su exceso de vitalidad a lograr el bien de los demás y el sayo propio. Nada más.

Por Pascuas el Dr. Bruno Zechlin fue separado de su cátedra. Se fue a vivir con su sobrina. Era una mujer pobre que le gustaba jugar al bridge y que le vio llegar con malos ojos. Zechlin ganó algún dinero haciendo traducciones del alemán. Al cabo de dos años murió.

Elmer Gantry no supo nunca quien le había enviado treinta monedas de plata envueltas en un opúsculo piadoso, ni para qué. Pero los pensamientos del opúsculo le fueron útiles en un sermón, y se gastó las treinta monedas en comprar fotografías galantes de señoritas de conjunto.

CAPITULO

IX

I

HACIA Navidad, las relaciones entre el Hermano Gantry y el Hermano Shallard no eran muy afectuosas, ni aun en la intimidad de los viajes en la vagoneta.

Un día, al regreso de Schoenheim, mientras trabajaban impulsando la vagoneta, Frank le dijo:

—Mira, Gantry, esto no puede continuar. Lo que hacéis tú y Lulú no me parece bien. Os he sorprendido mirándoos de un modo muy particular. Sospecho que has estado hablando con el decano sobre el Dr. Zechlin. Y me parece que voy a ser yo quien vaya a hablar al decano. Creo que no reúnes condiciones para ejercer un pastorado.

Elmer cesó de maniobrar la palanca, miró a Frank con ojos brillantes, y frotándose las manos enmitonadas en los muslos le dijo lentamente:

—Hace tiempo que esperaba esto. Yo soy un impulsivo, es verdad; cometo errores graves; todo hombre que lo es de verdad los comete. Pero ¿y tú? No sé hasta donde has llegado en tus dudas infernales, pero te he oído las ambigüedades con que contestas a las preguntas de los niños en la escuela dominical, y estoy seguro de que comienzas a vacilar. No tardando mucho serás un librepensador franco y decidido. ¡Es tremendo! ¡Un hombre que pretende debilitar la religión cristiana y robar a las pobres gentes su única esperanza de salvación! ¡El asesino más feroz que haya existido no es tan criminal como tú!

—¡Eso no es verdad! ¡Me dejaría matar antes que arrancar la fe de alguien que la necesitase!

—Entonces no tienes el talento suficiente para comprender lo que estás haciendo, y no debes ocupar jamás un púlpito cristiano. Soy yo el que tiene que ir a quejarse al decano Trooper. Hoy mismo, cuando se acercó a ti aquella muchacha a lamentarse de que su padre había abandonado la costumbre de rezar en familia, tú le diste a entender que la cosa no tenía importancia. ¡Es posible que tú hayas marcado a esa infeliz señorita el camino empedrado de dudas que conduce al infierno eterno!

Y, durante todo el camino hasta Mizpah, Frank, muy preocupado, procuró dar explicaciones.

Y, en Mizpah, Elmer fue tan benévolo con él que le permitió renunciar a su puesto

de Schoenheim, aconsejándole que se arrepintiese e impetrase el auxilio del Espíritu Santo antes de intentar volver a encargarse de otro pastorado.

Elmer, a solas en su cuarto, saboreó su triunfo evangélico. Y tan embebido estaba que tardó unos minutos en darse cuenta de que Frank ya no sería un obstáculo para sus relaciones con Lulú Bains.

II

Muchas veces, antes del mes de marzo, en casa de ella, en una granja abandonada o en la iglesia, Elmer se las arregló para tener entrevistas con Lulú. Pero la palabrería melosa e ingenua de Lulú comenzaba a cansarle. Hasta la admiración que demostraba sentir por él, recayendo siempre sobre las mismas cosas, comenzaba a irritarle. En amor carecía por completo de imaginación. Siempre le besaba de la misma manera y esperaba que la correspondiese lo mismo. Ya antes de marzo estaba ahíto de ella, pero Lulú le era tan adicta que Elmer comenzaba a preguntarse si no tendría que abandonar la iglesia de Schoenheim para verse libre de ella. Se sentía agraviado.

Nadie podría decir que él tratase mal a las muchachas ni que las despreciase como Jim Lefferts. Había enseñado muchas cosas a Lulú; había desvanecido sus prejuicios rústicos; la había hecho ver que una persona puede ser creyente sin renunciar al placer; todo se reducía a tener un poco de buen sentido y a comprender que se pueden predicar los más altos ideales sin que por eso hayan de practicarse a diario, y menos cuando se es joven. Y, además, ¿no le había regalado un brazalete que le había costado cinco dólares?

Pero era una tonta rematada. No se daba nunca cuenta que, después de ciertas expansiones, un hombre no quiere saber nada del amor, porque tiene que preparar un sermón para el domingo o estudiar la endemoniada lección de griego. En suma, que estaba completamente defraudado. Había creído que era una mujer insignificante, agradable, poco emotiva que no le produciría preocupaciones, con quien podría divertirse sin que llegase a constituir un problema serio, y ahora resultaba que era una mujer apasionada de quien no podía desprenderse. Quería que la besase con ardor a todas horas y él estaba harto de ella. Cuando él quería hablar sentía sus labios que le perseguían posándose en su boca en sus manos, en su cuello...

Le escribía cartas lacrimosas a Mizpah. ¿Qué ocurriría si alguien se las encontraba? ¡Qué horror! Le escribía diciéndole que solo vivía pensando en la próxima entrevista, con la cual seguramente pretendía molestarle y apartar su atención de la labor seria que un hombre como él tenía que hacer. Mientras predicaba, ella le miraba lánguidamente con sus ojos llorones y echaba a perder su elocuencia. Le fatigaba en extremo y no tenía más remedio que desembarazarse de ella.

Lo lamentaba mucho. El, que siempre había sido amable con las mujeres y con todo el mundo. Pero era tanto en beneficio de ella como en el suyo propio...

No podía menos de portarse mal con ella y hacerla sufrir.

III

Una mañana, después de los rezos, se quedaron solos en la iglesia Elmer y Lulú. Ella le había dicho al oído junto a la puerta:

—Tengo que decirte algo importante.

Elmer se asustó.

—Bueno. No conviene que nos vean juntos tan a menudo... Quédate detrás, Cuando todos se hayan marchado.

Elmer se había sentado en el primer banco, cuando la iglesia estuvo desierta, y se puso a leer himnos por falta de algo mejor. De pronto sintió que Lulú se deslizaba a su lado y le besaba en una oreja. El se sobresaltó.

—No sé a que viene asustar a la gente de esta manera— dijo malhumorado—. ¿Qué es lo que tienes que decirme?

Ella enmudeció, a punto de llorar.

—Creí que te gustaría. Quería darte una sorpresa, llegando junto a ti sin que me sintieras para decirte que te quería mucho.

—Está bien. ¡No veo la necesidad de que vengas a representar un papel como si estuvieras preñada o te pasara algo!

—¡Elmer!

La muchacha se sentía demasiado herida en su ingenuo cariño y demasiado ofendida en su rústico sentido del decoro para poder responder.

—Pues eso es exactamente lo que has hecho— siguió diciendo Elmer—. Hacerme quedar aquí esperándote, cuando tengo que volver en seguida a Mizpah, donde tengo una cita importante... Y luego tener yo que maniobrar la vagoneta, yo solo... ¡A ver cuando quieres dejar de ser una niña de cuatro años!

—¡Elmer!

—¡Qué tanto Elmer, Elmer, Elmer! ¡Basta ya de bobadas! A mi me gusta divertirme como a todo el mundo, y dar bromas, pero tanto, tanto...

Lulú se arrodilló a su lado, puso su mano infantil sobre sus rodillas y balbució imitando el lenguaje de los niños, cosa que a él le irritaba profundamente:

—¡El oso malo! ¡El oso malo! ¡No quiere a Lulukins!⁵.

—¡Lulukins! ¡Dios me valga!

—¿Qué te ocurre, Elmer Gantry?

Ahora era el maestro de la escuela dominical el que sentía ofendida su sensibilidad. Lulú se había puesto en pie.

—¡Lulukins!— repitió Elmer—. De todas las infantilidades que te he oído, esta colma la ‘medida. ¡Por Dios y por todos los Santos, mira a ver si puedes comportarte como un ser humano! Y no vuelvas a agazaparte a mi lada. Suponte que entrara alguien. ¿Es que lo haces deliberadamente con el propósito de hundirme?... ¡Lulukins!...

Ella seguía en pie, con las manos apretadas.

—¿Qué es lo que he hecho? No he querido ofenderte. ¡Te lo juro! Perdóname. Solo quería darte una sorpresa.

—¡Y buena sorpresa que me has dado!

—No sabes cuanto lo siento. Pero tu mismo me has llamado Lulukins algunas veces.

—¡Jamás te he llamado así!

Ella calló por unos instantes. Luego dijo:

—Además, si lo hice, fue en broma.

Pacientemente, queriendo salir de aquella confusión, se sentó a su lado y le dijo en tono sumiso:

—Yo no sé qué es lo que he hecho. Es que no lo sé. Te suplico que me lo expliques, y así podré corregirme.

—¡Qué idiotez!— rugió Elmer, levantándose y cogiendo su sombrero y su abrigo.

¡Si no puedes entenderlo por ti sola, yo no puedo gastar tiempo en explicaciones!

Y se marchó, sintiéndose aliviado pero no muy satisfecho.

El martes, sin embargo, ya se vanagloriaba de su fuerza de voluntad.

El martes por la tarde recibió una carta de Lulú llena de disculpas. Era una carta confusa de estilo y de ortografía y las disculpas nada claras, porque ella no sabía a punto fijo de qué se tenía que disculpar.

El no la contestó.

Al domingo siguiente durante el sermón ella no le quitó ojo esperando verle sonreír, pero él procuró apartar la vista de ella.

Mientras explicaba con gran cúmulo de datos el crimen de Nadab y de Abihu, que habían puesto fuego ajeno en sus incensarios, pensaba admirándose a sí mismo:

—¡Pobre chiquilla! Siento verdadera compasión por ella.

Vio que ella se quedaba con sus padres junto a la puerta a la terminación del servicio, pero Elmer dejó a la mitad de sus feligreses sin darles el acostumbrado apretón de manos y sin confesar, y diciendo entre dientes al Diácono Bains: «Tengo que irme a escape», salió corriendo hacia la vía.

En el camino iba diciéndose, furioso:

—Si pretendes representar este papel y dedicarte a perseguirme, tendré que decirte unas cuantas cosas a solas, señorita.

Al martes siguiente esperó recibir una nueva carta llena de excusas. No recibió nada. Pero el jueves, cuando estaba tomando tranquilamente una vaso de leche helada con vainilla en la droguería de Bombery, cerca del Seminario, feliz por haber terminado el tema de las Misiones y por tener dos puros de cinco centavos en el bolsillo, lleno de energía y de amor por todo el género humano, vio de pronto a Lulú que estaba frente a él mirándole.

Se alarmó. Lulú tenía mala cara.

—¿Le habrá dicho algo a su padre?— pensó, concibiendo repentino odio hacia ella.

Pero se dirigió a ella y con cortesía grandilocuente, expresó el placer que sentía al encontrarla allí.

—¿Que tal estás, Lulú? ¡Qué agradable sorpresa! ¿Dónde está tu papá?

—Ha ido con mamá a ver a un médico. Mamá tiene dolores en los oídos. He quedado en reunirme con ellos en el Bazar Boston. ¡Elmer!

Su voz era tensa, como un cable próximo a quebrarse.

—Tengo que hablarte. Tienes que... Ven conmigo a la calle.

Elmer observó que Lulú se había dado colorete en las mejillas. Tal cosa no era acostumbrada en 1906 entre las mujeres del campo en el Oeste Central, y Lulú lo había hecho bastante mal.

La primavera se había adelantado aquel año. A comienzos de marzo los árboles estaban en flor y, si Lulú no hubiese sido tan pesada y tan regañona, Elmer hubiese podido mostrarse romántico con ella mientras paseaban hacia los jardines que rodean el Palacio de Justicia y la estatua del general Sherrnan.

En sus relaciones con Elmer, Lulú había aprendido a ser audaz y había enriquecido su vocabulario. Y tras una ligera vacilación, una mirada furtiva, y una leve tentativa de cogerle el brazo que él apartó, le dijo bruscamente:

—Tenemos que hacer algo, porque creo que voy a tener un hijo.

—¡Demonio! — dijo el Reverendo Elmer Gantry—. ¡Y se lo habrás contado ya a tus padres!

—No. Respondió ella serena y digna... todo lo digna que podía ser una gatita roja,

encogida de susto.

—Bueno. Está bien. Supongo que tendré que tomar alguna determinación. ¡Maldita sea!

Elmer reflexionó rápidamente. Las mujeres alegres que conocía en Monarch podrían aconsejarle... Pero...

—Mira Lulú— dijo en tono agresivo—. No es posible eso que dices.

Estaban junto al muro de ladrillo que rodea los jardines del Palacio de Justicia, bajo las alas orientadas de hierro fundido de la estatua de la Justicia. La miró a los ojos:

¿Qué es lo que pretendes? Bien sabe Dios que yo estoy a tu lado en todo lo que sea necesario. ¡Pero no consiento que nadie «me la pegue»! ¿De dónde sacas que estás preñada?

—¡Por Dios, Elmer! ¡No emplees esa palabra!

—¡Bah! No sé que tenga de malo. Veamos. ¿Por qué te lo figuras?

Ella no apartaba la vista del suelo, sin atreverse a mirarle. El dio rienda suelta a su pía indignación, sin escuchar las débiles razones que ella exponía. El hecho era que nadie había enseñado a Lulú mucha fisiología, y evidentemente, ella inventaba lo que consideraba verdaderos síntomas. Todo lo que pudo decir una y otra vez, mientras las lágrimas disolvían el colorete de sus mejillas y se llevaba las manos temblorosas a la cara era que se sentía mal.

—¡Por Dios, no me obligues a explicártelo más veces! — imploró.

Elmer había oído ya bastante. La cogió por los hombros, nada tiernamente.

—Lulú, estás mintiendo. ¡Tu corazón es falso y falaz! Muchas veces me he preguntado qué es lo que había en ti que me repelía y me impedía casarme contigo. ¡Y ahora lo sé! ¡Gracias a Dios, lo he descubierto a tiempo! ¡Estás mintiendo!

—¡No, no! Te ruego...

—Mira. Voy a llevarte a casa de un médico. Ahora mismo. Allí sabremos la verdad.

—No, no, no, ¡No, por Dios! ¡No puedo!

—¿Por qué no puedes?

—Te ruego que me dejes.

—¡Bah! ¿Y eso es todo lo que tienes que decir? ¡Vamos! ¡Mírame!

Debía haberle hecho daño en los tiernos hombros, con sus gruesos dedos, pero Elmer se sentía justificado, como uno de aquellos profetas del Antiguo Testamento tan admirados por su secta.

Y había encontrado un motivo por el cual podía realmente reñir con ella.

Ella no le miró, a pesar de su insistencia. Se contentaba con llorar desesperadamente.

—¿Así que estabas mintiendo?

—¡Sí, sí! ¡Oh, Elmer! ¿Cómo puedes martirizarme así?

El apartó la mano de su hombro, y asumió una actitud cortés.

—No. No decía que me martirizabas, porque me hicieses daño en el hombro. Eso no me importa. Quiero decir martirizarme ¡«a mí»! ¡Tratarme con tanta dureza! Y yo que pensaba que si nos casáramos... Haré todo lo que quieras para hacerte feliz. Iría donde tú fueras. Y no me importaría que tuviéramos que vivir en la casa más chiquitita...

—Y tú... tú esperas que un ministro del Evangelio comparta una casa con una mentirosa! ¡Oh, tú, víbora, que...! ¡Demonio! ¡No voy a echar un sermón ahora! Es posible que yo no haya obrado bien tampoco. Aunque he notado que te gustaba mucho salir de tu casa a escondidillas para verte conmigo. Pero cuando una mujer cristiana miente

deliberadamente y pretende engañar a un hombre en sus sentimientos más hondos... ¡Esto se sale de la raya aunque yo haya obrado mal! ¡No te atrevas a dirigirme en tu vida la palabra! ¡Y si le cuentas esto a tu padre y me obligas a casarme, me... me... me mataré!

—¡No, no! ¡No diré nada! ¡Te aseguro que no diré nada a nadie!

—Yo expiaré mis faltas en lágrimas amargas y, en cuanto a ti, mujer... ¡vete y no vuelvas a pecar!

Elmer dio media vuelta y se alejó de ella, sin prestar oído a sus sollozos. Ella corrió tras él desesperadamente sin poder alcanzarle por sus grandes zancadas de gigante y, ya sin aliento, se detuvo apoyándose en un árbol. Un repartidor de una tienda de comestibles que pasaba por allí la miró con aire burlón.

Al domingo siguiente Lulú no fue a la iglesia. Elmer se puso tan contento que pensó en citarse nuevamente con ella.

IV

El diácono Bains y su buena esposa habían observado que su hija Lulú, tan alegre de ordinario, estaba pálida y distraída.

—Me parece que está en amores con el nuevo predicador. Nosotros no debemos meternos en nada. No es mal partido para la chica. No he conocido nunca un predicador joven tan enérgico como éste. Habla como si tuviera fuego en el pecho— dijo el diácono bostezando y estirándose en la inmensa cama de matrimonio, alta y mullida.

Fue Floyd Naylor el que vino a exponer sus recelos al diácono.

Floyd era pariente de los Bains; era un hombrón de veinticinco años, fuerte como un roble, bastante simple, muy pobre y muy leal. Durante varios años había rondado a Lulú. Sería romantizar demasiado decir que se había consumido de amor en amarga y respetuosa ausencia. Pero siempre había considerado a Lulú como la mujer más hermosa y discreta del universo. Lulú, en cambio, no le tenía en más estima que a un poste y en cuanto al diácono Bains discrepaba en absoluto de las opiniones de su pariente sobre el cultivo de la alfalfa. En la casa era una figura familiar, algo así como un perro de la vecindad.

Encontró al diácono Bains en el corral tratando de arreglar una voleana de un carricoche y le espetó:

—Oye, primo Barney, estoy algo preocupado con Lulú.

—¡Ah! Debe estar enamorada del predicador nuevo. Yo no sé nada. Puede que hagan una buena pareja.

—Sí. Pero ¿la quiere de veras el Hermano Gantry? No sé por qué no me agrada ese tipo.

—Es que tú no sabes apreciar lo que vale un predicador. No has estado nunca en estado de gracia. Tu no has «renacido» como es debido en el Espíritu.

—¡Ni he renacido ni maldito lo que me importa! Y lo mismo te pasa a ti. Los predicadores no son mala gente, por lo general. Pero este Gantry... Hace ya más de dos meses que lo he visto ir con Lulú por el camino de la escuela y marchaban muy juntos, besándose y diciéndose cosas...

—¿Eh? ¿Estás seguro de que eran ellos?

—Tan seguro como que estoy aquí. Yo... bueno, yo estaba con otra chica, y yo...

—¿Quién era ella?

—Fuera quien quisiera. El caso es que estábamos sentados debajo del olmo grande que hay al lado de la escuela, en la oscuridad, pero había luna llena y Lulú y el predicador

pasaron junto a nosotros, tocándonos casi, tan cerca como yo estoy de ti ahora. Bueno, me dije yo, serán novios. Después he andado una o dos veces alrededor de la iglesia, después del culto, y una vez que me asomé a una ventana los vi abrazados de un modo que creo que ya no tienen más remedio que casarse. Yo me he callado hasta ahora, esperando a ver si él se decidía a casarse con ella. Yo en este asunto ni entro ni salgo, Barney; pero ya sabes que siempre he querido a Lulú y me parece que debemos saber si este tratante en Biblias viene con buenas intenciones.

—Tienes razón. Hablaré con la chica.

Bains no había vigilado nunca con cuidado a su hija, pero Floyd Naylor no era un embustero y sus palabras le habían hecho efecto. El diácono entró en su casa con expresión ceñuda y encontró a Lulú junto a la batidora de mantequilla, inmóvil, con los brazos colgando, inertes.

—Oye, Lulú. ¿Qué es lo que hay entre el predicador y tú?

—¿Qué quiere usted decir?

—¿Sois novios formales? ¿Estáis prometidos? ¿Es que pensáis casaros?

—No, no. Nada de eso.

—¿Te ha hecho el amor?

—No. Nunca.

—¿No te ha besado o abrazado alguna vez?

—¡Jamás!

—¿Hasta dónde han llegado las cosas?

—¡Nada, nada! ¡No ha pasado nada!

—¿Qué te ocurre que estás tan desmadejada desde hace algún tiempo?

—Es que no me encuentro bien... Bueno, me encuentro bien, pero... Debe ser la primavera, me figuro...

Se dejó caer al suelo y rompió a llorar ruidosamente, con la cabeza apoyada en la batidora y las manos tecleando histéricamente en el suelo.

—¡Vamos, vamos, Lulú! Tu padre arreglará este asunto.

Floyd estaba esperando en el corral.

En aquella región y en aquellos días no eran raras ciertas ceremonias conocidas con el nombre de «bodas a tiros».

V

El Reverendo Elmer Gantry estaba leyendo una revista ilustrada, impresa en papel rosa, dedicada a los boxeadores y a las coristas, en su cuarto del Schmutz Hall, a una hora avanzada de la tarde, cuando dos hombres fornidos entraron en su cuarto sin llamar previamente a la puerta.

—¡Cómo, Hermano Bains! ¡Buenas tardes, Hermano Naylor! ¡Qué agradable sorpresa! Estaba en este momento... ¿Han visto ustedes cosa más abominable que este papelucho consagrado a las actrices? ¡Una invención diabólica! Pensaba denunciarlo el domingo próximo. Espero que jamás tengan ocasión de leer semejante... Pero ¡síéntense ustedes! Este sillón... Confío, Hermano Floyd, en que usted nunca lo leerá, porque los pasos del...

—¡Gantry!— explotó el diácono Bains—. Usted es el que tiene que dirigir sus pasos ahora mismo hacia mi casa. Usted ha estado tonteando con mi hija y, o se casa usted con ella o Floyd y yo vamos a arrancarle el pellejo a tiras. Según están las cosas, lo mismo me

da...

—¿Quiere usted decir que Lulú pretende...?

—No. Lulú no ha dicho nada. Y yo no sé si hago bien en dejar casarla con un individuo como usted. Pero tengo que proteger su buen nombre, y Floyd y yo ya nos cuidaremos de que la trate usted como se merece después del matrimonio. He pasado aviso a todos los vecinos papo que vayan esta noche a mi casa a pasar un rato con nosotros y les anunciaremos que estáis prometidos. Así que ya se está usted poniendo el traje de los domingos y vamos andando.

—A la fuerza no me obligarán ustedes a hacer nada...

—Cógele tú por ese lado, Floyd; pero déjame que le sacuda yo primero. Después le atizas tú...

Se colocaron a ambos lados de Elmer. Eran más bajos, menos corpulentos que él, pero sus rostros estaban curtidos como el cuero y en sus ojos había una expresión de indecible dureza.

—Usted es un zagalón, Hermano Gantry; pero hace usted poco ejercicio. Está usted flojo— dijo el diácono Bains.

Su puño descendió hasta tocar casi la rodilla; su espalda se ensanchó; el puño volvió a subir... y Floyd agarrotó de pronto los brazos de Elmer.

—¡Iré! ¡Iré! ¡Está bien!— gritó Elmer.

Había pensado que ya se las arreglaría para romper el compromiso. Había logrado recobrar su dominio habitual.

—Escúchenme ustedes, a ver si nos entendemos— dijo—. Yo quiero a Lulú y pensaba pedir su mano al acabar mis estudios— ya no me quedan más que tres meses— y pudiese colocarme en una iglesia. ¡Y a ustedes no se les ocurre cosa mejor que venir aquí a echar a perder nuestro idilio...!

—¡Hum! ¡Así parece!— gruñó el diácono Bains con indecible tono de desprecio en su voz—. Guárdese todas las palabras bonitas para Lulú. Se casarán a mediados de mayo y así transcurrirá tiempo suficiente, después de los esponsales, para que los vecinos no crean que ha pasado algo. Vístase en seguida. El coche está a la puerta. Lo trataremos bien. Si se porta usted con Lulú como es debido y la consuela y la devuelve la alegría, acaso Floyd Y yo desistamos de matarle a usted la noche de bodas. Ya veremos. Y siempre le trataremos bien en público, ni siquiera nos reiremos cuando le oigamos predicar. ¡Vamos! ¡De prisa!

Mientras se vestía, Elmer estuvo de espaldas a ellos Y logró rehacerse. Cuando se volvió súbitamente, resplandecía en su rostro la sonrisa más franca y varonil y pudo decir con tono persuasivo:

—Hermano Bains, le estoy muy agradecido a usted y al Hermano Floyd también. Se equivocan ustedes al creer que yo no me hubiera portado bien con Lulú. Pero estoy lleno de júbilo, sí señor, de júbilo, al ver la lealtad con que obran con ella sus parientes.

Esto les dejó más confusos que convencidos, pero los persuadió plenamente de su hombría de bien al decirles en tono jovial:

—¡Y qué par de hombrones! Yo me considero un hombre fuerte, y hago más ejercicio del que usted cree; pero me parece que con hombres como ustedes yo no haría buen papel. De buena me he librado, porque si llega usted a darme con el puño, ¡no sé dónde habría ido a parar el pobre Elmer...! Y tiene usted razón. No se debe demorar la fecha de la boda. El 15 de mayo estará bien. Y ahora quiero pedirle un favor: que me deje estar diez minutos a solas con Lulú antes de anunciar los esponsales. Quiero consolarla, hacerla feliz. ¡Ah! Usted sabrá bien si cumplo mi palabra. Un padre tiene ojos de lince...

—Bueno, el ojo de lince de este padre no ha estado muy alerta últimamente, pero no me parece mal que usted la vea.

—Ahora, ¿quieren estrechar mi mano? ¡Se lo ruego!

Era tan alto y estaba tan radiante que los dos le miraron con cara de ovejas, se sonrieran como campesinos a quienes adula un político y le estrecharon la mano.

En casa de los Bains había mucha gente, a la que se obsequió con pollo asado y sandía en conserva.

El diácono condujo a Lulú y a Elmer a una habitación retirada y los dejó solos.

Elmer se sentó cómodamente en el sofá; la muchacha permaneció en pie ante él, temblorosa y con los ojos enrojecidos.

—¡Vamos, vamos, chiquilla!— dijo Elmer en tono condescendiente.

Ella se acercó sollozando.

—Te aseguro que no he dicho nada a papá... No le he pedido que arreglara nuestra boda. Si tú no quieres, yo tampoco quiero...

—Bueno. Déjate de bobadas. Está bien. Estoy convencido de que serás una buena esposa. Siéntate.

Y la permitió que le besara la mano, lo cual la llenó de felicidad y la hizo llorar a lágrima viva hasta que al cabo de un rato salió muy contenta a decírselo a su padre.

En tanto, él reflexionaba:

—Con esto te contentarás por ahora, ¡imbécil! Ya veré yo cómo salir de este lío.

Al anunciarse los esponsales de Lulú con un ministro de Dios, todos los reunidos lanzaron vivas estentóreos y piadosos hurras.

Elmer pronunció después un discurso bastante largo en el que sacó a relucir todo lo que consta en las Sagradas Escrituras sobre las relaciones entre hombre y mujer; por lo menos se refirió a todo lo que él recordaba sobre la materia y que era susceptible de ser mencionado ante aquel auditorio tan heterogéneo.

—¡Hala, Hermano! ¡Dé un beso a la novia!— gritaron todos.

El la abrazó y la besó con calor; con tanto calor que sintió unos extraños estremecimientos.

Pasó la noche allí y estaba tan embargado de santo afecto que, cuando la familia se hubo entregado al sueño, se deslizó a la habitación de Lulú. Ella movió su cabecita en la almohada, al oírle, y murmuró, mientras él besaba su pelo fragante:

—¡Oh, amor mío! ¡Y me has perdonado! ¡Cuánto te quiero!

VI

Era costumbre entre los estudiantes de Mizpah comunicar al Decano Trospen los esponsales. El decano podía recomendarles para cargos eclesiásticos y los casados merecían una consideración especial. Los solteros eran destinados, por lo general, a servir de ayudantes en las iglesias grandes de las ciudades, y los casados, particularmente aquellos cuyas esposas eran mujeres fervorosas y expertas cocineras, eran enviados a iglesias pequeñas que regían en propiedad.

El decano mandó llamar a Elmer a su casa sombría, enclavada a un extremo del seminario— una casa que olía berzas y a ceniza mojada— y le preguntó:

—Gantry, ¿qué es esto que oigo de las relaciones que hay entre usted y una muchacha de Schoenheim?

—Nada incorrecto— respondió Elmer con aires de dignidad ofendida—. Estoy

prometido a una distinguida señorita de allí, hija de uno de mis diáconos.

—Está bien, está bien. Mejor es casarse que quemarse. Al menos, así lo dicen las Escrituras. Ahora, lo que yo espero de usted es mucha formalidad. Un predicador tiene que medir sus pasos con sumo cuidado. Tiene usted que apartarse hasta de la mera apariencia de pecado. Confío en que usted la amará y la respetará, y me parece que está bien que sea su prometida y mejor aun que pronto sea su esposa. Nada más.

—¿Qué diablos habrá querido decir con eso?— pensó Parsifal malhumorado al regresar a su cuarto.

VII

No tenía tiempo que perder. Faltaban sólo dos meses para el matrimonio de que estaba amenazado.

¡Si pudiera enredar a Lulú con alguno! Floyd Naylon por ejemplo. El imbécil la quería.

Elmer pasaba en Schoenheim todo el tiempo que podía, no sólo con Lulú, sino con Floyd también. Empleó a fondo todas sus armas de captación con Floyd y de enemigo transformó a aquel hombretón sin malicia en un admirador y un amigo. Un día cuando Floyd y él se dirigían hacia la vía, Elmer insinuó:

—Oye, Floyd; no sé por qué me parece que está mal que Lulú se case conmigo y no contigo. Tú eres tan buena persona, tan trabajador...! A mí, en cambio, se me alborota el genio con más facilidad.

—Yo, ¡no! Yo no valgo nada al lado de Lulú. Ella debe casarse con un hombre de conocimientos, como usted, que vista bien, y con quien pueda alternar en sociedad y todas esas cosas.

—Pero tú la has querido, ¿verdad? No tiene nada de particular. Es la mujer más deliciosa que he conocido. Te gustaba, ¿verdad?

—¡Hombre...! ¡Ya lo creo! Pero, qué demonio! Yo no valgo nada a su lado.

Elmer hablaba de Floyd como de un futuro primo y expresaba el cariño que sentía por él, y lo mucho que admiraba sus dotes de cantante. La verdad era que Floyd cantaba como un rústico sin oído. Elmer le trataba como un futuro primo y procuraba verle a menudo.

Hacía a Lulú el elogio de Floyd y a Floyd el elogio de Lulú. Y los dejaba juntos, a solas, cuantas veces podía, procurando observarlos desde detrás de una ventana. Pero con gran irritación suya, ellos se limitaban a estar sentados y a hablar.

La semana anterior a Pascuas la pasó íntegra en Schoenheim. Los baptistas de Schoenheim, en su odio al papismo, no hacían gran caso de la Pascua a la que llamaban «El festival de la Resurrección de Cristo»; pero les gustaba reunirse diariamente durante la semana que el mundo herético conoce con el nombre de «Semana Santa». Elmer estuvo alojado en casa de los Bains y luchó denodadamente contra el pecado y contra su proyectado matrimonio. Era tal su piedad y su elocuencia que logró apartar de la senda del pecado a dos niñas de dieciséis años y convirtió a un hombre que vivía señalado por el dedo de todos sus vecinos: un patriarca que acostumbraba a beber sidra agria y que no había sido regenerado desde hacía dos años.

Elmer había averiguado por entonces que aunque Floyd no era exactamente virgen, vacilaba entre sus deseos y sus actos, y se propuso ayudarles a tornar resoluciones. Se llevó a Floyd de paseo al prado, y después de reconocer que acaso no correspondía a un

predicador hablar de tales cosas, le narró sus conquistas amorosas hasta que los ojos del rústico se encandilaron de deseo. Después, entre disculpas acompañadas de risitas, le mostró su colección de lo que llamaba «fotografías de arte».

Floyd se las comió con los ojos. Elmer se las prestó. Aquel día era el jueves.

Al mismo tiempo, Elmer privó a Lulú durante toda la semana de las caricias que ella ansiaba hasta hacerla caer en la desesperación.

El viernes, Elmer celebró rezos matutinos en lugar de vespertinos y organizó una merienda a la que irían Floyd, Lulú y él, en el bosquecillo de sicomoros, cercano a la granja Bains. Lo propuso en un momento de alegría idílica y Lulú se llenó de contento. En el camino hacia el bosquecillo, los prometidos iban detrás de Floyd llevando los paquetes de la merienda. Ella suspiró:

—¿Por qué has estado tan frío conmigo? ¿He vuelto a ofenderte otra vez, querido mío?

El repuso con deliberada brutalidad:

—¡No seas una idiota llorona! ¿Es que no puedes obrar con juicio, al menos por una vez?

Cuando extendieron los manteles en el prado, Lulú duras penas contenía los sollozos.

Caía la noche cuando acabaron de merendar. Estaban callados. Floyd miraba de reojo a Lulú tratando de averiguar las causas de su disgusto y, de paso, echaba unas ojeadas a sus pantorrillas.

—Me marcho a tomar unas notas para el sermón mañana— dijo de pronto Elmer—. Esperadme aquí. Es muy agradable el aire libre. Volveré dentro de media hora.

Intencionadamente hizo mucho ruido entre los arbustos al marcharse, y al cabo de unos momentos volvió, deslizándose en silencio, y se ocultó detrás de un corpulento sicomoro, desde donde podía ver a Lulú y a Floyd sin ser visto. Se sentía orgulloso de sí mismo. La cosa marchaba. Lulú estaba ya sollozando sin rebozo y Floyd la consolaba diciéndola:

—¿Qué es lo que te pasa, preciosa? Dímelo, querida, dímelo.

Floyd se había acercado a ella y Lulú reclinó su cabeza en el hombro de su primo.

Un momento después, Floyd le enjugaba las lágrimas a besos y ella parecía arrebujarse junto a él. Elmer la oyó decir con voz velada:

—¡No está bien que me beses, Floyd!

—Elmer me ha dicho que debo tratarte como a una hermana y que podía besarte... ¡Oh, Dios mío, Lulú, cuánto te quiero!

—No, no debíamos...

Después reinó el silencio. Elmer salió a escape en dirección a la granja, encontró al diácono Bains y le dijo duramente:

—¡Venga usted conmigo! Quiero que vea usted lo que están haciendo Floyd y Lulú! Apague usted la linterna. Tengo yo aquí una eléctrica.

La tenía en efecto. La había comprado para este fin. También tenía un revólver en el bolsillo.

Cuando Elmer y el aturdido señor Bains desembocaron en el claro vieron, en el círculo de luz de la linterna, a Floyd y a Lulú sumidos en un beso interminable.

—Ahí los tiene usted!— rugió el ultrajado Elmer—. ¡Ahora comprenderá usted por qué vacilaba yo en casarme con esa mujer! ¡Hace mucho tiempo que sospechaba esto! ¡Qué abominación...! ¡Aquella que la corneta será apartada de todos!

Floyd se puso en pie de un salto, como un perro furioso. Elmer habría podido entenderse con él, pero fue el diácono Bains el que le tumbó al suelo de un tremendo puñetazo. Después el diácono se volvió a Elmer con los ojos empañados de las primeras lágrimas que le habían fluido desde su niñez:

—Perdóname, a mí y a los míos, Hermano. Hemos pecado contra ti. Esta mujer sufrirá su castigo, por siempre jamás. No volverá a pisar el umbral de mi casa. Se casará con Floyd. ¡Y es el más bestia de todos los granjeros en diez condados a la redonda!

—Me voy. No puedo soportar esto. Les enviaré otro predicador. ¡No volveré a veros jamás a ninguno de vosotros! —dijo Elmer.

—No te censuro. Procura perdonarnos, Hermano.

El diácono estaba sollozando, abrumado de dolor y de cólera.

Lo último que Elmer vio a la luz de su linterna fue a Lulú hecha un rebujón en el suelo, con los hombros encogidos y una expresión de terror insensato en el rostro.

CAPITULO

X

I

AL regresar con paso tardo aquella noche a Babylon, Elmer no saboreó con tanto placer como había esperado la consecución de su libertad. Pero, varonilmente, se esforzó en tener presente la charla insustancial de Lulú, su necia ignorancia, sus maneras pegajosas, su rusticidad, en fin, de todo lo cual Elmer acababa de escaparse.

Haber tenido que soportarla, amargándole la vida, sin servirle de nada en sus tareas con las congregaciones... Y cuándo hubiese ido a vivir a una gran ciudad, a regentar una iglesia importante... ¡Oh! ¡No tenía que alegrarse poco de habérsela sacudido de encima! Y, además, era lo mejor para ella. Lulú y Floyd harían una buena pareja...

Sabía que el único pecado del Decano Trosper era leer hasta una hora avanzada, y se dirigió sin vacilar a casa del decano a una hora tan intempestiva como las once de la noche. Durante la última milla del recorrido había dejado a un lado los transportes ‘de alegría y se había sumido heroicamente en el estado de ánimo propio de un joven abrumado por terrible pesadumbre. Tan bien logró su propósito que él mismo llegó a creer que, en efecto, estaba desolado.

—¡Oh! ¡Qué prudentes y acertadas fueron las palabras que usted me dijo sobre las mujeres!— gimió cuando estuvo ante el decano—. ¡Ha ocurrido una cosa terrible! Su padre y yo hemos encontrado a mi novia en brazos de otro hombre, un verdadero libertino que vive en las cercanías. No puedo volver a Schoenheim ni siquiera para atender los servicios de Pascuas. El padre aprueba mi actitud... ¡Puede usted preguntarle, si quiere!

—Me aflige profundamente lo que me comunica, Hermano Gantry. No sabía que fuera usted capaz de tomarse las cosas tan a pecho. Arrodiémonos y pidamos al Señor que conforte su ánimo conturbado. Enviaré al Hermano Shallard a Schoenheim a que se haga cargo de los servicios de Pascuas. El ya conoce aquello.

De rodillas, Elmer dijo al Señor que se le había tratado como jamás se había tratado a nadie. El decano se condeolizó de sus angustias.

—¡Vamos, vamos, muchacho! El Señor te aliviará de esta pesadumbre cuando lo juzgue conveniente. ¡Quién sabe si esto no entrañará un beneficio oculto...! Tienes suerte al

librarte de tal mujer y esto te dará esa humildad, ese anhelo de rectitud que siempre he echado de menos en ti, a pesar de tu magnífica voz de orador sagrado. Por otra parte, tengo algo que comunicarte que servirá de lenitivo a tu dolor. A un extremo de Monarch hay una capillita muy bonita en la que se necesita un beneficiado. Yo había pensado mandar allá al Hermano Hudkins, el predicador retirado que vive junto a la fábrica de ladrillos, y que viene a las clases de cuando en cuando, para que se encargase del servicio de Pascuas. Pero le enviaré a usted en su lugar y creo que si se entrevista usted con el comité, probablemente le nombrarán a usted pastor fijo, por lo menos hasta que se gradúe. Pagan quince dólares cada domingo y los viajes aparte. Y estando en una ciudad como Monarch puede usted frecuentar la asociación pastoral y los círculos eclesiásticos, quedándose allí hasta el lunes por la tarde, y crearse buenas amistades que le faciliten, acaso, al verano próximo un puesto de ayudante en una iglesia de importancia. Hay un tren para Monarch todas las mañanas a las 10 y 21, según creo. Se va usted en ese tren mañana por la mañana y se dirige a un abogado llamado Eversley. Tiene su oficina en... ¿Dónde está su carta? En el edificio de la Royal Trust Company. Es uno de los diáconos. Yo le telegrafiaré para que esté allí mañana por la tarde o, en todo caso, para que deje aviso y pueda usted entenderse con él. La capilla se llama Iglesia Baptista de Flowerdale y es un edificio moderno al que acude una congregación de fieles encantadores. Ahora váyase a su cuarto, rece y estoy seguro de que se sentirá mejor.

II

Elmer Gantry, rebosante de contento, tomó el tren de las 10.21 para Monarch, una ciudad de unos trescientos mil habitantes. Se sentó en el vagón, preparando mentalmente su sermón de Pascua. ¡Espléndido! ¡Su primer sermón en una verdadera gran ciudad! Podría abrirle camino pero sabe Dios qué. Lo mejor sería hacer un sermón de tono fuerte que los excitase. Por ejemplo... Se apartaría de las rutinas sobre la resurrección de Cristo, mencionándola sólo de paso, pero el tema debía ser otro. Veamos: Fe. Esperanza. Arrepentimiento... No. Había que andarse con cuidado con esto del arrepentimiento. Aquel diácono Eversley, el abogado, podía ser un próspero burgués y molestarle que se le sugiriese la idea de que tenía que arrepentirse de algo. Veamos: El Valor. La Castidad. El Amor. ¡Ya estaba! ¡Eso es! Hablaría sobre el Amor!

Y se, puso a tomar notas con rapidez, anotando ideas sacadas por entero de su cabeza en el respaldo de un sobre.

«Amor: un arco iris.

la estrella matutina y la estrella vespertina. desde la cuna a la tumba inspira el arte, etc., la música es la voz del amor aplastar a los ateos, etc., que no saben apreciar el amor.»

—¿Es usted un periodista, Hermano?— oyó que alguien le decía de pronto.

Elmer miró a su compañero de asiento. Era un hombrecillo con nariz de bebedor de whisky, con arrugas como asteriscos de hombre que ríe mucho, en torno a los ojos, y bastante bien vestido, con una corbata encarnada que en 1906 venía a ser el emblema de los socialistas y de los bebedores.

Elmer pensó que podría divertirse un rato con aquel hombrecillo. Un viajante de comercio, sin duda. ¿Se divertiría más diciéndole francamente lo que era y preguntándole si estaba salvada su alma y verle retorcerse de risa? ¡No! Bastante tendría en Monarch de camamas piosas. Así que se volvió a su amable compañero y respondió:

—No, no soy periodista precisamente. Hace bastante calor para la época en que

estamos, ¿verdad?

—Sí; hace buen tiempo. Ha estado mucho tiempo en Babylon?

—No; no mucho tiempo.

—Es una buena capital. Muchos negocios.

—¡Ya lo creo! ¡Y buenas chicas también!

El hombrecillo soltó una risita.

—¿De veras? Entonces tiene usted que darme la dirección de algunas. Yo hago esa ciudad una vez al mes y todavía no me he tropezado con una chica alegre. Pero es una buena plaza. Mucho dinero.

—Sí, señor; es verdad.. Gente muy emprendedora. El dinero da allí muchas vueltas. Hay mucho dinero en Babylon.

—Aunque, según me han dicho— dijo el hombrecillo—, hay también una de esas fábricas de predicadores.

—¿Es posible!

—Sí. Oiga, Hermano, esto le hará gracia. ¿Sabe usted quién me figuré que era usted cuando entré? ¡Como le vi con ese traje negro y escribiendo muy solemne, me imaginé que usted era un predicador!

—¡Vaya...!

—¡Dios! ¡Aquello era insoportable! Tener que ser tan recto todos los domingos, oyendo al diácono Bains las preguntas más estúpidas sobre la predestinación o cualquier otra camama por el estilo! Y un hombre corrido como aquel viajante se reiría en sus narices si le dijera que era un predicador.

El tren estaba lleno de ruidos. Si algún gallo próximo cantó tres veces, Elmer no le oyó cuando declaró con voz firme:

—¡Vaya una ocurrencia!

Y después añadió en tono severo:

—Este traje negro que llevo es luto que guardo por la muerte de un ser muy querido para mí.

—Le ruego que me disculpe, Hermano! No sé cómo me las arreglo que siempre me voy del pico.

—Está usted perdonado.

—Bueno choque usted esos cinco y así veré que no me guarda rencor.

—¡Ahí va mi mano!

El hombrecillo despedía un intenso olor a whisky, que agitó poderosamente a Elmer. ¡Hacía tanto tiempo que no lo bebía! Había estado sin beber nada durante dos meses, fuera de unos cuantos vasos de sidra que Lulú, en cumplimiento de sus deberes de novia, había robado para él de la barrica de su padre.

—¿Y a qué se dedica usted, Hermano?— preguntó el hombrecillo.

—Soy viajante de calzados.

—Es buen asunto. La gente tiene que llevar zapatos quiera o no quiera. Yo me llamo Ad Locust. Figúrese usted que mis padres tuvieron el mal acuerdo de ponerme de nombre Adney! ¿Qué le parece a usted? ¿Cree que es un nombre apropiado para un hombre como yo que le gusta andar con gente alegre y correrse una juerguecita de cuándo en cuándo? Así que todo el mundo me llama Ad. Soy viajante de la Casa Pequot, Maquinaria agrícola. ¡Una gran casa! ¡Muy buena gente! Se puede trabajar con ellos. El jefe de ventas bebe más que ninguno de sus empleados y cuenta usted con que algunos de nosotros no lo hacemos mal tampoco. Sí, señor. Es una sandez eso que se les ha ocurrido a ciertas casas de decir que a la

larga no rinde beber en compañía de los clientes. ¡Tonterías! Dicen que ese tal Ford, el que fabrica esos automóviles, piensa de esa manera. Pues bien: fíjese en lo que le digo: para 1910, ese Ford habrá fracasado en los negocios. Eso es lo que le espera. No olvide mis palabras. Sí, señor. La casa Pequot es un establecimiento muy importante. Por cierto que a la semana próxima celebraremos en Monarch una gran reunión los representantes de la casa.

—¿De veras?

—Sí, señor. Eso es lo que nos proponemos. Ya sabe usted de lo que se trata. Se leen informes sobre la manera de sacar dinero a un cliente que no lo tiene. ¿Eh? ¡Valiente cosa nos importa a nosotros todo eso! Lo que buscamos es divertirnos todo lo posible, beber como los hombres y... ¡por supuesto!, el jefe de ventas estará allí con nosotros. Diga, Hermano... No cogí su nombre...

—Elmer Gantry. Mucho gusto conocerle.

—Mucho gusto, Elmer. Pues bien, Elmer: Tengo en mi bolsillo un whisky Bourbon como no lo ha bebido mejor en la vida, ni usted ni nadie. Supongo que estando usted en un negocio tan elevado como el de los zapatos, se desmayará si le ofrezco algo para curarse el catarro.

—Me parece que no anda usted descaminado. Me faltaría poco para desmayarme.

—Bueno, usted es un hombre de mucha envergadura y tiene que tener cuidado con no perder el control.

—Seré prudente, Ad, y usted me echará una mano.

—No se preocupe.

Ad sacó del bolsillo una botella de «Green River» y los dos bebieron juntos reverentemente.

—Diga, ¿ha oído alguna vez el brindis del marinero?— preguntó Elmer.

Se sentía hondamente feliz, en su propio ambiente, rodeado de las cosas amadas, de las que se había visto apartado tanto tiempo.

—Me parece que no. ¡Venga!

«A la salud de una novia en cada puerto, y a la salud del Oporto en cada novia.

Pero dejemos estos pensamientos, amigo. Por Dios, camarero, llene mi vaso pronto!»

El hombrecillo rió, de buena gana.

—¡Nunca lo había oído! ¡Es la primera! Oiga, Elm, ¿qué va usted a hacer en Monarch? Quisiera presentarle algunos amigos. La reunión de los de la casa Pequot no empieza realmente hasta el lunes, pero algunos de nosotros pensamos que no estará mal reunirnos antes que los demás para celebrar unos cuantos ritos y practicar el ayuno. Me gustaría que conociera usted a mis amigos. Formamos un grupo como no le hay mejor. Me agradecería que los conociera. Y que usted les contase ese brindis. «A la salud del Oporto en cada novia». Es muy ingenioso. ¿Qué va usted a hacer en Monarch? ¿Puede usted pasar por el Hotel Ishawonga para que le presente a los amigos?

El señor Ad Locust no estaba borracho precisamente; pero se había aplicado al Bourbon con tanto fervor que estaba en un estado de soberbia filantropía. Elmer había bebido bastante para ser prudente. Tenía sed no sólo de alcohol, sino también del trato con gente non sancta.

—Mire usted, Ad — dijo—. Nada me agradecería más; pero tengo que visitar a un cliente de importancia esta tarde y es hombre que aborrece la bebida. Como que... Mucho me ha gustado su whisky, pero no debía haber probado ni una gota.

—Bah, Elmer! Tengo yo unas pastillas garantizadas contra el olor a whisky. Un trago no le hace daño a nadie. Sentiría que mis amigos se quedaran sin escuchar ese brindis tan ingenioso.

—Bueno. Iré a verles un momento, y así quizá podremos citarnos para pasar un rato el domingo por la noche o el lunes por la mañana; pero...

—¡Oh, Elmer! ¡No me vaya usted a dejar mal!

—Bueno. Telefonaré a ese señor y lo arreglaré para no tener que ir a verle hasta las tres de la tarde.

—¡Magnífico!

III

A mediodía Elmer telefoneó desde el Hotel Ishawonga a Mr. Eversley, el cerebro más destacado de la iglesia baptista de Florwersdale. No logró comunicar.

—Ha salido todo el mundo de la oficina a comer. Bien. Yo he hecho todo lo que he podido hasta esta tarde — reflexionó Elmer, sintiéndose muy virtuoso y reuniéndose con los cruzados de la casa Pequot en el bar del Ishawonga. Once hombres en un reservado para ocho. Todos gritando a la vez:

—Oiga, camarero, ¿quiere usted preguntar a ese maldito barman si está «haciendo» el whisky?

Al cabo de diecisiete minutos Elmer llamaba a los once individuos por su nombre de pila — equivocándose frecuentemente, como es natural— y contribuyó a aumentar su caudal literario recitándoles su brindis tres veces seguidas y contando los cuentos más graciosos que sabía. A todos les fue simpático. El júbilo que experimentaba al verse libre de la virtud y de haberse casado con Lulú le proporcionaba un vigor nuevo. Los viajeros de la Casa Pequot se dijeron unos a otros repetidas veces:

—He aquí un joven que debía venir a trabajar con nosotros en la Casa. Todos habían estado de acuerdo sobre este punto.

A Elmer se le ocurrió de pronto la idea de pronunciar un sermón burlesco.

—¿A que no saben ustedes lo que se figuró Ad que era yo cuando me vio primero? — dijo con voz estentórea—. ¡Un predicador!

—¡Vaya una ocurrencia! — gritaron todos.

—Y el caso es que no andaba muy descaminado. De chico tuve intenciones de hacerme predicador. Escuchadme ahora y veréis si no hubiera sido yo un gran predicador.

Y entre la admiración y las risas de los presentes Elmer se levantó solemnemente, los miró con severidad y dijo con voz vibrante:

—Amados hermanos míos: En el torbellino de la existencia cotidiana vosotros olvidáis seguramente lo que hay de más bello y elevado en el mundo. Entre todas las cosas hermosas y elevadas, ¿qué es lo que nos rige sino el Amor? ¿Y qué es el Amor?

—¡Vente donde yo vaya esta noche y yo te lo enseñaré!

—¡Cállate, Ad! Es en serio... Escucha. ¿No habría sido — gritó Ad Locust— yo un predicador de fama? Me parece que sería capaz de tener pendiente de mis labios a la más numerosa concurrencia como el mejor de ellos. Escuchad... ¿Qué es el Amor? ¿Qué es el Amor divino? ¡Ah! Es el arco iris, que con sus vivos destellos colorea las tristes soledades donde la terrible tempestad ha descargado su furia suprema... Es el arco iris, que nos promete dulcemente la conclusión de nuestros dolores, afanes y terrores sufridos bajo el temible huracán... ¿Qué es el Amor, el Amor divino quiero decir, no el carnal, sino el Amor

divino, representado por la Iglesia? ¿Qué es...?

—¡Oiga usted! — protestó el más impío de los once amigos—. A mí no me parece bien que se haga burla de la Iglesia. Yo nunca voy a la iglesia; pero acaso si la frecuentara sería mejor persona de lo que soy. Yo respeto a los que frecuentan la iglesia y marido mis chicos a la escuela dominical. ¡Qué demonio! ¡No está bien lo que usted hace!

—¡Pero si yo no hago mofa de la Iglesia! — protestó Elmer.

—Tiene razón. No hace burla de la Iglesia. Toma el pelo a los predicadores, que son gente como nosotros, y nada más — afirmó Ad Locust.

—Naturalmente. Los predicadores dicen palabrotas y buscan a las mujeres como cualquiera. ¡Yo lo sé muy bien! Aparentan ser distintos de los demás; pero si supierais las cosas que hacen — dijo Elmer con aire lúgubre— os daría asco de ellos.

—Bueno, a mí no me parece bien que haya hecho usted mofa de la Iglesia.

—¡Demonio! ¡No ha hecho mofa de la Iglesia!

—Yo no he hecho burla de la Iglesia. Pero dejadme acabar mi sermón.

—¡Sí! ¡Dejarle acabar su sermón!

—¿Dónde estaba yo? ¡Ah, sí! ¿Qué es el Amor? El Amor es la estrella vespertina y la estrella matutina, esas vastas luminarias que al recorrer los abismos purpurinos del inmenso firmamento llevan en su deslumbrante esplendor la promesa de cosas más altas y mejores que... , que... Bueno, amigos míos, ¿haría o no buen predicador?

Los aplausos fueron tales que el barman vino y los miró con aire fúnebre. Y Elmer tuvo que beber con cuatro de ellos.

Pero estaba desentrenado. Y no había comido nada.

De pronto palideció; el sudor inundó su frente y gruesas gotas cubrieron su labio superior; los ojos se quedaron vacíos de expresión.

Ad Locust se dio cuenta y gritó:

—¡Ah! ¡Cuidado! ¡Elmer se pone malo!

Le subieron al cuarto de Ad, llevándole cogido entre dos de los brazos, mientras otro le empujaba por detrás, poco antes de que quedara insensible. Y durante toda aquella tarde, en que debía' haber estado hablando con los diáconos de la Iglesia Baptista de Florwerdales, roncó sonoramente en la cama de Ad, vestido, salvo los zapatos y la americana. A las seis de la tarde despertó y vio a Ad que se inclinaba hacia él lleno de solicitud.

—¡Oh! ¡Qué mal me siento! — gruñó Elmer.

—Toma. Bebe un whisky. Eso es lo que necesitas.

—¡Oh, Dios mío! No debía beber más —dijo Elmer bebiendo. Su mano temblaba tanto que Ad tenía que sostenerle el vaso junto a la boca. Se daba cuenta de que debía llamar inmediatamente al Diácono Everslay. Dos whiskys después se sentía mejor y su mano estaba firme. Los amigos de la casa Pequot fueron llegando para cenar juntos. Elmer dejó la llamada telefónica a Everslay para después de la comida; siguió dejándola para más tarde una y otra vez. Y se encontró a las diez de la mañana del Domingo; de Pasara en una casa desconocida, en compañía de una joven totalmente desconocida, y en el cuarto de al lado oyó a Ad Locust cantar la canción «¡Qué seco estoy!»

Antes de tomar el primer vaso aquella mañana Elmer se arrepintió y se lamentó abundantemente; pero una vez que hubo bebido se sintió aliviado.

—Ya no conseguiré el puesto en esa iglesia después de todo esto. Bueno, diré a los del Comité que me puse enfermo. Oye, Ad — dijo en alta voz—, ¿cómo diablos hemos venido a dar aquí? ¿Podrán darnos el desayuno en este pozo?

Se bebió dos botellas de cerveza, habló ingeniosamente con la señorita del kimono y de las zapatillas encarnadas y acabó sintiéndose un gran muchacho. En compañía de Ad y de aquellos de los once que aún seguían vivos y unas cuantas señoritas chillonas fue aquella tarde en coche a un cabaret situado a orillas de un lago, regresando a Monarch para comer langosta y continuar la juerga.

—Pero se acabó. Mañana por la mañana me ocuparé de los asuntos, veré a Eversley y lo arreglaré todo — se juró Elmer.

IV

En aquella época las conferencias telefónicas entre dos puntos distantes eran cosa inusitada; pero Mr. Eversley, diácono y abogado, era un hombre diligente. Cuando dieron las seis de la tarde del sábado y el nuevo predicador no había aparecido Eversley telefoneó a Babylon, esperó hasta que el Decano Trosper acudió a la central y le habló con considerable irritación sobre la ausencia del jornalero eclesiástico.

—Le enviaré al Hermano Hudkins. Es un predicador excelente que vive aquí ahora retirado. Irá en el tren de medianoche... — dijo el Decano Trosper.

Y a Mr. Hudkins le dijo el Decano:

—Mire usted a ver si encuentra por allí al Hermano Gantry. Estoy preocupado. El pobre muchacho estaba sencillamente angustiado a causa de un desdichado asunto particular..., al parecer.

Ahora bien, Mr. Hudkins había dirigido durante varios años una misión en South Clark Street, en Chicago, y sabía bastantes cosas «non sanctas». Conocía a Elmer por haberle visto en las clases del seminario. Cuando hubo acabado el servicio matutino en la iglesia de Monarch no sólo preguntó a la Policía y a los hospitales, sino que recorrió pacientemente los hoteles, restaurantes y bares. Así ocurrió que mientras Elmer aquella noche regaba alegremente la langosta con clarete de California, interrumpiéndose de vez en cuando para besar a una rubia que estaba a su lado y para repetir (a petición) su brindis, el reverendo Mr. Hudkins le observaba desde la puerta del café, desempeñando el grato papel de ángel vengador.

V

Cuando Elmer llamó por teléfono a Eversley el lunes por la mañana para explicarle su enfermedad, el Diácono le contestó en tono tajante:

—Está bien. Ya tenemos otro.

—Pero dígame... El Decano Trosper me indicó que acaso ustedes quisieran hablar conmigo para un nombramiento semipermanente...

—¡No, no, no!

De vuelta a Babylon, Elmer se fue derecho al despacho del Decano.

Una mirada a su semblante bastó para que Elmer supiera a qué atenerse.

El Decano terminó una fluida descripción de dos minutos diciendo:

—La Facultad ha celebrado junta esta mañana y ha acordado su expulsión de Mizpah. Claro es que usted sigue siendo un pastor baptista ordenado. Me sería fácil lograr que la Congregación a que usted pertenece cancelase sus credenciales; pero les afligiría demasiado saber qué especie de monstruo falaz han criado en su seno. Por otra parte, no quiero que el nombre de Mizpah se vea mezclado en tal escándalo. Pero si llego a saber que

alguna vez ocupa usted un púlpito baptista le denunciaré. No me parece que sea usted lo bastante listo para llegar a ser propietario de un bar; pero, en cambio, no creo que sea usted un mal barman. Dejo el castigo de sus muchas culpas a los pensamientos que le aflijan a medianoche.

Elmer gimió:

—No debía usted... ¡No debía usted hablarme así! ¿No dice en la Biblia que se debe perdonar setenta veces siete?...

—¡Esta hace ochenta veces siete! ¡Salga usted de aquí!

De esta forma inesperada dejó el reverendo Elmer Gantry de ser un reverendo, en lo tocante al ejercicio inmediato de sus funciones.

Pensó en huir hacia su madre; pero estaba avergonzado; pensó en ir a refugiarse en los brazos de Lulú; pero no se atrevió.

Se enteró de que Eddie Fislinger había sido llevado a toda prisa a Schoenheim a casar a Lulú y a Floyd Naylor... Una triste ceremonia a la luz de una lámpara.

—Podían haberme invitado a mí, sea como quiera — gruñó Elmer haciendo la maleta.

Volvió a Monarch en pos de la amistad de Ad Locust. Confesó que había sido un ministro del Señor y fue perdonado. El viernes de aquella semana Elmer se había convertido en un viajante de la Casa Pequot, de maquinaria agrícola.

CAPITULO

XI

I

ELMER Gantry tenía ya veintiocho años y durante dos años había sido viajante de la Casa Pequot.

Gradas, rastrillos, plantadoras de maíz, arados pintados de rojo y carros pintados de verde con franjas doradas; catálogos, notas de pedido, oficinas separadas de almacenes sombríos por mamparas de cristal; tenderos en mangas de camisa sentados en taburetes ante altas mesas; el bar de la esquina, fonduchas y restaurantes baratos; largas esperas de media noche en estaciones de enlace, donde el respaldo de los bancos negruzcos es una tortura, para la espalda; trenes, trenes, trenes; trenes y horarios y el alegre regreso a su cuartel general en Denver; un whisky, una función de teatro y culto en una gran iglesia.

Elmer llevaba un traje a cuadros, un sombrero hongo marrón, calcetines listados, un grueso anillo con dos serpientes de oro y un ópalo adquirido hacía mucho tiempo; corbatas floridas y lo que él llamaba «chalecos de fantasía»: chalecos amarillos moteados de rojo o verdes con listas blancas, o chalecos de seda o de gamuza.

Había tenido unas cuantas aventurillas amorosas, pero ninguna de duración.

No le iba mal en los negocios. Era un excelente conversador, experto en apretones de mano; su palabra era de fiar con frecuencia y llevaba en la memoria casi toda la lista de precios y los cuentos verdes más modernos. Entre los empleados de la oficina de Denver tenía muchas simpatías. Tenía un «número» de éxito infalible: una parodia de sermón. Todos sabían que había estudiado en un seminario, pero que había decidido valerosamente que el papel de predicador no era propio de un hombre de pelo en pecho, y, por consiguiente, había mandado a paseo a los profesores. Un hombre simpático y de porvenir;

algún día podría llegar a ser jefe de ventas.

A despecho de su vida disipada, Elmer no descuidaba el ejercicio físico para conservar la barriga baja y los hombros altos. Le había preocupado lo que le dijo el Diácono Bains sobre su flojedad, y todas las mañanas en el cuarto del hotel hacía gravemente durante un cuarto de hora gimnasia sueca. Por las tardes iba a jugar a los bolos o a boxear a los gimnasios de la Y.M.C.A. En las ciudades más importantes se zambullía en las piscinas como un cerdo marino. Se sentía tan jocundo y tan fuerte como en los días de Terwillinger.

Sin embargo, Elmer no era completamente feliz.

Ciertamente, apreciaba en lo que valía su libertad, lejos de la disciplina del seminario, de los remordimientos que le acometían después de las juergas y de las absurdas discusiones con Harry Zenz y Frank Shallard. Mas echaba de menos los viejos himnos y el sonido de su propia voz en los sermones cuando gozaba con la certidumbre de su poder sobre el auditorio. Todos los domingos por la tarde (salvo aquellos en que estaba citado con alguna camarera o doncella de hotel) acudía a la iglesia evangélica más próxima. Disfrutaba juzgando desde el punto de vista profesional el sermón que escuchaba.

—¡A ese pobre imbécil lo dejaba yo chiquito! — solía pensar—. El Evangelio puro está bien; pero si supiese adobarlo con unas cuantas alusiones literarias y se metiese más con los dueños de bares y cabarets pondría al público al rojo vivo.

Elmer cantaba los himnos con voz tan potente que, a despecho del olor que despedía a tabaco y a whisky, los párrocos siempre le estrechaban la mano con más calor del habitual, diciéndole cuánto se alegraban de ver al Hermano aquella noche en la iglesia.

Cuando encontraba iglesias verdaderamente prósperas su interés por el negocio se convertía en un franco anhelo por volver a ser predicador. De buena gana hubiera ascendido las gradas, hubiera empujado al predicador del púlpito y hubiera tomado él la palabra, en lugar de permanecer en un banco sin que nadie parase mientes en él ni le admirase como si fuese un hombre vulgar.

—¡Estos idiotas se quedarían pasmados si supieran lo que yo soy!

—reflexionaba.

Después le resultaba humillante el lunes por la mañana hablar con un cliente somnoliento sobre los descuentos de esparcidores de abono; era irritante esperar a la hora del tren en el vestíbulo de un hotel lleno de escupideras, cuando Elmer podía haber estado en el gabinete de una iglesia rodeado de libros, dando órdenes a secretarias bonitas y mostrándose expansivo y afable con pecadores que acudían en consulta. Lo único que le compensaba era poder entrar abiertamente en un bar y gritar: «¡Un whisky seco, Bill!»

Un domingo por la tarde, en una ciudad del Oeste de Kansas, tropezó con una iglesia pequeña, en cuya puerta leyó un cartel que decía:

Esta mañana: El significado de la Redención.

Esta tarde: ¿Es diabólico el baile?

PRIMERA IGLESIA BAPTISTA

Pastor: El Rey. Edward Fislinger, B. A., B. D.

—¡Caramba! — dijo Elmer—. Eddie Fislinger! Precisamente la clase de poblacho en que él tenía que caer. ¡Valiente idea tiene este marmolillo de lo que significa la Redención o cualquier otro dogma! ¡Como del baile! Si hubiera estado alguna vez conmigo en Denver y hubiera ido a mover los pinreles en casa de Billy Portifero, entonces sí sabría de lo que hablaba. ¡Fislinger!... Tiene que ser el mismo. Voy a sentarme en el primer banco a estropearle la función.

La iglesia de Eddie Fislinger era una especie de construcción octogonal, con el púlpito en un ángulo, lo cual producía un efecto un tanto fantástico, que recordaba a la doctrina de la predestinación. Las paredes estaban pintadas de amarillo brillante y había numerosos letreros que decían: «Ponte a bien con Dios.» «¿Dónde queréis pasar la Eternidad?» y «La sabiduría de este mundo no es más que necedad ante Dios». El tablero de la escuela dominical, colocado detrás del púlpito, anunciaba que la asistencia del día había sido de cuarenta y uno, en lugar de treinta y cinco la semana precedente, y la colecta había sido de ochenta y nueve centavos, en lugar setenta y siete.

El portero, un albañil que se había puesto un cuello limpio, se quedó absorto ante el traje a cuadros y la camisa almidonada y moteada de rojo de Elmer, y le llevó al primer banco.

Eddie enrojeció de contento al ver a Elmer, inició un saludo desde el púlpito, pero se contuvo, y mirando hacia el cielo trató de sonreír con expresión benévola. Al principio de su sermón estuvo nervioso; mas, al parecer, decidió que su ataque contra el pecado — que hasta entonces había sido una manifestación rutinaria y puramente académica, sin relación alguna con su rebaño, lamentablemente virtuoso— tuviese un sentido real. Con sus dientes de ardilla y su aire engolado, Eddie dirigió la mirada a Elmer, dándole a entender que el infierno sería con él. Pero lo pensó mejor, y concluyó que acaso Dios diese otra oportunidad aún a Elmer Gantry siempre que dejase de fumar, de beber, de blasfemar y de llevar trajes a cuadros. (No nombró a Elmer; pero, a juzgar por sus miradas venenosas, era a él a quien se dirigía.)

Elmer se enfureció, después asumió un aire inocente y acabó por aburrirse. Paseó la mirada por la iglesia y contó el auditorio: veintisiete personas, sin contar a Eddie y su esposa. (No había duda que la joven que adoraba con la mirada al predicador desde el primer banco era la esposa de Eddie. Tenía ese aspecto lamentable que dan las privaciones y los vestidos hechos en casa a las esposas de los pastores.) Al final del sermón Elmer sentía sincera piedad por Eddie. Cantó el himno final, «El es el Lirio del valle», con unción y con buen estilo, descargando el torrente de su voz al llegar al jubilante «Aleluya», y esperó a estrechar la mano a Eddie en actitud benévola.

—¡Vaya, vaya, vaya! — dijeron ambos a la vez—. ¿Qué es lo que haces por estas tierras? — añadió Eddie—. Espera hasta que se hayan marchado todos. Tengo que charlar largo y tendido, como hacíamos en nuestros buenos tiempos.

Al acompañar a los Fislinger a su casa, al otro lado de la calle, y al entrar en su hogar, Elmer sintió renacer sus deseos de volver a ser predicador, ocupar el puesto de Eddie y desempeñarlo con más habilidad. Con todo, la sordidez de la vida de Eddie le deprimió. Los cuartos que Elmer solía ocupar en los hoteles no eran nada extraordinario, pero estaban libres de feligreses molestos y eran tan lujosos, por lo menos, como aquel recibidor con goteras en el techo, piso de madera de pino, mecedoras baratas y un olor constante a bragas de niños. En dos años de matrimonio Eddie tenía ya dos hijos, que por su apariencia podría casi afirmarse que habían sido concebidos sin pecado; formaba también parte de la familia una cuñada, de rostro totalmente inexpresivo, que cuidaba de los niños durante las

ocupaciones eclesiásticas de los Fislinger.

Elmer sintió deseos de fumar; pero, a pesar de todos sus conocimientos de los misterios eternos, no acabó de decidir qué le resultaría más interesante: si molestar a Eddie fumando o si obtener un triunfo sobre él absteniéndose de fumar.

Fumó, al fin, y se arrepintió en el acto.

Eddie y su esposa hicieron un gesto involuntario de desagrado, la cuñada se quedó con la boca abierta y luego todos se esforzaron en aparentar que no se habían fijado en el cigarrillo.

Elmer se mostró grande, refinado y próspero en su presencia, como un agente de bolsa de la ciudad que visita a un primo granjero y escoge entre los relatos de su vida dorada el que sea más verosímil.

Eddie le dio noticias de Mizpah. Frank Shallard tenía una iglesia pequeña en Catawba, al otro extremo del Estado de Winnemac. Hubo algunas dificultades al ser ordenado, porque se mostró reacio a reconocer un hecho tan claro y tan bien probado como el de la Inmaculada Concepción. Pero su padre y el Decano Troster le habían apoyado y al fin había sido ordenado. Harry Zenz tenía una gran iglesia en una ciudad minera de la Virginia occidental. Wallace Umstead, el entrenador de gimnasia, se distinguía en la Y.M.C.A. El desdichado profesor Bruno Zechlin había fallecido.

—¿Qué ha sido de Horacio Carp? — preguntó Elmer.

—Ha hecho la cosa más extraña. Horacio ha ingresado en la Iglesia Episcopal, como siempre había anunciado que haría.

—¿De veras?

—Sí. Su padre murió poco después de que él se graduara y se hizo episcopal y estudió un año de Teología general; parece que ha tenido éxito y que está en la verdadera «Alta Iglesia».

—Tampoco parece que te va aquí mal a ti, Eddie. Tu iglesia es muy bonita.

—Bueno, la iglesia no es muy grande, pero la Congregación es muy buena.

Y todo marcha bien. No he aumentado el número de congregantes, pero mis esfuerzos ahora van encaminados principalmente a robustecer la fe de los actuales, y cuando esté convencido de que cada uno de ellos es un foco de ejemplaridad iniciaré una campaña evangélica, y entonces se verá la Congregación aumentar por momentos, duplicar su número de la noche a la mañana... ¡Si siquiera no fuesen tan remisos en pagarme el sueldo y en cancelar la hipoteca!... Pero son gente sana, almas verdaderamente regeneradas. Sólo un poquitín agarrados para el dinero...

—¡Si viera usted la necesidad que tengo de reparar la cocina y el fregadero!... — dijo la mujer de Eddie, y ésta fue la intervención más notable que tuvo en la conversación durante toda la noche.

Elmer se ahogaba allí. Huyó. A la puerta, Eddie le cogió ambas manos y le suplicó:

—¡Oh, Elmer! No cejaré en mis esfuerzos hasta que te haya traído al redil. Voy a rezar por ti. Te he visto cuando te animaba la fe. ¡Y sé lo que tú vales!

El aire fresco de la noche, un buen vaso de whisky, como un reto a la humanidad virtuosa, una carcajada, el tren... ¡Cuánto disfrutó Elmer con todo esto después de haber estado en el ambiente sofocante de la casa de Eddie! Ya había perdido Eddie aquella piedad fogosa que había demostrado en la Y.M.C.A. Ya era un viejo paralizado, sin esperanza de novedad alguna, aguardando la muerte.

Y, sin embargo, Eddie había dicho.

De pronto Elmer recordó con agitación que seguía siendo un pastor baptista. A

despecho de la enemiga de Trosper podía ocupar un púlpito. Recordó con desasosiego supersticioso el voto de Eddie: «No cesaré en mis esfuerzos hasta que te haya traído al redil.»

¡Ah! ¡Si él ocupara la iglesia de Eddie ya verían lo que sabía hacer! ¡El se encargaría de hacer pagar hasta el último céntimo a todos aquellos rústicos!

Atravesó en un viaje rápido todo el Estado y fue a ver a su madre.

Su expulsión de Mizpah — le dijo ella— casi le había causado la muerte. Trémula de esperanza le escuchó la promesa de que caso, una vez que hubiese visto el mundo y se hubiese establecido, volvería a ejercer el sagrado ministerio.

En este estado de fervor religioso (que, felizmente, no le impidió sonsacar informes financieros a un contable, convidándole a unos cuantos vasos de whisky) llegó a Sautersville, Nebraska, una ciudad fea y emprendedora de unos veinte mil habitantes. Y en este estado de ánimo leyó unos carteles que anunciaban a una mujer evangelista llamada Sharon Falconer, una profetisa de quien Elmer había oído hablar.

El empleado del hotel, los granjeros que acudían a los almacenes de maquinaria agrícola, le dijeron que miss Falconer celebraba mítines religiosos en una inmensa tienda de campaña, con la cooperación de una mayoría de las iglesias protestantes de la ciudad. Afirmaron todos qué era bella y elocuente, que llevaba consigo varios ayudantes, que era «lo más sensacional que se había visto por allí», que se la podía comparar con Moody, con Gypsy Smith, con Sam Jones, con Wilbur Chapman y con el nuevo evangelista y campeón de baseball Billy Sunday.

—¡Eso es un disparate! ¡Una mujer no puede predicar el Evangelio! — afirmó Elmer con aire de hombre entendido.

Pero aquella noche acudió al mitin de miss Falconer.

La tienda era enorme; podían sentarse en ella cómodamente tres mil personas y aún quedaba sitio para otras mil de pie. Estaba casi llena cuando Elmer llegó y se abrió paso majestuosamente. Al fondo de la tienda se alzaba una construcción extraordinaria, completamente distinta de las plataformas evangelistas ordinarias, con sus banderas americanas. Era una pirámide de madera blanca, dorada en los ángulos, donde se habían dispuesto tres plataformas: una para el coro; otra, más alta, para los Clérigos de la localidad, y en la cúspide, otra más pequeña, con un púlpito en forma de concha y decorado con todos los colores del arco iris. En torno suyo estaban desparramados lirios, rosas y hojas de vid.

—¡Demonio! ¡Esto es un verdadero circo! — opinó Elmer—. ¡Exactamente lo que se podía esperar de una necia evangelista!

La plataforma superior estaba vacía. Probablemente estaba destinada a poner de relieve los encantos de miss Sharon Falconer.

El coro mixto, vestido de uniforme y con bonetes, cantaba «¿Nos juntaremos a orillas del río?» Un joven delgado, demasiado guapo, con la boca en forma de corazón, que llevaba una levita sacerdotal con el cuello abotonado por detrás, leyó las Actas de los Apóstoles en un pupitre de la segunda plataforma. Era de Oxford y, por primera vez en su vida, oía Elmer leer a un inglés.

—¡Bah! Este es un chiquillo. Este negocio no va a durar mucho. Veo muchas faldas por aquí. Poca energía. Falta el buen Evangelio a la antigua para atraer a los parroquianos —pensó Elmer con desprecio.

Una pausa. Todos esperaban un poco inquietos con los ojos fijos en la plataforma superior. Elmer abrió de pronto la boca, admirado. De algún lugar oculto detrás de la

plataforma, lentamente, con los hermosos brazos extendidos hacia el público, apareció una santa. Era Sharon Falconer, una mujer joven, menor de treinta años seguramente, alta, esbelta, majestuosa; los ojos negros en su rostro largo y delicado, la negra cabellera espléndida, eran como un éxtasis o como un estallido de pasión. Las mangas de su vestido blanco, que le caía hasta los pies, sujeto a la cintura por un cingulo de terciopelo rubí, eran acuchilladas y dejaban al descubierto los brazos cuando ella hacía ademán de atraer a todo el mundo hacia sí.

—¡Dios mío! — musitó Elmer—. Y en aquel momento su vida, sin rumbo, se enderezó hacia una meta determinada. Haría suya a Sharon Falconer.

Su voz era cálida, un poco ronca, extraordinariamente.

—¡Oh, amigos míos, mis queridos amigos! No voy a predicar esta noche. ¡Estamos todos tan cansados de sermones sobre la bondad y la virtud!... No voy a decir que sois unos pecadores, porque ¿quién de nosotros no es pecador? Tampoco voy a explicar las Escrituras. ¡Estamos ya cansados de esos viejos que explican la Biblia hablando por la nariz! ¡No! Las palabras de oro de las Escrituras las encontraremos escritas en nuestros corazones; ¡vamos a cantar juntos, a reír juntos, a gozar juntos como riachuelos que se cruzan en el mes de abril! ¡Gocemos todos de lo que vive en nosotros del verdadero espíritu» de Nuestro Señor Jesucristo, Eterno y Redentor!

Elmer nunca supo qué palabras dijo ni cuál fue su sentido... , si es que alguien sabía qué sentido tenían. Para él todo fue música acariciadora, y al final, cuando ella se lanzó por la escalera en espiral, cubierta de flores, hasta la plataforma de abajo; cuando ella abrió los brazos exhortando a todos a buscar la paz en la salvación, Elmer se sintió empujado entre los conversos que avanzaron y formaron, de rodillas, un círculo que temblaba bajo la bendición de sus manos extendidas.

Pero Elmer no se perdió en el éxtasis. Era el crítico emocionado ante la obra, pero consciente de que tiene que escribir sobre ella para el periódico.

—¡Esto es lo que yo buscaba! ¡Aquí es donde puedo yo hacerme grande! ¡A ese predicador inglés le gano yo de dos maneras con el as! Y Sharon... Qué deliciosa mujer!

Ella pasaba delante de los conversos o casi conversos y les ponía sus manos fragantes sobre la cabeza. A Elmer le temblaban los hombros ante su proximidad. Cuando ella llegó junto a él y le exhortó con su voz impresionante: «Hermano, ¿no anhelas encontrar la felicidad en Jesús?», él no humilló la cabeza como los otros, sino que la alzó más para mirarla en pleno rostro, buscándole los ojos, al tiempo que decía:

—¡Es una gran ventura haber escuchado su maravilloso mensaje, Hermana Falconer!

Ella le miró con viveza, palideció ligeramente y siguió adelante.

Elmer se sintió herido:

—¡Ya le enseñaré yo a ésta!

Se apartó a un lado hasta que salió la multitud. Entabló conversación con el espigado inglés que había leído el pasaje de la Escritura. Se llamaba Cecil Aylston y era el primer ayudante de Sharon.

—¡Mucho me complace estar aquí esta noche, Hermano! — barbotó Elmer—. Se da la circunstancia de que yo soy un pastor baptista. Hermosa asamblea. Su lectura de la Escritura me ha parecido excelente.

Cecil Aylston echó una mirada rápida al traje a cuadros de Elmer y a su chaleco de fantasía.

—¿De veras? — dijo—. Me alegro mucho. Es usted muy amable. Perdóneme.

Las simpatías de Elmer por Aylston no aumentaron al ver que le abandonaba por la más humilde de las fieles, una pobre vieja tocada con un sombrero de paja todo roto.

Elmer dispuso mentalmente de Aylston:

—¡Que se vaya a paseo! A este punto ya le haré yo tomar el portante... ¡Volver la espalda a un hombre como yo para ir a atender a una vieja que ya estará salvada y la que no se podría perder ni con un cargamento de ginebra! ¡Está bien, amiguito! Y tampoco parece que te ha gustado mi traje a cuadros. Bueno; yo no compro mis trajes para agradarte, pollo...

Esperó a tener ocasión de hablar con Sharon Falconer. Otros también estaban esperando. Ella les hizo una seña con la mano, sonriendo vagamente:

—¿Me perdonan ustedes? Estoy muerta de fatiga. Necesito reposar.

Y desapareció misteriosamente tras la deslumbradora pirámide de oro y blanco.

Por muy fatigada que estuviese, su voz no acusaba flojedad; denotaba más bien aquella sombría pasión que, más que su belleza, había seducido a Elmer... «Jamás he visto una mujer como esta— se dijo Elmer al regresar a su hotel—. Tiene la cara un poco delgaducha. A mi por lo general me gustan más llenas. Pero... ¡qué mujer! Haría por ella lo que no he hecho por nadie en mi vida... Así que a ese maldito inglés no le ha gustado mi traje. Me miró como si le pareciera que era demasiado elegante. ¡Que se fastidie! ¿Quién tiene que decir algo de mi ropa?

El universo dormido no respondió y Elmer se quedó casi contento. Sautersville poseía un excelente almacén de ropas hechas dirigido por los señores Erbsen y Goldfarb y a la mañana siguiente a las ocho Elmer estaba allí comprándose un discreto traje de color marrón y tres elegantes corbatas de color oscuro. Presionando al señor Goldfarb logró que las modificaciones del traje estuviesen hechas a las nueve y media, y a las diez se pavoneaba delante de la tienda de la evangelista, aun cuando a aquella hora debía estar en el tren hacia otra localidad próxima.

Sharon no apareció hasta las once para dar las órdenes a su personal. Mientras esperaba Elmer entabló conversación con Art Nichols, un exbarbero, procedente de Nueva Inglaterra, que tocaba el cornetín en la orquesta de tres ejecutantes que Sharon llevaba consigo.

—Sí. Este es un buen negocio— dijo Nichols.— Esto es mejor que andar afeitando y pasando malas noches. Yo soy un veterano del teatro; he hecho muchos papeles en escenarios al aire libre y he estado tres temporadas con la compañía de Tom. Pero esto es más fácil. No hay que desfilar por las calles y, además, tengo entendido que hacemos mucho bien salvando almas y todo eso. Únicamente, esta gente religiosa se pelea más entre sí que la del teatro.

—¿A dónde van ustedes desde aquí?

—Nosotros terminamos dentro de cinco días, hacemos la colecta, levantamos el ancla y nos vamos de un tirón a Lincoln, Nebraska. Allí abrimos tres días. Marchas forzadas. No vamos en Pullman. Tren de día que sale de aquí a las once de la noche para llegar a Lincoln a la una.

—¿De modo que se marchan ustedes el domingo por la noche? ¡Qué coincidencia! Yo me iré también en ese tren. Tengo que ir a Lincoln.

—Puede usted ir allí a oírnos. Yo toco siempre «La Dorada Jerusalem» con la corneta en el primer mitin. Vuelvo loco a la gente. Dicen que es todo este aparato lo que mueve a la gente y hace que se conviertan los pecadores, pero no lo crea usted; lo que les hace más efecto es la música. Yo logro hacer llorar a más pecadores con un solo de cornetín

en mi bemol que nueve artistas del evangelio voceando juntos.

—Si creo que será usted capaz, Art. Oiga, Art: yo soy un predicador que estoy temporalmente ocupado en los negocios, mientras encuentro una colocación. (Art le miró con cara de hombre que no accede a peticiones de dinero). Pero creo que hay derecho a divertirse de cuando en cuando. Ya dijo Pablo: «Tomad un poco de vino en beneficio de vuestro estómago». Esta ciudad es seca pero antes del sábado he de ir a una húmeda; y si trajera en el bolsillo una botella de whisky... eh? ¿Qué le parece?

—Hombre..., Yo tengo en mucha estima a mi estómago, y todo lo que pueda hacer en beneficio suyo...

—¿Qué clase de hombre es ese inglés? Parece la mano derecha de Miss Falconer.

—Es un hombre muy listo, pero no parece que se entiende muy bien con nosotros.

—¿Y ella está conforme con él? ¿Cómo se llama?

—Se llama Cecil Aylston. Al principio, Sharon estaba muy contenta con él, pero no me extrañaría nada que estuviese ahora harta de él porque se da mucha importancia y es muy desdeñoso con todo el mundo.

—Bien. Tengo que hablar con Miss Falconer un momento. Me alegro mucho haberle conocido, Art. Le veré en el tren el domingo por la noche.

Habían estado hablando a una de las doce entradas de la tienda evangélica. Elmer que había estado vigilando vio entrar en la tienda velozmente a Sharon Falconer. No era ya una sacerdotisa con vestiduras griegas, sino una mujer de negocios con un sombrero de paja, vestido gris, blusa blanca con cuello y puños. Solo la cinta azul y la cruz enojada la distinguían de una empleada de oficina. Elmer que la examinaba minuciosamente como un buscador de oro una pepita, observó que tenía el pecho liso como podía suponerse al verla con su vestido blanco flotante.

Miss Falconer estaba dirigiendo la palabra a su «personal' eventual», unas cuantas muchachas que se prestaban a recorrer casa por casa haciendo labor de propaganda de los mítines evangélicos.

—Mis queridas amiguitas: Me parece muy bien que recéis, pero llega un momento en que hay que saber moverse. Mientras vosotras anheláis la llegada del Reino del Señor, el diablo no pierde el tiempo ni de día ni de noche y va de un sitio a otro a ver a las gentes y a hablarles. Y vosotras os avergonzáis de ir a ver a la gente, a decirles que se acerquen a Jesús, que acuda a nuestros mítines. Yo no estoy nada contenta. Ni mucho menos, mis queridas amigas. Según mis fichas, en el distrito sureste solo se ha visitado una tercera parte de los hogares. Y esto no puede ser! Tenéis que haceros a la idea de que el servicio del Señor no es un juego divertido como poner flores en los altares por Pascuas. ¡No nos quedan más que cinco días de estancia aquí y todavía no habéis despertado a la actividad! Y no quiero que haya la menor vacilación al pedir dinero a la gente. ¡Hay que pedirlo y pedirlo con energía! No podemos pagar la renta de este solar y pagar la luz y los transportes y los sueldos de todo el personal que me acompaña, sin sacarlo de algún sitio. Veamos... Tú, muchachita guapa del pelo rubio— ¡oh que hermosura de pelo! ¡Si lo tuviera yo!— ¿qué es lo que has hecho— «hecho»— la semana pasada?

A los diez minutos las tenía a todas llorando, y rabiando por salir a escape en busca de almas y de dólares.

Sharon salía de la tienda cuando Elmer se acercó a ella con la mano extendida:

—Hermana Falconer, deseo felicitarla por sus admirables mítines. Yo soy un pastor baptista, el reverendo Gantry.

—¿Sí?— dijo vivamente—. ¿Dónde está su iglesia?

—Bueno... Ahora... Actualmente no estoy precisamente en una iglesia.

Ella observó su tez rozagante, el aliño de su ropa y tras recorrerle con su mirada penetrante, le preguntó:

—¿Y qué es lo que le ha ocurrido esta vez? ¿La bebida o las mujeres?

—¡Oh! Eso es completamente inexacto. Me sorprende oírle hablar así, Hermana Falconer. Mi reputación es excelente. Solamente que... Me he tomado una vacación para entrar en los negocios y conocer de cerca el espíritu de la gente vulgar, antes de dedicarme de lleno a mi ministerio.

—¡Hum! No me parece mal. Tenga usted mi bendición, Hermano. ¿Me perdona usted? Tengo que ir a hablar con el comité.

Le dirigió una sonrisa mecánica y se fue a toda prisa. Elmer se sintió pesado, inepto indeciblemente estúpido pero se prometió a sí mismo:

—Ya te cogeré yo a ti cuando no estés en plan de negocios, dándote importancia! ¡Y entonces ya sabré yo espabilarte, amiguita!

II

Elmer tuvo que hacer el trabajo de nueve días visitando nueve ciudades en cinco días, pero estuvo de vuelta en Sautersville el domingo por la noche y a las once estaba en la estación para tomar el tren de Lincoln. Llevaba puesto su flamante traje marrón.

Su capricho por Sharon Falconer se había convertido en una pasión intensa, la primera pasión auténtica de su vida.

Era una hora demasiado avanzada para una despedida grandiosa, pero al menos un centenar de hermanos y hermanas estaban en la estación cantando: «Dios sea contigo hasta que nos encontremos otra vez», y estrechando la mano a Sharon. Elmer vio a su amigo Art Nichols, el cornetín, con el resto de la «troupe» evangélica: Cecil Aylston, el lugarteniente; un tenor solista gordo y sentimental; una pianista, un violinista, el evangelista consagrado a los niños y la directora del «trabajo personal voluntario». (Otro miembro importante, el agente de prensa, estaba ya en Lincoln haciendo los preparativos para recibir al Señor). Tenían todo el aspecto de una compañía teatral somnolienta, sentados en las maletas esperando la llegada del tren y lo mismo que los actores y actrices su apariencia era por desgracia muy distinta de la que tenían al desempeñar sus papeles. La pianista, bonita y anémica, que solía aparecer en público con vestiduras seráficas de plata, no era sinó una provincianita con un vestido arrugado de serga azul; la directora del trabajo personal que, toda de blanco, parecía una monja, llevaba un vestido muy atrevido ribeteado de encarnado y prestaba más atención a las miradas amorosas del violinista alemán que a los himnos de despedida. El Reverendo Cecil Aylston daba órdenes al encargado de equipajes del hotel sobre sus baúles en un tono más apropiado de un sargento que de un místico de Oxford.

Sharon, de blanco, parecía una emperatriz y era ella la que galvanizaba a todos. Un pastor presbiteriano, gordo y barbudo mosconeaba en torno de ella cogiéndola del brazo con un celo que no era del todo piadoso. Ella le sonreía, con gran irritación de Elmer, y estrechaba sus manos con calor, enterneciéndose cada vez que oía decir a alguien: «¡Dios sea loado, Hermana!» Pero tenía los ojos cansados y Elmer observó que cuando ella se apartó de sus adoradores su boca se aflojó en un rictus de fatiga. En aquel momento le pareció más joven y desvalida.

—¡Pobre chiquilla!— pensó Elmer.

El tren llegó al fin brillante y ruidoso y la troupe se afaná con las maletas.

—¡Adiós, adiós! ¡Dios la bendiga! ¡Que Dios la ayude en su labor!— gritaron todos...

Todos menos un pastor congregacionista que apartado de la multitud estaba diciendo con aire sombrío a un feligrés.

—Y ahí la tiene usted que se va después de seis semanas de trabajo con más dinero del que nosotros necesitamos para sostener nuestra iglesia durante dos años.

Elmer se acercó a su amigo el músico y al subir al tren le dijo:

—Aquí tengo la medicina para su estómago, amigo Art.

—¡Magnífico!

Oiga. Mire. Arréglese para sentarse al lado de Sharon. Después sale usted a fumar un cigarrillo...

—A ella no le gusta que se fume.

—No tiene usted necesidad de decirle a donde va. Salga usted para que yo pueda hablar con ella un rato. Se trata de un asunto muy importante, acerca de... acerca de una ciudad donde se puede hacer una gran labor evangélica. Tenga: guárdese esto en el bolsillo. Ya le buscaré más cuando estemos en Lincoln. Ahora dese prisa y ocupe el asiento a su lado.

—Bien. Lo intentaré.

Y así, en el vagón sombrío y maloliente, calentado por una primavera avanzada, lleno de mujeres cuyos corsés crujían a la presión de una respiración penosa, y de granjeros que roncaban en mangas de camisa, Elmer se situó detrás del asiento en el que las espaldas de Art Nichols ponían una mancha oscura, mientras que una aureola blanca acusaba la presencia de Sharon Falconer. Para Elmer ella era la luz del universo. Era tan hermosa hasta en la más mínima parte de su cuerpo! El no se había imaginado que pudiese existir un ser humano tan maravillosamente bello. Estar cerca de ella era todo lo que apetecía... casi todo lo que apetecía.

Estaba callada. Pudo oír a Art Nichols decir con su voz nasal: «¿Qué le parecería a usted si introdujéramos en la parte musical algunas canciones de negros? A la gente le gustaría mucho». A lo que ella respondió con voz cansada: «No hablemos ahora de esas cosas». Poco después dijo Art: «Voy a salir a la plataforma a tomar el aire». El lugar sagrado al lado de ella quedaba libre para el exaltado Elmer.

El se deslizó muy emocionado.

Ella estaba hundida en el asiento, pero se irguió inmediatamente, le miró con fijeza en la penumbra y con extremada cortesía que le desarmó más que si le hubiese acogido con rudeza, le dijo:

—Lo siento mucho, pero este asiento está ocupado.

—Ya lo sé, Hermana Falconer. Pero el vagón está atestado y yo solo me sentaré mientras el Hermano Nichols está fuera; esto es, si usted me lo permite. No sé si se acuerda usted de mí. Yo soy... Tuve el gusto de saludarla en la tienda, en Sautersville. Soy el Reverendo Gantry.

—¿Ah!— dijo con acento de indiferencia. Y luego se apresuró a añadir: — Ah, sí. Usted es el predicador presbiteriano que fue expulsado a causa de la bebida.

—Eso es completamente...

Elmer vio que ella le estaba observando con curiosidad y se dio cuenta de que Sharon en aquel momento no era una santa, ni una mujer de negocios, sino una mujer nueva, burlona que se le revelaba en toda su intimidad. Y muy satisfecho siguió diciendo:

—Eso es completamente falso. Yo soy el Cientista Cristiano que fue expulsado por

besar a la directora del coro en sábado.

—¡Oh! Es usted muy descuidado.

—¿Así que usted es verdaderamente humana para comprenderlo?

—¿Yo? ¡Ya lo creo! ¡Demasiado humana!

—¿Y no está usted cansada?

—Cansada, ¿de qué?

—De ser una personalidad, de no poder entrar en una droguería a comprar un cepillo de dientes sin que el dependiente haya de decir: «¡Dios sea loado! Tenemos unos cepillos preciosos, aleluya».

Sharon rió levemente.

—Cansada— siguió diciendo Elmer, y su voz era ahora acariciadora—, cansada de no atreverse jamás a estar cansada, como le ocurre esta noche, y de no tener a nadie sobre quien reclinarsse.

—Supongo, mi Reverendo Hermano, que se ofrece usted generosamente para servirme de apoyo.

—No. No me atrevería a tanto. Me inspira usted terror. No solo posee usted belleza. (Permita usted a un colega de predicación que le exponga su opinión franca sobre usted). No sólo tiene usted una admirable presencia en público; sospecho que también tiene usted una gran inteligencia.

—No. Nada de eso. No tengo cerebro, sino corazón. Eso es lo que me pierde.

Su tono era franco y cordial.

—Pero piense usted en todas las almas que ha llevado al arrepentimiento. Esto le compensa de todo ¿no es así?

—Si... Supongo que si... Si; desde luego. Eso es lo único que importa. Únicamente... Dígame: ¿Qué fue exactamente lo que le ocurrió a usted? ¿Por qué abandonó la iglesia?

Elmer narró gravemente:

—Yo estaba estudiando en el Seminario de Mizpah, pero tenía ya una iglesia en propiedad. Me enamoré de una muchacha. No diré que ella me atrajo con malas artes. Después de todo un hombre tiene que hacer frente a las consecuencias de su propia necesidad. Pero la verdad es que... Naturalmente, le complacía sobremanera ver a un joven predicador loco por su persona. ¡Y era verdaderamente encantadora! Se parecía bastante a usted aunque no era tan hermosa, ni mucho menos, y simuló estar muy interesada en cosas de iglesia; esto es lo que a mi me aconteció. Pues bien, para decirlo en dos palabras: Nos prometimos en matrimonio y yo ya no pensaba más que en ella y en nuestra vida futura, y en el servicio del Señor cuando una tarde llegué de improviso y la sorprendí en brazos de otro individuo. ¡Me afectó tanto el hecho que... ¡Oh! Lo intenté, pero me fue imposible seguir las tareas de mi sagrado ministerio y hube de abandonar la iglesia temporalmente. En los negocios no me ha ido mal. Pero ahora ya estoy dispuesto a volver a la única clase de trabajo que me interesa y me ha interesado siempre. Por eso quería haber hablado con usted en la tienda. Necesitaba su afectuosa comprensión de mujer, así como su experiencia... Y usted no quiso oírme.

—¡Oh! Cuanto lo siento— respondió Sharon dándole unas palmadas en el brazo.

Cecil Aylston apareció y les lanzó una mirada que no tenía nada de piadosa.

Cuando llegaron a Lincoln él la tenía cogida la mano y decía:

—¡Pobre chiquilla, tan cansada siempre! ¿Quiere usted desayunar conmigo? ¿Dónde se aloja usted en Lincoln?

—Pero, Hermano Gantry...

—Llámeme Elmer.

—¡No sea usted tonto! No pretenda aprovecharse de que me muestre tan humana. Estoy tan fatigada que eso me divierte.

—Sharon Falconer ¿quiere usted dejar de ser un madero insensible? Yo admiro su talento y su espléndida labor religiosa, pero es porque usted es demasiado grande para limitarse a ser una simple voceadora del evangelio. Por eso es por lo que yo la admiro más. Usted sabe perfectamente que le gusta de cuando en cuando ser una mujer sencilla y hasta descuidada en el hablar. Y ahora tiene usted mucho sueño para poder saber si le agrado o no. Por eso deseo que nos veamos a la hora del desayuno, cuando el sueño haya desaparecido de esos ojos maravillosos...

—¡Hum! Todo me parece muy honesto menos lo último. Debe estar muy acostumbrado a decir esas cosas. Pero la verdad es que me es usted simpático. Es usted tan descarado, tan poco escrupuloso y tan beatíficamente ignorante... He tratado demasiados santurriones últimamente. Y es interesante ver que usted piensa seriamente en conquistarme. ¡Infeliz! Me alojo en el Antlers Hotel.

Y a propósito: no intente encontrar un cuarto cerca de los míos porque tengo pedido casi todo el piso. Le veré a usted para desayunar a las nueve y media.

III

Aunque no durmió bien, Elmer se levantó temprano para prepararse. Se afeitó, se lavó con agua de lilas, se dio polvos de talco, se hizo las uñas, y se puso el traje nuevo recién planchado. Aquella nueva razón de vivir en su existencia tan vacía desde hacía algún tiempo, le había puesto en los ojos un nuevo ardor y había tensado los resortes de sus músculos. Atravesó el vestíbulo decorado con mármol y molduras doradas del Antlers Hotel y esperó a Sharon a la puerta del restaurante. Ella llegó fresca y sonrosada con un vestido blanco adornado de azul. Al verse rieron ambos, reconociéndose camaradas en lo absurdo. El la tomó del brazo alegremente, la condujo a través de las camareras que cuchilleaban a su paso, muy excitadas por la presencia de la célebre evangelista, y ordenó el desayuno con habilidad y competencia.

—Se me ocurre una gran idea— dijo—. Tengo que marcharme esta tarde, pero estaré de regreso en Lincoln el viernes. 2, ¿Qué le parecería si me anunciara usted para hablar en el mitin en concepto de hombre de negocios que ha salvado su alma, y yo hablase media hora o cosa así el viernes por la noche, sobre el valor probado, sólido y práctico, el valor en dólares y centavos de Cristo en el comercio?

—¿Habla usted bien?

—Una cosa imponente.

—Bien. Puede ser una buena idea. Podemos hacerlo. A propósito, ¿a qué se dedica usted? ¿A dar atracos?

—Soy el primer vendedor de la Casa Pequot de Maquinaria Agrícola, Sharon, y si usted no lo cree...

—Sí lo creo. (No hubiera debido creerlo). Estoy segura de que usted dice la verdad... a menudo. Desde luego, no es preciso anunciarle como un predicador a menos que alguien insista en preguntarlo. ¿Qué le parece el siguiente tema: «Haciendo fortuna con la Biblia de Gideón?»⁶.

—¡Magnífico! Yo contaría mi llegada a un pueblo apartado con un tiempo horrible,

viento, frío, lluvia, etc. El cielo tan oscuro que no parecía que volviese a brillar el sol jamás... Los pies empapados de agua de los charcos... Ni una sola operación de venta; el desánimo. Llego a mi cuarto sin haberme acordado de comprar uno de los magazines mundanos que acostumbro a leer; de mala gana cojo una Biblia de Gideón sobre la mesa y leo la parábola de los talentos... Me entero de que ese mismo día se encuentra usted en aquel pueblo, voy a oírla y salgo convertido... Comprendo entonces que si debo aumentar la cuantía de mis ventas no es sólo por el dinero sino por el reino de Cristo también. Y esta convicción me da tal seguridad de mí mismo que mis ventas aumentan de un modo prodigioso. Y luego añado que como todo lo debo a los poderes de inspiración de Sharon Falconer, considero un privilegio poder testimoniarlo en público. Y diré que el que se salva no es el pobre hombre abrumado de fracasos, sino el hombre fuerte y triunfador que no se avergüenza de rendirse a Jesús.

—Eso es espléndido, Hermano Gantry. Se lo digo sinceramente. Insista usted mucho en lo de estar en el cuarto, solo y descorazonado; cómo se quitó usted los zapatos y se echó en la cama sintiéndose completamente derrotado; pero que estaba tan inquieto que se levantó a pasear por el cuarto y tropezó su vista con la Biblia de Gideón. Va a ser un número de mucho efecto. ¿Lo hará usted bien recargado, Elmer? ¿No me dejará usted en mal lugar? Porque realmente pienso anunciarle a bombo y platillos. Diré que le he persuadido para que venga desde Omaha... No; no está bastante lejos... Desde Denver para hablar aquí. Y si usted lo hace de corazón.

Y se empapa en su papel, todo resultará para la mayor gloria de Dios y para el éxito del mitin en la salvación de las almas. ¿Lo hará usted así?

—Amiga mía: Lo haré tan a lo vivo que usted no prescindirá ya de mi en cualquier ciudad que vaya. Se lo aseguro.

—Ya veremos, Elmer. Aquí viene Cecil Aylston... ¿Conoce usted a mi ayudante? Parece un poco esquinado. Es muy bueno, pero tan culto y tan refinado que siempre me está amonestando para que yo lo sea también. Simpatizará usted con él.

—Nada de eso. Me opondré, en todo caso.

Rieron los dos.

El Reverendo Cecil Aylston de Pelo color de lino y altivez británica se acercó lentamente a su mesa, miró a Elmer con una indiferencia que era más irritante que el desprecio y se sentó diciendo:

—Perdone mi intromisión, señorita Falconer, pero ya sabe usted que el comité de eclesiásticos la está esperando en el recibidor.

—Oh, Dios mío!— suspiró Sharon—. ¿Serán aquí tan pesados como de costumbre? ¿No puede usted subir a arrodillarse y a rezar con ellos mientras yo termino mis huevos escalfados? ¿Les ha dicho usted ya que es preciso que dupliquen el número de suscripciones antes de fin de semana, pues, de no ser así las almas de Lincoln corren peligro de condenarse?

Cecil le estaba haciendo señas a Sharon para que no hablase así en presencia de Elmer.

—No se preocupe usted por Elmer. Es uno de los nuestros. El viernes hablará para nosotros. Es un predicador famosísimo que ha encontrado un campo más amplio para sus actividades en los negocios. El Reverendo Aylston, el Reverendo Gantry. Ahora, vaya Cecil, hágalos rezar y téngalos ocupados. ¿Hay algún predicador joven y guapo en el comité o son todos unos vejestorios?

Aylston, a modo de respuesta, le lanzó una mirada torva, apretó los labios y se fue.

—¿Qué bueno es Cecil! ¡Y qué útil me es! ¡Ha conseguido hacerme leer poesías! ¡Si no fuera tan cortés a todas horas!... A mi no me importaría hacer frente a las bestias feroces de Éfeso, pero el engolamiento constante es cosa que no resisto. Bueno. Tengo que subir a reunirme con él.

—¿Almorzará usted conmigo?

—¡No! Mi querido amigo: con esta concluyen todas mis tonterías por esta semana. Desde este momento será uno de los elegidos y si usted quiere estar a bien conmigo... ¡Dios le libre de venir a hacerme zalameas cuando esté acaudillando este ejército terrible de hermanos en Cristo! Le veré el viernes próximo... Comeré con usted aquí antes del mitin. ¿Puedo confiar en usted? ¡Bien!

IV

Cecil Aylston tenía bastante de místico, mucho de ritualista, un poco de pícaro y algo de erudito; se embriagaba con frecuencia y con más frecuencia aún vivía como un asceta; era siempre un caballero y siempre un aventurero.

Tenía treinta y dos años. En Winchester y en New College se había destacado por su habilidad en las carreras pedestres, por su snobismo y por sus conocimientos de versificación griega. Se había ordenado, había servido de vicario en una iglesia muy vieja y mal alumbrada del East End y se había convertido en un anglicano fanático. Cuando estaba pensando en hacer los tres votos para ingresar en un monasterio anglicano, el rector de la iglesia le echó a puntapiés sin que nadie supiera jamás si lo hizo a causa de sus «tendencias ultramontanas» o porque se enteró de que Aylston acababa de tener un hijo con la hija de un jornalero.

Se le relegó a una iglesia triste y sombría de Cornwall, pero renunció al puesto para unirse a los Hermanos Plymouth entre los cuales se hizo una reputación en las sonoras capillas de hierro galvanizado, donde tronaba contra todos los pecados amables. Fue a Liverpool para dar una serie de conferencias y al pasear por el muelle vio un trasatlántico dispuesto para hacerse a la mar; tomó pasaje de emigrante, utilizó un pasaporte que tenía preparado para escaparse a Río de Janeiro con la esposa de un devoto negociante de carbones y, sin decir nada ni a sus hermanos de religión ni a la ardiente dama de los carbones, se embarcó con aire huraño para América.

En Nueva York vendió corbatas en unos grandes almacenes, predicó en una misión, dio lecciones a la hija de un pescadero al por mayor y escribió con estilo ágil y duro, crítica de libros en una revista. Salió de Nueva York dos horas antes que el hermano mayor de la hija del pescadero y vivió sucesivamente en Waco, Texas, de profesor en una escuela de comercio en Winona, Minnesota, predicando en la Capilla del Nazareno; en Carmel, California, escribiendo poesías y redactando circulares para una agencia de compraventa de fincas; y, por último, en Miles City, Montana sustituyendo durante el verano al pastor de una iglesia congregacionista. Era tan apacible, tan estudioso que la viuda de un propietario de un rancho se casó con él. La viuda murió al cabo de algún tiempo y él perdió toda la fortuna en dos días en una casa de juego de Tía Juana. Después de aquel desastre su fervor religioso aumentó considerablemente y Cecil fue convertido en diferentes ocasiones por Billy Sunday, Gipsy Smith, Biederwolf y otros varios evangelistas a quienes ponía en un aprieto porque no esperando hacer una conversión tan súbita al principio de su campaña, no tenían nada dispuesto para utilizar debidamente al converso.

Se encontraba en Ishpenming, Michigan, donde había abierto una galería de tiro

mientras gestionaba por correspondencia un puesto en la Escuela de Groton, cuando oyó hablar de Sharon Falconer y se dejó convertir por ella con más fervor que de ordinario. Se enamoró de ella y así se lo declaró tranquilamente.

En aquella ocasión, ella estaba sin primer ayudante. Acababa de despedir a un colaborador muy útil, dotado de una voz potentísima, Doctor en Teología y afiliado a la secta de Los Hermanos Unidos, por haber insinuado a los hijos de Belial que sus relaciones con Sharon habían sido por lo menos fraternales. Ella aceptó a Cecil Aylston.

Cecil la amó con pasión. Por ella dejó de beber y de fumar y refrenó ciertas inclinaciones que se habían despertado en él últimamente por el oficio de falsificador. Hizo maravillas con ella.

Sharon se abandonaba demasiado a sus emociones. El la enseñó a almacenar fuerza emotiva y a darle rienda suelta en una sola tarde con fuerza arrolladora. Ella había descuidado mucho su gramática y había caído en la mala costumbre de exponer ejemplos vulgares. El la enseñó a leer con paciencia durante horas enteras obras de Swinburne y de Jowett, de Pater y de Jonathan Edwards, de Newman y de Sir Thomas Browne. La enseñó a usar su voz, sus ojos y, en la intimidad, su alma.

Al principio, él la había intrigado, la había irritado, la había llevado de un lado a otro sin que ella opusiera resistencia; pero después ella se había cansado de su adhesión puntillosa. Ella le importaba más que todo en el mundo y por ella había desdeñado a una viuda muy apetecible que le hubiese abierto de nuevo las puertas del redil episcopal y hubiese obtenido para él la opulenta prebenda que anhelaba después de tantos meses de circo evangelista y conversos sudorosos.

V

Cuando Elmer descendió del tren en Lincoln el viernes por la tarde, tropezó su vista con un cartel impreso en letras rojas y negras que anunciaba que Elmer Gantry era una autoridad en el mundo de la maquinaria; que era un orador elocuente y ameno; y que su conferencia sobre «Cómo aumentar las ventas con la ayuda de Dios y de las Biblias Gideón» sería «una revelación sobre el mundo nuevo de los buenos negocios».

—¡Soberbio!— exclamó la autoridad del mundo de la maquinaria—. Me gusta más ver anunciado así un sermón mío que vender diez mil arados.

Se imaginó a Sharon Falconer sola en sus habitaciones, al caer la tarde, anhelando verle. Pero cuando la habló por teléfono le paró en seco:

—No. Lo siento. No puedo verle esta tarde. Le veré en la comida a las seis menos cuarto.

Esto le cortó los vuelos y no hizo ni un gesto ni un comentario cuando ella entró con aire decidido de mujer eficiente y enérgica, en el comedor. Además, traía consigo a Cecil Aylston.

—Buenas noches, Hermana. Buenas noches, Hermano Aylston— saludó Elmer pausadamente.

—Buenas noches. ¿Viene usted dispuesto a hablar?

—¡Sin duda!

El rostro de Sharon se iluminó ligeramente.

—Está bien. Todo lo demás ha salido mal y los predicadores de aquí se figuran que yo alimento a mi compañía evangelista con aire. Pegue usted duro a los cristianos avarientos, ¿quiere, Elmer? ¡Qué trabajo les cuesta soltar el dinero! ¡Cecil! Haga usted el

favor de no mirarme como si hubiese mordido a alguien. No he mordido a nadie... todavía.

Aylston no la hizo caso y los dos hombres se contemplaron como una pantera y un búfalo (pero un búfalo cuidadosamente afeitado y con el pelo empapado de fricción perfumada).

—Hermano Aylston— dijo Elmer—. He observado en la reseña de la reunión de ayer que ha hablado usted de María. y del aceite de que ella se sirvió para ungir a Jesús, y de que ha citado usted los «Idilios del Rey», de Tennyson. Al menos, así lo dice el periódico.

—Es exacto.

—Pero ¿cree usted que esos temas son buenos para el evangelismo? Estarían muy bien en una iglesia, particularmente cuando la congregación es rica y distinguida, pero en una campaña de salvación de almas...

—Mi querido Mr. Gantry: La señorita Sharon Falconer y yo hemos decidido hace mucho tiempo que hasta en la campaña más violenta no es preciso rebajar el nivel de nuestros adeptos.

—Pues yo no les hablaría de tales cosas.

—¿Y de qué les hablaría usted?

—¡Del infierno! ¡Del infierno, a la antigua, eso es!

Elmer miró de reojo a Sharon y vio que ésta sonreía complacida como si le animara a seguir.

—Sí, señor. Como dice el himno, el infierno de nuestros padres es bueno para mí.

—De acuerdo. Pero me temo que no sea bastante bueno para mi y no creo que a Jesús le agradase de un modo especial.

—Hay una cosa de la que puede usted estar completamente seguro. Cuando Jesús vivía con María, Marta y Lázaro no perdía el tiempo tomando el té con ellos.

—¿Por qué no, mi querido amigo? ¿No sabe usted que el té fue importado por primera vez por una caravana de Ceylan a Siria en el año 627 antes de Jesucristo?

—No... No sabía exactamente cuándo...

—Pues claro que sí. Usted no lo recuerda, pero en sus años de la Universidad tiene usted que haber leído la historia de la gran expedición epicúrea de Baltasar en la que formaron mil cien camellos. Baltasar... Tiene usted que acordarse.

—Sí; recuerdo su expedición, pero no sabía que hubiesen traído té.

—Pues lo trajeron. Es un hecho comprobado. Oiga usted, Miss Falconer: el impetuoso Mr. Shoops quiere cantar esta noche «Tal como soy». ¿Hay algún medio de impedirlo? Adelbert es un alma de Dios, pero está demasiado gordo para cantar solo... ¿Quiere usted disuadirle?

—¿Para qué? Que cante lo que quiera. Ha convertido muchas almas con sus canciones— respondió Sharon con un bostezo.

—¡Almas insignificantes!

—¡Oh! No sea usted tan desdeñoso. Cuando vaya usted al cielo, Cecil, se quejará usted de los serafines y de sus vestiduras.

—Mucho me temo que usted se imagine el paraíso con ángeles elegantemente vestidos y una residencia para usted en un barrio de lujo celestial.

—Cecil Aylston. No quiero que me riña esta noche. Me siento completamente vulgar. Esta es mi palabra predilecta. Quisiera poder salvar las almas de algunos miembros de mi compañía. Elmer, ¿cree usted que Dios fue a Oxford?

—¡Seguramente!

—Y usted también, por supuesto.

—¡Yo qué he de haber ido! ¡Yo fui a un colegio de pueblo en Kansas! ¡Y he nacido en un pueblo de Kansas!

—Y yo también, puede decirse. Pertenezco a una familia antiquísima de Virginia y nací en lo que se llama una casa solariega, pero éramos tan pobres que nuestro orgullo era sencillamente ridículo. Dígame ¿cortó usted leña y escardó los campos, de muchacho?

—¿Que si corté leña y escardé? ¡Y no poco!

Sentados a la mesa, con los hombros juntos, siguieron fanfarroneando sobre el tema de su pobreza pueblerina, haciendo alarde de su afinidad, bajo la mirada glacial de Cecil.

VI

El discurso de Elmer en el mitin evangelista fue como un chaparrón.

Tuvo un plan, su voz de barítono cantó, sus palabras fueron escogidas, sus anécdotas, fascinantes, mostró delicadeza de sentimiento, suma castidad y fervor sin límites.

Elmer explicó más tarde a los admiradores de su elocuencia que nada es más importante en un discurso que el plan metódicamente desarrollado. ¿Qué se diría— fue el símil de Elmer— de un arquitecto que idease el decorado sin proyectar la casa? Y aquella noche él tuvo un plan detrás de su retórica florida.

En la primera parte de su discurso confesó que, a pesar de su éxito mercantil, había pecado hasta el momento en que encontrándose inquieto en el cuarto de su hotel había hojeado descuidadamente una Biblia de Gideón y había quedado hondamente impresionado por la lectura de la parábola de los talentos.

En la segunda parte reveló mediante ejemplos amenos y sugestivos de su propia cosecha el valor mercantil del cristianismo. Hizo notar que los comerciantes suelen preferir un hombre honrado a un granuja reconocido.

Hasta aquí había quizá exagerado el matiz realista. Comprendió que Sharon jamás le pondría en el lugar de Cecil Alston si no percibía en él un fino sentido poético. Por lo tanto, en la tercera parte explicó que lo que había hecho del cristianismo algo más que un sueño y un ideal; lo que le había dado calidades humanas era el Amor. Y habló galanamente del Amor. Dijo que el Amor era la Estrella Matutina y la Estrella Vespertina; que irradiaba sobre la tumba fría; que inspiraba igualmente los actos de los patriotas y de los banqueros; y, en cuanto a la música ¿qué era, sinó la voz misma del Amor?

Después de haber elevado a su auditorio (eran unos mil trescientos y le escuchaban respetuosamente) hasta las alturas del idealismo, los hizo caer de repente en un pozo de lágrimas.

—Porque, mis queridos hermanos, si es importante mostrarse prudente en los negocios de este mundo, es el otro mundo el único verdaderamente importante; y esto me recuerda, para terminar, un episodio muy triste que tuve ocasión de presenciar recientemente. En mis negocios tenía relaciones frecuentes con un hombre de alta posición llamado Jim Leff... Leffingwell. Puedo dar su nombre porque ya ha pasado a recibir su sanción eterna. Jim era un hombre excelente, pero tenía defectos fatales. Bebía licores, fumaba, jugaba y— con dolor lo digo—, no tenía siempre la lengua muy limpia: a menudo invocaba el nombre de Dios en vano. Pero Jim era muy amante de su familia, especialmente de una hijita pequeña que tenía. Un día, esta niña cayó enferma. ¡Qué hora más amarga fue aquella en aquel hogar! La madre, angustiada, andaba de puntillas al entrar

en el cuarto de la enfermita; los médicos iban y venían pendientes de la enferma. En cuanto al padre, el desdichado Jim, abrumado de dolor no se apartaba de la camita de la niña y ¡en una sola noche su pelo encaneció! Y llegó el terrible trance y ante su propio padre que no cesaba de llorar la infeliz criaturita se quedó inmóvil y su alma dulce, pura y virginal voló hacia su Hacedor.

Días después Jim se acercó a mi sollozando. Yo le abracé tiernamente como si fuera un niño.

—¡Oh, Dios mío! ¡Que yo me haya pasado la vida entregado a vicios infames y que mi hijita se haya ido al otro mundo sabiendo que su padre es un pecador! Queriendo consolarle le dije:

—¡Dios habrá querido llevársela! Tú has hecho todo lo que se le alcanza a un mortal. Has llamado a los mejores médicos y la has prodigado los cuidados.

«Jamás olvidaré la expresión iracunda con que se volvió a mi.

—Y tú te llamas cristiano — me gritó—. Si; tuvo buenos médicos, pero le faltó una cosa, la única cosa que podría haberla salvado... ¡yo no sabía rezar!

Y aquel hombre fuerte se arrodilló angustiado y yo con todos mis conocimientos y mi experiencia en explicar los designios del Señor a mis colegas de negocios, no pude decir ni una palabra. ¡Era demasiado tarde!

—¡Ah, Hermanos míos, amigos míos! ¿Vais a dejar la hora de vuestro arrepentimiento para cuando sea demasiado tarde? Eso es cosa nuestra— diréis. ¿Vuestra? ¿Vuestra? ¿Tenéis derecho a hacer que caiga sobre los seres que os son más queridos el peso de vuestros pecados? ¿Es que amáis a vuestros pecados más que a vuestro hijito, o vuestra preciosa hijita, o vuestro amante hermano, o vuestro anciano padre? ¿Queréis castigarlos? ¿No amáis al alguien más que lo que amáis a vuestros pecados? Si es así, poneos en pie, os lo ruego. ¿No hay aquí alguno que quiera alzarse en ayuda de un colega en los negocios que quiere llevar la alegría del Evangelio al mundo entero? ¿No queréis acercaros a mí? ¿No queréis ayudarme? ¡Oh! ¡Venid! ¡Venid a que os estreche la mano!

Y bajaron muchos, docenas y docenas, llorando. Y Elmer también lloraba emocionado ante su propia bondad.

Sharon y Elmer se encontraron después en el espacio oculto detrás de las plataformas blancas y doradas.

—¡Ha estado usted admirablemente! Le aseguro que he estado a punto de llorar yo misma. Elmer, ha resultado espléndidamente.

—¿No me los metí a todos en un bolsillo? ¿Eh? Estoy más contento por tratarse de una conferencia organizada por usted y he procurado darle todo lo que tengo.

Se acercó más, a ella con los brazos extendidos y, por una vez, no buscaba el falso ardor por medio de la diplomacia amorosa. Pero ella se alejó rogándole con seriedad:

—No. ¡Se lo suplico!

—Pero, ¿le agrado?

—Sí; me gusta usted.

—¿Cuánto?

—No mucho. No puede gustarme nadie mucho. Pero usted me gusta. Algún día quizá me enamore de usted. Un poquitín. Siempre que usted no se apasione demasiado. Y solo físicamente. Nadie— añadió con orgullo— puede acercarse a mi alma.

—¿Cree usted que es decoroso decir eso? ¿No es eso un pecado?

Ella le miró con ojos llameantes.

—¡Yo no puedo pecar! ¡Yo estoy por encima del pecado! ¡Yo estoy real y

verdaderamente santificada! Cualquier cosa que yo haga, que en otra persona no santificada sería pecado, en mí Dios lo tornará en su mayor gloria. Yo puedo besarle así... (un beso fugaz en la mejilla) o apasionadamente, con terrible apasionamiento y todo ello simbolizaría mi unión completa con Jesús. Acabo de revelarle un misterio. Usted no podrá entenderlo. Pero usted puede ayudarme. ¿Quiere usted ayudarme?

—Sí; quiero ayudarle... Todavía no me he prestado a servir a nadie. ¿Podré? ¡Oh! Eche usted a ese marica de Cecil, bebedor de té, y déjeme que trabaje yo con usted. ¿No necesita usted de unos brazos como estos que la rodeen de vez en cuando y la defiendan?

—Quizá. Pero no consiento que se me acucie. ¡Yo soy la que decido! ¡Yo soy la que elijo!

—Si. Así parece, Sharon. Creo que me ha hipnotizado usted o algo por el estilo.

—No; pero acaso le hipnotice si me interesa. ¡Yo puedo hacer todo lo que quiera! Dios me ha elegido para realizar esta labor en servicio suyo. Yo soy la reencarnación de Juana de Arco y de Catalina de Sienna. ¡Tengo visiones! Dios me habla a mí. Una vez le dije a usted que yo no tenía talento para competir con los evangelistas. ¡Mentira! ¡Falsa mentira! ¡Ellos transmiten el mensaje de Dios, pero yo soy la mano derecha de Dios.

Lo dijo como una salmodia, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados. Elmer pensó: «¡Está loca!» Pero esto mismo no le preocupó. Lo dejaría todo para seguirla. Se lo dijo así con voz temblorosa, pero ella le despidió con un gesto. Elmer se retiró con una humildad que jamás había conocido.

CAPITULO

XII

I

SHARON Falconer organizó aquel verano dos series más de conferencias y en todas ellas aparecía la eminencia del mundo de la maquinaria a narrar su conversión por la Biblia de Gideon y la elocuencia de Sharon Falconer.

Unas veces, Elmer lograba acercarse al alma de Sharon; pero, instantes después, ella le dejaba paralizado con una mirada fría de sus ojos de porcelana. En una ocasión le dijo bruscamente.

—¿Usted fuma, verdad?

—Sí; sí fumo.

—Lo he notado en el olor. Me desagrada mucho. ¿Quiere usted dejar de fumar? Pero por completo, y también debe dejar de beber.

—Bien. Así lo haré.

Elmer cumplió su palabra. El deseo reprimido de fumar o de beber le producía una inquietud angustiosa, pero no volvió a probar ni el tabaco ni el alcohol, y lamentó no poder alejar de la mente el recuerdo de alguna camarera de hotel.

A últimos de agosto, cuando se encontraba en una ciudad pequeña de Colorado, donde Elmer había representado su papel de titán de las finanzas converso y salvado, suplicó a Sharon al entrar juntos en el hotel:

—Permíteme que suba a tu cuarto! ¡Te lo ruego! Nunca puedo hablarte a solas, con calma.

—Bueno. Sube dentro de media hora. Mi cuarto está en el departamento B.

Aquella media hora la pasó Elmer con el corazón palpitante, agitado por el anhelo y la esperanza.

En todas las ciudades donde celebraba actos, Sharon era invitada a alojarse en casa de alguno de los elegidos; pero ella siempre rehusaba. Daba una explicación idéntica a su negativa en todos los casos. Decía que podía entregarse con más fruto a la oración en el recogimiento de su cuarto porque el ambiente de éste se iba enriqueciendo día a día con el aura de su espíritu. Elmer se preguntaba si este aura no era Cecil Aylston, pero procuraba alejar de su mente esta dolorosa sospecha.

Había transcurrido la media hora.

Elmer subió las escaleras tembloroso y al llegar frente a la puerta del departamento B llamó con los nudillos. Lejos, oyó la voz de ella al decir:

—¡Pase!

Sharon estaba al fondo, en el dormitorio. Elmer entró. El recibidor, de atmósfera cargada, estaba decorado con papel pintado de enormes rosas. Sobre una mesita había un ánfora descomunal. Junto a las paredes había dos sillas de respaldo recto y un incómodo canapé. Los lirios que sus discípulos le habían enviado estaban mustios y yacían en un lavabo, en cajas o amontonados en un rincón. Alrededor de una escupidera de china estaban desparramados pétalos de rosas.

Elmer se sentó tímidamente al borde de una silla, sin atreverse a aventurarse detrás de los polvorientos cortinajes que separaban el recibidor de la alcoba; pero su fantasía le introdujo allí más que aprisa.

Al cabo de un momento corrió ella las cortinas y apareció como una llamarada en el cuarto sumido en la penumbra. Se había quitado el vestido blanco y se había puesto una bata, color escarlata con mangas de encaje de oro; su abundante pelo negro, suelto, enmarcaba su rostro pálido y alargado. Se dejó caer en el canapé y dijo a Elmer:

—¡Ven!

Elmer se sentó a su lado y con alguna cortedad le rodeó la cintura con su brazo; ella reclinó la cabeza sobre su hombro. El la oprimió el talle, pero ella suspiró sin moverse:

—¡Oh, no! ¡Por Dios, no me hagas el amor! Cuando yo quiera que me lo hagas, lo sabrás claramente. Ahora sé bueno y consuélame.

—Pero yo no puedo siempre...

—Ya lo sé. Quizá no tengas siempre que dominarte. ¡Quizá! ¡Oh! Yo necesito... Lo que yo necesito esta noche es algún remedio para mi vanidad. ¿Te he dicho alguna vez que yo soy la reencarnación de Juana de Arco? Realmente lo creo a medias, algunas veces. Claro que no son más que desvaríos. En realidad, soy una mujer muy ignorante, con un exceso de energía mal encauzada y un poquitín de idealismo. Predico elocuentes sermones durante seis semanas, pero si permaneciese en la misma ciudad seis semanas y un día, tendría que repetir las mismas cosas otra vez. Mis sermones son muy inspirados... pero Cecil me ha escrito la mayor parte de ellos y el resto lo he plagiado tranquilamente.

—¿Te gusta Cecil?— preguntó Elmer.

—¡Oh! ¡Es un hombrón terrible y muy celoso!

Sharon, que aquella noche en su sermón había sacado los registros más graves de su voz, hablaba ahora con el tonillo y la expresión de los niños.

—¡Por Dios, Sharon! ¡No seas infantil, ahora que te hablo en serio!

¡Por Dios, Elmer! ¡No digas «por Dios»! Odio los vicios menores: fumar, jurar, murmurar, beber sólo lo suficiente para hacer tonterías... A mí me gustan los vicios grandes: ¡el crimen, la lujuria, la crueldad, la ambición!

—¿Y Cecil? ¿Es él uno de los grandes vicios que te gustan?

—¡Oh! Es un hombre encantador. ¡Y la gracia que tiene verle tomarse a sí mismo tan en serio...!

—Sí; en amor debe ser como un plato de helado...

—¡Te sorprendería si le conocieras en ese aspecto! ¡Y, cállate! Tú lo que quieres es que yo hable mal de él. No puedo hacerlo porque estoy muy agradecida; ha hecho mucho por mí; es un hombre que sabe cosas; no es una estatua de la ignorancia como tú o como yo.

—¡Alto ahí, Sharon! Después de todo, yo tengo un título universitario y casi soy licenciado en Teología.

—Eso es lo que he dicho. Cecil sabe realmente leer.. Y me enseñó a dejar de representar mi papel como una criada. Pero... Ya he aprendido todo lo que él puede enseñarme y si meto en mi cabeza más ideas elevadas perderé el contacto con el vulgo... Dios bendiga las almas vulgares tan sinceras, tan candorosas...

—Entonces, despídele y tómame a mí. No me interesa el puesto por el dinero. Tú sabes eso, Sharon. Dentro de diez años, cuando yo tenga treinta y ocho, puedo ser jefe de ventas de la Casa Pequot, con diez mil dólares de sueldo. Y algún día quizá llegaré a ser presidente del Consejo de Administración de la compañía con treinta mil dólares. No pretendo el puesto por ambición. Es que... ¡estoy loco por ti! Fuera de mi madre, tú eres la única persona a quien he adorado. ¡Te quiero, Sharon! ¿Me oyes? ¡Te adoro! ¡Oh, Sharon, Sharon! No mentía al decir esta noche en mi conferencia que tú me habías convertido, porque así ha sido, en efecto. ¿Me permitirás que te sirva? ¿Querrás casarte conmigo?

—No, no creo que llegue a casarme, exactamente. Quizá despida a Cecil— ¡pobre muchacho!— y te tome a ti. Ya veremos. En todo caso... Veamos.

Apartó el brazo de Elmer y llevándose una mano a la barbilla, se puso a meditar. Elmer se sentó a sus pies en cuerpo y en espíritu.

Sharon se inundó de contento al decirle:

—En septiembre tendré sólo cuatro semanas de conferencias en Vincennes. Voy a descansar todo octubre antes de comenzar la campaña de invierno (no me vas a conocer entonces; soy una maravilla hablando en grandes salones). Iré a descansar a nuestra casa solariega, a la antigua mansión de los Falconer en Virginia. Mis padres han muerto ya y la casa es mía. Está en una plantación antigua. ¿Te gustará ir allí a pasar quince días conmigo en octubre? Estaremos solos.

—¿Que si me gustaría? Me encanta el proyecto.

—¿Puedes abandonar tus asuntos?

—Iré aunque me cueste mi empleo.

—Entonces... Yo telefonaré desde allí avisándote para que vayas. Mi casa se llama Hanninh Hall y está en Bronglton, Estado de Virginia. Y ahora, amigo mío, creo que lo mejor es que me vaya a la cama. Adiós. ¡Que sueñes cosas agradables!

—¿Me permites que te arrope en la cama?

—No, Elmer. ¡Podría olvidárseme que soy la Hermana Falconer! ¡Buenas noches!

El beso que dio a Elmer fue como el vuelo de una golondrina, y él se marchó sin decir palabra, muy maravillado de que por primera vez, Elmer Gantry amase tanto que no insistiese en hacer el amor.

II

En Nueva York se compró un traje de «homespun» irlandés y una gorra. Su aspecto era engolado y pastoral cuando desde la ventanilla del Pullman contemplaba los campos de Virginia.

—¡Virginia, Virginia!— murmuraba alegremente.

Cercados en zig-zags, chozas de negros, briosos caballos pastando en los prados que parecían echar de menos a los caballeros que los montaban en otros tiempos; y al fondo, las colinas azules. Era un mundo más antiguo que su Kansas abrasadora, más antiguo que el Seminario de Mizpah y Elmer ansió pertenecer a aquel mundo tradicional del que Sharon formaba parte. Después a medida que iba acercándose a Bronglton dejó de contemplar el paisaje de colores cálidos, para soñar con Sharon.

Recordó que ella pertenecía a la aristocracia y se la imaginó más importante allí rodeada de un círculo de parientes.

Se sintió más tímido que jamás lo había sido... y más orgulloso que nunca, de su conquista.

Al apearse en la estación creyó, por un momento, que no había salido a recibirle. Después vio a una muchacha que estaba en pie junto a un rústico y desvencijado cochecillo.

Era Sharon, aparentemente más joven, con aspecto de verdadera jovencita, con blusa de marinero muy abierta de cuello, falda blanca de pliegues y zapatos blancos. La Hermana Falconer se había convertido en una muchacha.

—¡Estas adorable, Sharon! — dijo él dejando caer al suelo la maleta. La cogió en sus brazos, blanda y fragante y la besó.

—¡Basta! — le dijo ella al oído—. Aquí he dicho que eres mi primo y ni siquiera los primos simpáticos besan con tanto ardor.

Mientras el cochecillo iba dando tumbos por las cuestas y el caballo resoplaba haciendo sonar los arneses, Elmer cogió la mano de Sharon delicadamente, como si se tratara de una mariposa.

A la vista de Hanning Hall lanzó un grito de admiración. Atravesaron espesos pinares al final de los cuales estaba la casa rodeada de jardines en declive. Parecía un cromó sacado de un libro de cuentos; era una casa de ladrillo, no muy grande, con esbeltas columnas blancas, cúpula blanca y grandes ventanas con vidrieras de cristales pequeños. Por el césped del jardín se paseaba un pavo real al sol. También parecían sacados de un cromó de libro de cuentos la pareja de ancianos negros que les saludaron inclinándose respetuosamente desde la puerta y que se apresuraron a descender las escaleras. El era el mayordomo, vestido con librea verde; tenía un bigote, que le rodeaba casi toda la boca. La mujer, vestida de percal, sonreía con su enorme boca y saludó a los recién llegados con una cortesía aparatosa.

—Los dos han estado en casa toda la vida, y me han cuidado desde que nací— murmuró Sharon—. Les tengo verdadero cariño, como se lo tengo a este sitio. Por eso...

Vaciló un momento, y luego dijo con expresión de reto:

—¡Por eso es por lo que te he traído aquí!

El mayordomo cogió la maleta de Elmer y procedió a sacar su contenido mientras Elmer recorría el viejo dormitorio, impresionado y vagamente feliz.

En las paredes había una serie de paisajes grises: mansiones señoriales tras avenidas de olmos. El lecho destinado a Elmer tenía cuatro columnas; la chimenea era blanca y la repisa estaba estucada; y el piso entarimado, pulimentado por varias generaciones de pies olvidados, estaba cubierto a trozos por una alfombra del tiempo de los miriñaques.

—¡Qué feliz soy!— suspiró Elmer— ¡Qué bien se está aquí!

Cuando el mayordomo se marchó, Elmer se dirigió a la ventana y nuevamente lanzó una exclamación admirativa. No se había dado cuenta de que habían subido tanto en el cochecillo. Más allá de las praderas onduladas y de las arboledas se divisaba el Shenandoah, cuyas aguas brillaban a la luz de la tarde.

—¡El Shenandoah!— murmuró Elmer.

De pronto se arrodilló junto a la ventana y por primera vez desde que había renegado de Jim Lefferts y del fútbol y de los placeres, su alma se liberó de toda la inmundicia con que la había cubierto: ambiciones oratorias, orgasmo emotivo, frases yertas de profetas tediosos, dogmas. El río dorado y tortuoso le atraía, el cielo le elevaba y con los brazos extendidos imploró a Dios que le librara de la oración.

—He hallado a la mujer. Sharon! ¡Se acabó el timo evangelista, atrapando idiotas en el cepo de la religión! ¡No! ¡Yo quiero ser honrado, Dios mío! La cogeré bajo mi brazo y lucharé para protegerla. Trabajaré en los negocios y haré algo grande ¡Y me reiré cuando quiera y no tendré que gimotear y estrechar la mano de gentes de iglesia!

Sus propósitos de rebelión no pasaron de aquellas palabras.

La visión del hermoso río estaba oculta para él por una niebla de compromisos... ¿Cómo iba él a escapar del melodrama evangelista si quería poseer a Sharon? Y poseer a Sharon era el único fin de su vida. Ella estaba entusiasmada con sus mítines evangélicos y jamás los interrumpiría. Elmer tendría que obedecerla y de todos modos, él también estaba entusiasmado con sus propias dotes oratorias.

—Y, además, eso de la religión no es para tenerlo en menos— concluyó Elmer—. Nosotros hacemos mucho bien.

Quizá procuremos a la gente muchas emociones, pero esto mismo, ¿no les anima a salir del camino trillado? ¡Claro que sí!

—Se puso el chaleco blanco de cuello de tórtola y con paso firme y expresión satisfecha bajó a reunirse con Sharon.

Ella le estaba esperando en el «hall» ligera, juvenil, con su blusa de marinero y su boina escocesa.

—¡No hablemos nada en serio!— gritó—. Yo no soy la Hermana Falconer; soy Sharon hoy. ¡Pensar que alguna vez he dirigido la palabra a cinco mil personas! ¡Vamos! ¡Te apuesto a correr cuesta arriba!

El «hall» del piso bajo, adornado según la tradición, con grabados en acero y una espada de Chickamanga comunicaba desde la puerta principal, bajo la balastrada de las escaleras, al jardín que estaba detrás de la casa, en el que todavía crecían asteres purpúreos y cinias doradas.

Sharon echó a correr, atravesó el jardín, dejó atrás el reloj de sol en piedra y se subió en la pradera tapizada de espesa yerba. No era ya una Juno ceremoniosa, sino una ninfa. Elmer la siguió, pesado, sin gallardía, pensando menos en la gracia alada de Sharon que en el hecho de que desde que él había dejado de fumar sus pulmones funcionaban mejor.

—¡Corres como un gamo!— dijo ella deteniéndose, jadeante, junto a una pared tras la que había perales plantados en espaldera.

—¡Ya lo creo que corro! ¡En fútbol soy una fiera en regateo!

La cogió en sus brazos y la alzó como si fuera una pluma. Ella agitaba las piernas para que la soltara, pero murmuró con acento de admiración:

—¡Qué fuerte eres!

El sol calentaba demasiado para sus retozos y así subieron sosegadamente por la

colina llevando las manos cogidas y haciendo un movimiento de vaivén con los brazos. Hablaron apaciblemente (procurando Elmer en todo momento ponerse a tono con la aristocrática familia de Falconer, y el ambiente de casa solariega y criados negros) sobre los peligros que amenazaban al mundo con la alta crítica y sobre el talento del compositor E. O. Excell para hacer música sagrada que a la vez era alegre y saltarina.

III

A Elmer le asaltaron ciertas preocupaciones mientras se ponía el traje oscuro y una corbata soberbia para bajar a comer. Aquella familiaridad con que le había recibido Sharon no podía durar. Se vería interrumpida por algo. Sharon había hablado vagamente de hermanos, de tías ceremoniosas, de primos, de una nube de parientes y la casa era lo bastante grande para ocultar en sus corredores a una parentela numerosa. ¿Se encontraría en la mesa a gentes anticuadas y hostiles que le mirasen de arriba a abajo despreciándole como un provinciano de Terwillinger? Veía ya la animadversión en sus ojos y veía a Sharon, arrastrada por la actitud general, cambiar de pronto y librarse de la fascinación que él, en su audacia y concupiscencia, había ejercido sobre ella.

—¡Que se vayan al diablo!— dijo Elmer— ¡Yo valgo tanto como ellos!

Bajó de mala gana al salón, donde había un sin fin de curiosidades: unas babuchas chinas; un ciervo tallado en nogal negro; una concha de Madagascar... En un jarrón languidecían unas ramas de sauce. Había también un escritorio, una mesa de tableros movibles y un sofá viejo y acogedor junto a la chimenea. Aquella estancia, lo mismo que todas las de la casa, estaba llena de rumores, de crujidos de la madera, de ojos apagados, suspicaces... En la humilde casa en que se había criado Elmer en París, Kansas, no había habido murmullos ni recuerdos. Elmer se detuvo anhelante y un poco asustado como un muchacho modesto que viera interrumpido su idilio en la señorita aristocrática y estuviera demasiado enamorado para darse por ofendido.

Sharon estaba a la puerta, todo lo menos evangelista que era posible, hecha una mujer de la alta sociedad con un vestido de noche de seda y satén negro y encajes de oro. Elmer no había conocido nunca a ninguna mujer que llevase vestidos de noche. Ella le tendió alegremente la mano, pero él se acercó a ella con cortedad, aunque dispuesto a no hacer mal papel delante de sus puntillosos parientes.

Entraron en el comedor con las manos enlazadas y Elmer vio en seguida que la mesa estaba sólo puesta para dos.

Casi se echó a reír al decir:

—Había pensado que íbamos a encontrarnos a una porción de gente de tu familia.

Pero estaba salvado y no tuvo que ocuparse en tenerle la silla para que se sentara.

Se sumió en serena felicidad mientras Sharon contaba anécdotas chistosas del evangelismo en las que aparecían el tenor solista; el gordinflón de Adelbert Shoop, que adoraba la crema de coco; la mujer del granjero sueco, que a fuerza de oraciones había logrado que su marido renunciara a la bebida, los juramentos y el rapé, y no conforme con esto quiso que renunciara también a jugar a las damas, ante lo cual el hombre se marchó y se cogió una formidable borrachera con alcohol puro.

—Nunca te he visto tan sosegado— observó Sharon—. Veo que puedes ser discreto. ¿Feliz?

—¡Enormemente!

El tejado del pórtico de entrada había sido convertido en una terraza y allí, bien

abrigados para preservarse del fresco de la noche, tomaron el café con bombones a la menta, sentados en amplias mecedoras. Desde allí se dominaban las copas de los árboles y cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad vieron el río brillar bajo las estrellas. Oyeron el chillido del búho; y después la brisa murmurante los envolvió...

—¡Dios mío! ¡Qué bien se está aquí!— suspiró Elmer buscando la mano de Sharon, que ella deslizo confiadamente en la suya. De pronto él estalló diciendo bruscamente:

—Todo esto es demasiado bonito para mí. Sharon, yo soy un perdido. Como predicador puedo pasar, pero como persona no tengo nada bueno. He dejado de beber y de fumar sólo por ti, te lo aseguro. Pero antes bebía como un pez y hasta que te conocí no pensaba bien de ninguna mujer fuera de mi madre. Yo no soy más que un viajante de comercio de poco más o menos. Nací en París, en el Estado de Kansas y ni siquiera soy digno de aquel poblado, porque allí son trabajadores y decentes y yo no lo soy. Y en cambio tú... ¡Tú no sólo eres una profetisa, sino que eres una Falconer! ¡Familia respetable! ¡Criados viejos! ¡Esta mansión! ¡Es inútil! Eres demasiado para mí. Lo único que puedo hacer es quererte. Y te quiero de un modo terrible. ¡Y no puedo engañarte!

Había soltado su mano delicada, pero ella volvió a deslizarla entre las suyas recorriendo los surcos que formaban sus dedos hasta los nudillos.

—¡Tú serás alguien!— le dijo—. Yo haré que lo seas. Y, acaso sea una profetisa en ciertas ocasiones, pero también soy una embustera tremenda. Yo no me llamo Falconer. No existe la familia Falconer. Me llamo Katie Jonas y he nacido en Útica. Mi padre trabajaba en un tejar. Yo inventé el nombre de Sharon Falconer cuando trabajaba de mecanógrafa. Jamás había visto esta casa hasta hace dos años y hasta entonces tampoco había visto a los dos criados. Estaban al servicio de los propietarios de esta finca y ni siquiera ellos eran Falconers... ¡Tenían el aristocrático apellido de Sprugg! Y por cierto que esta finca no está pagada todavía ni en la cuarta parte de su coste. ¡Y, sin embargo, yo no soy una mentirosa! ¡No! ¡Sharon Falconer es mi nombre ahora! Yo he creado su personalidad a fuerza de oraciones y tengo derecho a ser Sharon Falconer! Y tú vas a dejar de ser el pobre Elmer Gantry, de Kansas. ¡Vas a ser el Reverendo Doctor Gantry, el gran caudillo de almas! ¡Me alegro que no tengas una ascendencia distinguida. Cecil Aylston... Creo que me ama, pero siempre tengo la sensación de que se está riendo de mí. Se fija más en los infinitivos que me como que en las almas que salvo! Pero tú... Tú serás mi servidor, ¿verdad?

—¡Para siempre!

Y esto fue todo. Hasta el acuerdo de que despediría a Cecil y que Elmer ocuparía su puesto de un modo permanente, fue convenido en pocas palabras. Elmer estaba seguro de que el resorte de la dominación de Sharon se había roto.

Cuando entraron en la casa, ella dijo alegremente que debían acostarse temprano para madrugar al día siguiente y que ella le haría perder cinco kilos jugando al tennis.

El murmuró a su oído:

—¿Dónde está tu cuarto, vida mía?

Ella se echó a reír con un tono que le dejó helado. — ¡Nunca lo sabrás, pobre corderito!

Elmer, el hombre audaz, el hombre resuelto, se fue rechistar a su cuarto, se desvistió solemnemente y se asomó melancólicamente a la ventana dejando que su alma vagase en la noche con rumbos incomprensibles. Al cabo de un rato se metió en la cama y comenzó a hundirse en el sueño demasiado cansado para fantasear sobre las posibilidades del mañana.

De pronto oyó un chirrido junto a la puerta. Le pareció como si alguien diese vuelta al picaporte. Se irguió anhelante. El ruido cesó, pero comenzó de nuevo, y la puerta se abrió

lentamente dejando pasar una franja de luz, y Elmer, estirando el cuello, pudo ver a Sharon, blanca y vaporosa, semejante a un fantasma.

El extendió los brazos, desesperado, y ella en su marcha tropezó con ellos.

—¡No, por Dios!— dijo con voz de sonámbula—. Sólo he venido a darte las buenas noches y a arroparte. ¡Pobre niño, que se aburre y no es feliz! ¡A dormir! Voy a darte un beso de despedida y luego me marcharé.

Elmer hundió la cabeza en la almohada y ella le tocó las mejillas ligeramente. Sus dedos parecían despedir una corriente magnética que adormiló a Elmer, sumiéndole en una modorra plácida y momentánea.

Con gran esfuerzo logró decir:

—También tú necesitas consuelo y quizá necesites que te dirija cuando no te tenga miedo.

—No. Tengo que soportar sola mi soledad. Para bien o para mal, soy distinta de los demás. Sola... siempre sola.

Elmer se despabiló completamente cuando sintió que sus dedos le recorrían la frente y se adentraban en el pelo.

—¡Qué espeso tienes el pelo!— dijo ella con voz somnolienta.

—¡Cómo te late el corazón, Sharon!

Súbitamente, apretándole el brazo gritó ella:

—¡Ven! ¡Ven! ¡Es la llamada!

El la siguió aturdido. Salieron del cuarto, descendieron al hall y por unas escaleras estrechas subieron al cuarto de ella, atravesando un corredor estrecho con miositis en la tapicería y retratos de celebridades virginianas en las paredes. La estancia era un verdadero horno color púrpura.

El dormitorio de Sharon tenía toda la extravagancia de un «boudoir» oriental en 1895: una cama turca sostenida por cuatro pies de marfil y cubierta por una túnica de mandarina: lámparas de bronce apagadas, semejantes a las de las mezquitas o de las pagodas; sobre los muros una panoplia de cartón dorado; una mesa inmensa de tocador atestada de cosméticos y de frascos de extrañas formas conteniendo perfumes parisinos; altos candelabros cuyas velas retorcidas y adornadas estaban encendidas; y flotando sobre todo aquello, un vago olor a incienso.

Ella abrió un armario, sacó una especie de túnica y se la lanzó a Elmer, gritando:

—¡Para el servicio del altar!

Y desapareció en un gabinete contiguo.

Con alguna vacilación, sintiéndose ridículo, Elmer se puso la túnica. Era de terciopelo color púrpura, bordada con signos negros que le eran desconocidos; el cuello era muy pesado y estaba adornado con hilos de oro. Elmer no sabía lo que se pretendía de él y esperó dócilmente.

Un momento después Sharon reapareció. Elmer la contempló asombrado. ¡Qué alta parecía! Estaba fantástica, con una túnica encarnada adornada con estrellas y medias lunas de oro, cruces gamadas o en forma de Tau; llevaba unas sandalias de plata y ceñía sus cabellos con una tiara de lunas de plata rematadas en puntas de acero que brillaban a la luz de los candelabros. Una; neblina de incienso flotaba en torno suyo, como si emanase de ella. Y cuando alzó lentamente los brazos, Elmer sintió, con el respeto y el temor de un niño, que Sharon era realmente una sacerdotisa.

Su voz seguía teniendo el acento de una sonámbula cuando dijo:

—¡Ven! Vamos a la capilla.

Abrió una puerta medio oculta detrás de la cama turca y le guió a otra estancia.

Elmer ya no sentía apetencias amorosas ni curiosidad, sino una gran inquietud.

¿Qué extraña construcción era aquella? ¿Habían quitado el techo de la pequeña estancia, de forma que tenía una altura de dos pisos? En todo caso, no había duda de que se trataba de un santuario, resplandeciente de luz en el fondo y sumido en penumbras en la parte superior. Las paredes estaban tapizadas con terciopelo negro; no había sillas; todo el fondo estaba ocupado por un amplio altar. Era un altar como sólo podía haber sido ideado por un humorista o por un loco, con colgaduras chinas de brocado, bermellón, damasco, esmeralda y oro. Tenía dos gradas de mármol rosáceo. Encima del altar estaba colgado un inmenso crucifijo con el Cristo sangrando por las heridas y con el costado abierto. En la parte superior había imágenes de la Virgen, Santa Teresa, Santa Catalina, un Sagrado Corazón de colores chillones y una efigie lúgubre de San Esteban. En la base del altar se juntaban desordenadamente los que Elmer llamaba «ídolos paganos»: dioses con cabeza de mono o de cocodrilo; un dios con tres cabezas y otro con seis brazos; un Buda de jade y marfil; una Venus desnuda de alabastro y en medio de todos una estatuita de plata de una diosa seductora, bellísima, fascinadora y malévol, con una triple corona y un rostro fino y alargado de expresión apasionada como el de Sharon Falconer. Ante el altar estaba un largo cojín de terciopelo, muy suave y mullido. Sobre él se arrodilló Sharon indicando con un ademán a Elmer que la imitara.

—¡Ha sonado la hora!— gritó— ¡Oh, Virgen Santa! ¡Oh, Madre Hera, Madre Friga, Madre Istar, Madre Isis! ¡Oh, terrible Madre Astarté, la de los brazos entrelazados, es vuestra sacerdotisa, la que después de tantos siglos de ceguera y de dudas, revelará al mundo que todas sois Una y que todas os manifestáis en mí, y que con esta revelación vendrá la paz y la sabiduría universal, el secreto de las esferas y el pozo de la ciencia. Vosotras que os habéis inclinado sobre mí y que habéis posado sobre mis labios vuestros dedos inmortales, tomad a este hombre que es mi hermano y acogedle en vuestro seno, abridle los ojos, libertad su espíritu cautivo, hacedle semejante a los dioses para que en mi compañía pueda llevar a las gentes la revelación por la que el mundo ha inspirado durante miles y miles de años de dolor...

—¡Oh, rosacruz y torre mística de marfil...!

«Escuchad mi plegaria.

«¡Oh, sublime media luna de Abril...!

«Escucha mi plegaria.

«¡Oh, serpiente de ojos insondables!

«Escucha mi plegaria.

«¡Vosotros, los que estáis ocultos y los que fulguráis desde las cavernas del olvido, desde las cimas del futuro, desde el torbellino del presente... uníos en mí, elevadle, recibidle, seres terribles e innominados; sí; elevadnos de misterio en misterio, de esfera en esfera, de poder en poder, hasta el trono verdadero!»

Sharon cogió una Biblia que estaba a su lado sobre el cojín de terciopelo y dándosela a Elmer le ordenó:

—¡Lee, lee en seguida!

Estaba abierta por el Cantar de los Cantares de Salomón y Elmer, lleno de turbación, leyó con voz emocionada:

—»¡Cuán hermosos son tus pies en los calzados, ¡oh, hija de príncipe! Los contornos de tus muslos son como joyas, obra de mano de excelente maestro. Tus dos pechos, como dos cabritos mellizos de gama. Tu cuello como torre de marfil. Y el cabello

de tu cabeza como la púrpura del rey, ligada en los corredores. ¡Qué hermosa eres, y cuán suave, oh amor deleitoso!»

Sharon le interrumpió diciendo con voz alta y aguda:

—¡Oh, rosa mística, oh lirio admirabilísimo, oh unión maravillosa! ¡Oh, Santa Ana, Madre Inmaculada. Demetrio, Madre refulgente, Madre bienhechora, mirad, yo soy suya, él es vuestro y vosotros sois míos!

Elmer siguió leyendo y alzando la voz como un sacerdote con acento triunfal:

—«Yo dije: Subiré a la palma, asiré sus ramos...

No concluyó el verso, porque ella se deslizó hasta llegar a su lado y cayó en sus brazos con los labios entreabiertos.

IV

Estaban sentados en la colina; era a mediodía y contemplaban el valle a sus pies. La conversación languidecía cuando Elmer dijo:

—¿Por qué no quieres casarte conmigo?

—No. Al menos en muchos años no quiero casarme. Soy muy vieja; tengo treinta y dos años, mientras que tú... ¿Cuántos tienes, veintiocho o veintinueve? Además, tengo que estar libre para, el servicio de Nuestro Señor... ¿Sabes que lo digo sinceramente? Estoy verdaderamente consagrada, aunque pueda parecer otra cosa.

—¡No lo dudo un momento, vida mía!

—De suerte que no puedo casarme. Está bien, a veces, ser simplemente humana; pero la mayor parte del tiempo tengo que vivir como una santa... Además, los hombres se convierten mejor si saben que no estoy casada.

—¡Que se vayan a paseo! Oye, ¿me quieres un poco?

—Sí. ¡Un poco! ¡Te quiero más que a cualquiera otra persona, con excepción de Katie Jonas! ¡Pobre chiquillo!

Reclinó la cabeza en su hombro con languidez y Elmer la oprimió en sus brazos. La huerta estaba llena de zumbidos de abejas.

Aquella noche cantaron juntos himnos evangélicos, con gran edificación de los viejos criados, que desde aquel momento comenzaron a dar a Elmer el tratamiento de Doctor.

CAPITULO

XIII

I

HASTA diciembre no tomó Sharon a Elmer en calidad de ayudante.

Cuando ella despidió a Cecil Aylston, éste dijo con voz apagada:

—Esta es la última vez, mi querida profetisa y evangelista trashumante, que me esfuerzo en ser honrado.

Sin embargo, se sabe, que durante varios meses dirigió una misión de caridad en Buffalo, y si hubo de reconocérsele para averiguar su estado mental, fue porque se pasaba las horas con la mirada fija en el vacío. Fue muerto de un tiro en un garito de Juárez y cuando llegó la noticia a oídos de Sharon, lo sintió mucho y hasta habló de ir a recoger el

cadáver; pero después fueron tantas sus ocupaciones piadosas que no pudo realizar su propósito.

Elmer se reunió con ella al comienzo de las conferencias que dio en Cedar Rapids, Estado de Iowa. El se encargó de abrir las sesiones, hacía los anuncios, recitaba las oraciones, predicaba cuando ella estaba muy cansada y dirigía los cánticos cuando Adelbert Shoop, el director de orquesta, estaba indispuerto. Extrajo una docena de buenos sermones de una colección de enciclopedias de exégesis, de manuales para evangelistas o de modelos de sermones para cada caso. En las conferencias para hombres solos pronunciaba un sermón muy enérgico sobre el vigor y la alegría que da la castidad perfecta, en el cual relataba cómo Jim Leffingwell reconocía la insensatez del placer en el lecho de muerte de su hija. Para todas las ocasiones tenía dispuesta una homilía muy sugestiva sobre el Amor, estrella de la mañana y de la tarde.

Ayudaba a Sharon en todo aquello que Cecil la retenía; esto al menos sostenía Sharon. Esta no había renunciado a su vocabulario poético, pero Elmer la animaba a que atacase directamente al pecado con frases vulgares que hubiesen hecho estremecer a Cecil. Al referirse a Cecil, Elmer le llamaba «Osric», con gran regocijo de Sharon, y también «Percy» y «Algernon». La impulsó a echar el anzuelo en las grandes ciudades, donde están los públicos más cultos y los más vulgares, y a hacerse la propaganda no en el estilo elevado, de alta iglesia, establecido por Cecil, sino como se anuncian los circos, los congresos masónicos y los nuevos mesías.

Por primera vez, siguiendo los consejos de Elmer, Sharon se aventuró en las grandes ciudades. Visitó Minneápolis, respaldada solamente por algunas sectas, tales como la Asamblea del Evangelio Completo los Nazarenos, la Iglesia de Dios y los Metodistas Wesleyanos, arriesgando todos sus ahorros en alquilar un salón caro y en insertar anuncios de dos columnas.

Minneápolis se dejó atraer, como las ciudades pequeñas, por la voz y los ojos de Sharon, por sus vestiduras griegas, por su altar piramidal blanco y oro. Las ganancias fueron satisfactorias. En vista de lo cual visitó después sucesivamente Indianápolis, Rochester, Atlanta, Seattle, los dos Portlands y Pittsburgh, alternando con ellas ciudades más pequeñas.

Durante dos años la vida de Elmer fue un torbellino.

Era tan vertiginosa que nunca sabía a punto fijo en qué ciudad se hallaba. Todo era un batiburrillo de sermones, conversiones delirantes, colecta, trenes acusaciones contra los colaboradores particulares, poco celosos, acusaciones contra Adelbert Shoop por emborracharse, expulsión de Adelbert Shoop, reingreso de Adelbert Shoop por no haber sido posible encontrar otro tenor de una piedad tan untuosa.

Entre sus obligaciones había una, de la que Elmer no se cansaba nunca: era la que consistía en mostrarse simpático y varonil con las señoras que acudían a buscar remedio a sus aflicciones. Elmer las cogía la mano con ternura y las decía dulcemente:

—¿No quiere usted escuchar la voz del Salvador que la llama, Hermana?

Y todas ellas, las solteras que soportaban a duras penas la mustia y patética doncellez forzada, y las esposas que se consideraban víctimas de la incomprensión de sus maridos, se agarraban firmemente a la mano de Elmer y pasaban a engrosar la cifra cuidadosamente anotada de las almas salvadas. Sharon se cuidó de que Elmer vistiese adecuadamente su papel: le hizo ponerse un traje azul oscuro, de doble botonadura, y una corbata de precio, en el invierno, y traje blanco con zapatos blancos en el verano.

Pero a pesar de que las hembras le rodeaban tumultuosamente, era tal el encanto

intimidante de Sharon, que Elmer le fue siempre fiel.

Si durante esos dos años él fue el derviche, ella fue la estrella; inspirada en sus sermones, apasionada con él, niña juguetona a veces que se reía y rehusaba mostrarse seria ni aun en el momento del sermón; generosa hasta la exageración en ocasiones, y agarrada como una vieja hombruna que se pelea por dos centavos, en otras. Con todos sus caprichos y alternativas, ella seguía siendo para él su religión y su razón de vivir.

II

Para atacar a las grandes ciudades y solicitar el concurso financiero de las iglesias ricas, Sharon hubo de emplear procedimientos nuevos en el comercio del evangelismo. Las iglesias miraban con recelo a las mujeres evangelistas. Las mujeres, según su opinión, podían laborar en las visitas de enfermos, en hacer prendas de punto para los paganos, en organizar verbenas, etc., etc.; pero no tenían la voz bastante fuerte para arrojar al diablo del cuerpo de los pecadores. En realidad, todos los evangelistas, fuesen de uno u otro sexo, estaban siendo víctimas de un ataque generalizado. Aquí y allá surgían eclesiásticos prestigiosos que preguntaban si había algún valor espiritual en convertir a hombres normales en maniáticos serviles y atemorizados. Publicaban estadísticas demostrando que ni siquiera un diez por ciento de los conversos en los momentos de exaltación religiosa perseveraban en la Iglesia. Y llegaban a plantear con sentido práctico la cuestión de los emolumentos. ¿Por qué un pastor que ganaba solamente dos mil dólares anuales — cuando los ganaba— había de esforzarse en ayudar a un evangelista a ganar de diez a cuarenta mil?

Era preciso contrarrestar estos ataques. Elmer persuadió a Sharon de que despidiese a su agente de propaganda — un antiguo pastor y publicista en la Prensa religiosa hasta el escándalo de los petróleos— y contratase en su lugar a un agente de Prensa especializado en propaganda de circos y de compraventa de fincas. Entre Elmer y este agente elaboraron un plan nuevo y audaz de intensa propaganda.

Allí donde el agente de Prensa anterior había suplicado humildemente a los eclesiásticos y a los potentados de una ciudad que se dignasen a invitar a Sharon para apreciar la calidad de sus méritos espirituales y había soportado pacientemente largas esperas en antesalas, el nuevo agente de la Empresa de Salvación se presentaba bruscamente y decía:

—Me es imposible perder mi tiempo y el del Señor en esperar a que ustedes se decidan. A la Hermana Falconer le interesa de un modo especial venir a esta ciudad porque sabe que existen aquí fervores ocultos capaces por sí solos de llenar las iglesias de ustedes y de provocar una reacción espiritual formidable, siempre que un verdadero experto como ella venga a encender la mecha. Pero son tantas las ciudades que solicitan nuestros servicios, que si ustedes no toman una resolución inmediatamente nos veremos obligados a atender sus llamadas y dejarles a ustedes. Lo siento. Sólo puedo estar aquí hasta medianoche. Tengo ya reservada cama en el «pullman».

Había, desde luego, muchas instituciones eclesiásticas que le respondían que por ellos podía marcharse cuando quisiera, sin esperar a medianoche; pero aquellas otras que se rendían, intimidadas por su actitud, y consentían en firmar un contrato (un contrato excelente, redactado por un pío abogado afiliado a la Ciencia Cristiana, llamado Finkelstein), quedaban obligados a prestar su concurso espiritual y económico a Sharon cuando llegase.

El nuevo agente de publicidad quedó finalmente tan impresionado por los encantos

del evangelismo, por contraste con los circos y las especulaciones de solares, en que había estado ocupado hasta entonces, que no tardó mucho en convertirse él mismo. Algunas veces, cuando se encontraba en una ciudad al mismo tiempo que la compañía, cantaba en el coro y daba conferencias sobre periodismo en las clases de la Asociación de Jóvenes Cristianos. Pero ni siquiera los razonamientos de Elmer lograron apartarle de su juego favorito: el póker.

III

Una vez firmado el contrato, el agente se acordaba de sus tiempos de periodista y durante unos cuantos días sostenía cordiales relaciones con los reporteros de la ciudad. Se celebraban reuniones en su hotel que duraban hasta una hora avanzada de la madrugada, con numerosas llamadas a los «botones» para que trajesen más botellas de Wilson, White Horse y Green River. El agente afirmaba en aquellas ocasiones que miss Falconer era la mujer más excelsa que había existido, después de Shara Bernhardt, y narraba a sus compañeros historias rigurosamente confidenciales sobre sus encantos personales, el esplendor de su familia, sus dotes milagrosas para atraer a los pecadores o la lluvia por medio de la oración, así como el momento, un poco vago, en que siendo ella todavía una chiquilla el famoso evangelista Dwight Moody la había saludado como su sucesora.

Al sur de la línea Mason y Dixon, el abuelo de Sharon era simplemente el señor Falconer, un hombre belicoso y devoto; pero mucho más al norte se convertía en el General Falconer de la antigua Virginia, que había sido el consejero y amigo de confianza del General Lee. El agente estaba también encargado de escribir los carteles de la Alianza Pastoral, en los que se avisaba generosamente a Satán lo que le esperaba.

Así, cuando Sharon y su compañía llegaban a una ciudad, la Prensa estaba pendiente de ellos; las paredes y los escaparates estaban atestados de carteles rojos y todo el mundo estaba anhelante de curiosidad. En algunos sitios acudían más de mil personas a esperarla a la estación.

Siempre había, naturalmente, algunos incrédulos, especialmente entre los reporteros, que habían puesto en duda el talento de Sharon; pero cuando la veían descender del tren con un largo abrigo blanco y cerrar los ojos sumiéndose en oración por sus nuevos fieles, y después extender sus manos blancas y nerviosas en señal de saludo, entonces la tarea del agente de propaganda estaba casi concluida y podía tranquilamente marcharse a otro sitio a preparar nuevos campos para la cosecha.

Pero todavía quedaban muchas gestiones que hacer antes de que Sharon hubiese derrotado a los poderes del egoísmo y pudiese entregarse a la noble labor de derramar luz entre las gentes.

Los Comités locales eran siempre duros de pelar, envidiosos, inactivos, y esto que era tan cierto tenían que oírlo con claridad. El fondo de la controversia era el dinero.

Sharon era una de las primeras evangelistas que, en lugar de reclamar como honorarios una parte de las ofrendas o un tanto por ciento semanal, quería para sí la totalidad de una colecta efectuada una noche. Esta colecta se denominaba “la ofrenda de gracias”. La cosa parecía desinteresada y producía más, pues todos los devotos se reservaban para esa ocasión. Por otra parte, se comprobó que era más fácil lograr una ofrenda única de cincuenta dólares que doce de un dólar. Pero para lograr que esta colecta única alcanzase proporciones que denotasen verdadero agradecimiento, ¡cuánto amor y cuánta capacidad de organización se necesitaba! Los pastores, los banqueros y demás

personas piadosas de la ciudad habían de fomentar la buena disposición en sus distintas zonas de acción; se distribuían sobres que contenían literatura religiosa, sobre la que debían meditar los fieles durante las seis semanas de las conferencias; se publicaban numerosas notas en los periódicos destacando la vida de sacrificio y los enormes gastos que habían de realizar los evangelistas.

Era precisamente en lo que se refiere a estas inocentes, pero necesarias precauciones, en lo que se mostraban más reacios los Comités locales. No se oponían a que se efectuase una colecta de beneficio para el evangelista; pero no querían ni oír hablar de ella hasta que ellos hubiesen pagado la renta del local o el coste de construcción del tabernáculo, la calefacción, la luz, la propaganda y todos los gastos generales.

Sharon solía celebrar las entrevistas con el Comité — compuesto por una veintena de clérigos, los diáconos más respetables, varios directores intransigentes de las escuelas dominicales y unas cuantas señoras muy puntillosas— en el sajón de una iglesia. Para estas entrevistas Sharon llevaba siempre un traje gris que le daba un aspecto de mujer eficiente, de gran ciudad, y se ponía unas gafas de cristal natural. Mientras el presidente del Comité local le explicaba en términos familiares que los gastos eran cuantiosos, ella se sonreía, como dando a entender que sabía algo que los demás ignoraban, y después les decía de sopetón:

—Sospecho que aquí hay algún error! No sé si están ustedes realmente dispuestos a dejar a un lado las cosas materiales para entregarse de lleno a la abnegada labor gloriosa de atraer las almas al bien. Sé de antemano lo que ustedes tienen que decir, y, de paso, les diré que se han olvidado de algunas partidas, como son la de vigilantes, libros de himnos y sillas plegables.

«En cambio, ustedes no calculan, porque los desconocen, mis gastos. Yo tengo que sostener un personal tan numeroso — no sólo mis colaboradores y los músicos, sino también mis representantes, a quienes ustedes nunca ven— como si tuviera una fábrica. Además tengo que atender a mis obras de caridad. Por ejemplo, el Asilo de Ancianas, que sostengo yo enteramente, y... no les diré nada acerca del Asilo; ¡pero si ustedes pudiesen ver a aquellas pobres ancianas desvalidas volver hacia mí sus rostros con ansiedad!...

(Elmer nunca supo dónde estaba situado el Asilo de Ancianas.)

—Nosotros venimos aquí — seguía diciendo Sharon—sin garantía alguna; estamos a la merced de la ofrenda voluntaria del último día, y me temo que ustedes van a insistir tanto en el tema de los gastos locales que las gentes no van a sentirse dispuestas a darme el último día ni lo suficiente para atender a los gastos de mi personal. Si el vicio del juego, ese vicio terrible, destructor de la personalidad, no me inspirase tanto horror, diría que estoy arriesgándome a un juego que me asusta. Pero así es y...

Mientras hablaba Sharon pasaba revista al nuevo grupo de clérigos: los tontos, las que parecían solteronas agrias, los demagogos charlatanes y emprendedores, los predicadores de lugares comunes, los jóvenes liberales ambiciosos, los verdaderos místicos, los que realmente eran pastores de sus rebaños y los amantes del bien. Sharon escogía entre ellos el más simpático para que la sirviera de abogado, y encarándose con él le largaba la siguiente perorata:

—¿Quieren ustedes arruinarme e impedirme para siempre llevar mi mensaje de salvación a las almas extraviadas, que en todas partes me llaman para que acuda en su ayuda? ¿Es eso lo que ustedes pretenden, ustedes, los elegidos por mí para ayudarme en el servicio de nuestro amadísimo Jesucristo en persona? ¿Es eso lo que pretenden? ¡Díganlo! ¡Díganlo!

Las palabras finales las decía entre sollozos. Era la señal convenida para que Elmer interviniese y expusiese una idea maravillosa.

—Bien sabía él — decía Elmer— que los Hermanos y las Hermanas presentes no abrigaban tal propósito. Solamente tenían que ser prácticos... Pues ¿no creían que lo mejor era que el Comité se dirigiese a las iglesias ricas y les explicase aquella situación sin precedentes? Les diría que se trataba de la obra del Señor, que, aparte de las indiscutibles ventajas espirituales, el bien producido por la reacción religiosa sería tan grande que disminuiría la criminalidad y los impuestos; que los obreros, en lugar de entregarse a la agitación, pensarían en las cosas ultraterrenales y trabajarían más por el mismo salario. Si conseguían de los ricos promesas que alcanzasen a sufragar los gastos corrientes, no sería preciso mencionar esos gastos insistentemente en las asambleas y sería más fácil persuadir a la gente a que se reservase para la “ofrenda final”. Así no habría que esforzarse en conseguir más que la colecta diaria de monedas de poco valor.

Había otros puntos ingratos que discutir con el Comité local. No había suficientes gabinetes reservados para vestirse en el tabernáculo — observaba Elmer—. La Hermana Falconer necesitaba soledad y apartamiento completos. Algunas veces, antes de comenzar los actos, tenían que celebrar él y ella importantes conferencias. ¿Por qué no habían suministrado más acomodadores voluntarios? Los necesitaba urgentemente para darles sus instrucciones, pues eran los acomodadores los que, propiamente adiestrados, habían de acompañar a las almas indecisas hasta el altar para que recibiesen los últimos toques de los expertos.

¿Habían pensado en invitar a representaciones nutridas de todos los grandes establecimientos de la localidad, desde la Casa Smith Hermanos, fábrica de conservas, hasta el taller de carruajes y la fábrica de salazón? Era preciso despertar el celo de estos establecimientos industriales. Se les consagraría a cada uno de ellos una sesión especial; se agruparía a todos los representantes en una parte del local y disfrutarían mucho cantando sus himnos favoritos.

Al llegar a este punto los miembros del Comité local comenzaban a estar mareados y concedían todo lo que se les pedía. Y parecían casi convencidos cuando Sharon terminaba diciendo con voz cantarina:

—Todos ustedes deben disponerse alegremente a sacrificar su tiempo y su dinero para estas asambleas. Nosotros, por nuestra parte, hemos venido realizando un gran sacrificio y sólo deseamos ayudarles.

IV

Había sermones por la tarde y por la noche. Los momentos culminantes de las sesiones eran aquellos en que Sharon extendiendo los brazos hacia el auditorio gritaba con voz potente:

—Ciertamente, el Señor está aquí y yo no lo sabía! Tenía una colección de frases de efecto como «Todas nuestras virtudes no son sino harapos hediondos», «Hemos pecado y nos hemos apartado de la gloria del Señor», «¡Que muera el hombre viejo que hay en mí para que resurja el nuevo!», «¡Poneos a bien con Dios!», «Yo no me avergüenzo del Evangelio de Cristo, porque él es el poder de Dios para mi salvación».

Pero antes de que estas llamadas irresistibles pudiesen tocar los corazones endurecidos era preciso agitar las emociones del auditorio, y para ello la elocuencia de Sharon requería todo un aparato teatral considerable. En esta labor preparatoria Elmer

actuaba principalmente.

Instruido por Sharon, tomó la dirección de los colaboradores voluntarios y dejó a las colaboradoras a la directora del personal voluntario, una señorita a quien entusiasmaba el baile y las joyas de relumbrón, pero que sabía confesar admirablemente a las solteras. Los colaboradores voluntarios de Elmer eran empleados de Bancos, contables de almacenes de comestibles, dependientes de zapaterías y maestros de oficios varios. Recorrían en labor de propaganda las tiendas y las fábricas y discurseaban a mediodía en las oficinas, poniendo en conocimiento de los que les escuchaban que el perfecto conocimiento de la taquigrafía no le eximía a uno de la posibilidad de ir al infierno. Elmer explicaba a sus colaboradores que las probabilidades de conversión eran mayores si los que estaban predispuestos a ella llegaban a las asambleas un poco atemorizados.

Cuando les fuese permitido, los colaboradores debían ir mesa por mesa en las oficinas hablando a cada víctima acerca de los pecados secretos que seguramente tenía. Y los colaboradores de ambos sexos debían visitar los hogares humildes y ofrecerse a rezar lo mismo con la mujer pálida e intimidada que con el marido medio descalzo y maloliente a tabaco de pipa.

Todas las estadísticas referentes a la labor de los colaboradores — tantas almas invitadas a acercarse al altar, tantos discursos dirigidos a los obreros a la hora de comer, tantas oraciones en hogares humildes, sin olvidarse de mencionar su extensión— eran llevadas un tanto fantásticamente por Elmer y por la directora del personal voluntario y agrupadas en una hoja-balance, que Sharon utilizaba para informar después de las asambleas y como punto de referencia para obtener futuros contratos.

Elmer se reunía diariamente con Adelbert Shoop, el tenor romántico y candoroso que dirigía el coro, para elegir los himnos. Cuando lo que se requería era disipar recelos en el público se elegía el himno titulado «Jesús nos llama dulce y tiernamente». Otras veces convenía dar un tono fraternal y rústico, y entonces se cantaba «La Antigua Religión».

Era buena para Pablo y para Silas y es bastante buena para mí.

Para provocar el ardor de los devotos se entonaban los himnos «En la Cruz» y «¡Adelante, soldados de Cristo!» Adelbert Shoop, por su parte, tenía ideas propias sobre lo que él llamaba «la religión en música». Para Elmer el fin de todos los cánticos era producir en el auditorio un estado de ánimo que permitiese conducirlo adonde se quisiera.

Elmer aprendió a escribir a máquina con dos dedos y llevaba la correspondencia de Sharon o, al menos, aquella que ella le dejaba ver. También tenía a su cargo la contabilidad, y aunque sus apuntaciones las hacía descuidadamente en los talonarios de cheques, eran suficientemente claras. Todas las noches hacía la reseña de sus sermones, que los periódicos publicaban en extracto, intercalando relatos sensacionales de conversiones maravillosas. Visitaba a devotos pudientes, tan ricos y tan prestigiosos que sus propios pastores les tenían miedo. Inventó un procedimiento de ayudar a la salvación de las almas, que hasta hoy día está en uso en las asambleas verdaderamente evangélicas, si bien se le atribuye a Adelbert Shoop.

Adelbert sabía siempre ponerse a tono con las circunstancias. Era él quien organizaba los torneos de cánticos entre hombres y mujeres. En el momento supremo, cuando Sharon llamaba a sí a los conversos, Adelbert se deslizaba ágilmente entre los concurrentes, les daba golpecitos en las espaldas, cantaba en medio de un grupo a coro, y a menudo volvía con tres o cuatro prisioneros de la espada del Señor, agitando los brazos y gritando: «¡Ya vienen! Ya vienen!», lo cual ordinariamente daba lugar a que se acercase una

avalancha de gente al altar.

Con su entusiasmo infantil, Adelbert valía casi tanto como Sharon o Elmer para anunciar a voces:

—¡Todos vosotros tenéis que ser esta noche evangelistas! ¡Todos y cada uno de vosotros debéis estrechar la mano de vuestro vecino y preguntarle si está salvado!

El embarazo del público le divertía mucho.

Adelbert era realmente un hombre de recursos. Y, sin embargo, no fue él, sino Elmer quien inventó el «Vítor de Aleluya».

Elmer recordó los vítores estudiantiles, que tanto le habían ayudado a echar la zancadilla al delantero centró contrario, y se dijo:

—¿Por qué no hemos de tener también gritos de guerra en este juego?

El escribió en persona el primero que registra la historia:

¡Aleluya, gloria a Dios, al, al, al!

¡Aleluya, gloria a Dios, al, al, al!

Todos juntos es mejor.

¡Al, al, al!

Para la salvación de la nación.

¡Aaaaaaaaaaaaaa mén!

Era algo digno de oírse cuando Elmer lo dirigía dando saltos, agitando los brazos y mugiendo:

—¡Otra vez! ¡Otro empujón más! ¡Vamos, muchachos y muchachas! ¡Es nuestro equipo! ¿Vais a consentir que lo derroten? ¡Jamás! ¡Sigamos cantando hasta que se hunda el techo! ¡Al, al, al!

Más de un joven vacilante, turbado por la mórbida feminidad que había en las llamadas de Sharon, subió así al estrado a estrechar la mano de Elmer y a recibir los beneficios de la religión.

V

Los miembros de la compañía evangélica no consideraban jamás a sus conversos como seres humanos, fuesen camareros, manicuros o guarda-frenos, sino que los miraban con el mismo interés profesional con que los cirujanos miran a sus pacientes, los críticos a un autor y los pescadores a una trucha.

Estaban verdaderamente obsesionados por el recuerdo del vejete de Terre Haute, que se convertía todas las noches en las asambleas. Acaso estuviera loco o simplemente borracho; pero él aparecía todas las noches con aire abatido, como el hombre que ha perdido el rumbo en la vida; todas las noches el sermón le devolvía lentamente la conciencia de la realidad espiritual, y cuando se hacía la llamada a los conversos se levantaba de un salto y gritaba:

—¡Aleluya! ¡Lo he encontrado!

Dicho lo cual corría frenéticamente por el pasillo, empujando y echando a un lado a posibles y valiosos conversos. Los evangelistas le miraban como los que duermen al aire libre a un mosquito.

En la ciudad de Scranton encontraron pacientes extraordinariamente irritantes. Scranton, antes de su llegada, había sido convertido repetidas veces por diferentes evangelistas, hasta el punto de que estaba casi inmunizado contra toda predicación. Diez noches seguidas trabajaron los evangelistas de la compañía Falconer hasta quedar sudorosos y rendidos con el auditorio sin que un solo pecador se presentase a lavar sus culpas, y Elmer tuvo que alquilar media docena de conversos bastante convincentes.

Los halló en una misión establecida a orillas del río y les dijo que si daban buen ejemplo a los impíos laborarían por la gloria de Dios, y que si el ejemplo era eficaz les pagaría cinco dólares a cada uno. El misionero en persona se presentó durante la entrevista y se ofreció a dejarse convertir por diez dólares; pero era tan conocido, que Elmer tuvo que darle los diez dólares para que no acudiese a la asamblea.

Su pandilla de conversos produjo un gran efecto; pero de allí en adelante ningún miembro de la compañía evangelista pudo estar tranquilo. Los cristianos profesionales asediaban la tienda donde se celebraban las asambleas día y noche, solicitando volver a ser salvados. Al ser rechazados ofrecieron traer nuevos conversos, a razón de cinco dólares cada uno, después a tres dólares, y por último a cincuenta centavos y la comida. Pero por aquellos días comenzaron a surgir conversos auténticos y desinteresados, y aunque eran hombres fervorosos no se avenían a ser salvados en compañía de vagabundos que despedían mal olor. Cuando la media docena de pedigüños fueron expulsados a viva fuerza por Elmer y Art Nichols, se presentaron públicamente en plena asamblea a silbar y hacer rechifla de los sermones, y fue preciso darles un dólar diario a cada uno para que no volvieran a aparecer por allí.

No. Elmer no podía considerar a los conversos como seres humanos. Algunas veces, cuando estaba entre el público para poner en práctica los procedimientos heroicos que en cierta ocasión había empleado Judson Roberts con él, miraba con atención al estrado. La vista de aquellas gentes, en postura de acusados, con los brazos apoyados en el respaldo de las sillas y el trasero vuelto a la multitud, le arrancaba una sonrisa de desprecio. Hubiera querido poder darles de palos. Pero cinco minutos después subía al estrado, se arrodillaba al lado de un agente de máquinas de coser que tenía el temblor del día siguiente a la embriaguez, le pasaba la mano por el hombro y mugía como una vaca:

—¿Por qué no te rindes a Cristo, Hermano? No quieres abandonar esos hábitos terribles, que te están destruyendo, que te impiden triunfar en la vida? ¡Escucha! ¡Dios te ayudará a corregirte! ¡Y cuando te encuentres solo, amigo mío, recuerda que El está allí esperándote para hablar contigo!

VI

En general, antes del final de las asambleas, provocaban gratas emociones. Con frecuencia eran mujeres jóvenes que se arrodillaban jadeantes, con los ojos desorbitados y la boca entreabierta en éxtasis. Algunas veces, cuando Sharon estaba particularmente inspirada, se reproducían los grandes éxtasis de 1800. Las gentes se ponían a saltar y a retorcerse en santas convulsiones. Había ancianos que rompían de pronto a hablar en lenguas completamente desconocidas; algunas mujeres se quedaban rígidas, sin

conocimiento, con la lengua fuera. Un día ocurrió lo que los expertos consideran como el más elevado ejemplo de inspiración religiosa. Cuatro hombres y dos mujeres se arrastraron alrededor de una columna ladrando como perros, esto es, «arrojando de sí al demonio a fuerza de ladridos».

Sharon adoraba los milagros. Eran una muestra de su talento y ponían de manifiesto el Poder divino. Pero en ocasiones dieron mala reputación a sus asambleas, y los escépticos la desconcertaron mencionando a los «Holy Rollers». Estos ataques y el estado de sobreexcitación en que la ponían las sesiones tan favorecidas por el Espíritu Santo obligaban a Elmer a reconfortarla con especial ardor.

VII

Todos los miembros de la compañía evangélica se las ingeniaban para ver el modo de que Sharon se destacase todo lo más posible. Se discutían febrilmente sus vestidos. Fue Adelbert el que tuvo la idea del vestido blanco ceñido en el talle, con el cual Sharon parecía una sacerdotisa; hubiera querido que no se lo quitara nunca.

—¡Está usted con él verdaderamente majestuosa! — decía con voz meliflua.

Pero Elmer era partidario de los cambios y quería que lo reservase para las ocasiones solemnes. Así, pues, Sharon se puso vestidos de terciopelo bordados de oro, y para las entrevistas con mujeres de negocios se ponía un vestido hechura sastre de franela blanca, muy elegante.

La ayudaban también en la preparación de los nuevos sermones.

Cuando ella transmitía su «mensaje» se encontraba en un verdadero trance emotivo, sin relación con su existencia real. Unas veces era Porcia, otras Ofelia, otras Francesca, y siempre atraía a los hombres y hacía con ellos lo que quería. O bien ella se tomaba en serio su papel de azote de Dios. Y, sin embargo, a pesar del ímpetu de su pasión, a pesar del fuego con que empleaba las palabras más exóticas y los sentimientos más complejos cuando alguien se los había enseñado, era incapaz de crear ningún sentimiento más profundo que el que pudiera expresarse con frases como “¡Qué desgraciada soy!”

Desde la marcha de Cecil Aylston no había vuelto a leer nada, salvo la Biblia y los anuncios de los evangelistas rivales en el boletín del Instituto Bíblico de Moody.

Faltando Cecil, fue extraordinariamente difícil — aunque todos intervinieran en la tarea— proporcionar a Sharon sermones nuevos cuando se cansaba de representar los antiguos. Adelbert Shoop suministraba el material poético. Era aficionado a la poesía. Leía a Ella Wheeler Wilcox, a James Whitcomb Riley y a Thomas Moore. Estudiaba también Filosofía y entendía perfectamente las obras de Ralph Waldo Trine. Proporcionaba a Sharon para sus sermones notas sobre el hogar y los pequeñuelos, la voluntad, los pensamientos y las cosas, el amor que es la belleza, la belleza que es el amor y el amor que lo es todo.

La señorita directora del personal voluntario tenía un talento sorprendente para inventar anécdotas sobre los borrachos y los agnósticos en su lecho de muerte. Lily Anderson, la linda y anémica pianista, había sido maestra de escuela y había leído un par de libros sobre los hombres de ciencia, y pudo proporcionar algunos datos que sirvieron a Sharon paró, confundir la teoría en moda del evolucionismo. Art Nichols, el cornetín, suministraba un humorismo un tanto rudo, pero muy moral, que aparecía patente en cuentos de chalanes, berzas y sidra, muy a propósito para halagar a escépticos hombres de negocios. Pero era Elmer, por sus conocimientos teológicos, quien tenía que fundir todos aquellos elementos — dogma, poesía, alusiones a la puesta del sol pintada por Dios, los del mundo,

las confesiones espeluznantes de los condenados, las anécdotas rústicas— y tenía que fundirlos en un todo vibrante.

Y en todo este tiempo, al lado de la reverenda Hermana Falcorner y del reverendo Mr. Gantry, asociados en los negocios, estaban Sharon y Elmer y un grupo de seres humanos, demasiado humanos, que tenían sus rencillas, que viajaban juntos y que vivían juntos, sin que siempre se encontrasen en un estado de feliz inocencia.

CAPITULO

XIV

I

CON la apacibilidad de un matrimonio maduro, tranquilos y seguros, pasaban Elmer y Sharon la mayor parte de los días. El la adoraba; Sharon, en cambio, era incomprendible. Parecíale a veces una sacerdotisa, una aparición sobrenatural; otras le amedrentaban con una pasión abrasadora; en ocasiones estaba desanimada, decaída, atormentada por las dudas, pálida y silenciosa como una monja; otras reaparecía la mujer de negocios, fría como el hielo, y al instante se convertía en una chiquilla traviesa. En este último papel, muy suyo, la quería Elmer profundamente, excepto cuando ella lo hacía en el momento de tener que salir a hipnotizar una multitud de almas.

El solía rogarla:

—¡Oh! Sal ahora, Shara; sé buena. Déjate de hacer pucheros y ve a reprenderles sus pecados.

Ella pataleaba, mientras que su cara se hacía redonda como la de una niña pequeña.

—¡No! ¡No quiero predicar! ¡Quiero ser mala! ¡Mala! ¡Quiero tirar algo al suelo! ¡Quiero ir a pegar a alguien en la cabeza! ¡Estoy cansada de salvar almas! ¡Quiero mandarlos a todos al infierno!

—¡Anda, Shara! ¡Échales el anzuelo! ¡Te están esperando! Adelbert ha cantado ya dos veces su canción.

—¡No me importa! ¡Que la cante otra vez! ¡Voy a ir a echarle ratones en su cuello, en ese cuello tan gordo y beatífico, tan beatífico!

Pero de repente:

—Quisiera poder ser mala, desearía que me dejaran ser mala. ¡Estoy tan cansada de esto! ¡Todos éstos me buscan, desean mi sangre, quieren que les dé las fuerzas que ellos, por débiles, no pueden alcanzar!

Y un minuto más tarde estaba ante su auditorio regocijándose:

—¡Oh, queridísimos míos! ¡Nuestro Amado Señor tiene esta noche un mensaje para vosotros!

Y dos horas más tarde, cuando los dos iban en taxi al hotel, ella suspiraba recostada sobre el pecho de Elmer:

—¡Abrázame fuerte! Estoy tan sola, que tengo miedo y frío.

II

De entre las diversas relaciones que unían a Elmer con Sharon, una era la de ser un asalariado suyo. El, que sentía por el dinero una admiración reverente, observaba el hecho

de que ella ganaba cinco veces más que él.

Cuando ellos empezaron a hacer planes ella había dicho:

—Querido, si todo nos sale bien, quiero que dentro de tres o cuatro años repartas las ganancias conmigo. Pero primero tengo que ahorrar mucho. Tengo el proyecto de construir un gran centro para nuestro trabajo; puede que sea con una revista y un Seminario para evangelistas. Cuando eso esté pagado, tú y yo podemos llegar a un acuerdo. Pero, por ahora, ¿cuánto has ganado como viajante?

—Cerca de trescientos dólares al mes, unos tres mil quinientos al año. ¡Mucho tenía que quererla, pues sólo ponía un exceso de quinientos!

—Entonces quiero darte al principio tres mil ochocientos; a los cuatro o cinco años pienso que sean diez mil, y puede que hasta el doble.

Pasaron los meses, y nunca jamás volvió ella a hablar del salario. A él le irritaba esto. Sabía que ella ganaba más de veinte mil al año, y que dentro de poco ganaría cincuenta mil. Pero la amaba tanto, que apenas pensaba en esto más que tres o cuatro veces al mes.

III

Sharon continuaba albergando su compañía en hoteles, por estar más independientes. Pero surgió un infortunado incidente. Élmer había estado hasta muy tarde en la habitación de Sharon hablando de negocios, tan tarde que cayó dormido al pie de la cama de ella. El cansancio de ambos era tal que ninguno de los dos despertó hasta las nueve de la mañana, cuando fueron despertados por Adelbert Shoop que llamó a la puerta e inconscientemente entró.

Sharon levantó su cabeza, y al verle sonreír:

—¿Cómo se atreve usted a entrar en mi habitación sin llamar?— gritó enfurecida— ¡So chorizo gordo! ¿No tiene usted noción de la decencia? ¡Márchese! ¡Melón!

Adelbert se marchó diciendo:

—Palabra de honor que no diré nada.

—¿Temes que nos traicione?— preguntó Élmer.

—¡Oh, no! Adelbert me adora. Nosotros todos tenemos que estar unidos. Pero me preocupa. Figúrate que hubiera sido otro huésped del hotel. ¡La gente piensa tan mal y critica tanto! Te voy a decir lo que vamos a hacer. Desde ahora, en cada ciudad alquilaremos para toda la compañía una casa grande y amueblada. Seguiremos viviendo independientes con la ventaja de que nadie podrá andar con cuentos sobre nosotros. Es muy posible que acertemos a encontrar una casa bonita y bastante barata de algún clérigo. ¡Esto sería un encanto! Cuando nos cansemos de tanto trabajar, podremos tener una fiesta y baile solamente para nosotros. ¡Cómo me gusta el baile! Desde luego, en mis sermones lo maldigo, pero creo que, cuando sé trata de gente como nosotros, que sabemos distinguir, no ocurre como con la gente mundana, que puede llegar al mal. ¡Una fiesta! ¡Aunque Art Nichols se emborrache! ¡Hay que dejarle! ¡Trabaja tanto! ¡Ahora, márchate! ¿No me vas a besar esta mañana?

Haciendo la rosca a Adelbert se aseguraron su lealtad, y el agente de prensa recibió órdenes de buscar una casa amueblada y espaciosa en la ciudad donde iban a ir.

IV

El alquilar las casas amuebladas para la Compañía Evangélica Falconer, fue una nueva fuente de querellas con el Comité local, sobre todo cuando la Compañía ya había dejado la ciudad.

Protestaban furiosos los propietarios de que los Trabajadores de la Fe debían haber armado, según decía un diácono, la de San Quintín. Afirmaba que le habían quemado sus muebles con las colillas, que habían derramado whisky sobre los tapetes, y que le habían roto sillas. Reclamó daños al Comité local; el Comité local mandó las reclamaciones a Sharon; se cruzaron gran número de cartas, y muy vehementes; mas los daños no se pagan nunca.

A pesar de que, en general, no se notaban los daños hasta después de la serie de conferencias, con lo que no estorbaba la salvación del mundo, estas habladurías sobre la conducta particular del grupo evangélico produjeron rumores bastante desagradables. Los ateos se burlaban en voz alta. Las melindrosas solteras se asombraban y se preguntaban lo que realmente podría haber sucedido, y deliberaban con delicioso horror, sobre si podría haber habido algo peor que una borrachera.

Pero siempre argumentaba una mayoría de los fieles, lógicamente, que la Hermana Falconer y el Hermano Gantry eran justos y por esto no podían cometer nada malo y que los rumores estaban inspirados por el diablo y propagados por los taberneros y los infieles; y para responder a esta persecución de lo sagrado fueron los fieles más fáciles de convencer para sufragar los gastos de la Compañía Falconer.

Elmer aprendió de las discusiones sobre los daños y perjuicios una provechosa lección para reducir gastos. Al final de su estancia, no pagaba la renta de su casa. Informaban al Comité local, después de haberse marchado, que el Comité había prometido proveerles de hospedaje y que esto era todo... Había gran cantidad de correspondencia.

V

Una de las mayores preocupaciones de Sharon era que los miembros de su Compañía se fueran pronto a acostar. Como la mayor parte de los actores, después de la función, estaban ellos excitados. Algunos se encontraban demasiado nerviosos para poder dormir antes de leer el «Saturday Evening Post»; otros no podían comer sino después de la función, y hasta la una de la madrugada freían o batían huevos, tostaban pan y discutían al fregar los platos. A pesar de que su piadosa gente era enemiga del «Demonio Alcohol», algunos de los reformadores tenían que fortalecer sus nervios con medio cuartillo de whisky, y después bailaban con gran animación.

A veces les reñía; pero, de ordinario, Sharon se hacía la ciega, porque tenía demasiadas conferencias con Élmer para prestar mucha atención a lo que hacían los otros.

Lily Anderson, la pálida pianista, protestaba. Decía que todos ellos debían irse pronto a la cama para madrugar. Los otros contestaban que esto era exigir demasiado de gentes agotadas por tres horas diarias de trabajo; pero ella les recordaba que estaban haciendo el Trabajo del Señor y debían de sacrificarse en su servicio. Ellos decían que sí, que lo harían, pero no aquella noche.

A los días en los que Art Nichols, el corneta, y Adolph Klebs, el violinista, tenían a las diez de la mañana tan pesada la cabeza, que para espabilarse habían de tomar refrescantes, seguían otros en que todos ellos, hasta Art y Adolph, estaban históricamente religiosos; entonces rezaban en silencio y se arrepentían, o levantaban sus voces para articular cantos de éxtasis religiosos, hasta que Sharon gritaba desesperada que no sabía qué

preferir: o que la despertasen con un escándalo de mil diablos o con una sarta de aleluyas. A pesar de esto, les compró un gramófono portátil con muchos discos, mitad bailables enervantes, mitad himnos religiosos.

VI

Aunque la presencia de ella le quitaba toda necesidad de otros estimulantes, como el tabaco y el alcohol, y dejó casi de blasfemar, pasó un año hasta que Élmer estuvo seguro de no pensar ya más en ellos. Así, se veía gradualmente más cerca de un futuro sacerdocio lleno de autoridad y de aplausos. Su ambición se hizo más fuerte que la tentación del alcohol y se sentía muy virtuoso y complacido.

¡Qué felices eran estos días, tan alegres, tan soleados! El lo tenía todo: mujer, fama, autoridad sobre la gente. Cuando estaban celebrando sus reuniones en Topeka, vino su madre de París para escucharle y cuando vio a su hijo dirigiendo la palabra a dos mil hombres, se disiparon todos los tristes presentimientos que le habían afligido desde su salida del Seminario de Mizpah.

El sentía ahora que pertenecía a los elegidos. Los miembros de la Misión le habían aceptado como al jefe del personal, porque era más audaz, más fuerte y más trapacero que todos ellos— con excepción de Sharon— y le seguían como perritos. El soñaba que el día en que se casara con Sharon, la reemplazaría como jefe, dejándola predicar de vez en cuando, y llegaría a ser uno de los grandes evangelistas del país. El era de los elegidos. Cuando tropezaba con compañeros de la profesión evangélica, no le importaba lo famosos que fuesen, se ponía contento y los trataba sin timidez.

¿No se habían encontrado Sharon y él nada menos que con el evangelista Dr. Howar Bankcock Binch, el gran baptista defensor de la interpretación literal de la Biblia, presidente de la Verdadera Escuela de Ejercicios Evangélicos para Obreros Religiosos, director de «Él Señor de la viña», y autor de «Errores necios de la falsamente llamada Ciencia»? ¿No le había tratado el Dr. Binch como a un hijo?

Él Dr. Binch se hallaba en Joliet, en camino del Abner College para recibir su sexto grado de doctor en Teología, cuando la reunión religiosa de Sharon se celebraba allí. Cenó con Sharon y Elmer.

—¿Qué himnos cree usted que tienen más éxito cuando quiere que se convierta la gente, Dr. Binch?— preguntó Elmer.

—Bien, le voy a decir, Hermano Gantry— dijo la autoridad—. Yo creo que el canto «Tal como soy» o «Jesús, estoy volviendo a tu Casa» llegan a los corazones como ningún otro.

—¡Oh! Me temo que no estoy conforme del todo con usted— protestó Sharon—. Me parece... Desde luego tiene usted mucha más experiencia y talento que yo, Dr. Binch.

—De ninguna manera, mi querida Hermana— dijo el doctor Binch con una mirada que llenó a Elmer de celos—, usted es joven y nosotros todos reconocemos su talento.

—Muchas gracias. Pero yo creo que no tienen bastante vida. Debíamos de usar himnos que les conmovieran, himnos que les hicieran bailar hacia el «banco de las lágrimas».

El Dr. Binch dejó de tragar chuleta de cerdo y levantó una mano blanda, blanca y santa:

—¡Oh Hermana Falconer! No quisiera que usted usase la palabra «bailar» refiriéndose a una reunión religiosa! ¿Qué es el baile? ¡Es la puerta de entrada para el

infierno! ¡Cuántas muchachas inocentes han encontrado en el salón de baile el principio que lleva hacia toda clase de vicios!

Dos minutos de información sobre el baile, hecha con las mismas palabras que muchas veces había usado Sharon, y el Dr. Binch concluyó:

—¡Así, le ruego que no me hable de «bailar hacia el «banco de las lágrimas!».

—Lo sé, Dr. Binch, lo sé; pero lo digo en su sentido sagrado, así como bailaba David ante el Señor.

—Pues yo creo que hay otra explicación para esto. Si usted conociera también el original hebreo, comprendería que la palabra no debe traducirse por «bailando», sino por «fue movido por el Espíritu Santo».

—¿De verdad? Pues no lo sabía. Lo tendré en cuenta.

Los tres pusieron cara de sabios.

—¿Qué métodos juzga usted más eficaces para obligar a la gente a venir al altar cuando se resisten a las llamadas del Espíritu Santo?— preguntó Elmer.

—Yo siempre empiezo pidiendo a los que quieran que se ruegue por ellos, que levanten la mano.

—Pues yo creo que es mejor que se pongan en pie cuando quieran que se rece por ellos. Cuando ya están levantados, es mucho más fácil llevarles con buenas palabras hacia el altar. Cuando sólo levantan las manos, pueden bajarlas sin que usted los pueda coger. Nosotros hemos entrenado a nuestros acomodadores para que se lancen en el momento preciso en que alguien se levante, y le digan: ¡Ande, hermano! ¿No quiere acercarse al altar para estrechar la mano de la Hermana Falconer y hacer las paces con Jesús?

—No, dijo el Dr. Binch, he hecho la experiencia, y hay mucha gente tímida a la que hay que llevar gradualmente. Pedirles que se levanten es un paso demasiado fuerte. Pero seguramente tenemos los dos razón. Mi lema como salvador de almas, si me puedo dar ese honroso título, es que se debían emplear todos los medios para que, por decirlo así, se coja a los buenos.

—Me parece que tiene usted razón— dijo Elmer—. Dígame, Dr. Binch, ¿qué hace usted con los convertidos después que llegan al altar?

—Yo prefiero siempre tener una habitación aparte para ellos. Esto le da a uno una hermosa ocasión para profundizarles y enraizarles en su nueva fe. Ellos no pueden escaparse, si usted cierra la puerta; además, no hay allí gente que les pueda mirar y desconcertar.

—Yo no estoy conforme con esto— dijo Sharon—, me parece que la gente que llega al altar para hacerse cristiana, debían también enfrentarse con la multitud. ¡Y causa tanta impresión a todos los no convertidos ver unos cuantos buscadores de Dios en el banco de las lágrimas! Usted tiene que reconocer, Hermano Binch, digo Doctor Binch, que mucha gente que entra en la iglesia por curiosidad, llega a convertirse por contagio, al ver los otros conmovidos.

—No, yo no creo que esto sea tan importante como hacer una impresión tan profunda en cada uno de los convertidos, que salga como si fuera un propagandista de usted. Pero cada uno tiene sus métodos, es decir, mientras el Señor esté con nosotros.

—Dígame, Doctor Binch— dijo Elmer—, ¿cómo cuenta usted a sus convertidos? Algunos predicadores en esta última ciudad, nos acusaron de mentir sobre el número. ¿Sobre qué base los cuenta usted?

—Pues yo cuento uno por uno a los que vienen hacia el altar a estrechar mi mano, y usamos para esto una máquina calculadora. Qué importa que algunos de ellos sean sólo

antiguos miembros de la iglesia cuya fe he encendido de nuevo? ¿No vale tanto el dar nueva vida espiritual a los que la tuvieron y la habían perdido?

—Desde luego. También yo pienso así. ¡Cómo nos criticaron allí en esa necia ciudad! Nosotros hemos ensayado, es decir, la Hermana Falconer ha ensayado un método nuevo, muy nuestro. Llamamos a algunos de los peores centros de vicio y tabernas con sus nombres. Hasta dimos los números de las calles. El ataque causó una sensación enorme; la gente venía en masa, con la esperanza de que nosotros atacásemos otros sitios. Yo creo que esa es buena política. Vamos a intentarla aquí la semana que viene. Así se infunde el temor de Dios en el malo y se gana con facilidad a la reunión de fieles.

—Hay cierto peligro en este método— dijo el Doctor Binch—, por lo cual yo no lo aconsejo. Puede ser que en un ataque de esta clase ofenda usted a algún destacado miembro de la Iglesia, de los que más contribuyen con su dinero a sus conferencias. Con frecuencia son ellos propietarios de casas que inquilinos poco escrupulosos aprovechan para fines inmorales. Desde luego esos señores sienten mucho que se haga tan mal uso de sus propiedades, pero si usted ataca a esos sitios por sus nombres, puede fácilmente perder su ayuda financiera. Esto significaría para usted una pérdida de miles de dólares. Me parece más sabio y más cristiano condenar los vicios en general.

—¿Cuántos músicos emplea usted, Doctor Binch?— pregunto Sharon.

—Todos los que me son posible. Llevo conmigo un pianista, un violinista, un tambor y un corneta, aparte de mi solista.

—¿Pero no cree usted que hay gente que protesta del violín?

—¡Oh, sí! Pero las ridiculizo diciendo que no creo que el diablo haya monopolizado todos estos instrumentos de arte— dijo el Dr. Binch—. Además, creo que una melodía armoniosa, de esas artísticas, tocadas despacio con algo de melancolía, pone a los fieles en una tensión tal que se acercan tanto con sus corazones como con sus dádivas. Ahora que hablamos de esto, ¿qué tal les ha ido a ustedes con la cuestión monetaria? ¿Qué método usan ustedes?

—Nos ha ido bastante bien; yo necesito una gran cantidad, porque estoy sosteniendo un orfanato— dijo Sharon—. Nosotros nos atenemos al sistema de las ofrendas voluntarias que nos suelen hacer el último día. Así obtenemos más dinero que el que cualquier ciudad nos podría garantizar de antemano. Cuando el llamamiento a la ofrenda voluntaria se hace con insistencia, obtenemos casi siempre buenos resultados.

—Sí, yo uso el mismo método. Pero no me gusta la frase «ofrenda voluntaria» u «ofrenda de gracia». Se ha usado demasiado por esos evangelistas de segunda categoría, quienes (me aflige tener que decirlo) ponen sus propias ganancias antes que el servicio del reino de Dios, que ha llegado a tener un sentido comercial. Cuando yo hago un llamamiento a las contribuciones, las llamo «ofrendas de amor».

—Esto merece tenerse en cuenta, Dr. Binch— suspiró Sharon—; pero ¡oh! ¡qué doloroso es que nosotros, que con nuestro mensaje de salvación, sólo con que el inundo quisiera escucharnos, podríamos resolver todas sus penas y dificultades, con todo esto tenemos que ser prácticos y aceptar dinero para nuestros gastos y obras de caridad! ¡Oh! ¡El mundo no apremia a los evangelistas! Piense usted lo que podemos hacer por los párrocos! ¡Estos pastores que se creen que saben organizar una asamblea de fieles, me ponen mala! No conocen la verdadera técnica. Hay que conocer todos los trucos. Con toda modestia, creo que yo sé cómo se logran las conversiones.

—Estoy seguro de ello, Hermana Falconer— contestó Binch—. Dígame, ¿les gustan a ustedes las plegarias en unión de los párrocos?

—¡Ya lo creo!— dijo el Hermano Gantry—. Nosotros no convocaríamos ninguna reunión de fieles sin contar con la ayuda y asistencia de todos los pastores evangelistas de la ciudad.

—Creo que está usted equivocado, Hermano Gantry — dijo el Dr. Binch—; a mí me parece que tengo las reuniones de más éxito cuando aviso sólo a algunos párrocos. Con todos los pastores reunidos, tiene usted que tratar con muchos paletos que tienen sus iglesias en los arrabales, y que a lo mejor, se creen con el derecho de hacer proposiciones. ¡No, señor! ¡Yo sólo quiero entenderme con los párrocos importantes de la ciudad, que están acostumbrados a hacer la vista gorda! Y que no se pican cuando uno acepta un ofrecimiento fuera de la ciudad.

—Tiene usted razón— le dijo Elmer—; esto es lo mismo que nos dijo aquel Feliz Evangelista Cantor, ¿sabe usted?, ese Bill Buttle.

—¡Pero supongo que no les gustará a ustedes el Hermano Buttle!— protestó el Dr. Binch.

—¡Oh, no! Por lo menos a mí no me gusta...dijo Sharon. Lo cual fue un aviso sagaz y cariñoso a la vez, para Elmer.

El Dr. Binch resoplaba:

—¡Es un golfo! Hay rumores de que su mujer lo va a dejar. ¿Por qué habrá en nuestra alta misión tantos bribones? ¡Vean ustedes al Dr. Mortinby! Se llama a sí mismo literato, y además sus relaciones con la joven que canta con él son tales que se escandalizaría usted, Hermana Falconer, si le dijera lo que sospecho.

—¡Oh, ya lo sé! No me he encontrado con él, pero he sabido cosas terribles— gimió Sharon—. ¡Y Wesley Zigler! ¡Dicen que bebe! ¡Un evangelista! Pues, si algún miembro de mi compañía llegase a tomar sólo una copa, lo echaría inmediatamente!

—Muy bien, muy bien. ¡Es horrible!— se lamentó el Doctor Binch— ¡Y vean ustedes a ese charlatán Edgars, ese obsceno ex jugador, con su lenguaje ordinario y desagradable! ¡Qué hipócrita!

Con mucha satisfacción hicieron constar que este artista, rival en el oficio evangélico, era un ignorante; aquél, un falsificador de cheques; el otro, de origen dudoso. Y gozosamente concluyeron, que los únicos evangelistas inteligentes y morales en América eran el Doctor Binch, la Hermana Falconer y el Hermano Gantry, y la comida terminó con una orgía de gratitud mutua.

—Este Binch es el mayor fanfarrón y embustero de América, hace el mal de ojo, y he oído decir que masca tabaco. ¡Y luego quiere ser tan aristocrático y tan fino! Ten cuidado con él— dijo Sharon a Elmer cuando estuvieron solos. Y, cambiando de tono:

—¡Oh, amor mío, amor mío!

CAPITULO

XV

I

NO fue su elocuencia, sino sus curaciones de enfermos lo que elevó a Sharon a tal altura que prometía ser la más célebre evangelista de América. La gente estaba harta de elocuencia, y el oficio de los evangelistas quedó restringido, porque hasta los más ardientes no podían ser malvados más que cuatro veces. En cambio, podían ser curados

constantemente y de la misma enfermedad.

Las curaciones fueron más tarde la principal ocupación de muchos evangelistas; pero en el año 1910 era ejercitada principalmente por los miembros de la Iglesia Cristiana y los Nuevos Pensadores. Sharon llegó a ello por casualidad. Había ofrecido con regularidad rezos por los enfermos, pero más bien distraídamente. Cuando Élmer y ella llevaban juntos, un año, trajo un hombre a una reunión en Schenectady a su esposa, que era sorda, y rogó a Sharon que la curase. A Sharon le hizo gracia y mandó por aceite (la trajeron aceite de escopeta, pero ella lo consagró adecuadamente) para mojar los oídos de la mujer y rezó fervorosamente por su curación.

La mujer gritó:

—¡Gloria a Dios! ¡He recobrado mi oído!

Hubo revuelo en el templo, y todo el mundo deseaba que le curasen de algún mal que le afligía. Elmer llevó a la sorda curada aparte y la preguntó su nombre para los periódicos. Es verdad que ella no le podía oír, pero él la escribió sus preguntas, ella escribió las contestaciones y así obtuvo una excelente historia para los periódicos y una nueva idea para su labor sagrada.

—¿Por qué no hacemos un oficio de la curación?— insinuó Elmer a Sharon.

—No sé si tengo talento para ello— observó ella.

—¡Desde luego, lo tienes! ¿No eres tú psicóloga? ¡Claro que sí! y Hazlo! Nosotros podíamos montar unos servicios de curación.' Apuesto que el número de adictos batiría todos los records, y vamos a tener otra manera de tratar con los Comités locales, y así ganaremos lo nuestro, aparte de la colecta del último día.

—Bien; lo podemos intentar. Desde luego, el Señor debe de haberme adornado con dones especiales. Toda alabanza sea para Él. Vamos a entrar aquí a tomar un helado con soda; me encanta el de plátano. Espero que nadie me verá; me siento esta noche como si estuviera bailando. Vamos a hablar otra vez sobre la posibilidad de las curaciones; en el momento de llegar a casa tomaré un baño caliente con mucha sal, mucha, mucha, mucha.

El éxito fue enorme.

Sharon chocó con muchos pastores protestantes por sus curaciones divinas; pero ganó a todos los lectores de los libros sobre el tema «Querer es poder». Y sus continuos milagros fueron descritos en los periódicos. Algunos de sus clientes continuaban curados, o por lo menos así se publicó.

Ella susurró al oído de Elmer:

—¿Sabes? Es posible que haya realmente algo de verdad en esas curaciones. Aquel hombre la noche pasada, ese parálítico, se sintió mucho mejor.

Ahora adornaban el altar con muletas y bastones, todos dados por agradecidos clientes, con excepción de los que Elmer había tenido que comprar al principio para hacer la exhibición más atrayente.

El dinero entró a montones. Un cliente agradecido dio a Sharon cinco mil dólares. Aquí tuvieron Elmer y Sharon el primer disgusto, no contando los que habían tenido por causa de su temperamento. Con el aumento de las ganancias, pidió él que le subiera el sueldo, y ella contestó que en sus obras de caridad se gastaba lo que tenía.

—He oído muchos de ellos — dijo él—, el Asilo de Ancianas, el Orfanato y el Hogar para Predicadores Retirados. Supongo que los llevarás contigo en el camino.

—Quieres insinuar que yo...

Siguieron hablando de una manera muy espiritual y educada, y luego ella le subió el sueldo a cinco mil dólares y lo besó.

Con el dinero tan fácilmente ganado hacía Sharon proyectos fantásticos. Iba a comprar una finca de diez mil acres para una colonia de Socialistas Cristianos con una Universidad, y llegó hasta lograr una opción sobre doscientos acres. Iban a tener un gran diario nacional, sin noticias de escándalos, crímenes y deportes, pero con una lección diaria de la Biblia en la primera página. Iba a organizar una nueva Cruzada, un ejército de diez millones que marcharía hacia los países paganos y convertirían al mundo entero al cristianismo.

Al fin llevó de verdad uno de sus proyectos a la práctica, construyendo el Cuartel General para las reuniones de verano.

En Clontar, una playa de la costa de Nueva Jersey, compró el muelle donde Benno Hackenschmidy solía representar óperas. Aunque el pago inicial le costó casi todo el dinero que había ahorrado, calculaba ella que haría negocio, porque sería la dueña absoluta y no tendría que repartir las ganancias con los párrocos locales. Además, permaneciendo en un lugar, alcanzaría mayor prestigio que viajando de pueblo en pueblo, teniendo que dar a conocer sus virtudes de nuevo en cada ciudad.

Con alegre frenesí planeaba que, teniendo éxito, tendría el muelle de Clontar para el verano y construiría un templo para el invierno en Nueva York o Chicago. Se veía a sí misma como una Mary Baker Eddy, una Annie Besant o una Catalina Tingley. Elmer Gantry se quedaba asombrado cuando ella decía estas cosas, pero ¿quién sabe? A lo mejor el próximo Mesías era una mujer y esa mujer podía estar ahora en la tierra manifestando su divinidad.

El muelle era un edificio inmenso, hecho de madera de pino nudoso, barato, pintado de un encarnado llamativo con rayas doradas. Era agradable en las noches calurosas. Estaba rodeado de un paseo sobre el agua, donde en tiempos paseaban los amantes en los entre actos de las óperas y se salía a él por muchas puertas muy anchas.

Sharon lo bautizó «El templo de las aguas del Jordán». Añadió, más pintura; al color rojo más rojo y al dorado más oro, y erigió una enorme cruz que iba dando vueltas, alumbrada por la noche con bombillas eléctricas amarillas y rojas.

Toda la Compañía Evangélica fue a Clontar a principios de junio a prepararse para la inauguración en la noche del primero de julio.

Tuvieron que alistar ujieres voluntarios y obreros, y Sharon y Adelbert Shoop pensaban en un gran coro, con tres o cuatro solistas pagados.

Elmer tenía menos celo que de costumbre para ayudarla, porque le había pasado una cosa desagradable. El veía que realmente debía ser más amable con Lily Anderson, la pianista. Mientras permanecía fiel a Sharon le había parecido que era puro abandono el despreciar a la guapa, anémica y virginal Lily. Él había llegado a fijarse en ella cuando con indignación notaba que Art Nichols tenía las mismas intenciones que él.

Elmer estaba encantado de su inocencia. Mientras seguía entregado a Sharon, miraba sobre su espalda la dulce palidez de Lily, y sus labios se humedecían.

II

La noche antes de la inauguración estuvieron Sharon y Elmer sentados en la playa a la luz de la luna.

Toda la ciudad de Clontar con sus numerosas fincas de verano y hoteles baratos de mal gusto, estaba excitada a causa del templo, y la Cámara de Comercio había anunciado: «Recomendamos a toda la Costa de Jersey este espectáculo altamente espiritual, la última

palabra de las diversas atracciones y punto de interés en la más moderna de todas las colonias veraniegas.

Con halagadoras palabras habían reunido un coro de doscientas personas y hasta a algunas de ellas habían persuadido de que compraran sus propias ropas.

Cerca de la duna donde estaban recostados Sharon y Elmer se hallaba el templo sobre el cual la cruz eléctrica iba dando vueltas con solemnidad, alumbrando ora la mar agitada, ora la pálida arena.

—Y es mío— decía Sharon temblando de emoción—. Yo lo he hecho. Cuatro mil asientos, y seguramente es el único templo cristiano construido sobre el agua. Elmer, ¡casi me da miedo tanta responsabilidad! Miles de almas infelices y atormentadas me piden ayuda, y si les faltó, si estoy débil o cansada o desganada, seré causa de su perdición. ¡Casi quisiera estar de vuelta en Virginia en sitio seguro!

Su voz encantadora como arrullo apasionado se mezclaba con el rugido de las olas al estrellarse contra el débil acantilado, mientras que la gran cruz iluminada daba vueltas incesantemente.

—Y yo soy muy ambiciosa, Elmer. Lo sé. Quiero salvar al mundo entero. Pero me doy cuenta del terrible peligro. Nunca he tenido a nadie para que me enseñase. No soy nadie. No tengo ni familia, ni educación. Todo lo he tenido que hacer yo misma, con excepción de lo que Cecil y tú y algún otro hombre habéis hecho, y aun puede ser que todos vosotros hayáis llegado tarde. Cuando yo era una chiquilla, no había nadie que me dijera lo que era el honor. Pero... ¡Oh, yo he hecho cosas! ¡La pequeña Katie Jonas de la Avenida Raibroad, la pequeña Katie con su falda de franela y sus medias rotas, luchando con toda la banda de la calle Killarney y dándole en la cara a Pup Monahan! Y ni siquiera tenía cinco céntimos al año para caramelos. ¡Y ahora es mío aquel templo, allí, míralo! ¡Ésa cruz, ese coro que oyes ensayar! ¡Sí, yo soy la Sharon Falconer de quien hablan los periódicos. Y mañana voy a ser más aún. La gente llega hacia mí, los curo... ¡No! ¡Me da miedo! Esto no puede durar. ¡Haz que dure para mí, Elmer! ¡No dejes que me lo quiten!

Sollozaba con la cabeza sobre las rodillas de Elmer y éste la animaba torpemente. Se sentía algo aburrido. Ella estaba cargante, y aunque la quería, deseaba que no continuase con aquella historia de Katie Jonas.

Ella se puso de rodillas, las manos hacia él, de espaldas al revuelto mar, y con voz histérica clamó:

—¡Yo no lo puedo hacer! Pero tú... Yo soy una mujer. Soy débil. ¡No sé si debía dejar de pensar que soy tanta maravilla, si debía dejar los acontecimientos seguir su curso y sólo ayudarte a ti! ¿Lo debía hacer?

Él quedó abrumado de su cordura, pero carraspeó y habló juiciosamente:

—Bien; ahora voy a decirte una cosa. Personalmente no lo habría mencionado, pero ya que hablas de esto... Yo no me creo con oratoria más hábil ni más talento organizador que tú; quizá ni la mitad. Y, además, fuiste tú la que empezó con las conferencias y yo entré más tarde. Durante algún tiempo una mujer puede tener éxito, pero no siempre, porque su constitución no le permite llevar las cosas como un hombre; ¿entiendes lo que quiero decir?

—¿Sería mejor para el Reino si yo olvidase mis ambiciones y te siguiera a ti?

—Bueno; yo no puedo decir qué sería mejor. Tú lo has hecho todo muy bien, nena. No puedo criticar nada. Pero, al mismo tiempo, creo que debíamos de pensarlo.

Ella había permanecido tranquila, arrodillada, semejante a una estatua de plata. Ahora dejó caer su cabeza sobre las rodillas de él, gritando:

—¡No lo puedo abandonar! ¡No puedo! ¡No puedo!

El se dio cuenta de que había gente cerca y gruñó:

—¡Anda, por el amor de Dios, Sharon, no chilles, ni sigas así! ¡Nos puede oír alguien!

Ella se levantó de un salto:

—¡Oh, necio! ¡Necio!

Y se escapó de él, alejándose sobre la arena iluminada por los rayos de la cruz, que continuaba dando vueltas, y se perdió en la oscuridad. Él frotó su espalda contra la duna, gruñendo:

—¡Malditas sean las mujeres! ¡Todas son iguales, hasta Shara! ¡Siempre se ponen alteradas con uno por nada! Sin embargo, salgo del asunto a medio terminar, pensando si acaso quería dejarme como jefe del espectáculo. ¡Qué demonio, voy a ver si la quito el puesto!

Se quitó los zapatos, sacudió la arena que había en ellos y frotó la planta de los pies con satisfacción, porque estaba concibiendo una idea.

Si Sharon le quería fastidiar de esta manera, debía él darla una lección.

Los ensayos del coro habían terminado. ¿Por qué no volver a casa y ver lo que estaba haciendo Lily Anderson?

¡Esa sí que era una chica bonita, que le admiraba, y que nunca se atrevería a reñirle!

III

Se fue andando de puntillas hasta la puerta de la virginal Lily y llamó suavemente.

—¿Quién?

Elmer no se atrevía a hablar, porque la puerta de Sharon, en el viejo caserón que habitaban en Clontar, estaba casi enfrente. Llamó otra vez, y cuando Lily llegó a la puerta en kimono siseó él:

—¡Chist! Todo el mundo duerme. ¿Puedo entrar sólo un momento? Tengo que decirle una cosa importante.

Lily se quedó asombrada; pero se estremeció visiblemente cuando él la siguió a la habitación, con cortinones bordados de color violeta.

—Lily, he estado pensando una cosa. ¿No cree usted que Adelbert debía de empezar mañana los coros con la canción «Una gran fortaleza es nuestro Dios» u otra cosa algo más movida para interesar al auditorio y seguir con algo que impresione?

—Realmente, Sr. Gantry, yo no creo que puedan ahora cambiar su programa.

—¡Oh, bueno, no importa! Siéntese y dígame cómo ha sido el ensayo esta noche. ¡De seguro que habrá sido muy ameno, tocando usted el piano!

—¡Oh, no! — dijo ella mientras se sentaba en el borde de la cama—. ¡Me voy a enfadar, Sr. Gantry!

El estaba sentado a su lado, riéndose entre dientes.

—¡Y ni siquiera puedo conseguir que me llame Elmer!

—¡Oh, no me atrevería, Sr. Gantry! ¡La señorita Falconer me reprendería!

—¡Dígame si alguien se atreve a reprenderle, Lily! Y bien, yo no sé si Sharon la aprecia o no; pero la manera que tiene usted de tocar el piano da tanto atractivo a nuestras reuniones como sus sermones o cualquier otra cosa.

—¡Oh, no, me está usted adulando, Sr. Gantry!

—Vamos, ahora recuerdo: aquel predicador episcopal, aquel alto y guapo, dijo que usted tenía tanto talento, que debía estar en las tablas.

—¡Oh, vamos! Me está usted tomando el pelo, señor Gantry!

—No; palabra que lo dijo. Ahora, ¿qué piensa usted de mí? ¡Me gustaría que me dijera algo agradable sobre mí!

—Oh, ahora está usted pescando piropos!

—De veras que sí, ¡con un pez tan encantador como usted!

—¡Oh! Es terrible como habla usted. (Risa como campanillas de plata.) Pues esa solista de ópera que está allí para los días de apertura dice que usted parece tan serio que le tiene miedo.

—¡Oh, de veras! ¿Me lo tiene usted? ¡Dígamelo!

Y sigilosamente, cogiendo su mano, se la apretó, mientras que ella miraba al otro lado y se ruborizaba; al fin dijo:

—Sí, algo de esto hay.

Casi la abrazaba él; pero no; era malo precipitar las cosas, y continuó en su tono profesional:

—Pero, volviendo a Sharon y sus trabajos profesionales, está muy bien que sea usted modesta; pero debía de darse cuenta con qué fuerza contribuye su arte a la espiritualidad de las reuniones.

—Me alegro mucho de que usted piense así; pero, de veras, esto de compararme con la señorita Falconer en lo de salvar almas para Cristo no me agrada, porque ella es la persona más maravillosa del mundo.

—Es verdad. Lo es, sin duda alguna.

—Sólo quisiera que ella pensase como usted. Me parece que a ella no le interesa mucho mi arte.

—¡Pues ella debía de hacerlo! Yo no estoy criticando; ella es indudablemente una de las más grandes evangelistas que existen; pero, dicho entre nosotros, ella tiene un defecto, y es que no aprecia a ninguno de nosotros, y cree que es ella la que lo hace todo. Repito que la admiro, pero me duele algunas veces que nunca aprecie su talento musical como se merece, ¿comprende?

—¡Oh, qué bueno es usted! Yo no me merezco tanto.

—Pero yo la he apreciado siempre, ¿no es verdad, Lily?

—¡Oh, sí, es verdad! ¡Y ha sido un estímulo tan grande!

—Estoy contentísimo que me diga usted esto, Lily — apretaba más firme su fina mano—. ¿Le agrada que me guste su música?

—¡Oh, sí!

—¿Pero le agrada que me guste usted?

—¡Oh, sí! Desde luego. Como trabajamos todos juntos, como hermanos...

—¡Lily! ¿No cree usted que alguna vez pudiéramos ser algo más que hermanos?

—Oh, qué malo es usted! ¿Cómo puede usted querer a un ser tan insignificante como yo, perteneciendo usted a Sharon?

—¿Pero qué dice usted? ¿Que yo pertenezco a Sharon? ¡Nada de eso! Yo la admiro enormemente, pero estoy completamente libre; puede usted apostar su vida por ello. Es que he sido siempre algo tímido con usted, porque usted se parece a una hermosa flor, y ningún hombre, ni el más grosero, se atrevería a hacerle daño. He estado siempre algo reservado, porque sentía como si tuviera que protegerla, y por eso habrá usted creído que no la apreciaba.

Ella se tragó el anzuelo.

—¡Oh, Lily! Todo lo que la pido es que usted, cuando alguna vez esté deprimida, y

todos lo estamos algunas veces — a no ser que pensemos que somos lo que representamos, la quintaesencia de toda la función evangélica—, que tenga por lo menos el privilegio de poderla decir cómo aprecia uno de los compañeros el encanto que derrama por donde quiera que va.

—¿Lo cree usted de veras? Puede que yo sepa tocar el piano; pero personalmente no soy nadie, absolutamente nadie.

—¡Eso no es verdad, no es verdad, querida mía! ¡Lily! En su modestia no se da cuenta del sol que nos trae a los corazones de todos y cómo la queremos.

La puerta se abrió de golpe. En ella apareció Sharon Falconer con una bata negra y amarilla.

—Los dos — dijo Sharon— están despedidos. ¡Echados! ¡Ahora mismo! No se dejen ver más tiempo entre nosotros. Pueden ustedes quedarse esta noche; pero procuren dejar la casa antes del desayuno.

—¡Oh, señorita Falconer! — gimió Lily, soltando la mano de Élmer.

Pero Sharon se había ido. Ellos corrieron al vestíbulo y oyeron la llave en la cerradura, pero aquélla ya no oía sus llamadas..

Lily miró a Elmer con indignación. Este oyó también su llave, y se quedó solo en el vestíbulo.

IV

Dominado por un profundo abatimiento, no encontró una historia verosímil hasta la una de la madrugada.

Fue un espectáculo gracioso ver al Rev. Elmer Gantry trepar desde el balcón del segundo piso a la ventana de Sharon, andar de puntillas por la habitación, caer de rodillas al lado de su cama y darle un largo y sonoro beso.

—Yo no estoy durmiendo — dijo ella, fría como el acero, mientras se cubría hasta el cuello con el edredón—. Es la primera vez, desde hace dos años, que estoy despierta, mi joven amigo. Puedes salir de aquí. No te voy a decir todo lo que he estado pensando; pero, entre otras cosas, eres un perro desagradecido, que muerdes la mano del que te sacó del fango; eres un mentiroso, un ignorante, un embustero y un predicador corrompido.

—¡Por Dios! Yo te explicaré...

Pero ella se mofaba, y, así, el plan de acción resultaba inútil.

El estaba sentado resueltamente en el borde la cama y contestó tranquilamente:

—Sharon, tú eres hasta cierto punto una tonta. Tú crees que voy a negar el flirteo con Lily. ¡No me voy a tomar la molestia de negarlo! Si no te das cuenta de lo que vales, si no ves que un hombre que ha vivido contigo no puede interesarse ya por ninguna otra mujer, entonces no te puedo decir nada. ¡Pero, por Dios, Shara, tú sabes lo que vales! ¡Yo no podría serte infiel, como no podría serlo a mi religión! Para que lo veas: ¿quieres saber lo que yo estaba diciendo a Lily, a miss Anderson?

—¡No quiero!

—¡Pues lo tienes que saber! Cuando yo atravesaba el vestíbulo estaba su puerta abierta, y ella me dijo que entrara, que tenía que preguntarme una cosa. Parece que la pobre joven estaba preocupada si su manera de ejecutar las obras musicales era realmente digna de tu grandeza; así lo dijo ella, especialmente ahora que el Templo del Jordán te había dado tanto poder. Ella habló de ti como de la fuerza espiritual más grande del mundo, y quería saber si ella era digna de trabajar contigo.

—¡Ah, sí!, ¿verdad? ¡Pues no lo es! Y queda despedida. Y tú, mi precioso joven mentiroso, si alguna vez miras sólo un poquitín a otra zorra, te echo para siempre... ¡Oh, Elmer querido! ¿Cómo has podido hacer eso? ¡Cuando yo te he dado todo! ¡Oh, miente, miente, sigue mintiendo! ¡Cuéntame un buen cuento para que lo crea! ¡Y después, bésame!

V

Banderas y más banderas; banderas en las vigas, banderas a lo largo de las vigas, banderas movidas por la brisa del mar. Es la noche de la apertura del Templo del Jordán, la noche del comienzo de la cruzada de Sharon para conquistar el mundo.

La ciudad de Clontar y todas las playas cercanas sentían que allí había algo que no lo entendían del todo, algo maravilloso y por todos los conceptos notable. De arriba y abajo de la costa de Jersey habían venido los fieles en automóvil y tranvía. Cuando la reunión empezó estaban ya los cuatro mil asientos ocupados, quinientas personas estaban de pie y fuera esperaba una multitud con la esperanza de que algún milagro les permitiese entrar.

El interior del muelle estaba como un granero; las delgadas paredes de madera se habían agrietado enormemente con los temporales de invierno, pero estaban cubiertas con las banderas de muchas naciones, con carteles inmensos de color rojo sangriento y blanco, que proclamaban que en la misteriosa sangre del Mesías había redención para todas las penas y que en su amor había amparo y seguridad. Él llamativo altar piramidal, de blanco y oro, había sido desechado. Sharon usaba el escenario adornado con colgaduras de terciopelo negro, del cual colgaba una magna cruz de cristal, y los asientos para los doscientos coristas detrás del púlpito dorado estaban tapizados de blanco.

Una blanca cruz de madera remataba el púlpito.

Era una noche calurosa; pero a través de las puertas, a lo largo del muelle, se filtraba la brisa fresca, el murmullo de las olas y el ruido de alas cuando las gaviotas eran espantadas de sus nidos. Todo el mundo allí se sentía exaltado como si fuese a ocurrir un milagro.

Antes de empezar se hallaban los miembros de la compañía evangélica reunidos detrás del escenario. Estaban nerviosos, como una compañía teatral en la noche de su debut. Corrían de un lado para otro con rapidez asombrosa, se pisaban mutuamente y murmuraban:

—¡Eh! ¡Caramba!

Al fondo estaba Adelbert Shoop dando instrucciones inútiles a la nueva pianista, que había sido pedida por telégrafo a Filadelfia para reemplazar a Lily Anderson. Era una mujer de una religiosidad sin tacha; pero Elmer se fijó en que era guapita y superficial y de ojos atrayentes.

Los coristas llegaron con los primeros fieles. Pasaron por medio del templo, dándose importancia. Como el final del muelle daba al agua, no había puerta de entrada para el escenario en el fondo. Había sólo una puerta, por la cual solían los miembros de la ópera salir a la pequeña plataforma trasera para respirar el aire fresco en los descansos. La plataforma no estaba comunicada por el paseo.

A esta puerta llevó Sharon a Elmer. Sus camerinos estaban a continuación uno del otro. Ella llamó cuando él estaba sentado con una Biblia y un periódico de la noche en las rodillas, leyendo uno de ellos. El miró y la encontró radiante de gozo, con una bata encima de la camisa. Por lo visto había olvidado su enfado de la noche anterior.

—¡Ven! — le gritó ella—. ¡Ven a ver las estrellas!

Sin hacer caso del asombro de los coristas, que iban a sus camerinos para ponerse sus trajes blancos, le llevó a la puerta y plataforma traseras.

Las negras olas resplandecían por las luces. Se sentía la inmensidad, y un viento sereno corría sobre las aguas.

—¡Mira! ¡Qué enorme! ¡No es como las ciudades donde hemos estado encerrados! — exclamó ella—. ¡Estrellas y olas que vienen de Europa! ¡Europa! ¡Castillos en una costa verde! Nunca he estado allí. ¡Pero iré! ¡E irán grandes multitudes al barco para buscarme, pidiendo mis fuerzas sagradas! ¡Mira! (Una estrella que corría había dejado un surco de fuego en el cielo.) ¡Elmer! ¡Esto es un buen agüero para la gloria que empieza esta noche! ¡Oh, amor mío, no me vuelvas a hacer sufrir!

Un beso de él lo prometió y su corazón lo prometió casi.

Sharon era completamente humana mientras contemplaba el mar; pero media hora más tarde, cuando salió en un traje de satín blanco y encaje de plata, con una cruz carmesí en el pecho, era solamente profetisa; su blanca frente estaba alta, y sus ojos eran extraños y soñadores.

Él coro estaba ya cantando. Empezaron con la Doxología, y esto le dio a Elmer un presentimiento de inseguridad. ¿No era la Doxología el fin de las cosas y no el comienzo? Pero miraba impassible, como predicador pensativo, de levita y con blanca corbata, y con cara de funeral, cuando echó a andar majestuosamente, atravesando el coro y levantando los brazos para pedir silencio e invitarles a rezar.

Les habló de la Hermana Falconer y su mensaje, de sus planes y deseos en Clontar, y pidió un minuto de rezo silencioso para que el Espíritu Santo descendiera sobre el templo. Se volvió atrás (su silla estaba en el escenario, al lado del coro) cuando Sharon se adelantó; no ya un ser humano, sino una diosa parecía; dos gruesas lágrimas rodaron de sus encantadores ojos cuando contempló la multitud que había venido a verla.

—¡Mis queridos hermanos, no soy yo quien os trae algo, sino que sois vosotros los que me dais fuerzas con vuestra fe!

—dijo emocionada. Después se puso dramática:

—Hace unos momentos, contemplando la inmensidad del mar, vi un presagio para todos nosotros: una línea de fuego escrita por la mano de Dios, una magnífica estrella errante. Así nos anunció su venida y nos mandó estar preparados. ¿Estáis preparados? ¿Lo estaréis cuando el gran día se acerque?

La congregación estaba conmovida ante su majestuosidad lírica.

Pero fuera había almas menos devotas. Dos obreros habían terminado de barnizar los pilares de madera cuando empezaron a venir los fieles. Salieron, se fueron al paseo que bordeaba el muelle y se sentaron en la balaustrada, disfrutando la agradable frescura, ligeramente divertidos por el sermón.

—No es mala actriz esa mujer; tiene un éxito enorme — dijo uno de los obreros, encendiendo un pitillo y teniéndolo oculto en la mano mientras lo fumaba.

Él otro se fue de puntillas por el paseo para echar un vistazo a través de la puerta, y volvió murmurando:

—Sí, y lo elegante que es. Pero te voy a decir lo que yo pienso; la mujer está muy bien en su sitio, pero toma un aspecto de macho cuando figura en este negocio de la religión.

—Está muy bien también así — bostezó el primero, mirando su cigarro—. ¡Oye, vámonos de aquí! ¿Qué te parece una caña de cerveza? Creo que podemos ir por la plataforma y salir por delante.

—¡Bien! ¿Pagas tú?

Los obreros se alejaron, destacándose sus oscuras siluetas entre el mar y las grandes puertas que daban al auditorio.

El cigarro tirado cayó entre los trapos llenos de aceite que los obreros habían abandonado en el paseo, junto a las frágiles paredes del templo. Un trapo ardió en los bordes como un gusano; luego se encendió en llama circular. Sharon estaba declamando:

—¿Qué puede haber más hermoso que un templo como éste, asentado sobre el mar arrullador? ¡Oh, pensad lo que significaban las poderosas aguas en la Sagrada Escritura! ¡Sobre ellas flotaba el espíritu del Todopoderoso, cuando la tierra estaba aún en tinieblas turbulentas y caóticas! ¡Jesús bautizó en las dulces aguas del Jordán! ¡Jesús andaba sobre las aguas, y así podríamos hacer nosotros con solo tener fe! ¡Oh, amadísimo Señor, ayúdanos a creer, danos una fe como la tuya!

Élmer, que estaba sentado atrás para escuchar, se conmovió como en su primera adoración por ella. Se había cansado tanto de su poetizar, que casi se confesó a sí mismo que estaba cansado. Pero esta noche sintió otra vez la fascinación de ella, y se volvió humilde. Vio su espalda fina, reluciente con su satín blanco; vio sus preciosos brazos cuando se extendían hacia aquellos miles de almas, y con secreto orgullo gozó pensando que aquella belleza mirada y adorada por tantos le pertenecía sólo a él.

Después se dio cuenta de otra cosa.

A unos metros de distancia, mirando a través de una de las puertas que daban al paseo, vio una espiral de humo. Se asustó y casi se levantó. Pero temía ser causa de pánico, y se quedó sentado, sin pensar, sin poder razonar ni comprender, hasta que oyó el grito de «¡Fuego! ¡Fuego!» Vio a todo el público y a los coristas saltando y gritando, mientras las frágiles tablas ardían y las llamas se extendían como un abanico hacia las vigas.

Solo Sharon estaba serena; parecía una columna de hierro frente al terror. Elmer corrió hacia ella, que ordenaba serenamente:

—¡No tengan miedo! ¡Salgan despacio!

Y volviéndose hacia los coristas, que saltaban de sus sitios como locos, con sus vestiduras blancas, gritó:

—¡No tengáis miedo! ¡Estamos en el templo del Señor! ¡El no hará daño! ¡Yo creo en El! ¡Tened fe! ¡Os llevaré seguros a través de las llamas!

Pero ellos no la hicieron caso, y empujándola a un lado corrieron alocados.

Elmer la cogió del brazo:

—¡Ven acá, Shara! ¡La puerta trasera! ¡Vamos a saltar y nadar a tierra!

Ella parecía no oírle. Apartó enérgica su mano de sobre ella y siguió gritando con voz furiosa y llena de sinceridad:

—¿Quién quiere confiar en el Señor? ¡Vamos a probar. nuestra fe! ¿Quién quiere seguirme?

Como las dos terceras partes del auditorio se hallaban al lado opuesto del fuego y eran muchas y anchas las puertas que daban al paseo, se salvó la mayoría de los espectadores, con excepción de un niño, que fue aplastado, y de una mujer que se desmayó y fue pisoteada. Pero las llamas, corriéndose por las vigas y empujadas por el viento, avanzaban hacia el escenario. La mayor parte de los coristas y del público de primera fila se habían salvado; pero ahora ya el paso se hallaba cortado para todos los que se encontraban en la parte trasera del escenario.

Élmer volvió a coger a Sharon por el brazo y con voz entrecortada por el miedo gritó:

—¡Por Dios, escápate! ¡No podemos esperar!

Ella, con una fuerza loca, le dio un empujón tan fuerte, que lo tiró contra una silla, lesionándole las rodillas. Furioso de dolor y alocado por el miedo, vociferó rabioso:

—¡Vete al infierno!

Y echó a correr, atropellando a los histéricos coristas.

Miró atrás y la vio completamente sola, elevando la blanca cruz de madera que había estado en el púlpito, avanzando con firmeza su alta y blanca figura hacia las llamas.

Todos los coristas que no se habían podido escapar, y entre ellos Adalbert y Art Nichols, recordaron la pequeña puerta trasera; todos ellos corrieron y se apretaron contra ella.

Ésa puerta se abría para dentro, y no pudo abrirse por la masa de víctimas apretadas contra ella. Con enorme pánico saltó Elmer entre ellos, los golpeó arrojándolos de un lado para otro, tiró al suelo una muchacha que se le interpuso, abrió la puerta y salió por ella; fue el primero y el último que pasó.

No recordó más tarde cómo se había salvado; pero sí que se encontró en el mar nadando hacia la costa desesperadamente, con un frío horrible y terriblemente embarazado por sus pesadas ropas. Haciendo un gran esfuerzo se quitó la chaqueta.

En el bolsillo interior se hallaba la dirección de Lily Anderson, que le había dado aquella mañana al marcharse.

Él mar le parecía infinito, por hacer invisibles sus límites la oscuridad de la noche, a pesar de que estaba a la sazón alumbrado desde lo alto por las llamas. Las olas le empujaban contra los postes; su mohoso fango causaba a sus nerviosos dedos la sensación de serpientes y las almejas le cortaban las manos. Pero él luchó hasta conseguir alejarse del muelle, y debatiéndose con las olas se acercó a la costa, y mientras nadaba y se acercaba fue el mar haciéndose cada vez más rojo alrededor de él, tan rojo como la sangre. Nadaba en sangre, una sangre que era fría como el hielo, tumultuosa y rugiendo en sus oídos.

Sus rodillas tocaron arena y se arrastró a tierra, en medio de una multitud clamorosa y enloquecida que acababa de salir del mar. Muchos habían saltado desde la barandilla del muelle y estaban todavía luchando con el oleaje, sollozantes y abatidos. Al resplandor de las llamas se veían claramente sus rostros cadavéricos y sus cabezas mojadas; del muelle no quedaba más que el esqueleto: una jaula rodeada de llamas, con figuras humanas como puntitos que estaban todavía tirándose al mar desde el paseo.

Elmer corrió hacia la orilla y recogió a una mujer que ya había tocado tierra.

Había socorrido por lo menos treinta personas, que ya se encontraban salvadas por sí mismas, cuando los reporteros se aproximaron a él, y hubo de suspender su humanitaria tarea para explicarles la causa del incendio, la suma del seguro, el coste del templo, el número de almas salvadas por la señorita Falconer en el curso de sus campañas y la forma en que había salvado tanto a la señorita Falconer como a Adelbert Shoop cuando quedaron aprisionados por una viga que les cayó encima.

Ciento once personas murieron aquella noche, incluidos todos los miembros de la misión evangélica, excepto Elmer.

Fue Elmer mismo quien encontró al amanecer el cuerpo de Sharon tendido en el suelo, envuelto en jirones de satén blanco y conservando aún en su mano abrasada la cruz calcinada.

CAPITULO

XVI

I

AUNQUE la señorita Evan Riddle era para las personas vulgares y poco observadoras nada más que una engañabobos, ella y sus discípulos sabían, y así lo proclamaban — sonriendo beatíficamente—, que estaban inaugurando una nueva era, en la cual las enfermedades, la pobreza y la locura habrían terminado para siempre.

Era la propietaria de la Central de la Energía Mental Victoriosa, establecida en Nueva York, y ni siquiera en Los Ángeles había un' centro más importante de filosofía racionalista y de moral libre. Publicaba una revista llena de pensamientos tan brillantes como este: «El mundo entero no es más que una carretera donde nosotros somos sólo compañeros del camino.» Los domingos tenía reuniones religiosas por las mañanas y por las tardes en el «Salón de Euterpe», en la calle Ochenta y siete, durante las cuales, en los entreactos de «Pensamiento Silencioso», luchaba con «Lo inexplicable». Daba clases de Concentración, Prosperidad, Amor, Metafísica, Misticismo oriental y la Cuarta dimensión.

Enseñaba en pequeños círculos selectos cómo retener al marido, cómo comprender la filosofía sánscrita, sin saber ni filosofía ni sánscrito, y cómo adelgazar sin dejar de comer pasteles. Curaba todas las enfermedades que figuraban en el diccionario médico y algunas que no estaban en él, y en consultas personales, a diez dólares la media hora, enseñaba a señoritas solteras poco apetecibles cómo podrían encender una pasión en un as de fútbol.

Tenía varios colaboradores, entre ellos un verdadero indio del Indostán, pero estaba buscando un primer ayudante.

II

El Rev. Elmer Gantry había fracasado como evangelista independiente.

Había sido tan vocinglero y tan amenazador como el evangelista corriente; había explicado ante auditorios bastante numerosos que el Juicio final se celebraría seguramente a las seis de la tarde, y les había contado todas las anécdotas del borracho moribundo. Pero la cosa no marchaba... No lograba éxito.

Sharon estaba con él; le hacía señas, llamándole de un modo apremiante o rechazándole duramente. Algunas veces la adoraba como a la sombra de un dios muerto y siempre pensaba en ella, en sus accesos de furor y en su risa desbordante. En el púlpito se sentía como un impostor, y en el cuarto del hotel añoraba su voz.

Lo peor de todo es que en todas partes querían que hablase de su «heroica muerte por la causa del Señor». Estaba ya harto de ello.

La señora de Riddle le invitó a unirse con ella.

Elmer no sentía ninguna animadversión contra el Nuevo Pensamiento. Pero después de Sharon la señora Riddle le resultaba insoportable. Era una mujer que se afeitaba con regularidad, que olía a tabaco y que tenía además una afición desmesurada a las cálidas atenciones masculinas.

Pero Elmer tenía que ganarse la vida y había tragado demasiado tóxico oratorio para poder volver a trabajar como viajante. Visitó a la señora Riddle; le dijo que, para un hombre joven como él, ella sería una inspiración; le cogió las manos, y cuando salió se las lavó. Luego determinó que mientras estuviera en aquella casa grande, de piedra negruzca, que servía al mismo tiempo de Central general y de domicilio de la señora Riddle, tendría la

puerta de su cuarto cerrada con doble llave.

La preparación para sus trabajos no era demasiado fatigosa. Levó seis números de la revista de la señora Riddle, y como había aprendido los términos comerciales del evangelismo, igualmente aprendió la técnica del Nuevo Pensamiento, y la «Ley cósmica de la vibración», y el «Yo afirmo el Pensamiento viviente». Se estudió un capítulo de «La esencia del Misticismo, del Ocultismo y Esotericismo orientales» y leyó siete páginas del «Bhagavad-Gita». De esta forma estaba ya preparado para enseñar a los discípulos el modo de conseguir amor y prosperidad.

En realidad se trataba menos de escalar las alturas del Himalava que de agradar a la señora de Evans Riddle. Una vez que ella se hubo dado cuenta de que a él le gustaba muy poco quedarse hasta medianoche en su compañía fue bastante mordaz al referirse a su labor de atracción de nuevos clientes o «chelas», como ella decía, recordando el «Kim» de Kipling.

De vez en cuando Elmer hacía el servicio divino los domingos por la mañana, en lugar de la señora de Riddle, en el Salón de Euterpe, cuando ella se encontraba cansada de curar el reumatismo o cuando lo sufría ella misma, y siempre tenía él que estar por allí para prestar asistencia espiritual. A ella le gustaba que la acariciara su brazo velludo antes de ir a predicar; pero esto no era demasiado duro; por lo general, podía recobrar las fuerzas mientras ella estaba en el estrado. Le encargó de las consultas personales con las solteras, y a él le hizo mucha gracia ver temblar sus narices afiladas y moverse sus bocas secas.

Pero el mayor interés lo ponía en las clases de «Prosperidad». Para quien nunca había ganado más dinero que cinco mil dólares al año era interesante explicar ante docenas de imbéciles, que miraban con ojos saltones, cómo podían ganar diez mil, cincuenta mil y un millón al año, y todo esto por el Poder Milagroso de la Sugestión, por Personalidad Agresiva, por el Ritmo Divino y, en suma, dando simplemente suelta al Deslumbrante Yo Interior.

Era una diversión, un delirio de imaginación para un hombre como él, que no se había tropezado jamás con ningún «Titán del Éxito» de mayores dimensiones que algún presidente de Comité evangélico local, enseñar a un contable de treinta dólares a la semana cómo había de entrar en el despacho de Morgan, mirarle fijamente con ojos penetrantes de iniciado y sacarle un préstamo inmediato de cien mil dólares.

Pero siempre suspiraba por Sharon con una sensación de vacío tan real como la debilidad que produce el hambre o una larga marcha a pie. Recordaba los días pasados con ella, y se le aparecían felices, alados, embalsamados de aire fresco y perfumado. Se odió a sí mismo por haber mirado a otras mujeres y determinó quedarse soltero el resto de su vida.

En algunas cosas prefería el Nuevo Pensamiento al protestantismo ordinario: Ofrecía menos peligros. Nunca había estado seguro de que a lo mejor no hubiese algo de verdad en las doctrinas que había predicado siendo evangelista. Quizá Dios había dictado realmente cada palabra de la Biblia. Quizá había de veras un infierno de azufre ardiente. Quizá era cierto que el Espíritu Santo estaba cerca de él, observándole y dando cuenta de él. Pero sabía con seguridad que todos estos pensamientos nuevos y su lenguaje filosófico eran puras necedades. Nadie podía negar sus teorías, porque ninguna significaba nada. No le importaba decir una cosa u otra en tanto que lograra hacerse escuchar. Disfrutaba de la sensación del poder cuando adornaba sus explicaciones con largas frases floridas, enrevesadas, rapsódicas, como anuncios de perfumes.

Qué agradablemente se pasaban las claras tardes invernales en la elegante y dorada sala de lecturas, adornada de terciopelo, mirando a mujeres bonitas y diciendo:

—Pero, amiga mía, ¿no puede usted ver nada? ¿No percibe usted nada? No tenga sus ojos ligados a la tierra. Mire hacia adentro, porque la suprema cualidad del rajá que para la contemplación interior, que es el todo escondido bajo el velo de las apariencias, todos nosotros, en tanto que lo somos, podemos consumir la perfección y elevarnos hasta las más altas esferas de la aspiración.

Casi todas las palabras hindús eran útiles. Parece que los hindús tienen poderes ocultos que les capacita para hacer todo lo que les viene en gana, excepto librarse de los mahometanos, la peste y la serpiente cobra. La «Respiración del Alma» era también un tema bueno cuando no se sabía de qué hablar, y para retener un auditorio de damas con corpiño de satén hasta el último cuarto de hora de la conferencia no había nada como hablar a fondo sobre la «Concentración».

Pero, a pesar de todas esas cosas agradables, odiaba a la señora Riddle y sospechaba que ella estaba abusando de él. Tenía derecho a un porcentaje sobre las ganancias, aparte de su pequeño sueldo de dos mil quinientos dólares anuales. Mas allí nunca había ganancias, y cuando él indicó que le gustaría ver sus libros sólo para admirar las bellezas de la contabilidad, ella se opuso.

Por eso tomó prudentes medidas de represalia. Cambió de casa y empezó a aceptar por su cuenta los clientes que venían a las Consultas Particulares, a los cuales recibía en la sala de su nueva casa de huéspedes en Harlem. Cuando la señora Riddle no estaba presente en las reuniones del Salón de Euterpe, Elmer no llevaba a la Central de Energía Mental Victoriosa más que aquella parte de la colecta que juzgaba oportuno, después de mucho rezar, meditar y hacer cálculos en un sobre.

Esto le fue fatal.

La señora Evans Riddle tenía una suspicacia inconcebible. Hizo depositar en la colecta de la tarde un billete de veinte dólares, en el cual había hecho una contraseña. Hacía alrededor de un año que Elmer servía a los Poderes Espirituales. Cuando éste llevó la colecta ella notó la falta de los veinte dólares, y gritó con voz grosera:

—¡Gantry, es usted un ladrón! ¡Está usted despedido! Tiene usted un contrato; pero si me demanda usted saldrá perdiendo. ¡Jackson!

Un criado negro de gran estatura apareció.

—¡Echa a este granuja a la calle!

III

Elmer se sintió abatido, solo y pobre, pero empezó a dar clases de Prosperidad por su propia cuenta.

La Prosperidad la entendía muy bien, pero no daba lo suficiente para vivir.

Pasaba de uno a cuatro meses en cada ciudad. Alquilaba para sus conferencias — que daba tres veces a la semana— el salón de baile de un hotel de segundo orden y se anunciaba en los periódicos como si fuera un cigarro o una marca de jabón:

EL MUNDO LE DEBE A USTED UN MILLÓN DE DÓLARES

¿POR QUE NO LOS RECOGE?

¿Qué fue lo que dio los millones a Rockefeller, Morgan, Carne & Fuerza de

voluntad. Vosotros la tenéis. ¡Aprended a desarrollarla! ¡Vosotros' podéis! Los secretos poderosos de la Cruz Rosa y de los sabios de la India, revelados en doce lecciones por el famoso Psicólogo Dr. Elmer Gantry, Doctor en Filosofía, Doctor en Teología, Doctor en Psicología.

Escriba o telefonee pidiendo consulta privada gratuita.

HOTEL VOWER

Calles Mayor y Sicomoro

Sus discípulos eran maestros de escuela, que querían ser propietarios de salones de té, escribientes que deseaban llegar a directores de almacén, clérigos deseosos de hacerse periodistas, periodistas que ambicionaban una plaza de Interventores del Estado, Interventores del Estado con ganas de hacerse obispos, y viudas deseosas de ganar dinero sin perder la elegancia. Les discurreaba en un lenguaje muy florido, todo él procedente de la revista de la Señora de Riddle.

Tenía un cierto número de frases, todas robadas, e hizo a sus discípulos repetirlas a coro, a la manera de todas las religiones. Entre los conjuros más eficaces estaban los siguientes:

«Yo puedo ser todo lo que quiero; fijo mis ojos abiertos en mi mismo y poseo todo lo que quiero.

Soy hijo de Dios, Dios creó todas las cosas buenas incluida la Riqueza, y yo la voy a heredar.

Yo soy resuelto, muy resuelto, no tengo miedo a ningún otro, esté en una oficina o en cualquiera otra parte.

La fuerza está en mí y yo la someto a mis órdenes.

Aférrate ¡oh, Subconsciente! al pensamiento de la Prosperidad.

En el libro divino de los hechos heroicos está mi nombre escrito, en letras de oro. Por eso pertenezco a la nobleza del mundo, y ahora, en este momento, tomo posesión de mi reino.

Soy una parte del Cerebro Universal y por esto asumo mi Poder Universal que me pertenece por derecho propio.

Diariamente me dirá mi Subconsciencia que no me contente con trabajar para otra persona».

Todos los alumnos estaban preparados para ganar un millón al año, con excepción de su profesor, que estaba preparado para la bancarrota.

Tenía bastantes discípulos, pero los gastos eran numerosos y sus discípulos pobres. Había que alquilar un salón de baile y pagar los anuncios. Tenía que aparecer con ostentación, con varias habitaciones en el hotel, con ropa limpia y traje recién planchado. Mientras estaba sentado en habitaciones regias, tapizadas de felpa escarlata, pensaba como se las arreglaría para tomar el desayuno. Tan desmayado se encontraba, que empezó a estudiarse a sí mismo.

Resolvió con la firmeza del desesperado, ser leal con todos los amores o amistades que pudiera tener en el futuro, decir en sus rezos y sermones nada más que lo que él mismo creyese sinceramente. Ansiaba volver al Seminario de Mizpah, alcanzar el perdón del Decano Trosper, obtener un título y volver al púlpito de cualquier aldea inhóspita. Pero

antes tenía que poseer dinero suficiente para pagar los gastos de un año en el Seminario.

Había estado en comunicación con el dueño del Hotel O' Hearn de Zenith, una ciudad de cuatrocientos mil habitantes en el Estado de Vinnemac, a unas cien millas de Mizpah. Esto era en 1913, antes de que el Hotel Thornleigh fuera construido y cuando Gil O' Hearn trataba de arrebatarse la clientela distinguida de Zenith al famoso, pero decaído Gran Hotel. Las Conferencias intelectuales en el salón de baile contribuyeron a la elegancia de un hotel casi tanto como un gran experto en cocktails y al señor O'Hearn le había hecho buena impresión el prospecto anunciador del sabio y atrayente Dr. Elmer Gantry.

Elmer podía aceptar el ofrecimiento de O'Hearn como una garantía de tener para vivir, pero necesitaba dinero para una semana o dos hasta que cobrara las clases.

¿Quién le podía prestar dinero?

Se acordó de haber leído en un boletín publicado por los antiguos alumnos de Mizpah que Frank Shallard, que había servido con él en la rústica iglesia de Schoenheim, regentaba ahora una iglesia cerca de Zenith.

Buscó el boletín y descubrió que Frank estaba en Eureka, una ciudad industrial de cuatro mil habitantes. Elmer tenía bastante dinero para llegar hasta Eureka. Durante todo el camino se preparó para mostrarse todo lo afectuoso que uno que va a pedir dinero prestado tiene que aparecer ante un antiguo amigo, que es generoso y algo blando.

CAPITULO

XVII

I

FRANK Shallard se había graduado en el Seminario Teológico de Mizpah y había obtenido el primer puesto en una iglesia. Ahora que era pastor y teóricamente distinto de toda la gente ordinaria, estaba pensando si el ministerio sagrado valía para algo.

¿Qué valor tenían los himnos de versos malos, cantados desmañadamente? ¿Qué valían los sermones, cuando los que los escuchaban era gente que parecía no haberlos oído nunca? ¿Eran todos los pastores y todas las iglesias meras supervivencias de supersticiones, meras Compañías de Seguros contra el infierno? ¿Es que el sacerdocio podía ser un oficio? ¿Y podía existir la profesión de Hombre Bueno? ¿Era posible aprender la bondad del mismo modo que se aprende el oficio de mecánico o de rentista? ¿Aun así qué habían aprendido él y sus compañeros de clase, o sus profesores, cuyos títulos de Doctor en Teología no les protegía de tener indigestión y mal genio, en aquel comercio de la Bondad Profesional?

Se esperaba de él que curara un mal llamado vicio. Pero él no había encontrado nunca el vicio; ni siquiera sabía qué cosas interesantes hacía la gente cuando tenía vicios. ¿Cuánto tiempo escucharía un borracho los consejos de uno que nunca haya estado en una taberna?

Se esperaba de él que llevara la paz a la humanidad. Pero ¿qué sabía él de las fuerzas que desencadenan las guerras, tanto individuales, o de clase como nacionales? ¿Qué sabía sobre estupefacientes sobre las pasiones, sobre los deseos criminales? ¿Qué sabía del capitalismo, de los bancos, del trabajo, de los salarios y de los impuestos? ¿Conocía las luchas internacionales del comercio, y los monopolios de armamentos o de militares ambiciosos?

Se esperaba de él que consolara a los enfermos. ¿Qué sabía él de enfermedades? ¿Cómo sabía él cuándo tenía que rezar y cuando recomendar sales?

Se esperaba de él que explicara a la humanidad afligida los propósitos del Dios Todopoderoso, después de hablar con él, y se pretendía que le recordara sus deberes, respecto a la lluvia y a las deudas de la iglesia. Pero, ¿qué Dios Todopoderoso? El profesor Bruno Zechlin le había hablado de un centenar de dioses aparte del Jehová o Jahvez de los judíos, que había sido solo un pariente pobre y bastante rudo al lado de un aristócrata tan sereno como Zeus.

Se esperaba de él que hubiese experimentado un cambio místico en virtud del cual le fuese posible vivir sin apetitos normales. Se esperaba de él que mirara las pantorrillas de las muchachas sin interés y que se distrajera ligeramente, con la lectura de periódicos clericales y con estrechar la mano de los diáconos. Pero notó que tenía un interés agitado por el movimiento de las pantorrillas; que le gustaba el teatro, y que ningún arrepentimiento le protegía de la lectura de novelas, a pesar de que sus profesores se las habían pintado como cosas frívolas para perder tiempo.

¿Qué había aprendido?

Bastante hebreo y griego para arrastrarse a través de la Biblia con ayuda de diccionarios; así que tanto él como sus compañeros de clase, una vez fuera del Seminario, la leían en inglés. De la Biblia había aprendido los textos más conminatorios; bastante menos que cualquier evangelista ordinario. Había aprendido que los males que afligen a la India y África provienen de que no están cristianizados. Pero que las ciudades americanas cristianizadas como Bangor y Des Moines, si los sufren es por que Satanás que, según las apariencias, es más fuerte que Dios anda por allí estropeando la labor de los baptistas.

Había aprendido teóricamente la manera de sacar dinero por medio de colectas de iglesia. Había aprendido lo que tenía que decir en las visitas pastorales. Había aprendido que Roger Williams, Adonirán Judson, Lutero, Calvino, Jonathan Edwards y Jorge Washington eran los hombres más grandes de la historia; que Lincoln solía rezar fervientemente en todas las crisis; y que Ingersoll había llamado a un hijo suyo, que nunca había existido, a su lecho de muerte, y le había rogado que se hiciera cristiano ortodoxo. Había aprendido que el Papa en Roma estaba conspirando para venir a América y encargarse del gobierno, y que se lo impedían únicamente las denuncias del clero baptista con un poco de ayuda por parte de los metodistas y prebisterianos. Que la mayor parte de los crímenes eran debidos al alcohol y a la conversión de ciertos baptistas al unitarismo; y que los pastores no debían llevar corbatas rojas.

Había aprendido a preparar sermones con textos judíos, filosofía griega y anécdotas evangélicas del Oeste Central. Y había aprendido que la pobreza es sagrada, pero que los banqueros son los mejores diáconos.

Por otro lado, cuando examinó con preocupación un bagaje profesional con vistas al ejercicio de su ministerio, no le pareció a Frank haber aprendido cosa alguna.

De las relaciones de Elmer Gantry con Lulú Bains, de la confesión bastante franca de Harry Zeuz de que era ateo, aprendió Frank que un predicador podía ser un canalla o un hipócrita y, a pesar de esto, encontrar aceptación en su congregación. De las maneras ásperas del Decano Trosper, que servía a Dios con vinagre, aprendió que un hombre puede estar libre de todo pecado, puede seguir todas las reglas de la iglesia y, sin embargo, no inspirar más que miedo a su rebaño. Escuchando a las célebres eminencias que visitaban el seminario dándose importancia, se convenció de que se puede ser sabio y emplear términos altisonantes sin decir nada que se agrave en la mente por más de cuatro minutos.

Concluyó que, aunque las iglesias y el sacerdocio tuviesen algún valor, cosa de la que no estaba seguro, él desde luego, no valía para predicador.

A pesar de todo, había sido ordenado y había aceptado una plaza de pastor.

Era dudosa que hubiera podido aguantar la farsa necesaria sino hubiera sido por las amenazas del Decano Trosper y por los ruegos confusos de su padre. El padre de Frank era bastante condescendiente, pero había sido pastor baptista durante tantos años que la iglesia le parecía algo sagrado. Hubiera sido para él un golpe mortal si su hijo la hubiese negado. Se habría sorprendido mucho si le hubiesen dicho que obligaba a su hijo a mentir, y habría replicado que las contestaciones al examen verificado al ordenarse no eran más que símbolos poéticos, santificados por el uso amoroso de pasadas generaciones; y que no debían de tomarse literalmente.

Por eso, Frank Shallard, discípulo de Bruno Zecklin, respondió nerviosamente a las preguntas de los eclesiásticos que sí, que creía que el bautismo por inmersión era ordenado por Dios mismo como el único camino para empezar una vida buena; que los pecadores no arrepentidos irían al infierno; que si en estos pecadores no arrepentidos estaban incluidas todas las personas que no iban a las iglesias evangélicas cuando tenían ocasión; y que el Hacedor de un Universo con estrellas que distaban unos cien mil años solares, se enfurecía terriblemente si un muchacho jugaba al baseball los domingos por la tarde.

Media hora después de la ordenación y del saludo algo consolador de los veteranos del sacerdocio, se odiaba a sí mismo y deseaba fugarse; pero otra vez le retuvo el acostumbrado «no querer herir a su padre». Así entró en la iglesia y siguió haciendo sufrir a su padre durante años enteros, en vez de haberlo hecho sufrir un solo día.

II

Era un joven solitario y afligido, este Frank Shallard que llegó a su primera iglesia baptista en Catawba, una ciudad de mil ochocientos habitantes, que estaba situada en el mismo Estado que Zenith y que el Seminario de Mizpah. Agradó a la gente, pero no le tomaron en serio. Decían que sus sermones eran «realmente poéticos» le admiraban porque soportaba la vieja Señora de Randall, que había estado inválida durante treinta años, había sido una pelma durante sesenta y no había estado enferma en su vida un solo día. Le admiraban porque intentaba formar club de fútbol; aunque no llegaba tan lejos en su admiración que contribuyeran con alguna cosa. Todos le llamaban «Reverendo» y se asombraban de ver un hombre tan bien educado y tan ortodoxo a la vez. Y siguió allí, en el vacío.

A Frank le pareció que el quinto sermón que pronunció en Catawba le había salido bien; notó que lo había hecho sin vacilaciones. Había decidido no hacer caso ni de las controversias teológicas ni de dogmas de ninguna clase, para concentrarse en Jesús. Aquel era su tema predilecto, en aquella capilla de muros brillantes y azules, aquel joven de ojos ardientes y cabello rizado, de voz aguda como el gemido de un violín, hacía la descripción de Jesús, el amigo bondadoso, el refugio seguro, el jefe valeroso.

Estaba seguro que le había salido bien. Lo estaba pensando cuando iba el lunes por la mañana desde su pensión a la oficina de Correos.

Vio a cierto Len Staples, un veterinario conocido como el ateo del pueblo, sentado en un asiento de un carruaje desechado en frente de un granero. El doctor Staples, como se le llamaba, era suscriptor del «Buscador de la Verdad» un periódico del cual se decía que era infiel. Solía leer a Robert Ingersoll, Ed Howe, Colonel Waterson, Elbert Hubbard y

otros escritores que afirmaban que un católico podía ser tan buena persona como un metodista o un baptista. Él doctor que estaba soltero, vivía solo en una casita amarilla, y Frank había oído que estaba sentado hasta horas muy avanzadas, las once o aún más tarde, jugando a los naipes en la taberna de Mart Blum.

A Frank no le gustaba aunque no le conocía personalmente. Estaba dispuesto a contestar preguntas sinceras, pero un individuo que era un ateo declarado— pensaba Frank, furioso— era un idiota. ¿Quién hizo las flores, las mariposas, las puestas de sol, la risa de los chiquillos? ¡Esas cosas no podían existir por sí mismas! Además ¿Por qué no podía ese hombre guardarse sus dudas para sí y no tratar de arrancar a otros la fe que era su único consuelo y apoyo en las enfermedades, duelos y miserias? No era una cuestión moral, sino respeto a las creencias de los demás; una cuestión en suma, de buen gusto.

Aquella mañana, cuando Frank bajaba por la calle de Vermont, Len Staples le llamó:

—Buenos días, Reverendo. ¡Oiga! ¿Tiene usted mucha prisa?

—No mucha, no...

—Siéntese. Quisiera consultarle sobre un par de cosas que me preocupan.

Frank se sentó, un poco turbado.

—Dígame, Reverendo, el viejo Mac Gherkins me ha estado contando su sermón de ayer. ¿Cree usted que no importan las creencias que pueda tener una persona, y que la única cosa de la que nosotros nos podemos fiar es de la palabra de Jesús?

—Sí; eso fue lo que dije.

—¿Y cree usted que una persona razonable puede seguir sus predicaciones?

—Sí, desde luego.

—¿Y cree usted que, aun cuando tengan defectos, las iglesias no transmiten las verdades de Jesús y que si no las hubiera, nos las conoceríamos tan bien?

—Desde luego. ¡De no ser así, no estaría yo en la iglesia!

—Entonces ¿me podrá decir, por qué nueve décimas partes de los fieles— de los fieles asiduos— están compuestos de dos clases: los ignorantes del todo, que tienen miedo al infierno y que se tragan todas esas doctrinas idiotas; y las personas respetables que creen que esto de ir a la iglesia les hace más distinguidas? ¿Por qué es eso así? ¿Por qué es que los obreros instruidos y los hombres de profesiones liberales tienen casi siempre antipatía a la iglesia y no se acercan a ella ni una vez al mes? ¿Por qué es eso?

—¿Por qué? ¡Porque eso que usted dice no es verdad! — dijo Frank con expresión de triunfo—. Miró por encima de los montones de herraduras oxidadas, y rejas de arado entre hierbas secas al lado de la casa del herrero; y pensó que debía entregarse a la tarea de sanear moralmente aquella ciudad y trabajar por el bien.

Y siguió hablando, ahora menos agrio:

—Naturalmente, no tengo aquí estadísticas sobre el particular, pero el hecho es que casi todos los hombres más inteligentes e influyentes del país pertenecen a alguna iglesia.

—Sí; pertenecen. ¿Pero suelen ir?

Frank se retiró molesto. Trató de reanimarse, diciéndose que el Doctor Staples era un patán muy divertido por su manera de mezclar su lenguaje rústico con palabras medio digeridas, procedentes de sus lecturas. Pero estaba preocupado. He aquí al hombre del pueblo, al cual la iglesia tenía que convencer.

Frank recordó cuantos feligreses de las parroquias de su padre, eran capaces de estarse tranquilamente durante meses enteros sin ir a los sermones; se acordaba de los comerciantes que cumplían ostentosamente con sus deberes religiosos, y que después en la

conversación particular con su padre, parecían no tener apenas sino vagas nociones de lo que se había tratado en el sermón.

Recordó uno por uno a los de su congregación. Había allí gente distinguida de cuello planchado y masa sencilla, rústica, que solo le entendía cuando les prometía el cielo como recompensa por una vida de monogamia y honesta educación de los hijos, o cuando les amenazaba con el infierno por emborracharse con sidra.

Catabwa tenía— y esa era su única atracción urbana— una fábrica de muebles con obreros extraordinariamente competentes, de los cuales muy pocos iban a la iglesia. Frank había estado toda su vida aislado de lo que llamaba desdeñosamente «la clase obrera». Las criadas en casa de su padre; los viejos negros devotos e incompetentes que atendían la caldera de la calefacción: los mecánicos o electricistas que venían a la casa del pastor para hacer reparaciones; los ferroviarios con quienes trató de hablar en sus viajes: solo a trabajadores como estos había conocido y siempre los había mirado con una superioridad inconsciente.

Ahora trató tímidamente de trabar conocimiento con los carpinteros cuando se sentaban cerca de la fábrica. Le recibieron amablemente, pero se dio cuenta de que se reían entre dientes a sus espaldas, cuando se marchaba.

Por primera vez se avergonzaba de ser un predicador, de ser cristiano. Ansiaba poder probar que, a pesar de esto era un «verdadero hombre» y no sabía cómo probarlo. Notó que todos los carpinteros, a excepción de los católicos se burlaban de la iglesia, y daban las gracias al Dios en quien no creían porque no tenían que escuchar los sermones los domingos por la mañana, habiendo hermosos públicos traseros para sentarse, leer interesantes noticias de deportes, y beber una riquísima cerveza. Hasta los católicos parecían dudar algo de la eficacia de las mismas para sacar del Purgatorio a sus parientes muertos. Algunos confesaban que no hicieron más que «cumplir con la obligación de Pascua» e iban a la confesión y a misa nada más que una vez al año.

Se dio, cuenta de que nunca había oído que hubiera toda una clase de obreros inteligentes e independientes entre los amos y los que no son sino bestias de carga. No había sabido nunca cómo despreciaban estos aristócratas manuales a la iglesia; cómo se mofaban de sus jefes, los dirigentes de la Federación Americana de Trabajadores, que se hacían la vida más agradable, adhiriéndose a un cristianismo voluble. No podía apartar el pensamiento de estos descubrimientos. Le hacían sentirse despreciable cuando iba por las calles del pueblo, tratando de aparecer como un joven profeta; tenía la sensación de llevar un disfraz.

Quizás habría dejado el cargo si no hubiera sido por el Reverendo Andrew Pengilly, pastor de la iglesia metodista de Catawba.

III

Si hubieran ustedes cortado en pedazos a Andrew Pengilly hasta el corazón, lo habrían encontrado de una blancura cristalina. Era el prototipo del sacerdote pío, tal como aparece en las novelas, pero existía en la vida real.

Para todas las congregaciones a las que sirviera durante cuarenta años, había sido un verdadero pastor de almas. Le habían querido, escuchado y pagado en extremo. En 1906 cuando Frank llegó a Catawba, era el Señor Pengilly un anciano delicado y encorvado con el pelo de plata, y una dulce sonrisa, que atraía a la gente.

Siendo todavía un muchacho, Andrew Pegilly había ido a la Guerra civil como

tambor, había dormido sin manta, había andado descalzo, y había sido herido en las frías montañas de Tennessee. Cuando regresó de la guerra era todavía un niño. Después fue dependiente de comercio y maestro de una escuela dominical. Le habían convertido a los diez años, pero a los veinticinco fue convencido del todo por el evangelista indio Osage Joe; se hizo predicador metodista, y nunca jamás tuvo dudas en el servicio de Dios. Se casó a los treinta con una mujer apasionada y encantadora. Su amor hacia ella era tan romántico, que la manera de llevar ella la toquilla era, para él, una poesía, y sus zapatos de piel de becerro le parecían chinelas. La quiso tanto que, cuando ella murió de parto al año de casarse, no dejó nada para otra mujer. Vivía solo y el recuerdo de ella no había disminuido. Ni las peores cotillas habían jamás podido decir que el Sr. Pengilly mirase indebidamente a alguna de las viudas de su rebaño.

En su juventud había sido Andrew Pengilly poco estudioso, y hasta el presente no sabía nada de la crítica de la Biblia, del origen de las religiones, de la sociología que comenzaba a absorber a los jefes de la iglesia; pero él conocía su Biblia, y creía todo, palabra por palabra. Había llegado a leer libros de misticismo; y él por su parte, era un verdadero místico. El mundo del odio de los arados, y del pavimento significaban menos para él, que el mundo de los ángeles, cuyos mantos de plata parecían brillar en el aire alrededor de él, cuando meditaba solo en su casita. El era tan ignorante con respecto a los nuevos métodos de la escuela dominical, como del impuesto de soltería o de la Hacienda de Lituania; pero pocos protestantes habían leído más en los Anacoretas de los primeros tiempos de la iglesia.

El día de la llegada de Frank Shallard a Catawba, cuando estaba desempaquetando sus libros en su habitación en casa del Diácono Halter, el boticario, le fue anunciado el Reverendo Pengilly. Frank bajó a la sala de visitas y su soledad fue animada por la sonrisa acogedora y la voz afable de Mr. Pengilly:

—¡Bienvenido, Hermano! Soy Pengilly, el pastor de la iglesia metodista. Nunca he hecho diferencias entre las sectas, y espero que podamos trabajar juntos por la gloria de Dios. ¡Lo espero! Y va usted a ir de pesca conmigo. ¡Conozco— continuó con entusiasmo un estanque donde hay esturiones!

Muchas tardes pasaron en la casita del Sr. Pengilly, que era menos sucia y mal oliente que la del Doctor Len Staples, el ateo del pueblo porque las robustas señoras de la congregación del Señor Pengilly miraban por él, limpiaban el polvo de su casa, le colocaban sus libros en desorden, le armaban un barullo en las notas del sermón y le acuciaban a que usase zapatos de goma y camisas de franela en el invierno. No le dejaban prepararse sus propias comidas y le hicieron sufrir las diferentes casas de huéspedes por turno, pero algunas noches preparó un plato de huevos revueltos para Frank. Estaba orgulloso de sus conocimientos culinarios, pero nunca intentó hacer otra cosa que huevos revueltos.

Su cuarto de estar, estaba atestado de retratos y grabados al carbón. A pesar de que todas las autoridades eclesiásticas locales le atacaban sobre este punto, insistía en mezclar vírgenes, resurrecciones, imágenes de San Francisco de Asís y hasta un Sagrado Corazón, con celebridades metodistas como Leonidas Hambine y el embozado romántico Francis Asbury. En el mirador, sobre una estantería de alambres, había geranios. El señor Pengilly era un fervoroso jardinero, excepto cuando se pasaba semanas enteras abstraído y se olvidaba de arrancar las malas hierbas, y de regarlas. Durante el invierno observaba si las hojas de los geranios estaban ya bastante marchitas, para cortarlas y proporcionarse la distracción de tener algo que hacer.

En todos los rincones de la casa estaban un perro y un gato muy viejos, que se odiaban mutuamente, y no dejaban nunca de gruñirse uno al otro, y que por la noche dormían juntos.

Sentado en una mecedora anticuada, rellena con cojines de indiana, escuchaba Frank las divagaciones del Sr. Pengilly. Durante una semana no hablaron más que de cosas superficiales, habladurías de sus parroquias, burlas en torno al hombre que iba de iglesia en iglesia, haciendo rabiar a los párrocos con gritos de «Aleluya», y murmuraciones locales, no desprovistas de cierta saludable y consoladora malicia. Frank tuvo al principio miedo de descubrir sus dudas juveniles al sereno y santo varón, pero al fin las confesó.

—¿Cómo— preguntó— podía conciliarse un Dios Amante con un Dios que derriba a Uzza por el acto laudable de intentar salvar de la caída el Arca de la Afianza, y que mata a cuarenta y dos niños por un motivo grotesco, por gritarle a Elisa como cualquier chiquillo de Catawba haría hoy día? ¿Era eso razonable? Y, si no, si alguna parte de la Biblia era una fábula: ¿Dónde iría a parar? ¿Cómo podía saberse si alguna parte de la Biblia estaba «inspirada»?

El Sr. Pengilly no se sorprendió, ni se excitó tampoco. Con sus finos dedos unidos, meditó hundido en su viejo sillón de felpa.

—Sí, me han dicho que los altos críticos preguntan estas cosas. Creo que esto confunde a la gente. Pero ¿quién sabe si Dios no ha puesto estos obstáculos en la Biblia para probar nuestra fe, y nuestra voluntad para aceptar con todo corazón y alma una cosa que puede parecer ridícula a nuestra inteligencia? Mire usted nuestra inteligencia, va demasiado lejos. Mire, ¿cuánto sabe un astrónomo de los habitantes de Marte? ¿Sabe si los hay, o no? ¿No es con nuestro corazón, con nuestra fe, con lo que tenemos que aceptar a Jesucristo, y no con nuestra vida? ¿No son los hombres más grandes los que más lo sienten? Quizá que Dios quiera apartar del ministerio sagrado a los que están enamorados de sus pobres inteligencias, que no pueden ser humildes y aceptar la gran verdad aplastante de la misericordia de Cristo. Y usted... ¿Cuándo se siente usted más cerca de Dios? ¿Cuando lee algún libro profundo que critica la Biblia o cuando está de rodillas en oración y su espíritu vuela hacia adelante y usted sabe que está en comunicación con El?

—¡Oh, desde luego...!

—¿No cree usted que pueda ser que alguna vez, El mismo explique todas estas cosas sorprendentes? ¿No haría mejor usted en ayudar a la pobre gente enferma y preocupada que en escribir un libro ingenioso, únicamente para hacer crítica?

—Sí, claro...

—¿Ha habido jamás algo mejor que el viejo Libro para llevar almas perdidas hacia la felicidad? ¿No ha servido para eso?

En la grata presencia del señor Andrew Pengilly estos pensamientos parecían verdaderas revelaciones; Bruno Zechlin se esfumaba y Frank estaba contento.

Igualmente le consoló el Sr. Pengilly sobre los obreros inteligentes a quienes no interesaba la iglesia. El viejo se rió sencillamente.

—¡Por Dios, muchacho! ¿Qué esperaba usted, como predicador? ¿Todo un mundo salvado para no hacer usted nada? Calculo que no gana usted mucho sueldo, ¿pero cómo espera usted ganarlo? ¡Esta gente no va a ninguna iglesia! ¿Y qué? ¡Cuando el Maestro empezó no iba nadie a una iglesia cristiana! ¡Salga a convencerles!

La cual le pareció sumamente razonable al avergonzado Frank; y se fue a convencerles, sin conseguirlo, y continuó en su pastorado.

Frank había oído hablar en el Seminario Teológico de la «Practica de la Presencia

de Dios» como de un misterio papista. Pero ahora lo encontró. El Sr. Pengilly le enseñó a arrodillarse, con la mente libre de toda preocupación, de todo orgullo, de todo deseo, repitiendo con los labios:

—¡Que tu presencia me sea visible!

No como un encanto, sino para que tus labios no estuvieran manchados con frases terrenales, cuando sintiera en torno suyo, la tensión, la inquietud y la exaltación de un algo resplandeciente y casi aterrador: la certidumbre de la presencia y del amor de la Divinidad.

Empezó a llamar a su mentor «Padre Pengilly» y el viejo le regañó solo un poco; y acabó por no reñirle en absoluto.

A pesar de toda su inocencia y su misticismo, el Padre Pengilly no era ni un tonto ni un débil. Una vez reprendió con acritud a un deslenguado tendero, recién venido a la ciudad, que, según decía, consideraba al patriarca un objeto para tomarle el pelo, y que un día gritó:

—Pues ya me estoy cansando de esperar a que ustedes, los predicadores pidan que llueva. ¡Parece que ni ustedes mismos creen esas tonterías!

A la señorita Udell, una solterona, especialista en cotilleos de la ciudad, cuando le vino con el cuento de que Amy Dove paseaba con los jóvenes en la oscuridad, le dijo:

—Sé cuanto le gusta a usted el escándalo, Hermana, y acaso no sea cristiano quitarle a usted ese placer; pero da la casualidad de que sé todo lo referente a Amy. Ahora, en vez de ocuparse de esto, váyase a ayudar a la Hermana Eckstein que está impedida, a lavar su ropa; así puede que esté usted lo bastante ocupada para pasarse sin su escándalo diario.

También tenía buen humor el padre Pengilly. Solía sonreír con los tontos de la congregación. Y le gustaba el ateo del pueblo, el Dr. Lem Staples. Le invitó a su casa, y tranquilizó el espíritu de Frank, ver con qué beatífica calma escuchaba el Padre Pengilly las ocurrencias del Doctor sobre los pecadores y los avaros que frecuentan la iglesia.

—Lem— dijo el padre Pengilly—. Usted se extrañará, pero debo decirle que hay también en su redil dos o tres pecadores. He oído hablar hasta de ladrones de caballos que no pertenecían a ninguna iglesia. Me parece que esto prueba algo. Si, señor; me admira que usted nos hable de los bondadosos ateos, después de haber leído acerca de los caníbales, que están realmente poco contagiados de nosotros los metodistas y baptistas.

No sólo en su jardín, sino también en los bosques, a lo largo del río, encontraba el padre Pengilly, en toda la naturaleza, a Dios. La pesca le volvía loco, aunque tenía poco interés en coger ningún pez. Frank paseaba con él en una barquita chata, mohosa, en un plácido remanso bajo los sauces. Oía el murmullo del agua entre las raíces y observaba los círculos de un pez que estaba saltando. El anciano con su cara colorada y su bigote de plata sombreado por un formidable sombrero de paja, murmuraba:

—La misericordia de Dios es inmensa como el océano.

El Padre Pengilly se mofaba de Frank, diciéndole:

—¡Y usted necesita leer libros para encontrar a Dios, joven!

Frank se alegraba de poderle seguir, de ser su compañero en la misión de predicador, de confiar en la larga experiencia de Pengilly que en cuestiones irritantes, de aceptar cualquier explicación sobre la validez de la Biblia, sobre la misión de la iglesia, o sobre la Jefatura de Cristo, que satisficiera a este soldado de la cruz.

Frank se hizo un predicador más enérgico. Se fue de Catawba, pasando por las parroquias de dos o tres ciudades más grandes, a Eureka, un pueblo industrial de cuarenta mil habitantes prósperos y activos, y aquí lo atrapó la simpática Bess y se casó con ella.

IV

Bess Needham, que más tarde había de ser Sra. de Shallard, se parecía extraordinariamente a un petirrojo. Tenía su misma alegría, su mismo redondo y coloradete, y estaba convencido que el levantarse temprano, gorjear, propagar la especia y dedicarse a la comida, eran las únicas razones de la existencia. Conoció a Frank en una reunión eclesiástica en favor de la asistencia social, le había compadecido por lo que ella llamaba su debilidad, debida a mala nutrición, y había convencido a su padre, un amable y competente dentista, para que invitara a Frank a su casa a tomar «una comida de verdad» y escuchar una música magnífica en el fonógrafo. Bess escuchó amablemente su charla, a pesar de no tener noción de lo que se trataba, porque le gustaba su voz.

A él le atrajo su cuello suave, su seno cálido, sus dedos con hoyuelos que le acariciaron los cabellos antes de saber él que la deseaba. Quedó entusiasmado cuando ella afirmó que él «le daba cien vueltas» al Reverendo Dr. Seager, el viejo párroco de la iglesia baptista de Eureka. De modo que ella consiguió casarse con él sin lucha, y tuvieron tres niños en el menor tiempo posible.

Era una esposa y una madre admirable. Llenaba la botella de agua caliente para la cama de él, guisaba perfectamente el «corn beef» con coles, era cortés con los fieles más irritantes de la parroquia, ahorra dinero, y cuando él estaba sentado con otros pastores hablando agradablemente, preocupándose de los sacramentos le escuchaba ella, sólo a él, maternal y gozosamente.

Frank se dio cuenta de que con una mujer y tres niños ya no podía pensar en dejar la iglesia; y cuando llegó a esta conclusión se sintió preso, y aumentaron sus escrúpulos de conciencia.

V

Eureka con sus fundiciones de acero, su animación, la lucha entre los usureros fabricantes y los socialistas recalcitrantes, no era un sitio para la contemplación como Catawba donde los pensamientos parecían estrellas lejanas, vistas a través de la nieblina. Allí había un violento choque de ideas y de ello se formó el «Club Liberal de Predicadores» al cual se sintió Frank atraído cuando no llevaba aun quince días en Eureka.

El más destacado de estos liberales era Hermann Kassebaum, el rabino modernista, joven guapo, con ojos negros y el pelo más negro aún, lleno de alegría; era considerado por la alta sociedad de la ciudad, como un charlatán superficial y persona peligrosa, y era el hombre más culto que Frank había encontrado en su vida, con excepción de Bruno Zechlin. Le rodeaban un apacible ateo que era pastor unitario, un presbiteriano, que era ortodoxo los domingos y revolucionario los lunes, un congregacionista vacilante, y un episcopal, anglo-católico, que estaba entusiasmado de las bellezas de la liturgia y del origen mitraico de la misma.

Las dudas de Frank empezaron de nuevo. Leyó otra vez: «¿Qué es la Cristiandad?», de Harnack; «Origen y naturaleza de la Biblia», de Sunderland; «Variedades de experiencia religiosa»; de James; y «Rama de Oro», de Frazer.

Se hallaba en la agradable situación de que lo hace mal todo. No estaba conforme con las discusiones del Club Liberal.

Les exigió:

—Si vosotros no creéis esto, ¿por qué no os salís de la iglesia?

Pero no tuvo fuerzas para dejarlos; por esto, tampoco consiguió gran cosa con los hermanos baptistas. Su buena esposa Bess protestaba cuando él daba a entender veladamente sus dudas.

—Tú no puedes convencer a la gente con la inteligencia. No te entenderían si les dijeras con franqueza la verdad, tal como tú la ves. No están preparados para ello.

Su peor duda era la de sí mismo, y en esta irresolución indigna, envidiaba lo mismo las burlas descaradas del rabino Fassebaum contra todas las religiones que las altisonantes afirmaciones de los evangélicos puros. A par que todos los domingos por la mañana explicaba claramente el camino del cielo, el mismo fue arrojado a un purgatorio de dudas; y despreciándose llamó todas sus virtudes domésticas, cobardías, su afición mística, mofa supersticiosa, y su deseo de ser honrado, una crueldad que debía de ahorrar a Bess y a su amada prole.

En este estado de ánimo se encontraba Frank, cuando entró de repente en su despacho el Reverendo Elmer Gantry, alto, hermoso y radiante con aire satisfecho y resuelto y explicó que si Frank le pudiera dejar unos cien dólares, tanto Elmer como el Señor, le estarían muy agradecidos, y él le devolvería el dinero al cabo de dos semanas.

El ver a Elmer convertido en un pastor como él fue demasiado fuerte para Frank. Para librarse de él, le dio apresuradamente los cien dólares que había guardado para pagar las dos últimas facturas de la partera, y estuvo después sentado en la mesa, con la cabeza entre sus débiles manos, rezando:

—¡Oh. Señor, guíame!

Se levantó de un salto:

—¡No! Elmer ha dicho que el Señor le había estado guiando ¡a él! ¡Voy a intentar guiarme a mí mismo! Quiero...

Otra vez débil:

—¿Pero cómo hacer sufrir a Bess, y a mi pobre padre, y al Padre Pengilly? ¡Oh, seguiré adelante!

CAPITULO

XVIII

I

EL Reverenda Elmer Gantry estaba escribiendo cartas. No tenía amigos; las cartas eran todas para consultantes acerca de sus clases de Prosperidad. Estaba sentado en una pequeña mesa de roble en la galería del Hotel O'Hearn, en Zenith.

Sus clases en Zenith no habían ido ni mal ni bien. Había ganado lo suficiente para pensar en devolver a Frank los cien dólares, aunque en realidad no lo hizo. Estaba cansado de este oficio incierto. Casi le daba ganas de volver a coger los instrumentos de labranza. Pero su aspecto no era, ni mucho menos, el de un hombre desanimado con su americana, su cuello de pajarita y su corbata azul con motas blancas.

Al otro extremo de la mesa estaba escribiendo un hombre bajo con una enorme nariz curvada, barbilla hundida y cabeza calva. Llevaba un traje pardo de comerciante con una llamativa corbata verde y gafas de concha.

—Vice-Presidente de un banco, pero vestido como un maestro de escuela— pensó

Elmer. Se daba cuenta de que el hombre le estaba observando. ¿Un posible estudiante? No; demasiado viejo.

Elmer se echó para atrás, cruzó las manos, tomó un aire todo lo solemne que le fue posible, carraspeó como un hombre importante y dirigió una mirada al otro.

El hombre bajo le miró con ojos de ratón, pero no dijo nada.

—¡Hermosa mañana!— dijo Elmer.

—Sí. Encantadora. ¡En las mañanas como ésta nos da la Naturaleza una prueba del júbilo divino.

—¡Diablo! ¡Aquí no hay negocio para mí! O es un predicador o un ostéopata— se lamentó Elmer para sus adentros.

—Me parece que es usted el Dr. Gantry.

—En efecto. Y yo, ¿con quien tengo el gusto de hablar?

—Soy el obispo Toomis del distrito de Zenith de la iglesia metodista. Tuve el gran placer de escuchar una de sus conferencias la otra noche, Dr. Gantry.

Élmer no podía disimular su agitación.

¡El obispo Wesley R. Toomis! Durante muchos años había oído hablar del obispo como uno de los más eminentes oradores sagrados, a la vez que un pensador profundo, y uno de los jefes de más relieve de la iglesia Metodista del Norte. En Ocean Grove había dirigido la palabra a diez mil personas, había hablado en la iglesia de Yale y había tenido extraordinario éxito en Londres. Elmer se levantó y con un apretón de manos dejó triturada la mano del obispo, dijo radiante de alegría:

—¡Que gran honor, saludarle, señor Obispo!

—¡De modo que vino usted a escucharme! ¡Cuanto siento no haberlo sabido! Le hubiera rogado que viniera a sentarse en el estrado.

El Obispo Toomis se había levantado también; obligó a Elmer a sentarse otra vez, se irguió como un pequeño halcón y dijo con su voz musical:

—¡No, no de ninguna manera! Yo fui como un humilde espectador. Me atrevo a decir que tengo, a causa de mi mucha edad, más experiencia de la vida y de la doctrina cristiana que usted, y no puedo asegurar que coincida del todo con usted; pero al mismo tiempo tuvo usted grandes aciertos al referirse a la necesidad de que los ricos cooperaran a la labor del mundo trabajador, tal como existe hoy. Me agradó lo que usted dijo sobre el valor de la concentración en el silencio, y la importancia, no menor, de esos momentos felices en que se reza en alta voz. Sí, sí. Yo creo firmemente que debíamos añadir a nuestra práctica metodista algo de las Grandes Verdades sobre las Fuerzas divinas Interiores que poseemos todos inconscientemente, como el Nuevo Pensamiento, nos lo ha revelado, y, por cierto no debíamos limitar la iglesia a los dogmas recibidos sino que debíamos procurar que aumenten. Se comprenden muy bien que las oraciones y el recogimiento realmente fervoroso tengan un efecto material, tanto para la salud física como para el bienestar financiero. Sí, sí. Me interesó lo que usted dijo sobre esto. Da la casualidad que tengo que ir esta misma tarde a un «lunch» que da la Cámara de Comercio y voy a hablar sobre este mismo tema. Si tiene usted tiempo, tendría mucho gusto en que...

Salieron juntos, Elmer y el Obispo Toomis. Elmer añadió a las observaciones del Obispo algunas ideas nuevas e hizo los cumplidos más expresivos sobre las dotes oratorias de los Obispos en general, y del Obispo Wesley R. Toomis en particular. En el «lunch» todo el mundo lo pasó muy bien, con excepción, acaso de los miembros de la Cámara de Comercio, y terminado el acto, Elmer y el Obispo se marcharon juntos.

—¡Me siento halagado de que usted sepa tanto de mí! Yo no soy, después de todo,

nada mas que un humilde servidor de la Iglesia Metodista, es decir del Señor, y no me hubiera imaginado que aparte de alguna reputación local, me conociesen hasta en las esferas del Nuevo Pensamiento— dijo el Obispo.

—¡Oh, yo no pertenezco a la secta del Pensamiento Nuevo. Estoy actualmente dirigiendo estos cursos, que no son realmente mas que una especie de experimento psicológico. Soy predicador baptista, ordenado, y en el Seminario nos eran presentados los sermones de usted como modelos.

—¡Oh! Es usted demasiado amable, Doctor!

—¡De ninguna manera! A mi me atrajeron tanto que, a pesar de mi gran reverencia por la Iglesia baptista, sentí que había más grandeza y vigor en la Iglesia metodista, y, algunas veces, he pensado solicitar a algún jefe metodista como usted mi ingreso en su comunidad.

—¿De veras? ¿De veras? Usted nos podría ser muy útil. ¿Podría usted ir mañana por la noche a cenar a mi casa, a compartir mi humilde mesa?

—¡Será un gran honor para mi, señor Obispo!

Solo, en su cuarto, exclamó Elmer triunfante:

—¡Esto vale la pena! Estoy cansado de hacer este juego solitario. Entro en una verdadera organización grande como la de los metodistas, aunque tenga que empezar desde abajo; pero se sube pronto y puedo llegar a ser Obispo en diez años. Los metodistas tienen mucho dinero, y grandes iglesias y muchos fieles y otras cosas que me puede ayudar a subir. ¡Lo haré! ¡Oh, Señor, tú me has guiado! De verdad lo digo. ¡Ya no quiero líos! Desde ahora, verdadera religión. ¡Bravo! ¡Tenga cuidado, Obispo con mi pico de oro!

II

El Palacio episcopal. Al final de un salón sombrío y espacioso, un gabinete con arcos abovedados y trazados de abanico, resto de la iglesia cartuja. Una dolorosa crucifixión por un discípulo del Greco, con el cielo amenazador y tempestuoso, tras la enjuta figura del Dios moribundo. Ventanas con cruceros en los que lucían todavía los semblantes de severos Obispos a caballo convertidos hace mucho tiempo en innoble polvo. La mesa del refectorio de roble antiguo, muy larga rodeada de sillas manacales.

Y la librería, a ambos lados de la alta chimenea, en la que resaltaban la austera sabiduría de los libros encuadernados en piel, tan muerta ya como los Obispos.

Que el lector no olvide esta estampa, que hace un bello contraste con la residencia del Reverendo Dr. Wesley R. Toomis, Obispo del distrito de Zenith de los metodistas.

El domicilio del Obispo Toomis estaba en el barrio de Zenith llamado Devon Woods, cerca de la confluencia de los ríos Chalossa y Applesed, cuyo desarrollo (que se iniciaba en 1913, cuando Elmer Gantry lo vio por primera vez) fue muy favorecido por la vecindad de los mejores cirujanos, abogados, agentes de compra-venta de fincas y comerciantes de ferretería al por mayor. Era una casa, moderna, baja y ancha, en su mayor parte de ladrillo, rematado con baldosín imitado en varios colores, en las cornisas triangulares de las fachadas; y una galería cubierta en la que había algunas mecedoras, muy frecuentada por la persona episcopal pero muy democrática del Dr. Toomis.

La sala de estar tenía una librería de vidrio emplomado incrustada en la pared, y de la misma suerte asientos cubiertos con cojines oscuros y un gran aparato de luz con cristales esmerilados, de color rubí, esmeralda y agua marina. Había muchas sillas de todas clases, sillones, sillas moriscas, estrechas sillas de madera con respaldos labrados y una

gran cantidad de mesas; de modo que el paso por la habitación era complicadísimo. Pero lo más saliente de la sala eran la chimenea, los libros y las curiosidades extranjeras.

La chimenea era una cosa ingeniosa. Su base se componía de ásperos bloques de piedra verde. Entre las grandes calderas había piedrecitas de color de rosa, pardo y de tierra, que el bueno del Obispo había coleccionado en sus viajes por el mundo entero. Esta piedrecita solía decir el Obispo, al enseñarle a cualquiera la habitación era de la ribera del Jordán; aquélla un fragmento de la gran muralla de la China, y aquella otra la había cogido de un jardín de Florencia. Estas no eran, de ninguna manera, todas las atracciones de la chimenea. La repisa era de cedro del Líbano, ligado con planchas de cobre de un barco naufragado en el mar Negro, en 1902; el Obispo en persona había comprado el cobre en Rusia, en 1904. Los caballetes estaban hechos de rejas de arado que había utilizado el Obispo cuando no era mas que un inculto muchacho del campo, que vivía muy lejos aun de su futura gloria, en los campos de trigo de Illinois. El atizador era, según él, un verdadero arpón de ballenas, adquirido baratísimo en Nantucket. Su rudo mango estaba decorado con un lazo rosa. Esto no era obra del Obispo sino de su señora. El según, decía, prefería la franca, cruda y heroica apariencia de la madera desnuda, pero la Sra. de Toomis sentía que necesitaba un detalle, una nota mas alegre...

Colocada sobre la maravillosa chimenea había una placa de mármol pulimentado en la cual estaba grabado con artísticas letras doradas «La virtud del hogar es la paz; la gloria del hogar es el respeto».

Los libros, según decía el Obispo, merecían ser hojeados. Había desde luego, la *Disciplina Metodista* y el *Cantoral Metodista*, ambos libros lujosamente encuadernados en blanda piel de becerro de color azul y con lazos de cuero. Había una colección imponente de Biblias, con una muy antigua del año 1740 y otra ilustrada con dibujos de Hoffmann y ciento sesenta escenas bíblicas; además tenía las obras necesarias para los estudios de un Obispo, los sermones de Moody, la «Vida de Cristo» de Farrar, «Flores y Bestias en el País Sagrado» y «En sus Pisadas» por Carlos Sheldon. Los libros de uso ordinario los tenía en su cuarto de trabajo.

Pero el Obispo era un hombre de mundo, y sus libros probaban bastante bien su gusto. Tenía colecciones completas de Dickens y Walter Scott; las obras de Tennyson, editada en color rojo, encuadernadas en cuero de becerro pulido, con los cantos dorados; muchas de las mejores obras de Macaulay y Ruskin, y para horas más ligeras novelas de Mrs. Humphry Ward, de Winston Churchill y “*Elisabeth of the German Garden*”. Donde realmente se desbordaba era en libros de viajes y sobre la naturaleza. Estos géneros estaban representados nada menos que por cincuenta volúmenes con títulos como los siguientes: “Cómo se deben de estudiar los pájaros”, “A través de Madagascar con tiendas y máquinas fotográficas”, “Mi verano en las montañas Rocosas”, “Mi misión en el Corazón del África”, “Meditaciones sobre el Pensamiento” y “Londres desde un autobús”.

Tampoco había el Obispo descuidado la historia y la economía. Poseía la «Historia completa del mundo con ilustraciones» del Reverendo Dr. Hocket, en once bonitos tomos, y un ejemplar de segunda mano de las obras de Hadley: «Economía» y «La solución del Capitalismo por el trabajo y el amor fraternal».

No eran ni la chimenea ni la librería, sino los recuerdos de los viajes al extranjero, los que daban a la residencia cierto brillo (en comparación con las demás casas de Davón Woods. Al Obispo y a su señora les gustaban los viajes. Él, había hecho un viaje de inspección de seis meses por las misiones del Japón, Corea, China, La India, Borneo, Java y las Islas Filipinas, el cual proporcionó al Obispo amplios conocimientos sobre los

gobiernos, las religiones, la psicología, el comercio y los hoteles de todo el Oriente. Pero, aparte de esto, había ido a Europa durante seis veranos y estaba habituado a los cruceros de lujo. Una vez había pasado tres semanas enteras ocupado solamente en ver Londres, haciendo excursiones a Oxford, Canterbury y Stratford; otra vez había hecho un viaje de cuatro días por el Tirol y hasta había conocido en uno de sus viajes al cruzar el canal de la Mancha, a un caballero que, según dijo el camarero, era un Lord.

El salón estaba saturado de recuerdos. No había realmente demasiados objetos artísticos, el obispo solía decir que no le interesaban los muebles extranjeros. porque los mejores del mundo se hacían en su tierra. Pero las fotografías eran otra cosa. El matrimonio Toomis era aficionado a la fotografía, y se habían traído reproducciones del mundo entero.

Allí estaba el Templo del Cielo, de Pekín, con el Obispo en pie delante. Allí estaba la Gran Pirámide, con la señora de Toomis delante. Allí se hallaba la catedral de Milán, con los dos delante; esta foto la había hecho un guía italiano muy cortes que aseguró al Obispo que le parecía bien la ley seca.

III

En esta habitación entró Elmer Gantry, con extremadas muestras de cortesía. Se inclinó, como si la fuera a besar, sobre la mano de la señora Toomis, que era una mujer alta con gafas, Modesta e inteligente, y murmuró:

—¡Si usted supiera el honor que para mi representa...!

Ella se ruborizó ligeramente y miró al Obispo como dándole a entender:

—Parece un buen muchacho.

Estrechó con reverencia la mano del Obispo y exclamó:

—¡Que buenos son ustedes al invitar a su casa a un caminante sin hogar!

—Tonterías, Hermano, tonterías! ¡Es un placer para mi el que considere como suya esta casa! Antes de que se sirva la cena le gustaría a usted quizá echar un vistazo a alguno de estos libros y cuadros y a las cosas que mi esposa y yo hemos encontrado en los muchos viajes que hemos hecho por el mundo. Quizá le interese a usted esto. Esta es una fotografía del Parlamento o como también lo llaman Palacio de Westminster, en Londres, Inglaterra, y que corresponde a nuestro Capitolio de Washington.

—¡Vaya, vaya! Es curioso.

—Y aquí hay otra fotografía que puede tener algún interés. Es una escena que se obtiene muy pocas veces y la consideré tan interesante que la mandé a la Revista Geográfica Nacional. No la llegaron a publicar porque tenían demasiado material, según me escribió uno de los editores— la carta la tengo todavía— pero él coincidió conmigo en que era una foto extraordinaria e interesante. Es la fachada principal del Sagrado Corazón, la famosa iglesia de París en la colina de Montmartre. Si la examina usted detenidamente, verá por su curiosa luz que está tomada un momento antes de la salida del sol. ¡Y a pesar de esto, verá usted que maravillosamente ha salido! La señora que está a la derecha es mi esposa. ¡Si, señor! ¡Un verdadero saludo de París!

—¡Es verdad, es muy interesante! ¡París!

—¡Pero, Dr. Gantry, qué ciudad más pervertida! No hablo de los vicios franceses mismos — ¡allá ellos se las arreglen con su conciencia!— Aunque yo soy partidario de una activa y amplia extensión de nuestras misiones protestantes allí, como en todos los demás países europeos que sufren bajo la pesadumbre y la ceguera del Catolicismo. Pero, lo que más me entristece es pensar— y sé lo que digo, porque yo mismo he visto ese lamentable

espectáculo — es el aspecto de distinguidos jóvenes americanos que van allí y no se aprovechan de los sermones en piedra, de la historia que se puede leer en esos edificios históricos, sino que se dejan arrastrar a una Agitada vida de placeres sin freno, de verdadera inmoralidad. ¡Oh! ¡Esto le da a uno que pensar, Dr. Gantry!

—Sí, tiene usted mucha razón. Quería decirle Sr. Obispo, que no soy Dr. Gantry, sino solamente Sr. Gantry. Soy solamente predicador.

—Pero yo he leído en sus circulares...

—¡Oh! Eso es un error del impresor. Ya le he llamado la atención.

—Su franqueza es muy loable.

—No es demasiado fácil para nosotros, pobres y débiles mortales desmentir títulos cuando se nos atribuyen con razón o sin ella. Pero estoy seguro de que solo es cuestión de tiempo el que pueda usted obtener el honor de un título de Doctor en teología— aunque sea inmodesto al referirme a un título que yo mismo poseo—. Si, un hombre que combina la energía con la elocuencia, que tiene buena presencia y escogido vocabulario y es tan culto como usted, solo tiene que esperar para...

—¡Wesley, la cena esta servida!

—¡Oh, muy bien, querida mía! Las señoras, Dr. Gantry... Sr. Gantry... como usted habrá ya observado, parecen tener la extraña idea de que un hogar tiene que ser regido rutinariamente, y no vacilan en interrumpir una conversación sobre temas elevados para mandarnos que vayamos a comer, cuando a ellas les parece que es la hora... Yo al menos por esta vez me apresuro a obedecer y... Después de la cena hay todavía otras fotografías que acaso le interesen, y me gustaría que echase usted un vistazo a mis libros. Sé que un pobre Obispo no tiene derecho a complacerse en la posesión de cosas materiales, pero me confieso culpable de un vicio: mi desordenado afán de poseer buenas obras literarias... ¡Si, querida, vamos en seguida! ¡«Toujours la femme», Sr. Gantry! ¡Siempre las señoras! ¿Está usted por casualidad, casado?

—Todavía no, señor.

—¡Vaya, vaya! Pues debía usted de preocuparse de esto. Le debo decir que hay en nuestra profesión siempre — aunque, a veces, es, desde luego, injusto— un afán de criticar al pastor que no está casado, que le perjudica seriamente. ¡Si querida!; Ya vamos!

El pan estaba envuelto en las servilletas en forma de cornucopias y la cena empezó con un cocktail de frutas, naranja y piña en conserva.

—Bien veo— dijo Élmer con una inclinación cortes hacia la Sra. de Toomis— que estoy entre la alta sociedad, porque empezamos con un cocktail. Yo siempre necesito mi cocktail antes de las comidas.

Esto les agradó enormemente. El Obispo, de la alegría se atragantó.

IV

Elmer se las arregló durante la cena para contarles que no sólo era un teólogo de seminario, y que había estudiado con provecho psicología, ocultismo oriental y los métodos de ganar millones sinó, que también había sido el secretario general de la famosa evangelista Sharon Falconer.

No se sabe si el Obispo pensaba: «Me gusta este hombre; es una persona con porvenir, me será útil». Pero escuchó con atención a Elmer y le trató con amabilidad. Concluida la cena, después de enseñarle durante una hora la librería y los recuerdos de sus innumerables viajes, le llevó a su despacho, lejos de la Sra. Toomis que les había estado

interrumpiendo a cada momento, con sus propios recuerdos, «del roast-beef» del restaurante Simpson; de los precios de las casas en la plaza Bloomsbury; de las comidas en los coches restaurantes franceses; de la rapidez de los taxis franceses, y de la vista desde la torre Eiffel de la puesta del sol.

Él despacho estaba menos cargado que el salón. Había allí un escritorio, un fonógrafo para dictar, un fichero con los nombres de posibles contribuyentes a las colectas, un clasificador de acero y la máquina, de escribir del Obispo. Los libros eran estrictamente prácticos: «La Concordancia de Cruden», el «Diccionario de la Biblia» de Smith; un atlas de Palestina y los tres volúmenes publicados con sermones del Obispo. Repasando cualquiera de estos durante diez minutos, tenía un discurso preparado para cualquier ocasión.

El Obispo se dejó caer en su sillón giratorio de despacho, de roble dorado, y señalando a su máquina de escribir suspiró:

—Ésta horrible habitación le da a usted una idea de cómo estoy ocupado con asuntos de orden material. Lo que a mi me gustaría es sentarme tranquilamente al lado de mi querida máquina y producir alguna obra de belleza pura, que durase para siempre, mientras que los asuntos que hoy nos interesan más no tardarán en olvidarse. Desde luego, se publican artículos míos en el «Advocate» y todos mis sermones han sido editados.

Miró con ojos penetrantes a Elmer.

—Sí, desde luego, señor Obispo. Los he leído.

Es usted muy amable. Pero lo que he ansiado durante todos estos años es poder hacer labor literaria profana. Siempre he creído quizá equivocadamente, que yo tenía talento.; Deseaba escribir un libro, una novela! Tengo un proyecto verdaderamente interesante. Vea usted. Un muchacho del campo, criado en un ambiente de verdadera necesidad, con muy poca oportunidad para educarse, lucha bravamente por adquirir clase de conocimientos, pero, allí en los verdes campos, en esas praderas de Dios, rodeado de árboles colmados de hojas y, encima de él, por las noches, las estrellas; respirando el dulce aire fresco de los pastos, crece hasta llegar a ser un joven, puro y respetuoso; y cuando va a la ciudad... Yo había pensado de hacerle entrar en el ministerio sagrado, pero no quisiera hacer mi autobiografía, y por esto voy a hacerle comerciante; imaginaré que se dedica a una de las ramas más importantes de los negocios: a la banca por ejemplo. Pues bien, luego conoce a la hija del jefe, una joven encantadora, pero atraída por las diversiones y tentaciones de la ciudad. En este punto quiero demostrar como bajo el influjo de él, abandona ella los caminos que llevan hacia la perdición, y qué efectos más espléndidos causa no sólo en ella sino también en otros que están en el negocio. Sí; quisiera hacer esto, pero... Estando los dos aquí solos, me parece así que me gustaría fumar... ¿Fuma usted?

—¡No, gracias a Dios, señor Obispo! Puedo decir honradamente que durante años no he probado ni la nicotina ni el alcohol.

—¡Alabado sea Dios!

—Cuando yo era mas joven, siendo un buen mozo, como se suele decir, caí de vez en cuando en la tentación, pero la influencia del alma de una santa, de una verdadera monja, en sentido estrictamente protestante, desde luego, me curó de todos los malos deseos.

—Me alegro saberlo, Hermano, me alegro de veras! Ahora bien, Gantry, el otro día me dijo usted algo de que pensaba unirse a nuestra comunión metodista. ¿Lo ha pensado usted seriamente?

—Muy en serio.

—Me gustaría. Quiero decir... Desde luego ni usted ni yo somos necesarios para el progreso de la gran Iglesia metodista, que cada día más, está destinada a instruir y guiar nuestra querida patria. Pero yo quiero decir... Cuando yo encuentro a un joven tan noble como usted, me gusta pensar en cuanta satisfacción espiritual tendría en esta institución. El trabajo que está usted haciendo ahora es interesante para muchos jóvenes, pero su eficacia es nula, porque no tiene continuidad. Cuando usted se marche, mucho de lo bueno que ha hecho se borrará: No hay nada como la iglesia viviente para llevar a cabo una labor. Usted debía pertenecer a una de las grandes instituciones y de estas creo yo, con todo respeto para los baptistas, que la Iglesia metodista es en cierto modo la más ejemplar. Tiene una espiritualidad amplia y democrática, y a la vez poderosa influencia, fuerza efectiva. Es la verdadera Iglesia del pueblo.

—Sí, me parece que tiene usted razón, señor Obispo. Desde que hablé con usted he estado pensando... ¿Si la Iglesia metodista me quisiera aceptar, que tendría yo que hacer? ¿Habría muchas formalidades que cumplir?

—Sería una cosa muy sencilla. Como usted ya está ordenado, puedo recomendarle a la Asamblea del Distrito, que se reúne en Sparta el mes que viene, para que le admitan como miembro en la conferencia anual. Estoy seguro de que en la Asamblea anual, cuando se reúna en la primavera del año que viene, poco menos de un año a partir de ahora, podrá conseguir que le acepten, ya que tiene usted los certificados de Terwillinger y Mizpah. Hasta entonces le acepto como predicador a prueba. Tengo precisamente ahora una iglesia en Banjo Crossing, que necesita un jefe con las cualidades de usted. Banjo tiene solo novecientas almas, pero usted comprenderá que es preciso empezar por el principio. Los Hermanos protestarían con razón si yo le diese a usted un puesto de primera categoría al comienzo. Pero estoy seguro de que le puedo ayudar a que ascienda con rapidez. Si; le necesitamos en nuestra iglesia. ¡Grande es el trabajo que espera a las manos consagradas! Y me apuesto cualquier cosa a que voy a vivir lo suficiente para verle a usted también de Obispo.

V

De vuelta en su hotel, Elmer se puso a cavilar malhumorado. No se avenía a la idea de caer en un poblado de novecientos habitantes, con un sueldo que seguramente no pasaría de mil cien dólares al año, después de haber estado al lado de Sharon Falconer y haber dirigido la palabra a grandes multitudes; después de las fiestas y los trajes elegantes, y después de haber sido el «Dr. Gantry» para las esposas de los bolsistas que acudían a sus conferencias en los salones de baile de los hoteles.

Pero tampoco le era posible seguir así. Nunca llegaría a conseguir grandes éxitos con el negocio del Nuevo Pensamiento. Reconoció que carecía de talento creador para tal empresa. Nunca podría alcanzar la originalidad de la señora Riddle en su oráculo humorístico: «No le preocupe a usted asustar a la gente, porque la mayoría de las personas están trastornadas y usted seguramente las volvería a sus cabales».

Afortunadamente, excepto en algunas iglesias elegantes, no era necesario decir nada original para tener éxito entre los baptistas o metodistas.

Elmer sería feliz en una parroquia fija. Era su profesión. Lo mismo que un actor disfruta con la pintura y con las tablas y bastidores, así gozaba Elmer con las cosas relacionadas con su ministerio: los himnarios, los servicios de comunión, los ensayos del coro, el cuidado de la Conferencia de señoras, las entradas en el pulpito, los misterios de la

antecámara, tan desconocida y fascinadora para el auditorio, y su aparición ante los fieles que le estaban esperando.

¡Y su madre...! Hacía dos años que no la había visto; pero refrenó sus impulsos de correr a consolarla; sabía que estaba aturdida ante su arlequinada del Nuevo Pensamiento.

Pero... ¡novecientos habitantes!

Durante quince días se mantuvo firme y pidió al Obispo Toomis que le destinase a una parroquia mayor, presentándole una porción de recortes de periódicos en los que se hacían elogios de su elocuencia al reseñar las conferencias que dio en compañía de Sharon.

Sus conferencias de Zenith terminaron y Elmer no vio ante sí más que oportunidades puramente especulativas.

El Obispo Toomis se lamentó de sus negativas.

—Me contraría mucho, Hermano, que piense usted más en el tamaño de su rebaño que en las grandes, inmensas oportunidades que se le ofrecen para el porvenir.

Elmer simuló rubor y puso la cara mas inocente y juvenil que pudo.

—¡Oh, no! Señor Obispo, no me ha entendido usted bien. Yo pretendía solamente emplear mis conocimientos donde fuesen de más utilidad; pero estoy dispuesto a que usted me guíe.

Dos meses más tarde Élmer estaba en el tren para Banjo Crossing, con el nombramiento de pastor de la Iglesia metodista de aquel pueblo simpático, que vivía a la sombra de los sicomoros.

CAPITULO

XIX

I

UN jueves en el mes de junio de 1913.

El tren pasaba por huertas y campos de trigo. Llevaba dos viejos coches de viajeros y un furgón. La velocidad y la comodidad no se habían todavía inventado en esta línea secundaria, el tren tardó cinco horas en hacer un recorrido de ciento veinte millas desde Zenith a Banjo Crossing.

El Reverendo Elmer Gantry estaba en estado de gracia. Había resuelto que desde allí en adelante sería puro, humilde y humanitario, y por esto fue benévolo con todos sus compañeros de viaje. Estaba prohiendo al mundo.

Pero no tenía interés en descubrir su condición de eclesiástico, de «hombre bueno» profesional. Llevaba un modesto traje gris y una sencilla corbata marrón. No sólo como sacerdote, sino como ciudadano,— pensó— tenía la obligación de hacer la vida más agradable y alegre para sus compañeros de viaje.

El viejo revisor conocía a la mayor parte de los viajeros por sus nombres de pila, y ellos le llamaban «Tío Ben»; pero no le gustaban los forasteros en este tren familiar. Cuando Elmer le saludó gritando: «Buen día, Hermano», le miró el «Tío Ben» como si quisiera decir: «¡Pues no es mía la culpa!» Pero Elmer continuó con sus amables inoportunities hasta que el viejo mandó al guardafrenos a que recogiera los billetes durante el resto del viaje.

Cuando un viajante le pidió una cerilla, Elmer gritó:

—¡Yo no fumo, Hermano, y creo que Jorge Washington tampoco fumaba!

Sus amabilidades fueron recibidas con tan poca gratitud que se cansó casi de hacer buenas obras; pero cuando bajó a una vieja el baúl del tren, se lo agradeció ella con la cortesía respetuosa que él se merecía. Esto le reanimó y se sintió inclinado a dar golpecitos cariñosos a los niños en la cabeza, provocando el terror de los chiquillos, y a explicar la rotación de los cultivos a un anciano que había sido agricultor durante cuarenta y siete años.

De todas maneras, satisfizo sus anhelos de amar a la humanidad; luego estiró las piernas, se hizo el dormido para que nadie pudiera sentarse a su lado, y sintió el placer de haber comenzado de nuevo una vida de santidad y autoridad.

Contempló satisfecho los campos cultivados. Rusticidad y sencillez; los sencillos y honrados feligreses de su iglesia iban a profesarle un cariño que no podía esperarse de los tenedores de libros, que acudían a sus «clases de Prosperidad». Se imaginó el recibimiento alegre y sincero que le iban a hacer en Banjo Crossing. Sabía que el superintendente de distrito (una especie de administrador episcopal en la iglesia de los metodistas que se llamaba antiguamente «Presidente del Consejo de Ancianos») había avisado por escrito la hora de su llegada al señor Nathaniel Benham, de Banjo Crossing, y sabía que el Sr. Benham, el mayordomo de la parroquia, era el comerciante más importante del valle de Banjo. Si; estrecharía la mano de todos los fieles de su rebaño, en la estación, hasta la de los más humildes; les miraría en sus claros y confiados ojos, y se regocijaría de ser su pastor, guiándoles y elevando su espíritu durante un año por lo menos.

Banjo Crossing le pareció muy pequeño cuando el tren entró en el andén. Vio cobertizos con pilas de lavar y sillas rotas. Las aceras eran de madera.

Elmer descendió pontificalmente en la estación de madera. Buscó el recibimiento y la santa alegría, pero no vio a nadie, y la única alegría visible era la que se notaba en la cara mofletuda del factor de la estación, al mirar a un señorito que por presumir preguntaba por el autobús.

—¡Eh, eh! ¡Aquí no hay autobús! — decía el factor burlonamente. ¡Me parece que tendrá usted que llevar a hombros sus maletas al hotel!

—¿Dónde está el Sr. Benham, el Sr. Nathaniel Benham?— preguntó Elmer.

—¿Él viejo Nat? No lo he visto hoy. Me parece que lo encontrará usted en la tienda donde, como de costumbre estará al cuidado. para no rebajar nada a algún campesino en su compra de huevos. ¿Es usted viajante?

—Soy el nuevo pastor metodista.

—¡Vaya, vaya! ¡Tanto gusto en conocerle! No me hubiera imaginado que era usted pastor! ¡Parece usted demasiado bien alimentado! Tendrá su hospedaje en casa de la Sra. de Pete Clark— la viuda de Clark—. Deje usted sus maletas aquí; le diré a mi chico que las lleve. ¡Bien, Hermano, buena suerte! Espero que no tenga muchas dificultades con su iglesia. El último las tenía, pero era una especie de chiflado, y lo que queremos son gentes sencillas.

—¡Oh, yo soy muy sencillo, y estoy muy satisfecho de poder estar entre ustedes, después de haber vivido en las grandes ciudades!— fue el amable saludo de Elmer—.

Pero cuando se puso en camino se dijo: ¡Maldito lo que estoy satisfecho! Completamente deprimido ya se figuró que el establecimiento el Hermano Benham sería una tienducha sucia y mugrienta, pero llegó frente a un edificio de ladrillo de dos pisos con vidrieras; en la calle había media docena de camiones de los que vendía el Sr. Banham a los agricultores que vivían en la región del valle de Banjo. Elmer pasó respetuosamente a través de salas espaciosas donde lucían mostradores colocados como si fueran pequeños almacenes y encontró al Sr. Benham dictando cartas.

Si el Sr. Nathaniel Benham tenía talento comercial no lo denotaba su aspecto. Tenía una barba como una esponja de baño y su voz tenía un sonido verdaderamente desagradable.

—¿Usted dirá— graznó.

—Soy el Reverendo Gantry, el nuevo pastor.

Benham se levantó no demasiado de prisa y le apretó la mano secamente.

—¡Ha, sí! El presidente de la Junta nos dijo que venía usted hoy. Me alegro que haya venido, Hermano, y espero que las bendiciones de Dios acompañen su labor. Usted va a vivir en casa de la viuda de Clark; cualquiera le enseñará donde está.

Por lo visto no tenía más que decir.

Con un poco de acritud, preguntó Élmer:

—Me gustaría ver la iglesia. ¿Tiene usted una llave?

—Pues, no sé. Puede que el hermano Jones tenga una.

Tiene un taller de carpintería aquí cerca en la Frant Street. No, me parece que tampoco la tiene. Hemos encargado a un joven casi un chiquillo se puede decir, para que haga de sacristán, y puede que él tenga una llave; pero como está de vacaciones, estará seguramente de pesca. Pero puede usted preguntar al Hermano Fritscker, el zapatero: quizá él tenga una llave. ¿Está usted casado?

—No...

—He estado ocupado en una labor evangélica, así que no he disfrutado de los consuelos y las alegrías de la vida matrimonial.

—¿Dónde ha nacido?

—En Kansas.

—¿De familia cristiana?

—¡Desde luego! Mi madre era, y lo es, una verdadera santa.

—¿Fuma usted o bebe?

—¡De ninguna manera!

—¿Se ocupa usted de esas necedades de alta crítica?

—¡Oh, no señor!

—¿Le gusta a usted la caza?

—¿A mí? Si... Algo.

—¡Está bien! Me alegro de verle entre nosotros, Hermano. Mi esposa y yo le esperamos a cenar esta noche, a las seis y media. ¡Hasta luego!

La sonrisa de Banham, su apretón de manos, eran bastantes cordiales; pero le despidió definitivamente y Elmer salió furioso y desesperado. ¡A esto había llegado, a la condescendencia de un rústico tendero, después de los grandes éxitos con Sharon!

Cuando iba a la casa de la viuda de Clark, que le enseñó un vecino del pueblo, odiaba la miserable aldea con sus gallineros en los patios, sus praderas desoladas, los viejos cochecillos que paseaban dando tumbos, las mujeres con los grandes delantales y los brazos desnudos y mojados... (mujeres que al verlas le quitaron el gusto para las aventuras amorosas), y los palurdos laboriosos con sus ojos muertos, sus bocas colgantes y sus risas estúpidas.

¡Tan bajo había caído! ¡Y a los treinta y dos arios! ¡Qué fracaso!

Mientras estaba esperando en el umbral de la casa cuadrada, blanca y sin carácter, le vino el deseo de volverse a la estación y tomar el primer tren... adonde fuera. ¡Deseaba volver a coger los instrumentos de agricultura o reanudar la vida monótona pero independiente del viajante! En aquel momento una alegre muchacha, con el pelo ondulado,

de unos catorce a quince años, abrió la puerta de tela metálica y exclamó:

—¡Oh, el Reverendo Gantry! ¡Vaya, y le hice esperar! ¡Cómo lo siento! Mamá siente mucho no poder estar aquí para saludarle, porque ha tenido que salir a casa de la prima Etta... La prima Etta se ha torcido un pie. ¡Oh, haga el favor de pasar! ¡Vaya, yo no creía que íbamos a tener un pastor joven esta vez!

Estaba encantadora en su inocencia.

Según una moda provinciana, hoy decaída, el cuadrado vestíbulo estaba pomposamente adornado con cromos de la guerra civil.

Elmer siguió a la chiquilla— que se llamaba Jane Clark— a la habitación que se le destinaba. Al marchar delante de él dejaba ver algo de sus pantorrillas encima de sus zapatos ordinarios, y Elmer experimentó una sensación que le era muy familiar, más rápida que el pensamiento, más complicada que la estrategia de toda una guerra, y la cual denotaba que ante sí estaba una chica a la que se proponía seducir. Pero, en seguida, casi en serio, con su deseo de paz y de virtud, se rogó a sí mismo: «¡No! ¡No lo hagas! ¡Ya no más! ¡Deja a la chiquilla en paz! ¡Sé decente, por favor! ¡Dios mío, dame decencia y bondad!

La lucha estaba terminada al medio minuto de subir la escalera y podía darle la mano con indiferencia y decir con tranquilidad:

—Estoy muy contento que haya estado usted aquí para darme la bienvenida, Hermana, y espero que traeré una bendición para la casa.

Se encontraba ahora más a gusto, reconfortado y gozando de mejor temperatura. El cuarto era agradable, con una alfombra encarnada, una estufa de níquel pulido; junto al mirador había un cómodo sillón. En la cama de cuatro columnas había un edredón y una colcha bordada con corderos, conejos y la inscripción: «Dios bendiga nuestro reposo». Elmer pensó:

Esto va muy bien. Parece una especie de hogar, después de los malditos hoteles.

Ya estaba otra vez preparado para conquistar Banjo Crossing, para hacer conquistas para el metodismo; y cuando llegaron sus maletas y su baúl, salió antes de deshacer el equipaje, a inspeccionar su reino.

II

Banjo Crossing no era grande, pero la busca de la llave de la «Primera Iglesia Metodista» fue un melodrama de Scotland Yard.

El Hermano Fritscher, el zapatero la había prestado a la Hermana Anderson de la Asociación de Asistencia Mutua de Señoras, quien la había dejado a la señora de Pryshetski, la encargada de la limpieza, la cual a su vez, se la había dejado a Pussy Byrnes, presidente de la Liga de Epworth, y éste por su parte la había prestado a la Hermana Fritscher, esposa del Hermano Fritscher; de modo que Élmer la encontró en la puerta de al lado de la tienda del zapatero de donde él había salido considerablemente irritado.

Todos ellos, el Hermano Fritscher y la Hermana Fritscher, la Hermana Pryshetsky y la hermana Byrnes, la Hermana Anderson y la mayor parte de la gente a los que preguntó las direcciones de unos y otros durante el camino le hicieron las mismas preguntas:

—¿Es usted el nuevo pastor metodista? ¿Usted no está casado verdad? y ¿Asaba de venir? y dicen que viene usted de la ciudad, ¿estará usted muy contento de haberla dejado, verdad?

No tenía muchas esperanzas de encontrarse con una buena iglesia. No la había visto, porque estaba escondida detrás de la escuela, pero esperaba encontrar un horrendo edificio

oscuro con manchones de madera. Pero se entusiasmó, y se enorgulleció como un digno ciudadano a quien le hubieran elegido alcalde, cuando encontró una iglesia bonita y pequeña, cubierta con tejas grises, coronada con una modesta torre y rodeada de un jardinillo de césped y flores. Entró entusiasmado y fue saludado por el olor a tumba que tienen todas las iglesias vacías.

Él interior era agradable. Había sitio para unos ciento noventa fieles. Los bancos eran de un amarillo claro, demasiado chillón, pero las paredes tenían un color suave de nata y en el presbiterio con un bonito arco blanco encima, había un decoroso púlpito blanco y un modesto coro provisto de cortinas. Continuó su inspección. Había una sala bastante buena para la escuela dominical, un sótano con mesas y una pequeña cocina. Todo era alegre y estaba lleno de vida y promesas.

De vuelta a la nave, vio una ventana votiva en bonitos colores; a través de los vidrios claros de las otras le miraban los arcos amistosamente.

Dio la vuelta por todo el edificio. De repente se vio asaltado por el místico orgullo de la propiedad. ¡Todo aquello era suyo! ¡Sólo suyo! ¡Y qué hermoso era! ¡Qué bellas eran las tejas grises! ¡Qué torrecilla más exquisita! ‘ ¡Qué maravilloso arce! Sí, y ¡qué hermoso paseo asfaltado, qué bonito recipiente nuevo para la ceniza! ¡Qué tablón más bonito para anunciar en él su nombre dentro de poco! ¡Suyo! ¡Y podía hacer con aquello lo que quisiera! ¡Haría cosas bellas, ambiciosas y trascendentales! Una nueva vida había empezado para él, y nunca jamás volvería a tener deseos bajos, ni orgullo, ni concupiscencia...

Volvió a entrar en la Iglesia, se sentó altivamente en cada una de las tres sillas que estaban en el estrado las cuales había creído, siendo niño, que estaban reservadas para las tres personas de la Trinidad. Se levantó. apoyó sus brazos en el púlpito y ante la multitud de fieles (muchos de ellos de pie) exclamó:

—¡Hermanos míos!

Estaba tan excitado, como no lo había estado desde los tiempos de Sharon. Empezaría de nuevo... ya había empezado nuevamente, se dijo. ¡Nunca jamás mentiría, ni engañaría a nadie, ni se jactaría de nada! Por muy triste que fuera aquel pueblo, él le daría vida, le haría su creación, lo elevaría hasta su propia gloria. ¡Lo haría! ¡La vida se abría delante de él limpia, alegre, llena de magníficas promesas para un caballero de Cristo! Algún día sería Obispo, sí; pero eso no sería nada en comparación con la victoria ganada sobre sí mismo y sus bajos instintos.

Se arrodilló y, con los brazos extendidos, suplicó: «Señor, tú que has bajado hacia mi indigna persona para llevarme a tu Reino; tú que me acabas de revelar en este momento las alegrías eternas de la virtud, hazme íntegro y mantenme puro, y ante todo, Señor, hágase tu voluntad. Amén».

Estaba de pie al lado del púlpito con lágrimas en los ojos, sus carnosas mazos agarradas a la gran Biblia de cuero, hasta que esta crujió.

Entonces se abrió la puerta al otro lado de la nave, y, en el sol de junio, vio una aparición en el umbral.

Mas tarde recordó unos versos de sus olvidadas lecturas en el colegio, y que parecían hechos para la joven que le estaba mirando desde la puerta:

Pálida tras del pórtico y el portal Coronada con plácidas hojas, se detiene.

Era más joven que él, pero denotaba una serena madurez, un orgullo lleno de gracia. Era delgada, pero su pecho estaba lleno, presagiando quizá una futura robustez. Su cara era encantadora, su frente ancha, sus ojos confiados, y el pelo castaño y liso. Se había quitado

su sombrero de paja adornado de rosas y lo balanceaba con sus bellas manos... ¡Y Virginal, majestuosa, dulce y bondadosa!

Avanzó plácidamente con la mano extendida, diciendo:

«Usted es el Reverendo Gantry, ¿no es verdad? ¡Estoy orgullosa de ser la primera en darle la bienvenida en la iglesia. Soy Cleo Benham... la que dirige el coro. Quizá haya usted visto a papá... es de la Junta... el que tiene el almacén».

—Sí, Hermana Benham, usted es la primera que me ha dado la bienvenida, y es para mí un gran placer conocerla! Sí; su padre ha sido tan amable que me ha invitado a cenar.

Se dieron ceremoniosamente la mano y se sentaron en un banco de la primera fila, sonriéndose uno al otro. El la anunció que estaba seguro de que «un gran despertar espiritual tendría lugar en Banjo» y ella le habló de lo simpática que era la gente en la congregación, en el pueblo y en toda la región. Y la agitación de su pecho hizo ver, que ella, la hija del potentado del pueblo, se había enamorado de él.

III

Cleo Benham había pasado tres años en el colegio de Señoritas de Sparta, donde se había especializado en piano, órgano, literatura francesa e inglesa cuidadosamente escogida, y en el estudio de la Biblia. De vuelta en Banjo Crossing, se había dedicado a la iglesia con gran fervor. Tocaba el órgano y dirigía los ensayos del coro; tenía a su cargo la sección de los jóvenes en la escuela dominical; decoraba la iglesia por Pascuas, en los funerales y en la cena del día de Todos los Santos.

Tenía veintisiete años, cinco menos que Elmer.

No parecía agraderle mucho charlar en las noches de verano, en los portales. En las raras ocasiones en que pecaba contra la Disciplina y bailaba lo hacía con alguna pesadez. Casta y atrincherada en su corsé, era el tormento de los pecadores jóvenes de Banjo Crossing. Sin embargo era guapa y simpática, y su padre tenía fama de poseer por lo menos setenta y cinco mil dólares. Así que casi todos los solteros de la localidad le habían hecho el amor.

Con mucha amabilidad y cortesía los había mandado uno tras otro a paseo. Según ella, el matrimonio era un sacramento. Quería ser la compañera de algún hombre que hiciera «un bien enorme a la Humanidad». Este «bien» lo identificaba con la medicina o la teología.

Sus amigas le decían:

Con tus conocimientos de la Biblia y de la música y otras cosas, harías una magnífica esposa de un pastor. ¡Sería espléndido! ¡Qué ayuda podrías prestarle!

Pero ningún pastor o médico soltero se había presentado, y había permanecido soltera, mirando con envidia los niños de sus amigas, y dedicándose cada año más apasionadamente a los cantos religiosos y a la angustia de los rezos solitarios.

—Temíamos que el obispo nos enviara algún pastor viejo y gastado. Aquí la gente es muy buena, pero es muy reacia a todo. Necesita que alguien la estimule. Cuánto me alegro de que haya mandado a un hombre joven y atractivo...! ¡Oh! ¡Yo no debía haber dicho esto! Estaba sólo pensando en la iglesia, ¿sabe?

Sus ojos dijeron que no había estado pensando en la iglesia.

Miró a su reloj de pulsera (el primero en Banjo Crossing) y exclamó:

—Si ya son las seis! ¿Quiere usted acompañarme a mi casa en vez de ir a la de la señora de Clark?... Podría arreglarse en casa de papá.

—¡Pa chasco que no!— exclamó Elmer apresurándose a añadir:... como dicen los jóvenes mal hablados. Sí, desde luego tendré mucho gusto en acompañarla a casa.

Bajo los olmos, entre los rosales, a través del polvo dorado por el sol poniente, Elmer acompañó a su majestuosa abadesa.

Comprendió que ella era la clase de mujer que podía ayudarle a ganar su obispado. Por muy virtuosa que fuese— se dijo— no sería quizá muy agradable besarla. Le parecía que hacían «una buena pareja». Era la primera mujer verdaderamente digna de él. Entonces se acordó de Sharon... Pero el recuerdo doloroso duró sólo un momento, en aquella paz de aldea tranquila, y oyendo el dulce acento de la voz de Cleo.

IV

Concluidas las sagradas ocupaciones de su tienda, el señor Nathaniel Benham, olvidaba sus cuentas y se transformaba en un afable anfitrión. Repetía con frecuencia: «Bien, Hermano, bien», y apretaba la mano del invitado. La señora de Benham era una mujer garrida y bastante guapa; llevaba un delantal puesto, porque había estado ayudando en la cocina. La señora de Benham no era menos cordial... «De seguro que tendrá usted hambre»— gritaba.

La tenía, en efecto, porque no había tomado más que un sándwich de jamón y una taza de café en la cantina de la estación.

La casa de Benham era la mejor del pueblo. Estaba hecha de tablas amarillas con bordes blancos; tenía una elevada puerta de tela metálica y una torrecilla; la ventana de la escalera era de vidrio de color y tenía una chimenea, aunque no se usaba nunca. En frente de la casa, para asombro de Elmer, estaba parado uno de los tres automóviles que había ya en 1913 en Banjo Crossing. Era un Buick encarnado con adornos de cobre.

La cena en casa de Benham abundó tanto en pollo asado y discusiones teológicas como la primera cena que el diácono Bains obsequió a Elmer en Schoenheim. Pero aquí había riqueza y por ella sentía Elmer una profunda veneración, además estaba Cleo.

Lulú Bains había sido un bocado tentador; Cleo Benham era de la estirpe de las reinas. Poseerla, se decía Elmer, valdría tanto como la conquista de un imperio... Sin embargo, no se sentía tentado de llevarla a un rincón y besarla, como hizo con Lulú; tenía algo en el porte de sus airosas espaldas que le contuvo.

Después de cenar, sentados en el portal a la grata luz indecisa del crepúsculo, preguntó el Sr. Benham:

—¿Qué cargos ha ocupado usted, Hermano Gantry?

Elmer le hizo saber modestamente lo importante que había sido su labor al lado de la Hermana Falconer; habló de sus estudios en Mizpah, contó bastante de sus éxitos en Schoenheim y no se olvidó de hacer resaltar que había sido subdirector de la Casa Pequot, de maquinaria agrícola.

El Sr. Benham carraspeaba en señal de sorpresa y admiración. La señora de Benham murmuró:

—¡Qué suerte tenemos en tener un predicador tan distinguido entre nosotros!

En tanto Cleo, sentada en un inmenso sillón de mimbre, se inclinaba hacia Elmer, a éste le encantaba su proximidad.

Volvió feliz a su casa, y se sintió ya por completo vecino del pueblo, cuando un desconocido murmuró: «¡Buenas noches, Reverendo!» Durante el camino veía la imagen de Cleo, orgullosa como Atenas, pero al mismo tiempo blanda como Afrodita con su piel

dorada.

Había encontrado su trabajo, su compañía y su porvenir.
La virtud— se dijo Elmer— trae sus frutos.

CAPITULO

XX

I

LE quedaban dos días para preparar su primer sermón, desembalar su baúl, sus maletas y los libros que había comprado en Zenith.

Su equipo no era muy grande. Tenía una levita nueva, flamante, tres excelentes trajes de etiqueta, zapatos de charol, un soberbio hongo y un magnífico sombrero de copa; pero sólo tenía dos pares de calzoncillos en bastante mal estado; sus calcetines eran de seda negra y le salían los dedos por ellos. Para adornar el bolsillo exterior de la chaqueta, tenía pañuelos de seda, pero para el uso no tenía más que unos trapos. Tenía perfumes, brillantina y polvos de talco. Sus gemelos eran de oro macizo. Como chaqueta de casa usaba un abrigo; sus zapatillas no tenían forma alguna, y el reloj que llevaba, con una cadena de oro y platino, era un cacharro de un dólar.

Se había hecho con una biblioteca teológica muy útil. Había comprado, de ocasión, los cincuenta volúmenes de la Biblia Comentada, que era una fuente de sermones preparados, por sólo 13 dólares y setenta y cinco centavos. Tenía los sermones de Spurgeon, Jefferson, Brooks y J. Wilbur Chapman. Prefería dejarse guiar por estos maestros en vez de imponer al mundo sus propias ideas. Poseía un libro muy útil del obispo Aberman, «La verdadera Aparición del Mal», para apartar a los pastores jóvenes de la tentación. Elmer creía que este libro le sería muy útil en su nueva vida.

Tenía también un diccionario de la Biblia, una historia ilustraciones en colores de joyas, banderas, plantas y pájaros acuáticos. Tenía también un diccionario de la Biblia, una historia de las Misiones Protestantes, comentarios sobre los diferentes libros de la Biblia, un compendio de Teología y «El Pastor y su Rebaño», del Dr. Argyle, en el que se daban instrucciones para aumentar los ingresos de la iglesia, dirigir el coro, hacer ejercicios, apaciguar los ánimos de los diáconos y hacer copia en papel cartol del Templo de Salomón para inspirar devoción a los pequeños de la escuela dominical.

Tenía en realidad, una biblioteca suficiente—»La artillería de Dios» en negro y blanco, como decía jocosamente el obispo Toomis— para instruirse detalladamente en la práctica de un Hombre Bueno profesional. Podría, con ayuda de sus libros, preparar sermones altamente instructivos sobre la geografía de Palestina, que servirían para distraer a aquellos de su rebaño que tenían el pecaminoso deseo de leer revistas en día de fiesta. Guiado por sus libros aumentaría el número de miembros de la iglesia, sabría dar buenos consejos a la juventud descarriada y podría aumentar los fondos misionales para que los paganos de Calcuta y Pekín pudieran hacerse iguales al Reverendo Elmer Gantry.

II

Aunque Cleo le llevó a pasear con ella en coche por los alrededores, Elmer dedicó la mayor parte del tiempo, antes del domingo, a repasar su sermón que había utilizado con

frecuencia y éxito en tiempos de Sharon. El texto era de la primera epístola a los Romanos, capítulo I, versículo 16: «Porque no me avergüenzo del Evangelio; porque es potencia de Dios para salud a todo aquel que cree».

Cuando llegó a la iglesia el domingo por la mañana, erguido, grave y magnífico, con una sonrisa acogedora en sus labios, con su levita flamante y una Biblia debajo del brazo, quedó encantado de ver la multitud que entraba en el templo. La calle estaba llena de rústicos carricoches, y hasta había uno o dos Fords. Cuando dio la vuelta hacia la parte trasera de la iglesia y llamó a la puerta le saludaron cordialmente:

¡Buenos días, Hermano! ¡Buenos días, Reverendo!

Cleo le estaba esperando con el coro. La señorita Kloof, la maestra de escuela, la señora de Diebel, esposa del dueño de la ferretería, Ed. Perlkins, el transportista del señor Benham, y Ray Fancett, que hacía la mantequilla en la lechería.

Cleo le estrechó la mano y dijo con voz radiante:

—¡Es maravilloso ver la gente que ha venido esta mañana! Cómo me alegro!

Ambos echaron un vistazo al auditorio a través de la puerta entreabierta y faltó poco para que él la abrazara por la cintura... Hubiera parecido natural, muy agradable y nada incorrecto.

Cuando se dirigió al presbiterio, estaba la iglesia llena y había una docena de fieles de pie. Todos le miraron con admiración. (Más tarde se enteró que el último pastor había tenido dificultades con sus feligreses a causa de su dentadura falsa y de su propensión al llanto.)

Dirigió el coro.

—¡Vamos!— dijo riendo— ¡Tienen ustedes que dar la bienvenida a su nuevo pastor! ¡La mejor manera de hacerlo es esforzando sus pulmones y cantar como si fueran mil! ¡Todos ustedes saben hacer algún ruido! ¡Cuanto más, mejor!

El mismo dio el ejemplo, entonando con su voz de bajo los himnos que siempre le habían gustado: «Me gusta cantar la historia» y «Mi fe mira hacia Ti».

Rezó brevemente... Estaba cansado de rezos en los que el sacerdote se limita a decirle a Dios que Dios es realmente Dios. Aquél era— dijo— su primer día con el nuevo rebaño. Que el Señor le indicara el camino para mostrarles su amor y su deseo de servirles!

Antes de empezar el sermón los miró a todos, Hermano por Hermano. En aquel momento los amaba a todos, eran su regimiento, y él el coronel; los marineros de su barco y él el capitán; sus enfermos y él su buen médico. Empezó despacio, aumentando poco a poco el tono de su voz potente hasta darle un tono de seguridad triunfal.

Voz, firmeza, presencia, maestría, energía, todo lo tenía. Nunca le había gustado tanto su papel. Nunca había conocido tanta sinceridad en su instinto de histrión.

Para la gente madura expuso sólidas doctrinas. Con positivismo consolador, predicó que la expiación era el único factor importante en el mundo. Igualó a los débiles e indigentes con los reyes y millonarios y pidió cuentas a los ricos. Para la gente joven tuvo numerosas anécdotas, y no le pareció mal hacerlas reír.

Al lado de la triste historia del niño que se ahogó por ir a pescar el domingo, les relató la aventura cómica del muchacho que no quería ir a la escuela, «porque está dicho en el salmo veintitrés que el Señor le mandó echarse en la verde pradera y esto era preferible a ir a la escuela!»

Para todos ellos, y particularmente para Cleo, que estaba sentada en el órgano, con las manos cruzadas sobre las rodillas, mirándole con sus ojos claros de expresión leal, remontó el vuelo hacia la poesía.

¡Predicar las verdades del evangelio! ¡Ah, eso no era, como pretendían los malvados, oficio de gentes débiles, quejumbrosas, hipócritas!

Hacían falta hombres fuertes y mujeres decididas. Los misioneros metodistas se habían enfrentado con el feroz león y las fiebres traidoras de la selva virgen, los rigores del Ártico, el ardiente desierto y los campos de batalla. ¿Somos nosotros menos heroicos que ellos? Allí en Banjo Crossing, no había en aquellos instantes nada más interesante ni más urgente que hacer entender a los pecadores ciegos a punto de perecer, la necesidad de arrepentirse.

«¡Arrepentíos! ¡Arrepentíos! ¡Arrepentíos! en nombre de Dios nuestro Señor!»

Su voz potente lo proclamó y los ojos de Cleo se llenaron de santas lágrimas.

Sin duda alguna, era el mejor sermón que se había oído en Banjo Crossing. Así se lo dijeron a Elmer cuando se despidió de ellos en la puerta.

—¡Hemos disfrutado mucho con su sermón, Reverendo!

Y Cleo vino hacia él con ambas manos extendidas. Elmer estuvo a punto de besarla.

III

Las clases de la escuela dominical se celebraban después del servicio matutino. Elmer decidió no ir todos los domingos allí. ¡De ninguna manera! Había que echarse la siesta antes de comer; pero aquella mañana fue y se mostró afable y expansivo. Animó a los pequeños a que dijeran siempre la verdad, obedeciesen a sus padres y escuchasen con respeto a sus profesores, que eran Mittie Lamb, la modista, y Oscar Scholtz, un almacenista de patatas.

Banjo Crossing no conocía todavía los métodos modernos de enseñanza en las dominicales que, diez años más tarde, acabaría por separar en las iglesias grandes a los alumnos por grupos tan cuidadosamente como en las escuelas públicas, organizando cursos prácticos para los profesores. Pero, por lo menos, tenían a los discípulos de menos de diez años separados de los mayores. Cleo estaba encargada de la sección de párvulos.

Elmer la veía ir de grupo en grupo; observó con qué naturalidad y afecto la hablaban los niños.

Haría una excelente esposa y una madre sin tacha. Excelente esposa para un pastor y más excelente aun para un obispo— observó.

IV

Hasta entonces el servicio nocturno en la iglesia metodista de Banjo Crossing no había apenas congregado a unas cuarenta personas. Pero aquella noche había un centenar cuando Elmer, rompiendo con la rutina eclesiástica, inició lo que más tarde iban a ser sus famosas, «Alegres veladas dominicales».

Escogió los himnos más alegres: «Adelante, soldado de Cristo», «Hermosas palabras de la Vida», «Sed la alegría del rincón donde estéis», y el peán triunfante: «¡Cuando suene el llamamiento estaré presente!» En vez de cansarlos con hacerles cantar demasiados versos, les hizo cantar sólo uno de cada himno. Después se levantó exclamando:

—Confío, hermanos míos, en que ninguno se escandalizará ni dirá que esto no es procedente en la iglesia...

Pero deseo reanimar vuestro espíritu... y... ¡que tenga cuidado Satanás! Recordad

que el Señor que ha hecho el sol y las suaves y onduladas colinas es el mismo que ha inspirado estas alegres canciones. Por eso vais a entonar con voz fuerte, «¡Dixie!» ¡Sí, señor! Para los viejos como yo vamos a entonar en seguida un «stanza» de esa maravillosa afirmación de fe, que es el himno titulado: «¡Qué cimientos más sólidos!»

Algunos parecían escandalizados. Pero los jóvenes, chicos y chicas situados prudentemente en el fondo, estaban encantados. Una y otra vez les hizo cantar a coro «Dixie», hasta que la alegría resplandecía en todos los rostros, con excepción de uno o dos reumáticos.

Como texto eligió el mensaje a los Gálatas: «El fruto del Espíritu es el amor, la alegría y la paz».

—No prestéis ni un instante de atención— dijo con tono autoritario— a esos farsantes, a esos traidores que tienen miedo a los rigores de nuestra buena y antigua doctrina metodista, que os cuentan que todo esto no tiene importancia, que los dogmas y la disciplina no significan nada. ¡Así lo dicen! ¡Pero algo significa la justificación! ¡Algo significa el bautismo! ¡Significa algo que los malvados y mundanos se estén pudriendo con el tabaco y el alcohol, que les hace semejantes a los asesinos, mientras que nosotros los metodistas, nos conservamos puros, limpios y sin tacha!

«Pero esta noche, que os saludo por primera vez, Hermanos y Hermanas, no quiero entrar en estos detalles. Iré directamente al fondo de las cosas, cuyos detalles no son más que la aplicación. Y esa cosa fundamental... ¿cuál es? ¿Cuál? ¡Pues Jesucristo y su amor por cada uno de nosotros!

¡El Amor! ¡El Amor! ¡El Amor! ¡Qué hermosa es esta palabra! No el amor carnal, sino la presencia divina. ¿Qué es el amor? ¡Escuchad! Es el arco iris que con el brillo de sus mil colores, ilumina y alegra las negras nubes de la existencia. Es la estrella de la mañana y de la tarde, cuya alegre claridad, en el sublime horizonte, invita a todos los corazones a regocijarse ante las maravillas del firmamento, que es obra de Dios. Alrededor de la cuna del niño que duerme dulcemente bajo la mirada vigilante de una madre amorosa luce el milagro del amor. Y cuando nuestro triste fin se acerca, es el consuelo de los corazones reconfortados con su inmortal presencia y el guardián de la silenciosa tumba. En todas partes resplandece el amor.

¿Qué es el arte?... No hablo de cuadros ordinarios, sino de los ilustres maestros antiguos, con sus grandes lecciones de moral... ¿Cuál es la madre del arte, la inspiración del poeta, del patriota, del filósofo y el gran hombre de negocios o de Estado?... ¿Qué les inspira en sus esfuerzos, sino el amor?

¿No os parece algunas veces percibir como un vientecillo que pasa por los llanos en el alba, como un murmullo venido de un sitio misterioso y lejano, una vaga melodía? Cuando nuestra querida Hermana toca aquí el ofertorio, ¿no os parece algunas veces percibir a lo lejos el ruido de las alas de los querubines? ¿Y qué es la música, la suave, la encantadora música? ¡La música es la voz del amor! ¡Es el mago que hace de pobre gente como nosotros unos verdaderos reyes! ¡Es el perfume de la flor maravillosa, es la fuerza del atleta en la lucha, el atleta vigoroso y estoico en el ardor y el polvo de la arena! ¡Ah, el Amor, el Amor! ¡Sin él somos como las bestias; con él, la tierra es el cielo y nosotros somos dioses!

Sí, esto es el amor... creado por Jesucristo y transmitido a todas las generaciones por su iglesia y particularmente, me parece, por esta vasta, democrática, liberal y fraternal asociación que se llama iglesia metodista... y eso es lo que el amor significa para nosotros.

Me acuerdo de un incidente de mi juventud, cuando estaba todavía en los bancos de

la Universidad. Había un joven en mi clase... no quiero decir su nombre, sino_ sólo que le llamábamos Jim... un joven de agradable aspecto, dotado con todo lo que se podía necesitar para el servicio de Cristo... ¡pero, oh! tan arraigado en el orgullo juvenil de la razón, de la jactancia de la razón, que rehusó humillarse ante la fuente de toda razón y aceptar a Jesucristo como Salvador.

Yo quería mucho a Jim; hasta me había decidido a ser su compañero de dormitorio, en la esperanza de volverle a llevar al buen camino y conducirlo a la salvación. Pero él había leído libros de autores como Ingersoll y Thomas Paine, unos insensatos y orgullosos ¡que creían saber más que el Dios Todopoderoso! Solía leer sus elucubraciones perversas y diabólicas en vez de escuchar a esa corriente tranquila y bienhechora que nos viene de la Santa Biblia; yo argumentaba y me perdía en discusiones con él, y esto demuestra que yo también era joven e insensato! Pero un día estuve inspirado por algo más grande y mejor que los argumentos.

De repente le dije esto, y nada más que esto: «Jim, ¿amas a tu padre? (Su padre era un caballero anciano y cristiano ferviente, uno de esos médicos rurales, cuyo espíritu de heroísmo y de desprendimiento así como su experiencia, son bien conocidos.) ¿Quieres a tu anciano padre?»— le pregunté.

—¡Naturalmente! (Jim adoraba a su padre y mi pregunta pareció herirle.)

«¡Claro que lo quiero!» — dijo—. «Bien, Jim— le dije—, ¿te quiere tu padre a ti?» «¡Claro que me quiere!»— respondió Jim—. «Bien— le contesté—, si tu padre de la tierra te ama, ¡cuánto más debe amarte el del cielo, que es el creador de todo amor! ¡Cuánto debe preocuparse y afligirse por ti!»

Pues bien, esto le venció. Se olvidó de todas las farsas que había estado leyendo. Me miró y le vi una lágrima temblar en el borde de las pupilas, mientras me decía: «Comprendo ahora lo que quieres decir, y te prometo aceptar a Jesucristo como mi Señor y Maestro».

¡Oh, sí! ¡Qué hermosa es la gloria del amor de Dios! ¿No lo sentís vosotros? No quiero decir un amor pasivo, blando y perezoso, de aceptación mecánica, sino una pasión...

V

¡Los había ganado!

Le hizo gracia observar cómo los viejos fanáticos, que se habían picado cuando les hizo cantar «Dixie», se dejaron ganar por el hechizo y capitularon. Su discurso les había llegado al corazón, y los había conquistado a todos.

Al final hubo apretones de manos todavía mas calurosos que por la mañana.

Cleo se quedó atrás, como hipnotizada. Cuando él se dirigió a ella, le dijo con voz suave y los ojos entornados:

—¡Oh, Reverendo Gantry, este es el día más grande para nuestra iglesia.

—¿Le ha gustado lo que dije del amor?

—¡Oh... el amor... sí!

Hablaba como una sonámbula y no pareció notar que él la había cogido suavemente de la mano; salió de la iglesia a su lado, sin decir una palabra, y su éxtasis religioso le conmovió.

VI

La recepción en honor de Elmer tuvo lugar la noche del martes siguiente, en el sótano de la iglesia. Desde las siete y media, en que comenzó, hasta las ocho menos cuarto, tuvo que dar infinitos apretones de manos.

Todos le dijeron que era muy elocuente y muy espiritual. Pudo ver el orgullo de Cleo por el caluroso recibimiento. Esta tuvo ocasión de decirle en voz baja:

—¿Sabe usted que esto es maravilloso? No suelen ser tan simpáticos con los pastores nuevos. ¡Oh, estoy más contenta!

El Hermano Gantry ordenó silencio en el sótano, y la Hermana Kilween entonó: «La Santa Ciudad». Lo hizo bastante mal. El Hermano Benham pronunció un discurso algo vacilante, diciendo que estaban encantados con los sermones del Hermano Gantry. El Hermano Gantry contestó con una larga alocución, diciendo que estaba encantado del Hermano Benham, de todos los Benham, del resto de la Congregación de Banjo Crossing, del condado de Banjo, de los Estados Unidos de América, del obispo Toomis y de la iglesia metodista episcopal (Norte) y de todo lo que pertenecía a ella.

Cleo puso fin a la fiesta ejecutando un solo de piano y nuevamente hubo abundancia de apretones de manos. Por lo visto, la etiqueta ordenaba que cualquiera que llegase cerca del pastor o fuese empujado hacia él en cualquier momento que fuera, debía siempre estrecharle la mano.

VII

Élmer había hecho sus planes para la oración del miércoles por la noche. Se figuraba lo que debía ser la oración en Banjo Crossing. Tararearía algunos himnos, y luego los fieles— media docena de fieles— machacando siempre las mismas palabras, se levantarían a decir con acento monótono: «Le doy gracias al Señor por haberse revelado a mí y haberme mostrado el error de mi conducta, y que los que no han visto su luz y tienen el corazón lleno de pecados, vengan a El esta noche, mientras tengan un soplo de vida». Lo cual nunca ocurría. Luego: «Pido los rezos de la congregación para salvar a mi marido de los pecados, del tabaco y de la bebida».

«Yo no seré— meditaba Elmer— un hombre tan culto como el viejo Toomis, pero me pinto solo inventando trucos de propaganda y todo lo que hace falta para despertar a los fieles y atraer a las masas. ¡Esto vale mucho más que todos esos chismes de profetas y teólogos!»

Empezó sus «números de efecto» a partir del primer oratorio.

—Sé que hay muchos entre vosotros— dijo— que quieren dar testimonio de su fe y por esto voy a proponeros algo nuevo. Vamos a dar testimonio escogiendo himnos que expresen exactamente nuestros sentimientos hacia el Salvador y las ayudas que esperamos de El. Así podemos unirnos alegremente en el testimonio.

Eso tuvo aceptación.

—Es un hombre que vale ese nuevo predicador metodista— dijeron los vecinos la primera semana.

Eran tímidos, toscos y en apariencia indiferentes, pero estaban inclinados a espiarle sin malicia alguna, igualmente dispuestos a alabarle como vecino que a burlarse de él si les parecía tonto.

—Sí— decían—, es un hombre que vale: sutil como un látigo, elocuente como nadie, muy enérgico. Te mira con franqueza en los ojos. Pero hay una cosa que me choca... Vale mucho para estar entre nosotros. Y si vale tanto, ¿por qué lo han mandado aquí? Aquí

hay gato encerrado. Será bebedor, ¿no te parece?

Élmer, que tenía su experiencia de París, Kansas y de Fuentes de Gritzmacher, había adivinado que aquello sería precisamente lo que pensarían. Fue de tienda en tienda y de casa en casa, y mientras sufría los inevitables apretones de mano, tuvo buen cuidado de explicarles que había estado durante varios años laborando en el campo evangelista, y que su antiguo y leal amigo el obispo Toomis le había aconsejado que se retirase aquel año a un campo más pequeño a descansar para sus futuras labores culturales.

En sus visitas pastorales a las mujeres se mostraba asiduo, pero cauto. Elogiaba con entusiasmo su pan de jengibre, sus sillones Morris, sus recuerdos del Niágara y los libros de escuela de los niños. Con los hombres fue todo lo cordial que le era posible serlo con seres masculinos, con el médico, el homeópata, el notario, el jefe de la estación y todo el personal de casa Benham.

Pero se dio cuenta de que si quería alcanzar el puesto que le correspondía en el reino de la religión, necesitaba estudiar, enriquecer el fondo de sus ideas y de su vocabulario, para, con todo ello, contribuir al progreso de su época.

VIII

Sus obligaciones en Banjo Crossing no eran abrumadoras, y así, se puso sosegadamente a estudiar, hora tras hora, en la tranquila habitación de la casa de la viuda de Clark.

Continuó sus estudios teológicos, leyó todos los sermones de Beecher, Brooks y Chapman; todos los días leía tres capítulos de la Biblia, y trabajó a través del Diccionario de la Biblia hasta la letra G inclusive. Estudió, sobre todo, la Disciplina Metodista, para prepararse a comparecer ante la Junta del examen en la Asamblea anual, como candidato al empleo de pastor titulado.

La «Disciplina», que es una combinación del libro de rezos y de los artículos de fe metodistas, no le ofrecieron nada de interesante. Había párrafos que no ofrecían ni materia para su sermón, ni inspiración espiritual, como el que sigue:

«La resolución unánime de las dos terceras partes de todos los miembros de las diferentes asambleas anuales presentes y con derecho a voto debe ser considerada como suficiente para autorizar a la asamblea general siguiente a enmendar o alterar, con una mayoría de dos terceras partes, cualquiera de los estatutos de la presente constitución, con excepción del artículo X, párrafo I; además, siempre que tal enmienda o modificación haya sido antes recomendada por una Asamblea general con dos terceras partes de mayoría, y que las dos terceras partes de los miembros de las diversas asambleas anuales, presentes y con derecho a voto, así como las dos terceras partes de todos los miembros de las asambleas electorales laicas, presente y con derecho a voto, hayan dado su aquiescencia, tal alteración o enmienda entra en efecto; y el resultado del escrutinio deberá ser proclamado por los superintendentes generales.»

El prefería pasajes como este de los artículos de fe en la «Disciplina»:

«El sacrificio de Cristo, una vez cumplido, constituye la redención, la propiciación y la satisfacción para todos los pecados del mundo entero, originales o actuales, y no hay otra satisfacción para el pecado que esa. Por el contrario, el sacrificio de la misa, del cual se dice comúnmente que el sacerdote ofrece a Cristo para los vivos y los muertos, para la remisión de la pena y de la culpa, es una fábula blasfema y un peligroso engaño.»

Elmer no estaba del todo seguro de lo que significaba, pero algo grandioso y

sublime había en esto: «¡Fábula blasfema y peligroso engaño!» ¡Formidable!

No dejó de informar a su devota congregación de que la infalibilidad del papa era «una fábula blasfema y un engaño peligroso», lo cual casi les hizo saltar en sus asientos.

Sacó mucho provecho espiritual de las «Reglas para la conducta de los Predicadores» en la «Disciplina».

—Sed serios. Que vuestra divisa sea: «Respeto al Señor». Evitad toda ligereza, mofa y conversaciones necias. Vuestra conversión con las mujeres será sobria y vuestra conducta prudente... Decid a todos, los que se hallan bajo vuestra custodia lo que tenéis que censurar en su conducta y en su carácter, pero amistosa y simplemente, tan pronto como podáis: si no lo hacéis se corromperá vuestro corazón.

«Como método general de emplear vuestro tiempo os recomiendo: «1. Levantaros a las cuatro, lo más frecuentemente que os sea posible.-2. De cuatro a cinco de la mañana y de cinco a seis de la tarde, meditad, rezad y leed las Escrituras, tomando notas».

Extirpad de nuestra iglesia la compra o venta de las mercancías que no hayan pagado el impuesto fijado por el Gobierno... Extirpad el soborno, la aceptación directa o indirecta de cualquier dádiva, para el voto en las elecciones.

Elmer llegó a ser un modelo en estas cosas, con excepción quizá de lo concerniente a la ligereza, la mofa y la prudencia con las mujeres. En cuanto a decirles sus defectos a todos los que estaban sometidos a su autoridad... Todas sus horas libres no habrían bastado. En cuanto a levantarse a las cuatro y la extirpación de los defraudadores... de eso, ni hablar.

Para conseguir las recomendaciones que debía de presentar a la asamblea anual, escribió al Decano Trosper de Mizpah. Le explicó que un rayo de nueva luz le había iluminado, que había prestado su ayuda a la Hermana Falconer, pero que había sido el influjo del Decano Trosper el que haciéndose sentir lentamente en él, le había llevado al camino de su perfección presente.

Recibió las recomendaciones con una carta en que el Decano hacía constar:

«Espero que no exagere su nuevo celo por la virtud. Podría resultar penoso para sus feligreses. Me parece recordar que usted tiene tendencia a exagerar las cosas. Como baptista, permítame que felicite a los metodistas por poseerlo a usted. Si lo que usted dice de su estado de gracia es verdad, no permita que esto le aparte de la oración. Puede que todavía haya alguna virtud que pueda adquirir.»

—¡Vaya por Dios!— exclamó rabioso el santo calumniado, pero luego pensó: ¿Y a mí qué me importa? Tengo mis certificados y él dice que puedo licenciarme en Teología haciendo un examen. Lo peor es que ese viejo Trosper es un sabihondo. ¡Que se vaya al infierno!

IX

Al mismo tiempo que a sus investigaciones teológicas y eclesiásticas, se dedicó Elmer también a la literatura profana. Pidió libros prestados a Cleo y sacó algunos también de la minúscula biblioteca del pueblo, instalada en la escuela. En los viajes que solía hacer de vez en cuando a Sparta, llegó hasta a comprar uno o dos libros de segunda mano.

Empezó por Browning.

Había oído hablar mucho de Browning, y tenía idea de que era un poeta delicado y un pensador profundo. Personalmente Browning no le interesó gran cosa. Había muchas líneas que tuvo que leer tres o cuatro veces para encontrar su sentido y, además, no hablaba de otra cosa que de Italia y los «macarronis».

Pero Browning le suministró una gran cantidad de palabras nuevas para el cuaderno de notas de polisílabos y de frases que utilizó durante muchos años y que le proporcionó materiales secretos para algunas de sus más resonantes actuaciones públicas. He aquí una página que se ha conservado del cuaderno:

Incinerar— quemar.

Merovingios— tribu francesa de unos 500 años antes de Jesucristo.

Nota— Él gólgota ha sido el teatro de la crucifixión.

Leigh Hunt— poeta-1840.

Lupin— flor azul.

Deficiencia— no hacer nada.

Chanson— (pronunciando sanson)— especie de canto francés.

Nota.— El hombre digno de este nombre es el que puede sonreír aun cuando todo le va mal.

Sermón sobre el hombre que dice que otros planetas están habitados. Imposible, porque la Biblia no dice que Cristo los haya salvado.»

Elmer encontró a Tennyson todavía más estimulante que a Browning. Le gustó Maud porque se parecía a Cleo, aunque no era tan simpático. Los homicidios y la moral de «Idilios del Rey» le encantaron. Se atrevió hasta con el «Omar» de Fitzgerald, que le había recomendado el grupo de amantes de la literatura en Terwillinger, y allí hizo un descubrimiento que creyó digno de comunicar a la prensa.

Había oído que Omar era irreligioso, pero al leer lo siguiente:

Yo mismo, en mi juventud, he frecuentado asiduamente

a doctores y santos y escuchado muchos argumentos

sobre esto o aquello, pero siempre

he salido por la misma puerta por la que había entrado.

Creyó descubrir que en esta quarteta quería decir Omar evidentemente que, a pesar de todas las discusiones profesionales, sólo se atenía a la fe en Jesucristo.

Dickens fue para él una revelación.

Elmer no había creído nunca que pudiera encontrarse literatura emocionante anterior a la que se publica en las revistas americanas. El humor de Dickens no le dijo gran cosa. Le pareció que el Sr. Dickens era vulgar y acaso inmoral al hacer de Pickwick un borracho y al darle a Mantalini ideas de suicida; pero le gustaba su sentimentalismo. Cuando Paul Dombey moría Elmer estuvo a punto de llorar, y cuando miss Nickleby defendía su virtud contra Sir Mulberry, Hawk hubiera querido estar allí tanto en su calidad de sacerdote como de atleta para salvarla de aquel abominable hombre de mundo, digno representante de las gentes de su clase por su arte de seducir a las jóvenes inocentes.

—¡Sí, señor! ¡Esta es una obra grande! — exclamó Elmer—. Un escritor que va derecho al fondo de la naturaleza humana. ¡Maravillosa! Voy a hacer un sermón sobre esto cuando haya dado instrucción literaria a estos paletos.

Pero sus estudios literarios no podían limitarse a la diversión. Había que asimilarse también la filosofía, y se sumergió en el estudio de Carlyle y Elbert Hubbard. Del primer chapuzón salió tiritando y a toda prisa; pero en las biografías de Hubbard, entonces muy populares en América, encontró Elmer una verdadera fuente de inspiración. Se enteró de que si Rockefeller había llegado a la cabeza de la Standard Oil no se debía a su buena suerte, sino a su esfuerzo, a su genio y a su formación baptista. Aprendió que hay sermones inscritos en las piedras, ejemplaridad y edificación en los trabajos del campo, beatitud en los banqueros y estilo en los adjetivos.

Elmer, que había vivido siempre con la publicidad de un gorrión, no era capaz de mantener secretos sus tesoros literarios. Pero esta vez Cleo no le sirvió de confidente y admiradora. Se dio cuenta que había leído más obras del tipo del «Mensaje a García» que él mismo. De suerte que el cómplice de sus aventuras literarias hubo de ser Clyde Tippey, el Rev. Clyde Tippey, pastor de la iglesia de los Hermanos Unidos de Banjo Crossing.

Clyde no tenía la cultura de Elmer. Había dejado de asistir a la escuela secundaria al concluir el segundo año, después de lo cual había estado solamente un año en un Seminario de su secta. A Elmer no le agradaba entablar relaciones íntimas de amistad y compañerismo con los predicadores rivales. ¿No se trataba, en realidad, de quitarles la parroquia? Pero encontrar alguna vez un clérigo con quien hablar era una delicia.

Visitaba con frecuencia al Rev. Tippey en su modesta casita, donde (a la edad de veintiséis años) Clyde vivía con su rolliza esposa y sus cuatro hijos. El señor Tippey tenía ojos azules y llevaba un cuello de brillo de catorce y medio, siendo su medida el número trece.

—Clyde — dijo Elmer—, si quiere usted llegar a la multitud y no solo satisfacer sus necesidades espirituales, sino darles una existencia más feliz y más densa, debe iniciarles en las grandes obras literarias.

—Sí. Puede que tenga usted razón. No he tenido tiempo de leer mucho, pero me parece que se puede aprender mucho de la literatura — dijo el Rev. Tippey.

—¡Y tanto! ¡Escuche esto! Es de Longfellow, el poeta:

¡La vida es real!

La vida es seria!

Y la tumba no es su meta.

—Y esto. A ver si percibe el ritmo tan grancioso:

La vida de los grandes hombres nos recuerda que nosotros también podemos hacer sublimes nuestras vidas, y al partir dejar tras nosotros huellas en la arena del tiempo.

—He leído esto en nuestro libro de lecturas, en la escuela; pero yo no tuve nunca a nadie que me explicara el significado, como voy a hacerlo yo con mis feligreses... ¡Fíjese! «¡Y la tumba no es su meta!» ¡Resulta que Longfellow sabría predicar tan bien como usted y como yo! ¿Verdad?

—Sí, sí. Tendré que leer algunas poesías tuyas. ¿Puede usted prestarme el libro?

—¡Desde luego, Clyde! Le vendrá muy bien. Un predicador joven, como usted, debe tener presente — permita que un veterano se lo diga— que nuestra carrera no está terminada el día que empezamos a predicar. Debemos continuar ensanchando nuestro

horizonte intelectual. ¿Comprende lo que quiero decir? Voy a dedicarme a leer «David Copperfield». Está lleno de magníficos pasajes. Hay, por ejemplo, la escena donde... Ese David tenía una tía a quien todo el mundo miraba como si fuera un bicho; pero el pobre niño tenía un padrastro... No le parezca mal que lo diga un predicador, pero era un verdadero hijo de zorra, y trataba a David pésimamente, y éste se escapó, se fue a casa de su tía y resultó que ella era buenísima, y le trató como a un hijo. Amigo mío, se le saltarían a usted las lágrimas al llegar al pasaje donde él encuentra la casa de su tía y ella no lo reconoce, y él la dice quién es, y entonces se pone ella de rodillas a su lado... Todo lo cual demuestra que ninguno de nosotros tiene derecho a juzgar mal a los demás sólo porque no les comprende. ¡Si señor, «David Copperfield»! ¡Puede usted leer este libro sin temor a que le induzca a extravíos.

—David Copperfield... He oído ese nombre. ¡Es usted muy amable por haber venido a decirme todo esto, Her mano!

Su éxito como evangelista literario y moral del Reverendo Clyde animó a Elmer a reanudar sus investigaciones. Conduciría al mundo no sólo hacia la virtud, sino también a la belleza.

Después de pensarlo bien le pareció Longfellow la mejor nueva para el mundo expectante. Elmer leyó muchas páginas, anotando solemnemente los pasajes que podía dignarse a probar y en los que no se mencionaba el vino

¡Ah, nunca es demasiado tarde,

hasta que este corazón, cansado, cese de latir!

Catón aprendió el griego a los ochenta años; Sófocles

escribió su maravilloso Edipo, y Simónides

quitó a sus rivales la palma de los versos

cuando ya contaban casi cuatro lustros.

Elmer no sabía probablemente mucho acerca de Simónides; pero con estas instructivas líneas podía adornar un sermón en cualquiera de los púlpitos que pudiera ocupar en el futuro.

Sus éxitos fueron semejantes con James Russell, Lowell, Wittier y Ella Weheeler Wilcox. Renunció a Kipling porque le gustaba demasiado, y sacó la consecuencia de que no podía ser buen poeta. Pero fue grandioso el descubrimiento que hizo de Robert Burns.

Al fin tropezó con Josiah Royce.

X

El Obispo Toomis había aconsejado a Elmer que estudiase Filosofía, y le había recomendado la lectura de Royce. El mismo decía no había tenido todo el tiempo que hubiese querido para dedicarse a Royce, pero había allí un espléndido campo abierto a la aventura espiritual. Así Elmer volvió un día de Sparta con los dos tomos de la obra de

Royce, «El Mundo» y «El Individuo», y dos novelas policíacas.

Pensaba leer plácidamente y con provecho la obra de Royce y después atrapar todas las ideas que pudiera encontrar en aquellos otros filósofos que había oído nombrar: James, Kant, Bergson y... ¿quién era aquel otro de nombre tan raro?... ¡Ah, sí! Spinoza.

Abrió el primer tomo de Royce confiadamente y retrocedió asustado.

Tenía ante sí una hermosa tarde para iniciarse en la sabiduría. Empezó a trabajar. Leyó cada frase seis veces y torció el gesto. No le parecía justo que se tratase de esta forma a un paladín de Cristo que estaba dispuesto a sacrificar su tiempo para enterarse de las ideas de los demás. Suspiró, leyó el primer párrafo otra vez, suspiró de nuevo y dejó caer el libro en sus rodillas.

Miró en torno suyo. Sobre un estante estaba una de las novelas detectivescas. La cogió. Empezaba como empiezan todas las buenas novelas policíacas: deben empezar en el «Bar del Gato y del Violín», en una noche de tormenta, cuando torrentes de lluvia baten los viejos muros del albergue. En el interior había luz y buena temperatura. Las cortinas rojas brillaban al resplandor del fuego y los grifos relucientes de las pipas de cerveza...

Una hora después había Elmer llegado al sitio donde el inspector de Scotland Yard fue atacado por el loco que se había escapado del manicomio. La excitación le hizo cruzar las piernas y Royce cayó al suelo para no levantarse más.

Sin embargo, continuó sus estudios. En menos de tres meses había llegado a la página 51 del primer tomo de Royce, y entonces tropezó con la nota siguiente:

«Los textos escolásticos, como, por ejemplo, las «Consideraciones», de Suárez, emplean nuestros términos aproximadamente como sigue: Ser (ens), tomado en su sentido abstracto, es, según algunos autores, un término que se emplea igualmente al «que» y al «eso». Así, si hablo del ser del hombre, puedo, de conformidad con este uso, designar tanto la naturaleza ideal del hombre, aparte de la existencia del hombre, como la existencia del hombre. De modo que el término «ser» se puede emplear en cada uno de sus sentidos diferentes. En este sentido, el ser puede tener dos aspectos. En el «que» significa la esencia de las cosas, el «Esse Essentiae». En este sentido, por el ser del hombre se quiere solamente dar la definición de lo que significa el hombre como idea. Mientras que el «eso», el ser quiere decir el ser existente o el «Esse Existentiae». El «Esse Existentiae» de un hombre, o su ser existen, sería lo que él poseería si existiese solamente. Y, por esto, los escritores escolásticos en cuestión tienen que indicar siempre si por el término «ens» o «ser», en cualquier pasaje particular, se refiere al «que» o al «eso», al «Esse Essentiae» o al «Esse Existentiae».

Él Rev. Elmer Gantry dio un suspiro, cerró el libro cuidadosamente y exclamó:

—¡Que se vaya a la mierda!

Nunca jamás volvió a leer filosofía alguna, no siendo de Wallace D. Wattles o de Edward Bok.

XI

No descuidaba sus obligaciones, nada arduas por cierto. Iba de pesca, lo que le ganó simpatías entre los hombres. Se procuró un perro, lo cual también era testimonio de virilidad. Cuando estaba en pleno campo solía darle de puntapiés, pero en la ciudad le prodigaba muestras de máximo afecto. De vez en cuando iba a Sparta a comprar libros, a asistir a una sesión de cine o a meterse en un teatro, cuidando de que no le viera algún conocido. Aunque fue tentado por otras distracciones menos sancionadas aún por la

disciplina metodista, hizo un verdadero esfuerzo para no caer en ellas, y lo logró.

A fuerza de entusiasmo y voces, se las arregló para pagar la mayor parte de la deuda de la iglesia y emprendió una campaña para la adquisición de una alfombra nueva. Estuvo a punto de ser excomulgado porque hizo tocar un solo de clarinete en la iglesia un domingo por la noche. Se esforzó en no hacer caso a la hija de su patrona una chiquilla de catorce años, pero hubo de darle dos besos furtivos, sólo por galantería. Fue, en una palabra, un modelo de honestidad y de virtudes eclesiásticas.

Toda su vida pertenecía ahora a Cleo Benham.

CAPITULO

XXI

I

LAS mujeres habían sido siempre para Elmer, según sus propias palabras, asunto fácil de trabajar. Pero los miramientos que debía a su oficio de sacerdote y las murmuraciones con que las malas lenguas abrumaban a un predicador cuando andaba en amores, eran obstáculos para que progresaran sus relaciones con Cleo. No podía, como los demás jóvenes de la ciudad, pasearse con Cleo a lo largo de la vía del ferrocarril o entre los sauces, a la orilla del río Banjo. Diez mil metodistas de edad madura parecían gruñirle en los oídos:

—¡Evita hasta la misma apariencia del mal!

Sabía que Cleo estaba enamorada de él, que lo quería desde el primer día en que lo vio conducirse como un salvador de almas, devoto y viril, cuando estaba en el púlpito nimbado por la luz mortecina de una tarde de verano. Estaba seguro de que se entregaría a él en el momento en que él quisiera. Estaba también convencido de que ella tenía todas las cualidades apetecibles en una mujer. Y, sin embargo...

Sin saber por qué no le atraía lo suficiente. ¿Era el horror al matrimonio, a la monogamia, lo que le alejaba de ella? ¿Era simplemente porque ella necesitaba que se la animase un poco? Pero, ¿cómo iba a incitarla si él padre estaba siempre en medio?

En cuantas ocasiones acudía a visitarla, el viejo Benham se obstinaba en quedarse en el salón. Cuando se veía libre de sus ocupaciones le interesaba la religión y le gustaba hablar de ella. Precisamente en el momento en que Elmer pretendía coger la mano de Cleo detrás del piano, Benham decía con voz gangosa:

¿Qué le parece a usted, Hermano? ¿Cree usted que el cielo se gana con la fe, o con las buenas obras?

Elmer le explicó todo lo referente a este punto con suma claridad, mientras decía' para sí:

—¡Vaya con el viejo! ¡Con esos precios de usurero a que vendes, vale más que vayas al cielo por la fe, porque sabe Dios si llegarás allí por tus obras!

Y cuando Elmer estaba a punto de poder escabullirse a la cocina con Cleo para preparar una limonada, el viejo le retenía preguntándole:

—¿Qué le parece a usted la doctrina de John Wesley sobre la perfección?

—¡Oh! Es absolutamente sólida y fundamentada,— contestó Elmer preguntándose qué demonios podía ser la doctrina de la perfección del señor Wesley.

Es posible que esta constante presencia del viejo Benham que impedía a Elmer tener

relaciones más íntimas con Cleo, mantuviese oculta la verdadera causa de que no sintiese deseos de abrazarla. Tomaba esta falta de pasión por virtud y acabó por creer que su carácter estaba realmente reformado y perfeccionado... Lo cual no impedía que al ir a su casa se dirigiera a la cocina a gastar bromas piadosas a la pequeña Jane Clark.

Pero ni aún estando a solas con Cleo, ni cuando ella le llevaba en el majestuoso automóvil de los Benham a hacer visitas de enfermos en las granjas, podía Elmer obrar con ella como con otras mujeres, a pesar de que no cesaba de decirse que era muy guapa.

II

Una tarde de noviembre en que fue a verla la encontró sola. Sus padres habían salido a una reunión de la «Estrella Matutina». Elmer notó que la joven tenía un aspecto triste y los ojos enrojecidos como de haber llorado. Estaban juntos a la puerta de la sala de recibir y la dijo en tono cariñoso:

—Pero, ¿qué le pasa, Hermana Cleo? Parece que está usted muy triste.

—No es nada de particular.

—¡Vamos, vamos! ¡Cuénteme! Rogaré a Dios por usted o pegaré una paliza a quien tenga la culpa de su mal humor. Lo que usted me diga.

—¡Oh! No debía usted burlarse de mí... Además, no es nada.

Tenía la mirada fija en el suelo. Elmer estaba boyante, al sentirse superior a Cleo por su mayor energía y optimismo. La levantó la barbilla con la mano diciendo:

—¡Míreme a la cara!

Los ojos de ella, llenos a la vez de pudor y de deseo le llamaban con un ardor tal que Élmer no pudo menos de rodearle la cintura con su brazo. Ella llorando, dejó caer la cabeza sobre su hombro. Estaba tan exaltado al ver el poder que ejercía sobre Cleo que lo confundió con una pasión intensa. La besó y la piel fina y pálida de su rostro le produjo una exquisita sensación. Le halagó observar la facilidad con que cedía. Atropelladamente la dijo:

—¡Sí, Cleo! ¡Te he amado apasionadamente desde el día en que te conocí!

Cleo se sentó en sus rodillas, reclinando la cabeza sobre su hombro. A Elmer le pareció más bella y apetecible que nunca.

Cuando los Benham llegaron a casa y se enteraron de sus relaciones, la madre lloró copiosamente y el padre prodigó a Elmer golpecitos cariñosos en la espalda diciéndole en tono jocoso:

—¡Caramba, caramba! De modo que voy a tener un predicador de carne y hueso en la familia. Me figuro que voy a tener que ser tan honrado en la tienda que apenas voy a poder ganar de comer con ella.

III

En Enero vino de Kansas la madre de Elmer para asistir a la boda. Cuando vio a su hijo en el púlpito y tuvo ocasión de admirar la belleza y candor de Cleo— sin olvidar la fortuna de su padre—, se sintió tan feliz que olvidó todas las amarguras que le habían producido las veleidades de Elmer para con el Dios que le había dado el ser. También le perdonó el haber desertado del Santuario Baptista para entrar en el campo de las libertades sospechosas y casi impías del Metodismo.

Teniendo a su madre al lado, viendo a Cleo con el rostro enrojecido de emoción;

observando cómo la señora de Benham se afanaba en la cocina preparando el banquete y sobre todo cuando el señor Benham le llevó al fondo de la casa para entregarle un cheque de cinco mil dólares. Elmer tuvo la sensación de poseer una familia, de haberse cobijado y arraigado en un sitio.

En la boda hubo cantidades enormes de pastelillos de coco, centenares de ramos de flores de azahar, rosas traídas de Sparta, fotografías nuevas para el álbum de familia, un recipiente lleno de ponche muy «seco» y mucha ropa blanca y honesta para Cleo. Fue una boda muy animada. Lo único que entristeció algo a Elmer fue no poder tener un padrino a su gusto. Desde que perdió las relaciones con Jim Lefferts no había vuelto a tener un solo amigo.

Tuvo que contentarse con Ray Fawcet, el que fabricaba la mantequilla en el pueblo, y corista, a la vez, de la iglesia. A la gente del pueblo le halagó el hecho de que Elmer prefiriese a uno del pueblo para padrino en lugar de cualquiera de los centenares de amigos que seguramente tendría en otros sitios, en las grandes ciudades donde había vivido.

Se casaron un día en que hubo una fuerte tormenta de nieve. Tomaron el tren para Zenith, donde pensaban pasar la noche para después dirigirse a Chicago.

Cuando estuvieron en el tren y dejaron de escuchar los vivas y el griterío de los invitados, Elmer pensó, contemplando la sonrisa estereotipada de Cleo:

¡Dios mío! Me he ahorcado y se acabaron las diversiones para siempre.

Pero obró con ella como corresponde a un hombre caballeroso. Disimuló el desagrado que le comenzaba a inspirar y la entretuvo dándole a conocer las bellezas de Longfellow.

IV

Cleo parecía estar fatigada hacia el final del viaje. Hacía frío aquella noche de invierno y apenas prestaba atención a las observaciones que Elmer hacía sobre las lecciones de la escuela dominical, sobre el tratamiento de los callos, sobre sus éxitos evangelísticos en compañía de la Hermana Falconer y sobre la inferioridad intelectual del Reverendo Clyde Tippey.

—¡Podías prestarme un poquitín de atención, por lo menos— dijo él con acritud al observar su distracción.

—¡Perdóname! Sí te escuchaba, pero estoy tan cansada de los preparativos de la boda y del banquete...

Le miró con aire suplicante:

—¡Elmer, tienes que protegerme! Me he entregado a ti en cuerpo y alma.

—Ah, ¿sí? De modo, que para ti ha sido un sacrificio casarte conmigo?

—¡Oh, no! Yo no he querido decir eso...

—¿Te figuras sin duda que no voy a cuidar de ti? ¿Pues qué otra cosa iba a hacer? ¿Crees que pienso salir todas las noches de casa a jugar a los naipes o a emborracharme o a buscar otras mujeres? ¡Claro! ¡Como que yo no soy un ministro del Señor, sino un propietario de un cabaret!

—¡Por Dios, querido mío! No he tenido intención de ofenderte. He querido decir... Tú eres tan fuerte, tan grande... mientras que yo... yo no soy más que una débil mujer.

A Elmer le agradaba hacerse el ofendido, pero esta vez se contuvo, diciéndose:

—¡Vamos! No hay que hacer el imbécil. Si la tratas tan mal como ahora no vas a poder educarla para el amor.

Así que la consoló y se mostró magnánimo con ella.

—Bueno, bueno. Ya comprendo. No me expliques nada, querida mía. Estarás abrumada con los consejos de tu madre, el ajetreo de la boda, el banquete y todo lo demás.

Pero, a pesar de esto, ella pareció seguir preocupada.

El la cogió una mano acariciándosela y la habló de la casita que iban a amueblar en Banjo Crossing. Se aproximaban a Zenith y al pensar él en la habitación que habían mandado reservar en el Hotel O’Hearn (ya no tenía necesidad de alquilar toda una serie de habitaciones como cuando estuvo allí a explicar sus cursos de Prosperidad) se volvió más apasionado y la dijo en tono insinuante que era muy bella y la oprimió el brazo de una manera que la hizo temblar.

V

Apenas el mozo del hotel hubo cerrado la puerta de su habitación, en la que había una cama de matrimonio, Elmer se lanzó sobre Cleo, la despojó violentamente del abrigo y la besó con furia en la garganta. Cuando la soltó ella retrocedió con la mano en la boca en ademán de terror y le suplicó:

—¡Oh, no, por Dios! ¡Ahora no! ¡Tengo miedo!

—¡Qué imbecilidad!— exclamó Elmer iracundo avanzando hacia ella, que no dejaba de retroceder.

—¡No, no! ¡Te lo suplico!

—Pero, ¿qué demonios te crees tú que es el matrimonio?

—¡Oh! ¡Nunca te había oído decir la palabra «demonio»!

—¡No la diría si tú no te portaras de una forma como para hacer perder la paciencia a un santo!

Elmer reflexionó que le convenía dominarse.

—¡Vamos, vamos! ¡Perdóname! Me parece que yo también estoy cansado y tengo los nervios de punta. No quería asustarte, vida mía. Te suplico que me perdones. Es que estoy locamente enamorado de ti. ¿No lo ves?

Una débil sonrisa fue la única respuesta que dio a su amplia sonrisa apostólica. La cogió de nuevo en sus brazos y posó sobre su pecho su ancha mano. La abrazó y a pesar de la rabia que volvía a producirle su pasividad, trató de avivarla diciéndola:

—¡Vamos Cleo, no seas tan sosa!

Ella había dejado de oponerle resistencia: estaba pálida y sin voluntad, pero enrojeció de vergüenza cuando él se burló de su camión a la antigua con largas mangas que ella se puso sin que él la viera, en el cuarto de baño.

—¡Lo mismo podías haberte metido en un saco!— dijo Elmer tendiéndole los brazos. Cleo trató de adoptar una actitud confiada, pero a medida que se acercaba a él se sentía dominada por el terror.

—Creo que un poco de grosería no la vendrá mal— pensó Elmer. Y la cogió en sus brazos.

Cuando despertó a su lado, la encontró llorando y hubo de decirle:

—¡Anda! ¡Vamos! Se puede ser la esposa de un pastor sin dejar por eso de ser una mujer corriente. Tu no vales más que para enseñar a los chicos en la escuela dominical.

Añadió otras cuantas observaciones no menos delicadas, en tanto que ella lloraba con el pelo en desorden. Elmer comenzó a odiar su rostro inexpresivo.

VI

El descubrimiento de que Cleo no sería nunca una amante muy ardiente, solo sirvió para aumentar la ambición de Elmer cuando volvieron a Banjo Crossing.

Cleo, que estaba asustada por la irascibilidad de Elmer, halló alguna alegría en amueblar su modesta casa. Arreglaba los libros de su esposo, admiraba sus dotes de elocuencia y disfrutaba recibiendo las visitas que por su condición de esposa del pastor, le hacía todo el mundo, hasta sus antiguas amigas. El la olvidaba para consagrar; se a la labor que iba a encumbrarle. Esperaba con ansiedad que se celebrase la asamblea anual de primavera. Después conseguiría una iglesia más importante en una ciudad mayor.

Banjo Crossing le aburría. La vida de un predicador en una ciudad pequeña, en la que ni siquiera podía disfrutar de los placeres bucólicos, no era apenas mejor que la de un guardabarrera.

A Elmer, en realidad, le faltaban ocupaciones. Aunque más adelante en las «iglesias institucionales» iba a estar tan atareado como un hombre de negocios, entonces no tenía más que veinte horas escasas de actividad a la semana. Los domingos tenía cuatro servicios en la iglesia, en el caso de que asistiera a las sesiones de la Liga Epworth y a la escuela dominical. Los miércoles por la noche tenía oratorio, los viernes, ensayos de coro y cada quince días celebraba una reunión con la Asistencia de Señoras y de la Sociedad de las Misiones. Cada dos semanas también tenía una boda o un entierro. Las visitas pastorales no le ocupaban más que seis horas a la semana. Con la ayuda de sus libros sólo necesitaba cinco horas para preparar un sermón y cuando se sentía perezoso o cuando había buena pesca lo preparaba solo en tres.

En el retiro austero de su librería, Elmer permanecía ocioso; pero cuando salía le gustaba andar de un lado para otro, ver a las gentes, darse aires de hombre activo. No había apenas nada que hacer en Banjo Crossing. Con los servicios religiosos del domingo y del miércoles por la noche se daban por contentos aquellos buenos vecinos.

Elmer comenzó a redactar anuncios para los servicios religiosos semanales. Inició así un tipo de publicidad que más adelante había de hacerle famoso y respetable en todos los círculos de propaganda y en todas las iglesias progresivas de los Estados Unidos. Los lectores de anuncios de los servicios religiosos del periódico «El Adelantado del Valle de Banjo» se quedaron sorprendidos un buen día al encontrar entre los anuncios de los Prebisterianos, de los Discípulos, de los Hermanos Unidos y de los Baptistas el siguiente de los Metodistas:

DESPIÉRTESE SEÑOR DEMONIO!

«Si el viejo Satán fuera tan perezoso como creen algunos pseudo-cristianos de esta ciudad, todos podríamos estar tranquilos. Pero no lo es! Acuda usted el domingo próximo a las diez y media de la mañana a escuchar un sermón enjundioso y ardiente pronunciado por el Reverendo Elmer Gantry, sobre el tema:

¿JUGARÍA CRISTO AL PÓKER?

Iglesia Metodista

Elmer aprendió a escribir bien a maquina, cosa que le fue muy útil, porque siendo hombre enérgico por naturaleza, notaba que la lentitud de la pluma le producía calambres. El necesitaba la velocidad de las teclas para hacer surgir de la máquina torrentes de mensajes morales y sociológicos.

En el mes de febrero tuvo dos semanas de mítines evangélicos. Hizo venir a un misionero ambulante que lloraba a la perfección mientras su mujer entonaba cánticos. Elmer se reía para sus adentros al pensar que ni uno ni otro podían compararse a él, que tenía la experiencia de haber trabajado con Sharon Falconer. Pero era cosa nueva en Banjo Crossing y él procuró destacarse y utilizar el momento culminante para asustar a la gente diciéndole que si no se arrepentían a tiempo y se arrodillaban a orar, el diablo los llevaría al infierno a la mañana siguiente antes del desayuno.

Convirtió a doce personas; cinco renegados volvieron a ingresar en la iglesia renovando su profesión de fe y Elmer pudo publicar en el «Abogado Cristiano del Oeste» una información que le cubriría de gloria en todos los círculos religiosos. Decía así:

«En la iglesia de Banjo Crossing se han celebrado actos piadosos de renovación de la fe, con notables y emocionantes resultados, debidos al Hermano T. R. Feesels y a la Hermana Feesels, la conocida cantante evangélica, y con la cooperación del pastor local Reverendo Elmer Gantry, quien estuvo consagrado con anterioridad a la propaganda evangélica en compañía de la difunta evangelista Sharon Falconer. Se nos comunica que se ha operado una importante reacción espiritual y religiosa y que las adhesiones a la Iglesia son numerosísimas».

Por otra parte y cuidando mucho de hacer saber a todos cuánto aumento de trabajo le suponía, Elmer organizó su propia «reacción espiritual y religiosa» todas las semanas, que consistió en dirigir ‘personalmente la sección juvenil de la Liga Epworth. Esta asociación admirable de gente joven tenía por objeto, según sus propias palabras «quitar a los recreos todos sus defectos para que pudieran ser verdaderas «recreaciones».

Elmer recibió una carta del obispo Toomis en la que le comunicaba que el superintendente del distrito le había dado los informes más lisonjeros de los diligentes esfuerzos de Elmer. Añadía que en la próxima Asamblea anual el Reverendo Gantry sería propuesto para un cargo más importante.

—¡Magnífico!— dijo Elmer muy contento.— Estoy deseando salir de aquí. Estos paletos comprenden tanto de una religión elevada y espiritual que es la que yo les enseño, como un rebaño de vacas.

VII

Ishuah Rogers había muerto. Los funerales se celebraban en la iglesia metodista. Había sido sucesivamente agricultor, tendero y administrador de correos y se había pasado en Banjo Crossing los setenta y nueve años que había existido.

Su amigo de la infancia J. F. Whittlesey se había conmovido profundamente ante su muerte. Se habían criado juntos; juntos habían trabajado en el campo y en sus últimos años cuando Ishuah estaba casi ciego y vivía en compañía de su hija Jenny, el señor Whittlesey había ido todos los días a sentarse a su lado durante largas horas a la puerta de la casa, discutiendo con él acerca de Blaine y de Grover Cleveland. Whittlesey no tenía otro amigo más que él. Al pasar por la casa de Jenny, aquel día, y no ver a su amigo a la puerta, el viejo Whittlesey sintió que el mundo estaba vacío sin él.

Al comenzar los funerales se sentó en el primer banco, desde donde podía ver el rostro de su amigo en el ataúd abierto. Todo lo que podía haber tenido de mezquino o de mísero el viejo Joshuah había desaparecido de su semblante; solo quedaba la expresión del valor sereno con que había afrontado las tormentas de nieve, y los calores tórridos, el trabajo y las amarguras; todo aquel heroísmo callado que Whittlesey conocía tan bien.

Y ya no volvería a ver a Ishuah jamás.

Escuchó a Elmer que con los ojos casi llenos de lágrimas, al ver que todas aquellas gentes lloraban por la muerte de su viejo amigo, intentaba consolarles y reanimarles cantando y recitando el poema triunfante de la Revelación:

«Estos son los que han salido de la gran tribulación; han lavado su ropa y la han blanqueado con la sangre del Cordero. Por eso están ante el trono de Dios y le sirven día y noche en su templo; y El, que está sentado en su trono, los cubrirá con su templo. Nunca jamás tendrán hambre ni sed ni el sol les molestará con su calor. Porque el Cordero que está en medio del trono será su pastor y los guiará a las fuentes de las aguas de la vida. Y Dios les secará todas las lágrimas de sus ojos»

Cantaron el himno «¡Oh Dios, nuestra ayuda en el pasado!» y Elmer dirigió el canto. El viejo Whittlesey hacía esfuerzos por seguirles con su voz cascada.

Después desfilaron todos ante el ataúd. Cuando Whittlesey vio por última vez la cara chupada de su amigo Ishuah, se le nublaron los ojos y vaciló.

Elmer le sostuvo con sus membrudos brazos y murmuró:

—¡Ya ha entrado en la gloria y será recompensado! ¡No nos aflijamos por él!

La energía y la confianza de Elmer reconfortó al anciano y se agarró a él balbuciendo:

—¡Dios le bendiga, Hermano!

Y se fue cojeando.

VIII

—Has estado maravilloso en los funerales! Nunca te he visto tan seguro de la inmortalidad, — le dijo con admiración Cleo cuando regresaban a casa.

—Sí; pero esta gente de aquí no lo aprecia, ni siquiera cuando dije que ese viejo que ha muerto era un verdadero héroe. Tenemos que ir a una ciudad donde tenga ocasión de ascender y donde sepan apreciar mis facultades.

—¿No crees que Dios está aquí presente en Banjo Crossing lo mismo que en una ciudad?

—¡Bueno, Cleo, no me vengas con sermones! Tú no sabes lo que cansa esto de hacer unos funerales como es debido y mandarles a todos a casa consolados. ¡Claro que Dios está aquí, pero no los buenos sueldos!

Elmer decía esto sin irritación y sin ánimo de molestar a Cleo. En aquellos dos meses había llegado a sentirse indiferente respecto de su mujer. Con lo cual había dejado de odiarla y había podido apreciar su excelente labor en la escuela dominical y su tacto con las buenas Hermanas que iban a curiosear a su casa.

—Voy a dar un corto paseo— dijo Elmer cuando llegaron a casa.

Y se dirigió a casa de la viuda de Clark, donde había vivido de soltero.

Jane estaba en el patio y la brisa de marzo moldeaba sus contornos bajo la falda. Su cara morena se sonrosó y sus ojos se enternecieron cuando vio al pastor saludarla solemnemente quitándose el sombrero.

La muchacha corrió hacia él.

—¿Me echan ustedes de menos?— preguntó Elmer. — Seguramente estarán tan contentas de verse libres del pobre pastor que siempre las estaba dando la lata!

—¡Nada de eso! ¡Le echamos a usted mucho de menos!

Elmer sintió que todo su cuerpo estaba deseándola. Y se marchó apresuradamente para deplorar luego haberla dejado. Era preciso alejarse de los peligros que amenazasen su reputación. Volvió a sentir odio por Cleo y a creerse vagamente una víctima de ella.

—Me parece que voy a echar una escapada a Sparta esta semana— se dijo irritado.

Pero luego pensó:

—¡De ninguna manera! La Asamblea comienza dentro de diez días. Hasta después que pase no quiero arriesgar nada.

IX

La Asamblea anual se celebró en Sparta a fines de marzo. Era una ocasión solemne. Los pastores metodistas de media docena de distritos se reunían allí para rezar y expansionarse, para ponerse al corriente de los progresos del reino de Dios y, de paso, para ver si podían conseguir un puesto mejor al año siguiente.

Allí estaba el obispo que presidía las sesiones y que no era otro que el obispo Toomis en persona, muy atareado en sus solemnes funciones.

Los pastores simulaban una actitud de indiferencia cuando se planteaba la cuestión de los salarios.

Entre sesión y sesión andaban de un lado para otro por el vasto salón de actos de la Iglesia Metodista. Se habían congregado casi trescientos pastores y numerosos asambleístas seculares.

Se veían viejos clérigos rurales con patillas y anteojos, encorvados y pobremente vestidos; eran hombres que tenían a su cargo dos, tres y hasta cuatro iglesias perdidas en el campo, para cuyo servicio tenían que recorrer cincuenta kilómetros por semana; hombres cuya única lectura era la Biblia y el boletín eclesiástico.

Había pastores jóvenes en cuyas manos grandotas se percibían todavía las huellas del arado y de las riendas y cuyos conocimientos se reducían a los adquiridos en dos años de escuela secundaria y en el Viejo Testamento, del cual extraían todas sus nociones de historia y de geología.

Había pastores de ciudades importantes, a la mayoría de los cuales era difícil reconocer como clérigos, pues con sus trajes tan claros y sus carteras, más parecían oficinistas que otra cosa.

Eran sumamente cordiales entre sí, y muchos de ellos eran conocidos por sus ideas modernistas, aficionados a la lectura de manuales vulgarizadores de biología y psicología. Otros no habían todavía perdido el hábito de dar puñetazos en el púlpito siempre que hablaban del Génesis.

Entre esta multitud se veían y eran reconocidos por todo el mundo las inevitables celebridades: superintendentes de distrito, pastores de congregaciones de gran ciudad, candidatos a presidencias universitarias, a consejos de administración de misiones, a direcciones de editoriales religiosas y a obispados.

No todos ellos tenían aspecto imponente y teatral. Había un buen número de hombres flacos, pequeños, secos, graves y con anteojos; pero todos ellos eran hábiles, políticos, muy aptos para recordar nombres, prontos a dar a todo contestaciones

halagadoras.

Creían firmemente que el Señor lo gobierna todo, pero que era conveniente ayudarlo un poco; estaban convencidos también de que la influencia de aliados políticos ayudaba casi tanto como los rezos para darse a conocer como personas capacitadas para pastorados lucrativos.

Entre estos jefes estaban los Savonarolas, hombres sombríos, que veían con amargura los progresos del maquinismo de nuestro siglo, hombres capaces de atraer a miles de oyentes por su manera cáustica aunque discreta de atacar el robo, los bailes y las exposiciones de ropa interior femenina en los escaparates de las tiendas.

También se encontraban allí liberales destacados, pastores que conseguían que se llenasen los templos de las capitales o las iglesias de las ciudades universitarias. Según ellos, se podía omitir todo lo que no pareciese razonable en la Biblia sin dejar por eso de reconocer su inspiración divina, y se podían encontrar profundas lecciones morales en los cuadros de Landseer y de Rosa Bonheur.

Se distinguía entre los aristócratas, cierto número de eclesiásticos de maneras amplias y suaves, de voz profunda y cordial que hubieran hecho un buen papel en un drama de Shakespeare o como jefes de venta en un almacén. Entre ellos se encontraría no tardando mucho el Reverendo Elmer Gantry.

Era un recién llegado. Todo lo que esperaba de la asamblea era que dieran validez a sus certificados y le concediesen la calidad de miembro de la iglesia. No tenía más que una parroquia minúscula, pero circulaba el rumor, originado, no se sabía dónde, de que era un hombre interesante a quien no se debía perder de vista. Fue llamado «Hermano» por un pastor cuyos ingresos se calculaban en diez mil dólares al año. Todos le observaban y hablaban con él no solamente de sacramentos sino también de automóviles y del empleo de sobres para las colectas. Su apretón de manos era caluroso, su voz tenía una sonoridad cordial, sus ojos viriles no conocían la duda o el escrúpulo, y llevaba la levita como los grandes magnates presentes. Se le saludaba, se le buscaba y se le reconocía como a un futuro capitán de los ejércitos del Señor.

La distinción de Cleo ayudaba a su prestigio.

Durante tres días enteros, antes de llevarla a la Asamblea, Elmer había cambiado de conducta con ella, halagándola y asegurándole que, a pesar de que algunas veces se hubiesen comprendido mal, su vida doméstica era ahora agradable, llena de afectos y de satisfacciones. Con esto logró que Cleo se mostrase solícita y atenta con las esposas de los pastores de más edad que Elmer, cuando las encontraba en las recepciones que se daban en los hoteles.

Su admiración por Elmer saltaba a la vista y persuadió a los magnates clericales de las virtudes domésticas de éste.

Todos sabían que el obispo había solicitado su colaboración. Nada de lo que hacía el obispo se ignoraba durante aquellos días.

(La lista de los nombramientos había sido hecha ya, pero desde luego se podía aún cambiar algo, aunque fuera muy poco.) Pero no podían llegar hasta él. La mayor parte del tiempo el obispo se ocultaba de ellos en casa del presidente de la Winnemac Wesleyan University.

Pero no tardó en avisar a Elmer, y aún le llamó por su nombre.

—¡Ve usted, hermano Elmer, como yo tenía razón! La Iglesia Metodista es lo que le conviene a usted— le dijo el obispo mientras sus ojos brillaban bajo sus espesas cejas. — Ahora puedo confiarle a usted una parroquia mas importante. No sería un milagro, no sería

«cricket», como dicen los ingleses. ¡Oh! ¡Inglaterra! ¡Cómo disfrutaría usted si pudiese ir allí alguna vez! Encontraría usted durante el viaje ocasión de ensanchar considerablemente el horizonte de sus sermones. Usted y su encantadora esposa— he tenido el gusto de hacerme presentar a ella— conocerán con seguridad algún día los placeres románticos de un viaje. Como le decía, creo que le puedo dar esta vez una ciudad bastante mayor, pero no sería correcto decirle cuál antes de leer la lista de los nombramientos en la Asamblea. En un futuro próximo, si usted continúa estudiando y demuestra el mismo celo para con su rebaño y la misma buena conducta personal que ha observado en usted el superintendente del distrito, se merecerá un campo de acción mucho más grande.

¡Que Dios le bendiga!

X

Elmer se examinó ante la comisión y fue admitido sin dificultad.

Entre las preguntas sacadas de la Disciplina, a las cuales pudo contestar con un «sí» sincero, estaban las siguientes:

¿Procura usted aproximarse a la perfección?

¿Espera usted llegar al amor perfecto en esta vida?

¿Se esfuerza usted seriamente en lograr acercarse a ese ideal?

¿Está usted resuelto a consagrarse enteramente a Dios y sus obras?

¿Ha meditado usted las Reglas del Predicador, sobre todo las que se refieren a la diligencia, la puntualidad y el cumplimiento del deber que le ha sido asignado?

¿Recomendará usted el ayuno y la diligencia, con el precepto y con el ejemplo a la vez?

* * *

Según se decían los miembros de la Asamblea unos a otros, fue un verdadero placer examinar a un candidato que podía responder a las preguntas del examen con tanta convicción en el gesto y en la voz.

* * *

Elmer celebró su renuncia a todos los placeres de este mundo comiéndose un biftec, con cebollas y patatas fritas, tres tazas de café y dos trozos de tarta de manzana con helado. Después dijo muy satisfecho a Cleo:

—¡He estado admirablemente en el examen! ¡Hubiera querido ver aquellos pobres diablos con quienes estuve en el Seminario, contestar a las preguntas como yo lo he hecho.

XI

Tuvieron que escuchar la lectura de las colectas efectuadas para las misiones, los informes sobre la creación de nuevas escuelas e iglesias y numerosas oraciones. Cortésmente se escucharon los discursos «improvisados» del obispo y del Reverendo Doctor S. Palmer Schootz. Pero todos estaban esperando con ansiedad la lectura de los

nombramientos hechos por el obispo.

Las caras permanecían impasibles, pero las uñas se clavaron en las manos cuando el obispo Toomis se levantó. Todos trataban de no manifestar sus preocupaciones, pero este pastor demacrado pensaba en su hijo que iba a entrar en el Colegio; aquel otro, joven aún, con semblante nublado pensaba en la operación de su mujer; mientras que ese veterano cuya voz temblaba, se preguntaba si se le permitiría seguir en su comfortable iglesia.

Después se oyó la voz cortante del obispo:

Distrito de Sparta Albee Center, W. A. Vance Ardmore, Abraham Mundon...

Elmer escuchaba también, repentinamente asustado.

¿Qué había querido decir el obispo con una «ciudad bastante grande»?

¿Algún pozo de mil doscientos habitantes?

Luego se estremeció, se le iluminó el rostro mientras sus colegas le felicitaban con sonrisas e inclinaciones de cabeza, cuando el obispo leyó:

—Rudd Center, Elmer Gantry.

Rudd Center tenía unos cuatro mil y pico de habitantes, y era una ciudad conocida por sus buenos talleres y por una gran fábrica de maicena; Elmer estaba en camino de la grandeza, de inspirar al mundo y de llegar a ser obispo.

CAPITULO

XXII

I

ELMER Gantry pasó un año en Rudd Center, tres en Vulcain y dos en Sparta. Había 4.100 almas en Rudd Center, 47.000 en Vulcain y 129.000 en Sparta con lo cual se puede ver con qué rapidez el Reverendo Elmer Gantry ascendía en influencia cristiana y en personalidad.

Estando en Rudd Center hizo sus exámenes finales de Mizpah y recibió el título de licenciado en teología; allí mismo descubrió el arte de procurarse relaciones que más adelante le sirvió para entrar en relación con los hombres de negocios más emprendedores y formales; oculistas, directores de periódicos y fabricantes de bañeras, cuyo talento práctico Elmer utilizaría para sus cruzadas espirituales.

Se afilió a los Francmasones, al club de los «Odd fellows» y al de los Baccabeos. Pronunció el discurso de celebración del aniversario del Gran Ejército de la República y también tuvo a su cargo el discurso de bienvenida cuando el diputado del distrito volvió de Washington después de haber ganado el campeonato de póker en la Cámara.

Aparte de sus trabajos de perfección, su estancia en Vulcain fue señalada por el nacimiento de dos hijos—Nat, en 1916 y Bernice a quien llamaban Bunny, en 1917 — y por la suspensión de las lecciones de amor a su esposa.

Esto tuvo lugar un mes después del nacimiento de Bunny.

Aquella noche habla pronunciado Elmer una alocución en la comida del Club de la Caña y de la Escopeta. Para mostrarles bien a los miembros de la Caña y de la Escopeta que el Señor les había cubierto con sus bendiciones, declaró:

—Permitidme que os recuerde, amigos míos, que cuando el Señor escogió a sus primeros discípulos no buscó unos maricas enclenques, sino un par de pescadores de primera clase.

Las risas que acogieron esta declaración le excitaron hasta la embriaguez.

Desde el nacimiento de Bunny dormía en el cuarto de forasteros. Pero aquella noche, algo animado, se fue de puntillas a la habitación de Cleo, a eso de las once, con ese aire de deseo disimulado que las mujeres sin pasión perciben enseguida y temen.

—¡Estoy contento, Cleo! ¡La cosa ha salido bien! A todos les ha gustado lo que dije en la conferencia. Pero no sabes lo que siento que duermas aquí sola, — dijo acariciando su espalda, mientras que ella se apretaba contra el colchón.— Me parece que voy a dormir aquí esta noche.

Cleo suspiró y tomó un aire resuelto:

—¡No; te lo ruego! ¡Todavía no!

—¿Qué quieres decir con eso?

—¡Te suplico que me dejes! Estoy cansada esta noche. Anda, dame un beso y déjame dormir.

—¡Esto quiere decir que Vuestra Majestad está cansada de mis atenciones!— gritó Elmer midiendo el suelo a grandes pasos— ¡Amiga mía, ha llegado el momento de poner las cartas boca arriba! Hace tiempo que sospechaba esto. He sido todo lo tolerante y sufrido que he podido, pero ¡por Dios! tú lo tomas demasiado a la ligera y ahora te quieres volver atrás con un «Dame un beso y déjame dormir» ¡Naturalmente! Quieres que sea un monje o uno de esos maridos peleles que se contentan con rondar por la casa, sin decir esta boca es mía cuando a su mujer no le agradan sus abrazos! Pues, créeme, joven, te vas a fastidiar, y si crees que porque soy un pastor soy también un mentecato... No haces ni el más pequeño esfuerzo para aprender algo de pasión. ¡Parece que te pesa el estar conmigo! ¡Créeme, las mujeres no faltan y las mejores y las más guapas... sí, y las más religiosas!... no me miran como si fuera un monstruo. Pues no lo pienso tolerar... Ni siquiera has hecho el más pequeño esfuerzo...

—¡Pero Elmer! Te aseguro que lo he hecho. ¡De veras lo he intentado! Si tú solo hubieras tenido algo más' de paciencia al principio, yo habría podido aprender...

—¡Idioteces! ¡Lo que ocurre es que tú no te atreves a mirar las realidades como son! ¡Pues ya estoy hasta la coronilla! ¡Puedes irte al infierno! ¡Esta es la última vez, créeme!

Cerró la puerta de un golpe y toda la noche disfrutó oyendo los llantos de Cleo. Durante casi un mes cumplió la promesa de estar separado de ella. Después, el arreglo definitivo consistió en que tuvieran dormitorio separados.

Pero siempre estaba casi tan agitado y tan triste como ella. Cada vez que encontraba a una feligresa que consentía en consolarle, o en las ocasiones en que un asunto importante y misterioso le llevaba a Sparta, volvía sin alegría, con remordimientos de conciencia que se hacían patentes en la manera como fulminaba el pecado mismo que había cometido.

—¡Oh, Dios si yo hubiera podido continuar con Sharon, habría podido hacerme un hombre decente— se lamentaba, y su pesadumbre le hacía sentir conmiseración del mundo entero.

Al día siguiente en el templo, trataba de curar su pena con accesos de furor:

Y esos propietarios de dancings, estos seductores de muchachas encantadoras e inocentes, cuyas puertas se abren sobre un abismo de muerte y de horror, no se quedarán sin su recompensa... ¡Se quemarán!... Y su sufrimiento será júbilo para nosotros! El Señor habrá hecho justicia!

II

La fama del Reverendo Elmer Gantry se extendió pronto en todo el Estado durante los dos años que pasó en Sparta de 1918 a 1920. En la primavera de 1918 fue uno de los más valientes defensores del Oeste Central contra la inminente invasión de los Alemanes. Fue un patriota a toda prueba. Denunció en términos violentos las atrocidades alemanas y vendió grandes cantidades de Bonos de la Libertad. Amenazó abandonar Sparta a sus vicios para ir al frente a «cuidar de nuestros muchachos» como capellán castrense y quizás lo hubiera hecho si la guerra hubiese durado un año más.

En Sparta también empezó su propaganda religiosa tímidamente sensacional al principio, para llegar más adelante a tales tormentas de publicidad que debieron meter miedo al mismo diablo. Pero, de todos modos, todos los domingos por la noche acudían a la iglesia seiscientos pecadores en éxtasis. Después de un sermón sobre los horrores de la bebida el propietario de un bar ligeramente bebido gritó: «Bravo» y dejó un billete de cincuenta dólares en la bandeja.

No se había visto hasta entonces, a pesar de todos los progresos de la propaganda inteligente un esfuerzo para anunciar la salvación de almas como el poema en prosa, publicado por Elmer en la Crónica Mundial de Sparta un sábado del mes de diciembre de 1919.

¿OS GUSTARÍA QUE VUESTRA MADRE SE FUERA A BAÑAR SIN MEDIAS?

¿Creéis vosotros en la mujer a la antigua, que puede querer y reír sin dejar de ser el símbolo de la virtud divina, y que nos emociona hasta arrancarnos lágrimas con su inmensa ternura? ¿Os gustaría que fuese vuestra madre a los baños en promiscuidad de sexos o que bailara esa indecencia inventada por el mismo diablo, el «one step»?

El Reverendo Elmer Gantry responderá en persona a estas preguntas y otras parecidas el domingo por la mañana. Gantry tira con bala y da en el blanco.

Iglesia metodista de la Avenida Popular

Seguid a la multitud a feliz encuentro.

A la bella iglesia, de las bellas campanas.

III

Estando Elmer en Sparta advino la prohibición con sus oportunidades espléndidas para oradores de púlpito. También en Sparta desarrolló Elmer su campaña política más importante.

El más respetable de los candidatos para la Alcaldía de Sparta era un hombre de negocios muy cristiano, afiliado a la secta presbiteriana y fabricante de chanclos de goma. Es verdad que le acusaban de poseer inmuebles que albergaban varios de los peores burdeles y tabernas clandestinas, pero había sido suficientemente explicado que el infortunado propietario se había visto en la imposibilidad de desahuciar a sus inquilinos y que, además consagraba el producto casi íntegro de las rentas de sus inquilinos a la obra de las misiones en China.

Su contrincante era un individuo por todos conceptos censurable según los principios de Elmer, era un judío de ideas avanzadas que atacaba a las iglesias por no pagar impuestos, un abogado ávido de sensaciones y escándalos que defendía los sindicatos obreros, y a los negros gratuitamente. Al consultar Elmer a sus mayordomos sobre el asunto

le contestaron que había que apoyar al presbiteriano y que el inconveniente que tenía el judío radical no era solamente el ser radical, sino sobre todo, el ser judío.

Sin embargo, Elmer no estaba satisfecho. Ciertamente las casas de mala fama le inspiraban en su fuero interno menos antipatía que la que podría suponerse después de sus ataques públicos. Por otra parte estaba en un todo de acuerdo con la opinión del presbiteriano, quien decía que «en vez de intentar en materia de gobierno hacer experimentos peligrosos, era mejor aferrarse tenazmente al régimen actual con sus probadas ventajas en materia económica. «Pero al hablar con sus feligreses, descubrió Elmer que el «Pueblo» el sencillo y candoroso pueblo, que componía gran parte de sus fieles, detestaba al presbiteriano y demostraba sentir una admiración sorprendente por el judío.

—»Es muy bueno para con la gente pobre», decían.

Esto le dio a Elmer lo que él llamaba una «corazonada».

—Todos los potentados van a tomar parte por ese Mac Garry, pero mucho me equivoco o ese judío va a ganar, y todos los que le hayan ayudado van a tener una estupenda posición después de las elecciones— pensó Elmer.

Y se declaró decididamente en favor del judío. Los periódicos chillaron, los presbiterianos rugieron y los rabinos se frotaron las manos de gusto.

El púlpito no le bastó a Elmer; se fue a hacer campaña y a tronar en diversos mítines. Una vez le tiraron con huevos podridos en la cara, en la vecindad del barrio de los prostíbulos. Otra vez trató un negociante clandestino de whisky de llegar a las manos con él y esto fue una verdadera diversión para Elmer.

El negociante, hombre voluminoso y airado, subió a] estrado y le amenazó con los puños gritando:

—¡Maldito perro predicador, te voy a dar por tus embustes...!

El antiguo as del equipo de Terwillinger resucitó en Elmer. Tranquilo como en un partido avanzó, calculó el ángulo facial del «bootlegger» y le asestó un golpe de precisión. Vio al hombre caer en tierra, pero no se detuvo a mirarlo. Volvió a su puesto de orador y continuó hablando clamorosamente. Elmer Gantry se había hecho en un momento el más famoso de la ciudad.

Los periódicos reconocieron que su campaña prometía, y uno de ellos se puso de su lado. En el asunto de la virtud y de la pureza de las mujeres, como en el de los perjuicios del alcohol era su posición tan firme que hacerle oposición equivalía a acusarse de libertino.

En el consejo de la iglesia se produjo una confusión enorme. Cuando el presidente, amigo del candidato presbiteriano, declaró que iba a dimitir si Elmer continuaba, exclamó un anciano conserje:

—¡Y todos nosotros vamos a dimitir también si el Reverendo cesa en la lucha!

Sonaron aplausos de júbilo impropios de aquel santo lugar. Elmer estaba gozoso.

La campaña se hizo tan belicosa que vinieron reporteros de Zenith y entre ellos el famoso Bill Kingdom, del «Advocate-Times». A Elmer le gustaban los periodistas. Tomaba nota de todas sus declaraciones, desde las que hacía sobre el estudio de la Biblia en las escuelas, hasta su opinión sobre el mandato de Armenia. Los trataba con mucha consideración y procuraba no llamarles «jóvenes» sino «señores» y tenía cuidado de no darles con demasiada frecuencia golpecillos en la espalda. Los obsequió con excelentes puros, y les dijo:

—Me temo que no puedo hablarles a ustedes como predicador. Ya tengo bastante con el domingo. No les hablo más que como ciudadano, cuya única aspiración es de

mantener limpio el ambiente moral de la ciudad donde pienso educar a mis hijos.

A Bill Kingdom le cayó en gracia. Mandó un reportaje sobre «el pastor de la cruzada» al «Advocate-Times» de Zenith, el periódico más sensacionalista del Estado de Winnemac. El artículo apareció en la tercera página con una fotografía de Elmer con los puños levantados como para aplastar a todos los concupiscentes y viciosos de la humanidad.

Los periódicos de Sparta reprodujeron la información y hablaron de ella con elogio.

El judío ganó la campaña.

Inmediatamente después— seis meses antes de la asamblea anual de 1929,— llamó el obispo Toomis a Elmer.

IV

—Al principio temí— le dijo el obispo— que usted cometiera un gran error al meterse en el charco de esa campaña electoral de Sparta. Después de todo, nuestra misión es la de predicar el evangelio y la sangre redentora de Jesús, y no la de meternos en política. Pero su éxito ha sido tal que le perdono y ha llegado la hora de que... En la próxima Asamblea, voy a poder ofrecerle al fin una iglesia aquí mismo en Zenith, y una muy grande, pero que le situará ante problemas que requieren una mano de hierro. Se trata de la vieja iglesia de Well Spring, en la Avenida de Stanley, esquina a la de Dodswoerth, en la que llamamos Ciudad Vieja. Era, en tiempos, una de las iglesias metodistas más frecuentadas y más importantes de la ciudad, pero la congregación ha disminuido y de unos mil cuatrocientos feligreses han quedado solo unos ochocientos. Con el pastor actual— usted lo conoce— el anciano Seriere, un verdadero caballero, y un alma generosa, pero pésimo orador, no acuden, al parecer, más que cien personas a los cultos de la mañana. ¿No es una vergüenza, Elmer, una verdadera vergüenza, ver esta gran institución que debería servir de consuelo espiritual a muchedumbre de almas, caer así en decadencia y— lo que es también grave— no poder dar ni un céntimo para nuestras misiones? ¿No podría usted infundirle nueva vida? Vaya usted a echar un vistazo a la iglesia y al barrio y comuníqueme sus impresiones. O acaso prefiera usted quedarse en Sparta donde tiene, según creo, cuatro mil dólares. Ahora bien, si usted consigue dar a la iglesia su antiguo relieve, creo que el Patronato le remunerará su labor debidamente.

¡Una iglesia en Zenith! Elmer la habría aceptado casi sin sueldo. Se veía ya Doctor en teología, obispo o presidente de Universidad y hasta ocupando un púlpito de una gran iglesia en Nueva York.

La iglesia metodista episcopal de Well Spring era un horrible edificio de piedra gris con ventanas amarillentas, y alta torre adornada con gárgola de zinc. El barrio había estado bien, pero las casas de ladrillos, rodeadas antaño de bonitos céspedes y jardines, aparecían ahora sucias y descuidadas. La mayoría estaba convertida en casas de huéspedes, y en los bajos había ahora salchicherías.

—¡Caramba!— dijo Elmer. Este barrio no podrá nunca volver a su antigua prosperidad! Demasiados de esos malditos griegos. Y una nube de italianos. No hay nadie en esas diez manzanas de casas que dé más de diez céntimos en la colecta. ¡No se puede hacer nada! ¡No voy a abrir una cocina económica y predicar a un atajo de golfos para que vayan a ver a Jesús! ¡De ninguna manera!

Pero vio, no muy lejos, una nueva casa de vecinos, y muy cerca una excavación.

—¡Hola! Esto es otra cosa. Es posible que construyan más casas de ese tipo. No se

debe juzgar tan de prisa. Además, esta gente necesita el evangelio tanto como muchos de esos ricachones de Royal Ridge— reflexionó el Reverendo Gantry.

Por medio de un antiguo conocido, Gil O'Hearn, del Hotel O'Hearn, se puso Elmer en relación con un contratista de obras de posición para enterarse del valor de la santa viña de Well Spring.

—Sí, es verdad, se van a construir muchas viviendas excelentes en el barrio en los años venideros. Va a prosperar mucho la Ciudad Vieja. Está bastante cerca del centro comercial y lo suficientemente lejos de la estación de ferrocarril, para que no haya almacenes grandes o vendedores al por mayor. Buena ocasión para comprar, Reverendo.

¡Oh! Yo no voy a comprar. Yo vendo. Yo vendo el Evangelio— dijo el Reverendo. Y fue a decirle al obispo Toomis que, después de haber rezado y meditado, había decidido aceptar el pastorado de la iglesia de Wells Spring.

Así, a los treinta y nueve años, llegó César a Roma y Roma recibió la nueva enseguida.

CAPITULO

XXIII

I

YA no era Elmer el predicador humilde que quiere mostrarse bondadoso y ejemplar. Era como el nuevo director general de una gran fábrica, cuando irrumpió en a iglesia metodista de Well Spring, en Zenith.

—El edificio está muy estropeado, habrá que reconstruirlo— fue lo primero que dijo.

Fue acompañado en su visita de inspección por su estado mayor: miss Bundle, la secretaria de la iglesia y su secretaria particular, una señorita marchita y fea, absolutamente desprovista de encantos. Miss Weezeger, la diaconesa, consagrada a engordar y a hacer buenas obras; Cherry, el organista y director musical, empleado temporal.

A Elmer le desagradó que la Iglesia no le quisiera dar ningún ayudante ni un maestro de enseñanza religiosa. ¡Pero ya se encargaría él más adelante de meterlos en cintura! ¡No faltaba más!

El auditorio tenía capacidad suficiente para mil seiscientas personas; pero era sombrío, con sus vidrieras rayadas, sus muros de yeso gris y sus columnas de hierro fundido. La pared al fondo del presbiterio estaba pintada de un azul siniestro con estrellas, que habían dejado de lucir hacía mucho tiempo. El púlpito era de roble oscuro, coronado por un absurdo cojín de terciopelo verde con borlas. La sala imponía por su pesadez, y los bancos, vacíos, de color oscuro, parecían mirar a Elmer melancólicamente.

—¡Con seguridad que no eran muy alegres los buenos cristianos que han hecho esto! Dentro de cinco años tendré una iglesia nueva..., una iglesia que tendrá vida, con torres góticas y una instalación moderna para la enseñanza religiosa y las fiestas... — se dijo a sí mismo el nuevo pastor.

Las clases de la escuela dominical eran espaciosas, pero estaban sucias y llenas de libros de himnos rotos. En la cocina, instalada en el sótano, había una vieja estufa oxidada y pilas de vajilla rota. El gabinete de trabajo y la oficina de Elmer no tenían ventilación y daban al patio de un garaje lleno de automóviles desechados. Y, según dijo el Sr. Cherry, el

órgano estaba completamente ronco.

—Bien — se dijo Elmer—, ¡qué importa! De todas maneras hay mucho sitio para el público, y la verdad, ¡yo soy el hombre que sabe atraerlo! ¡Dios mío, qué vieja más asquerosa es esa Bundle! Uno de estos días voy a tomar otra secretaria, que sea una muchacha agradable... y guapa. Bueno, pues... ¡al trabajo! ¡Voy a enseñar a esta ciudad lo que es un predicador de alta categoría!

Necesitó tres días para acordarse de que quizá a Cleo también le gustase ver la iglesia.

II

Zenith tenía unos cuatrocientos mil habitantes, contra novecientos en Banjo Crossing, y, a pesar de esto, la recepción dada a Elmer en el sótano de la iglesia se pareció singularmente a la de Banjo Crossing. Eran los mismos hermanos torpes y pesados, las mismas hermanas renombradas por su habilidad para hacer buñuelos, la misma gente sencilla inclinada a burlas inocentes y risitas inmotivadas. El mismo helado hecho en casa y la misma oratoria casera. Pero había cinco veces más gente que en la recepción de Banjo, y Elmer adoraba las cantidades grandes. Entre aquellos campesinos trasplantados a la ciudad había varios representantes prósperos de las profesiones liberales, algunas mujeres bien vestidas y varias chicas guapas que parecían frecuentar los salones de baile, aunque fuese contra la Disciplina metodista.

Elmer estuvo jovial y afable con todos sus feligreses, a quienes llamaba «sus compañeros de cruzada, decididos a marchar hacia la instauración del reino de Dios en la tierra».

Le fue fácil descubrir cuáles eran los miembros presentes del Patronato, merecían toda su atención. Uno de estos altos dignatarios era el Sr. Ernest Apfelmus, propietario de la «Perla del Océano», fábrica de tartas y pasteles. Parecía un muchacho inflado, cuyas dimensiones hubieran aumentado de repente. Era muy rico — le dijo en voz baja miss Bundle—, rico hasta el punto de no saber en qué gastar su dinero, salvo en diamantes para su mujer y para la causa del Señor. Por esto Elmer agasajó especialmente al Sr. Apfelmus y a su mujer, la cual hablaba su poquito de inglés y todo.

No tan rico, pero sí influyente — sospechó Elmer—, Mr. Rigg, el famoso abogado criminalista, miembro del Patronato de la iglesia de Wellspring.

Rigg era un hombrecillo, con la cara llena de arrugas y ojos alegres y penetrantes. Sería — se imaginó Elmer en el acto— un buen compañero para beber. Su mujer tenía aspecto muy juvenil, con su cara redondeada, su cutis fino y sus ojos azules, aunque ya debía haber cumplido los cincuenta años. Parecía muy vivaracha y reía alegremente.

—Con esta pareja se podrá hablar sin rodeos — pensó Elmer y se acercó a ellos.

—Oiga, reverendo, venga usted después de la reunión a mi casa, con su señora — le dijo Rigg—. Podemos pasar un rato agradable, divertimos algo y olvidar este sitio, que parece un taller de modistas.

—Con mucho gusto iría, pero Elmer pensó que no habría diversión agradable estando Cleo presente, y añadió:

—Pero mi mujer tiene un terrible dolor de cabeza, la pobre. La mandaremos a casa y luego iré con ustedes.

—¡Muy bien, cuando usted haya estrechado algunos miles de manos por lo menos!

—¡Exactamente!

A Elmer le impresionó profundamente ver que el señor Rigg poseía una «limousine» con chófer — una de las pocas que había visto Elmer—. Le satisfacía que sus hermanos en Cristo estuvieran en buena posición. La contemplación de la «limousine» le hizo sentirse menos familiar con los Rigg, más respetuoso y más untuoso que de costumbre. Cuando hubo dejado a Cleo en el hotel, Elmer se repantingó en el asiento de terciopelo y exclamó con un amplio gesto poético:

—¡Qué recibimiento más hermoso me han hecho! ¡Cuán obligado les quedo! Ha sido una verdadera efusión espiritual!

—Oiga — dijo Rigg en tono burlón—, ¡no se moleste en ser pío con nosotros! Mamá y yo somos dos perros viejos. Nos gusta la religión, nos gustan los cánticos antiguos — nos recuerdan el pueblo natal— y creemos que la religión es una cosa excelente para imponer orden a todos, hacer pensar a la gente en cosas más elevadas y situar su espíritu por encima de todas estas huelgas, salarios excesivos y otras agitaciones que desmoralizan la industria. Y me gusta también que un pastor tenga buena presencia y sea capaz de impresionar a la gente. Por todas estas razones pertenezco a la Junta. Pero religiosos no lo somos. Siempre que usted quiera distraerse — ¡y estoy seguro que un hombre tan gallardo como usted debe sentir náuseas algunas veces de aguantar a tantas lloronas venga a nuestra casa, y si quiere usted alguna vez fumar o beber algo en mi compañía estamos siempre a su disposición ‘y sabremos comprenderle. ¿Que te parece, mujercita?

—¡Claro que sí! — dijo la señora de Rigg—. Y yo bajaré a la cocina a freiros un par de huevos si no está la cocinera; y si usted no lo dice a los otros hermanos, le diré que hay siempre una buena botella de cerveza en la refrigeradora. ¿Le gustaría a usted una?

—¿Que si me gustaría?... — exclamó Elmer alegremente—. ¡Ya lo creo que me gustaría! Pero... he dejado de beber y fumar desde hace unos años. ¡Oh, antes fumé y bebí sin tasa! Pero lo dejé por completo, y no quisiera empezar de nuevo. Pero ustedes no se cohíban por mí. Y les aseguro que será un consuelo enorme para mí tener en mi iglesia personas a quienes pueda hablar sin escandalizarlos. ¡Todos esos santurrones, que se creen más santos que los mismos Santos y que, ¡ah, señor!, no dejan a un pastor ser hombre!...

La casa de los Rigg era grande y algo anticuada, estaba llena de libros, libros que habían sido leídos de verdad, de Historia, biografías, viajes. El pequeño salón, con su chimenea de leña y sus grandes sillones tapizados, tenía un aspecto agradable. La señora de Rigg exclamó:

—Vamos a la cocina. Voy a prepararles un refrigerio. Un «welsh rabbit». Me gusta guisar, pero no me atrevo a ir a la cocina hasta que los criados se han acostado.

Y así resultó que la primera charla de Elmer con T. J. Rigg — que más tarde iba a ser el único amigo de verdad que Elmer había tenido después de Jim Lefferts se celebró en la mesa esmaltada de blanco en la amplia cocina, mientras la señora de Rigg les servía apio, pollo asado y todo lo que encontró en la nevera.

—Le voy a pedir un consejo, hermano Rigg — dijo Elmer—. Quisiera para mi primer sermón algo sensacional, algo que conmueva a la gente y les obligue a escuchar atentamente. Tengo tiempo hasta mañana para anunciar mi tema. ¿Qué le parece a usted si hablara sobre el pacifismo?

—¿Eh?

—Ya sé lo que usted piensa. Naturalmente, durante la guerra yo fui tan patriota como cualquiera. Un mes más y me hubiesen ustedes visto de uniforme. Pero, la verdad, resulta que algunas iglesias y también algunos predicadores de fama se ocupan ahora de esto del pacifismo — ahora que no hay guerra—. Que yo sepa, nadie ha tocado todavía el

tema aquí, en Zenith.

—Sí, es verdad, y mientras no haya alguna guerra a la vista tío veo por qué no se va a hablar de pacifismo.

—¿O cree usted — usted que conoce bien a la parroquia— que algún sermón más digno, es decir, más poético, les impresionaría más? ¿O quizá un ataque de esos buenos y vigorosos contra el vicio? Ya sabe usted..., la bebida, la inmoralidad — como aludir las faldas cortas—. ¡Y la verdad es que las faldas de las mujeres se llevan cada vez más cortas!

—Eso me parece lo mejor — dijo Rigg—. Eso les interesa. ¡No hay nada como un buen sermón bien recargado contra el vicio para hacer acudir a la gente! ¡Sí, señor! ¡Un ataque duro contra la bebida y contra esta abominable inmoralidad sexual, que cada vez se extiende más!

El Sr. Rigg preparó pausadamente su whisky, echándole bastante agua, para que no estuviera demasiado fuerte, porque al día siguiente tenía que defender a una señora que estaba acusada de tener un garito.

—No le quepa duda. Hay gentes que dicen que esta clase de sermones no son otra cosa que ganas de hacer cosas sensacionales; pero lo que yo les digo siempre es, que lo primero que tiene que hacer un predicador es lograr que venga la gente a la iglesia. Es muy difícil hacer un buen sermón contra el vicio, pero una vez hecho esto, entonces vendrá la buena religión por sí misma y se podrá predicar sobre la salvación, la obediencia a las leyes y la obligación en que están de realizar una labor honrada, digna de su salario, en lugar de estar siempre pendientes del reloj, como mis malditos escribientes! ¡Sí, señor! Si me pregunta usted a mí le aconsejaría que les hable del vicio... Oye, mujercita, ¿crees que el reverendo se escandalizaría si le repito esa anécdota de la doncella y el viajante que Mark nos ha contado?

No. Elmer no se escandaliza. Además les contó otro cuento picante de su cosecha.

No se fue a casa hasta la una.

—Voy a pasarlo bien con estos nuevos amigos — reflexionó en el «taxi»—. Pero hay que tener cuidado con el viejo Rigg. Es un pajarraco muy listo y me ha calado... Bueno, a mí no me ha calado en nada. ¡No ha pasado nada para que me haya podido calar! ¿No me negué a aceptar una copa y un puro? Ya ni siquiera digo juramentos, excepto cuando me irrito. Estoy llevando una vida absolutamente cristiana y atraigo a la iglesia infinitamente más almas que cualquiera de esos santones que tienen miedo de reírse y hacer reír a la gente. ¡A mí no me cala nadie!

III

El sábado, por la mañana, en la página de los anuncios religiosos publicaron los periódicos de Zenith uno a dos columnas anunciando que Elmer iba a predicar sobre el interesante tema «¿Pueden los forasteros encontrar refugios del vicio en Zenith?»

—Sí, y sin ninguna dificultad — respondió Elmer su propia pregunta en el sermón que pronunció, no ante el auditorio habitual de un centenar de personas, sino ante cuatrocientos oyentes.

El era todavía un forastero en Zenith. Había recorrido la ciudad y se había quedado estupefacto, aturdido, abrumado de horror ante la extensión del vicio y de sus tentaciones. Había visitado la isla de Braun, una playa de mala nota, con «dancing», y un restaurant, en el sur de Zenith, y había encontrado allí baños en promiscuidad. Describió las pantorrillas de las mujeres; describió a dos amables mujercitas que le habían hablado en la calle y le

habían llevado allí. Habló del camarero, que había negado que en el restaurant de Braun se sirvieran bebidas alcohólicas, pero que fue tan amable que le dijo dónde podía obtenerlas y dónde podía jugar todas la noche al póker, «y jugar al póker cuando le diera la gana», explicaba Elmer.

En la Avenida de Washington, al norte de Zenith, había encontrado dos cines en los cuales «los proveedores del vicio» en putrefacción, repugnantemente pintarrajeados — así llamaba a los actores—, habían ejecutado en la pantalla «bailes incitantes que harían enrojecer a toda mujer decente», y donde los mismos proveedores del vicio habían consumido bebidas que no podían ser otras que los peligrosos «cocktails». Al volver a casa, después del espectáculo, le habían abordado tres «bellas nocturnas» bajo la luz potente de los focos de la Avenida. Unos golfos de los que suelen holgazanear por las esquinas de las calles — Elmer parecía conocerlos bien— le habían indicado cabarets clandestinos y los sitios donde podría encontrar traficantes de drogas y vicios exóticos.

—¡Y esto — gritó— es lo que un forastero puede encontrar en vuestra ciudad, que es ahora la mía! ¿Pero podría encontrarse también la virtud con tanta facilidad? Sí; sin duda se encontrarían con facilidad muchas iglesias indulgentes y rutinarias, mientras la ira del Señor amenaza la ciudad con el fuego y el azufre que asolaron a las orgullosas Sodoma y Gomorra por sus abominaciones! ¡Escuchadme! ¡Con la ayuda del Todopoderoso vamos a hacer de esta iglesia un baluarte de la virtud para que ningún forastero pueda menos de verla! Somos perezosos. No tenemos bastante celo por la virtud. ¡Poneos de rodillas, indolentes, y rogad a Dios que os perdone y que os ayude y que me permita a mí formar una liga de Hermanos que cumplan con ardor y alegría los mandamientos de Dios!

Los periódicos publicaron casi todo lo que había dicho... Dio la casualidad que había periodistas presentes — Elmer había llamado por teléfono el sábado al periódico «Advocate Times»— y dio la coincidencia de que se acordó que había conocido en Sparta en Bill Kingdom, el reportero del «Advocate Times», solamente en atención a su amistad con Bill, le contó que había algo interesante para su periódico en la iglesia el domingo siguiente.

El sábado siguiente Elmer anunció el tema de su sermón: «¿Hay realmente un diablo que anda rondando por ahí con cuernos y pezuñas?» Aquel domingo hubo setecientas personas, y dos meses más tarde, Elmer, cuya firmeza y habilidad en los efectismos se habían acrecentado, predicaba ante multitudes tales como ninguna iglesia de Zenith, con excepción de cuatro o cinco, había congregado jamás.

—¡Bah! ¡Es la novedad del momento! Esto no durará. Ese hombre no tiene ni sabiduría ni firmeza. Además, la Ciudad Vieja está en decadencia.

Esto fue lo que se dijeron los colegas de Elmer, y particularmente sus hermanos en Dios, los metodistas.

IV

Cleo y Elmer habían encontrado en la Ciudad Vieja una casa antigua, muy hermosa. La renta era barata, a causa de la vecindad de gente pobre. Elmer había insinuado a su mujer que, dados los sacrificios espirituales que él hacía al aceptar un salario inferior en Zenith, su padre, como buen cristiano, debía de ayudarles en el caso de que no tuviera éxito con su padre, Elmer — bien a pesar suyo— tendría que enfadarse con ella.

Cleo volvió de su visita a Banjo Crossing con dos mil dólares.

Tenía ella un buen gusto natural para elegir el mobiliario. Para hacer juego con la

antigua casa y con sus zócalos de caoba mandó hacer reproducciones de sillas, cómodas y mesas de la época colonial de Nueva Inglaterra. Había una chimenea blanca y una hermosa araña antigua de cristal en el salón.

—¡Qué elegancia! — exclamó Elmer—. ¡Vamos a poder recibir a la gente como es debido, y créeme, pronto voy a tener personas de la alta sociedad en la iglesia! Algunas veces quisiera haber ingresado en la Iglesia episcopal. Hay más distinción allí y no se escandalizan porque un pastor tome una copita —dijo a Cleo.

—¡Oh, Elmer! ¿Cómo puedes hablar así? Cuando Precisamente los metodistas...

—¡Oh! Desearía que, al menos por una vez, no me entendieras mal deliberadamente. No hago más que divagar en sentido filosófico, sin referirme a mí personalmente, y tú vas y...

Cuando Elmer vio su casa en orden se ocupó de su vestuario. Se vestía con tanto cuidado como un actor. Para el púlpito continuaba llevando levita. Para su despacho de la iglesia eligió trajes de color gris, marón y azul con rayas, con cuellos planchados y discretas corbatas azules. Para hablar en banquetes ligeramente ruidosos en los clubs elegantes adoptó trajes de sport y cuellos blandos, que hacían juego, por su estilo viril, con su voz y su jovialidad de hombre vigoroso.

Echó su espeso pelo de la frente cuadrada y fuerte para atrás y lo dejó colgar a modo de melena justamente algo por encima del cuello. Era todavía demasiado negro para ser cabello de profeta.

Los dos mil dólares se gastaron antes de concluir su primer mes de estancia en Zenith.

—Pero todo está muy bien invertido —decía Elmer—. Cuando yo conozca a la gente gorda se enterarán de que, a pesar de mi destartalada iglesia en este barrio de pelagatos, puedo darme tantos aires como si estuviera predicando en Chickasaw Road.

V

Si en Banjo Crossing se había aburrido Elmer por no tener nada que hacer, en Zenith estaba cargado de trabajo.

La iglesia de Wellspring era el centro de una veintena de instituciones y obras diversas. Elmer procuró aumentarlas hasta el doble, porque no había nada como eso para lograr simpatías, publicidad y dinero. Viejas harpías llenas de dinero, que no iban nunca a la iglesia, le darían de cien a quinientos dólares si las describía con habilidad el espectáculo de las pobres madres de familia cubiertas apenas con un chal que venían llorando a la Gota de Leche.

Había clases de trabajo manual, de ciencia doméstica, de gimnástica y de ornitología para los muchachos y muchachas pobres de la Ciudad Vieja. Había grupos de «Boy-scouts» y de «Camp Fire Girls». Había reuniones de la Asistencia de Señoras, reuniones de la Sociedad Misional, cenas de iglesia antes de los rezos, una escuela práctica de la Biblia para los profesores de la escuela dominical, una Sociedad de costura, un Asilo para niños y una cantina gratuita para los pobres y enfermos. También había media docena de Círculos de jóvenes y de señoritas, media docena de Círculos de señoras, un Club masculino con comidas mensuales, para las cuales el pastor tenía que buscar a oradores preeminentes que hablasen gratis. La escuela dominical era una pequeña universidad. Todos los días había además visitantes que pedían al pastor consuelo, consejos o dinero; gente joven en peligro de tentación, viudas que buscaban un empleo, otras más viejas que pedían

pruebas seguras de la inmortalidad, vagabundos que pedían limosna y agentes de venta muy elocuentes, de librerías. Mientras que en Banjo Crossing los aldeanos eran demasiado tímidos para contar sus penas al pastor, aquí, en la ciudad, había siempre gentes solitarias que se complacían en ir a hacerle confidencias muy interesados en hablar de sí mismos y esperando que el pastor tuviera el mismo interés por ellos.

A pesar de todo, Elmer tenía tiempo para preparar sus sermones, y eso que ahora deseaba hacerlos originales y elocuentes. Ya no le satisfizo lo que sabía; quería enriquecer su vocabulario, adquirir nuevas ideas sacadas de la Biología, de la Historia y de los artículos políticos.

Permanecía fuera de casa desde las ocho de la mañana, de ordinario después de un desayuno, durante el cual solía preguntar a Cleo por qué diablos no había podido conseguir que Nat y Bunny le dejaran leer tranquilamente su periódico. No volvía hasta las seis, con un cansancio enorme. Por la noche tenía que estudiar... Estaba siempre de mal humor... Los niños le tenían miedo, aun cuando por las noches se dignaba hacer el buen papá y los subía en sus espaldas, quisieran o no. Tenían los niños un respeto enorme a Dios y cumplían sus mandamientos, porque Dios se encarnaba tan admirablemente en su padre.

Cuando Cleo estaba ocupada en reuniones y juntas de Asociaciones pías, Elmer la reprochaba por abandonar la casa; cuando su celo por la iglesia disminuía, la acusaba de no ayudarlo en su profesión. Era evidentemente culpa de ella, por no haber sabido organizar la casa, por lo que Elmer no tenía nunca tiempo para hacer la oración de la mañana en familia... Le servía de compensación la furia con que rezaba antes de las comidas, echando miradas fulminantes a los niños si se movían en sus sillas.

El timbre del teléfono no cesaba nunca de sonar, tanto en su oficina como en casa, toda la tarde y hasta por la noche.

¿Qué debía resolver miss Keezegeer, la diaconesa, sobre la vieja miss Mally, que pedía una nueva camisa de noche? ¿Podía el Rev. Gantry pronunciar un corto discurso sobre «La Publicidad y la Iglesia» en el Club de Publicidad el próximo martes, por la tarde? ¿Podía perorar en el «Club Musical y Literario Letitia» sobre «Religión y Poesía» el próximo jueves, a las cuatro (precisamente a la misma hora en que tenía que ir a una junta del Patronato)? El conserje de la iglesia quería encender la calefacción y no había carbón. ¿Qué consejos podía el Rev. Gantry dar a un joven que quería estudiar en la Universidad y que carecía de medios? ¿De dónde había sacado la cita según la cual Catón había aprendido el griego a los ochenta años, como había dicho en su sermón del último domingo? ¿Podría el Sr. Gantry ser tan amable que hablase en el Colegio Lincoln el viernes, por la mañana, a las nueve quince? Los pobrecitos niños recibirían gustosamente el «mensaje» que les quisiera dirigir, ya que el orador inscrito no podía venir. ¿Podía el equipo de basketball de señoritas utilizar el sótano de la iglesia esta noche? ¿Podía el reverendo venir inmediatamente a casa de Ben T. Evers, calle Appleby, 2616, a cinco millas de distancia? La abuela estaba enferma y tenía necesidad de los auxilios de la religión. ¿Qué diablos quiso decir el reverendo el domingo pasado cuando afirmó que el fuego del infierno era puramente espiritual y figurado? ¿No sabía que San Mateo, capítulo V, versículo 29, decía: «Tu cuerpo entero será echado al infierno»? ¿Podría devolver inmediatamente las pruebas del Boletín de la parroquia al impresor? ¿Podía mañana reunirse en el despacho del Sr. Gantry el Comité del Círculo de Señoras del Barrio Suroeste? ¿Podía el Rev. Gantry tomar la palabra en el banquete de la Asociación para el Mejoramiento de la Ciudad Vieja? ¿Quería el reverendo comprar un auto de ocasión en condiciones muy favorables? ¿Podía el reverendo...?

—¡Dios mío! — gritó el reverendo, y añadió: — ¡Caramba! Desde luego, tú no puedes contestar por mí, Cleo. Pero, por lo menos, podrías dejar de tararear mientras yo estoy fastidiado con estas imbéciles y me estoy sacrificando hasta lo indecible.

¡Y las cartas!

A raíz de cada sermón recibía epístolas en que le decían que era la esperanza del evangelismo, o que no era más que un demonio con pezuñas, o que era un orador inspirado, o que a todos les parecía un saxofón humano. Un sermón sobre las delicias del Paraíso, que pintó como una eterna tarde de verano al lado de un lago, le valió por el mismo correo cuatro comentarios:

«Tengo una idea muy importante para usted, después de haberle oído el domingo por la noche: ¿por qué no celebra el culto todas las noches para ablar de las jentes del zielo y de los peligros del infierno? Devemos de darnos prisa y correr mucho; la iglesia está en un camino malo, y nosotros, que emos rezivido las pruebas infalibles del zielo y del infierno, para darnos prisa si tenemos que salvar a los que perecen, acer saver en todas el yamamiento de Dios, yenas las iglesias y baziar esos teatros malditos. Sullo,

James C. Wickles.

2113 A. McGrew Street.»

«El que le escribe es un honrado y firme cristiano, y le voy a decir, Gantry, que la única cosa conveniente, útil y agradable en su sermón del domingo pasado fue «Roguemos, hermanos míos». Sólo que debía usted haber dicho «voy a rogar», en vez de «roguemos». Con sus alusiones blandas y dulzonas al cielo y el miedo que tiene de describir debidamente los horrores del infierno inspira usted a las gentes una despreocupación y una confianza en sí mismos pie les hace caer fácilmente en el pecado. Mientras pretende creer sinceramente en cada palabra de la Escritura tomada en sentido liberal, no es usted más que un ateo vestido de cordero. Soy ministro del Evangelio y sé de lo que hablo.

Suyo,

Almón Jewings Strafe.»

«El domingo pasado he escuchado su sermón anticuado y vacuo. Usted se las da de liberal, peno es más que un conservador empedernido. Nadie cree ya en un cielo o en un infierno material, y está usted haciendo el ridículo al hablar de esto. Despierte usted y estudie las ideas modernas.

Un estudiante.»

«Querido Hermano: Su sermón del domingo pasado es el más hermoso que he oído jamás. No soy más que una señora anciana y no me encuentro muy bien; pero, en medio de mis males y penas, sobre todo en lo que concierne a mi nieto, que tiene el vicio de beber, sus maravillosas palabras me han consolado tanto, que no se lo puedo describir.

Su admiradora,

Mrs. R. R. Gommerie.»

Y era preciso, con excepción de las virulentas cartas anónimas, contestarlos a todos... en su oficina sin ventilación, frente al estante de libros encuadernados en negro, dictando a la quejumbrosa miss Bundle, la mecanógrafa, que nunca cogía bien una dirección, que ponía espacio simple donde debía de haber empleado espacio doble, y que parecía escribir a una velocidad aceptable, hasta que uno se enteraba que la obtenía a costa de omitir la mayor parte de los verbos y de los adjetivos.

VI

Si eran irritantes los días de la semana, ¡qué no serían los domingos! Aquel día estaba su familia nerviosa y con un miedo espantoso de molestarle. Elmer mismo estaba con una tensión de nervios como un autor en noche de estreno.

A las siete ya estaba levantado, hojeaba sus notas, preparaba su exhortación a la Escuela dominical y con voz aguda gritaba a Cleo:

—¡Dios mío! Debías de hacer el desayuno a la hora, por lo menos hoy. ¿Por qué no ha venido el encargado de la calefacción? ¡Me voy a helar mientras estoy estudiando!

A las diez menos cuarto ya estaba en la Escuela dominical, y con frecuencia tenía que encargarse de la clase de Biblia para Hombres, extraordinariamente concurrida, e instruirlos en significados ocultos ‘de la Biblia, gracias a sus conocimientos del hebreo y del griego, conocimientos vedados a los seglares.

Los servicios de la mañana empezaban a las once. Acudían no menos de mil personas, y al echar un vistazo sobre ellos desde la puerta de su gabinete Elmer sentía cierto temor. ¿Podría él retener su atención? ¿Qué diantres pensaba decirles sobre la comunión? No podía acordarse ni de una sola palabra.

No era fácil exhortar a los no regenerados a que marcharan por el camino de la salvación.

¿Querrían obedecerle? Y, después de todo, ¿qué le importaba a él? En los días de comunión, cuando las gentes venían a arrodillarse alrededor del altar, no era fácil permanecer serio cuando veía ante sí los ojos extasiados y las bocas hipócritas de los hermanos a quienes conocía y sabía que eran unos sinvergüenzas en su vida privada.

No era fácil proclamar con la convicción debida que el que mirara a una mujer con malos pensamientos iría volando al infierno, cuando ante sí, en la primera fila, estaba una chica guapa que le miraba con devota admiración. Lo peor de todo era que cuando, al final, estaba cansado y hubiera querido retirarse, tenía que quedarse para dejarse apretar las manos por viejas solteronas. Había que aguantar, sin pestañear, cuando le decían que era un ángel de plata y que les era enormemente simpático.

¡Había que buscar para cada una palabra nueva, amable y no demasiado expresiva! ¡Y mientras tanto, los hombres le miraban como si fuera una vieja con pantalones!

Cuando llegaba a casa para comer, buscaba una ocasión para sentirse ofendido, menospreciado o fastidiado, y casi siempre la encontraba.

Tenía todavía por delante el servicio del domingo, por la noche, con frecuencia sesiones de la Liga Epworth, y algunas veces, a las cuatro, reuniones especiales. Si los niños le turbaban la siesta del domingo por la tarde, Elmer representaba el papel del profeta

agraviado. ¡Dios mío! Todo lo que pedía de Nay y de Bunny era que, como buenos hijos de pastor metodista, no se les viera el domingo por la tarde ni en la calle ni en los parques públicos, y que no hiciesen ruido en casa. Algunas veces solía decirles que cometían un gran pecado con obligarle a enfadarse, porque la ira era indigna de un sacerdote.

Pero los afanes y rencillas domésticas no le impedían luchar, y luchar con gran éxito en su vida profesional.

VII

Elmer seguía en las mejores relaciones con el obispo Toomis.

Había consultado al principio con el obispo y con el perspicaz abogado T. J. Rigg para saber cuáles eran entre sus colegas los que merecía la pena de tratar.

Entre los pastores de otras sectas distintas de la metodista le recomendaron que visitase al Rev. Prosper Edwards, el cultísimo pastor de la Iglesia congregacionalista de los Peregrinos; al Dr. John Jennison Drew, el activo y virtuoso pastor de la iglesia presbiteriana de Chatham Road; a un baptista, el Rev. Hosea Jessup, y a Willis Fortune Tate, a quien, a pesar de ser episcopal y algo vacilante en la fe y en lo tocante al alcohol y al infierno, tenía uno de los rebaños más distinguidos y de mejor posición económica de la ciudad. Y para quienes pudiesen soportar la ridícula pretensión de los Cristianos Científicos de que ellos eran los únicos que poseían la verdad, estaba el célebre pastor de la Primera Iglesia Científica, Mr. Irving Tillish.

En cuanto a los pastores metodistas de Zenith, Elmer pudo estudiarlos uno a uno en sus reuniones habituales de los lunes por la mañana, que se celebraban en la capilla de los funerales y bodas de la Iglesia central. Tenían la apariencia de un grupo de hombres de negocios. No había más que dos que llevasen trajes clericales, y de estos dos, uno sólo mostraba su conformidad con el Papa y los errores de Cantorbey, llevando un cuello que se abrochaba por detrás. Algunos parecían campesinos, otros masones, pero la mayoría parecían pequeños tenderos. El Rey. Chatterton Weeks se permitía usar calcetines de fantasía de color claro, pañuelos de seda y un enorme anillo con una esmeralda. Este atuendo le daba un aire de elegancia de cabaret. No parecían demasiado untuosos entre sí. Se daban golpecillos en la espalda, se llamaban por su nombre de pila y se decían uno al otro: «¡Oye, tú, bribón, te estás llevando a todos los feligreses de la ciudad!» A los más viriles y de más éxito les parecía muy adecuado decir de vez en cuando: «¡Maldita sea!»

Un profano sin malicia se hubiera quizá quedado asombrado de verles allí, como los niños en la escuela, escuchando conferencias, no sobre temas como el crédito y el movimiento de ventas en las ferreterías, sino sobre problemas concretos e interesantes de la fe. Es verdad que en la compensación se leía un buen número de referencias sobre asuntos comerciales: Qué clases de bancos de iglesia eran los que hacían menos daño a la espalda; si merecía la pena enviar tarjetas postales diciendo «¿Dónde estuvo usted el domingo pasado? Ha faltado usted a la clase de Biblia para los hombres». Se comparaban los méritos de un termómetro, un reloj o un contador gigantesco que sirviesen para registrar el dinero recaudado con las colectas. Se debatía también la cuestión de las estrellas de oro o de plata como recompensas para la asistencia a la Escuela dominical, la utilidad de darles a los niños huchas en forma de una bonita y pequeña iglesia, para animarles a meter sus perritas para las obras cristianas, y los efectos moralizadores de los solos de violín.

Como estos predicadores eran seres humanos, incurrían en flaquezas, tales como exagerar algo la asistencia de fieles a sus iglesias y la cuantía de sus ingresos por las

colectas.

Elmer se dio cuenta que el superintendente del distrito de Zenith, un tal Fred Orr, podía considerarse como no existente, porque era un hombre débil y callado, que no hacía otra cosa que rezar y llevar una vida de familia de una ejemplaridad casi irritante, pero que no tenía ideas útiles y eficaces sobre el arte de aumentar las colectas en las iglesias.

Entre los pastores metodistas Elmer no tenía más que cuatro rivales serios.

Uno de ellos era Chester Brown, el ritualista, pastor de la nueva y ultragótica iglesia de Asbury. Se decía de él que era casi tan malo como un episcopal. Llevaba un chaleco eclesiástico abotonado hasta el cuello; los coristas de su iglesia llevaban sotanas y organizaban procesiones; corría el rumor de que un día había encendido velas en un verdadero altar. Sus dones literarios y dramáticos aturdían a Elmer. Se le atribuía talento literario; publicaba artículos, no sólo en el «Advocate», sino también en «El Siglo Cristiano» y en la «Nueva República» ensayos un poco fantásticos y de una ortodoxia innegable, pero que no negaban el relajamiento, el amor a la riqueza y la ceguera de la Iglesia. Había sido profesor de Literatura inglesa e Historia de la Iglesia en la Universidad de Luccock, y sabía predicar sobre temas literarios, de lo cual Elmer, a pesar de todos sus conocimientos de las obras de Longfellow y Jorge Elliot, no era capaz.

El Dr. Otto Hickenlooper, de la Iglesia central, era todavía más temible como rival. Su iglesia, desde el punto de vista de la labor accesoria, era la más activa del Estado. Se practicaba en ella no solamente la enseñanza de trabajos manuales y la gimnasia, sino también la representación de dramas sagrados, clases de pintura (nunca de desnudos), clases de francés, de pintura sobre lienzo, de higiene sexual, teneduría de libros y composición de cuentos y novelas. Había allí Círculos de ferroviarios, taquígrafos y empleados de hotel. Después de las cenas de iglesia se invitaba a los jóvenes de ambos sexos a sentarse en pequeños salones, que los periódicos llamaban irrespetuosamente «rincones de flirteo».

El Dr. Hickenlooper era un ferviente partidario de las obras sociales. Simpatizaba con la Federación Americana del Trabajo, con los de la I. W. W., con los socialistas y comunistas y con la Liga de los apolíticos; sentía por todos ellos una simpatía, que estas organizaciones no se tenían entre sí. Los domingos, por la noche, daba conferencias sobre la locura de la guerra, los salarios mínimos, la leche antiséptica, y una vez al mes tenía un «forum», un mitin de controversia, al cual invitaba a los oradores radicales más peligrosos para que dijeran lo que les viniera en gana, a condición de no proferir juramentos, no hablar del adulterio y no criticar el gobierno de Jesucristo.

El Dr. Mahlon Potts, pastor de la Primera Iglesia Metodista, pareció a primera vista a Elmer el contrincante menos temible. Era un hombre grueso, engolado, un verdadero volcán de devoción, un actor cómico de la religión. «¡Ah, mi querido Hermano!», exclamaba. «¿Cómo estamos esta mañana, mi querido doctor, y cómo se encuentra su encantadora esposa?» El Dr. Potts batía el record de todas las iglesias de Zenith por el número de sus feligreses. ¡Era tan respetable y estaba tan seguro de sí mismo! La gente sabía bien a qué atenerse con él. Sus discursos eran muy floridos. Describía mejor que ningún otro pastor una montaña, una puesta de sol, una quema de mártires o el recibimiento que se les hace por los Santos en el cielo. Pero nunca dudaba ni permitía que se dudase que bastaba frecuentar asiduamente la iglesia metodista, seguir las reglas de la contrición, de la salvación, del bautismo, de la comunión y de la generosidad en las ofrendas para estar seguros de reducir al minimum el cáncer, la tuberculosis y el pecado y llegar al cielo sin falta.

A estos tres los envidiaba Elmer y les tenía respeto. Pero había otro a quien envidiaba y odiaba a la vez.

Este era Philip Mac Garry, pastor de la Iglesia metodista del Arbor.

Philip Mac Garry, doctor en Economía Política y Filosofía por la Universidad de Chicago, a quien sus amigos, seculares o ministros de la religión, llamaban más familiarmente «Phil», pasaba, a los treinta y cinco años, en la Iglesia metodista de América por ser un «enfant terrible». En el «Advocate Times» se le admiraba y se le elogiaba a menudo, pero se mostraban escandalizados de sus frecuentes incongruencias. Se le acusaba de toda clase de herejías, y nunca las negó. El único dogma que tenía era el de la misión de Cristo, pero tampoco se expresaba con claridad sobre la divinidad del mismo.

Era un hombre fuerte y jovial, aficionado al boxeo e incapaz de suspirar ni siquiera en los funerales para decir «¡Ah, Hermana mía!»

Lo criticaba todo. Criticaba hasta a los obispos por ser demasiado gordos, demasiado ambiciosos; porque hablaba enfáticamente de la caridad en una huelga, cuando la gente se estaba matando entre sí; censuraba, aunque en tono más templado, al filántropo Dr. Hickenlooper por sus obras sociales, su Club donde se estudiaba a Carlos Marx y sus recepciones los domingos, por la tarde, para viajeros de comercio alejados de sus hogares.

—Eres un buen chico, Otto — le decía el Dr. Mac Garry en sus conversaciones y en público durante las reuniones pastorales del lunes, y añadía:

—Tus intenciones son excelentes, pero eres un maldito filántropo.

—Bonita palabra esa de «maldito» para emplearla en público! — decía para sus adentros el Rev. Elmer Gantry, muy escandalizado.

—Todo lo que haces allí, en la Central, Otto — decía el Dr. Mac Garry—, no son más que cosas paternas. Predicar a esas buenas gentes para que sean obedientes. Hablas de socialismo y de pacifismo, y dices muchas cosas bonitas sobre esto, pero siempre afirmas que las reformas deben de venir a su tiempo, lo cual quiere decir que nunca, si acaso, bajo la amable dirección de Rockefeller y de Henry Ford. ¡Y lo peor es que sospecho que todas tus actividades tienen algún propósito oculto, que será el de llevar a los pobres diablos a la religión, e incluso al Metodismo!

Toda la asamblea metodista protestó:

—¡Pues claro que ese debe ser el propósito!...

—Tenga la bondad de decirnos por qué está usted en la Iglesia Metodista, si la cree tan poco importante que...

—¿Qué es usted entonces? Un ministro del Evangelio que busca una religión particular...

Aquella mañana la asamblea metodista se apartó del punto que debían haber debatido, a saber: si se debía quemar carbón de bola en las estufas de las iglesias o no, para discutir ampliamente si creían en su fuero interno lo que predicaban en público.

Esto le pareció peligroso y absurdo a Elmer. Además, no se podía saber adónde se iba a parar hablando de esos problemas estúpidos. Según él, lo único razonable era predicar el Evangelio y conducir a la gente hacia el bien, y dejar todas esas enredosas cuestiones de Teología y de Sociología a los catedráticos.

El primer día en que Elmer tuvo el disgusto de conocerle estaba Philip Mac Garry atacando al Dr. Hickenlooper:

—¿Ves, Otto? Tus reformas no tienen ningún sentido, porque si lo tuvieran no podrías tener tantos feligreses de buena posición como tienes. ¡No hay cuidado de que tus obreros se hagan peligrosos mientras haya un tacaño como ese Joe Hamley entre los

miembros de tu Junta parroquial! ¡Gracias a Dios, yo no tengo ni una sola persona respetable en mi rebaño!

(¡Y tanto! ¡Te has ido de la lengua, Mac Garry! — dijo Elmer, gozoso, para sus adentros—. ¡Es la primera vez que dices la verdad!)

La iglesia de Philip Mac Garry estaba situada en un barrio incomparablemente más mísero que la Ciudad Vieja de Elmer. Se llamaba «La Parra». En tiempos de los primeros colonos era «La Parra» una aldea entre viñas, al lado del río Chaloosa, de donde surgió más tarde el moderno Zenith. Ahora no había allí más que guaridas de ladrones, burdeles, caserones de vecindad y tenduchas. Allí vivía Mac Garry, soltero, aparentemente contento, dando consejos espirituales a rateros y fregonas. Los viernes por la noche daba conferencias, a las que acudía una multitud de estudiantes judíos, obreros «radicales», hampones y muchachas de buena familia que llegaban en su «limousine» ávidas de curiosidad.

—Vamos a tener disgustos Mac Garry y yo si seguimos los dos en esta ciudad. El y yo no nos entenderemos jamás — pensaba Elmer—. Bueno, yo procuraré no cruzarme en su camino; le trataré con la caridad cristiana, de la que él habla tan mal, y cuyo sentido no comprende. Haré caso omiso de él como de esos otros majaderos; pero a los otros tres que se destacan..., ¿cómo voy a manejarlos?

Aunque llegase a tener una iglesia nueva, no podría compararse con Chester Brown en elegancia eclesiástica o en cultura literaria. Nunca podría igualarse a Otto Hickenlooper en obras e instituciones de caridad. Tampoco había que pensar en rivalizar con Mahlon Potts en el trato con la gente de alta posición.

Pero no importaba! ¡Los vencería a todos!

Hacía alegremente sus planes mientras estaba en la asamblea pastoral, en el camino de casa, sentado a la chimenea por la noche. Se dio cuenta que cada uno de los tres «ases», a fuerza de especializarse, descuidaba todo lo que servía de publicidad a los otros dos. Elmer haría una combinación de los tres. Iba a ser casi tan noble y elevado como Chester Brown, tan práctico y servicial como Otto Hickenlooper, tan firme y formal como Mahlon Potts. Además, tanto estos tres como todos los otros pastores de la ciudad, con excepción de un pastor presbiteriano, descuidaban lo que algunos envidiosos llamaban sensacionalismo, y Elmer prefería darle el nombre de energía, audacia y fuerza sugestiva. Todos ellos descuidaban una ofensiva contra el vicio, una ofensiva enérgica, intrépida, excitante, para meter miedo al mismísimo demonio. El alcohol.

Las pantorrillas de las mujeres. El «bridge». ¡Esos puntos eran los que había que tocar!

Sin excederse, desde luego; pero toda la ciudad sabría que en los sermones del Rev. Elmer Gantry había algo picante y, a la vez, educativo y moralizador.

—¡Ah! ¡Los voy a vencer a todos! —dijo Elmer, y estiró sus brazos membrudos en un arranque de alegría y vigor—. Voy a construir una iglesia nueva. Les quitaré la clientela. Seré el gran predicador de Zenith. Después... ¿Chicago? ¿Nueva York? ¿Un obispado? ¡Todo lo que me dé la gana! ¡Adelante!

CAPITULO

XXIV

AL hacer sus indagaciones entre el mundo eclesiástico se enteró Elmer que dos de sus compañeros de curso del Seminario de Mizpah se hallaban en Zenith.

Wallace Umstead, el antiguo instructor de gimnasia, era ahora secretario general de la Y. M. C. A. de Zenith.

—Es un zote. Podemos pasarle por alto — decidió Elmer—. Es valiente, pero no tiene ni educación ni cultura. Pero no. Me he equivocado. Un predicador puede hacerse mucha propaganda con la Y. M. C. A. y conseguir nuevos feligreses entre los muchachos.

De suerte que hizo una visita al Sr. Umstead y hubo entre los dos discípulos una entrevista cordial y conmovedora.

Pero no le gustó a Elmer saber que el otro discípulo que también vivía en Zenith era Frank Shallard. Le recordó con indignación.

—Sí, Frank Shallard... El que quiso humillarme y me espiaba cuando íbamos a que aprendiese conmigo en Schoenheim.

Se alegró de oír que Frank estaba en desgracia con la parte más ortodoxa y más sana del clero de Zenith. Había dejado a los Baptistas; se decía que se había portado mal como simple soldado en la Gran Guerra y en la actualidad era pastor de una iglesia congregacionalista en Zenith. Su parroquia no era ferviente y próspera como la del Dr. Edward, sino, por el contrario, muy tibia, tan vacilante y descreída como los unitarios.

Elmer se acordó que le debía todavía a Frank los cien dólares que le había pedido prestados para venir a Zenith a dar su último curso de Prosperidad. Esto le puso furioso. Le era imposible pagar la deuda en seguida, porque acababa de comprar un automóvil, del cual no había pagado más que la mitad. Pero ¿no sería peligroso enemistarse con aquel imbécil de Shallard, que podría irse de la lengua y contar una serie de historias, aunque no fuesen verdad ni la mitad de ellas?

El sacrificio de pagarle le arrancó un gemido; firmó un cheque de 100 dólares, la mitad de lo que había en el Banco, y se lo mandó a Frank con unas líneas, en que le decía que durante años había deseado con ahínco devolverle el dinero, pero que había perdido su dirección. Añadió que visitaría a su querido discípulo tan pronto como tuviera tiempo.

—Eso lo haré unos dieciséis años después del Juicio Final — gruñó.

II

La ternura, la serena rectitud y las visiones místicas de Andrew Pengilly, el santo de la aldea, no había podido reconciliar a Frank Shallard con el Bautismo, después de haber conocido al rabino escéptico y al ministro unitario de Eureka. Estos amantes del liberalismo eran una demostración patente de las afirmaciones de los baptistas intransigentes, a saber: que el mejor medio de perder la fe era estudiar Biología y Etnología. La enseñanza en las Universidades de los Estados Unidos debería limitarse, según ellos, al estudio del Álgebra, de la Agricultura y de la Biblia.

A principios de 1917, precisamente cuando Frank se preguntaba si debía dejar la Iglesia Bautista antes de que le echaran, se encontró aprisionado en el drama de la guerra, cogido, en plena incertidumbre, por lo que le parecía una fuerza, y abandonó su puesto de pastor, a pesar de las protestas y de las súplicas de la pobre Bess, toda asustada con sus hijos, a casa del suegro, y se alistó como simple soldado.

¿Capellán? No. Quería por vez primera ser como los demás hombres y vivir entre ellos.

Durante la guerra estuvo en las oficinas de un campamento en los Estados Unidos de América. Se mostró inteligente, activo, puntual y dócil. Fue nombrado sargento y aprendió a fumar. Todas las veces que su capitán estaba borracho lo llevaba lealmente a casa. Leyó una cincuentena de libros científicos.

Y, sin embargo, odiaba todo aquello.

Odiaba la indignidad de verse metido en rebaño con los demás. Ya no era una persona dueña de su tiempo, con autoridad y prestigio, cuya manera de ser era tan importante para él como para los demás, sino el diente de una rueda que sería aplastado al menor intento de independencia. Odiaba la manifiesta estupidez de todo aquello. Si aquella era la guerra que debía poner fin a todas las otras guerras, no oía nada de esto a sus camaradas o a sus jefes.

Pero aprendió a ser indulgente con todos los hombres del pueblo que eran sus camaradas. Hasta aprendió a oír proferir juramentos sin inmutarse. Aprendió a sentir simpatía por aquellos mocetones, más familiarizados con la goma de mascar que con el baño, y para los cuales la palabra «hell»⁷ era la mayor del vocabulario. Las virtudes de aquellos hombres del pueblo le atrajeron; quiso hacer algo por ellos y, con perplejidad, no vio nada mejor en su beneficio que continuar predicando.

Pero no quería seguir siendo pastor de los baptistas, con su mentalidad cerrada.

Por otra parte, no quería tampoco irse al campo de los Unitarios. Todavía reverenciaba a Jesús de Nazareth, porque veía en él el único camino que conduce a la bondad y a la justicia. La historia de los pastores que velaban en la noche; la Madre glorificada al lado del Niño en el pesebre; el encanto de todo esto no le había abandonado desde su infancia. Un sentimiento irrazonado le mostraba a Jesús como un personaje mucho más humano, un verdadero Cristo.

Le pareció que los Congregacionistas eran la secta más liberal entre las sectas trinitarias. ¿No se hacía cada iglesia su propia ley? Los baptistas también podían hacérsela, pero se doblegaban a la opinión general.

Después de la guerra fue a hablar al superintendente de las iglesias congregacionistas de Winnemac. Frank pidió un puesto independiente, una iglesia pobre en recursos, pero no pobre de vida y fervor.

El superintendente le dijo que los congregacionistas se alegrarían de recibirle en su seno, y que tenía precisamente una plaza vacante como Frank la deseaba: la iglesia de Dorchester, situada en un extremo de Zenith. La parroquia estaba compuesta por tenderos, contra maestres y obreros especializados y ferroviarios, más algunos profesores de música y agentes de seguros. La mayoría de ellos eran pobres y tenían fama de sentir sinceros deseos de que se les predicara la verdad desde el púlpito.

Cuando llegó Elmer llevaba Frank dos años en la iglesia de Dorchester y había sido casi feliz.

Descubrió que los más influyentes de sus colegas, los pastores congregacionistas, como G. Prosper Edward, con su catedral tapizada de felpa y enclavada en el centro de la ciudad, podían molestarle casi tanto como los baptistas si se les decía que no se podía comprobar del todo el dogma de la Inmaculada Concepción. Descubrió que a los dignos carniceros y tenderos de su congregación no les agradaba mucho oírle defender la Rusia bolchevique. Comprendió que no estaba seguro de hacer ninguna obra buena, no siendo la de suministrar la droga de la esperanza religiosa a gentes atemorizadas por el infierno y temerosas de andar solas por el camino de la vida.

Pero el gozar de una relativa libertad, después de su permanencia en el Ejército, en

la paz del hogar, con su buena Bess y los pequeños, era un oasis, y Frank cesó durante unos tres años de buscar la verdad.

Más todavía que Bess, fue la amistad del Dr. Philip Mac, Garry, de la Iglesia metodista de Arbor, lo que retuvo a Frank en el ministerio sagrado.

Mac Garry tenía tres o cuatro años menos que Frank, pero su rudo optimismo le hacía parecer más maduro. Frank le conoció en la reunión mensual de la Alianza Pastoral, y pronto se apreciaron mutuamente, por la honradez y el concepto de la dignidad que ambos tenían. Mac Garry no era hombre a quien indignase la comparación de la Biología con el Génesis, ni la sugerencia de que ciertos ritos cristianos habían sido robados del culto de Mithra, ni tampoco le sacaban de quicio las teorías de Freud ni cualquier herejía social. Esto no impedía a Mac Garry amar la iglesia, en la cual veía una reunión de camaradas en busca de un ideal superior al egoísmo cotidiano, e hizo participar a Frank de estos ideales.

Pero Frank tenía clavada una espina. Sufría de ver que por ser pastor dudaran de su virilidad. Hasta las personas inteligentes no le trataban como a los demás. Parecía como si estuviera condenado a no conocer los pensamientos reales y las apetencias sinceras de los hombres normales.

Cuando recibió la afectuosa carta de Elmer murmuró:

—¡Oh, Dios mío! ¡Quisiera saber si la gente me considera igual a este Elmer!

Después de una vivaz descripción de las eminentes cualidades espirituales y amatorias de Elmer, Frank propuso a Bess devolverle el cheque.

—Déjame verlo — dijo Bess, metiendo el cheque en su media y añadiendo en tono de broma: — Ahora tenemos un traje nuevo para Michael, una buena comida para ti y para mí, un buen lápiz para los labios y dinero en el Banco. ¡Bravo! Te adoro, Frank Shallard; te venero; soy tuya con toda fidelidad cristiana; pero deja que te diga, chico, que no te haría daño emplear en el amor los métodos un poco bruscos de Elmer.

CAPITULO

XXV

I

ELMER hubo de tratar aún en Zenith a mucha gente solemne y engolada, cuyo único placer, aparte de no hacer cosas agradables, consistía en impedir que los demás las hicieran. Pero la intolerancia de las gentes de su secta estaba transformándose y descubrió en su congregación de Wellspring un grupo de matrimonios jóvenes que eran tan joviales como si no pertenecieran a ninguna iglesia.

Este grupo de matrimonios jóvenes disfrutaba de una excelente reputación. Las mujeres enseñaban en la Escuela dominical; los maridos pasaban elegantemente las bandejas en las colectas, pero adoptaban ante la Disciplina metodista una actitud análoga a la de un católico ante las vírgenes milagrosas. La mayoría vivía en las confortables casas que invadían poco a poco la Ciudad Vieja. No eran ricos, pero poseían Fords, gramófonos y... licores. En sus casas se bailaba, se bailaba hasta en presencia del pastor.

Sospechaba que Elmer era de los suyos. En presencia de Cleo se hablaba muy serio, afectando cierta solemnidad, pero cuando Elmer iba solo, le gritaban:

—Venga, Reverendo; apuesto a que sabe usted bailar como cualquier otro! ¡Mi mujer dice que quiere bailar con usted! ¡Hay que conocer los pecados del mundo para

poder hacer buenos sermones!

Elmer asentía y bailaba, simulando que estaba ligeramente escandalizado. No obstante su peso, tenía todavía los pies ligeros y sus dedos cogían con agilidad a la pareja por la cintura.

—¡Vaya, Reverendo! ¡Qué bailarín más bueno hubiera usted sido de no haberse dedicado a la Iglesia!— decían las señoras, y Elmer, a pesar de su prudencia, no podía menos de mirarlas en sus ojos brillantes y de observar la agitación de su seno, y murmuraba:

—¡Ah! ¡No olvide que soy un hombre! ¡Si yo me dejase ir...!

Todas le admiraban.

Un día que notó casi con ansiedad el olor a tabaco y a alcohol, le dijo su anfitrión, riéndose:

—Espero que no notará usted nada en mi aliento, Reverendo... — ¡Sería terrible pensar que un buen metodista como yo pudiese beber una copita!

—No siendo en domingos, no me preocupo de lo que huelga, dijo Elmer amablemente.

Y añadió:

—Vamos, Hermana Gilsón, otro fox-trot. Ustedes hablan del olor a licores, pero ¿qué pasaría si el Hermano Apfelmus supiera que su querido pastor se había permitido bailar? ¡No se lo cuenten ustedes!

—¡Naturalmente que no!— gritaban todos, y no hubo ni entre los devotos más viejos, a quienes Elmer visitaba con frecuencia, más firmes partidarios del Reverendo Elmer, ni mejores agentes de publicidad para sus sermones que los matrimonios jóvenes.

Terminó por acostumbrarse a ir a sus fiestas. Le hacía falta compañía, animación; Cleo le abrumaba. Todavía no había aprendido ella, a pesar de sus esfuerzos incesantes que no conseguiría curarle de decir «¡Maldita sea!», aunque se enfadase y murmurase.

—¡Por Dios, Elmer! ¿Cómo puedes tú...?

En lo que se refiere a su asistencia a las fiestas que era invitado, Elmer la decía que iba a visitar a sus feligreses, y con esto no mentía de ninguna manera. Pero la ambición era mucho más fuerte en él que todos los vicios. Y cuando pensaba en pianolas, y en muchachas en kimono rosa, contra las que hablaba tan airadamente desde el púlpito, hacía esfuerzos inauditos para alejar del pensamiento estas tentaciones.

Pero había muchas mujeres bonitas entre las casadas jóvenes. Destacaba, sobre todas, la señora Gilson, Beryl Gilson, una joven de veinticinco años, hecha a la medida para ser abrazada. Su esposo era un hombre pálido y quejumbroso que estaba siempre provocando escenas violentas. La energía serena de Elmer, parecía impresionarla. El la llevaba aparte en las reuniones y a duras penas reprimía el deseo de abrazarla.

Pero se cubrió de gloria resistiendo la tentación. Además, ignoraba si obtendría la victoria. Ella era ligera, le gustaba triunfar, pero con prudencia, como una mujer de gran ciudad acostumbrada a muchos flirteos. Y si se mostraba demasiado amable... Era su feligresa, y además, charlatana. Podía irse de la lengua e insinuar algo...

Después de estas reflexiones solía acudir a casa de su amigo Rigg, el abogado en cuya hospitalidad encontraba alegría y sosiego. Rigg era su fuente de información sobre los asuntos privados de sus contribuyentes más filantrópicos. Pero no podía apartar del pensamiento los encantos de Beryl Gilson y el recuerdo de sus hermosos hombros le volvía loco.

II

No los había visto durante aquel sermón del domingo a fines de otoño, ni tampoco entre los admiradores que vinieron al final a estrecharle la mano. Pero cuando su mirada recayó sobre ellos, se estremeció, y el tono de su voz cambió de tal modo que hizo creer al feligrés que en aquel momento en que le estrechaba la mano se había puesto enfermo.

Mezclados entre la muchedumbre, acababa de ver a su antigua prometida, Lulú Bains, de Schoenheim, y al larguirucho y vengativo, Floyd Naylor, su primo y esposo.

No se acercaron a Elmer hasta que todo el mundo se hubo marchado, cuando los afables ujieres hubieron terminado de echarse sobre sus víctimas, estrechándoles las manos y golpeándoles en la espalda, como hacen todos los ujieres después de los servicios eclesiásticos. Elmer hubiera querido que se quedaran los ujieres para protegerle, pero tenía más miedo al escándalo que a los golpes.

Se irguió, sintiendo el vigor de sus músculos, tomó una rápida resolución y se lanzó hacia Lulú y Floyd elidiendo:

—¡Vaya, vaya! ¡Cuánto me alegro...!

Floyd se adelantó torpemente, con semblante afable y estrechó la mano de Elmer con fuerza:

—Acabamos de saber que estaba usted en esta ciudad. Lulú y yo frecuentamos poco la iglesia y no lo sabíamos. Estamos casados.

Elmer estrechó, pero con mucha suavidad, la mano de Lulú y la dio su bendición. Después dijo:

—¡Vaya, vaya! Me alegro saberlo.

—Sí, estamos casados. Hace unos catorce años. Poco después de que se marchara usted de Schoenheim.

Por inspiración divina, Elmer había asumido el aspecto de un hombre herido en lo más íntimo de su corazón por el recuerdo de la suprema entrevista. Cruzó las manos por delante de su elegante levita y adoptó una actitud digna y ligeramente dulce y ‘melancólica’. Pero su mirada era penetrante. Vio que Floyd seguía siendo tan lerdo como siempre. Lulú debía tener ya unos treinta y tres o treinta y cuatro años; estaba vestida a la moda de la ciudad. Llevaba un sombrero sencillo pero no desprovisto de gusto un abrigo, de lana, y estaba realmente guapa. Sus ojos eran dulces y tentadores; todavía sonreía con el deseo de ser simpática con todo el mundo. Estaba, desde luego, más gruesa, pero sin exceso, y sus manos pequeñas y blancas eran todavía las de una linda gatita.

Elmer había observado todo esto, mientras representaba el papel del hombre que sufre pero que perdona, mientras Floyd balbuceaba:

—Mire usted, Reverendo. Habrá seguido creyendo que se le quería hacer una jugada aquella noche, cuando fuimos de merienda cerca de la casa del tío Bains, y usted volvió y yo tenía a Lulú en mis brazos...

—¡Sí, Floyd, he sufrido mucho, pero olvidemos y perdonemos!

—¡No, no, Reverendo, escúcheme! Me ha costado trabajo venir aquí a explicarle, pero es preciso... Lulú y yo, no habíamos hecho nada malo. ¡No señor! Ella estaba triste y yo trataba de consolarla. Después que usted se marchó tan enfadado, el tío Bains se puso furioso..., cogió su fusil y empezó a dar voces como un energúmeno, sin dejarme explicarle lo que había pasado. Me dijo que no tenía más remedio que casarme con Lulú. Bueno— le contesté—. ¡Si se imagina que eso me disgusta...!

Floyd se interrumpió para reírse. Elmer notaba que Lulú le examinaba con devota

admiración como si resurgiera otra vez en ella el antiguo amor que le tenía.

—Si usted cree que eso me disgusta lo más mínimo, le diré que tenía unas ganas locas de casarme con Lulú, desde que era así de pequeña. Luego hubo muchas discusiones. El tío Bains quería que antes que nada fuésemos a la ciudad a explicarle todo a usted. Pero el día siguiente ya no estaba usted allí, y con unas cosas y otras... Ahora vivimos aquí. Y nos va muy bien. Tengo un garaje a un extremo de la ciudad; tenemos un piso bonito y todo marcha bien. Pero Lulú y yo sentíamos como si le debiéramos una explicación, y cuando supimos que estaba usted aquí... ¡Tenemos también dos niños muy guapos!

—De veras, nunca pretendíamos..., no hicimos nada— dijo Lulú con voz suplicante. Elmer dijo con aire condescendiente:

—¡Está claro! ¡Lo comprendo muy bien, Hermana Lulú! (Estrechó la mano de Floyd con calor, y la de Lulú con más calor aun.) Estoy encantado. Es muy noble vuestra decisión de venir aquí para darme explicaciones. ¡Sois muy honrados y yo no he sido más que un idiota! Aquella noche sufrí tanto por lo que interpreté como una deslealtad, que creí morir. Pero no hablemos más de esto. ¡Esto se ha aclarado y todo está bien! (Nuevo apretón de manos). Ahora que he vuelto a encontrar a dos viejos amigos como vosotros— todavía no soy más que un forastero en Zenith— no les echaré en olvido. Iré a visitaros. ¿Perteneceis a alguna iglesia en Zenith?

—No... no... todavía, no— dijo Floyd.

—¿Puedo persuadirlos a que vengáis aquí algunas veces, y quizá más adelante queráis uniros a nosotros?

—Yo le explicaré; Reverendo, en el negocio de los autos... Van contra mis principios, pero usted sabe que en el negocio de los autos se trabaja, sobre todo, los domingos.

—Bien, quizá le gustaría a Lulú venir de vez en cuando.

—Desde luego. Las mujeres deben ir a la iglesia; es lo que digo siempre. Yo no sé cómo ha podido suceder, pero desde que estamos en la ciudad, hemos perdido el hábito y aunque hemos hablado muchas veces de empezar de nuevo, no ha podido nunca arreglarse, según se ve.

—Supongo, Hermano Floyd, que nuestra mucha incomprensión, la suya y la mía, de aquella noche, no le habrá alejado de la iglesia. ¡Oh! ¡Esto sería una desgracia! ¡Sí, una gran desgracia! Pero quizá podría llegar a comprenderlo.

Elmer observó que Lulú no perdía ni una palabra de sus frases amables e insinuantes, tan diferentes del lenguaje rústico de Floyd. Estaba guapa y había engordado algo, lo suficiente nada más. Cleo, en cambio, afearía y engordaría demasiado, cuando envejeciese. Pero había hecho bien no casándose con Lulú. Era muy provinciana. Pero deliciosa, para las caricias.

—Sí, Floyd. Ahora comprendo que usted pudo haberse ofendido. ¡Qué torpe he sido, aún siendo predicador, al no... no ver la verdadera situación! ¡Realmente usted es, quien me tiene que perdonar, Floyd!

Floyd contestó tímidamente:

—Sí... Yo pensé entonces que usted se había dado mucha prisa a marcharse sin esperar a nada, y no pudo parecerme bien. Pero, ahora, esto ya no tiene importancia.

Con curiosidad, preguntó Elmer a Floyd:

—¡Estoy seguro que Lulú se puso aún más furiosa que usted por mi necia incomprensión!

—No lo crea usted. Nunca dejó que yo dijera nada contra usted. ¡Vaya! ¡Mírela! ¡Se

ha puesto colorada! ¡Tiene gracia!

Elmer la miró fijamente.

—Me complace sobremanera que todo esto se haya explicado— dijo con unción.

—Ahora, Hermana Lulú, cambiando de conversación, permítame que le hable de la espléndida labor a que aquí nos consagramos. Ya me figuro que con dos niños— dos ¿verdad?... ¡magnífico con su excelente marido, debe usted estar muy ocupada, pero quizás tenga usted tiempo para enseñar en alguna clase de la escuela dominical. En todo caso, podría usted asistir de vez en cuando a nuestras cenas de los viernes, que son muy entretenidas. Ya la pondré al corriente de las obras piadosas y usted podrá hablar con Floyd a ver lo que él piensa. ¿A qué hora les podría yo visitar y cuál es su dirección, Lulú? ¿Puede ir mañana por la tarde a eso de las tres? Me gustaría mucho ir allí cuando Floyd estuviera, ¡pero estoy tan ocupado por la noche!

A la tarde siguiente, a las tres menos cinco, hizo el Reverendo Elmer Gantry su entrada en la casa barata y ordinaria donde vivían Floyd y su esposa empujó irritado con el pie un coche de niño que había en el pasillo, subió rápidamente las escaleras y se detuvo radiante ante Lulú, que venía a abrirle la puerta.

—¿Sola?— dijo en voz baja.

Lulú bajó los ojos.

—Sí. Los niños están en la escuela.

—¡Cuánto lo siento! Esperaba verlos.

La puerta se cerró; estaban los dos en la antesala y Elmer exclamó:

—¡Oh, Lulú, querida mía, creía haberte perdido para siempre y ahora he vuelto a encontrarte! ¡Perdóname que te hable así! ¡Pero si tú supieras cómo he pensado en ti, cómo he soñado contigo, como te he esperado tantos años...! No. Yo no debo hablar así. Es pecado. ¿Pero seremos amigos, verdad? Amigos sinceros y leales... Floyd, tú y yo.

—¡Oh, sí!— suspiró ella haciéndole entrar en un saloncito de mal gusto, con sus mecedoras de bambú tres veces repintadas, su sofá cubierto con un chal de punto, y sus cromos de bazar donde se veían frutas y el castillo de Versalles.

Estuvieron allí recordando los tiempos pasados. Elmer dijo bruscamente:

—Querida mía, ¿te parecería mal besarme? ¿Nada más que una vez? ¡Dime! ¿Para probarme que somos ahora hermano y hermana?

Lulú lo abrazó tímidamente, con miedo, y después exclamó:

—¡Oh, querido mío, cuánto ha tardado en llegar esto!— y se abrazó a su cuello con pasión irresistible.

Cuando los niños volvieron de la escuela, los dos románticos se mostraron excesivamente afectuosos con ellos. Cuando los muchachos se marcharon a jugar, ella gritó fuera de sí:

—¡Oh, ya sé que no hago bien, pero te he querido tanto siempre!

—¿Tienes remordimientos mayores porque soy pastor?

—¡No! ¡Estoy orgullosa de ello! Me parece que eres diferente de los demás hombres, como si estuvieras más cerca de Dios. ¡Estoy orgullosa que seas predicador! ¡Cualquier mujer lo estaría! ¡Es como si fuera... algo distinto!

Elmer la besó.

—¡Cuánto te quiero, Lulú!

III

Había que tener cuidado. La idea de que el bárbaro Floyd pudiera aparecer cualquier tarde y sorprenderle con Lulú, no era del agrado de Elmer.

Al igual que muchos amantes célebres de la Historia, se refugiaron en la iglesia. Lulú era una admirable cocinera. Las diversiones ordinarias de las ciudades, conferencias, conciertos o círculos literarios, no le habían interesado nunca. Una ambición secreta, la de poseer algún día una tienda, la había inducido a seguir los cursos de una escuela de arte culinario, donde se aprendía a hacer ensaladas, pasteles y «sándwiches». Elmer la confió todos los martes una clase de cocina en Wellspring y obtuvo para ella de la Junta un salario de cinco dólares por semana.

La clase culinaria terminaba a las diez. En aquel momento la iglesia estaba vacía, y Elmer había decidido que la noche del martes le convenía ir a trabajar a su despacho de la iglesia.

Cleo tenía muchas ocupaciones menudas en la iglesia — clubs, la Liga Epworth, la clase de costura—, pero nunca el martes por la noche.

Lulú atravesaba el silencioso sótano de la iglesia, y el oscuro y humilde pasillo; llamaba tímidamente a su puerta tras la cual esperaba impacientemente Elmer; él abría los brazos y ella se lanzaba en ellos locamente.

—Yo no soy realmente malo — pensaba Elmer—. No corro detrás de las mujeres — ¡oh, no cuento aquella chiflada del hotel!—, y menos ahora que tengo a Lulú. Cleo no ha sido nunca mi verdadera mujer. No me interesa. Me agrada ser bueno. ¡Ah, si me hubiera casado con una mujer como Sharon! ¡Dios mío! ¡Sharon! ¿Le soy infiel? No. ¡Pobre Lulú, tan cariñosa, tan dulce! La debo algo también. ¿Podré verla el sábado?

Sentía una nueva satisfacción y experimentaba el placer intenso de un triunfo más.

CAPITULO

XXVI

I

DURANTE el otoño de su primer año de estancia en Zenith, empezó Elmer a organizar sus famosas «Alegres Veladas Dominicales». Anunció que por la mañana les daría una sustanciosa pitanza religiosa, que les sostendría durante toda la semana, pero que los domingos por la noche les daría pastelillos de crema. El cristianismo era una religión todavía, y Elmer la iba a hacer mucho más alegre todavía.

En estas “Alegres Veladas Dominicales”, se cantaban uno o dos, himnos ortodoxos y tradicionales. Luego seguía un corto sermón sobre las puestas del sol, la literatura o el vicio del juego. Pero la mayor parte del tiempo estaba dedicado a distracciones y esparcimientos juveniles. Cantaban “Auld Lang Syne” y “Swany River” y otras canciones, que no parecían muy eclesiásticas, pero que habían sido consagradas por la guerra: “Tipperary” y “There is a Long, Long T rail” y “Mete tus penas en un saco y sonrío sin cesar”.

Organizaba concursos de cántico entre hombres y mujeres, jóvenes y viejos, pecadores y cristianos. Resultaba muy divertido, porque hasta los más devotos, como el mismo Elmer, querían hacerse pasar por pecadores. Los hizo corear las canciones silbando, tarareando y también hablando. Otras veces cantaban, agitando a la vez sus pañuelos, con una mano o con ambas.

Buscó otras distracciones. Contrató al campeón de guitarra hawaiana de la Universidad de Winnemac para dar un concierto. Una preciosa niña de tres años ejecutó una canción desde lo alto del púlpito. Organizó un concurso de harmónicas entre el famoso cuarteto de la fábrica de ataúdes de Higginbotham y los cuatro mejores concertistas de los talleres del ferrocarril B. K. C. del que salieron triunfantes con gran sorpresa todos (por los votos de la congregación) los simpáticos jóvenes del ferrocarril.

Cuando todo hubo terminado, Elmer subió al estrado y sin que nadie pudiera darse cuenta de que estaba bromeando, a no ser, tal vez los que estaban bastante cerca de él, para observar un guiño en sus ojos, dijo:

—Puede haber entre vosotros, amigos míos, alguno que crea que las piezas que estos muchachos acaban de ejecutar, tales como «Marchando a través de Georgia» y «Mamita», no son las más apropiadas para una iglesia metodista. Permitidme que os demuestre que nuestro amigo y hermano Bill Hicks, sabe también servirse de la harmónica para entonar un himno religioso solemne y elevado.

Y Bill tocó: «Ach Du Lieber Augustin».⁸

Todos, hasta los viejos sacristanes, se morían de risa. Una vez que los hubo puesto de tan buen humor, podía el Reverendo Gantry inculcarles algunas lindas verdades y hablar de lo horrible que era mandar a los niños directamente al Infierno, dejándolos leer los suplementos cómicos, en colores que traían los periódicos del domingo por la mañana.

En una ocasión para demostrar gráficamente los peligros de las apuestas, les hizo apostar cuál de dos ranas saltaría la primera. Otra vez hizo venir a un representante de una casa productora de zumo de uvas sin fermentar, el cual repartió muestras de su producto para demostrar la superioridad de las bebidas «dulces» sobre los horrores del alcohol. Otro día exhibió en el estrado un automóvil destrozado y de horrible aspecto, en el cual tres personas se habían matado en un paso a nivel. Con este ejemplo hizo ver a su rebaño que los excesos de velocidad no eran más que un síntoma de la creciente locura y materialismo de nuestra época y que esta locura se podía únicamente remediar, volviendo a la religión sencilla y sólida tal como se predicaba en la iglesia metodista de Wellspring.

El automóvil le procuró siete columnas de publicidad con fotografías suyas, del auto y de las víctimas del accidente.

En efecto, eran muy pocos los progresos de la piedad que no recibían de parte de la Prensa la atención respetuosa que se merecen.

No había seguramente ningún predicador en Zenith, ni siquiera el pastor unitario liberal, o el poderoso obispo católico, que no fuesen amigos de los «chicos de la Prensa». Era tan fácil que los periódicos de Zenith atacasen a la religión como que hiciesen campaña contra los almacenes de novedades. De todos los eclesiásticos ninguno era tan simpático, tan amable, tan fraternal con los periodistas como el Reverendo Elmer Gantry. Sus rivales, los otros pastores, eran solamente cordiales con los periodistas, cuando éstos les visitaban. Elmer fue él mismo a visitar las redacciones de los periódicos.

Seis meses después de llegar a Zenith, empezó a preparar un sermón sobre «La confección y la misión de un gran periódico». Comunicó su proyecto a los directores de los diarios, se hizo enseñar sus instalaciones y presentarse al personal de «Advocate Times» y su hermano el «Evening Advocate» y «La Prensa», «La Gaceta» y «El Herald».

Gracias a sus visitas trabó amistad con una docena de periodistas por lo menos. Conoció al Coronel Ruthford Snow, propietario del «Advocate», un viejo zorro de pelo blanco, tan religioso como blasfemo, cuya posición social en Zenith, podía rivalizar con la de un director de banco o de un consejero de una compañía. Elmer y el Coronel se

apreciaron mutuamente como personas emprendedoras y audaces. El Coronel era tan devoto de la Iglesia y de sus obras, que eran el sostén de las libres y democráticas instituciones americanas, que daba con regularidad a la iglesia congregacionalista de los Peregrinos, más del diez por ciento de sus ingresos por los anuncios de productos farmacéuticos patentados para el cáncer, la hernia, la tuberculosis, y los avisos del viejo Doctor Bly. El Coronel se mostró cordial con Elmer y dio órdenes para que se publicase una vez al mes, por lo menos, una reseña de sus sermones, aunque fuera con detrimento del resto del clero.

Sin embargo, Elmer no supo conservar la amistad de Bill Kindgdom, el veterano del reportaje en «Advocate Times», aunque hizo todo lo posible para lograrlo. Le llamaba Bill, por su nombre de pila, le daba puros de veinticinco centavos y decía «maldita sea», en presencia suya para agradarle. Pero a Bill no le interesaban los sermones de Elmer ni siquiera cuando atacaba los bailes. Lleno de justa ira por el agravio, Elmer enderezó sus artes de seducción a los elementos más jóvenes de la redacción del «Advocate». Como todavía les faltaba experiencia se mostraron encantados de escuchar a un predicador tan campechano que no tenía reparo en decir «maldita sea».

Elmer fue particularmente benévolo con una cierta Miss Coey, que hacía las informaciones sentimentales en la «Gaceta de la Noche», y que era una feligresa entusiasta. Por medio de ella se podía obtener una columna de publicidad semanalmente. Después de los actos siempre había entre ella y Elmer algunos secretos que comunicarse.

Esto puso furiosa Lulú.

—¡Es ya bastante amargo estar sentada en el mismo banco con tu mujer, a la que nunca me has presentado, con el pretexto de que era peligroso!; Pero que te vea yo con esa periodista agarrado de las manos, es ya demasiado!

Pero Elmer la explicó que la señorita Coey era una tonta y que el mero contacto con ella le repugnaba; pero que la debía algunas atenciones a causa de la publicidad. Esto le pareció a Lulú muy plausible, aun cuando en los boletines de la parroquia, que aparecían cada ocho días y se repartían gratuitamente, Elmer escribía:

«Felicitemos a la Hermana Coey, que representa tan brillantemente a las Bellas Artes entre nosotros, por su loable artículo publicado en uno de los últimos números de la «Gaceta», sobre la mujer embriagada, que fue salvada por el Ejército de la Salvación. Vuestro pastor al leerlo, ha sentido que las lágrimas le acudían a los ojos, como homenaje al don de expresión de la Hermana Coey. Siempre siente el pastor gran alegría al poder fraternizar con el Ejército de la Salvación, así como con las otras ramas de la verdadera iglesia protestante y evangélica universal. Wellspring será el hogar de la tolerancia en tanto no debilite la moral y los principios establecidos del cristianismo bíblico.»

II

Tan importante como la publicidad era para Elmer la penosa campaña para allegar recursos.

Había hecho un descubrimiento tan grandioso como simple, y era que la mejor manera de obtener dinero consistía en pedirlo y exigirlo con insistencia. Visitar a la gente rica, organizar concursos en las clases dominicales, velar porque cada uno de los suscriptores del boletín lo recibieran debidamente, todo era muy útil y le ocupaba seriamente. Pero era aún más importante decirle a la congregación todos los domingos qué maravillosas obras de caridad hacía la iglesia de Wellspring y su pastor, y cómo podían

hacerse todavía más obras benéficas si se tuvieran fondos. ¡Por eso era preciso que le ayudaran en el acto!

El Patronato estaba encantado al ver que las colectas aumentaban más rápidamente aun que el número de fieles. Se insistió cerca del obispo para que siguiera Elmer al frente de la iglesia un año más o por muchos años si podía ser, y se le aumentó el sueldo a cuatro mil quinientos dólares.

En otoño le mandaron dos subordinados — el Reverendo Signey Webster, licenciado en Letras y en Teología, como pastor auxiliar, y Mr. Henry Wink licenciado en letras, como director de enseñanza religiosa.

El Reverendo Webster había ejercido las funciones de secretario con el obispo Toomis. Era probable que llegara algún día al secretario del Patronato de una iglesia o de una Junta de publicaciones, o misional o de alguna Liga para la represión del vicio. Tenía veintiocho años. En la Universidad de Boston se había distinguido en el «basketball»; era tan poco locuaz como un presidente de Nueva Inglaterra, tan exacto como una máquina de calcular y tan frío como sólo puede serlo un burócrata. Amaba a Dios y a los hombres en general, con una devoción rígida, pero no tenía amor por ninguna persona en particular. Odiaba el pecado, pero era demasiado altivo para despreciar al pecador; se contentaba con volver la cabeza y mandarle al infierno. No tenía vicios, y era un hombre capaz. Se podía contar con él para hacer sermones, desembarazarse de mendigos, pronunciar devotamente y con calma las oraciones en la cabecera de los moribundos, reducir los gastos de la iglesia y dar explicaciones sobre el dogma de la Trinidad.

Henry Wink ceceaba y solía contar anécdotas sin gracias. Pero era admirable como director de la Escuela dominical, e igualmente en las clases de la Biblia y de la Liga Epworth.

Los señores Webster y Wink descargaron a Elmer de todo el trabajo menudo, pero a pesar de esto estaba más ocupado que nunca. Ahora ya no se contentaba con invitar al pueblo a que acudiera a la iglesia, sino que hacía verdaderas «razzias». No contento ya con denunciar el vicio, se metió a extirparlo.

III

Aproximadamente un año después de su llegada a Zenith organizó un Comité Pro-Moralidad pública y organizó en persona las «razzias» en los barrios de mala fama.

Le pareció que no lograba la publicidad que debía. Hasta su amigo el coronel Ruthford Snow, propietario del «Advocate Times» le había dado a entender que las frases bonitas no eran noticias de constante interés; para los reportajes se necesitaban hechos.

—¡Muy bien! Voy a «fabricar» hechos, ya que tengo en la iglesia a Webster y Wink para divertir a mis feligreses! — juró Elmer.

Descubrió, por repentina inspiración y por causas un poco vagas, que todo iba muy mal en Zenith, que la inmoralidad penetraba allí, tanto en las casas de los ricos como en las de los pobres, amenazando la pureza de la juventud y la santidad del hogar, y que no les bastaba a los pastores denunciar desde lejos a los malhechores, sino que había llegado el momento de salir de su reclusión y olvidar el decoro personal, para declarar una guerra franca a los poderes del mal.

Estas cosas alarmantes las dijo en el púlpito, en una «interview» y en una carta dirigida a los clérigos más notables de la ciudad, invitándoles a unirse con él para formar un Comité Pro-Moralidad pública y hacer un plan de campaña.

Esto metió miedo al diablo. En todo caso, según los periódicos había bastado la simple amenaza de la formación del Comité, para hacer salir de la ciudad «a numerosos y conocidos maleantes y mujeres de mala vida.» Quienes eran estos rateros, no lo decían los periódicos.

El Comité debía componerse de los Reverendos Elmer Gantry y Otto Hickenlooper, metodistas; G. Prosper Edward, congregacionista; John Dennison Drez, presbiteriano; Edmund St. Vincent Zahz, luterano; James G. Gomer, discípulo; el Padre Mateo Smeesby, católico; Hosia Jessup, baptista; Willis Fortune Tate, episcopal; Bernard Amos, judío; Irving Tillish de la ciencia cristiana, con Wallace Umstead, el secretario de Y. M. C. A., cuatro seglares de una moralidad probada y un abogado, Mr. Rigg.

La reunión tuvo lugar a la hora del «lunch» en uno de los lujosos salones del Club Atlético de Zenith. Para demostrar que eran hombres decididos, a pesar de ser clérigos, los miembros del Comité, reunidos antes del lunch en el gran vestíbulo del club, se mostraron muy animados y dicharacheros. Llamaban a todos los conocidos que pasaban, médicos y tenderos. A un agente de compraventa de fincas, llamado Babbit, le gritó el Dr. Drew, el presbiteriano:

—¡Hola, Jorgito! ¿Llevas tu botella? ¡Vamos a banquetearnos los predicadores y quisiéramos una copita!

Mr. Babbit le miró estupefacto y todo el clero estalló en carcajadas con excepción de Mr. Tate el episcopal y de Mr. Tillish, el científico cristiano.

El salón de conferencias del club era de pequeñas dimensiones y estaba pintado de rojo pálido. De sus paredes colgaban dos cuadros de «Jóvenes Indias», de origen lituano, en traje nacional con las piernas al aire, sentadas bajo un pino agitado por la tempestad; el fondo del cuadro eran unas montañas elevadísimas. En el salón contiguo se estaba celebrando un banquete de la Asociación de sastres y camiseros, en el cual iba a dirigirles la palabra S. Mr. Garrison Siegel, de Nueva York, sobre: «El negocio del alquiler de trajes de etiqueta y la manera de explotarlo en gran escala.»

El naciente Comité Pro-Moral pública tomó asiento en torno a una mesa larga y estrecha, en sillas de madera curvada en las que trataban inútilmente de echarse hacia atrás. Nada hubo en la mesa que evocase la gula o el demonio del alcohol. No hubo más que copas de agua helada que causaban escalofríos.

Comieron con solemnidad consomé, apio, cordero asado, que estaba bastante frío, puré de patatas, completamente frío, coles de Bruselas demasiado cocidas, helado, que estaba caliente, grandes tazas de café, y nada de puros.

Elmer se levantó a decir:

—Ignoro quien es el más viejo entre nosotros, pero seguramente que no hay en este salón persona más distinguida en el servicio del Señor, que el Dr. Edwards, de la iglesia congregacionista de los Peregrinos, y estoy seguro de que ustedes estarán conformes conmigo si les ruego que digan la oración de gracias antes de la comida.

La conversación durante la comida fue menos alegre que la oración de gracias.

Todos ellos se detestaban entre sí. Cada uno recordaba algún incidente en el cual los otros le habían robado o habían intentado robarle algún feligrés, cuya fe habían corrompido y de cuyas ofrendas se habían apoderado. El doctor Hickenlooper y el Dr. Drew, habían proclamado que en sus iglesias respectivas estaba la Escuela dominical más concurrida de la ciudad. Todos los protestantes presentes sentían deseos de hacer preguntas molestas sobre la Inmaculada Concepción al Padre Smeesby, y el Padre Smeesby, un hombre afable, todo vestido de negro, de unos cuarenta años, tenía preparado para el caso de que atacasen a

la Iglesia católica, el apólogo de la hormiga que había dicho al elefante: «¡Apártate! ¿A quién crees que estás empujando? Todos con excepción del propio interesado habrían querido preguntar a Mr. Tillish, cómo se había podido dejar engañar por la charlatana de Mary Baker Eddy; y todos también, salvo el rabino, habrían deseado preguntar al rabino Amós, por qué los necios de los judíos no abrazaban la fe cristiana.

Todos se mostraban sumamente cordiales. Se hablaba con voz suave, se sonreía constantemente y nadie escuchaba a su vecino. Elmer comprendió asustado que si él no los retenía se marcharían sin hacer nada. ¿Con qué se les podía agradar e interesar? ¡Con el vicio! ¡Pues bien; el vicio! Empezaría ahora mismo con el tema en vez de esperar hasta la reunión ulterior a la comida.

Dio unos cuantos golpes sobre la mesa y comentó a decir:

—La mayor parte de ustedes han estado en Zenit más tiempo que yo. Reconozco, pues, mi ignorancia. Me ha sido dado, es verdad, denunciar numerosos casos, casos terribles de pecados secretos. Pero ustedes, señores, que conocen la ciudad mejor que yo podrán decirme... ¿Tengo razón? Es la situación tan terrible como digo, o exagero simplemente?

Todos abrieron el ojo. Elmer les pareció de pronto era un hombre muy agradable, en realidad y hallaron un placer evidente en narrar sus lamentables descubrimientos... La historia — como para helar la sangre en las venas—, de aquel padre que había encontrado dibujos indecentes en la cartera de mano de una hija suya de diez y seis arios; aquel banquete de antiguos combatientes en el Hotel Leroy, donde había bailado una joven que no tenía puesto más que zapatos y sombrero.

Sé, con todo detalle, lo ocurrido en este banquete. Me ha proporcionado los datos uno de mis feligreses, y se los puedo exponer, si ustedes lo creen pertinente —dijo el Dr. Gomer.

A todos les pareció que debían de enterarse. El Dr. Gomer entró en detalles auténticos, después de lo cual el doctor Jessup, declaró:

—¡Sí! ¡Ese Hotel Leroy es una verdadera sentina de iniquidad! ¡Se debía de arrasar!

—¡Tiene usted razón! Yo no creo ser un hombre cruel — dijo el luterano—, pero si estuviera en mis manos, quemaba vivo al propietario.

Todos ellos tenían que contar indecencias terribles — todos menos el padre Smeesby que estaba echado hacia atrás en su silla y sonreía, el Dr. Tate, el episcopal que parecía aburrido, y el señor Tillish, el curandero científico, que parecía de hielo. Venía a resultar que, a pesar de sus esfuerzos y de los esfuerzos de otros miles de pastores de cultos, inspirados y ejemplares que habían trabajado allí desde la fundación de la ciudad, Zenith era otra Sodoma. Pero los alarmados apóstoles no estaban, en realidad, tan preocupados como aparentaban. Escucharon con benévola atención cuando el Dr. Zahz, con su acento alemán, contó los amores perversos de las señoritas de la alta sociedad, a las que él conocía muy bien porque comía una vez al año, en casa del feligrés más rico de su parroquia.

Elmer estaba contento. No tenía nada que decir, porque todos estaban absortos en el problema del vicio.

Sin embargo, cuando se trató de concretar las cosas, de tomar resoluciones, de nombrar sub-comités y de hacer programas, retrocedieron.

—¿No podríamos reunirnos todos, unir nuestros esfuerzos? — sostuvo Elmer—. Sean las que sean nuestras divergencias confesionales nos juntamos en la adoración al mismo Dios, en la defensa del mismo Código moral. Mi deseo será hacer de este Comité una organización permanente, para más adelante, cuando llegue el momento... ¡Piensen

ustedes en la impresión que esto causaría en nuestra ciudad! ¡Todos los que estamos aquí debemos organizar una policía especial, de verdaderos agentes de seguridad, marchando personalmente contra el vicio, deteniendo a los criminales y poniéndoles en sitio seguro donde no puedan hacer daño! ¡Debemos arrastrar a nuestros fieles a una verdadera cruzada! ¡Piénsenlo!

Lo pensaron y se asustaron.

El Padre Smeesby, habló:

—La iglesia a que pertenezco, señores, está basada en una teología más rígida que la de ustedes, pero nosotros nos alarmamos con menos facilidad que ustedes al descubrir que a los pecadores les gusta pecar. En el catolicismo es más duro creer, pero es más fácil vivir.

—Mi congregación — dijo Mr. Tillish—, no podría unirse a una caza de brujas, como tampoco a una caridad sin discernimiento. Porque los pobres y los vicios...

Mr. Tillish lanzó un ligero suspiro entre sus dientes que eran bellos, pero postizos, y siguió diciendo en tono glacial:

—Para éstos se encuentra la verdad claramente formulada en «Ciencia y Santidad», y publicado en la serie de nuestras reuniones. El vicio y la pobreza, como la enfermedad, son irreales, son errores que se pueden descartar, comprendiendo que Dios es el Todo, en el Todo y que las enfermedades, la muerte, el pecado no son más que negaciones del Dios Bueno y Todopoderoso, y de la vida misma. Si todos estos pretendidos enfermos dan así testimonio de su indiferencia hacia la verdad, cuando se le ofrece gratuitamente, ¿es esto culpa nuestra? Comprendo sus simpatías por los desgraciados, ¿pero se extingue la ignorancia con el fuego?

—Pues yo también me aparto — dijo sonriendo el Rabino Amós—, si ustedes buscan un rabino para participar en una cruzada contra el vicio tienen que dirigirse a esos jóvenes liberales, a la última moda, de la escuela de Cincinnati... ¡y éstos sienten demasiada simpatía por los pecadores para servirles a ustedes! En todo caso, mis feligreses son tan píos y tan respetables que si su rabino hiciera alguna otra cosa que estar sentado en su cuarto de trabajo y estudiar, le mandarían a freír espárragos.

—Y yo — dijo el Dr. Willis Fortune Tate, de la Iglesia episcopal de San Colombo —, me permito decirles que un proyecto como este, actuando nosotros, como policías y tratando personalmente con esos malhechores, me parece tan improcedente como inútil. Comprendo sus altos ideales, Dr. Gantry...

—Señor Gantry...

—Señor Gantry, y admiro y respeto su energía, pero le ruego que reflexione bien y piense en los equívocos que pueden surgir entre ustedes la Prensa y el público, cuyo espíritu es irremediablemente vulgar y mal preparado.

—Me parece que tengo que adherirme a la opinión del Dr. Tate — dijo el Dr. G. Prosper Edwards, congregacionista, en un tono como si el Monumento a los Padres Peregrinos, de Plymouth, estuviese de acuerdo con la Abadía de Westminster.

Los demás manifestaron que necesitaban «tiempo y reflexión» y desfilaron tan cordialmente y con tanta rapidez como les fue posible.

Elmer se fue con su amigo, Mr. Rigg, a casa del dentista, donde por muy ministro ordenado que fuera tendría que retorcerse de dolor y gemir como cualquier hombre vulgar.

—¡Vaya un atajo de profetas de medio pelo; más cobardes que liebres! — protestó Mr. Rigg — ¡Lo siento Hermano Gantry. La mala suerte. Pero esta cruzada contra el vicio la creo acertada. Claro es que no cambia nada... ¿y por qué había de cambiar? Hay que

dejar a la gente que no posee nuestras ventajas que se divierta algo. Pero las campañas moralizadoras atraen la atención de la gente hacia la iglesia. Estoy muy orgulloso de cómo estamos reconstruyendo la iglesia de Wellspring. Estoy muy ilusionado. ¡Me indigna ver cómo esos santurrones apartan el hombro!

Cuando levantó los ojos vio que Elmer estaba riéndose sardónicamente.

—No estoy preocupado, amigo Rigg. En el fondo, estoy muy satisfecho. En primer lugar, les he asustado con esto del vicio. Antes de que puedan volver a predicar contra el vicio, tengo la campaña patentada para nuestra iglesia. Y ahora no se atreverán a imitarme si me lanzo yo solo en este asunto de la cruzada. Y, además, puedo predicar contra ellos. ¡Y lo haré! ¡Ya lo verá usted! ¡Oh! Nada de nombres ni de alusiones directas. Diré que he querido convencer a un grupo de predicadores para que tomasen medidas eficaces contra la inmoralidad, ¡y que tuvieron miedo!

—¡Formidable! — dijo el benévolo miembro de la Junta parroquial..., les vamos a enseñar que Wellspring es la única iglesia que cumple los mandamientos del Evangelio.

—¡Desde luego! Ahora escuche, amigo Rigg: Si ustedes los de la Junta se encargan de los gastos, yo buscaré dos buenos detectives para que hagan averiguaciones en sitios verdaderamente viciosos, y consigan pruebas. Y voy a meterme con la policía por no haber cerrado esos sitios. Diré que son tan notorios que la policía tiene que conocerlos. Y probablemente, además, es verdad. ¡Causará una sensación enorme! ¡Todos los domingos por las noches voy a hablar de esto y a decir todo lo que sé, durante un mes entero! ¡Vamos a poner las cosas de tal forma que el jefe de policía tendrá que contestarnos en la Prensa!

—¡Muy bien! Pues yo conozco un individuo funcionario del Estado, y agente de la prohibición, destituido por borracho y chantagista. No es precisamente de los que se venden a dos partes; es bastante más honrado que la mayor parte de los agentes de la prohibición, pero creo que nos dará una buena cantidad de informes. Se lo mandaré.

IV

Cuando, desde lo alto del púlpito, anunció el Reverendo Elmer Gantry que las autoridades «estaban protegiendo deliberadamente el vicio» y que podía dar las direcciones y los nombres de los propietarios de diez y seis prostíbulos, once establecimientos clandestinos de bebidas y dos agencias que vendían cocaína y morfina, sin olvidar una revista musical obscena que se representaba en privado tan horrible que no podía referirse a ella más que vagamente; cuando atacó al jefe de policía y prometió acusaciones más concretas para el domingo saliente, fue como una explosión en Zenith.

En las primeras páginas de los periódicos aparecían artículos sensacionales, réplicas del alcalde y del jefe de la policía, contrarréplicas de Elmer, interviews con todo el mundo, y toda una página sobre la trata de blancas en Chicago. En los clubs y oficinas, en las asociaciones religiosas y en los reservados de los bares «que no despachaban alcohol» no se hablaba de otra cosa.

Fue preciso montar una guardia para proteger a Elmer contra cientos de visitantes, llamadas telefónicas y cartas. Su ayudante Sidney Webster y Miss Bundle, la secretaria, no pudieron sustraerle a la multitud y tuvo que refugiarse en casa de T. J. Rigg, invisible para todo el mundo con excepción de los periodistas que por alguna razón cristiana de amistad pudieran venir a verle.

El segundo domingo de su jeremiada estaba la iglesia llena media hora antes del servicio; había gente de pie hasta el vestíbulo y varios centenares se agitaban ante las

puertas cerradas.

Elmer dio la dirección exacta de ocho bares clandestinos, describió las terribles borracheras de whisky que habían estado allí, y dio cuenta de los policías de uniforme que habían estado en los más atractivos de estos sitios durante la semana anterior.

A pesar de todos los esfuerzos de la policía para dar tiempo a sus amigos a que cerrasen temporalmente, hubo de arrestar a diez o quince criminales de los cien que había denunciado Elmer. El jefe de la policía declaró que le era imposible encontrar a los otros.

—Muy bien— dijo Elmer al jefe de policía en el tono transcendental que distingue las entrevistas de gran estilo— nómbrame provisionalmente teniente de policía, déme unas cuantas parejas y cerraré cinco tabernas en una noche, una noche cualquiera, no siendo en domingo.

—Conforme. Puede usted empezar mañana— dijo el jefe, siempre en el tono de dignidad oficial correspondiente a una comunicación de primera plana.

Mr. Rigg estaba algo alarmado.

—Creo que va usted demasiado lejos— dijo a Elmer—. Si ataca de veras a uno de los grandes «bootleggers», nos vencerán con su dinero, y si toca a esa banda de ladrones, le mandarán al otro barrio. Esto es muy peligroso.

—Ya lo sé. Lo que voy a hacer es coger a uno de los «bootleggers» de menor importancia que fabrican su propio alcohol y que no están protegidos por la policía, salvo cuando les dan cinco o diez dólares de propina si les cogen «in fraganti». Los periódicos los transformarán en bandidos de la peor especie para hacer la cosa más interesante y nosotros tendremos todo el mérito sin correr riesgos estúpidamente.

V

No menos de mil personas intentaban acercarse a la Comisaría de Policía aquella noche, cuando una docena de policías bajaron las escaleras y se detuvieron mirando a la puerta por donde su jefe iba a salir.

Y salió en la persona del eminente Reverendo Gantry, que se paró en las escaleras, mientras los policías le hacían el saludo militar. Una parte de la muchedumbre aplaudió, otra silbó y los aparatos fotográficos de la prensa iniciaron un fuego granado de magnesio. Elmer llevaba la gorra con galones dorados de teniente de policía, una levita negra, pantalones negros y bajo el brazo una Biblia.

Dos coches celulares se alejaron con gran ruido, y las mujeres que había entre la muchedumbre, con excepción de algunas «profesionales» demasiado limpias, desgraciadamente, se quedaron atontadas de admiración ante, aquel moderno Savonarola.

Había prometido a la multitud una verdadera casa de prostitución, por lo menos.

VI

Vivían en Zenith dos mujeres jóvenes que cansadas de trabajar en una inmunda tahona y de dejarse seducir sin remuneración alguna por panaderos fofos y pálidos, los domingos por la tarde, habían encontrado más cómodo y más divertido alquilar un pisito por su cuenta en una calle cerca de la iglesia de Elmer. Les gustaba leer revistas, bailar al son de un gramófono e ir a la iglesia, casi siempre a la iglesia de Elmer. Si sus relaciones con los caballeros, que eran sus amigos, sobrepasaban en ardor a lo que podía esperar un pastor que tenía la experiencia de la santa y glacial institución del matrimonio hay que tener

en cuenta que estos amigos no eran numerosos, y que ellas les zurcían los calcetines y alababan casi siempre en su presencia la elocuencia de Elmer.

Una de estas señoritas charlaba precisamente aquella noche, con un caballero que, según fue comprobado más tarde en el juicio, no era precisamente su esposo. La otra estaba en la cocina haciendo un pastel para el cumpleaños de su sobrina y tarareando: «¡Adelante, soldados de Cristo!» Se asustó al oír un gran ruido de gente que subía por las escaleras. Corrió al salón y llegó a tiempo de ver cómo la puerta de imitación de caoba era echada abajo por una culata de fusil.

La habitación fue invadida por una docena de policías que no podían contener la risa, seguidos para vergüenza de la pobre señorita de su adorado profeta, el Reverendo Gantry. Pero éste no era el alegre y risueño Mr. Gantry que ella conocía. Con los brazos en alto, ademán de horror sagrado, exclamó:

—¡Mujer desvergonzada! ¡Que tus pecados caigan sobre tu cabeza! ¡Ya no llevarás a pobres jóvenes infortunados a sucumbir en la iniquidad! ¡Sargento! ¡Coja usted su revólver! ¡Es sabido que estas mujeres son capaces de todo!

—¡Ya lo creo que lo son!— dijo el sargento riendo burlonamente con su cara color ladrillo.

—¡Vamos, vamos! Esta pequeña parece tan peligrosa como un pez rojo, Gantry— observó Bill Kingdom, del «Advocate-Times».

—Vamos a ver lo que hace la otra chica— sugirió uno de los policías.

Se echaron a reír cuando penetraron en la habitación donde una joven a medio vestir y un hombre se agazapaban contra la ventana con las caras pálidas de vergüenza.

Sin fijarse en que Bill Kingdom refunfuñaba: «¡Vamos, basta! ¡Métase con uno de su talla! Elmer fue, ante aquella mujer, el exterminador del vicio verdaderamente bíblico.

Sin la intervención de Bill Kingdom, el teniente Gantry hubiera seguramente mandado meter en el coche celular a la oveja descarriada en camisa.

Concluido aquel asunto, Elmer llevó a los policías a un escondrijo secreto, donde según noticias autorizadas, las gentes perdían el cuerpo y alma ingiriendo diabólicos alcoholes.

VII

Oscar Hochlauf había tenido un bar antes de la prohibición, y, cuando sobrevino ésta, lo siguió teniendo. Se estaba muy bien en casa de Oscar; era un sitio tranquilo, a la antigua, que invitaba al reposo. Ninguno de los bares más importantes tenía tantos garabatos artísticos hechos con jabón en el espejo detrás del mostrador; en ninguna parte había arenques tan picantes.

Aquella noche había tres hombres en el bar: Emil Fischer, el carpintero, que tenía un bigote como una bufanda que le llegaba hasta las orejas, su hijo Ben, a quien Emil enseñaba a beber buena cerveza, en lugar del whisky y de la ginebra que Norteamérica obligaba a tomar a sus hijos, y el viejo Sprenson, el sastre sueco.

Hablaban del «jazz».

—Sí; yo he venido a América por la libertad... y me parece que el hijo de Ben tendrá que ir a Alemania a buscarla— dijo Emil—. Aquí, cuando yo era joven, hacíamos música los sábados por la noche, tocábamos cosas de Bach, de Brahms... ¡Tocábamos muy mal, desde luego! Pero a nosotros nos gustaba y nunca obligábamos a otros a escucharnos. Ahora por donde quiera que vaya uno, siempre está el «jazz», el baile de San Vito. El

«jazz» es, respecto de la música, lo que ese Reverendo Gantry, del que hablan los periódicos, comparado con un buen predicador de los que había antaño. Parece que no ha nacido de carne ese Gantry, sino que ha salido de un saxofón.

—A mí este país me parece bien, padre— dijo Ben.

—Sí, es verdad— confirmó satisfecho Oscar Hochlauf, soplando la espuma de un vaso de cerveza—. A los americanos que he conocido antes, en tiempos de Bill Nye y Eugenio Field, les gustaba reírse. Ahora son solemnes. Cuando empiecen a reír otra vez, retorcerán el pescuezo a los tipos como Gantry y la mayor parte de esos predicadores que pretenden enseñar a la gente a vivir. Y cuando el pueblo se ría... vaya... ¡que Dios proteja a los predicadores!

—Es verdad. Pues no sé si les conté— dijo el sastre sueco— que mi nieto William ha obtenido una beca en la Universidad.

—¡Qué bien!— dijeron todos, dando golpecitos en la espalda al viejo Sorenson... precisamente en el momento en que una docena de policías seguidos por un hombre alto y siniestro, armado de una Biblia, irrumpían en la puerta. El siniestro personaje, mostrando con el dedo a Oscar, que estaba estupefacto, ordenó con voz tonante:

—¡Arresten a ese hombre y no dejen que se vaya esa gente!

Luego, dirigiéndose a Oscar y a los presentes, que habían aumentado en proporción de diez personas por segundo, gritó:

—¡Ya le tengo a usted! ¡Usted es de esos que enseñan a beber a la juventud! ¡De esos que la llevan al camino infernal del vicio, del juego y del asesinato, con sus bebidas preparadas por el mismísimo demonio!

Arrestado por primera vez en su vida, aturdido, abatido, apoyándose sin fuerzas en los brazos de los dos policías, Oscar se irguió al oír aquello, y gritó:

—¡Miserable, embustero! Cuando me dejabais, yo despachaba la cerveza Eitelbaum, que es la mejor cerveza del Estado, y actualmente la fabrico yo mismo, mi cerveza, buena cerveza, cerveza sana! «¡La bebida del diablo!» ¡Vamos! ¡Usted juzga la cerveza como un cerdo juzgaría la poesía! ¡Tu Cristo, hizo vino y le gustaría mi cerveza!

Elmer saltó hacia adelante, con sus grandes puños cerrados. Sólo la intervención rápida del sargento evitó que derribase al blasfemo. Gritó:

—¡Lleven a ese gandul, deslenguado al coche celular! ¡Procuraré que le impongan el máximo castigo!

Bill Kingdom, del «Advocate Times», se dijo para sus adentros:

—Pondré las siguientes titulares: «Un predicador valeroso hace frente, él solo, a toda una taberna llena de pistoleros, y les reprocha haber invocado en vano el nombre del Señor». ¡Ah! He obtenido una información sensacional... Después creo que me suicidaré.

VIII

Al ver las precauciones que Elmer tomaba marchando detrás de los policías, en vez de ir delante, los espectadores y los policías, pensaron que quizá tenía miedo a los terribles criminales a quienes perseguía. La verdad es que a Elmer no le gustaban los duelos de revólver. Pero no había perdido del todo su amor a la lucha; físicamente no era un cobarde; y esto lo vieron todos, para mayor ejemplaridad, cuando entraron en el local de Nick Spoletti.

Nick, que tenía un bar en un sótano, había sido boxeador, a su ligereza, unía su sangre fría. Oyó venir a los soldados de la cruzada y gritó a sus clientes:

—¡Pronto! ¡Por la puerta lateral! ¡Voy a cortarles el paso!

Encontró al primer policía en el último escalón, y le dio un botellazo en la cabeza. Elmer olfateó la lucha. Olvidó su carácter sagrado. Dejó caer su Biblia, apartó a los lados a dos policías y saltó hacia Nick desde el fondo de la escalera. Nick dio un golpe en dirección a su cabeza, pero con un movimiento de cuello familiar a los boxeadores, esquivó el golpe y puso a Nick knock-out con un izquierdo mortal.

—¡Caramba, este pastor tiene puños!— gruñó el sargento, mientras Bill Kingdom suspiraba: «¡No está mal!»

Elmer sabía que había ganado... que sería el héroe de Zenith, que sería desde entonces el Sir Lancelot, así como el William Jennings Bryan de la Iglesia Metodista.

IX

Después de efectuar otras dos razzias, el auto de la policía dejó a Elmer en su casa, acompañado de los aplausos, no del todo irónicos, de los policías.

Cleo se precipitó a su encuentro.

—¡Vuelves sano y salvo! ¡Oh, querido mío, si estás herido!

Su carrillo estaba sangrando ligeramente.

En un arranque de admiración por sí mismo, tan ardiente que se transmitió a Cleo, la abrazó y la dio un beso sonoro, rugiendo:

—¡Esto no es nada! ¡Ha sido estupendo! Hemos hecho razzias en cinco sitios... Hemos arrestado a veintisiete criminales... Hemos sorprendido toda clase de horribles libertinajes... cosas que nunca hubiera creído posibles.

—¡Pobre maridito mío!

Como el auditorio, representado por Cleo y la criada que husmeaba desde el fondo del pasillo, era insuficiente, Elmer exclamó:

—Vamos a contárselo a los niños. ¡Se enorgullecerán de su padre!— dijo interrumpiendo a su mujer.

—Pero Elmer, si están durmiendo...

—¡Ya! ¡El sueño es más importante para ellos que saber que su padre es un hombre que no tiene miedo a defender el evangelio con su vida!

—¡Oh, esto no quiere decir... quiero decir... Sí, tienes razón. Serás para ellos un ejemplo maravilloso, una inspiración. Pero déjame que te ponga primero un emplasto en el carrillo.

El tiempo que hizo falta para lavar la herida, aplicar el emplasto y hablar sobre ella, hizo que se olvidara de los niños y de la lección de heroísmo, como Cleo se había figurado. Elmer permaneció en el cuarto de baño contándola que se había portado como un ejército entero de troyanos. Cleo estaba ante él, adorándole, y Elmer se sintió otra vez amoroso, pero le pareció, a juzgar por los golpecitos que ella le daba en el brazo, que su mujer trataba de excitarle... Esto le puso furioso... ¡Que aquella mujer sin encantos intentara seducir a un hombre como él! Elmer se fue a su cuarto, deseando que estuviera Lulú allí para disfrutar de su gloria y del comienzo de su fama como el moderno John Wesley.

CAPITULO

XXVII

I

EN los tribunales hizo Elmer condenar a diez y seis bandidos de los veintisiete que había arrestado, más seis meses de recargo para Oscar Hochlauf, culpable de resistencia y de insultos a los agentes de la autoridad. El juez hizo el elogio de Elmer, el alcalde le perdonó; el jefe de policía le estrechó la mano y puso a su disposición, para todas las veces que lo precisara, un grupo de sus hombres; entre los periodistas jóvenes hubo algunos lo suficiente corteses para reprimir unos enormes deseos de reír.

El reinado del vicio en Zenith había terminado. Hubo de transcurrir un mes para que las mujeres alegres volviesen a ocuparse en sus tareas habituales, aunque los amables guardianes del correccional dejaron salir a algunas ciertas noches.

Los domingos por la noche no cabía la gente en la iglesia de Elmer. A falta de sermones sobre el vicio, había ahora solos de saxofón y se cantaba a coro «Hará calor esta noche en la Ciudad Vieja». Un día actuó allí un prestidigitador profesional que llevaba (según idea de Elmer) un rótulo proclamando que estaba «Al servicio de Dios». Les enseñó con qué facilidad se podían levantar pesos simbólicos con las etiquetas «Pecado», «Dolor», «Cólera», «Ignorancia» y «Papado».

Los miembros de la Junta del Patronato discutieron sobre la construcción de una nueva iglesia, mucho más vasta, proyecto que Elmer había empezado a preparar desde hacía un año, haciendo presente a la Junta que se estaban edificando en el barrio casas grandes para alquilar, que reemplazaban a las casas destartadas de la Ciudad Vieja.

Los miembros de la Junta le elevaron el sueldo a cinco mil dólares y aumentaron el presupuesto de obras pías y sociales. Elmer no organizó un gran número de círculos para manicuras o alumnos de escuelas cinematográficas, como el Dr. Hickenlooper, de la Iglesia metodista central; pero no quedaba apenas una hora entre las nueve de la mañana y las diez de la noche en que no hubiera algún círculo ocupado con hacer el bien a alguien..., y hasta después de las diez todavía estaban Elmer y Lulú Bains Naylor conferenciando sobre las clases de arte culinario.

Elmer había visto el peligro que entrañaba su cruzada moralizadora y de sus reuniones amenas de los domingos. Corría el peligro de aparecer como un clown, más que como un gran apóstol de la moral.

—Tendré que idear algo para conservar mi dignidad y, al mismo tiempo, interesar a la gente — se decía—; lo que hace falta es dejar a los demás números de gracia mientras yo miro las cosas desde lo alto y me sonrío menos de lo que he hecho hasta ahora, y cuando los pobres diablos estén más tranquilos creyendo que los actos dominicales no son más que sainetes, les largo de repente uno de esos buenos sermones a la antigua sobre las llamas del infierno y la condenación, o me pondré altamente poético o algo por el estilo.

La cosa salió bastante bien. A pesar de que algunos de los predicadores rivales de Zenith seguían llamándole charlatán, clown y sensacionalista, nadie pudo dejar de apreciar la elevación de su alma cuando le vieron entregado en silencio a la oración, para después levantarse de pronto, alzar el dedo índice y exclamar:

—Os habéis reído. Habéis cantado. Os habéis divertido. ¿Pero qué habéis venido a buscar en la soledad? ¿Alegría? Quiero que os paréis un momento a reflexionar. ¿Cuánto tiempo hace que os habéis dado cuenta que vendrá una noche en que la muerte llamará a la puerta de vuestra alma? Entonces no hay alegría que valga. A menos que hagáis la paz con Dios, a menos que aceptéis a Jesús como salvador, no contéis con el arrepentimiento en el último momento. ¡Podéis ser precipitados en los horribles y espantosos tormentos eternos!

Elmer se había hecho tan célebre, que el Rotary Club le eligió con entusiasmo como miembro.

El Rotary Club estaba integrado por contables, sastres, esteópatas, rectores de Universidad, fabricantes de tapices, comerciantes, fabricantes de hielo, vendedores de pianos, dueños de lavaderos y otros dirigentes de la opinión pública. Se reunían una vez por semana para comer juntos. En estos banquetes hacían uso de la palabra actores que estaban de «tournée» en la ciudad y políticos que se manifestaban contra el reconocimiento de los Soviets. Parejas de baile ejecutaban danzas exóticas. Se cantaba en tonos líricos la satisfacción de prestar servicios a la sociedad y la elevada moral del comercio. Afirmaban que su único deseo en sus profesiones respectivas no era el de ganar dinero, sino el de hacerse útiles y beneficiosos a eso que se llama «el público». Sobre este particular todos eran tan sinceros como el reverendo Elmer Gantry con respecto al vicio.

Elmer se encontraba en su propia salsa entre los «rotarios». Se sentía tan a gusto como un buen amigo entre sus amigos y pronunciaba cortas alocuciones, diciendo que «Jesucristo sería rotario si viviese hoy día... , y Lincoln..., y Mac Kinley». Todos estos grandes hombres no habían predicado otra cosa que el Evangelio del Rotary Club: «uno para todos y todos para uno; abnegación para con la comunidad y respeto para con Dios».

Era costumbre en aquella sociedad optimista y hospitalaria que todo el mundo se llamara por su nombre de pila durante la comida. El Rev. Gantry se oía llamar con el nombre de «Elmer» o «Elm», mientras que él llamaba a su sombrerero «Ike», y sonreía a su zapatero llamándole «Rudy». Unos cuantos años antes tanta familiaridad le hubiera hecho indiscreto y vulgar y le hubiera inducido a beber. Pero había aprendido ahora su papel de hombre respetable, y si se le escapaba decir: «¡Vaya día más enorme, Shorty!», no dejaba de añadir rápidamente: «Espero que hayan podido ustedes disfrutar de la belleza del paisaje primaveral en el campo esta semana». Después de lo cual, Shorty y sus colegas no dejaban de informar a sus conciudadanos de que el reverendo Gantry era una bellísima persona, un profundo pensador y un orador formidable.

Cuando Elmer contó a su amigo Rigg las satisfacciones que experimentaba en el Rotary Club, el abogado se rascó la barbilla y dijo:

—Sí, está muy bien. Pero escuche, Hermano Elmer, hay una cosa que usted olvida: la gente gorda con sus bolsillos repletos. ¡Tiene usted que trabar conocimiento con ellos! No hay muchos entre los metodistas; suelen estar entre los episcopales, los presbiterianos, los congregacionalistas, los cristianos científicos o también apartados por completo de la Iglesia. Pero no hay ninguna razón para que su dinero no se haga metodista. Pocos rotarios encontrará usted en el Club de campo de Tonawanda, donde yo logré introducirme haciendo un «chantaje», por decirlo así, a un especulador de trigos.

—¿Pero..., pero... cómo? ¡Si entre los rotarios... hay gente como Ira Runyon, el redactor jefe del «Advocate», y Win Grant, el agente de compraventa de fincas!...

—Bien, bien. Pero al propietario del «Advocate» y al banquero que deja seguir a Win Grant hasta que dé en quiebra y al abogado defensor que los protege a todos de la cárcel no los verá usted en los banquetes del Club cantando los servicios a la comunidad. Donde los encuentra es ante las mesitas del antiguo Unión Club, donde se ríen a carcajada limpia de eso de «prestar servicio». Suelen ir al Tonawanda a jugar al «golf». Sería imposible hacerte socio del Unión Club. No aceptarían a un pastor que predica contra el vicio... Los pastores que pertenecen al Unión son esos que hablan de los últimos modelos del «Cadillac» o de la dificultad de conseguir verdadero «vermouth» italiano. Pero en Tonawanda... quizá se te aceptase. Por razones de hipocresía. Aunque no sea más que para

demostrar que la ginebra que tienen escondida en sus armarios no está en sus armarios...

Así se hizo, aunque le costó seis meses y buen número de intrigas políticas a Rigg.

La iglesia de Wellspring, y con ella su pastor, se llenó de orgullo al enterarse del ascenso social de Elmer, por estar ya autorizado a jugar al «golf» con los banqueros.

Ahora, que Elmer no sabía jugar al «golf».

Desde abril hasta julio no hizo ninguna aparición en el campo cuando estaban los demás jugadores; pero dio clase con el profesor de «golf» del Tonawanda tres mañanas por semana. Iba al campo en el bonito y pequeño Buick que había comprado y que casi había terminado de pagar.

El profesor de «golf» era, naturalmente, escocés — escocés de Indiana—. Era un hombre bajo, pecoso y deforme, que acostumbraba a tratar a todo el mundo con rudeza, lo que hizo a Elmer ser muy humilde con él.

—¡Vamos, baje usted la cruz! ¿Se figura que está en la iglesia? — decía el profesional con acritud.

—¡Demonio, me olvido siempre, Scotty! — decía Elmer—. ¡Debe costarle trabajo eso de enseñar a jugar al «golf» a los pastores!

—¡Los pastores me tienen sin cuidado y los millonarios lo mismo! ¡A mí lo que me importa es el «golf»! — gruñía Scotty—. (Era un ferviente presbiteriano, y eso de tratar con rudeza pintoresca a los clientes cristianos le costaba tanto trabajo como mantener su acento escocés, a pesar de que se lo había enseñado un irlandés de Liverpool.)

Elmer era fuerte, se encontraba bien al aire libre y tenía el ojo rápido. Cuando hizo su primera aparición en público en Tonawanda, en un «foursome» con Rigg y dos respetables doctores, tanto su persona como su juego atrajeron la atención y los comentarios de todos. Cuando se arregló en el vestuario e hizo como que no veía, cierta botella cuadrada que estaba a unos diez pasos de él fue conceptuado como hombre de mundo.

William Dollinger Styles, miembro de la Junta directiva de Tonawanda y presidente de la fabulosa «Compañía de Ferretería al por mayor y W. D. Styles», el hombre a quien se debía la introducción de la famosa hacha ultracortante en todo el territorio que se extiende desde Louisville a Detroit, el gran jugador de «golf» a quien se debía la introducción de los pantalones blancos en el Club de Tonawanda, el capitán de industria y obispo de los negocios, se presentó en persona a Elmer para darle la bienvenida:

—Encantado de verle por aquí, reverendo. ¿Ha jugado mucho al «golf»?

—No, hace muy poco que he empezado; pero a partir de hoy pienso ser un verdadero aficionado.

—Bravo! Le diré mi opinión a este respecto. Para hombres como nosotros, que tenemos que estar metidos en nuestras oficinas tomando decisiones que tienen el fin de guiar al pueblo — usted en sentido religioso y yo comercialmente—, es muy conveniente que salgamos y nos acerquemos a la Naturaleza, y así estaremos en condiciones de abordar los problemas, complejos que hemos de resolver. Esto mismo dije recientemente en una alocución en un banquete de la Cámara de Comercio. El ejercicio mantiene nuestro espíritu despierto y nos pone en guardia contra las mudanzas de la opinión pública, tan inconstante, y así, inevitablemente...

Lo que quería decir Mr. William Style era que le gustaba el «golf».

Elmer asintió:

—Sí, es verdad; tiene usted razón. A muchos predicadores les convendría salir al campo y hacer ejercicio, en vez de estar siempre estudiando.

—Sí. Esto debía usted decírselo a mi pastor. No es que yo vaya mucho por la iglesia, pero soy el tesorero de mi parroquia y tengo algún interés en ... Perteneczo a la iglesia congregacionalista de Dorchester... El pastor es el Rey. Shallard.

—¡Frank Shallard! Lo conozco desde el seminario. ¡Es un hombre digno, recto, inteligente!

—Sí, es verdad; pero no me gusta su manera de portarse. Casi siempre está propicio a defender abiertamente a esos granujas de los Sindicatos obreros. Por eso no voy apenas a sus sermones; pero me es imposible conseguir que los diáconos compartan mi opinión. Mejor le vendría salir al aire libre. Mucho gusto en conocerlo, reverendo. ¡A ver si viene usted cualquier día con nosotros en uno de nuestros «foursome»..., si se siente capaz de digerir algunos juramentos!

—¡Lo intentaré! ¡Encantado de haberle conocido!

—¡Hum! — se dijo Elmer—. ¿De modo que ese pseudo-intelectual de Frank tiene a este ricachón de Styles en su rebaño? Y Styles no lo puede ver. ¿Y si Styles se hiciera metodista?... ¡Si se lo pudiera quitar a Frank! Preguntaré a Rigg.

Pero el encanto del lugar, del día, de todo lo que su presencia en un lugar como aquél implicaba de prestigio, todo esto bastó para arrancarle de sus meditaciones religiosas y llevarle a otros pensamientos más elevados.

Rigg se había marchado. Elmer estaba solo completamente en la inmensa galería del Club de Tonawanda, una gran casa de campo color gris situada en una colina que dominaba el río Appleseed. Al otro lado del río se veían campos de cebada entre las huertas. En el campo del «golf» discurrían caballeros vestidos con trajes de «sport» y muchachas jóvenes con faldas cortas que les golpeaban las piernas al andar. Un caballero vestido con pantalones blancos llegó en un «Rolls-Royce», el único «Rolls-Royce» de Zenith, y Elmer se sintió ennoblecido por pertenecer al mismo Club que un «Rolls-Royce». En el césped, delante de la galería, había unos caballeros con bigotes de oficiales ingleses y mujeres bonitas, vestidas de colores suaves, que tomaban el té bajo quitasoles rayados.

Elmer sólo conocía a algunos de ellos de vista.

—¡Algún día me trataré con todos ellos, de igual a igual! ¡Pero hay que ser cautos y no ir demasiado de prisa!

Un grupo de graves señores de unos cincuenta años discutían de arte y de política cerca de él. Al escucharles se decía Elmer: Sí, Rigg tiene razón. Buena gente esa del Rotary, gente distinguida, educada, que maneja dinero, expertas en negocios y fieles a los ideales más elevados. Pero no pueden compararse con estos magnates.

Muy satisfecho, se dedicó a observar a los magnates, que eran un agente de Bolsa, un abogado y un maderero millonario.

—¡Sí, señor! Lo que en este país casi nadie comprende es que la estabilización de la libra ha causado un efecto excelente a nuestro comercio con la Gran Bretaña...

—Yo les dije que no me negaba a reconocer los derechos de los trabajadores, que yo mismo había venido de abajo, hasta cierto punto, y que estaba haciendo todo lo que podía por beneficiarles; pero, desde luego, me negaba a escuchar a los agitadores de los Sindicatos, y que si no les gustaba lo que yo estaba haciendo...

—Sí; abrió a 73 1/2; pero al saberse lo que había pasado con las ordinarias de Saracem...

—Sí, señor, un «Pierce-Arrow» es un coche de toda confianza...

Elmer lanzó un suspiro de emoción al verse en contacto tan íntimo con los poderes que gobernaban Zenith y, en cierto modo, con los que gobernaban América y pensaban por

ella. Hubiera querido seguir allí, pero tenía que preparar un trabajo bien indigno, por cierto, de sus talentos mundanos: una breve y erudita alocución sobre las misiones entre los indios Digger.

Al regresar a casa fue pensando cosas muy gratas:

—Llegará un día en que me codée con la gente gorda ¡Cuando sea obispo nadie pretenderá que pierda el tiempo en romperme la cabeza para discutir los métodos de la Escuela dominical! Recibiré en casa a la gente distinguida, a los senadores y a los personajes influyentes... Cleo hará buen papel en una cena de gala, con un vestido encarnado... ¡Si al menos no fuera tan pedante! Pero quizá se haya muerto antes. Me casaré entonces con una mujer que pertenezca a la Iglesia Episcopal. ¿Podría obtener un Obispado episcopal si se me pasara a esos encamisados? Son gente más distinguida. No; la Metodista es una Iglesia más amplia, y además me parece que los episcopales no tolerarían sermones fuertes contra el vicio y todo eso...

II

Cuando Elmer, tres años antes, había hecho saber a la Corporación Gilfeather del Chautauqua (una organización que celebraba actos que duraban una semana en todas las pequeñas ciudades) que tenía un mensaje para la juventud americana, un mensaje que valía por lo menos cien dólares a la semana, añadiendo que tendría mucho gusto en transmitirlo sin demora, la Corporación no se mostró interesada en el asunto. Pero la extirpación del vicio en Zenith le había hecho célebre y hasta le había valido uno o dos artículos en los periódicos de Nueva York y de Chicago sobre el «Pastor de la Cruzada». Esto hizo reflexionar a la Corporación Gilfeather. Esta vez fueron ellos los que se dirigieron a Elmer rogándole que aceptase doscientos dólares por semana y diciéndole que pondrían su nombre en grandes letras en la primera línea de los carteles anunciadores para una «tournée» de tres meses.

Pero Elmer no quería pedir un permiso de tres meses a los miembros de la Junta. Deseaba pasar el verano en Europa al cabo de un año o dos. El estudio de los lugares de la cultura europea sería el último refinamiento que le permitiría ocupar cualquier púlpito de los mejores en los Estados Unidos.

Sin embargo, desde fines de agosto hasta comienzo de septiembre sustituyó a uno de los elementos más destacados de la Corporación Gilfeather: al célebre J. Thurston Vallet, que había hecho la delicia de miles de oyentes con su conferencia ingeniosa e instructiva titulada «La Dieta o la Muerte, la Naturaleza o la Nada», hasta que tuvo la desgracia de caer enfermo en Powassie (Iowa) por haber comido melones sin madurar.

Elmer había proyectado pasar el mes de agosto en el Norte de Michigan. Lo había proyectado de mala gana, porque si en la ciudad podía soportar a Cleo gracias a sus ocupaciones y a la presencia de Lulú, aguantar todo un mes su cara solemne y triste y su voz llorona, sería un suplicio hasta para un «hombre bueno» profesional.

La hizo comprender que el deber le llamaba, y se marchó a toda prisa, deteniéndose únicamente lo suficiente para recoger unos libros de ensayos llenos de inspiración para preparar su conferencia de la Chautauqua.

Estaba encantado con su nueva aventura: dinero, fama en un ambiente nuevo, multitudes, para hablar a las cuales no necesitaba una preparación especial, y acaso encontrase una amiguita que le comprendiera y diera a su personalidad un ligero toque femenino. Se dio cuenta de que estaba tan cansado de Lulú como de Cleo. Se imaginaba

alguna pianista, soprano, ventrílocua, solista, y soñaba con un laude romántico en el que dos almas hermosas y solitarias gozaban de la sorpresa de su encuentro.

III

La conferencia metafísica de Elmer, titulada «¡Adelante, Juventud!», con sus consejos sobre la abstinencia, la castidad, la aplicación y la honestidad; con el pasaje, lleno de elevación, sobre el amor (el arco iris en las tinieblas de la existencia, la estrella de la mañana y de la noche), y la historia de la lucha para salvar a un compañero del colegio, llamado Jim, de la bebida y el ateísmo, fue una obra maestra, que se hizo clásica entre las obras maestras de la Chautauqua.

De toda la gente contratada por la Chautauqua (con excepción, quizá, del hijo de Letonia, que ignoraba el inglés y que tocaba himnos nacionales con vasos de agua), fue Elmer el único que no cedió en la cuestión del Ku Klux Klan.

El nuevo K. K. K. era una organización de los padres, hermanos menores y los empleados de los ciudadanos prósperos que habían llegado a ser rotarios; comenzaba a constituir un peligro político. Muchos de los hombres más notables entre el clero metodista y baptista se declaraban abiertamente en su favor, y Elmer admiraba sus principios: obligar a los extranjeros, judíos, católicos y negros a que estuviesen en el sitio que les correspondía — que no era ningún sitio— y reservar al gobierno del país a los protestantes autóctonos del tipo de Elmer Gantry.

Sin embargo, Elmer observó había muchas personas cultas y pudientes aun entre los metodistas y baptistas, que estimaban que un hombre podía ser judío y, no obstante, ser un ciudadano americano. Le pareció más patriótico y también bastante más seguro dejar a un lado esos problemas. Y así se atuvo a la declaración conciliatoria que sigue:

En lo tocante a las Asociaciones religiosas, políticas y sociales, soy partidario del derecho de cada uno en nuestra libre América de asociarse con sus semejantes, para el fin que sea; pero no soy menos partidario del derecho de todo libre ciudadano americano de velar por que tales organizaciones no vayan a imponer su manera de pensar y menos su manera de actuar si no están dentro de los límites de la moral.

Esto gustó tanto al Ku Klux Klan como a sus adversarios y todo el mundo admiró el vigor de pensamiento de Elmer.

Unido a la Chautauqua, Elmer hizo su aparición en la ciudad de Blackfoot Creek, Indiana, y el Comité autorizó al pastor metodista de dicha ciudad, Andrew Pengilly, a que diese hospitalidad a su famoso colega.

IV

Siempre solitario y sumido en sus lentas meditaciones místicas, el anciano Andrew Pengilly había visto aumentar su soledad después de la marcha de Frank Shallard.

Cuando supo que el Rev. Elmer Gantry iba a venir, el Rev. Pengilly comunicó al Comité local que le complacería dar hospitalidad a Mr. Gantry, evitándole así la estancia en el mal hotel del pueblo.

Por los periódicos sabía que el Rev. Gantry era un gran orador y un denodado luchador contra el pecado. Mr. Pengilly suspiró. Nunca había visto muchos pecadores en torno suyo. Por culpa suya probablemente. Era un viejo soñador chiflado. Se regocijaba pensando que a él, pobre cura de aldea, le era concedido el honor de albergar a aquel San

Miguel con armadura reluciente que iba a glorificar su choza.

V

Aquella noche, después de la sesión de la Chautauqua, estaba Elmer sentado en el humilde hogar de Mr. Pengilly y lo estaba con suma benevolencia:

—¿Dice usted, Hermano Pengilly, que ha oído hablar de nuestra obra en Wellspring? ¿Pero nos acercamos nosotros tanto a los corazones de los débiles como usted aquí? No, no; algunas veces me parece que mi primer pastorado, en un pueblo todavía más pequeño que éste, fue más rico en bendiciones que todas mis actividades en la gran ciudad. Y lo que se hace allí no se debe a mí. ¿Tengo unos colaboradores tan trabajadores. tan devotos! El Sr. Webster, el pastor ayudante, piadoso y constante. El Sr. Winz, la señorita Weezeger, la diaconesa y la señorita Bundle, mi secretaria, un alma noble y una mujer incansable. ¡Sí! Estoy singularmente favorecido. Con la ayuda de esos celosos colaboradores nos es permitido tomar — bajo la dirección de Dios— algunas excelentes iniciativas. ¡Hemos podido abrir el único curso de decoradores de escaparates que existe en iglesia alguna de los Estados Unidos, y supongo que también de Francia e Inglaterra! Hemos llegado ya a resultados maravillosos, no sólo consiguiendo que se aumente el salario de muchos jóvenes de mérito de nuestra iglesia, sino también aumentando la cifra de negocios de nuestra ciudad al mejorar el aspecto de los escaparates. ¿Usted sabe lo que significa esto para la belleza de las calles? La afluencia de gente parece acrecentarse sin cesar. ¡El último domingo que actué en Zenith, por la noche, teníamos mil cien personas presentes! ¡Y eso que era en el verano! Durante el invierno tenemos con frecuencia mil ochocientos fieles, y eso en una iglesia que no está calculada para más de mil seiscientos. Con toda modestia — porque no hablo aquí de personas, sino de métodos—, creo poder decir que no hay hombre ni mujer ni niño que no salga de nuestra iglesia contento, llevando un «mensaje» que les anima a trabajar durante toda la semana. Desde luego, yo predico el buen Evangelio a la antigua; no temo recordarles las terribles consecuencias del pecado, de la ignorancia y de la tibieza en materia de religión. ¡Sí, señor! ¡No titubeamos en enumerar los horrores del infierno, por lo menos en las iglesias donde he estado yo! Pero esto no quita para que se reúnan y fraternicen con su buen pastor y canten juntos canciones ‘alegres y consoladoras. ¡Y cómo les gusta! ¡Vaya! ¡No hay más que ver luego las colectas!

—Señor Gantry — dijo Andrew Pengilly—, ¿por qué no cree usted en Dios?

CAPITULO

XXVIII

I

FRANK Shallard se daba cuenta de que la única cosa que le retenía en la Iglesia era su amistad con el Dr. Philip Mac Garry, pastor de la iglesia del Arbor. Para Bess, su esposa, menuda y regordita, y para sus tres vástagos tenía menos pasión que compasión. En cualquier actividad, pensaba, ganaría lo suficiente para su sustento.

Mac Garry no era un hombre muy culto ni tampoco muy elocuente, menos aún virtuoso; pero era bueno y expansivo, y tenía una sed de justicia fundada en el sentido común. Su compañerismo era leal y sincero, muy distinto del de los «Buenos Camaradas»

profesionales de Zenith, fuesen predicadores o zapateros, que profanaban la amistad con sus charlas tontas, sus gritos y sus golpes en la espalda. En su energía y en su honor fiaban las mujeres; no asustaba a los niños, los hombres le confiaban sus penas secretas y él siempre estaba más inclinado a acudir en su ayuda que a escandalizarse.

Frank le veneraba.

Mac Garry era soltero, se pasaba la vida en casa de Frank. Si era preciso ayudaba a Frank a lavar la vajilla cuando habían cenado tarde. Cuando ocurría que los Shallard no estaban en casa, solía subir al cuarto de los niños, y se le encontraba allí ocupado en no dejarlos dormir con historias de caza de Montaña, Arizona y Saskatchewan.

Una noche regresaban Frank y Bess del oratorio. Entraron en la sala de estar, que Bess había alegrado con cretonas y que Frank había hecho impresionable con portentosos volúmenes de Sociología. Frank, echado en un sillón, fumaba su pipa, con ese aspecto de joven profesor universitario que fuma en pipa para demostrar que es muy hombre. Mac Garry andaba por la habitación. Su manera de discutir consistía en sacudir muelles, jarrones, libros y lámparas, por lo que era un peligro constante.

—¡Oh, estuve pésimo en la oración esta noche! — gruñó Frank—. ¿Qué interés voy a tener yo en que Dios sea para la señora de Besom tanto consuelo para sus dudas? ¡En cambio, la hija política de la señora Besom no tiene duda con respecto al carácter de su suegra! Pero yo no encuentro manera de decirla, después que ha estado volando con los ángeles, y proclamando que está segura de que Jesús la ama, no tengo valor para decirla que no es más que una tía agarrada, una víbora y una bruja...

—¡Vamos, Frank! — dijo dulcemente Bess.

—¡Y váyase a su casa y olvídense de su popularidad en el cielo y pida perdón a su hijo y a su nuera por quererlos hacer unos santos como usted, con ácidos espirituales en el estómago!

—¡Vamos, Frank! ¡No hables así!

—¡Déjele delirar, Bess! — dijo Mac Garry—. ¡Si un predicador no pudiese de vez en cuando maldecir a sus fieles, nadie, no siendo San Juan, podría resistir! ¡Y me parece que él tampoco atendió bien los rezos y las visitas pastorales!

—Y para mañana — continuó Frank— tenemos un funeral. El de Henry Semp. Pesaba doscientas ochenta libras desde la nuca a los talones, y a partir de la nuca unos cien gramos. Un excelente ciudadano y un cristiano que creía que Warren G. Harding era el hombre más grande que hemos tenido desde George Washington. No había pegado nunca a su mujer. Un hombre de bien. Cuando su mujer vino a encargarme el funeral lloraba a lágrima viva por la muerte de Henry; pero noté desde la ventana que cuando bajó a la calle parecía estar tan contenta. Sí. Henry era uno de los baluartes de la nación. ¡Que se guarden los intelectuales de burlarse de él! Estoy segurísimo por algo que ella me dijo que todos los años han defraudado a la Hacienda todo lo que han podido en el pago de los impuestos sobre la renta. Y mañana, en el funeral, tendré que decirles a sus amigos que Henry era la moral personificada, un titán de la inteligencia, y que su pobre mujercita está agobiada por su muerte. ¡Pero hay que tener ánimo! ¡Como la conozco, sé que volverá a casarse dentro de seis meses, y si mañana trabajo bien puede que me encargue también la boda! ¡Ah, Dios mío, qué farsa es este oficio de ministro de la religión!

Era la centésima vez que tocaban el tema.

Mac Garry soltó un cojín para coger el portamonedas de Bess, que aparentó no fijarse, y exclamó:

—¡Pues no lo es! He oído decir a un gran predicador de Nueva York que el

ministerio sagrado tiene sus imperfecciones; que hay muchos hombres mediocres que ingresan en él allí. Y, a pesar de esto, decía, si tuviera mil existencias que vivir, sería siempre ministro del Evangelio el hombre que enseña a sus semejantes las doctrinas de Cristo. La iglesia universal, con todos sus defectos, es la única institución donde podemos trabajar juntos a base del Evangelio. ¡Es posible que sea tuya la culpa y no de la iglesia, por tener tanto miedo a los feligreses, que te hacen mentir en los entierros! Yo no estoy en ese caso.

—¡Lo estás también!, mi querido Philip! No lo dudes. Lo que tú haces es hipnotizarte hasta el punto de convencerte de que todos tus queridos feligreses difuntos son modelos de virtud, y después les haces el panegírico.

—¿Y por qué no?

—¡Oh, naturalmente! Seguramente el bandido que elogias ha sido un modelo de valentía; el jugador tramposo, un modelo de bondad para todo el mundo, menos para los que robaba. A mí no me gusta que me alquilen para alabar a estafadores, jugadores de ventaja, usureros o explotadores de la Humanidad, como ese Henry Semp, para animar a la juventud a seguir su ejemplo y perpetuar así esta civilización bárbara, de la cual los responsables somos nosotros, los ministros del Evangelio, tanto como los abogados, los políticos y los maestros de escuela. ¡No, señor! ¡Tengo que salirme de la Iglesia! ¡Fíjate! ¡Un predicador que conoce la verdadera religión, la salvación, la honradez misma, porque deja la Iglesia ¡Entonces conocería yo los goces de la santidad de que habláis los metodistas!

—¡Oh, siempre estás lo mismo! — dijo Bess sin acritud—. (A los cuarenta y un años tenía todavía el aspecto de una muchacha rolliza y simpática de veinte años.) Le ruego, Phil, que haga ver sus errores a Frank. Yo no puedo, aunque lo he intentado, en vano, durante quince años.

—¡Es verdad! — dijo Frank.

—¿Dígame, Phil, no lo puede convencer usted? — dijo Bess—. El es... , desde luego, le adoro; pero de todos los niños que conozco... ¡El es el peor de mis niños! Habla de consagrarse a las obras de caridad, de aceptar un empleo en un Banco o en un periódico obrero, de dedicarse a escribir. ¿No le puede usted hacer ver que tampoco estará más contento en esas ocupaciones? Estoy segura de que esos dirigentes de los obreros, esos agitadores socialistas, esas personas que intervienen en las organizaciones de caridad, no son tampoco más angelicales que los predicadores!

—¡Pero yo no creo que lo sean! ¡Ni espero estar contento! — protestó Frank—. ¿Y no es una cosa buena que haya gentes que se pasen la vida recriminando a los demás? ¡Tiene gracia que a un ministro del Evangelio que está autorizado por mandato divino para amenazar a la gente con el infierno se le trate como a un «botones» a quien se puede reñir y a quien se echa a la calle en cuanto se atreve a criticar a los capitalistas o a sus compañeros del pastorado. En todo caso... Querida Bess, lo sé, esto no es agradable para ti. Pero yo también quisiera ser feliz, me gustaría prosperar y encontrarme a gusto en medio de gente honrada. Pero no puedo... Ves, Phil, me han enseñado a creer que el Dios de los cristianos no era este servidor cobarde y ambiguo de la gente, sino el creador y defensor sin piedad de la verdad. Se conoce que esto me ha echado a perder. ¡Siempre he tomado a mis maestros tan en serio!

—Vamos, vamos, Frank. Lo que a ti te ocurre — dijo Phil Mac Garry, bostezando — es que prefieres discutir a preocuparte pacientemente de los problemas espirituales de estos pobres seres humanos que, te piden tu ayuda.

¿Qué importa que tú profeses la religión de Zoroastro o el Adventismo del Séptimo Día, si tú los amas de verdad y les das fuerzas que emanan de la divinidad? Estoy seguro que sin ese orgullo intelectual, sin esa ambición de querer hacernos un mundo nuevo, esta misma noche, mejor que el del Creador, tú, y Bernard Shaw, y Wells, y Mecken, y Lewis... ¡Dios mío, cómo me he aburrido leyendo ese libro de Lewis «Calle Mayor». ¡Todo un libro larguísimo, sólo para hacer constar que los rústicos de Gopher Prairie no podían ir a los tés literarios tantas veces como va él! ¡Eso es todo lo que fue capaz de ver entre esos creadores de riqueza dignos y trabajadores! Bien; como te iba diciendo, si en vez de empezar por donde tus feligreses terminan, porque ellos no han tenido nunca las ventajas de instruirse como tú, les pudieses dirigir hacia...

—¡Lo que estoy haciendo! ¡Y permíteme que te diga, amigo mío, que he dirigido a algunos de ellos con tanto éxito, que me dejan plantado a mí y a mi Iglesia evangélica y se van a los Unitarios o dejan de pertenecer a la Iglesia. Lo cual, mi querida Bess, quita a mi mujer y a mis hijos algunos centavos. Pero hablando en serio, Phil...

—Cuando un hombre dice que habla «en serio» es porque comprende que sus argumentos anteriores no han sido muy buenos...

—Puede ser. En todo caso, lo que quiero decir es que mi liberalismo es una completa necedad. ¿Sabes por qué lo tolera mi gente? ¡Porque no se interesan por lo que les digo y no lo comprenden! Si yo tuviera un sucesor que fuera fundamentalista les agradaría igual o más que yo y volverían cantando a ese fuego del infierno del cual yo les dispenso. No me toman en serio cuando hablo contra las penas eternas, y lo mismo ocurre cuando ataco el fetichismo de la Biblia y de sus ministros y todos los demás vestigios de horror adornados con calaveras que hay en el llamado Cristianismo. ¡No lo comprenden! En parte es porque están acostumbrados a no creer otra cosa que lo que oyen en los sermones. Pero también es culpa mía. Me falta valor. Debía gesticular, conducirme como un lunático o un evangelista populachero y gritar: «¿No lo comprendéis? ¡Toda vuestra religión no es más que una farsa, una verdadera farsa!» Pero nunca he sido lo bastante violento, lo bastante convencido, para batirme por la causa de Dios... Al menos todavía no.

—¡Ahora te he pillado, Frank! ¡Me hace gracia verte en el papel de «ateo del pueblo»! «En nombre de Dios» dijiste. Y las veces que te he oído decir al marcharte: «Dios te bendiga». ¡Y lo decías en serio! ¡Oh, no, tú no crees en Cristo! ¡No crees más en él que lo que pueda creer el Papa en Roma!

—Supongo que si yo hubiera dicho «Dios te condene» demostraría bien que era un cristiano ferviente. ¡Oh, Phil, no puedo comprender cómo un hombre tan honrado como tú, tan verdaderamente deseoso de ayudar a la gente y de tolerarla, pueda soportar que se le clasifique como a tantos otros predicadores sin que proteste! ¿Cómo te avienes a tener como compañero en la misma ciudad a un Elmer Gantry sin correr a la reunión pastoral gritando: «O éste se marcha o me marchó yo»?

—¡Lo sé! Pero, majadero, ¿no te imaginas que los que se estiman un poco entre nosotros sufren al verse comparados con un Gantry y le odian más que tú? Supongamos que Elmer no sea más que una bestia... ¿Y qué? ¿Vas a condenar toda una institución de carácter elevado, llena de gentes de ideas amplias, con el pretexto de que hay uno entre ellos que es un hombre indigno?

—¿Uno? ¿Sólo uno? Vamos a suponer que no haya muchos, lo que se llama muchos, en tu Iglesia o en cualquiera otra, que sean unos cerdos como Gantry. ¡Pero déjame que te diga mi opinión caritativa y fraternal sobre unos cuantos admirables colegas tuyos de la Iglesia Metodista! El obispo Toomis es un parlanchín vacío. Chester Brown, con

sus velas y sus himnos, se pasaría a los episcopales si no temiera ver reducido su salario... Muchos de los llamados episcopalianos anglocatólicos son simplemente católicos que se irían a Roma si no fuera por el miedo a perder su prestigio social. Otto Hickenlooper y sus obras... Los ricos, a impulsos de su caridad, le dan los fondos, y se le alaba a él por gastarlos. ¡Bonito círculo vicioso! ¡Y pensar que imbéciles de estudiantes de Literatura pierden el tiempo y la inteligencia en los cursos rigurosamente morales que organiza Otto, el cual elige sus profesores más por sus opiniones sobre los Sacramentos que por sus conocimientos!...

—Pero, Frank, yo ya te he dicho...

—¡Y el Dr. Mahlon Potts, el hombre sabio, el pastor ortodoxo!... ¡Ah! Es un hombre excelente y nada fanático. ¡No juzga la teoría de la evolución de las especies como una doctrina infernal! El único defecto que tiene — como les ocurre a los predicadores más famosos— es que no tiene la más ligera idea de lo que es un ser humano. Vive aislado, ha vivido siempre aislado desde que es predicador. Acude al lecho mortuario de las prostitutas — no con mucha frecuencia, desde luego—; pero es incapaz de comprender que existan matrimonios absolutamente honestos que no pueden vivir juntos por incompatibilidad sexual.

Potts se pasa la vida en una biblioteca, estudia los impulsos de los hombres en las novelas de George Eliot y de Margaret Deland, y la Economía Política en los artículos de fondo del «Advocate». ¡No conoce más juicios sobre su propia labor que las lisonjas de su Comité de Señoras! ¡Es un criminal peor que Gantry! La ambición de Elmer es ser un buen muchacho y que se le crean las baladronadas. En cambio, el Dr. Potts querría convertir todos los seres humanos en cuyos pulsos corre la sangre, que sudan, aman y luchan, en otros tantos doctores Potts, en unos doctores Potts que duermen la siesta y roncan detrás de un estante de libros sobre la doctrina de los Padres del Concilio de Nicea.

—¡Caramba, cómo nos quieres! Y supongo que crearás que yo admiro a todos esos hombres. Y la verdad es que me miran como a un hereje, desde el obispo hasta el último de ellos — dijo Philip Mac Garry.

—¡Sí, pero te quedas entre ellos!

—¿Hay otra Iglesia mejor?

—¡Oh, no! No creas que reservo todas mis simpatías para los Metodistas. Los tomo sólo como ejemplo, porque tú estás entre ellos. Los Congregacionalistas, a cuya secta pertenezco; los Baptistas, que me enseñaron que el bautizo por inmersión es más importante que la justicia; los Presbiterianos, los Campbellistas y todos los demás son para mí la misma cosa.

—¿Y tú mismo? ¿Y yo?

—Tú ya conoces mi opinión sobre mí mismo... ¡Un hombre demasiado débil para levantarse y correr el riesgo de dejarse llamar traidor o ateo! Y en cuanto a ti, mi querido amigo y consecuente liberal, te he dejado adrede para el fin de mi desfile de pastores metodistas. ¡Tú eres el peor de todos!

—¡Frank, vamos! — dijo Bess, bostezando.

Bess tenía sueño. ¡Cuánto hablaban estos pastores! ¿Es que los albañiles, y los escritores, y los agentes de Bolsa se estaban levantados hasta media noche discutiendo sobre su alma y atormentándose por saber si el oficio de albañil, o el de escritor, o el de corredor de Bolsa era un oficio bueno o no?

Bess bostezó otra vez, abrazó a Frank, dio un golpecito en la mejilla a Philip y se marchó diciendo:

—¡No sé si eres tan débil como dices, Frank, pero estoy segura de que podrías matar de sueño a una mujer joven y fuerte!

Frank, a quien calmaban de ordinario las reprimendas jocosas de Bess y las pullas amistosas de Philip, estaba enardecido aquella noche y hablaba incansablemente.

—Sí, Frank; tú eres el peor de todos! Porque tú sabes lo que es un ser humano. Tú no eres como el Padre Potts, siempre tan bien informado sobre los pecados del mundo y siempre tan sorprendido cuando encuentra a un verdadero pecador de carne y hueso. Y tú no crees que importe un comino que un hombre que anhele la justicia haya sido chapuzado — o si quieres bautizado— o no lo haya sido. Y, sin embargo, cuando subes al púlpito haces como si estuvieras absorto en la oración, y la gente se cree que tienes una amistad tan íntima con Dios como Potts o Gantry. Tu libertad de pensamiento no dura nunca más tiempo que el que tardas en ir desde la puerta al tranvía. Hablas de avenidas doradas en el cielo y de la paz benigna del otro mundo, y, sin embargo, una vez, entre nosotros, reconociste que no tenías la menor idea sobre la inmortalidad del alma. Hablas de la Redención y del Sacramento de la Cena, de que Dios ha ayudado a tal nación a ganar una guerra y ha castigado a tal otra con un diluvio, y otra porción de cosas que no crees de ninguna manera en tu fuero interno.

—¡Oh, ya lo sé! ¡Maldita sea! Pero tú también rezas en la iglesia.

—¡Te aseguro que no! Hace más de un año que no he dirigido una sola oración a ninguna divinidad determinada. Digo algo así como esto: «Olvidemos nuestras penas cotidianas y unamos nuestros espíritus en meditación sobre el advenimiento de la paz perpetua.» Una cosa así.

—A mí esa me suena como una oración insolente, Frank. Lo que te pasa es que te crees llamado a volver a escribir el «Padre nuestro» para Dios.

Philip se echó a reír y golpeó a Frank en la espalda.

—¡No me tomes el pelo! Ya sé que mi oración no vale para nada. Es horrible. Nebulosa. Sin sentido. ¡No me importa que no te guste, pero me irrita que te burles! ¡Porque vosotros, los defensores de la Iglesia, soléis adoptar un tono jocosos siempre que se trata de discutir los principios de la religión?

—Es verdad, Frank. Efecto de haber predicado demasiado. Pero hablemos en serio. Sí; digo cosas en el púlpito que no siento enteramente. Y ¿qué importa? Las gentes comprenden estos símbolos; han sido educados con ellos y les son familiares. El fin de mi predicación es enseñar el arte de vivir según mi leal saber y entender; estimular a mis gentes y estimularme a mí mismo a ser buenos, a ser leales, a ser puros, a tener valor y a amar a Dios y a nuestros semejantes, y toda la experiencia de la Iglesia demuestra que estas lecciones no pueden enseñarse de otra manera mejor que utilizando esos conceptos verdaderamente elevados de la, salvación, de la presencia del Espíritu Santo, del Cielo, etc.

—¡Hum! ¿Es verdad eso? ¿Ha intentado la Iglesia alguna vez otra cosa? ¿Y qué quieres decir con eso de «ser puros» y «ser leales» y de «enseñar el arte de vivir»? ¡Señor, cómo nos gusta emplear a los predicadores frases que no significan nada! Pero supongamos que . tú tienes toda la razón. A pesar de eso, como empleas la misma jerga teológica que un Gantry, un Toomis o un Potts, haces creer inconscientemente a todo el mundo que piensas y actúas como ellos.

—¡Tonterías! No es que yo esté particularmente interesado en los encantos de esos grandes sabios, compañeros míos. ¡Preferiría ir a parar a una isla desierta contigo, viejo ateo! Pero supongamos que fueran tan detestables como tú dices. Aun así, no me creo obligado a aburrir mi nido y a atacar a la gloriosa Iglesia Metodista, con sus santos y sus

héroes como Wesley, Asbury, Quayle y Carwright, Mac Dowell y Mac Connell. ¡Las lágrimas casi se me vienen a los ojos cuando pienso en hombres como estos! ¡Escúchame! Imagínate que estás en la guerra, en un regimiento célebre. Figúrate además que una parte de tus camaradas y hasta el mismo coronel del regimiento son unos hombres corrompidos y cobardes, ¿te sentirías dispuesto por eso a desertar? ¿O lucharías con más bravura para compensar los defectos de los otros?

—Amigo Phil, después del tono humorístico a que me he referido y del empleo de frases manidas, la plaga más temible de las discusiones religiosas es el empleo de las metáforas. La Iglesia protestante no es ningún regimiento. Tú no eres ningún soldado. El soldado tiene la obligación de luchar cuándo y como se le ordena. Tu libertad es absoluta, aparte de unas cuantas obligaciones morales y doctrinales.

—¡Ajá! ¡Ya te tengo, al fin, mi querido y lógico amigo! Si gozamos de esa libertad, ¿por qué no quieres permanecer en la Iglesia? ¡Oh, Frank, Frank, qué chiflado estás! Sé que anhelas la virtud. ¿No ves que puedes acercarte a ella mejor permaneciendo en la Iglesia y haciéndola más libre, en lugar de escaparte y abandonar a tus gentes a pastores como Gantry?

—Lo sé. Esto es lo que he creído durante muchos años. Y por esto soy todavía predicador. Pero empiezo a creer que esta es una idea falsa. Comienzo a darme cuenta de que los reaccionarios fanáticos corrompan con frecuencia a los liberales honrados, y, en cambio; los liberales rara vez iluminan los cerebros selváticos de los fundamentalistas. ¿Qué diablos tiene que hacer la Iglesia, en realidad? ¿Para qué nos hace falta una Iglesia? ¿Qué ofrece a la Humanidad que no puedas encontrar en fuentes laicas, escuelas, libros, conversación?

—Ofrece una cosa, Frank. La Iglesia tiene la personalidad única y los preceptos de Jesucristo, y hay algo en Jesucristo, hay algo en la manera como habló, hay algo en el sentimiento de un hombre cuando pasa de pronto por el trance inefable de conocer al Maestro y su presencia, lo cual hace que la Iglesia de Jesús sea diferente a toda otra institución humana. Jesús no sólo es más grande y más sabio que Sócrates o Voltaire; es, además, completamente distinto de ellos. Cualquiera puede interpretar y enseñar a Sócrates o Voltaire en las escuelas por medio de libros o de la palabra. Pero interpretar la personalidad y las doctrinas de Jesús exige una corporación especialmente llamada, elegida, formada, consagrada y unida en una institución especial: La Iglesia.

—Philip, todo esto suena admirablemente bien. Pero ¿cuáles eran realmente la personalidad y la doctrina de Jesús? Admito que esto es el corazón de toda controversia sobre la religión cristiana, aparte del hecho de que, con seguridad, la mayor parte de la gente cree en la Iglesia porque ha nacido dentro de la Iglesia. Pero la cuestión esencial es ésta: ¿Tenía Jesús — si lo que nos dice la Biblia de él es, por lo menos, verdad a medias— un carácter especialmente noble. y eran sus enseñanzas particularmente originales y profundas? Tú sabes que es casi imposible conseguir que la gente lea la Biblia honradamente. Están tan acostumbrados a dar a cada palabra la interpretación propuesta por la Iglesia, que ellos leen e interpretan todo según se lo han enseñado. Era mi propio caso hace sólo dos años. Pero ya he recobrado parte de mi libertad de juicio, y estoy espantado al observar que ya no considero a Jesús como un personaje admirable y único...

«Es pintoresco. Cuenta historias maravillosas. Es un buen chico que le gustan las malas compañías, hasta el punto de que elegir a Jesús, que fue maldecido por los obispos de su tiempo por vagabundo y bebedor de vino, Dios de los profetas de la prohibición, es una de las deformaciones más divertidas de la historia. Es vanidoso; se alaba a sí mismo

extraordinariamente, le gusta asombrar a las gentes con pequeños trucos de magia, que nos han enseñado a venerar como otros tantos «milagros». Se pone furioso como un niño caprichoso cuando la gente se niega a reconocerlo como gran jefe. Maldice la pobre higuera estéril cuando no le nutre. ¡Qué mentalidad la de la gente! ¡Oyen a los predicadores demostrar con la Biblia dos cosas diametralmente opuestas: que la Iglesia Católica Romana es de institución divina, y que es contraria a todo orden divino, y nunca se dan cuenta de que tanto la religión cristiana como cualquier otra religión, lejos de ser una bendición para la Humanidad, no han hecho otra cosa que provocar una confusión tal en el pensamiento, dando una visión tan embrollada de la realidad, que ahora nos empezamos a preguntar qué es lo que somos y por qué y qué podemos hacer con la vida!

«¿Qué son, en resumidas cuentas, las doctrinas de Cristo? ¿Ha traído la paz o más guerras? Predica ambas. ¿Sancionó los reinos terrenales o se rebeló contra ellos? Las dos cosas. ¿Se preocupó alguna vez (date cuenta: ¡Dios mismo tomando forma humana para venir en ayuda de la tierra!) por la aplicación de medidas sanitarias, que hubiera salvado a millones de las pestes? Y no opondrás que su fracaso en la materia provino de que era un espíritu demasiado elevado para tener en cuenta simples enfermedades. Al contrario, esto le interesaba enormemente: siempre estaba curando a alguien..., cuando hacerlo halagaba suficientemente su vanidad.

«¿Qué ha enseñado, en resumen? En un pasaje del Sermón de la Montaña recomienda— veamos la Biblia, aquí está:—»Haced lucir vuestra luz ante los hombres para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en el cielo.» Y después, cinco minutos más tarde, está diciendo: «Tened cuidado de no hacer vuestras buenas obras delante de los hombres que os vean; sino, no recibiréis la recompensa de vuestro Padre que está en el cielo.» Esto es una contradicción absoluta, en un documento único que es la Carta Magna de toda la Iglesia Cristiana. ¡Oh, sé muy bien que tú eres capaz de conciliar ambos pasajes! Es el único objeto de la formación del sacerdote: enseñarle a resolver contradicciones explicando que una de ellas no quiere decir lo que dice y siempre es de un efecto seguro añadir: «Usted lo habría comprendido si hubiera podido leer el texto griego».

«No hay más que una sola cosa que se deduce claramente y sin contradicción alguna de la enseñanza de Cristo. Defendía un sistema económico en el cual nadie ahorraba dinero ni metía su grano en el granero ni podía vivir de otra forma que como un vagabundo. ¡Si este precepto de Jesús hubiera sido observado, el mundo se habría muerto de hambre veinte años después de su propia, muerte!

«Espera, Phil; un segundo más y habré terminado... El alba aparecía y Frank seguía hablando.

Cuando estaban en la escalera, en la mañana gris y fría lanzó su última protesta:

—Lo que reprocho a la iglesia no es que sus pastores sean crueles, hipócritas, impíos en su fuero interno, y que algunos de ellos sean cosas peores— piensa en los que han sido acusados por tráfico fraudulento de efectos de bolsa, por seducir a muchachas de catorce años en orfanatos que están bajo su custodia, por incendio y por asesinato—, lo que la reprocho no es que sea la esclava de la industria y de los millonarios, aunque muchas iglesias lo son. ¡Mi reproche más grande es que el noventa y nueve por ciento de los sermones y enseñanzas de la Escuela dominical son insoportablemente tediosos!

CAPITULO

XXIX

I

FRAN impacientaba a Philip Mac Garry, pero Philip no quería por nada del mundo poner sobre su pista al piadoso sabueso que era Elmer. Esto llegó a suceder por casualidad. Philip fue el vecino de mesa de Elmer en una comida donde se discutía sobre los fondos de las misiones; se acordó de que Frank y Elmer habían sido condiscípulos, y en un tono de sincero afecto, dijo: «¡Qué lástima que ese pobre chico se atormente tanto con los problemas de la Fe», y contó a Elmer casi todas las herejías de Frank.

Elmer, preocupado con obtener fondos para construir una nueva y vasta iglesia, se había olvidado del propósito que abrigaba de ayudar a la salvación del famoso fabricante de artículos de ferretería, Mr. William Styles, apartando sus millones de la contaminación de las herejías de Frank.

—Styles nos sería muy útil, y usted se haría una buena propaganda denunciando las campañas de Shallard para robarnos a Jesús y al mismo infierno— afirmó Rigg, el confidente de Elmer, cuando éste consultó sobre el particular.

—¡Ah, sí! ¡Soberbio! Explicar cómo el liberalismo conduce al ateísmo. ¡Formidable! Voy a esperar hasta que el señor Shallard abra la boca y vuelva a meter la pata — dijo el Reverendo Elmer Gantry—. ¿No sería posible obtener un resumen de sus sermones? El pobre diablo no tiene importancia suficiente para que los periódicos se ocupen de él con frecuencia.

—De eso me encargo yo. Tengo una chica en mi oficina que sabe taquigrafía. La mandaré tomar taquigráficamente todos sus sermones. Creerán que está practicando la taquigrafía.

—Bueno, por lo menos esa es una cosa para lo que sirven los sermones. ¡Ja, ja, ja!
— rió Elmer.

—Sí, señor. Al fin les hemos encontrado alguna utilidad. ¡Ja, ja, ja!— dijo Mr. Rigg.

II

Poco más de un mes había transcurrido cuando Frank escandalizó a los vecinos de Zenith declarando desde el púlpito que, aunque era partidario de la templanza, no lo era de la prohibición de bebidas alcohólicas y que los métodos de la Liga contra los bares, eran dignos de charlatanes.

Esto era lo que Elmer esperaba.

Anunció que iba a hablar sobre los «Predicadores falsos... y quienes son».

En su sermón declaró que Frank Shallard (a quien nombró) era un embustero, un necio, un ingrato, por el cual había hecho mucho en el Seminario, y un ladrón que quería robar a Cristo al pobre mundo doliente.

Los periódicos se alegraron mucho y lo publicaron todo.

Aquella semana se las arregló Elmer— por mediación de Rigg, que organizó un «foursome»— para jugar al «golf» con William Dollinger Styles.

—¡He lamentado mucho, señor Styles, verme obligado a atacar a su pastor el Reverendo Shallard, el domingo pasado, pero no hay que tener piedad con un hombre que hace mofa de Jesucristo!

—Lo he encontrado a usted algo duro con él. No he escuchado su sermón, aunque

soy de su parroquia, porque se me ha acumulado tal cantidad de trabajo en la oficina, que tengo que estar allí hasta los domingos por la mañana. Pero según me han dicho han sido muy fuertes las cosas que ha dicho.

—¿De modo que no cree usted que Shallard sea un verdadero ateo?

—¡De ningún modo! Es un hombre decente y...

—Señor Styles, sabe usted que todo el mundo se pregunta cómo un hombre como usted puede prestar su apoyo a un individuo como Shallard? ¿Sabe usted que no sólo los pastores sino también los seglares sostienen que Shallard es, en secreto, un agnóstico, un socialista que no se atreve a confesar en público sus convicciones? La gente comenta todo esto, pero no se atreve a decírselo a usted. ¡Es claro! Yo mismo le tengo a usted un poco de miedo. ¡Me parece que he tenido mucho atrevimiento!

—Pues yo no me como a la gente— dijo el señor Styles muy complacido.

—En todo caso, no quisiera que piense usted que he venido a atacarle a Shallard por la espalda. Se me ocurre una cosa: Usted y algunos diáconos de la iglesia de Dorchester invitan a Shallard a comer o a cenar, me invitan a mí también, y en el transcurso de la comida, le haré algunas preguntas. ¡Le hablaré sin rodeos! ¿Quiere usted estar bajo la acusación de que tolera a un infiel en su iglesia? ¿No valdría más arrancarle la máscara y obligarle a hacer públicas sus convicciones? ¡Si me equivoco les daré a los dos mis excusas y podrá usted llamarme un chiflado, un intrigante, un hombre que se mete en lo que no le importa, lo que usted quiera!

—El caso es... Parece buena persona — dijo el señor Styles indeciso—. Yero si lo que usted dice es verdad y él es un infiel, no creo que yo pueda tolerarlo.

—¿Les parece bien que nos reunamos a cenar, usted, algunos de sus diáconos, Shallard y yo, en un reservado del Athlétic Club, el próximo viernes?

—Bueno... Está bien.

III

Frank fue tan simple que perdió la serenidad. Elmer lo aturdió con el tono de su voz y con sus exabruptos, en presencia de los diáconos que aceptaban a Elmer como una autoridad. Frank, fuera de sí, perdió toda la calma y gritó que no admitía la divinidad de Cristo, ni estaba seguro de que existiese una vida futura, ni tampoco que hubiese un Dios personal.

Y William Dollinger Styles, exclamó:

—¿Y entonces Mr. Shallard, por qué no abandona el ministerio sagrado antes de que le obliguen a marcharse?

—Porque aun tengo seguridad completa... Yo opino que nuestras iglesias son tan absurdas como la creencia en brujas, pero al mismo tiempo creo que podía existir una iglesia libre de toda superstición, que ayudase a los pobres, que diese a la gente cierto misticismo que es más fuerte que la razón, y les infundiese ese sentimiento que nos eleva cuando adoramos en común el poder inescrutable del bien. Me sentiría muy solo si no tuviéramos más que sociedades estériles, dedicadas a constantes controversias. Creo todavía, que para el bien de muchas almas, hace falta un culto, una liturgia bella...

—»¡La necesidad mística del culto!» «El poder inescrutable del bien.» ¡Palabras, palabras! ¡Pamplinas! ¡Decir eso teniendo la gloriosa persona de Cristo a quien adorar e imitar!— exclamó—. Perdonadme, señores, por inmiscuirme en esto, pero me indigna, no sólo como sacerdote, sino como un humilde y piadoso cristiano oír un individuo tan

engreído de su saber que se atreve a arrojar por la ventana al Cristo a quien por espacio de tantos siglos ha adorado el mundo civilizado! ¡Y quiere sustituirlo por unas cuantas frases tuneras! Perdóneme, señor Styles, pero, después de todo, la religión es una cosa muy seria y si somos verdaderos cristianos, tenemos que dar fe de la existencia de Dios. Perdónenme.

—¡Muy bien, muy bien, Doctor Gantry! Le comprendo— dijo Styles—. No me tengo por autoridad en materia de religión, estoy de acuerdo con usted y me figuro que los señores aquí presentes son de la misma opinión. ¡Shallard, usted puede creer lo que se le antoje, pero no en nuestro púlpito! ¿Por qué no dimite usted antes de que le pongamos a la puerta de la calle?

—¿Echarme a la calle? ¡Sólo la congregación en pleno puede hacerlo!

—¡La iglesia entera lo expulsará! ¡Ya lo verá usted!— dijo el diácono William Dollinger Styles.

IV

—¿Qué vamos a hacer ahora?— dijo Bess tristemente—. Desde luego, yo estoy a tu lado, pero seamos prácticos. ¿No sería mejor que dimitieras?

—¡Yo no he hecho nada para tener que dimitir! ¡Siempre he observado una conducta irreprochable. Ni he mentado, ni he hecho nada indecoroso, ni he robado. He predicado la belleza, la felicidad, la justicia, la verdad. No tengo pretensiones de sabio, pero he enseñado a los míos que hay ciencias como la etnología y la biología; que hay libros como «Etham Frome», «Le Père Goriot», «Tono, Bungay», y «La Vida de Jesús» de Renán... Les he dicho que no es pecado mirar a la vida cara a cara...

—¡Por Dios, Frank! Ahora de lo que se trata es de ser prácticos.

—¡Caramba, ya lo sé! Creo que podré encontrar otro empleo en la Sociedad Benéfica; el secretario general es un hombre bastante liberal.

—A mí no me gustaría abandonar por completo la iglesia. Me encuentro en ella como en mi casa. ¿Por qué no vas a ver si hay algo en la Iglesia de los Unitarios?

—Son demasiado solemnes. Me asustan. Tienen esa fraseología Santificada de la que me quisiera librar y de la cual temo que nunca me voy a ver libre.

V

Se había convocado una asamblea de feligreses para decidir si Frank era digno del pastorado, y Styles informó a los concurrentes de que Frank atacaba todo lo que se llamaba religión. Inmediatamente, hasta aquellos a quienes las palabras que Frank dijera desde el púlpito no habían alarmado, descubrieron que era un hombre peligroso y muy capaz de injuriar al Todopoderoso...

Antes de la asamblea, una mujer que continuaba sintiendo simpatía por Frank, le dijo toda agitada:

—¿Pero no ve usted el mal que hace dudando de la divinidad de Cristo y de todo lo demás? Va usted a hacer a la religión un mal irreparable. ¡Si usted pudiera abrir los ojos y ver, si solamente pudiera usted comprender lo que mi religión ha significado para mí en momentos de desesperación! ¡Yo no sé lo que hubiera hecho durante mi tifoidea sin aquel consuelo! Cuando usted quiere, es brillante y hábil. Vaya usted a hablar un poco con el Dr. G. Prosper Edwards. Es más viejo que usted, es doctor en Teología, y atrae a la multitud a la iglesia de los Peregrinos. Estoy segura que él pondrá el dedo sobre la llaga y le aclarará a

usted todo perfectamente.

La hermana de Frank, casada con un abogado de Akron, vino a visitarlos. Ella y Frank habían sido felices en la fría pero apacible casa de su padre, el pastor Shallard. Jugaban a la iglesia con muñecos, y los saleros hacían de fieles; estaban rodeados de libros que les eran familiares y en la mesa de su padre, habían visto con frecuencia a doctores predicadores, abogados y políticos, hablando de asuntos trascendentales.

La hermana de Frank susurró al oído de Bess:

—¡Tú sabes que Frank no cree ni la mitad de lo que dice! Le gusta darse tono. Su corazón es verdaderamente cristiano, sin que él lo sepa. ¡Era tan buen cristiano de niño! ¡Es imposible que se haya alejado tanto de Cristo y acercado a esas tonterías que nadie toma en serio fuera de esos chiflados, sucios y desgrañados! ¡Pero va a destrozar el corazón de su padre! ¡Es necesario que yo hable con mi hermano y le vuelva a la razón!

En la calle se encontró, Frank con el eminente doctor Mac Tiger, pastor de la iglesia presbiteriana de Royal Ridge.

El doctor Mac Tiger había nacido en Escocia, se había graduado en Edimburgo y en secreto— o casi en secreto— despreciaba a las Universidades y Seminarios americanos y a sus alumnos. Era un hombre alto, nervioso y brusco, famoso por la larga duración de sus sermones.

—Oiga usted— le gritó Frank—, me han dicho que ha leído usted un libro sobre los misterios precristianos y que ha sacado la consecuencia de que todas nuestras doctrinas son de segunda mano, y que va usted a destruir la Iglesia. ¡Debía usted ser más piadoso! Si la Iglesia pierde un espíritu tan profundo como el de usted, ¿cómo podrá tenerse en pie? ¡Qué lástima que después de entrar en el camino de la erudición se haya usted detenido...! Ella le habría enseñado que por la influencia de la gracia de Dios pudo la primitiva Iglesia fundir muchos elementos heterogéneos en la gran fraternidad cristiana. Yo no sé qué es lo que más le distingue a usted si la ignorancia de la Historia de la Iglesia o el ridículo! Vaya usted con Dios y no peque más.

Frank, recibió una carta de Andrew Pengilly, llena de garabatos, suplicándole que no se mostrara débil y que abandonara su rebaño a Satán. Esto le causó pena.

VI

La Junta parroquial no pudo decidir en su primera reunión si Frank seguiría o no. Le interrogaron sobre sus doctrinas y chocó a todo el mundo por su candor. A pesar de las amenazas de Styles, Frank tenía el apoyo de los hombres a quienes había ayudado, de las mujeres a las que había asistido en sus enfermedades, y de los padres de familia que se habían dirigido al él cuando sus hijas habían tenido «dificultades».

Hubo que convocar una nueva reunión para la votación.

Al enterarse de esto, corrió Elmer a casa de Rigg:

—Hemos tenido suerte— le dijo—. Si hubieran echado a Frank en la primera reunión, Styles, habría permanecido fiel a su iglesia, por muy inclinado que esté a mis puntos de vista teológicos y a mis convicciones políticas de republicano. ¿Pero por qué no vas a verle y a inclinarle a que ha sido insultado por la congregación de su iglesia?

Perfectamente, Elmer. Otra alma salvada. El hermano Styles conserva todavía el primer dólar que ganó, pero quizá podamos sacarle diez céntimos en beneficio de la nueva iglesia. Pero... El es mucho más rico que yo y espero que no me harás traición y luego le pidas a él dirección espiritual.

—¡Jamás, Rigg! ¡Nadie ha podido jamás acusar a Elmer Gantry de haber traicionado a sus amigos! ¡Mi única esperanza es que tú hayas sacado algún provecho personal de todo lo que estás haciendo por nuestra Iglesia!

—¡Oh, sí, hasta cierto punto! Tres hermanos metodistas han venido a verme de Wellspring, dos por robo y uno por falsificación. No está mal esto.

Una hora más tarde, estaba el Mr. Rigg en conversación con Mr. William Dollinger Styles.:

—Si usted se uniese a nosotros, estoy seguro de que quedaría satisfecho. Usted ya sabe qué hombre más fino, más recto y más activo es el Doctor Gantry, un hombre de cuerpo entero. Y muy serio en sus asuntos. Además, sería un bonito castigo para la iglesia de usted por no aceptar su consejo. Pero no nos gustaría invitarle a que se pasase a nuestras filas... El doctor Gantry me ha prohibido en absoluto visitarle por temor a que usted pensase que lo hacemos por su dinero...

Durante tres días vaciló Styles, al cabo de los cuales se entregó vencido.

Fue entonces cuando el Dr. G. Prosper Edward de la Iglesia congregacionalista de Peregrinos, dijo a su esposa:

—¿Por qué diablos no pensaríamos nosotros en ir directamente a Styles a invitarle a que se pasara a nosotros? Era tan simple que ni siquiera nos dimos cuenta. ¡Qué fastidio! ¿Por qué no se te ocurrió a ti?

VII

La segunda reunión parroquial fue suspendida. A Elmer le pareció que Frank iba a quedarse en la Iglesia congregacionalista de Dorchester, desafiando su primacía espiritual y moral en la ciudad.

Elmer actuó audazmente.

Sermón tras sermón hablaba de la “banda de ateos de Dorchester”. Los feligreses de Frank cogieron miedo. Tuvieron que dar explicaciones (aunque no estaban nunca muy seguros de lo que explicaban) a clientes, vecinos y hermanos de logia. Esto les mortificaba, y por eso tuvieron una nueva reunión.

Frank, se había imaginado una dimisión espectacular. Se oía a sí mismo, ante un auditorio emocionado, proclamando:

—Me he dado cuenta de que nadie en esta iglesia, incluido el pastor, cree en la religión cristiana. Ninguno de nosotros, presenta el otro carrillo después de una bofetada; ninguno vende todo lo que tiene para dárselo a los pobres, y ninguno tampoco daría su chaqueta a quien le quitó su abrigo. Cada uno de nosotros guardamos lo que podemos. No practicamos la religión cristiana. No tratamos de practicarla. Por esto, os digo que no creéis en ella. Por esto dimito y os aconsejo que dejéis las mentiras y os marchéis.

Se veía después atravesando la nave en medio del auditorio impresionado y dejando la iglesia para siempre.

Pero después añadió:

—Estoy demasiado cansado. Soy un desdichado. ¿Y por qué voy a herir a las pobres almas turbadas?... Estoy tan cansado...

Se levantó al comienzo de la segunda asamblea y declaró en tono apacible:

—Había pensado en negarme a dimitir. Sigo creyendo que tengo derecho a ocupar el púlpito, ¿pero para qué vamos a lanzar a hermanos contra hermanos? No quiero ser estandarte de nadie; no soy más que un amigo de todos. Os amaba y amaba mis

ocupaciones. Me gustaba oírlos cantar a todos juntos; era feliz en nuestras gratas reuniones de las apacibles mañanas del domingo. Debo renunciar a esto. Dimito y quisiera poder añadir ¡«Que Dios sea con vosotros y os bendiga!» Pero los buenos cristianos han transformado a Dios en un energúmeno amenazador y no puedo ni siquiera decir: «Dios os bendiga» en esta despedida de una existencia consagrada por entero a la religión.

Elmer Gantry en su primer sermón, declaró que su corazón era tan grande — el de Elmer — que acogería al infiel Shallard en su iglesia, a condición de que se arrepintiera.

VIII

Cuando Frank se dio cuenta de que no le gustaba la Asociación de Caridad, ni su labor en esta yerma institución, tanto como en la iglesia, se echó a reír.

—¡Lo que dijo Bess! ¡Un constante descontento! Bueno, por lo menos soy bastante en eso. ¡Y qué alivio, no tener que predicar! ¡No más hipocresías! ¡Ya no podrán los hombres considerarme como a una mujer con pantalones! ¡Podré reírme sin sentirme espiado!

En la Asociación de Caridad, le fue confiada a Frank, la dirección de un refugio con un taller de carpintería, donde los vagabundos trabajaban dos horas diarias para ganarse el alojamiento y desayuno. También le encargaron de una oficina de colocaciones. Frank estaba poco familiarizado con la caridad científica, y se sintió impresionado desagradablemente por la manera fría con que sus subordinados, la solterona de la oficina de colocaciones, el jefe del taller de carpintería, el guardián del refugio y la señorita que interrogaba a los solicitantes sobre sus creencias religiosas y sus vicios, trataban a aquellos infortunados. Los miraban como a unos criminales que habían cometido deliberadamente el crimen de la pobreza.

Aquellos funcionarios podían hacer competencia a los aparatos de desinfección, eficacia y ternura.

Todo era allí de una perfección irritante. Frank echaba de menos ese algo misterioso que flota por igual sobre el más pobre y sobre el más rico de los santuarios. Comenzó a frecuentar la inmensa iglesia católica de Santo Domingo. El cura era el elocuente Padre de Pinna, y el coadjutor y vicario el Padre Matthew Smeesby, un sacerdote con título universitario.

Santo Domingo era al menos para Zenith un edificio antiguo. El humo de carbón que salía de las fábricas del Sur de Zenith habían patinado sus piedras grises dándole una apariencia de monumento histórico. El interior, con sus rincones oscuros, sus elevadas bóvedas, las curiosas capillas, la misteriosa puerta al fondo de un tramo de escalera, hizo volar la imaginación de Frank. Le impresionó ver a la gente arrodillarse a cualquier hora. Nunca había conocido una iglesia a la que la gente humilde fuera a rezar. A pesar de su sombría magnificencia, parecía que estaban como en su casa en la iglesia. Y cuando contempló el resplandor purpúreo y dorado de la misa mayor, en el fondo de la oscura nave, y vio todas las gentes arrodilladas, que, al parecer, creían en la presencia de Dios, se preguntó si no había, al fin, encontrado la religión que buscaba afanosamente.

Frank sabía que para él, creer literalmente en el Purgatorio, en la Inmaculada Concepción, en la Presencia Real y en la autoridad jerárquica, era tan imposible como creer en Zeus.

—Pero — meditaba ¡este cuento de la fe es tan hermoso! ¿Critcarlo, no sería lo mismo como si se quisiera probar que Jack, en la leyenda no mató al gigante? No hay cura

con dos dedos de frente que espere que una persona instruida crea realmente que decir una misa, tenga algún efecto sobre las almas del Purgatorio. Hay que tomar todo eso como se escucha una sinfonía. ¡Ah! ¡Que solo me encuentre y como me gustaría pertenecer a la Iglesia!

Fue a pedir consejo al Padre Matthew Smeesby. Se habían visto con frecuencia en muchas reuniones como colegas que eran.

El buen padre estaba sentado ante uno de esos burós americanos fabricados en Grand Rapids, en una habitación amueblada como una oficina comercial, con excepción de un armario tallado, de estilo bávaro y un crucifijo en la pared desnuda de yeso. Smeesby era un hombre de unos cuarenta años y se asemejaba a Philip Mac Garry, aunque era más enjuto.

—Usted ha estudiado en una Universidad norteamericana, ¿verdad Padre? — preguntó Frank.

—Sí, en la Universidad de Indiana. Fui «centro» en el rugby.

—Entonces creo que puedo hablar con usted. Creo que muchos sacerdotes de los Estados Unidos no sólo son extranjeros de nacimiento sino que pretenden que nosotros nos amoldemos a su manera de ser. Pero usted... Dígame: ¿Sería posible que un... no digamos un intelectual, sino un hombre bastante instruido como yo, y para quien es imposible creer una sola palabra de dogmas de la Iglesia Católica?

—Hum!

—... pero que está impresionado enormemente por su liturgia y por su espíritu de adoración... ¿Sería posible que a un hombre así se le recibiera en la Iglesia Católica Romana, a sabiendas de que para él, los dogmas son meros símbolos?

—¡De ninguna manera!

—¿No conoce usted curas que amen a la Iglesia y que no crean literalmente en los dogmas?

—¡No! ¡No conozco a nadie así! ¡Shallard, usted no comprende la autoridad, la razón de la Iglesia! Usted no está preparado. Piensa demasiado en sus pueriles razonamientos. No tiene usted bastante humildad divina para comprender cuantos siglos de sabiduría han sido necesarios para erigir esta fortaleza, y usted se queda fuera de las murallas convertido en una figura lastimosa, solo y triste, haciendo sonar la trompeta de su egoísmo y pidiendo al centinela: «Llebadme a vuestro capitán». Voy a tener la amabilidad de ayudarle. Pero tiene que saber que yo creo que estos muros de granito no son más que cartón, y me reservo el derecho de echarles abajo de un soplo cuando me haya cansado de ellos. Amigo mío, si usted fuera una prostituta o un asesino, y viniera a preguntarme: ¿Puedo salvarme?, le contestaría a voz en grito: «¡Sí!» Y daría mi vida por ayudarle. Pero usted está obsesionado y es un crimen peor que el asesinato: ¡La soberbia de la inteligencia! ¡Y lo peor es la inteligencia de usted, no es tan extraordinaria como para que usted pueda enorgullecerse de ella! ¡Buenas tardes!

Y mientras Frank abría con furia la puerta, añadió:

—Vuelva usted a su casa y ruegue para recobrar la sencillez del espíritu.

—¡Írme a casa a rezar para parecerme a usted! ¿Rezar para conseguir su humildad y sus buenas maneras? — dijo Frank.

Unos quince días después, Frank anotó para su satisfacción personal, la siguiente conclusión en el cuaderno donde anotaba las ideas para sus sermones, que probablemente no le dejarían nunca predicar:

«La Iglesia Católica Apostólica Romana es superior a la Iglesia Protestante

militante. No te obliga a renunciar al sentido de la belleza, ni al sentido del humanismo, ni a los vicios agradables. No te pide más que una cosa: renunciar a la honradez, a la razón, al corazón y al alma.»

IX

Frank llevaba tres años en la Asociación de Caridad. Era secretario general adjunto en la época del famoso proceso de Dayton, sobre la evolución de las especies. Entonces se dio cuenta el clero conservador de que la ciencia constituía una amenaza para su prestigio, su elocuencia y sus ingresos. Había entre sus filas gentes lo bastante inteligentes para saber que la biología les ponía en peligro; y no sólo la biología, sino también la Historia, porque no daba precisamente una reputación muy santificada a la Iglesia cristiana; la astronomía que no encontraba ningún paraíso en los cielos y se sonreía burlescamente a la historia de Josué que paraba el sol para que los hebreos ganasen una escaramuza de frontera; la psicología, que dudaba de la superioridad de un predicador baptista recién llegado del campo sobre especialistas de laboratorio; y todas las demás ciencias de la Universidad moderna. Veían que su ideal de una escuela sería aquella donde no se enseñase otra cosa que teneduría de libros, agricultura, geometría, lenguas muertas y aun fosilizadas, por la eliminación de todo lo que tuviesen de literatura amena y la Biblia hebrea interpretada por hombres maravillosamente preparados para hacer caso omiso de las contradicciones a quienes se designaba con el nombre técnico de «Fundamentalistas».

El clero y los seculares más devotos no perdieron el tiempo. No tardaron de pasar del pensamiento a la acción. Inmediatamente se formaron asociaciones activas y bien dotadas de fondos. Se amenazó a los legisladores rústicos del Estado con la derrota electoral, y se les halagó con pías lisonjas para que estos «Solones» de la administración procedentes del agro y de las montañas prohibiesen en las escuelas y Universidades oficiales la enseñanza de toda materia no aprobada por los evangelistas.

La cosa marchó admirablemente.

En la oposición se formaron algunos grupos de gente culta. Uno de estos grupos pidió a Frank que tomara la palabra en favor de su campaña. Le encantó poder volver a ocupar la tribuna y obtuvo permiso de la Asociación de Caridad de Zenith para emprender una serie de conferencias.

Lleno de emoción y de orgullo llegó a una ciudad muy moderna del Suroeste. Le agradó la ciudad; creía que realmente llevaba un «mensaje» para ella. El aire del Oeste le embriagó; contempló con admiración aquellos edificios modernos enclavados donde ayer todavía eran praderas. Sonrió cuando vio un cartel que anunciaba que el Reverendo Frank Shallard hablaría en la «Casa del Trabajo», sobre el tema «¿Son los Fundamentalistas cazadores de brujas?», bajo los auspicios de la Liga de la Ciencia libre.

—¡Estupendo! ¡Otra vez la lucha! ¡Al fin he encontrado la religión que buscaba!

Buscó con la mirada otros carteles... y vio que todos estaban rasgados.

En el hotel encontró una carta anónima escrita a máquina:

«No le queremos aquí ni a usted ni a sus impiedades. Podemos pensar solos sin ayuda de «liberales» de importación. Si estima usted su vida procure salir esta misma noche de nuestra honrada y cristiana ciudad. Tanto peor para usted si permanece aquí; somos lo bastante caritativos para avisarle, pero así mismo somos amigos de la religión para tratarle a usted, según se merece, si se hace el sordo. A los blasfemos les damos lo que se merecen.

¿Le gustaría sentir en su cara de embustero el contacto de un látigo? El Comité.»

Frank no tenía más experiencia de golpes que las luchas entre camaradas cuando era muchacho. Su mano temblaba. Trató de adoptar un aire de desafío y dijo:

—No lograrán asustarme.

Después sonó el teléfono y oyó una voz que decía:

—¿Es Shallard? Aquí un hermano predicador. El nombre no importa. Solamente quería advertirle que no debe hablar esta noche. Algunos de los muchachos de aquí son bastante brutos.

Entonces comenzó Frank a conocer las delicias de la ira.

La sala de conferencias estaba medio llena, cuando Frank se situó ante la mesita destinada a los oradores. En la primera fila se encontraban los intelectuales provincianos, espíritus muy despiertos, pero la mayor parte muy pobres; una joven bibliotecaria judía de ojos vivaces, un sastre cojo, un médico con lentes, hombre de ideas avanzadas, pero demasiado cirujano para que se le expulsara de la ciudad. Detrás quedaba un buen número de bancos vacíos. Al final del local había un grupo de ciudadanos, serios, aburguesados, que rodeaban a un hombre de aspecto leonino que podía ser un actor, un miembro del Congreso o un predicador popular.

Partieron de este respetable grupo algunos ligeros murmullos y algunos silbidos cuando Frank comenzó a hablar.

—América — dijo Frank — no ha hecho más que reírse del proceso grotesco de Dayton. No comprende cuál es la verdadera amenaza en la cruzada fundamentalista. El señor que tenía aspecto de león interrumpió:

«¡Eso es indignante!» Sin duda esos señores son ahora muy suaves, ahora hablan en nombre de la virtud, pero dejadles seguir y la caza de brujas empezará de nuevo. A lo mejor vemos todavía cómo las llamas abrasan a los que se nieguen a ir a las iglesias protestantes.»

Frank citó al fundamentalista que afirmaba que los evolucionistas eran asesinos, porque mataban la fe ortodoxa y que había que lincharles. Citó a William Jennings Bryan, que proponía que todo americano que bebiera fuera de las fronteras, debía quedar desterrado para toda su vida.

¡Y así es como hablan esos hombres ahora, cuando todavía tienen poca fuerza! — arguyó Frank—. ¡Imaginaos como gobernarían la Nación una vez en el poder y cómo obligarían a los clérigos menos ortodoxos a trabajar con ellos.

No bien, dijo esto, comenzaron a alborotar y gritar:

—¡Eso es mentira! ¡Que se calle! ¡Que lo encierren!

En esto vio Frank entrar una docena de jóvenes fornidos. Tenían aspecto de venir dispuestos a intervenir a una señal de los dignos y adinerados ciudadanos que estaban en el fondo de la sala.

—Y aquí tenéis en esta ciudad continuó Frank — un ministro del evangelio que proclama a los cuatro vientos que todo el que no esté conforme con él es un Judas.

—¡Fuera! — gritó uno desde el fondo de la sala. Los jóvenes fornidos avanzaron corriendo a través de la sala hacia Frank con los ojos desorbitados por el furor, rechinando los dientes, y los puños en alto. Los partidarios de Frank se interpusieron y lograron contenerlos por un momento. Frank vio al sastre cojo derribado por un individuo que pasó sobre su cuerpo al seguir adelante.

Más agotado que asustado, suspiró Frank.

—¡Que importa! ¡Tengo que meterme en la pelea y dejar que me maten!

Bajó del estrado.

El presidente de la sesión le cogió por un brazo.

—¡No! ¡Le van a matar! ¡Usted nos hace falta! ¡Venga por aquí... por la puerta trasera!

Frank fue empujado a través de una puerta a un callejón mal alumbrado.

Había allí un automóvil que esperaba y al lado dos hombres. Uno de ellos le gritó:

—¡Por aquí, Hermano!

Era un coche cerrado grande. Parecía la seguridad, la vida. Pero en el momento de subir se fijó Frank en el conductor, y miró más detenidamente a los otros dos. El hombre del volante no tenía labios, sino sólo una especie de trazo seco a través de la cara... la boca de un verdugo. De los otros dos uno parecía un tabernero impenitente, con bigotito encrespado y rizos de barbero, y el otro era un hombre alto y flaco, con ojos de loco.

—¿Quiénes son ustedes? — preguntó Frank.

—¡Vamos cierra el pico y sube pronto! — dijo el tabernero, empujándole hacia el fondo del coche y haciéndole pegar con la cabeza en el asiento.

El hombre flaco entró y el coche arrancó:

—Te avisamos para que salieras de la ciudad. Has tenido tiempo. Pues bien, ahora te vamos a dar una lección, ateo maldito... y quizá también socialista dijo el que parecía un tabernero—. ¿Ves este revólver? (Le dio un fuerte golpe con él.) Puede ser que te dejemos con vida si te callas la boca y haces lo que se te diga, — y puede ser que no. ¡Vas a hacer un viajecito muy divertido con nosotros! Piensa lo bien que lo vas a pasar en el campo... solito... donde está oscuro y no se oye un ruido!

Levantó las manos pausadamente e hincó sus uñas en las mejillas de Frank.

—¡Esto no lo soporto! — exclamó Frank.

Se levantó forcejeando. Sintió los dedos del fanático, dos dedos de demonio, oprimiéndole la garganta, causándole un dolor atroz. De un puñetazo le machacó el tabernero la mandíbula. Al caer como una masa inerte sobre el asiento, oyó medio desmayado, decir al tabernero riéndose:

—Esto le dará a este imbécil consagrado una idea de lo que nos vamos a divertir cuando le oigamos gemir.

—Oye; el amo dijo que no insultáramos — observó el hombre flaco.

—¡Yo no pretendo ser un ángel! He hecho muchas cosas gordas. Pero si un tío que pretende ser pastor anda por ahí mofándose de la religión... que es el único medio para que nosotros los pobres diablos podamos volver a ser decentes... entonces ha llegado el momento de enseñarle que tenemos redaños y sabemos distinguir.

El supuesto tabernero hablaba con la satisfacción de un cruzado que ha encontrado ocasión de poner su sadismo al servicio de la moral y levantando plácidamente el pie, lo colocó sobre el de Frank, y apretó.

Cuando el vértigo del dolor hubo disminuido algo, Frank se sentó rígido... ¿Qué pasaría con Bess y los niños si estos hombres le mataran?... ¿Le torturarían antes de matarlo?

El auto abandonó la carretera y siguió un camino a través de lo que le pareció a Frank un campo de trigo. Al fin se detuvo al lado de un árbol corpulento.

—¡Baja! — chilló el hombre flaco.

Frank descendió maquinalmente, con las piernas flojas. Miró hacia la luna. «Es la última vez que veo la luna, las estrellas y que oigo voces. ¡Nunca más volveré a pasear en la frescura de la mañana!»

—¿Qué van ustedes a hacer?— preguntó, odiándoles demasiado para tenerles miedo.

—Bueno, amiguito— dijo el conductor, con siniestra alegría vas a dar un paseíto con nosotros por el campo.

—¡Qué demonio! — dijo el tabernero—. Vamos a colgarlo. Aquí hay un magnífico árbol. Saca la cuerda del auto.

—No contestó el hombre flaco — sólo le vamos a herir lo suficiente para que se acuerde de ello, y luego puede volver a contarles a sus amigos los ateos que es malo meterse con los cristianos. ¡Anda!

Frank echó a andar delante de ellos, lúgubre y silencioso. Siguieron un sendero entre los trigales, que conducía a una hondonada. Los grillos cantaban alegremente y la luna estaba serena.

—Aquí mismo — gruñó el hombre flaco—, y luego dirigiéndose a Frank:

—¡Prepárate para pasarlo bien!

Colocó su lámpara eléctrica de bolsillo sobre un montón de tierra. A su luz le vio sacar Frank del bolsillo un negro látigo de cuero trenzado, un látigo para mulas.

—La próxima vez — dijo el hombre flaco pausadamente — la próxima vez que vuelvas, te vamos a matar. O a cualquier otro traidor, canalla y ateo como tú. ¡Díselo a todos! Esta vez no te vamos a matar... por lo menos del todo.

—¡Basta ya de palabras y manos a la obra! — dijo el tabernero.

—¡Bueno!

El tabernero le cogió los brazos para atrás, se los ató con tanta fuerza que casi se los rompió, y de pronto, produciéndole un dolor horroroso e increíble cruzó el látigo la cara de Frank, cortándosela, e instantáneamente se la cruzó otra vez... y otra... y otra, con una tortura tan negra como la noche.

X

Lentamente recobró el sentido. El alba se extendió sobre los trigales y los pájaros cantaban alegremente. Frank no tenía más que un deseo: Quería escapar de su agonía por la muerte. Toda su cara le ardía de dolor. No comprendía por qué no podía apenas ver nada. Cuando levantó a tientas la mano, descubrió que su ojo derecho era una pulpa de carne, y el hueso de la mandíbula estaba al descubierto.

Echó a andar tambaleándose por el sendero que atravesaba los trigales, tropezando con los surcos, hasta que cayó sollozando y murmurando:

—Bess... ven... Bess!

Tuvo bastantes fuerzas para llegar hasta la carretera donde cayó dando tumbos como un mendigo borracho. Un automóvil se aproximaba, pero cuando el chofer vio el brazo que Frank levantaba débilmente aceleró la marcha. Muchos atracadores habían utilizado la estratagema de fingirse heridos.

—¡Dios mío! ¿No vendrá nadie en mi ayuda?— gimió Frank; y de repente se echó a reír con una risa convulsiva: Sí, Philip...; he dicho Dios mío...; supongo que esto prueba que soy un buen cristiano.

Se arrastró a lo largo de la carretera hasta que llegó a una casita. Había luz; un campesino estaba tomando su desayuno. ¡Al fin! — gimió Frank—. Llamó; el campesino le oyó y cogió la lámpara y miró a Frank, dio un grito y cerró la puerta de golpe.

Una hora después un policía motorista encontró a Frank que deliraba en una zanja.

—¡Otro borracho! —dijo el policía, alegremente bajando el soporte de la motocicleta.

Pero cuando se inclinó y vio la cara medio escondida de Frank, murmuró:
—¡Dios mío!

XI

Los médicos le dijeron que su ojo derecho estaba completamente perdido y que no perdería del todo la vista del izquierdo, por lo menos durante un año.

Bess no dio ni un grito al verle; sólo apretó sus temblorosas manos contra el pecho.

Vaciló antes de besar lo que había sido antes la boca de Frank. Pero sacando fuerzas de flaqueza, dijo en tono cordial:

—No te preocupes por esto. Encontraré un empleo, con el que nos mantendremos. He visto ya al secretario general de la Asociación de Caridad. Afortunadamente, los niños ya son bastante grandes para leerte en alta voz.

Para leerle en alta voz el resto de su vida...

XII

Elmer vino a hacerle una visita. Se mostró indignado:

—¡Esta es la cosa más repugnante que he visto jamás! ¡Créeme, voy a administrar a la gente que te ha hecho esto, la más terrible paliza que hayan recibido en su vida desde lo alto del púlpito! Aunque esto me privará de obtener dinero para mi nueva iglesia... A propósito, nosotros vamos a hacer una iglesia soberbia, moderna completamente. Cuesta más de medio millón de dólares, y es capaz para dos mil personas. ¡Pero nadie me hará callar! ¡Voy a atacar a esos canallas de tal manera que se acordarán durante mucho tiempo!

Que se sepa, esto fue lo último que Elmer dijo sobre el asunto, tanto privada como públicamente.

CAPITULO

XXX

I

EL Reverendo Elmer Gantry se encontraba en su despacho decorado con muebles de roble y cuero de España, en la nueva y magnífica iglesia de Wellspring.

Era un edificio de ladrillo y piedra de sillería. Tenía ventanas de vidriería góticas, un reloj de campanas en la torre cuadrada; docenas de dependencias para la escuela dominical, un gimnasio, un salón de actos con escenario y un cine; tenía también cocina eléctrica y sobre aquella colmena se cernía una cruz eléctrica, rotativa. Y, por último, tenía naturalmente una deuda.

Pero existía el propósito firme de reducir la deuda. Elmer había conservado a su servicio al recaudador profesional de fondos piadosos que tan útil le había sido durante la campaña para conseguir fondos con destino a la construcción de la iglesia. Este cruzado financiero se llamaba Emmanuel Navitski. Se decía de él que descendía de una noble familia polaca, católica, pero convertida al protestantismo. Y, en efecto, con excepción quizá de la víspera de la Pascua de los Hebreos era el más ferviente de los cristianos. Había conseguido recaudar fondos para iglesias presbiterianas, para las obras de la Y. M. C. A.,

para las Universidades y para otras muchas instituciones piadosas. Hacía milagros con ficheros de gente rica y se decía que era el primer viajante religioso que había pensado en invitar a los judíos a contribuir a la creación de templos cristianos.

Sí. Emmanuel se ocuparía de la deuda y Elmer podría así consagrarse enteramente a los negocios espirituales.

El Reverendo Gantry estaba sentado en su despacho y dictaba a miss Bundle. Al pensar en aquella desdichada señorita, se frotaba las manos; su hermano, mayordomo de la iglesia acababa de morir y Elmer se proponía desembarazarse de ella sin grandes dificultades.

Le pasaron la tarjeta de Loren Latimer Dodd, doctor en Derecho, en Letras y en Teología, presidente de la Universidad de Albernathy, una institución cultural metodista.

—¡Vamos! — pensó Elmer—. Con seguridad que este sujeto pretende sacarme los cuartos. ¡Pues de aquí no saca nada! ¿Quién diablos se cree que somos nosotros?

Y, en alta voz:

—Haga pasar en seguida al doctor Dodd, miss Bundle.

¡Es un hombre eminente! ¡Un pedagogo admirable! Ya le conoce usted... Es el presidente de la Universidad de Albernathy.

Llena de admiración por un superior jerárquico que recibía la visita de personajes tan distinguidos, miss Bundle salió precipitadamente.

El doctor Dodd era un hombre de tez rosácea; su voz era musical y llevaba en el ojal la insignia de la logia de los Kiwanis. Estrechó calurosamente la mano de Elmer.

—He oído hablar tanto, hermano Gantry— le dijo—, de la espléndida labor que está usted realizando aquí que me he permitido venir a importunarle unos momentos. ¡Qué magnífica iglesia es esta! ¡Qué satisfacción y qué orgullo debe representar para usted!

—Muchas gracias, doctor. Tengo un verdadero placer en verle. ¿Ha venido quizá a visitar a Zenith?

—Sí... Estoy aquí de paso.

—(¡No te daré un centavo, viejo pirata!) ¿Estará usted visitando a sus antiguos alumnos, supongo?

—Sí... sí... El hecho es que...

(— ¡Ni un centavo! Primero tienen que levantarme el sueldo.)

—Tenía el propósito de rogarle me concediera unos minutos en el servicio del domingo para llamar la atención de sus feligreses sobre las importantes actividades culturales de Albernathy y las graves dificultades con que tropezamos. Tenemos allí un grupo de jóvenes muy trabajadores que desean ingresar en el pastorado metodista. Nuestros recursos son escasos; ha habido que hacer cuantiosos gastos en un nuevo campo de deportes... Aunque, puedo decirle que nuestros amigos han conseguido dotarnos de un campo magnífico, de un hermoso estadio de cemento. Pero esto nos ha dejado un doloroso déficit. ¡Figúrese que para las clases de química no disponemos más que de dos salas, dos salas instaladas en un antiguo establo!

—Nosotros no podemos hacer nada, doctor. Es completamente imposible. Todavía no hemos empezado a pagar esta iglesia y no podemos pedir a la congregación ni un centavo más. Quizá dentro de dos años... Francamente... (Elmer soltó una risita), no veo por qué la congregación de la iglesia de Wellspring haya de contribuir con sus fondos en beneficio de una Universidad que ni siquiera ha juzgado digno a su pastor de un título de Doctor en Teología.

Los dos funcionarios sagrados se miraron bien a los ojos, con el semblante

impenetrable de dos jugadores de póker.

—Desde luego, mi querido doctor — dijo Elmer—, he recibido numerosos ofrecimientos sobre ese particular, pero como procedían de pequeñas Universidades sin importancia, no los he aceptado. Esto le demuestra a usted que lo que le digo no supone ninguna insinuación en el sentido de que me agradaría que me concedieran el título. ¡Dios me libre! Pero esto les gustaría a mis feligreses y les podría convencer de que Albernathy era, hasta cierto punto, su propia Universidad.

El doctor Dodd respondió pausadamente:

—¡Perdóneme si me sonríe! Mi misión al visitarle era doble, y el segundo fin era rogarle que hiciera a la Universidad de Albernathy el honor de aceptar el título de Doctor en Teología.

Elmer se decía para sus adentros:

—¡Y me han dicho que al viejo Mahlon Potts le sacaron seiscientos dólares por el título de Doctor en Teología! ¡Vaya, vaya, amigo presidente, dentro de un par de años comenzaremos a hacer colectas en beneficio de Albernathy! ¡Comenzaremos...!

II

La capilla de la Universidad de Albernathy estaba llena de gente. En la primera fila de bancos estaban los estudiantes de segundo año, vestidos con sus uniformes reglamentarios. Parecía una fila de sillones cubiertos con sus fundas. En el estrado estaba el Presidente, los Decanos de las Facultades y los hombres célebres, cuyos méritos se iban a recompensar confiriéndoles títulos «honoris causa».

Además del Reverendo Elmer Gantry, estos invitados distinguidos eran el gobernador del Estado, que había empezado su carrera como abogado especialista en divorcios, pero que enmendó su rumbo y se consagró a entregar en manos de las compañías de «servicios públicos» toda la energía hidráulica del Estado; Mr. B. D. Swenson, fabricante de automóviles, que había financiado la construcción del campo de fútbol de Albernathy, y la célebre escritora Eva Evaline Murphy, conferenciante, pintora, autora de obras musicales, y distinguida horticultora, la cual recibía el título de Doctora en Letras, por haber escrito gratuitamente el nuevo himno de la Universidad de Albernathy, que a continuación transcribimos:

«Pensaremos en ti donde quiera que estemos. En el llano o en la sierra, en la ciudad o en el mar Y cantemos todos juntos tu recuerdo Albernathy querida, tuuuuuuuuu recuerdo...»

El presidente Dodd se volvió hacia Elmer y dijo con voz fuerte:

—¡Y, ahora vamos a tener el privilegio de conferir el grado de Doctor en Teología a un hombre que ha hecho más que todos los demás en el honorable Estado vecino de Winnemac por inculcar las sanas creencias religiosas, aumentar el poder de la Iglesia, enaltecer la dignidad de la elocuencia y del saber y dar con su conducta ejemplo que seguir a todos nosotros!

Todos aplaudieron. Elmer era desde aquel momento el Reverendo doctor Elmer Gantry.

III

Aquello sirvió de alivio al Rotary Club. Durante mucho tiempo se habían sentido

algo incómodos al tener que llamar «Elmer» simplemente a un personaje tan imponente; ahora, orgullosos de su nueva dignidad, todos le llamaban «Doc».

La congregación de su iglesia organizó una recepción en su honor y le aumentó el sueldo a siete mil quinientos dólares anuales.

IV

El Reverendo doctor Elmer Gantry, fue el primer pastor del Estado de Winnemac y casi el primero de América que utilizó la radio como medio de difusión de los actos religiosos. Fue una idea personal suya. En aquella época, la única estación de radio de Zenith era la de la casa productora de los chicles Celebes, goma de mascar y no ofrecía más que música de jazz y sopranos jubiladas que estaban encargadas de hacer la propaganda de la famosa goma «Jolly Jack». Mediante el pago de cincuenta dólares semanales, la iglesia de Wellspring, fue autorizada para servirse de la radio los domingos por la mañana, de once y media a doce y media. El auditorio de Elmer aumentó de esta suerte de dos mil personas a diez mil, y podía asegurarse que al cabo de unos años sobrepasaría los cien mil.

Ocho mil dueños de aparatos de radio escuchaban a Elmer Gantry.

Un «bootlegger», en su casa, en mangas de camisa con los pies sobre la mesa... La casa de un médico de pueblo, donde los vecinos han venido a escuchar... El farmacéutico de la esquina, su gruesa esposa, el barbudo director de las escuelas... La joven esposa de Sherman Reeves, de Royal Ridge, uno de los hombres más ricos de Zenith, escucha con un salto de cama negro, fumando un pitillo... El capitán de un goleta que navega por el lago Michigan, a cientos de kilómetros de distancia, escucha en su camarote... La mujer de un granjero del valle de Indiana, escucha mientras su marido lee el catálogo del gran almacén Seears-Roebuck, y refunfuña... Un maquinista jubilado, muy débil y muy creyente... Un cura católico desde un hospital, que se ríe un poco... Una institutriz solterona a quien enloquece la soledad y que adora la voz viril del doctor Gantry... Unas cuarenta personas reunidas en una iglesia rural, demasiado pobre para poder pagar un pastor... Un actor en “tournée”, en su camerino, rendido después de toda una noche de ensayo...

Todos y todas oyeron al Reverendo doctor Elmer Gantry exclamar:

—... y os tengo que decir que el hombre a quien devora la ambición pone la gloria de este mundo por encima de la del cielo. ¡Ah, si yo pudiera ayudaros a comprender que sólo el amor, la humildad y la dulzura pueden alegrarnos el corazón!... Dejadme que os cuente una historia. Había una vez dos irlandeses llamados Pat y Mik...

V

Desde hacía unos años una pesadilla tenaz obsesionaba a Elmer: la de ver un día entre el auditorio a Jim Lefferts, mofándose de él. Sería algo terrible y dramático. A lo mejor a Jim se le ocurriría tomar la palabra y por medio de algún procedimiento mágico, le arrojaba del púlpito.

Aquel domingo por la mañana, cuando vio a Jim Lefferts en persona en la tercera fila, Elmer pensó:

—¡Dios mío! ¡Ese es Jim Lefferts! Tiene el pelo encanecido. Supongo que tendré que ser amable con él.

Concluido el acto religioso, Jim se acercó a saludarlo. No tenía aspecto sarcástico, sino cansado y cuando habló con su voz sin timbre peculiar en los naturales de la pradera,

Elmer, hecho un ciudadano, adoptó una actitud afable y casi condescendiente.

—¡Hola, Chacal! — dijo Jim.

—¡Amigo Jim! ¡Cuanto me alegro verte! ¿Qué te haces por aquí?

—Tengo encargada la defensa de un cliente en un proceso.

—¿Dónde trabajas ahora?

—Ejerzo la abogacía en Topeka.

—¿Y qué tal te va?

—¡Vaya! No puedo quejarme. Nada extraordinario. Sin embargo, he sido representante en una legislatura en el Senado del Estado.

—¡Magnífico! ¡Magnífico! Oye, cuanto tiempo vas a estar en Zenith?

—Dos o tres días.

—Tienes que venir a comer a mi casa. Aunque, Cleo, mi mujer... Sabrás que estoy casado... Cleo ha aceptado un sinnúmero de invitaciones para comer fuera de casa... Ya sabes lo que son las mujeres... Aunque a mí lo que más me gustaría es quedarme en casa a leer junto al fuego. Pero ya volveremos a vernos... Lo mejor es que me llames por teléfono. A mi casa. Encontrarás el número en la guía. También puedes llamarme aquí, a la oficina.

—Bien. Ya te llamaré. Me alegro mucho de haberte visto.

—Y yo también. Estoy contentísimo de haberte vuelto a ver.

Elmer observó a Jim al marcharse. Tenía las espaldas inclinadas hacia adelante y andaba con el aspecto de un hombre que ha perdido las energías.

—¡Y ese es el pobre diablo que pretendía impedirme que me hiciera pastor!

Al decir esto Elmer paseó la mirada por la iglesia. Contempló la inmensa pirámide dorada de los cañones del órgano, la ventana conmemorativa que lanzaba fuego de rubíes, de oro y de amatista.

—¡Y quería que mi hiciese abogado como él, para pasarme la vida en un horrible despacho, sucio y maloliente! ¡Puaaf!

¡Pensar que se ha burlado tanto de mí y que intentó disuadirme cuando yo oí el llamamiento indudable de Dios! Seré muy amable con él, pero... estaré muy ocupado cuando me llame por teléfono.

Jim no llamó.

A los tres días Elmer tenía deseos de verle, deseos de reconquistar su antigua amistad. Pero no sabía donde se alojaba Jim; no logró hallarle en los principales hoteles.

No volvió a ver a Jim Lefferts, y al cabo de ocho días lo había olvidado... Era un alivio haber perdido aquella sensación penosa al pensar en sus burlas... Había desaparecido el único obstáculo para que Elmer tuviese una grandiosa seguridad en sí mismo.

VI

En el verano de 1924, Elmer obtuvo un permiso de tres meses y, por primera vez, partió en compañía de Cleo a visitar Europa.

Había oído decir una vez al Reverendo doctor Prosper Edwards que «dividía a los clérigos americanos en dos clases: los que podían ser invitados a predicar en una iglesia de Londres y los que no eran dignos de tal invitación.» El doctor Edwards, naturalmente, pertenecía a la primera categoría y Elmer le había visto enorgullecerse por haber predicado en el «Cite Temple». Y todos los periódicos de Zenith, hasta los más nacionalistas, dijeron que el doctor Edwards, durante su estancia en Londres, había sido escuchado por la población en masa, desde el Rey hasta el último obrero; y concluían que Zenith y Nueva

York, debían hacer otro tanto cuando el doctor predicase.

Elmer fue lo bastante hábil para lograr que le invitasen también. Consiguió que el obispo Toomis, escribiese a sus colegas metodistas y que su amigo Rigg escribiese a los no-conformistas que conocía en el mundo de los negocios de Londres. Un mes antes de partir recibió una invitación para predicar en la famosa Capilla de Brompton Road, y se embarcó radiante de alegría. Iba en pos de la aventura y llevaba bajo el brazo el evangelio.

VII

El doctor Gantry, paseaba por la cubierta de «Scythia», muy varonil, con su flamante traje azul, gorra de «yacht» y zapatos de lona blanca. Movía cadenciosamente los brazos al andar, y sonreía blandamente con una sonrisa pastoral.

Se detuvo ante unas sillas de cubierta ocupadas por una pareja de ancianos. Ella era una señora de cutis fino que transparentaba las venas muy azules, y él un hombre de manos sumamente pequeñas y perilla blanca.

—¡Hola! — dijo Elmer—. Parece que los viejos resisten bien la travesía.

—Sí. Muchas gracias — dijo la señora.

Elmer la dio un golpecito en las rodillas, exclamando:

—Si alguna cosa puedo hacer por ustedes, no tienen más que decírmelo, ¡abuela! No tengan reparo en dirigirse a mí. Aunque no he dicho a nadie quien soy (siempre es divertido viajar, como dicen, de incógnito), he de comunicarles que soy un ministro del Evangelio, a pesar de mi apariencia de hombre fornido. Para mí es un placer, y también un deber, hacer todo lo que pueda en beneficio de los demás. ¿No creen ustedes que una de las cosas más agradables de los viajes por el océano, es la facilidad con que se hacen conocimientos y se entabla conversación con el consiguiente intercambio de ideas? ¿Han cruzado ustedes el mar antes de ahora?

—Sí; pero me parece que este es el último viaje — dijo la anciana.

—¡Está bien! ¡Está bien! Le diré mi opinión sobre el particular — dijo Elmer dando un golpecito en la mano a la señora—. Somos americanos, y si bien es verdad que es una cosa excelente viajar de cuando en cuando — no hay nada que ensanche tanto la visión de uno como los viajes, ¿verdad? — aunque esté bien viajar, digo, en América hay una elevación moral y unos perfeccionamientos de toda índole que la pobre Europa ignora, por ejemplo... Después de todo, en los Estados Unidos se vive muy bien y todo el mundo es feliz... sobre todo, gentes como nosotros, que no somos millonarios con castillos, criados y todas esas cosas... ¡No cabe duda! Bien, les dejo. Dispongan de mí como gusten. ¡Hasta luego! Tengo que recorrer mis tres millas.

Cuando se hubo ido, la anciana y delicada señora, dijo a su marido:

—¡Fabián! Si ese cerdo vuelve a hablarme otra vez, me tiro al mar! Es el ser más repugnante que he conocido en mi vida. Dime... ¿Cuántas veces hemos cruzado el mar?

—Oh! He perdido la cuenta. Hace dos años llegamos a la ciento diez.

—¿Nada más?

—Mujer... no te pares en minucias.

—¿Pero no hay una ley que permita matar a la gente que le llama a una «abuela»?

—¡Querida mía, el duque también te llama así!

—Ya lo sé. Por eso me es odioso. Dime, ¿vale la pena el aire fresco de que le llamen a una «abuela»? La próxima vez que le veamos ese animal te llamará «abuelo» a ti!

—¡Pero sólo una vez!

VIII

Elmer estaba pensando:

—Está bien. He dado un poco de alegría a esos dos viejos. No hay nada como esto de repartir entre la gente la alegría y la fe que sostiene a los hombres en el amargo camino de la vida.

En aquel momento cruzó por delante del bar. En una mesa pintada de verde estaba sentado un hombre que era el vecino de mesa de Elmer en el comedor. Estaba en compañía de tres desconocidos y cada uno de ellos tenía un vaso de whisky y soda en la mano.

—¡Veo que están ustedes recobrando las fuerzas! — dijo Elmer con suma afabilidad.

—¡Ya lo creo! — respondió su compañero de mesa—. Siéntese y tome un vaso de whisky con nosotros.

Elmer se sentó y cuando el camarero se acercó esperando con solemnidad sus órdenes, dijo:

—Como soy un predicador, no puedo ser un atleta como ustedes y no soy capaz de beber más que un refresco de jengibre.

Y dirigiéndose al camarero, añadió:

—¿Tiene usted algo así, amigo, o sólo tiene bebidas propias de hombres fuertes?

Cuando Elmer dio a entender al comisario de a bordo que presidiría con gusto el concierto, el comisario le comunicó, presentándole sus excusas, que el Muy Honorable Lionel Smith había sido ya invitado, desgraciadamente.

IX

Cleo no se había mostrado más insulsa que de costumbre; pero se mareó en seguida, y Elmer comprendió que había cometido un error al llevarla consigo. No la había hablado más de una hora durante la travesía. Elmer había hecho amistades muy interesantes, de esas que ensanchan los horizontes: un viajero que venía de China y que le proporcionó material para una docena de sermones sobre las misiones; un profesor del Instituto Presbiteriano de Higgins, que le explicó que ningún hombre de ciencia verdaderamente moderno estaba de acuerdo con la teoría de la evolución; una señorita periodista, muy linda, que estaba necesitada de consuelo.

Estaba Elmer y Cleo en el departamento del tren que los llevaba de Liverpool a Londres. El, con propósito de hacerla olvidar la indiferencia con que la había tratado durante la travesía, se esforzaba en ayudarla a descifrar los aspectos de un país extranjero.

—Los ingleses son, indudablemente, gente muy atrasada. Estos trenes son unas malditas jaulas. ¡Cuánto mejor un «pullman», donde puede uno ver muchos viajeros y entablar conocimientos útiles? Esto demuestra que este país está dominado por castas.

—¡Y qué ciudades! Se ven algunos «cottages» bonitos, con sus jardines, pero no dan la impresión de prosperidad y de progreso que nuestras ciudades de América. Ya ves tú... No sé si esto se le habrá ocurrido a alguien antes... Quizá haga yo un sermón sobre este punto... ¡Una de las grandes ventajas del viaje al Extranjero es la de sentirse uno orgulloso de ser norteamericano!

—Me parece que estamos llegando a Londres. ¡Qué humo!

—¿De modo que esto es lo que llaman una gran estación en Londres? ¡Pues no tiene

nada de particular! ¡Mira qué trenes más diminutos! ¡A un maquinista norteamericano le daría vergüenza conducir esos trenes de juguete! ¡Y no hay ni un pedazo de mármol en toda la estación!

X

El «botones» que les subió el equipaje a la habitación del Savoy era un joven despierto, sonriente y rubicundo.

—Dígame, amigo — le preguntó el Rev. Dr. Gantry—, ¿cuánto saca usted aquí?

—Perdone, señor; no le comprendo.

—¿Qué sueldo tiene usted? ¿Cuánto gana?

—¡Oh! Tengo un sueldo decoroso. ¿Necesita alguna cosa más, señor? Gracias, señor.

Cuando el «botones» se hubo marchado, Elmer refunfuñó:

—¡Qué poco simpático es ese chico! Y, además, apenas entiende el inglés. Me satisface conocer este antiguo país; pero si la gente no es más amable que ese chico, me parece que nos vamos a alegrar mucho de volver a nuestra patria. Si ese «botones» hubiese sido americano habríamos charlado lo menos una hora y yo habría sacado algo en limpio. ¡Vámonos! Ponte el sombrero y vamos a dar una vuelta por las calles.

Se fueron al Strand.

—Dime — dijo solemnemente Elmer—, ¿has notado esto? ¡Los guardias llevan correas debajo de la barbilla! ¡Esto sí que es una novedad!

—¡Ya lo creo! — dijo Cleo.

—Pero esta calle no me parece gran cosa. Siempre oído decir que era muy famosa; pero estas tiendas... ¡Tenemos una docena de calles en Zenith — y no digamos en Nueva York— con tiendas infinitamente mejores que éstas! A estos extranjeros les falta amor al progreso. ¡Qué suerte tenemos con ser americanos!

Después de dar una vuelta por Swan y Edgars se dirigieron al Palacio de Saint-James.

—¡Esto sí que es un sitio antiguo! — dijo Elmer con aire de conoedor—. ¿Qué edificio será éste? Parece un castillo.

Se acercó a un guardia y le preguntó:

—Perdone, capitán; ¿qué es ese edificio de ladrillo?

—El Palacio de Saint-James, señor. ¿Es usted americano? Ahí vive el príncipe de Gales, señor.

—¡Caramba! ¿Has oído, Cleo? Esta es una cosa digna de recordarse.

XI

Cuando Elmer vio el escaso público que había acudido a escucharle a la capilla de Brompton se le ocurrió una idea inspirada.

Desde su salida de los Estados Unidos había pensado en hacer un sermón poético en Londres. Había pensado decir que al que más agrada humillarse ante Dios es al hombre fuerte, al caballero bajo su armadura. Además pensaba decir que el amor era el arco iris que ilumina la oscura noche de la vida y que es también la estrella matutina y la vespertina. Pero una inspiración genial le hizo cambiarlo todo.

—¡No! Lo que a esta gente le gustará será que se presente un americano selvático,

un hombre de pelo en pecho.

Y así se presentó, de un modo admirable.

—Buena gente — les dijo—: sois muy amables al permitir a un simple americano venir aquí a traeros su mensaje. Pero no esperéis encontrar en mí un hombre de Oxford. Todo lo que os puedo decir es que el Señor me asiste y que reina en América entre los ‘rudos colonos, que viven en chozas en parajes comunicados, lo mismo que reina aquí, en vuestra hermosa ciudad.

«Es verdad que actualmente, sin que mis méritos sean suficientes para ello, soy el pastor de una iglesia todavía mayor que vuestra hermosa capilla. Pero estoy deseando que el obispo vuelva a enviarme a mi amada frontera, donde... Permittedme que os haga una sencilla descripción del apostolado de mi juventud, para mostraros hasta qué punto la gracia divina aproxima vuestra capital a nuestro desierto más humilde.

«He sido pastor en mi juventud, ignorante de todo, salvo del deber urgente que tiene un ministro del Señor de llevar a todos lados la buena nueva de la salvación. He sido pastor en una capilla de madera, en un puesto fronterizo llamado Schoenheim. Al caer la tarde, cansado y hambriento, llegué, pobre pastor ambulante, a la choza de Barney Bains, un labrador que vivía solo. Me presenté a él. «Soy el Hermano Gantry — le dije—, el predicador metodista.» Entonces me dirigió una mirada salvaje bajo la maraña de sus pelos, y me dijo lentamente:

—Hermano, hace un año que no ha venido nadie a verme y me alegro de que esté usted aquí.

—Ha debido usted sentirse muy solo, Hermano — le dije yo.

—¡Nada de eso! — dijo él.

—¿Cómo es eso? — le pregunté.

—¡Porque Jesús ha estado constantemente a mi lado!

XII

Casi le aplaudieron.

Al concluir el sermón le dijeron que había estado inmenso y le invitaron a predicar cuantas veces volviera a Londres.

—¡Cuando vuelva a Zenith y les cuente esto a Rotts y a Hickenlooper se van a quedar de una pieza!

En el autobús, camino del hotel, Cleo dijo, suspirando:

—¡Has estado admirable! Pero yo no sabía que habías tenido unos comienzos tan rudos en el pastorado.

—¡Bah! No tiene importancia. Cuando se es de veras un hombre los contratiempos de la vida no significan nada.

—¡Tienes razón!

XIII

Elmer estaba esperando con impaciencia en la rue de la Paix mientras Cleo admiraba un escaparate de perfumería. (Cleo esta demasiado bien enseñada para no pensar siquiera en que Elmer la comprara un perfume caro.) Elmer contemplaba las fachadas de la Place Vendome.

—No me gusta — decidió—. Es demasiado simple.

Un hombre bajo y grueso se le acercó y le enseñó con disimulo un paquete de tarjetas postales.

—Hermosas tarjetas... Sólo dos francos cada una.

—¡Caramba! — dijo Elmer muy satisfecho—. Veo que habla usted inglés.

—Sí. Hablo todos los idiomas.

Elmer vio la tarjeta de muestra y quedó electrizado.

—¿Dice usted que dos francos cada una?

Cogió el paquete y lo miró con codicia... Pero Cleo llegaba en aquel momento y devolvió las tarjetas al hombre, gritando con irritación:

—¡Márchese o llamo a un policía! ¡Vender tarjetas obscenas... y a un ministro del Evangelio! ¡Cleo, estos europeos son unos cochinos!

XIV

En el barco, de regreso, Elmer desarrolló una estrecha amistad con Mr. J. E. North, el famoso exterminador del vicio, secretario ejecutivo de la Asociación Nacional para la Purificación del Arte y de la Prensa (“National Association for the Purification of Art and the Press”), conocida y estimada en todo el mundo evangélico por la N. A. P. A. P. El señor North no era sacerdote, aunque era un ferviente presbiteriano; pero ningún sacerdote de los Estados Unidos había perseguido jamás tan furiosamente al mal ni había empleado más destreza para obligar a los miembros del Congreso, mediante presiones y amenazas sobre sus electores, a legislar en el sentido que a él le parecía razonable. Durante varias sesiones del Congreso había mantenido un proyecto de ley estableciendo la censura federal para la novela, el teatro y el cinematógrafo, para todo el que, aunque sólo fuera de un modo indirecto, aludiera al adulterio, se mofase de la ley seca o hablase a la ligera de la religión o de sus ministros.

El proyecto de ley había sido rechazado siempre hasta ahora, pero parecía ganar cada vez más adhesiones...

El Sr. North era un hombre bajito y poco locuaz. La seriedad, la rectitud y la energía del Rev. Gantry le agradaron, y durante todo el día paseaban juntos por la cubierta o se sentaban a charlar... en cualquier parte, menos en el salón de fumar, donde algunos necios estaban emporcando sus cerebros con cerveza. North descubrió a Elmer un nuevo y vasto mundo: el de la oposición organizada contra la inmoralidad. Le habló confidencialmente de las personalidades dirigentes — los directores de la Liga Antialcohólica, de la Alianza del Día del Señor, de la Sociedad de Vigilancia y Refugio, de la Junta Metodista en pro de la Templanza, de la Prohibición y de la Moral pública—, personalidades que eran modernos San Juanes armados de ficheros.

Invitó a Elmer a dar conferencias.

—Hombres como usted nos hacen falta, Dr. Gantry — le dijo Mr. North—. Hombres inflexibles en cuanto a moralidad, pero cuya energía física sirva de ejemplo a nuestra juventud descarriada, consumidora de bebidas clandestinas, y le demuestre que la moralidad no es menos viril que la inmoralidad, sino todo lo contrario. Creo que sus feligreses se alegrarán cuando sepan que recibe usted invitaciones frecuentes para dar conferencias en ciudades como Nueva York y Chicago.

—Aún no me preocupan los honores cuando se trata de asestar un golpe a las fuerzas del mal — replicó Elmer—. Estaré encantado de ayudarle.

—¿Podría usted hablar en la Asociación de Jóvenes Cristianos de Detroit el 4 de

octubre?

—Ese día es el cumpleaños de mi mujer y tenemos la costumbre de festejarlo... Tenemos el orgullo de ser una familia hogareña, a la antigua... Pero estoy seguro de que Cleo no me impediría por nada del mundo trabajar por la mayor gloria de Dios.

XV

De esta suerte llegó Elmer, aunque un poco tarde, a la Gran Idea que iba a revolucionar su existencia y a granjearle fama y gloria eternas.

Bonaparte, insignificante teniente de Artillería y escritor en Córcega concibiendo por primera vez la idea de conquistar Europa... Darwin, entreviendo su teoría de la evolución... Paolo, comprendiendo que su existencia no era más que un reflejo de la de Francesca... Newton, perdido en meditaciones sobre la caída de una manzana... Pablo de Tarso, descubriendo que cierta pequeña secta judaica podía llegar a ser la nueva religión de los escépticos de Grecia y Roma... Keats, disponiéndose a escribir «La víspera de Santa Inés»... Ninguno de estos hombres, a quienes una gran idea hizo pasar de repente de la mediocridad al genio, fue más notable que Elmer Gantry, de París, Estado de Kansas, cuando descubrió la misión que le había sido destinada por los Poderes Celestiales.

Paseaba por cubierta, pero aunque su cuerpo permanecía aquí abajo, su alma volaba entre los astros... Paseaba sobre cubierta solo, apretando los puños y deseando gritar cuando lo vio todo con claridad.

Agruparía en una Asociación única todas las Asociaciones americanas en pro de la moral..., y más tarde, quizá, todas las del mundo entero. Elmer sería el jefe supremo de esta agrupación; sería el superpresidente de los Estados Unidos y, ¿quién sabe?, quizá algún día fuese el dictador del mundo.

¡Agruparlas todas! La Liga Antialcohólica, la Unión de Mujeres Cristianas y otra porción de instituciones enemigas del alcohol. La «Napap» y las demás organizaciones contra el vicio cumplían una labor admirable censurando las novelas, los cuadros, las películas y las obras teatrales inmorales. La Liga contra el Tabaco y todas esas Asociaciones que se agitan en los pasillos del Congreso tratando de hacer votar leyes contra la enseñanza de la teoría de la evolución. Las Sociedades que llevaban tan valerosamente la lucha contra los partidos de baseball, los cines, los viajes en auto y el golf en domingo, juntamente con otras abominaciones que profanaban el descanso dominical y reducían la afluencia a las iglesias, así como también la cuantía de las colectas. Había también las Sociedades contrarias al Catolicismo romano y las que pretendían nada menos que las leyes considerasen un delito la invocación del nombre de Dios en vano o el empleo de los nueve monosílabos sajones de significado fisiológico. Y así sucesivamente.

Era preciso unirles a todas. Todas perseguían el mismo fin: hacer la vida conforme a los ideales sostenidos por las grandes sectas protestantes. Divididas, les faltaban fuerzas; unidas, representaban a treinta millones de fieles. Sus recursos financieros y el número de sus partidarios serían tales que no tendrían necesidad de halagar a la Cámara federal y a las de los Estados para que tomaran medidas en favor de la moralidad. Bastaría imponer con calma sus deseos a los representantes del pueblo para obtener lo que deseaban.

El jefe de esta vasta organización sería el Warwick de los Estados Unidos, el hombre que está detrás del trono, el que dominaría a los presidentes, de cualquier partido que fuesen... Ese hombre — acaso el más importante desde los principios de la Historia— sería Elmer Gantry. Ni siquiera Napoleón o Alejandro habían osado decretar lo que una

nación entera debía de vestir, comer, beber, decir y pensar, y eso lo haría Elmer Gantry.

—¿Obispo yo? ¿Yo un Toomis? ¡Bah! Voy a ser mucho más... ¡Voy a ser el emperador de los Estados Unidos... , quizá del mundo entero! ¡Qué ventura que se me haya ocurrido la idea tanto, cuando sólo tengo cuarenta y tres años! ¡Lo haré! ¡Lo haré! Veamos... Lo primero es engatusar a ese North, hacer todo lo que él pida... Ya llegará el momento de desembarazarse de él... Obtener una iglesia en Nueva York para que, al fin, sepan quién soy yo... ¡Dios mío! ¡Y ese Jim Lefferts quería impedirme que me hiciera predicador!...

XVI

—... y estaba yo allí — explicaba Elmer desde el púlpito de la iglesia de Wellspring —, en la «ri de la Pe», en París, contemplando extasiado aquellos monumentos que son testimonio de las pasadas centurias, cuando de pronto se me acercó un hombre, un francés, sin duda alguna.

«Para mí, naturalmente, todo compatriota de Juana Arco y del Mariscal Foch es un amigo. Así cuando aquel hombre me dijo: «Hermano, ¿quiere usted divertirse esta noche?», yo le contesté (aunque, para decir verdad, no acababa de agradarme su aspecto): «Hermano, eso depende de lo que usted entienda por divertirse.» (El hablaba inglés.) «¡Oh! — dijo—. Yo puedo llevarle a sitios donde verá usted mujeres hermosas y beberá buenos licores.»

«Yo me eché a reír. Me inspiraba más lástima que otra cosa. Le puse la mano en la espalda y le dije:

«— Hermano, temo que no voy a poder acompañarle. Tengo ya una cita muy interesante para esta noche.

—¿Cómo? — me preguntó. ¿Qué es lo que va usted a hacer?

«— Voy a volver — le dije— a mi hotel para cenar allí con mi querida esposa, y después vamos a hacer una cosa, que a usted quizá le parezca poco interesante, pero que es mi manera de divertirme. ¡Voy a leer unos capítulos de la Biblia en voz alta, recitar mis rezos y meterme en la cama! Y ahora —seguí diciéndole—, le concedo a usted exactamente tres segundos para marcharse de aquí, y si le veo a usted un segundo más aquí... tendré que rezar por el reposo de su alma...»

«Veo que se acerca la hora de terminar; pero antes quisiera decirnos unas palabras acerca de la «Napap», esa admirable organización, la Asociación Nacional para la Purificación del Arte y de la Prensa. Tengo el placer de anunciaros que su secretario general, mi buen amigo el Dr. J. E. North, vendrá a vernos el mes que viene y espero que le hagáis un recibimiento muy caluroso...»

CAPITULO

XXXI

I

DESDE hacía un año se murmuraba en el mundo eclesiástico que el orador más útil para las organizaciones reformadoras era el Rev. Dr. Elmer Gantry, de Zenith. Sus feligreses lamentaban sus frecuentes ausencias, pero se enorgullecían al saber que pronunciaba discursos. en Nueva York, en Los Ángeles o en Toronto.

Se decía que cuando Mr. North abandonase la «Napap» para atender a sus asuntos particulares (era propietario del «Times-Cimitarra», de Eppsburg, Nueva York), el Dr. Gantry pasaría a ser secretario general de la «Napap», en su lugar. Se decía también que no había en todos los Estados Unidos un adversario más inflexible del pretendido liberalismo en Teología, y del desorden y la disipación en la vida privada.

Se afirmaba que el Dr. Gantry había declinado los ofrecimientos que le habían sido hechos para nombrarle obispo en la Asamblea general de la Iglesia Metodista del Norte, que iba a celebrarse dentro de dos años, en 1928. Y se sabía positivamente que había rechazado la presidencia de la Universidad de Swenson, en Nebraska.

Igualmente había llegado a conocimiento público que probablemente iba a ser invitado a regentar el pastorado de la Iglesia Metodista de Yorkville, en Nueva York, en cuya Congregación estaban figuras tan salientes como el Dr. Wilkie Bannister, fundamentalista recalcitrante y uno de los cirujanos más famosos de los Estados Unidos; Peter Durbar, el rey del petróleo, y Jackie Oaks, el famoso actor cómico de revistas. El obispo del distrito de Nueva York se mostraba conforme con la designación del Dr. Gantry. Pero... circulaban rumores contradictorios. Unos decían que el Dr. Gantry no estaba decidido a aceptar el pastorado de Yorkville, y otros que Yorkville — esto es, el Dr. Bannister— no había tomado aún una resolución. En todo caso, el rebaño de Wellspring esperaba que su pastor, su guía espiritual, su hermano y amigo, no le abandonase.

II

Después que hubo despedido a miss Bundle, la secretaria (tras una escena que divirtió mucho a Elmer, en la que ella gimoteó cómicamente), no pudo encontrar más que muchachas incapaces, buenas metodistas, pero pésimas mecanógrafas.

Casi le hacía reír el pensar que la gente creyera que era feliz y que vivía rodeado de gloria, cuando precisamente estaba atravesando momentos horribles de infortunio. Aquel maldito Mr. North, con todas sus protestas de amistad, no se decidía a presentar su dimisión de la «Napap». El Dr. Wilkie Bannister, un melón infatuado, que se creía que sabía más teología que un predicador, dejaba pasar el tiempo sin aconsejar a la Junta parroquial de la iglesia de Yorkville que llamase a Elmer. Y sus, secretarias le ponían furioso. Hubo una que se mostraba escandalizada nada más que de oírle decir: «¡Maldita sea!»

Y nadie parecía darse cuenta de los disgustos de un hombre que iba a gobernar América; nadie comprendía hasta qué punto se sacrificaba por su campaña en pro de la moralidad.

¡Y qué cansado estaba de la devoción a su persona de la infeliz Lulú Bains, tan ordinaria y tan insulsa! Si volvía' a oírle decir «¡Elmer, qué fuerte eres!»», la retorcería el pescuezo.

III

Entre la gente que acudió después del acto religioso de la mañana a estrechar la mano del Rev. Dr. Gantry se encontraba una mujer joven, a quien el pastor observó con interés.

Era la última y no había quedado nadie que pudiera escucharles.

Imaginaos un marqués del siglo XVII transformado en una mujer de veinticinco años, completamente y ardientemente femenina, pero con la cabeza altiva, la nariz aguileña

y la mirada imperiosa de un marqués; tal era la mujer que estrechó la mano de Elmer y le dijo:

—¿Puedo decirle, doctor, que usted es la primera persona que en mi vida me ha inspirado un sentimiento de verdadera religión?

—Muchas gracias, Hermana — dijo el Rev. Dr. Gantry, mientras Elmer se decía: «Eres una mujer de primera y me agradaría tratarte.»

—Doctor Gantry — siguió diciendo ella—, aparte de este homenaje, que es completamente sincero, tengo un motivo interesado al venir a hablarle. Me llamo miss Hettie Dowler — ¡solamente «miss», por desgracia!—. He estudiado dos años en la Universidad de Wisconsin. He sido secretaria de Mr. Labenheim, de la Compañía de Seguros de Vida La Tallahasee, el año pasado, pero se han trasladado a Detroit. Soy una buena secretaria. Y soy metodista... Ahora pertenezco a la Congregación de la Iglesia central, pero pienso afiliarme a la de Wellspring. Ahora bien, lo que tenía que decirle es esto: si usted tuviera necesidad de una secretaria en los meses próximos... Ahora soy una de las estenógrafas del Hotel Thornleigh...

Se miraron sin pestañear y se comprendieron. Volvieron a estrecharse la mano, pero esta vez con más firmeza.

—Miss Dowler — dijo Elmer—, usted es mi secretaria desde este momento. Dentro de una semana podrá usted trabajar conmigo.

—¡Cuánto se lo agradezco!

—¿Me permite llevarla a su casa en mi coche?

—¡Encantada!

IV

Por las noches solían trabajar juntos, solos, en la iglesia. Pero ni aun entonces disfrutaban momentos más palpitantes que aquellos durante el día, en que se daban besos perversos entre dos visitas de feligreses solemnes. Poder correr al despacho y darle un beso en la sien, después de haber soportado a una viuda lúgubre y oír decir a Hettie:

—¡Oh, Elmer, has estado admirable con esa viuda! ¡Qué listo eres!

Aquello era vivir.

A menudo iba a visitar a Hettie Dowler a su casa — un pisito blanco y azul en una casa nueva, con una absurda cocinilla y una refrigeradora eléctrica—. Ella se enroscaba en la cama turca, ondulante como una tigresa, mientras él iba de un lado a otro de la habitación ensayando sus sermones y deteniéndose para recibir los aplausos de sus besos.

Todas las noches, antes de acostarse, Elmer la llamaba por teléfono para desearle buena noche, y cuando ella se quedaba en casa por alguna indisposición la telefoneaba desde la iglesia cada media hora o la enviaba cuatro letras. Esto es lo que a ella agradaba más.

—Tus cartas son tan entretenidas, tan cariñosas!... — le dijo.

Y así la escribía con letra desfigurada:

«Queridita mía: Eres mi palomita preciosa, y te adoro con locura. No sé decirte otra cosa, pero te la digo seiscientos millones de trillones de veces.— Elmer.»

Pero... Elmer nunca habría consentido en dejarse arrastrar por una pasión, pues su ambición por llegar a ser el gran director de la moral pública de los Estados Unidos era mayor que las delicias que ella le proporcionaba... Hettie Dowler era al mismo tiempo que una amante una excelente secretaria.

Ningún dictado era demasiado rápido para ella; rara vez cometía faltas; hacía de una página escrita a máquina una obra perfecta; anotaba los números del teléfono de todos los que llamaban en ausencia de Elmer; sabía despedir con frialdad cortés y casi amable a todos los necios que iban a importunar al Rev. Dr. Gantry con el relato de sus infortunios insignificantes. Y, además, se le ocurrían ideas magníficas para los sermones de Elmer. En todos los años pasados ni Cleo ni Lulú le habían inspirado nada que valiera la pena. En cambio, Hettie... Ella fue la que le sugirió el tema y las líneas generales de su sermón sobre «La locura de la gloria», que produjo tanta sensación en la Universidad de Terwillinger cuando Elmer recibió allí su título de Doctor en Letras, y se hizo fotografiar en el momento de depositar una corona de flores sobre la tumba del llorado presidente Willoughby Quarles, obteniendo así, para él y para su querida «alma máter», una excelente propaganda.

Algunas veces le parecía que Hettie era la reencarnación de Sharon Falconer.

Físicamente eran muy diferentes: Hettie era más delgada, más baja, y su rostro ardiente y enjuto no tenía las líneas largas peculiares de Sharon; espiritualmente se parecían menos todavía. Hettie, alegre y afectuosa, no era caprichosa ni histérica. Pero las dos tenían el mismo amor a la vida intensa y la misma pasión por el hombre de su elección.

Y ella mostraba la misma destreza en manejar a los hombres.

Nada podía acrecentar más la adhesión de Rigg a Elmer y a la iglesia que la manera en que Hettie, dándose cuenta instintivamente de la importancia del personaje, le adulaba, bromeaba con él y le instaba a quedarse en el despacho, a pesar de que perturbaba su trabajo y se veía después obligada a prolongar las veladas.

Hizo algo más difícil: atrajo a la iglesia con frecuencia a William Dollinger Styles, que nunca se había mostrado tan amistoso como Rigg. Le dijo que era el Napoleón de las finanzas. Casi llegó a excederse en sus atenciones con Styles; algunas veces comió con él a solas. Elmer protestó, celoso, y ella le prometió amablemente no volver a ver a Styles fuera de la iglesia.

V

Lo más difícil y más penoso para Elmer fue desembarazarse de Lulú Bains, a quien Hettie había hecho superflua.

El martes, por la tarde, después de su primera entrevista con Hettie, cuando Lulú llegó, amorosa, al despacho de Elmer, éste adoptó una expresión de intensa depresión y no se levantó a saludarla. Siguió en su mesa, con la barbilla apoyada en ambas manos.

—¿Qué te ocurre, Elmer? — le preguntó Lulú.

—Siéntate... No; te suplico que no me beses... Siéntate... Tengo que hablarte seriamente — dijo el reverendo doctor Gantry.

Ella pareció más pequeña, más provinciana, a pesar de su vestido nuevo, al sentarse temblorosa en una silla de respaldo rígido.

—Lulú, tengo que decirte una cosa terrible. A pesar de nuestras precauciones, Cleo — mi esposa — sospecha algo. Me parte el corazón, pero es preciso que no volvamos a vernos a solas. Claro que...

—¡Oh, Elmer, Elmer! Yo te suplico...

—Ten calma, Lulú. Tenemos que ser valientes y hacer frente a las circunstancias. Como te iba diciendo, creo que lo mejor será, para alejar sus sospechas, que no vuelvas a aparecer por la iglesia.

—Pero ¿qué es lo que ha dicho? ¿Qué es lo que ha dicho? ¡La odio! ¡Cómo odio a

tu mujer! No voy a ponerme histérica, pero... ¡cómo la odio! ¿Qué es lo que ha dicho?

—Pues... ayer tarde me dijo con mucha calma... ¡Imagínate mi sorpresa! ¡Como si hubiera caído un rayo a mis pies! Me dijo: «Supongo que mañana irás también a ver a esa mujer que enseña a cocinar en la iglesia y volverás a casa tan tarde como de costumbre.» He procurado enterarme hasta dónde llegaban sus sospechas y me he enterado de que pensaba hacer averiguaciones por medio de una Agencia de detectives.

—¡Oh, Elmer! ¡Querido mío! ¡Ya no podré volverte a ver! Hay que evitar que se dé un escándalo; no quiero comprometer tu reputación, de la que estoy tan orgullosa.

—No es eso, Lulú. ¿Cómo no ves que no se trata de eso? ¡Yo soy un hombre! A mí me tiene sin cuidado la gente. Pero se trata de ti. La verdad, tengo miedo de que Floyd te mate si se entera.

—Sí, probablemente me mataría... Pero no sé si me importa mucho. Sería más fácil que matarme yo misma...

—¿Qué disparate estás diciendo? ¡No te consiento hablar así! (Elmer se había puesto en pie.) ¡Delante de mí no se te ocurra mencionar esa imbecilidad del suicidio! (Se había colocado ante ella, con su imponente figura sacerdotal.) El suicidio es contrario a los mandamientos del Dios que nos ha dado la existencia, para servirlo y glorificarlo. ¡No hubiera creído jamás que eras capaz de pensar en una cosa tan pecaminosa!

Poco después salió Lulú. Su figura era lamentable, con un abrigo raído sobre el vestido nuevo. En la calle, bajo un farol, esperó al tranvía, acariciando un bolso nuevo, que ella adoraba porque lo debía a la generosidad de Elmer. De cuando en cuando se limpiaba los ojos y se sonaba las narices, murmurando maquinalmente:

—Oh, amor mío, amor mío! ¡Pensar que te he hecho sufrir!

Al año siguiente su esposo se alegró de observar que, por algún milagro, ella había renunciado a todas sus ambiciones, que tanto le habían molestado, y se quedaba en casa invariablemente a jugar a las cartas con él. Pero se enfadaba cuando al llegar a casa la encontraba sentada, sucia y desgreñada, sin hacer nada. Pero la vida es la vida, y acabó por habituarse a verla todo el día en salto de cama y oliendo en ocasiones a whisky.

VI

Por recomendación de Mr. North, Elmer fue elegido por la Liga Dominical para emprender la lucha contra las sesiones de cine los domingos. «Esto le servirá a usted de entrenamiento — le escribió Mr. North — para el caso en que los directores le elijan para sucederme en la «Napap». Así irá usted preparándose para el día en que usted dicte la ley no sólo a un Ayuntamiento, sino a las Cámaras legislativas.»

Elmer sabía que los dirigentes de la «Napap» seguían con atención su labor y, por lo tanto, arremetió con entusiasmo contra los cines domingueros. En el Estado de Winnemac estaba ya en vigor la «ley azul», en virtud de la cual no podía tener lugar ningún trabajo remunerado en domingo, con la excepción, naturalmente, de los del Evangelio, los músicos, los profesores, los conferenciantes, los porteros y, en general, todos los ayudantes que los pastores requiriesen en su sagrado ministerio. Esta ley, felizmente, no se cumplía en todas sus partes.

Elmer fue a visitar al «sheriff» del distrito — un hombre malhumorado, que había adquirido toda su ciencia criminológica en su taller de guarnicionero— y le saludó con un caluroso apretón de manos.

—Mucho me alegro de conocerle, reverendo — dijo el «sheriff»—. He leído mucho

acerca de usted en los periódicos. ¿Quiere usted un cigarrillo?

Elmer se sentó con aire imponente, se inclinó un poco hacia adelante con el brazo apoyado en el de la silla y el enorme puño cerrado.

—Gracias; no pruebo el tabaco — dijo severamente—. Diga usted, Edelstein, ¿es usted el «sheriff» de este distrito?

—¡Hum! ¡Me parece que sí!

—¡Ah, le parece!... ¿Entonces quiere usted ocuparse de que se cumpla la ley del Estado prohibiendo las sesiones cinematográficas los domingos?

—Mire usted, reverendo, nadie pretende que yo haga cumplir...

—¿Cómo que nadie? Nada más que doscientos mil ciudadanos y buenos cristianos. ¡Los banqueros, los abogados, los médicos, las gentes honradas! ¡Y solamente un número aproximado de italianos, alemanes, judíos, ateos y católicos quieren que usted consienta que se viole la santidad del domingo! Mire usted, Edelstein: a menos que usted se decida a encarcelar a todos los propietarios, operadores y empleados de los cines y a toda la banda responsable de este comercio vergonzoso e ilegal, yo convocaré una reunión monstruo de todos los buenos ciudadanos y voy a hablarles menos de los dueños de los cines que de usted. ¡Y me parece que va usted a tener muchas probabilidades de ser reelegido si doscientos mil electores de este distrito (que son los buenos ciudadanos que se toman la molestia de acudir a las urnas) están en disposición de arrancarle a usted el pellejo!

—¡Oiga usted! ¿Quién se figura que gobierna en este distrito? ¿Los metodistas, los baptistas y los presbiterianos?

—¡Naturalmente que sí!

—Pues mire usted...

El hecho fue que a consecuencia de denuncias presentadas por el Rev. Dr. Elmer Gantry, todas las personas culpables de profanar el domingo dando representaciones cinematográficas fueron detenidas durante tres domingos seguidos (después de lo cual todo siguió como antes), y Elmer recibió telegramas de felicitación de la Liga para la Santificación del Domingo, de J. E. North, del doctor Wilkie Bannister, de la Iglesia Metodista de Yorkville, de Nueva York, sin contar un centenar de figuras prominentes del clero en todo el país.

VII

Veinticuatro horas después Mr. J. E. North comunicó a Elmer que estaba dispuesto a dimitir al cabo de un mes y que la elección de su sucesor había de hacerse entre Elmer y otros dos personajes de la Iglesia. El doctor Wilkie Bannister escribió que la Junta parroquial de la iglesia metodista de Yorkville, después de haber seguido con atención la labor de Elmer durante los últimos meses, estaba dispuesta a solicitar del obispo que le confiase el pastorado, siempre que sus ocupaciones exteriores no le alejasen demasiado de la iglesia.

Afortunadamente, la «Napap» estaba domiciliada en Nueva York, a diferencia de la mayor parte de las Asociaciones de su clase, que lo están en Washington.

Elmer hizo saber al Dr. Bannister y a los demás patronos de la iglesia de Yorkville que aun siendo nominalmente el secretario general de la Asociación Nacional para la Purificación del Arte y de la Prensa (¡y qué honor representaría esto para la amada iglesia de Yorkville!), le sería fácil confiar a sus ayudantes, debidamente capacitados, la mayor parte del trabajo. Así, salvo algún día de la semana, podría dedicar toda su energía, su

tiempo y sus oraciones a la tarea de elevar los corazones y guiar los espíritus en la medida que se lo permitieran sus humildes dotes, del rebaño de Yorkville.

Concluida esta carta, Elmer escribió a M. J. E. North y demás miembros de la Junta directiva de la «Napap» diciéndoles que, aun siendo nominalmente pastor de la iglesia metodista de Yorkville (¿y no significaría bastante en pro de su labor que el secretario general de su Asociación fuese a la vez pastor de una de las iglesias más importantes de la ciudad de Nueva York?), podría confiar a sus ayudantes el peso del trabajo de la iglesia, salvo acaso los domingos y algún día que tuviese bodas o entierros, y de esta suerte dedicaría toda su energía y su tiempo a la tarea de dirigir, en la medida que se lo permitieran sus humildes dotes, la importantísima misión de la Asociación para la Purificación del Arte y de la Prensa.

Elmer recibió sendas respuestas de estas dos instituciones piadosas en las que le decían que quedaban enterados y complacidos con sus explicaciones y que tomarían una resolución definitiva dentro de unos días.

Fue Hettie Dowler quien redactó las cartas, si bien Elmer corrigió algunas cosas y la ayudó, besándola, mientras escribía a máquina.

VIII

En aquellos momentos culminantes de su vida, Elmer vio con desagrado que su madre se decidiese a venir a vivir con ellos.

Fue a recibirla con alegría a la estación. Con todo lo grato que a Elmer le había sido hacer buena impresión sobre los grandes de la tierra, como el obispo Toomis, J. E. North, el Dr. Wilkie Bannister, más le había interesado siempre, a lo largo de toda su vida, obtener la aprobación de su madre y del pueblo de París, en Kansas, donde había nacido. Fue un placer para él llevar a su madre a casa en su nuevo coche «Willys Knight» y enseñarle la iglesia nueva y su casa, y que viese a Cleo con un vestido nuevo.

Pero cuando su madre llevaba con ellos solamente dos días le llamó aparte y le dijo con energía:

—¿Quieres sentarte y escucharme con calma, en vez de recorrer de un lado a otro la habitación? Tengo que hablarte.

—Muy bien. Pero dime pronto lo que sea, porque tengo que...

—¡Elmer Gantry! ¿Quieres callarte y dejar de darte importancia? Elmer, hijo mío, estoy segura de que no lo haces con mala intención, pero no me gusta la manera como tratas a Cleo, una mujer tan dulce, tan inteligente, tan piadosa...

—¿Qué quieres decir?

—¡Tú bien lo sabes!

—¡Vamos, madre! Te aseguro que no sé lo que quieres dar a entender. Yo he sido siempre un buen marido para con ella y he soportado su completa incapacidad para saber agradar a los miembros más importantes de mi Congregación... Y además, ¡es tan sosa! Cuando tenemos invitados a comer — aun cuando sea Rigg, que es el personaje más influyente de la iglesia— no sabe decir esta boca es mía. Y cuando regreso a casa de la iglesia y vengo materialmente agotado, ¿crees que sale a recibirme con alegría, a darme un beso? ¡Jamás! Comienza en seguida a refunfuñar sobre algo que he hecho o que no he hecho, y naturalmente...

—¡Ay, hijo de mi alma! ¡Qué listo has sido siempre para encontrar disculpas! ¡Ya lo eras de muchacho, cuando robabas pasteles, o ahorcabas gatos, o pegabas a otros

muchachos! ¡Hijo mío, Cleo sufre! No la prestas la menor atención, ni siquiera estando yo aquí. Te limitas a ser correcto y amable y a escabullirte en seguida. Elmer, ¿quién es esa secretaria que tienes a quien telefoneas tan a menudo?

El Rev. Dr. Gantry se levantó calmadamente y dijo con voz sonora:

—Mi querida madre: yo te lo debo todo. Pero cuando una de las iglesias metodistas más grandes del mundo y una de las organizaciones reformadoras más importantes solicitan reiteradamente mi concurso, no creo que tenga que dar explicaciones de mis actos ni aun a ti, madre. Me voy a mi cuarto...

—Sí; eso es otra cosa que quería decirte. ¿Por qué tenéis cuartos separados?

—Te ruego que me comprendas. Escucha. Algún día irás conmigo a la Casa Blanca a comer conmigo y con el Presidente... ¡Pero ahora, por lo que más quieras, te ruego que no me mortifiques, como hace Cleo constantemente!

En su cuarto, Elmer se arrodilló junto a la cama, con la frente apoyada en la sábana fresca, y rezó.

—¡Dios mío! Que mi madre no sienta que no soy bueno...

Se levantó de un salto.

—¡Qué demonio! — se dijo—. Estas mujeres quieren que yo sea un perro faldero... ¡Que se vayan a paseo! No... Mi madre, no... ¡Ya lo comprenderá todo cuando sea pastor de Yorkville! ¡Oh, Dios mío, si Cleo muriera para que pudiera casarme con Hettie!...

Dos minutos más tarde Elmer bromeaba con Hettie Dowler por el teléfono instalado junto a la cocina, donde la cocinera canturreaba mientras pelaba patatas.

—Hettie, preciosa: ¿quieres decirme una cosa que me guste? ¿Una cosa cualquiera?

CAPITULO

XXXII

I

DOS días más tarde de aquel en que Elmer estuvo a punto de indisponerse con su madre se encontraba el reverendo en el despacho de su casa preparando tres o cuatro sermones, con el propósito de irse a la cama alrededor de las once. Se puso furioso cuando la sirvienta, una lituana, entró a decirle:

—Le llaman al teléfono, doctor.

Pero cuando oyó la voz de Hettie su voz se dulcificó:

—¿Elmer? Aquí Hettie.

—Sí, sí; es el Dr. Gantry.

—¡Oh, qué gracia tiene la importancia que te das! ¿Está escuchando la fregona lituana?

—¡Sí!

—Escucha, querido. ¿Quieres hacer lo que te pida?

—Sin duda.

—Me siento muy sola esta noche. ¿Tienes mucho que trabajar?

—Tengo que preparar unos sermones.

—¡Oye! Tráete el diccionario bíblico y vente a trabajar aquí. Yo fumaré un cigarrillo mientras te veo trabajar. ¿Quieres, Elmer..., querido mío?

—Sí. Voy para allá.

Explicó a Cleo y a su madre que tenía que ir a prestar los auxilios espirituales a una señora en trance de muerte, agradeció sus palabras de conmiseración y de elogio por su apostolado y salió a escape.

II

Elmer estaba sentado junto a Hettie en la cama turca, bajo la lámpara, dándole golpecitos en la mano y contándole las injusticias de su madre, cuando la puerta del cuarto se abrió lentamente y un hombre delgado, con el rostro contraído y la mirada torva, entró sin decir palabra.

Hettie se levantó de un salto y retrocedió, llevándose las manos al pecho, en ademán de terror.

—¿Qué viene usted a hacer aquí? — rugió Elmer, levantándose también.

—¡Chist! — le suplicó Hettie—. Es mi marido.

—Tu... (El grito de Elmer se asemejó al balido de un carnero herido.) ¿Tu marido...? ¡Pero si tú no estás casada!...

—¡Sí lo estoy! ¡Oscar, márchate! ¿Cómo te atreves a introducirte de esta manera?

Oscar avanzó lentamente con aire socarrón hasta la zona iluminada de la estancia.

—¡Vaya! Os he cogido con las manos en la masa, parejita! — dijo con sarcasmo.

—¿Qué te figuras? — gritó Hettie furiosa—. Este señor es mi jefe y ha venido a darme un encargo.

—Sí, seguramente. Esta tarde he conseguido entrar aquí y tengo en mi poder todas las cartas que te ha escrito.

—¡Eso es mentira! — gritó Hettie, precipitándose hacia su mesa. Abrió un cajón, y al verlo vacío se quedó aterrorizada.

—¡Basta! — gritó Elmer, acercándose a Oscar—. ¡Deme usted esas cartas y márchese de aquí, o le echo a puntapiés!

Oscar, muy calmadamente, llevó la mano al bolsillo y sacó una pistola.

—¡Cállese, hombre! — dijo casi amistosamente—. Mire usted, Gantry, esto' debía costarle a usted unos cincuenta mil dólares, pero no creo que pueda usted reunir tanto. Pero si entablo demanda contra usted ante los Tribunales esa será la cifra que pediré de indemnización. Si usted quiere arreglar el asunto fuera de los Tribunales de una manera correcta, como un caballero, sin estridencias de ninguna clase, me conformaré con diez mil dólares y no habrá publicidad, ¡porque no creo que al reverendo le convenga que nadie se entere!

—Si cree usted que puede perseguirme con un «chantage».

—¿Cómo que si lo creo? ¡Estoy completamente seguro! Mañana, a mediodía, iré a verle a la iglesia.

—No estaré allí.

Le conviene estar. Si está usted dispuesto a arreglar ' la cosa con diez mil dólares, no hay más que hablar. Yo no le guardaré rencor. En el caso contrario, encargaré a mi abogado — que es Mannie Silverhon, el más pillo de todos— que entable la demanda mañana, por la tarde. Y que no se olvide de dar la noticia a los periódicos de la noche. ¡Adiós, Hettie! ¡Adiós, Elmer de mi alma! Qué tunante! ¡Si se mueve usted lo abraso! Hasta mañana...

Elmer vio partir a Oscar con la boca abierta. Se volvió bruscamente hacia Hettie y la sorprendió sonriendo.

Ella puso la cara seria instantáneamente.

—¡Dios mío, creo que tú estás en el complot! — exclamó Elmer.

—¿Y qué, mamarracho? Estás en nuestras manos. Tus cartas va a dar gusto leerlas ante el Tribunal... Pero no te figures ni por un momento que gente tan hábil como Oscar y yo hemos estado perdiendo el tiempo con un predicador de poco más o menos, que no tiene ni diez «machacantes» en el Banco... Nosotros hemos venido tras William Dollinger Styles. Pero él no es un bobo como tú; me paró en seco cuando fui a comer con él y le di una cita. ¡Ahora que como hemos tenido que pagar este piso, nos pareció que podíamos sacarte a ti los gastos y algo más, majadero! ¡Y te lo vamos a sacar! ¡Ahora vete de aquí! ¡Estoy harta de tu charlatanería! ¡No se te ocurra pegarme! Oscar debe estar esperando a la puerta. Siento que mañana no podré ir a la iglesia. No te preocupes de los objetos de mi propiedad ni de mi sueldo. Ya lo recogí todo esta tarde.

III

A media noche, jadeante, Elmer llamaba al timbre de casa de su amigo Rigg. Llamó una y otra vez con desesperación. Nadie respondía. Elmer gritaba:

—¡Rigg! ¡Rigg!

Al fin se abrió una ventana, y una voz irritada de hombre medio dormido gritó:

—¿Qué quiere usted?

—¡Baja en seguida! Soy yo..., Elmer Gantry. Te necesito con mucha urgencia.

—Bueno. Ahora bajo a abrir.

Rigg salió a abrirle y le condujo a la biblioteca. Tenía una figura grotesca, con un camisón pasado de moda, y estaba fumando un puro.

—¡Rigg! Me han cazado!

—¿Quién? ¿Los «bootleggers»?

—No; Hettie, mi secretaria.

—¡Hum! Ya. ¿Te has mostrado demasiado amable con ella?

Elmer se lo contó todo.

—Bueno — dijo Rigg—. Yo estaré en tu despacho mariana, a las doce, cuando vaya Oscar a verte. Procuraremos ganar tiempo, y yo veré si puedo hacer algo. No te preocupes, Elmer. Y oye una cosa: ¿no crees que hasta un predicador debe intentar conducirse bien?

—¡Esto me sirve de escarmiento! Te juro que es la última vez que pongo los ojos sobre una mujer! ¡Ah! ¡Tú eres un buen amigo, Rigg!

—¡Bah! A mí me gusta que todo aquello con lo que estoy relacionado marche bien. Puro egoísmo. Vamos, bebe alguna cosa. Lo necesitas.

—¡No! Ese voto quiero cumplirlo, al menos. Es lo único que me queda. ¡Y pensar que yo, esta misma tarde, me creía un personaje tan grande y tan importante, casi intangible!...

—Eso puede servirte de tema para un sermón... ¡y probablemente lo utilizarás!

IV

A Elmer le duraron varios días los buenos propósitos y el arrepentimiento. Se mantuvo silencioso durante la conferencia que se celebró en su despacho de la iglesia entre Oscar Dowler, el abogado de Oscar, Mannie Silverhorn y T. J. Rigg. Rigg y Silverhorn fueron los que hablaron. Y Elmer se quedó aterrado al ver lo afable y jocosos que Rigg se

mostró a pesar de que había hablado de él en términos nada metodistas.

—Sí. Bien veo que tenéis al doctor en vuestras manos dijo Rigg—. Lo reconozco. Y estoy de acuerdo en el pago de los diez mil. Pero tenéis que concedernos una semana para buscar el dinero.

—Está bien, Rigg. Te veré aquí dentro de una semana respondió Mannie Silverhorn.

—No; mejor es que nos veamos en tu despacho. Hay por aquí muchas mujeres fisgando.

—Perfectamente.

Hubo muchos apretones de manos, pero Elmer no quiso dar la suya a Oscar Dowler. Este dijo en son de mofa:

—¡Caramba, Elmer! ¡Parece mentira! ¡Y siendo casi parientes, como si dijéramos...!

Cuando se marcharon, Elmer gimió angustiado:

—¡Pero, Rigg! ¡A mí me es completamente imposible encontrar diez mil dólares! ¡Si no tengo ahorrados más que mil!

—¡Déjate de bobadas! ¿Quién piensa que se le van a dar diez mil dólares? La cosa te va a costar mil quinientos, a lo sumo— yo te los prestaré—: quinientos para endulzar a Hettie y mil, acaso, para pagar a los detectives?

—¿Qué detectives?

—A las dos menos cuarto de esta madrugada estuve hablando con Pete Reese, director de la Agencia Reese de Investigaciones, y le dije que se pusiera inmediatamente a trabajar. Dentro de unos días sabremos bastantes cosas de los Dowlers. Así que no te preocupes.

V

Elmer se consoló lo suficiente para estar tranquilo aquella semana y siguió conduciéndose como un buen cristiano, humilde y afectuoso. Con gran asombro de sus chicos jugaba con ellos todas las tardes. Y con Cleo se portó también como un excelente marido.

—Cleo— le dijo—, me doy cuenta de que últimamente, y no por mi culpa sino por haber estado tan atareado, no te he dedicado la atención debida. Mañana por la noche deseo acompañarte a un concierto.

—¡Oh, Elmer!— dijo ella muy gozosa.

Un día la envió flores.

—¿Ves?— le dijo su madre—. Ya sabía yo que tú y Cleo seríais más felices si yo te hacía algunas observaciones. Después de todo, tu anciana madre puede ser tonta y pueblerina, pero nadie puede entender a un hombre como su madre, y yo sabía que si te hablaba te haría ver las cosas de un modo diferente, aunque seas un doctor en Teología.

—Es verdad— dijo Elmer—. Y a la educación que me diste le debo el ser un buen cristiano y un predicador. ¡Cuánto debe un hijo a una madre piadosa!

VI

Mannie Silverhorn era uno de los mejores cazadores de accidentes de Zenith. Cien veces había obligado a la compañía de tranvías a pagar indemnizaciones a gentes a quienes no había hecho ningún daño y cien veces había obligado a los motoristas a pagar daños inferidos a personas a quienes no habían ni tocado siquiera. Pero no obstante su talento,

Mannie tenía una desgracia: se embriagaba con frecuencia.

Ordinariamente, cuando estaba borracho, Mannie no hablaba una sola palabra de sus asuntos abogadiles, pero esta vez estaba ebrio en presencia de Bill Kingdom, reportero del «Advocate Times», y Mr. Kingdom era un interrogador mejor aun que Mr. Silverhorn.

Bill había estado hablando en tono despegado del Doctor Gantry cuando Mannie dijo muy contento:

—Oye, Bill, tu amigo el Dr. Gantry va a llevarse lo suyo. ¡Le tengo en mis manos! Y me parece que le va a costar los cuartos el ser tan amable con las mujeres.

Bill no pareció mostrar el menor interés a lo que se le decía. Pero contestó:

—¿A dónde vas a parar, Mannie? ¡No seas tonto! Tú no tienes nada contra Elmer ni lo tendrás jamás. Es mucho más listo que tú. ¡Tú no tienes cabeza para meter en un lío a ese individuo, Mannie!

—¿Cómo? ¿Que yo no tengo cabeza? Escucha...

Sí. Mannie estaba embriagado. Aun así Bill tuvo que emplear una hora en afirmar que Elmer era más listo que él, en adular al abogado con frases de doble sentido y en invitarlo a beber con generosidad desusada para lograr al fin que Mannie, furioso, gritase:

—¡Está bien! Tráeme un estenógrafo que sea también notario y yo le dictaré.

Y a las dos de la mañana, Mannie Silverhorn dictaba a un reportero, irritado pero alerta, una declaración firmada en la cual decía que a menos que el Reverendo doctor Elmer Gantry no transigiese por las buenas, sería demandado por el abogado Emmanuel Silverhorn por haber robado a su esposo el cariño de Hettie Dowler con sus injustificables familiaridades. Se le pedía la indemnización de cincuenta mil dólares.

CAPITULO

XXXIII

I

CUANDO Mannie Silverhorn se despertó a las diez de la mañana siguiente con un espantoso dolor de cabeza, recordó que la noche anterior había hablado demasiado y muy agitado miró el «Times Advocate» de la mañana. Se tranquilizó al ver que no había trazas de sus posibles indiscreciones.

Pero a la mañana siguiente, próximamente a la misma hora, Mr. Silverhorn y el Reverendo Dr. Gantry descubrieron en la primera página del «Advocate» el facsímil de un documento en el cual Emmanuel Silverhorn, abogado, declaraba que a menos que se llegase a un arreglo amistoso, el Doctor. Gantry sería perseguido ante los tribunales de justicia por haber robado a su esposo el cariño de Hettie Dowler de la cual había abusado criminalmente.

II

No fue tanto el escándalo que produjeron los reporteros de Zenith, persiguiéndole en su casa y en la de Rigg y en el campo, ni las noticias referentes a su vida que publicaban los periódicos insinuando sus vicios, lo que aterró a Elmer como el pensamiento de que había perdido el respeto de su congregación. Lo peor era que la Associated Press desparramó la noticia por todo el país y Elmer recibió telegramas del Dr. Wilkie Bannister,

de la Iglesia metodista de Yorkville y de los directivos de la Napap en los que venían a decirle: ¿Son ciertos los hechos? En tanto se aclare el asunto, suspendemos los acuerdos.

III

En la segunda entrevista con Mannie Silverhorn y Oscar Dowler, Hettie estuvo presente, así como Elmer y T. J. Rigg, el cual se mostró particularmente amable.

Estaban en el despacho de Mannie y escuchaban la opinión de Oscar sobre la indiscreción de Mannie.

—Bueno; vamos a arreglar las cosas— dijo Rigg con su voz nasal—. ¿Estáis dispuestos a hablar del asunto?

—Sí, lo estoy— gruñó Oscar—. ¿Trae usted los diez mil?

En aquel momento apareció en el despacho de Mannie un hombre de alta estatura y de pies planos, que apartó a un lado al asustado escribiente.

—¡Hola, Pete!— dijo Rigg afectuosamente.

—Hola, Pete— dijo Mannie mirándole con ansiedad.

—¿Quién diablos es usted?— gritó Oscar.

—¡Oscar, por Dios!— dijo Hettie.

—¿Vienes preparado?— preguntó Rigg—. A propósito, señores, voy a presentarles a Mr. Pete Reese, Director de la Agencia Reese de Investigaciones. Yo me imaginé, Hettie, que si usted era capaz de armar este lío, su pasado debía ser muy interesante. ¿Lo es, Pete?

—¡Vaya! No se sale mucho de lo corriente— respondió Mr. Pete Reese—. Veamos, Hettie: ¿Por qué se escapó usted de Seattle el 12 de enero de 1920 a media noche?

—¿A usted qué le importa?— gritó Hettie.

—No, ¿eh? Puede que le importe más a Arthur Morrisey que vive allí. ¿Le gustaría recibir noticias de usted y saber su dirección... y su nombre actual! Otra cosa, Hettie: ¿Qué me dice usted de la condena que cumplió en Nueva York por «mechera»?

—Váyase usted a...

—Hettie, no uses ese lenguaje— dijo Rigg riendo entre dientes—. Date cuenta de que está presente un Reverendo. ¿Te basta con lo que has oído?

—Me parece que sí— dijo Hettie con aire cansado. En aquel momento Elmer la amó de nuevo y hubiera querido consolarla.

—Vamos, Oscar.

—No; todavía no. Tienes que firmar antes esto— dijo Mr. Rigg—. Si lo firmas os damos doscientos dólares para el viaje que emprenderéis sin falta antes de mañana. Si no lo firmas, prepárate para ir a Seattle a sentarte en el banquillo.

—Está bien— dijo Hettie, y Mr. Rigg leyó la declaración:

«Por el presente documento declaro bajo juramento, voluntariamente, que todas las acusaciones dirigidas contra el Reverendo Dr. Gantry, directa o indirectamente por mí y por mi marido son falsas, impías y absolutamente infundadas.

Yo he sido secretaria del Dr. Gantry y sus relaciones conmigo han sido siempre las de un caballero y de un pastor cristiano. Yo le he ocultado con fines delictuosos el hecho de que estaba casada con un hombre que tiene antecedentes penales.

Los fabricantes clandestinos de alcohol y en particular ciertos destiladores que querían perjudicar al Doctor Gantry por ser uno de los enemigos más encarnizados de las bebidas alcohólicas clandestinas, se acercaron a mí y me pagaron para que manchase la personalidad del Dr. Gantry, y en un momento de extravío que nunca cesaré de lamentar,

acepté la proposición y me hice ayudar por mi marido, el cual falsificó varias cartas que habían de atribuirse al Dr. Gantry.

La razón por la que hago esta confesión es la siguiente: Yo me dirigí al Dr. Gantry y le anuncié mis propósitos, pidiéndole dinero con el fin de traicionar a los contrabandistas de bebidas alcohólicas. El Dr. Gantry me dijo: «Hermana, siento que vayáis a cometer un hecho de esa naturaleza no por lo que a mí respecta, pues todos los cristianos tenemos que aguantar nuestra cruz, sino porque su alma se condenará irremisiblemente. Haz lo que tengas por conveniente, Hermana, pero antes de seguir adelante ¿quieres ponerte de rodillas y rezar conmigo?»

Cuando oí rezar al Dr. Gantry experimenta arrepentimiento súbito y corrí a mi casa para escribir por mi misma esta declaración que juro ser absolutamente verdadera».

Una vez firmado el documento por Hettie con la corroboración de su marido, Mannie Silverhorn observó:

—Me parece que te has excedido un poco, Rigg. Está demasiado bien simulado para ser cierto. Sin embargo, supongo que tú pensarás que Hettie es tan tonta que se excedería también en su confesión.

—Exactamente, Mannie.

—Bien. Quizá tengas razón. Ahora, si me das los doscientos dólares yo cuidaré de que estos pájaros emprendan el vuelo esta noche y quizá les dé parte de los doscientos.

—¡Quizá!— dijo Mr. Rigg.

—¡Quizá!— dijo Mr. Silverthorn.

—Dios mío!— murmuró Elmer, olvidando toda dignidad y echándose a llorar—. Esto ocurrió un sábado por la mañana.

IV

Los diarios de la noche reprodujeron en primera plana la confesión de Hettie. Todos proclamaron en términos entusiastas la inocencia de Elmer, y relataron sus luchas en favor de la virtud y atacaron a los traficantes de bebidas alcohólicas que habían sobornado a aquella necia e infeliz mujer para destruir la posición de Elmer.

El domingo por la mañana, antes de las ocho, llegaron telegramas de la iglesia metodista de Yorkville y de la Napap felicitando a Elmer y afirmando que ni un solo momento habían puesto en duda su inocencia. Se le ofrecía en firme el pastorado de Yorkville y el puesto de secretario general ejecutivo de la Napap.

V

A las primeras acusaciones contra Elmer aparecidas en los periódicos, Cleo dijo con indignación:

—¡Qué ficción más espantosa! Ya sabes, Elmer, que yo no dudo un momento de ti.

Pero su madre murmuró entre dientes:

—¿Dime, hijo mío: ¿Qué hay de cierto en todo esto? Estoy ya un poco cansada de tus andanzas.

El domingo cuando las vio a la hora del desayuno les mostró los telegramas que las dos mujeres leyeron con ávida curiosidad:

—¡Oh, esposo mío, qué contenta y qué orgullosa estoy! — gritó Cleo.

Y la madre de Elmer curvada por el peso de los años murmuró muy afligida:

—Perdóname, hijo mío! ¡He sido tan mala contigo como esa mujer!

VI

Pero a pesar de todo, ¿no dudarían de él sus feligreses?

Si hacían befa de él cuando apareciese ante ellos estaría perdido y no podría conseguir el pastorado de Yorkville ni la secretaría de la Napap. En estas preocupadotes angustiosas se hallaba antes de comenzar los actos religiosos. Iba de un lado a otro de la habitación y de vez en cuando se asomaba a la ventana para comprobar, esta vez sin alegría, que centenares de personas se apresuraban a entrar en la iglesia.

Su despacho estaba silencioso. ¡Cómo echaba de menos la presencia de Hettie!

Se arrodilló. No eran rezos lo que salía por su boca, sino lamentos inarticulados. Pero dijo esto con claridad:

—Ya estoy bien escarmentado, Señor. Jamás volveré a poner los ojos sobre mujer alguna. Voy a ser la cabeza de todas las instituciones moralizadoras del país — ¡nadie puede impedírmelo ahora que tengo a la Napap!—, pero voy a ser todo aquello que quiero que los demás sean. ¡Nunca más!

Desde la puerta de su despacho vio al coro con sus vestiduras que entraba en el auditorio cantando. Sintió que amaba todo lo que había en la iglesia y que si su rebaño se apartaba de él lo perdería todo: el coro, el púlpito, los cantos, los rostros en adoración.

Había llegado el momento. Era preciso hacerles frente.

Débilmente ‘y con paso vacilante el Reverendo doctor Elmer Gantry atravesó la puerta que conducía al auditorio y se presentó ante los ojos de dos mil quinientas personas que eran otros tantos interrogantes.

Todos se levantaron y le aclamaron durante largo rato. Sus rostros eran rostros de amigos.

Espontáneamente, Elmer se puso de rodillas. Tendió los brazos hacia ellos sollozando y todos le imitaron arrodillándose y rezaron sollozando, en tanto que, fuera de las puertas encristaladas de la iglesia, la multitud que no había podido entrar se arrodillaba también en las escaleras del templo, al ver que los de dentro estaban arrodillados.

—Oh, amigos míos! — gritó Elmer ¿Creéis en mi inocencia y en la perversidad de mis acusadores? ¡Asegurádmelo con un alelluya!

Un aleluya triunfante resonó en el templo y después en medio de un silencio solemne Elmer imploró:

—¡Oh, Señor! Tú te has dignado descender de tu poderoso trono para salvar a tu humilde servidor del ataque de los mercenarios de Satán. ¡Más te lo agradecemos porque así podremos seguir laborando por tu obra! ¡Sólo por tu obra, Señor! Con más celo que nunca buscaremos la pureza y la oración y nos regocijaremos de vernos libres de todas las tentaciones!

Se volvió para dirigirse al coro, y por primera vez observó que había una nueva cantante en el coro, una muchacha esbelta de finas pantorrillas y ojos vivaces con quien le agradaría trabar relaciones. Pero este pensamiento fue tan rápido que no interrumpió el final triunfal de su oración:

—Permitidme, Señor, que cuente este día como el comienzo de una vida nueva más fuerte, como el comienzo de una cruzada para asegurar para siempre el reino de la moral y de la Iglesia Cristiana en todo el país. ¡Señor! ¡Tu obra sólo ha sido empezada! ¡Nosotros acabaremos por hacer de los Estados Unidos una nación moral!

notes

Notas a pie de página

¹ Secta de los fanáticos que se revuelcan sobre el suelo con éxtasis (N. del T.)

² “Smut” significa tiznón (N. del T.)

³ Noche serena, santa noche / Todo duerme, solo vela / La piadosa y santa pareja / Niño de cabellos rizados / Duerme en su reposo celestial / Duerme en su reposo celestial

⁴ El vino, la mujer y las canciones. ¡Infeliz!

⁵ Diminutivo infantil de Lulu (N. del T.)

⁶ En los Estados Unidos existe la Sociedad Gideon que reparte Biblias entre los viajeros que llegan a los hoteles (N. del T.)

⁷ “Hell”: infierno, juramento popular. (N. del T.)

⁸ Canción popular humorística alemana (N. del T.)

Table of Contents

SINCLAIR LEWIS

Sinopsis

ELMER GANTRY

CAPITULO I CAPITULO II CAPITULO III CAPITULO IV CAPÍTULO V CAPITULO VI CAPITULO VII CAPITULO VIII CAPITULO IX CAPITULO X CAPITULO XI CAPITULO XII CAPITULO XIII CAPITULO XIV CAPITULO XV CAPITULO XVI CAPITULO XVII CAPITULO XVIII CAPITULO XIX CAPITULO XX CAPITULO XXI CAPITULO XXII CAPITULO XXIII CAPITULO XXIV CAPITULO XXV CAPITULO XXVI CAPITULO XXVII CAPITULO XXVIII CAPITULO XXIX CAPITULO XXX CAPITULO XXXI CAPITULO XXXII CAPITULO XXXIII Notas a pie de página

